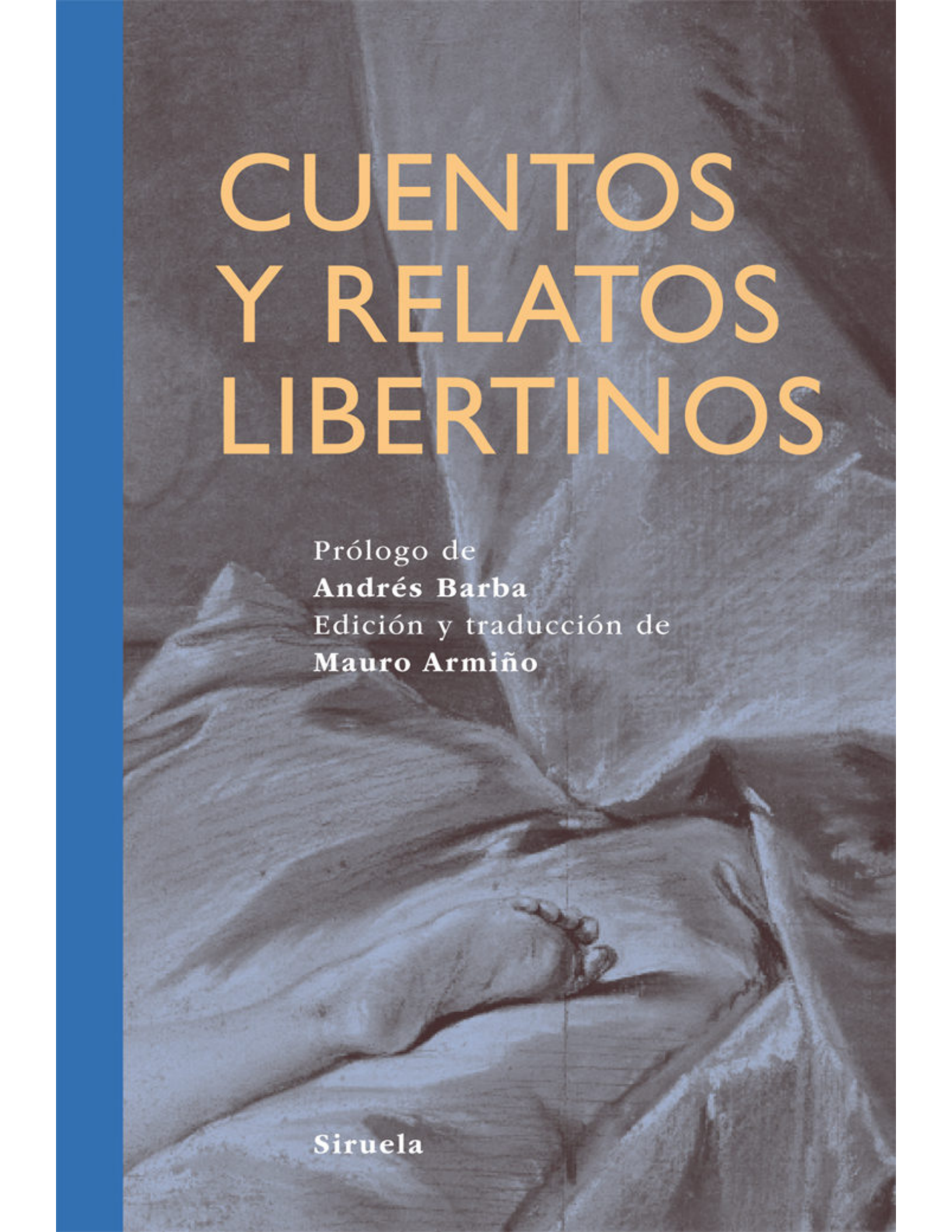




CUENTOS Y RELATOS LIBERTINOS

Prólogo de
Andrés Barba
Edición y traducción de
Mauro Armiño

Siruela

Cuentos y relatos libertinos



Ediciones Siruela

Índice

Cubierta

Portadilla

Filosofar bajo la manta

Estudio preliminar

Prólogo

Bibliografía

Nota sobre la edición

CUENTOS Y RELATOS LIBERTINOS

Voltaire. El mozo de cuerda tuerto

Godard de Beauchamps Historia del príncipe Apprio

Claude de Crébillon. El silfo

Godard d'Aucour. Temidoro

Voisenon. El sultán Misapuf y la princesa Grisemina

Guillard de Servigné. Las campanillas

Fougeret de Monbron El canapé color de fuego

Boufflers. La reina de Golconda

Jean-François de Bastide. La petite maison

Vivant Denon. Sin mañana

Pidansat de Mairobert. Confesión de una joven

Anónimo. La Mesalina francesa

Pigault-Lebrun. El hijo del burdel

Marqués de Sade. Émilie de Tourville

Notas

Créditos

Voltaire, Godard de Beauchamps,
Claude de Crébillon, Godard d'Aucour,
Voisenon, Guillard de Servigné,
Fougeret de Monbron, Boufflers,
Jean-François de Bastide, Vivant Denon,
Pidansat de Mairobert,
La Mesalina francesa, Pigault-Lebrun
y Marqués de Sade

CUENTOS Y RELATOS LIBERTINOS

Prólogo de
Andrés Barba

Edición y traducción del francés de
Mauro Armiño

Tiempo de Clásicos Ediciones Siruela

TIEMPO DE CLÁSICOS

• Los clásicos son esos libros de los cuales suele oírse decir: «Estoy releiendo...» y nunca «Estoy leyendo...». • Se llama clásicos a los libros que constituyen una riqueza para quien los ha leído y amado, pero que constituyen una riqueza no menor para quien se reserva la suerte de leerlos por primera vez en las mejores condiciones para saborearlos. • Los clásicos son libros que ejercen una influencia particular, ya sea cuando se imponen por inolvidables, ya sea cuando se esconden en los pliegues de la memoria mimetizándose con el inconsciente colectivo o individual. • Toda relectura de un clásico es una lectura de descubrimiento como la primera. • Toda lectura de un clásico es en realidad una relectura. • Un clásico es un libro que nunca termina de decir lo que tiene que decir. • Los clásicos son esos libros que nos llegan trayendo impresa la huella de las lecturas que han precedido a la nuestra, y tras de sí la huella que han dejado en la cultura o en las culturas que han atravesado (o más sencillamente, en el lenguaje o en las costumbres). • Un clásico es una obra que suscita un incesante polvillo de discursos críticos, pero que la obra se sacude continuamente de encima. • Los clásicos son libros que cuanto más cree uno conocerlos de oídas, tanto más nuevos, inesperados, inéditos resultan al leerlos de verdad. • Llámase clásico a un libro que se configura como equivalente del universo, a semejanza de los antiguos talismanes. • Tu clásico es aquel que no puede serte indiferente y que te sirve para definirte a ti mismo en relación y quizás en contraste con él. • Un clásico es un libro que está antes que otros clásicos; pero quien haya leído primero los otros y después lee aquél, reconoce enseguida su lugar en la genealogía. • Es clásico lo que tiende a relegar la actualidad a la categoría de ruido de fondo, pero al mismo tiempo no puede prescindir de ese ruido de fondo. • Es clásico lo que persiste como ruido de fondo incluso allí donde la actualidad más incompatible se impone.

Por qué leer los clásicos, Italo Calvino

Filosofar bajo la manta

Este pequeño prólogo no es más que una breve invitación literaria. Como introducción histórica al concepto del libertinaje basta y sobra el excelente prólogo de Mauro Armiño, a quien debemos estar más que agradecidos por esta excelente selección de cuentos libertinos que, hasta donde alcanzan mis datos, no tiene parangón en el mundo de la edición española. Es suficiente, pues, una invitación más somera –y cabría decir más lúbrica– a estos relatos que, si bien fueron escritos para ser leídos, en palabras de Rousseau, «con una sola mano», no especificaba este filósofo en qué lugar exacto debía estar la otra, si sobre cierto lugar que el lector perspicaz podrá imaginar sin demasiado esfuerzo, o sobre la frente, en actitud reflexiva.

Estos relatos libertinos contienen no sólo el ímpetu de una sociedad que empieza a descubrir y a descubrirse en el placer, sino la furia electrizante de quien toca por primera vez el corazón nervioso de nuestro comportamiento. Somos una sola y única sustancia. Conocemos con el cuerpo, amamos con él, comemos con él, copulamos con él, construimos catedrales con él, escribimos tragedias con él. Nacen de él tanto nuestros pensamientos más elevados como nuestros comportamientos más burdos. También nuestras plegarias, atendidas o no, son del cuerpo. El descubrimiento es de una sencillez conmovedora y, como todos los grandes descubrimientos, tiene un inmediato efecto totalizador: una vez realizado ya no es posible darle la espalda, el mundo será necesariamente filtrado por él. Ya hemos aprendido quiénes éramos en el dolor y el remordimiento, aprendamos ahora, y con más motivo, quiénes somos en el placer y en la afirmación. Es el grito de un siglo ilustrado y laico, racional, materialista, el grito del siglo que se atrevió a hacer del cuerpo también un objeto y a llevar esa inquietud hasta sus últimas consecuencias para ver *qué ocurría en aquel lugar*.

Se suceden aquí cuentos de hadas, canapés parlantes, citas lésbicas y refinados caprichos sexuales, pero no sólo. Cuando uno se ha atrevido a abrir la caja de Pandora, no puede esperar que lo único que cambie sea una simple distribución de los muebles de su casa campestre. Ha cambiado el mundo en realidad, los términos en los que leíamos lo social y lo racional, la naturaleza de las cosas y de nosotros mismos quizá, asombrados también del vértigo de poder convertirnos en cosa ante la mirada deseante del otro. Y no es poco. Convertirse en objeto ha sido siempre la fascinación secreta e inconfesada del sujeto, la misma fascinación que, llevada de la mano de la imagen, hará nacer también lo pornográfico, que no es otra cosa que nuestra relación con una imagen objetivada.

Hace alusión Mauro Armíño a un suceso sobre el que quizá deberíamos detenernos un poco más, el de la ilegalidad de estos textos, comprados bajo la capa pero presentes en casi todos los hogares burgueses e ilustrados de Francia. Es precisamente su ilegalidad la que les hacía cambiar de naturaleza. Esa tensión entre lo público y lo privado, lo aceptable y lo prohibido –aliviada mediante transgresiones estrictamente reguladas– funda para Bataille toda comunidad humana y se encuentra en la raíz misma de la noción de sociedad. En *El erotismo* y en *Las lágrimas de Eros* desarrolla la idea de que lo públicamente aceptado nace precisamente de la delimitación fluctuante de lo prohibido y de la regulación de sus transgresiones a lo largo del tiempo. Sin uno de los dos elementos en tensión permanente la organización social pierde equilibrio y se desmorona. El tabú no sólo es una prohibición, sino un equilibrio de fuerzas entre la prohibición y su transgresión. Y ese equilibrio funda la existencia social. Sus regulaciones son complejas, varían a lo largo del tiempo y se aplican simultáneamente a objetos diversos. Para acceder al estatus de tabú, estos objetos y conceptos prohibidos necesitan, paradójicamente, ser transgredidos: «la prohibición existe para ser violada», dice Bataille. Pero no de cualquier forma: regular esa transgresión es el modo más seguro de afianzar su permanencia. «La transgresión levanta la prohibición sin suprimirla», dice Linda Williams en el prólogo a su libro *Porn Studies*: «Transgredir un tabú no es, desde luego, vencerlo».

También en estos relatos comprados en la oscuridad de un callejón y leídos «con una sola mano» en la intimidad de los hogares ilustrados precisan del tabú para transgredirlo, es necesaria la lujuria del sacerdote, el capricho oscuro y refinado de la condesa, la virgen seducida y engañada por el libidinoso, y más aún es necesario que el lector perciba la transgresión de esos sucesos, tan necesario al menos como haber tenido que comprar el libro a escondidas y leerlo a puerta cerrada. Transgredir un tabú, y eso lo sabía perfectamente el marqués de Sade, es desde luego *no vencerlo* porque la excitación que produce en nosotros se funda en su vigencia como tabú.

Son, como es obvio, relatos reflexivos muchos de ellos y al lector contemporáneo le aflorará la sonrisa a los labios en más de una ocasión al leer el motivo de las lubricidades de los abuelos de nuestros tatarabuelos, de la misma forma quizá en la que hará sonreír a los nietos de nuestros tataranietos aquellas imágenes y textos que hoy tienen la virtud de sonrojarnos, pero lo que se cocina en estos relatos es algo muy serio: la conciencia materialista del placer como moneda de cambio. Una revolución semejante, y más aún en un siglo ilustrado, debía acarrear también una importantísima maquinaria teórica. Y no se trata sólo de que el marqués de Sade fuera «un kantiano invertido» como dijo de él Simone de Beauvoir, sino de la firme conexión que tienen estos relatos –hasta los más fantasiosos– con el mundo de la experiencia y con unas corrientes filosóficas que circulaban bajo las conciencias de París como las aguas bajo el empedrado de las calles: Jean Meslier, Mettrie, Maupertius, Helvecio, D’Holbach, Sade, Charron, Saint-Évremond, Gassendi, toda una verdadera contrahistoria de la filosofía y de las ideas (tal

y como la describe Onfray en dos volúmenes que muy bien podrían completar, desde el punto de vista teórico, esta antología: *Los libertinos barrocos* y *Los ultras de las luces*) que permitía el caldo de cultivo en el que era por fin posible mirarse y mirar objetivamente. Algo tan simple, descarnado y temible como aguantarle la mirada a un animal. El animal, en este caso, de nuestro propio placer.

Andrés Barba

Estudio preliminar

Prólogo

En siglo y medio, práctica y aproximadamente el que transcurre desde poco antes de mediados del siglo XVII hasta 1789, cuando la Revolución francesa acaba con el Antiguo Régimen y su sistema de valores sociales y religiosos, el término *libertin* amplía su significación. Hay que remontarse en la historia de la lengua para precisar esa evolución de las acepciones del término, que el francés recupera en el siglo XVI para ir cargándose poco a poco con mayor carga semántica. Esa ampliación ya estaba latente en el origen latino, al que resulta obligatorio remitirse si queremos desenmarañar la complicada madeja que ha terminado por definir al *libertino* como «hombre de costumbres depravadas», confundiendo un término religioso con la libertad sexual y dándole un sentido peyorativo que procede y se impone durante el siglo XVIII, pues simplificando y acusando al adversario de costumbres depravadas no hay que someter a debate la primera acepción del término.

El latín había dado el nombre de *libertinus* al hijo del *libertus*, o esclavo manumitido por su amo; a pesar de esa manumisión, el *libertus* no es un hombre libre, y, según el derecho romano, se opone al que verdaderamente lo es, el *ingenuus*. Es, por tanto, la segunda generación de los que habían sido esclavos la que lleva el nombre de *libertinus*, que, como *libertus*, no tardó en caer en desuso; de cualquier modo, tanto el liberto como el libertino no saben usar, según los textos latinos, la libertad de que gozan y ambos parecen conservar socialmente una mancha original; pervive en ambos términos, *liberto* y *libertino*, una connotación peyorativa que no tarda en pasar de lo civil a lo religioso. En los Hechos de los Apóstoles (VI, 9) se califica de libertinos¹ a los judíos que disputan con el diácono Esteban oponiéndose a sus enseñanzas; durante la Edad Media, además de ese sentido de *liberado*, tiene otro: «esclavo sarraceno convertido al cristianismo»; pero en este caso servía para definir a un «liberado» de una falsa religión. Pero el vocablo pasa por una etapa de olvido y es Calvino quien lo recupera al titular uno de sus tratados *Contra la secta fantástica y furiosa de los libertinos que se llaman espirituales* (1545), entendiendo por tales a los que denuncia por herejes: los anabaptistas, que se sienten con la capacidad de pensar libremente y tachar a las religiones reveladas de imposturas; con «violencia teológica» y blasfema, los anabaptistas y su «banda» niegan el pecado, según Calvino, y predicán la comunidad de bienes, de donde se deriva una libertad de costumbres que rompe las convenciones y normas de cualquier orden establecido: «una bella doctrina para putas y rufianes», propia de ateos y de materialistas,

según Guillaume Farel (1550). El saco de significación del término va engrosándose, pero a partir de ahora se carga de un sentido peyorativo y, demonizado, se emplea a mala parte: lo demuestran sus sinónimos: impío, incrédulo, ateo, disoluto, depravado, licencioso, desvergonzado...²

Así nacen a mediados del XVI, durante los enfrentamientos religiosos, las dos líneas de significado de *libertino*; entre los protestantes primero; luego, en la segunda mitad del siglo, entre los católicos, con esa doble línea de interpretación. Cuando el concilio de Trento (1545-1563) endurezca la ortodoxia, los libertinos volverán a ser considerados desde el prisma civil, dada la vinculación de catolicismo y absolutismo: el dogma sostiene al César y éste se siente atacado cuando se ataca a la religión. No tardará en olvidarse la distinción hecha por Calvino ni en hacer frente común ambas confesiones, católica y protestante, para arremeter contra los «libertinos y ateístas» que desprecian por un lado las leyes y normas de vida cristiana y rinden culto por otro a la sensualidad.

Los calificativos se suman: gentes sin Dios, «dudadores» o pirronianos, epicúreos..., al par que aumentan los procesos y la represión, sobre todo a partir de la ejecución de Lucilio Vanini, estrangulado y quemado vivo en Toulouse en 1619 después de serle arrancada la lengua, convicto de blasfemia, corrupción de costumbres, impiedad, ateísmo y brujería³. Durante la segunda mitad del siglo XVII sobre todo, la aristocracia francesa y sus hijos aprovechan su poder económico y su posición social para lanzarse a excesos de una sexualidad sin obstáculos, mientras los pensadores del siglo sedimentan un materialismo inspirado en Epicuro y en Demócrito: por ejemplo, Cyrano de Bergerac (*El otro mundo: Historia cómica de los Estados e Imperios de la Luna y del Sol*, 1650-1652), o el poeta Théophile de Viau⁴. Desde Vanini, los filósofos de finales del siglo XVI se dedican a denunciar la falsedad de las religiones reveladas y de los textos sagrados, en especial de la Biblia, negando, con los nuevos conocimientos científicos en mano, los milagros, las cronologías... François de La Mothe Le Vayer –médico a cuyo círculo de amistades perteneció Molière– y Gassendi amplían los puntos de vista de los «ateos» del Renacimiento: Vanini, Giordano Bruno o Pomponazzi. Es en ese momento cuando los acusadores eclesiásticos, y en concreto el padre Garasse, acuñan las imágenes que durante el siglo XVII utilizarán sus sucesores para atacar a la novela libertina: ateos, impúdicos, lobos rapaces...

A finales del siglo XVII se produce un cambio que trata de separar religión y moral, libertinaje de pensamiento y libertinaje de costumbres⁵. Mientras el primero exige una libertad de pensamiento que se convertirá en piedra angular de los «filósofos» ilustrados, el segundo se entrega a una libertad sensual que, inspirada en la libertad de pensamiento, es más una práctica vital que una filosofía. Eliminando barreras y arremetiendo contra tabúes y prohibiciones sexuales, el siglo XVIII llevará al límite último esa práctica.

Si el libertino, en su doble vertiente de incredulidad en materia de religión y de depravación de costumbres, existe durante el reinado del Rey Sol, incluso entre miembros de la familia real, los años de sombra impuestos por el rigor religioso de Mme.

de Maintenon en la última etapa del reinado provocan un irrefrenable estallido de vida con el cuerpo del monarca todavía caliente: el cortejo fúnebre que en septiembre de 1715 lleva el cadáver de Luis XIV al cementerio de Saint-Denis es despedido por las calles con cantos y bailes del pueblo; y nada más hacerse cargo de la Regencia, Felipe d'Orléans gira en dirección contraria el timonel del Estado; a los lutos impuestos sucede en un abrir y cerrar de ojos la reapertura de los bailes prohibidos, el llamamiento a los Comédiens Italiens, expulsados por una Maintenon que se creyó ridiculizada en una de sus obras, un nuevo sistema de finanzas que el banquero Law organiza sustituyendo el metálico por papel moneda –no tardará en descubrirse como un desastre que pone al borde de la quiebra al Estado, y que tuvo por fruto depravar «las imaginaciones» tras la lluvia de billetes de banco sin respaldo suficiente de la Banque Générale que inundó París, y, por último, un sistema de vida donde el *carpe diem* lo predica con su ejemplo el propio Regente, mientras un abate, convertido en cardenal, Dubois, bendice los nuevos modos de vida y como preceptor enseña al rey casi niño los fundamentos del libertinaje.

En ese momento, *libertin* se descarga de buena parte de su contenido de rebeldía religiosa para significar, sobre todo, sensualidad, búsqueda de placer; de ahí a la depravación, al frenesí del erotismo y del sexo no había más que un paso que los diccionarios señalan: poco años más tarde la *Encyclopédie* comenta, por ejemplo, en el artículo *libertinage*: «Es el hábito de ceder al instinto lo que nos lleva a los placeres de los sentidos; no respeta las costumbres, pero no aparenta enfrentarse a ellas; [...] está a medio camino entre la voluptuosidad y la depravación». Diderot, que firma el artículo *voluptueux*, quiere matizar las partes negativas: voluptuoso es «el que ama los placeres sensuales», y los que defienden doctrinas austeras que niegan «la multitud de objetos que nos rodean y que están destinados a conmover esa sensibilidad de cien maneras agradables» son unos atrabiliarios a los que habría que encerrar en casas de locos, pues «creen honrar a Dios mediante la privación de las cosas que ha creado».

Desde esa fecha, el libertino no sólo ejerce sus pasiones, sino que las exhibe: el placer, convertido en nuevo dios y única meta de la existencia, se apodera de Versalles y de la Corte sobre todo, pero el clima está dado y, lentamente, va a inundar a partir de 1720 a toda la sociedad. Nacen o se abren, dentro del espacio público, bailes y óperas, salones y tocadores, por donde navegan petimetres a la caza de cortesanas o de «mujeres del mundo», y donde se despilfarra una suntuosidad hecha de regalos de diamantes y porcelanas como peones de las partidas de amor: uno de esos peones, la *petite maison*, se generalizará andando el siglo entre la alta aristocracia siguiendo el modelo que a sus imaginaciones ofrecía Luis XVI: el monarca mantiene una casa donde aloja muchachas para su disfrute en el Parc-auxCerfs, «nombre hecho para echar a volar la imaginación y que, a pesar de todas las precauciones tomadas, en breve plazo se convertiría en símbolo de la torpeza moral del Cristianísimo Rey»⁶. La bancarrota a que Law había llevado al país demostraba que de la noche a la mañana se podían perder, o ganar, grandes fortunas; la despreocupación invade todas las cabezas –sólo alguna de la vieja generación

(Saint-Simon) se da cuenta del peligro que había en trocar tierras y propiedades por papel–; vale todo, por tanto, en este mundo que es puro teatro y donde la importancia de los personajes viene marcada por el traje que llevan.

En el caos que genera la fluidez constante y rapidísima del dinero y las fortunas, cobra importancia, además de la burguesía con pruritos de nobleza y que participa, cuando puede, en el libertinaje aristocrático, otra clase social, un tercer estado que aprovecha las migajas que caen del capricho libertino de las dos clases situadas por encima de ella: y lo aprovecha empleando la única arma que tiene, la picardía, para insertarse en la corriente y dejarse llevar por dinero a la sexualidad y a la prostitución en todas sus variantes, para luego derrochar también esas ganancias fáciles en el juego, la pereza, el vino o el vagabundeo, como atestigua, sin que sea ése su caso, la de la novela de Fougere de Monbrun *Margot la remendona*: Margot nos contará el modo en que, a río revuelto, los pescadores avisados pueden conseguir una buena bolsa: con ella se construyen una situación social a la que no podían aspirar por nacimiento.

La novela libertina vista ayer y hoy

El mismo trayecto que recorren las costumbres lo hace la literatura libertina, que en el XVI, frente a los numerosos textos filosóficos, apenas cuenta con los poemas burlones y satíricos de Viau y con una novela anónima de iniciación sexual: *L'École des filles*. Pero nada más iniciarse la nueva centuria se produce un hecho capital para la novela: empieza a publicarse la traducción de Galland de *Las mil y una noches* (1704-1717), que sorprende por su delicada sensualidad y por la manera de estructurar y articular los relatos y la novela. No era mucho lo que la época conocía de Oriente, pero quedó fuertemente impresionada por esas *Mil y una noches* que inundaron las imaginaciones más claras del siglo, desde la de Crébillon a la de Diderot y Montesquieu, desde la de Voltaire a la de Goethe. Había, desde luego, antecedentes en algunas obras narrativas y teatrales: por ejemplo, en *El burgués gentilhomme* de Molière, que había jugado, y no fue el único, a las «turquerías» en esa pieza, encargo hecho al cómico por Luis XIV para festejar la llegada de un nuevo embajador del Gran Turco tras una etapa de ruptura de relaciones diplomáticas entre aquel país, muy poderoso en el Mediterráneo de entonces, y Francia.

Tomando como ejemplo a Voltaire, de sus veintiséis cuentos canónicos, once se ambientan en ese mundo; para criticar los vicios de la sociedad francesa, o por el simple placer de narrar, recurre a la moda orientalizante, a ambientes de ensueño, a hechos maravillosos que cabían dentro de una falsa mentalidad oriental, pero que ampliaban las posibilidades de puntos de vista europeos –religiosos, políticos, narrativos– ya trillados. La delicadeza sensual de *El mozo de cuerda tuerto*, que abre esta antología de cuentos y relatos libertinos, supone una intromisión sensual en el mundo de la sexualidad; de ahí

hasta el marqués de Sade, eslabón final de la cadena del siglo y límite último tanto filosófico como libertino, muchos narradores suben los escalones de una sensualidad que se convierte en depravación en unos, en erotismo en otros, en pornografía en algunos, en obscenidad en los más, aunque todos estos términos a veces se confundan. Pero lo cierto es que la sexualidad se impone en la narrativa del siglo XVIII; a medida que avanza la centuria, el amor y su metafísica, derivada del siglo XVII, van desapareciendo para dejar el centro de la escena a la sexualidad directa, violenta muchas veces, con toda su retahíla de formas y modos de existir: escenas de mirones, de homosexualidad y lesbianismo, de intrigas guiadas por el bajo vientre, siempre con el deseo por motor de la trama.

La discusión sobre los límites de esos términos se centra, sobre todo, en la frontera que separa lo libertino de lo licencioso, lo erótico de lo pornográfico, teniendo en cuenta además que esos límites han evolucionado y no significan hoy con precisión exacta lo que denotaban hace tres siglos. Un estudioso de la narrativa, H. Coulet, precisa la visión libertina, que «reconoce el papel de los sentidos y admite que la moral viene determinada por lo físico»⁷ y recurre al tono del lenguaje para marcar las diferencias: «Cuando se deja de lado el problema del estilo y el escritor llama a las cosas por su nombre, la obra ya no es libertina». Coulet deja por ello de lado novelas que considera obscenas y pornográficas, sobre todo autores como Andrea de Nerciat (*Félicia, ou mes fredaines*, 1775) y títulos como *El portero de los cartujos*, de Gervaise de Latouche, o *Teresa filósofa*, de Boyer d'Argens⁸, las obras más leídas del siglo, y también las de mayor calado e influencia sobre la narrativa de la centuria y la evolución de las costumbres por su lectura.

Las novelas propiamente dichas del libertinaje se dividirían en dos grupos: las novelas galantes, donde el escepticismo moral y cierta visión satírica se impondrían en autores como Godard d'Aucour, Diderot, Duclos o Voisenon, cuyos relatos y narraciones tal vez sean novelas de costumbres, «pero que se comprenden mejor como novelas libertinas». Para Coulet, la novela libertina estalla con Diderot, en *Les Bijoux indiscrets*, obra que rompe las estrechas convenciones de un género tenido por menor, y lo rompe porque la imaginación y el temperamento del autor no pueden someterse a ellas.

El segundo grupo de novelas libertinas estaría formado, para Coulet, por narraciones organizadas por el cinismo de la mirada sobre la realidad; los protagonistas ya no son nobles que teorizan sobre el objeto de la pasión (*Las relaciones peligrosas*, de Choderlos de Laclos), sino que pertenecen a la otra parte, a la parte pasiva del libertinaje: aventureros, prostitutas, adolescentes refugiadas en la Ópera y actrices mantenidas; la obra maestra de este grupo sería *Margot la remendona*, de Foucheret de Monbron, que puede incluirse entre las *nouvelles* por su extensión, breve para novela.

Estas clasificaciones y divisiones, hechas en la actualidad, poco tienen que ver con lo que pensaban los autores de la época, que no veían discontinuidad entre *El portero de los cartujos* y *Las joyas indiscretas*, ambas de Diderot, entre *El sofá* de Crébillon y *Las relaciones peligrosas* de Laclos, entre *Teresa filósofa* de Boyer d'Argens y *La filosofía*

en *el tocador* del marqués de Sade, que muestra a sus personajes con el libro de Boyer d'Argens en las manos. Los elementos pornográficos u obscenos derivan, desde luego, de las mismas raíces libertinas que las novelas galantes de la buena sociedad: como éstas, son un homenaje al placer, a la ruptura de los límites impuestos por la moral religiosa. Sade irá más lejos: en sus orgías, los descansos sirven a los protagonistas para dar unas lecciones de filosofía natural que cuestionan, si no niegan, las convenciones morales y éticas heredadas por la sociedad: basta adentrarse en las páginas de *La filosofía en el tocador* para ver esa mezcla que se justifica a sí misma y ordena filosóficamente el mundo con la satisfacción del deseo y del placer por idea angular; la emancipación sexual no sería más que uno de los aspectos de la libertad de pensamiento, frente a toda clase de interdictos y tabúes. Y la definición sadiana de *libertinaje* rozará a unos límites no alcanzados por ninguna de las novelas del período: «El libertinaje es un extravío de los sentidos que supone la ruptura total de todos los frenos, el desprecio más soberano por todos los prejuicios, el derrocamiento total de todo culto, el más profundo horror por toda especie de moral»⁹.

A finales del siglo XVII, la evolución del significado de *libertin* ha llegado a término: hasta ese momento, exceso sexual y depravación estaban levemente unidos al término libertino, pero el *Dictionnaire de l'Académie* de 1798 lo asevera ya sin tapujos: «Depravación y mala conducta»; y la *Enciclopedia*, además de dar cuenta del primer sentido religioso, añade para definir *libertinage*: «Es la costumbre de ceder el instinto que nos lleva a los placeres de los sentidos; no respeta las costumbres, pero tampoco aparenta desafiarlas; carece de delicadeza y sólo su inconstancia justifica sus elecciones; está a medio camino de la voluptuosidad y la depravación; cuando es efecto de la edad o del temperamento, no excluye ni talento ni un buen carácter. César y el mariscal de Saxe fueron libertinos».

Pero esa cesión al instinto puede adoptar formas que no se limitan a la exaltación de la carnalidad: también son libertinos, según el *Dictionnaire* de Furetière, los que no quieren someterse a las leyes y a las normas establecidas; y para los informes policiales lo son desde el mendigo marginal al escolar que no obedece a su maestro, a la joven que «no quiere obedecer a su madre» o a la mujer que no quiere «obedecer a su marido».

De ahí que se haya pretendido establecer clasificaciones dentro del enorme corpus de novelas «libertinas» del siglo XVIII francés: para algunos, lo serían sólo aquellas que dibujan un comportamiento aristocrático en las relaciones amorosas y una complicada estrategia para lograr el acceso a la carne de la criatura pretendida; el protagonista, antes de llegar al momento de la pasión, ha tenido que convencer a su pareja de las leyes del placer, es un seductor que habla y convence; novelas dialogadas como *El silfo* o *La Nuit et le Moment*, ambas de Crébillon, rompen los moldes narrativos habituales para potenciar el diálogo; también cuentan en esa clasificación la elegancia expresiva, el tono, el nivel lingüístico, que no caen en la vulgaridad del término directo, y donde alusiones, perífrasis y demás recursos indirectos evitan entrar de lleno en la materialidad erótica.

Frente a ese tipo de novela, declarada libertina, la erótica rompería esos velos, tanto de acción como de lenguaje, e iría derecha a la búsqueda de la piel del otro mediante recursos como el voyeurismo ya citado.

Pero esas diferencias no resultan nítidas y pueden darse ambas formas en la misma obra; «la novela licenciosa empieza cuando la novela libertina acaba»¹⁰ vale como definición, pero hay obras «que pueden combinar estrategia y voyeurismo en proporciones variables»¹¹. De igual manera, las fronteras entre lo erótico y lo obsceno tampoco sirven para acotar el terreno, porque esa apreciación de los conceptos depende en gran medida de los lectores.

Novelas de formación

Dividida entre «el arte de seducir y el arte de cabalgar», entre la narración galante y el relato obsceno, la novela libertina del siglo XVIII se quiere y resulta, ante todo, un reflejo y una inducción de costumbres libertinas, dando a este término el amplio margen que puede apreciarse entre la delicadeza seductora de la novela por excelencia del período y de esa visión, *Las relaciones peligrosas*, y la agresividad realista de la «autobiografía» de una cortesana, *Margot la remendona*, quien por sus propios medios –el cuerpo– asciende de la miseria a las alturas sociales. Tanto unas como otras no sólo quieren entretener, sino embarcar al lector en la interioridad o la exterioridad de los personajes e inducirle las lecciones que encierran, ya sean de galantería o de obscenidad. Si el objetivo en ambas es el mismo –la posesión–, el camino que estas dos clases de novela recorren difiere, aunque haya puntos en que todas coincidan: su intención didáctica, la vehiculación de una filosofía materialista que responde al sentido primero de *libertino* y condena toda suerte de prejuicios –sobre todo religiosos–: y no sólo de forma alusiva, sino explícita, como hacen *Teresa filósofa* y *La filosofía en el tocador*.

Como los filósofos, como la *Enciclopedia*, la novela libertina se quiere una novela de formación, así como de práctica, para las jóvenes, consideradas las lectoras más ávidas del género: no sólo actúa e influye sobre sus mentes, sino también sobre sus cuerpos: a Félicia, protagonista de *Félicia ou Mes fredaines*, de Andréa de Nerciat, la lectura de *Teresa filósofa* que lee acostada ya para dormir no tarda en «encenderla»; y en *Las campanillas*, el protagonista ve desde la ventana de su cuarto a una joven, de dieciséis años a lo sumo, desnudarse, meterse en la cama y coger un libro: «Me fue fácil ver que aquella lectura le gustaba; ¿qué no ven los ojos de un enamorado amante?, porque no me cabe duda de que yo ya lo era. Creí ver que una expresión de languidez se difundía por toda su persona. Pocos instantes después su cabeza se inclina, se le escapa el libro, extiende los brazos, su respiración se vuelve precipitada, su seno tímido y naciente sube y baja, sus ojos cerrados me hacen temer que haya perdido el uso de sus sentidos. Me siento conmovido hasta el punto de que experimento los mismos peligros; una turbación

desconocida se apodera de mí, un fuego sutil se difunde por todo mi cuerpo, mi alma cautiva quiere exhalar y, al no poder encontrar salida, tensa con violencia los lazos de su prisión, busco su causa, vuelvo de nuevo los ojos hacia el lecho fatal para mi reposo, ya no veo nada, ya no puedo más, caigo sobre un sillón en medio de un arbo indecible»¹².

Formación que pasa inevitablemente una y otra vez por escenas idénticas, mostrando la seducción o la depravación, haciendo al hilo de la historia el retrato de falsas devotas y de curas hipócritas, de financieros malvados y caballeretes insulsos, de amantes engañadores y policías corrompidos al servicio del dinero o del poder. Todas pretenden «educar», dar una educación teórica materialista, en el fondo tanto de las novelas galantes como de las tenidas por obscenas; o una educación puramente sexual, una iniciación a los modos y maneras del arte de cabalgar: de ahí las abundantes «escuelas» y «academias» de jóvenes o damas que ya habían empezado a publicarse a mediados del XVII (*L'École des filles ou la Philosophie des dames*¹³) y que se reeditarán repetidas veces durante la siguiente centuria; esos manuales de educación que enseñan «el vocabulario, la introducción a la vida sexual, el enunciado de una moralidad social y de una ética del placer, una física y una metafísica, en un proyecto de imitación y de liberación al mismo tiempo»¹⁴ llegan a constituir un subgénero que permanece vivo hasta el siglo XX, en el que un poeta como Pierre Louÿs escribe *Manual de urbanidad para jovencitas*¹⁵.

A través del libro, la lectora conocerá el lenguaje del amor: desde los sutiles razonamientos de la novela de la mundanidad a la descripción de los órganos de la sexualidad, desde la clasificación y el nombre de los placeres hasta el significado y el empleo de los términos prohibidos, pasando por un catálogo de posturas sexuales, porque según Margot los hombres tienen unas extravagancias en el libertinaje, que el marqués de Sade expondrá en su novelas. «El clero, la espada, la toga y las finanzas me colocaron, uno tras otro, en las posturas más rebuscadas»¹⁶.

Para expresarse, unos autores utilizarán metáforas –la joya (el sexo femenino), en *Las joyas indiscretas* de Diderot, en la que hace hablar a ese sexo–, otros jugarán con términos inventados que ocultan su carga sexual en anagramas –*El príncipe Apprio*¹⁷–, o proponen complicadas perífrasis –la bella Nocrion, protagonista de la novela de su nombre escrita por el abate Bernis, intentará contar las aventuras sexuales de Amador, pero utilizando el alemán para designar al sexo femenino, ya que en francés no se atreve–; el lenguaje alcanza así su libertad y ahora puede nombrar todo, encubriéndolo unas veces bajo figuras de estilo, o diciendo brutalmente los términos calificados por los diccionarios de «bajos»: de Crébillon a Fougere de Monbron la lengua va despojándose de sus velos, abstracciones y metáforas, porque «ante todo habéis de aprender la lengua del oficio, cuyo uso nos es indispensable y de la mayor importancia; el término adecuado colocado en el momento oportuno produce con frecuencia más efecto, impresiona, conmueve y agujonea más vivamente los sentidos que la imagen galante que una

hermosa charlatana sustituye por un largo circunloquio. Enseguida os daré la definición de cada palabra que no entendáis, y os indicaré por último la aplicación de diversas prácticas de nuestro oficio», dice Mme. Richard en su arenga a las novicias de la secta anandrina¹⁸.

Teresa filósofa se limita a poner la letra inicial de la palabra «baja», seguida de puntos suspensivos; *Margot la remendona* inscribe esos mismos términos en su lenguaje cotidiano, sin destacarlos ni buscarlos, como un hecho natural; Crébillon, sin embargo, se prohibía su empleo y utilizaba gasas metafóricas para velar el vocablo directo; no sirven, sin embargo, estas precauciones para sacar las obras de Crébillon del mismo saco: todas son novelas libertinas, como recogen los textos de la época, que citan una tras otra *Las joyas indiscretas* de Diderot, *Temidoro*, *Teresa filósofa*, *El portero de los cartujos*, etcétera. Todas pertenecen a un mismo género, y todas figuran en pie de igualdad con los textos de los filósofos en las requisas que hace la policía de libros.

El principio elemental de esta enseñanza trata de hacer a cada persona dueña de su cuerpo y de su voluntad en nombre de una ley natural cuyos instintos han sido satanizados por la religión europea —la católica durante siglos, prácticamente desde su fundación, porque desde ese instante la Iglesia se apartó según los libertinos de los principios del Evangelio en que afirma basarse—. De ahí que una educación «natural» tenga que defender todo lo que los pulpitos condenan, con la amenaza de la hoguera en el horizonte, bajo el nombre de vicio: sodomía, aborto, lesbianismo, incesto, onanismo, masturbación..., virtudes «naturales», en cambio, para filósofos y novelistas libertinos que, a la defensa y práctica de esos «vicios», unen el consiguiente anticlericalismo lógico. El placer se convierte en motor único de la vida del hombre: eso argumentan las dos novelas obscenas más importantes del siglo, *Teresa filósofa* y *El portero de los cartujos*; Gervaise de Latouche, autor de esta última, va más lejos en el resumen de su pensamiento: «En una palabra, joder indistintamente es de institución divina, es un precepto grabado por la mano del Creador»; someterse a las reglas creadas por la religión sería «de institución humana. [...] ¿Es posible, sin volverse autor de pecado, escuchar al hombre antes que a Dios?». De este modo, Latouche exige y recurre así a una impiedad «de derecho divino».

Entre la mundanidad y el burdel

No resulta fácil deslindar conceptos ni establecer fronteras entre lo que algunos califican como «subgéneros», las novelas «de la mundanidad», término este que acoge bajo su manto a la novela aristocrática, a la novela erótica, a la novela obscena. Para abarcar todas con un solo término, desde la novela más galante y metafísica hasta la más dura, J. Rustin propuso calificar de libertina toda obra que describa el universo del libertinaje en sus múltiples finalidades: desde la fiesta galante hasta los infiernos de Sade,

desde el entretenimiento que la práctica del amor supone para los salones aristocráticos hasta el bajo mundo de rameras y pícaros¹⁹.

En 1700, y en Francia, la novela como género carece de estatuto; es un género menor frente a la poesía y al teatro; sin embargo, ya tenía medio siglo de ejercicio a través de las novelas del «preciosismo» firmadas por Mme. de Scudéry, La Calprenède, el propio d'Urfé²⁰, etcétera, autores de novelas en miles de páginas que describían la metafísica y el camino de la vida amorosa y hacían del amor una teología caballeresca. El siglo XVIII zanja resueltamente con ese mundo, calificando tales narraciones de «tonterías ridículas» y «tejido de sucesos quiméricos y frívolos, cuya lectura era peligrosa para el gusto y las costumbres»²¹. Según los ilustrados, el camino a seguir para librarse de ese mundo sobrenatural de peripecias caballerescas, héroes extraordinarios y proezas maravillosas, es el que han señalado novelistas ingleses como Fielding y Richardson –Diderot quedará deslumbrado por *Pamela* y *Clarisa*, Sade hablará del «inmortal» Richardson–: los ingleses escriben a partir de la realidad y, aun cuando retratan personajes y costumbres libertinas, no dejan de ser un espejo social.

Sin estatuto propio, los novelistas son además, tanto para jansenistas como para católicos, e incluso para Rousseau, «envenenadores públicos»; y «de todos los géneros de obras que produce la literatura, pocos hay menos estimados que el de las novelas; pero no hay ninguno más buscado por todos ni leído con mayor avidez», dice Choderlos de Laclos en su reseña crítica de una novela inglesa de Miss Burney. Desde la Iglesia se lanzan anatemas contra esos portadores de la «herejía imaginaria»; para el abate Jacquin sólo la Iglesia tiene la Verdad, y las novelas describen mundos regidos por el amor –es decir, el pecado–, la impiedad, la corrupción del hombre que pierde su alma con esas «locas producciones de la imaginación»²². El abate no salvará un solo título, y el género irá a parar en su totalidad al índice de libros prohibidos. No fueron suficientes las advertencias religiosas, que acusaban a los autores de encanallar a los lectores, propagar la irreligión, vehicular la filosofía moderna y pintar el vicio con los colores de la virtud. Frente a los constantes intentos por prohibir la novela, la primera mitad del siglo XVIII francés ve publicar cerca de un millar de títulos, y más del doble de esa cantidad en la segunda mitad, cierto que con pie de imprenta, falso muchas veces, en La Haya, Amsterdam, Leipzig, Londres o Lausana. Al mismo tiempo, ese intento de dar un estatuto propio a la novela provoca la escritura de ensayos, a favor y en contra, para responder a las acusaciones y construir la historia del género; se encargan de hacerlo teóricos y novelistas, Sade incluido²³.

En su «Idea sobre la novela», Sade arremete contra las «fastidiosas languideces del amor o las aburridas conversaciones de alcoba» que predicán las «vigorousas» obras de Richardson y de Fielding; exige trazar «caracteres viriles que, juguetes y víctimas de esa efervescencia del corazón conocida con el nombre de amor, nos muestren a la vez tanto sus peligros como sus desgracias»; los ingleses han enseñalequel *on traite de l'origine des romans et de leurs différents spèces, tant par rapdo* que «el estudio profundo del

corazón del hombre, verdadero dédalo de la naturaleza, es el único que puede inspirar al novelista, cuya obra debe mostrarnos no solamente cómo es el hombre, o cómo se presenta, que es deber del historiador, sino tal como puede ser, tal como deben volverlo las modificaciones del vicio y todas las sacudidas de las pasiones. [...] No siempre se interesa haciendo triunfar la virtud. [...] Cuando la virtud triunfa, al ser las cosas lo que deben ser, nuestras lágrimas se secan antes de derramarse; pero si, tras las más rudas pruebas, al final vemos a la virtud abatida por el vicio, necesariamente nuestras almas se desgarran, y por habernos emocionado excesivamente, por haber *ensangrentado nuestros corazones en la desgracia*, como decía Diderot, la obra debe producir inevitablemente interés, lo único que asegura los laureles²⁴».

Esa orientación hacia el realismo o, quizá mejor, hacia la verosimilitud que Sade exige y Diderot promueve tiene, sin embargo, unos límites no bien definidos con lo vulgar; más nítidas son las fronteras que quiere mantener con la moral; todos los autores libertinos – con el marqués de Sade a la cabeza– defienden el realismo de sus escenas, por más libertinas u obscenas que sean, en nombre de la exaltación de la virtud y el castigo del vicio: ¿argucia para burlar las iras religiosas que pedían el fuego para las novelas? Sean sinceras o falsas esas protestas de didactismo y exaltación de la virtud, lo cierto es que el recurso ya era utilizado como cota de malla defensiva en la Edad Media (prólogo de *La Celestina*, por ejemplo). Poner al desnudo la inmoralidad y el vicio era, según estos autores, una manera de mostrar a la juventud las trampas del mal; esa «utilidad» proclamada no engaña a nadie, pero avanza en la dirección que quería Diderot: reflejo de una parte, por lo menos, de la vida social, más la aristocrática que la plebeya, desde luego, aunque los ingleses ya habían hecho de criadas (Pamela) y bastardos (Tom Jones) protagonistas: algunos de los autores libertinos elegirán por héroes a personajes de los submundos sociales (Fougeret de Monbron), mientras otros (Crébillon) siguen caminando con aristócratas y sutiles códigos de amor.

Los novelistas de la mundanidad²⁵ tienen la Corte y al cortesano por personajes. Después de desarmar a la aristocracia frondista de su adolescencia, Luis XIV la había hecho montarse sobre altos tacones, empolvase y empelucarse como cualquier personaje de Mlle. Scudéry; Versalles se había convertido en un mundo cerrado, de costumbres exclusivas, que llevaba en sí mismo el mito literaturizado de la aristocracia, portadora de valores de pura apariencia –no por ello dejan de ser más reales para ese círculo–. El número de personas es pequeño, ínfimo casi, pero dicta las normas y se da a sí mismo el nombre de «el mundo»: en sus márgenes queda todo lo demás, aquello que no merece la pena ser siquiera mirado, desde la burguesía al pueblo. «Para ser como todo el mundo hay que ser como muy poca gente –dice Saint-Preux, protagonista de *La nueva Eloísa*, de Rousseau–. Los que van a pie no son del mundo; son burgueses, hombres del pueblo, gentes del otro mundo. [...] Hay así un puñado de impertinentes que sólo se cuentan a ellos en todo el universo. [...] Diríais que Francia sólo está poblada por condes y caballeros»²⁶. La burguesía, por más que trate de imitar a la aristocracia,

apenas si aparece de refilón en ese *mundo*, con pujos de quiero y no puedo; mientras, el pueblo carece de personalidad y sólo ocupa las funciones «innobles», las propias de la servidumbre; sólo en las novelas más descriptivas de esa franja social se le adjudicará un papel protagonista, pero sólo como pícaro o arribista que describe su carrera desde la nada hasta la cumbre como advenedizo, como granuja capaz de engañar o subir a costa de los grandes. «Veo cortesánías, gentilezas, galanterías, bribonadas, disertaciones de sociedad, y nada más. [...] Por debajo de la buena sociedad que habla, Francia parece vacía», dirá Taine cuando analice la sociedad que permiten ver esas novelas²⁷.

Ese «mundo» es un teatro esquemático, donde son los papeles, las funciones, y no los intérpretes, lo que importa; el centro del escenario es esa entidad mítica llamada aristocracia, que trata de desmarcarse de la burguesía cerrando el círculo y codificando todavía más las actitudes y una serie de valores que la burguesía rechaza o de los que carece: los protagonistas de la novela libertina poseen un apellido noble y heredan bienes considerables que les permiten, y hasta les obligan, a entregarse a una vida de libertinaje razonada en términos filosóficos que proceden de la novela del siglo anterior. La nobleza, obligada al ocio por las normas impuestas por el absolutismo, ve en todo ello una manera de afirmar sus viejos y propios valores, por más que pertenezcan al pasado. La burguesía, en cambio, no entiende la depravación de costumbres y Diderot niega incluso la posibilidad de que los cuadros libertinos de Fragonard o de Boucher puedan ser materia de arte. Mundo cerrado que tiene por protagonistas a petimetres y coquetas, a jóvenes que hacen sobre la marcha su curso de galantería con el deseo y la posesión física por meta; unos serán jóvenes frívolos, irresponsables e inconsecuentes; otros, malvados inteligentes que no dudan en emplear los avances de la ciencia al servicio del placer, construyendo máquinas de entretenimiento para *voyeurs* (*Las campanillas*), aplicando linternas mágicas e instrumentos ópticos como el telescopio a la satisfacción de los deseos, o ideando aparatos y potros de tortura para el goce (el marqués de Sade); en el enfrentamiento de sexos, a la mujer le toca jugar la mayoría de las veces el papel de víctima: mediante codificadas maniobras de seducción, los casanovas las someten y humillan; pero también algunas mujeres participan de esa masculinidad, y, si creemos fidedignos algunos testimonios contemporáneos, fueron varias las damas del estamento aristocrático que se hicieron famosas por la libertad que ejercieron en su vida amorosa y sexual: las duquesas de Boufflers²⁸ y de Tencin, o Mme. Du Deffand, por ejemplo, relacionadas con los filósofos y el movimiento ilustrado.

En ese mundo de galantería es la galantería lo que importa, lo único que importa; el amor debe diferenciarse de la inclinación, del gusto natural; por lo tanto, al no haber un sentimiento impulsivo y sincero, el lector asiste a un combate en el que ambas partes conocen sus límites y tratan de superarlos para obtener una victoria prevista desde el principio también por las dos partes: el juego del asaltante y la defensa de la mujer ha de durar como ya ocurría en el amor caballeresco medieval, porque las resistencias iniciales sirven de acicate al deseo y aumentan el valor del placer finalmente conseguido; corazón

y pasión son términos metafóricos, en realidad no entran nunca en juego con su significación real: se trata de meras palabras aprendidas y dispuestas para el trueque de frases obligadas, cumpliéndose así un rito, en que el asaltante ha atacado con astucia y la atacada ha opuesto las resistencias exigidas por las costumbres. Una vez conquistada la plaza, estas costumbres lo permitían todo ya que el amor no anda por medio y el deseo y la galantería son el objetivo real de la operación amorosa. En una novela dialogada de Crébillon, *La Nuit et le Moment*, se describe las operaciones y resultados de ese mundo de seducción en su conjunto, el mismo, en esencia, que explicitan la primeras líneas de *Sin mañana*, de Vivant Denon:

«Se agradan, se toman. ¿Que se aburren el uno con el otro? Se abandonan con tan poca ceremonia como se han tomado. ¿Que vuelven a agradarse? Vuelven a tomarse con tanta vivacidad como si fuera la primera vez que se comprometen juntos. Vuelven a dejarse, y nunca se pelean. Es cierto que el amor no ha tenido parte alguna en todo esto; pero el amor ¿qué era sino un deseo que se complacía sin exagerar, un impulso de los sentidos que había complacido a la vanidad de los hombres convertir en virtud? Hoy se sabe que sólo existe el gusto; y si todavía se dicen que se aman, es menos porque lo crean que porque se trata de una forma más cortés de pedirse recíprocamente eso de lo que sienten que tienen necesidad».

Todos esos *roués* —el término *roué* señalaba hasta entonces al criminal ajusticiado en el suplicio de la rueda—, galantes y seductores cuando es preciso, son crueles y violentos cuando necesitan serlo para afirmar su autoritarismo y su orgullo de clase; son los libertinos por excelencia: «Hacerse amo del otro y envilecerlo [...] en el teatro del mundo, [el libertino] suscita esa admiración horrorizada a través de la cual se mide la irradiación del mal. Goza de un mundo donde su vanidad encuentra muchos rumores halagüeños. Su pasión es “dominar”», escribe Crébillon. Y otro personaje de *Temidoro* explica el amor como actividad guerrera: «Semejante a un panduro, llego, ataco, saqueo, disparo mi pistola y salgo zumbando. Todo quedó despachado en un minuto, y yo ya estaba en mi habitación cuando a la solicitante aún no le había dado tiempo de fijarse si todavía seguía yo a su lado»²⁹. Su maldad consiste en «no estar sometido a nada, ni a las impulsiones de la naturaleza, ni a los vértigos del sentimiento, ni al código social que para él es un juego. Puesto que la nobleza no cree ya en las “virtudes” que la fundan (y que la justifican), puesto que ser noble no es más que un ejercicio de estilo, el libertino sólo se reconoce en una sola exigencia: estar a la altura de su reputación. Ésa es su gloria y ése su prestigio, y el servicio del libertinaje»³⁰.

Reflejos de la realidad

Dentro del ámbito de galantería y mundanidad hay otro mundo mucho más violento,

entregado a todos los excesos, violaciones y crímenes incluidos: el caso personal del marqués de Sade, maltratando y sodomizando entre blasfemias y sacrilegios a una joven abanquera encinta (Jeanne Testard, 1763), o azotando hasta la sangre, produciendo incisiones con una navaja y cauterizando las heridas con cera de sellar a una hilandera (Rose Keller, 1768), o azotando a cuatro muchachas y haciendo tomar una caja de pastillas de cantárida para excitarlas (1772), no es más que una entre muchas de las violencias a las que ciertos aristócratas se entregaban quedando la mayoría de las veces impunes. Las crónicas del reinado de Luis XIV y de la Regencia ofrecen escenas que parecen sacadas de lo que luego novelará el marqués de Sade: desde jóvenes petimetres emborrachando a una mujer para después entregársela a los criados, hasta el conde de Charolais, capaz de poner petardos encendidos bajo la silla de Mme. de Saint-Sulpice, que «estos días pasados ha tenido todo el coño quemado en la matriz»³¹. Este sujeto, el conde de Charolais, miembro de la más elevada aristocracia, fue preceptor del heredero del título de los Condé a la vez que del marqués de Sade –cuya madre estaba emparentada por vía colateral con una de las ramas de la casa Bourbon-Condé–, que se crió en el palacio de esa familia, la primera de Francia después del rey; Charolais, feroz y sanguinario, mataba para entretenerse y utilizaba a los retejadores encaramados en las techumbres de Versalles para probar su puntería con el mosquete³². Al lado de la galantería y los petimetres se instala un libertinaje duro cuyos secretos guardan muchos castillos y palacios de la nobleza y del que la obra de Sade ofrece un reflejo a través de violencias y torturas más literarias que practicadas, pues su detalle se inspira la mayoría de las veces en la crueldad descrita por las crónicas de los emperadores, en el martirio de los primeros cristianos, etcétera.

A la muerte de Luis XIV, es el propio regente, el duque d'Orléans quien da ejemplo de libertinaje, tras abrir las cerradas ventanas que habían ahogado a la Corte en los últimos años de ese reinado; los valores del glorioso pasado inmediato se corrompen para dar lugar no sólo al petimetre galante, sino al *roué*, «título» que asumen el Regente y su entorno, los jóvenes calaveras de la aristocracia; el duque d'Orléans se encierra todas las tardes con sus amigos –sus apóstoles³³– para celebrar orgías donde tenían lugar todas las depravaciones; el Regente es también el primero en hacer ostentación y exhibición de su libertinaje en materia religiosa, aprovechando los días más sagrados del calendario católico para dedicarlos a orgías y a jactarse en las mismas iglesias de su irreligiosidad.

Las remendonas y sus clientes

Frente a la mundanidad, las novelas que se salen de ese ámbito y extraen sus materiales narrativos de la vida real reflejan en cambio una parte de la vida cotidiana cuyos protagonistas no existen socialmente: criados, doncellas, mujeres mantenidas, aventureros y arribistas no tienen cabida de hecho, por más que algunos de estos oficios

terminen por inscribirse en las capas de la alta galantería; el foco de su existencia se centra también en el placer, pero es un placer «impuro» porque carece de un fin idealista en sí mismo: su objetivo es el dinero, que consiguen a cambio del placer que procuran con menor o mayor repugnancia: la Margot de Fougeret de Monbron es el mejor modelo de un libertinaje que resulta de una estrategia de ascenso social; sus «memorias» sirven, además, para permitir una ojeada sobre ese mundo que no tiene nada que ver con la galantería, porque su condición social le impide acercarse a la mundanidad; al lado de ramera como la remendona Margot, o de la Teresa filósofa de Boyer d'Argens, figura el retrato de sus «alquiladores»: eclesiásticos de todo pelaje, chulos que pueden pertenecer a la nobleza, magistrados y financieros, además del pícaro consolador de su amiga. El refinamiento de maneras y lenguaje de los protagonistas de la mundanidad desaparece: aquí es el placer lo que se busca: un placer instantáneo, genital, que pone al descubierto apetitos furiosos, tanto en mujeres como en hombres; la despoetización acaba con el alambicado mundo de expresión de sentimientos pomposos para centrarse en el efímero trato y comercio físico y económico; la visión es ahora materialista y puede, por tanto, hacer un retrato de esos protagonistas sociales que acuden al libertinaje como clientes, a la par que describe los impulsos naturales que llevan al ser humano hacia el sexo y la satisfacción de sus necesidades: la iniciación a la sexualidad de Margot, por ejemplo, rinde culto a las exigencias de la naturaleza, igual que lo hace Teresa a la edad de siete años, cuando, enferma en cama, su madre se da cuenta «de que yo tenía la mano sobre la parte que nos diferencia de los hombres, donde, mediante un frote benigno, me procuraba placeres que no suelen conocer las niñas de siete años y que conocen de sobra las de quince. [...] Por fin, tras varias noches de atenta observación, [mi madre] no dudó ya de que era la fuerza de mi temperamento la que, dormida, me impulsaba a hacer lo que sirve para aliviar a tantas pobres religiosas cuando velan»³⁴.

Boga y censura de la novela libertina

Antes de 1750, la boga de la novela libertina invade las casas de la burguesía, de la nobleza e incluso el palacio de Versalles, donde está documentado que una azafata de las hijas de Luis XV le presta a una de ellas *El portero de los cartujos*; la princesa Adélaïde no tarda en jactarse ante su hermano «de ser más sabia que él y de haber leído mejores libros». Los servicios de policía vigilan las fronteras de todos los países que rodean Francia, donde los impresores se encargan de editar toda suerte de libros prohibidos, textos jansenistas y obras de los pensadores ilustrados al lado de las novelas libertinas; pese a toda suerte de controles llegan a las trastiendas de los libreros de París y se venden a escondidas en los jardines de Versalles o del Palacio Real. Muchas de ellas se han impreso dentro de Francia, en París o Ruán, aunque con pie de imprenta en La Haya o Amsterdam, como el *Emilio* de Rousseau y las *Cartas persas* de Montesquieu. En

ocasiones, sobre todo en folletos antimonárquicos y obras obscenas, la página de título sirve de burla: la obra *Je ne sais quoi, par je ne sais qui*, atribuida al abate Maquin, se dice «Impresa no sé cuándo, se vende no sé dónde, en casa de no sé quién»³⁵.

Por entre las redes de los controles eclesiástico y policial lograban pasar muchos libros, pese a que algunos fueran perseguidos de forma especial, con gran despliegue de soplones (criados, trabajadores de las imprentas, impresores rivales, etcétera) y policías, como *El portero de los cartujos*, *Teresa filósofa*, o *Margot la remendona*, cuyo autor irá a parar a la Bastilla; la persecución daba desde luego sus frutos, incluso entre la aristocracia: a la marquesa du Châtelet, amiga y amante de Voltaire, con quien vive en su residencia de Cirey, se le confiscan, por ejemplo, tres cajones llenos de caracteres de imprenta. Los textos oficiales del Estado y de la Iglesia llaman a rebato contra la «multitud de escritos infectados de estos detestables errores», que siguen circulando por París y provincias. Las cosas cambian tras el atentado de Damiens contra el rey, el 5 de febrero de 1757: las penas se endurecen y todas las instituciones se empeñan en dictar sus propios castigos: el Parlamento, la Sorbona, el Consejo del rey, los obispos con prescripciones y penas, el papa con un breve, etcétera. Se castigará con la muerte a autores, impresores o buhoneros implicados en el comercio de obras prohibidas, o con galeras perpetuas. Los libros «venenosos» siguen difundándose, y de nada sirven las pomposas ceremonias en que son quemados en la hoguera *Las cartas filosóficas* y el *Diccionario filosófico portátil* de Voltaire, la *Historia natural del alma* de La Mettrie, el *Emilio* y las *Cartas escritas desde la montaña* de Rousseau, etcétera.

Desde el primer momento, los libros de los filósofos, los panfletos antimonárquicos y las novelas libertinas sufren la misma persecución por parte de la Iglesia y del Estado: éste los persigue porque atacan los fundamentos del estado absolutista; aquélla, porque su pensamiento puede caer en manos de jóvenes de preparación insuficiente y mente débil y envenenarlos; el solo hecho de poseer libros prohibidos se pagó en ocasiones con la muerte, como le ocurrió al joven caballero de La Barre (1745-1766), quemado en la hoguera después de serle cortadas la lengua y la cabeza: su delito, no haberse arrodillado al paso de una procesión y leer y poseer el *Diccionario filosófico portátil* de Voltaire. Por supuesto, el ejemplar del *Diccionario* hallado en su casa también le acompañó a la hoguera y juntos ardieron.

En esa sociedad llena de tensiones –religiosas, entre jansenistas y jesuitas; militares, porque el Regente abandona muchas de las aventuras en que se había embarcado bajo el reinado de Luis XIV el ejército francés; políticas, que irán creciendo al ritmo del siglo hasta enfrentar al rey y al Parlamento; ideológicas, con los filósofos tratando de asentar nuevos valores que alteran las viejas costumbres–, el libro, los libros, juegan un papel de primera magnitud; ni lectores, ni libreros, ni policía hacen distinguos y las obras de los filósofos y las novelas de los libertinos entran en el mismo saco, animan a los mismos lectores, atacan la misma fortaleza: el Antiguo Régimen, basado por derecho divino en el absolutismo. Absolutismo y derecho divino serán, pues, blanco de todos los ataques.

Si libreros, lectores y policía ven idéntica perversión en estos dos géneros, hay filósofos que, pese a tratar de quebrantar el sistema con sus ideas, no comparten las ideas del libertinaje: para d'Holbach una cosa es el ateo virtuoso y otra cosa muy distinta el libertino centrado en los excesos del placer. El tiempo demostrará que las novelas libertinas son portadoras en sí mismas de la filosofía materialista y natural, y que dedican amplios párrafos a exponer esas ideas –por poner dos ejemplos: *La filosofía en el tocador*, del marqués de Sade, aprovecha los momentos de reposo tras los excesos sexuales para aleccionar; en *Teresa filósofa*, el abate T*** explica los principios que rigen la naturaleza a Madame C***, o hace un examen de las religiones por las luces naturales, una vez calmados los ardores de la libido– a negar la inmortalidad del alma, a cuestionar el concepto de Providencia, a abogar por una naturaleza libre de prejuicios y desnuda de coacciones religiosas.

Libreros e impresores sufren multas, cárceles, galeras o exilios, pero, siempre que los textos no sean antimonárquicos ni ataquen al rey, a su familia y a su entorno de favoritos, las penas se aplicaban con suavidad –o por lo menos no con la severidad que prescribían las numerosas ordenanzas–. Con la mayoría de las novelas libertinas debía de hacerse la vista gorda: de otro modo no se explica que corrieran por todo París, e incluso a precios muy elevados que compensaban los riesgos y sacaban de su prohibición una plusvalía: *Teresa filósofa*, por ejemplo, se vende «desde un luis de oro hasta cinco. Esta clase de obras raramente tienen un precio fijo».

Cuantas más persecuciones sufra y más libertino sea, más caro cuesta el libro, sobre todo cuando va acompañado de grabados «infames». No sólo los busca el «todo París» de la época: como la corrupción llega también a ese mercado, hay policías que se encargan de vender libros confiscados y censores que se dedican a escribir novelas libertinas, desde Crébillon a Pidansat de Mairobert pasando por Godard de Beauchamps³⁶.

La Revolución abole la censura en marzo de 1791 –abolición que sólo durará hasta el 29 de septiembre de 1793, cuando el Terror la restablece–, y entonces todos los panfletos, folletos, libros, discursos, periódicos, etcétera, se vocean y venden por las calles, a la entrada de los espectáculos, en los puentes, paseos, bulevares y alamedas de la ciudad; los libros prohibidos y libertinos, las obras eróticas, pornográficas u obscenas, sin distinción de límite, parecen salir de debajo de las piedras según uno de los cronistas del momento, Louis-Sébastien Mercier, quien en *Le Nouveau Paris* (1798) asiste horrorizado al espectáculo de una demanda que supera todo lo conocido. A Sade, por ejemplo, su editor le pide con urgencia continuaciones de *Justine* y obras carácter obsceno en cuyas cubiertas el marqués no se atreve a estampar su nombre; y, mientras sigue negando la paternidad de *Justine* y de *La filosofía en el tocador*, con una mano redacta las dos continuaciones de aquella mientras con la otra trata de ganarse el título de «hombre de letras», que no puede reclamar dado que niega la autoría de sus novelas hasta entonces aparecidas, fuertemente connotadas de erotismo e irreligión: *Los crímenes*

del amor, escritos durante su etapa de encarcelamiento, serán corregidos entonces y expurgados por el propio Sade con esa intención: la parte que más sufre son los discursos que exponen un ateísmo radical y el rechazo de las leyes morales y las convenciones de la sociedad; no sólo suaviza o elimina teorías inmorales de los manuscritos, sino que aquí y allá desaparecen frases que subrayaban la filosofía libertina y el goce incrementado por el hecho mismo de ir contra las convenciones, y los labios de sus libertinos no pronuncian ya términos «escabrosos o impíos»; aunque la realidad profunda de *Los crímenes del amor* –incestos, crueldades, muertes, torturas y sufrimientos–, persista, su miedo a poner sobre aviso a los censores le impulsa a eliminar detalles casi ridículos: la protagonista de *Ernestina*, por ejemplo, es presentada vestida y no desnuda, como en la primera redacción, en el momento más álgido de la novela, cuando la joven acaba de ver ejecutar a su amado y es ultrajada por Oxtiern, fautor de todas las desgracias de Ernestina³⁷.

Con el inicio del nuevo siglo y la restauración del viejo orden bajo distintas formas (poder napoleónico, restauración, etcétera), la novela libertina francesa del siglo XVIII tiene los días contados; todavía se publicarán algunos títulos siguiendo su pauta, pero ya como continuaciones literarias de un género que había llegado al límite último que narrativamente se podía alcanzar.

Mauro Armiño

Bibliografía

Recojo exclusivamente títulos recientes sobre el tema del libertinaje en general y no de los autores seleccionados en particular; sobre ellos puede verse amplia bibliografía en *Romanciers libertins du XVIII e siècle*, edición dirigida por Patrick Wald Lasowski, citado en el apartado *Textos*.

Textos

Romanciers libertins du XVIIIe siècle, ed. de J. Marchand, Éd. Rationalistes, 1972.

Romans libertins du XVIIIe siècle, ed. de Raymond Trousson, Robert Laffont, Bouquins, 1993.

Libertins du XVII e siècle, ed. de Jacques Prévot, Gallimard, Bibl. de la Pléiade, 1998, 2 vols.

Romanciers libertins du XVIII e siècle, ed. dirigida por Patrick Wald Lasowski, Gallimard, Bibl. de la Pléiade, 2000, 2 vols.

Vivant Denon, *Point de lendemain*, suivi de Jean François de Bastide, *La Petite Maison*, ed. de Michel Delon, Gallimard, Folio classique, 1995.

Obras citadas y relacionadas

Alexandrian, Sarane, *Histoire de la littérature érotique*, Seghers, 1989.

Blanc, Olivier, *Les Libertines. Plaisir et liberté au temps des Lumières*, Perrin, 1997.

Cazenobe, C., *Le Système du libertinage de Crébillon à Laclos*, en «Studies on Voltaire», 282, Oxford, The Voltaire Foundation, 1991.

Cortey, Mathilde, *L'Invention de la courtisane au XVIII e siècle dans les romans-mémoires des «Filles du monde» de Mme. Meheust à Sade (1732-1797)*, Éd. Arguments, 2001.

Coulet, H., *Le Roman jusqu'à la Révolution*, Armand Colin, 1967.

Delon, Michel, *L'Idée d'énergie au tournant des Lumières (1770-1820)*, P.U.F., 1988.

—, *L'Invention du boudoir*, Zulma, 1999.

—, *Le savoir-vivre libertin*, Hachette, «Pluriel», 2000.

Demoris, R., «Esthétique et libertinage: amour de l'art et art d'aimer», en *Eros philosophe. Discours libertins des Lumières*, Champion, 1984, págs. 149-161.

Goulemont, Jean-M., *Ces livres qu'on ne lit que d'une main. Lecture et lecteurs de livres pornographiques au*

- XVIII e siècle*, Alinéa, 1991.
- Hoffmann, P., *La Femme dans la pensée des Lumières*, Ophrys, 1977.
- Huet, N.-H., *Le Héros et son double. Essai sur le roman d'ascension sociale au XVIII e siècle*, José Corti, 1975.
- Jeanneret, Michel, *Éros rebelle: littérature et dissidence à l'âge classique*, Le Seuil, 2003.
- Jiménez, Dolores, y Real Ramos, Elena, eds., *El arte de la seducción en los siglos XVII y XVIII*, Universitat de València, 1997.
- Michel, Ludovic, *La Mort du libertin. Agonie d'une identité romanesque*, Larousse, 1993.
- Nagy, Peter, *Libertinage et Révolution*, Gallimard, «Idées», 1975.
- Negroni, Barbara de, *Lectures interdices. Le Travail des censeurs au XVIII e siècle, 1723-1774*, Albin Michel, 1995.
- Pinhas-Delpuech, R., «De l'affranchi au libertin, les avatars d'un mot», en *Eros philosophe. Discours libertins des Lumières*, Champion, 1984, págs. 11-20.
- Portier, R., «Libertinage littéraire et tensions sociales dans la littérature de l'Ancien Régime: de la *Pícara* à la *Fille de joie*», en *Le Cœur et la Raison*, Oxford, The Voltaire Foundation, 1990, págs. 403-413.
- Rustin, Jacques, «Définition et explicitation du roman libertin au siècle des Lumières», en *Travaux de linguistique et de littérature*, XVI, 2, 1978.
- , *Le Vice à la mode. Étude sur le roman français de la première partie du XVIII e siècle*, Ophrys, 1979.
- Saisselin, Remy G., «The space of Seduction in the Eighteenth-Century French Novel and Architecture», en *Studies on Voltaire*, 319, 1994.
- Seguin, Jean-Pierre, «Le mot *libertin* dans le dictionnaire de l'Académie ou comment une société manipule son lexique», en *Le Français moderne*, 40, 1981.
- Vásquez, Lydia, *Elogio de la seducción y el libertinaje, seguido de un prontuario de la seducción*, Alegia, R&B, 1996.
- , «*La Petite Maison* ou l'art de séduire raisonnablement», en *Narrativa francesa en el siglo XVIII*, Madrid, UNED, 1988.
- Wald Lasowski, Patrick, *Libertines*, Gallimard, «Essais», 1980.
- , *L'Ardeur et la galanterie*, Gallimard, 1986.

Nota sobre la edición

En esta antología se recogen cuentos y relatos que ejemplifican las diversas direcciones que adoptó la novela libertina desde las décadas iniciales del siglo hasta su final. La diferencia entre los conceptos de cuento y relato que aplico quiere respetar la tradición francesa del cuento maravilloso o «cuento de hadas»; frente a éstos, califico como relatos aquellos textos que quieren ser, con toda la ficción que haya en ellos, un reflejo de la sociedad y de la realidad. Para la traducción he seguido las últimas ediciones de todos los títulos, recogidos en el epígrafe *Textos* de la bibliografía, aprovechando sus notas en buena medida.

M. A.

CUENTOS Y RELATOS LIBERTINOS

Voltaire

El mozo de cuerda tuerto

François-Marie Arouet, Voltaire (1694-1778), encarna con su obra el siglo XVIII, también llamado el «Siglo de Voltaire». Tras estudiar en el colegio Louis-le-Grand, donde asimila la enseñanza mundana y literaria que en él dispensaban los jesuitas, Voltaire no tarda en emprender una vida de cortesanía, aventuras, exilios, enfrentamientos, búsquedas..., que dirigen su pluma hacia todos los campos, ganándole, tras muchos destierros, afanes y desvelos, la gloria desde sus cincuenta años; aun así, no será hasta 1754 cuando pueda descansar, instalándose para pasar sus últimos veinte años en su dominio de Ferney, en la frontera entre Suiza y Francia. Ninguna materia o asunto se resistió a su actividad literaria: el ensayo histórico, la poesía y el teatro le dieron más celebridad que a ninguno de sus contemporáneos; sin embargo, dos siglos más tarde, su fama se concentra de manera especial y casi exclusiva fuera del ámbito erudito: en los cuentos y novelas cortas, en sus ensayos en defensa de ajusticiados por motivos religiosos (*Tratado sobre la tolerancia*), y en su monumental *Correspondencia*, donde muestra, sobre todo, una escritura variada, espontánea, llena de sobriedad e inteligencia.

Más que por sus ideas particulares, que la Revolución francesa y las circunstancias sobrepasaron enseguida, Voltaire pervive por la actitud de su pensamiento crítico, abierto a todo, sensible a los sufrimientos de la humanidad y esperanzado en el progreso. La ironía será el arma preferida por Voltaire para luchar contra coerciones intelectuales y tradiciones religiosas.

El mozo de cuerda tuerto es, cronológicamente, el primero de sus cuentos –entre 1714 y 1716–, escrito en el ambiente orientalizador que acababa de difundir la traducción de *Las mil y una noches*; corresponde, por tanto, a la primera juventud de Voltaire, antes de que un incidente con un noble le obligara a exiliarse en Inglaterra; quien luego será acerbo crítico de los modos de vida inútiles de la aristocracia, vive en esa primera etapa en salones y en compañía de príncipes y duquesas; obligado a escribir un cuento en esos juegos de sociedad, en un día redactó este homenaje a la sensualidad oriental, cuya delicadeza erótica se corresponde con la existencia idílica de ese momento tanto personal como social.

El mozo de cuerda tuerto

(Le crocheteur borgne, 1714-1716)

Nuestros dos ojos no vuelven mejor nuestra condición; uno nos sirve para ver los bienes, y el otro los males de la vida. Mucha gente tiene la mala costumbre de cerrar el primero, y muy pocos cierran el segundo; por eso hay tanta gente que preferiría estar ciega a ver todo lo que ve. ¡Felices los tuertos que sólo están privados de ese mal ojo que echa a perder todo lo que mira! Mesrur¹ es un ejemplo.

Habría sido preciso ser ciego para no ver que Mesrur era tuerto. Lo era de nacimiento; pero era un tuerto tan contento con su estado que nunca se le había ocurrido desear otro ojo. No eran los dones de la fortuna los que lo consolaban de los entuertos de la naturaleza, porque era un simple mozo de cuerda² y no tenía más tesoro que sus espaldas; mas era feliz, y demostraba que un ojo de más y una pena de menos contribuyen bien poco a la felicidad. El dinero y el apetito siempre le llegaban en proporción a la tarea que hacía; trabajaba por la mañana, comía y bebía por la tarde, dormía de noche, y miraba todos sus días como otras tantas vidas separadas, de suerte que la preocupación por el futuro nunca le perturbaba el goce del presente. Como podéis ver, era a un tiempo tuerto, mozo de cuerda y filósofo.

Por azar, vio pasar en una brillante carroza a una gran princesa que tenía un ojo más que él, cosa que no le impidió encontrarla muy hermosa, y, como los tuertos sólo difieren del resto de los hombres en que tienen un ojo de menos, se enamoró locamente. Tal vez alguien diga que, cuando uno es mozo de cuerda y tuerto, no debe enamorarse, y menos de una gran princesa, y, lo que es más, de una princesa que tiene dos ojos; convengo en que es muy de temer no agradar; sin embargo, como no hay amor sin esperanza, y como nuestro mozo de cuerda amaba, esperó.

Como tenía más piernas que ojos, y además eran buenas, siguió durante cuatro leguas la carroza de su diosa, de la que tiraban a gran velocidad seis grandes caballos blancos. En aquel tiempo, la moda entre las damas era viajar sin lacayo ni cochero y guiar ellas mismas: los maridos querían que siempre fuesen solas, para estar más seguros de su virtud, cosa directamente opuesta a la opinión de los moralistas, que dicen que en la soledad no hay virtud.

Mesrur seguía corriendo junto a las ruedas de la carroza, volviendo su ojo bueno hacia la dama, sorprendida de ver a un tuerto con aquella agilidad. Mientras él demostraba así

que uno es infatigable porque ama, una bestia salvaje, perseguida por unos cazadores, cruzó el camino real y espantó a los caballos que, con el bocado entre los dientes, arrastraban a la hermosa hacia un precipicio. Su nuevo enamorado, más asustado todavía que ella, aunque ella lo estuviese mucho, cortó los tiros con maravillosa destreza; los seis caballos blancos dieron solos el salto peligroso, y para la dama, que no estaba menos blanca que ellos, todo quedó en susto.

—Quien quiera que seáis —le dijo—, nunca olvidaré que os debo la vida; pedidme cuanto queráis; cuanto tengo es vuestro.

—¡Ah!, con mayor razón puedo ofreceros otro tanto —respondió Mesrur—; mas, si os lo ofreciera, siempre os ofrecería menos, porque sólo tengo un ojo y vos tenéis dos; pero un ojo que os mira vale más que dos ojos que no ven los vuestros.

La dama sonrió, porque las galanterías de un tuerto no dejan de ser galanterías, y las galanterías siempre hacen sonreír.

—Querría poder daros otro ojo —le dijo—, pero sólo vuestra madre pudo haceros ese regalo; pese a todo, seguidme.

Tras estas palabras, se apea de su carruaje y prosigue el camino a pie; también bajó su perrillo, que caminaba junto a ella ladrando a la extraña figura de su escudero. Hago mal dándole el título de escudero, porque, por más que le ofreció el brazo, nunca quiso la dama aceptarlo so pretexto de que estaba demasiado sucio; y vais a ver que fue víctima de su limpieza. Tenía unos pies muy pequeños, y unos zapatos más pequeños todavía que sus pies, de modo que no estaba ni hecha ni calzada para soportar una larga caminata.

Unos pies bonitos consuelan de tener malas piernas cuando se pasa uno la vida en una tumbona en medio de un tropel de petimetres; pero ¿para qué sirven unos zapatos bordados de lentejuelas en un camino de piedras donde únicamente puede verlos un mozo de cuerda, y encima un mozo de cuerda que sólo tiene un ojo?

Melinade (éste es el nombre de la dama; mis razones he tenido para no decirlo hasta ahora, porque aún no estaba inventado) avanzaba como podía, maldiciendo a su zapatero, desgarrando sus zapatos, desollándose los pies y haciéndose esguinces a cada paso. Hacía hora y media poco más o menos que caminaba al paso de las grandes damas, es decir, que ya había hecho cerca de un cuarto de legua, cuando cayó rendida de fatiga.

El Mesrur, cuya ayuda había rechazado mientras estaba de pie, dudaba en ofrecérsela por temor a ensuciarla si la tocaba: sabía que no estaba limpio, la dama se lo había dado a entender con suficiente claridad, y la comparación que durante el camino había hecho entre él y su amada se lo había demostrado más abiertamente todavía. Llevaba ella un vestido de un ligero tejido de plata, sembrado de guirnaldas de flores, que hacía resplandecer la belleza de su talle; y él, un blusón pardo manchado en mil puntos, agujereado y remendado de suerte que los remiendos estaban al lado de los rotos, y no encima, donde, sin embargo, habrían estado más en su sitio. Había comparado sus

manos nerviosas y cubiertas de callosidades con aquellas otras dos manitas más blancas y delicadas que los lirios. Había visto, por último, los hermosos cabellos rubios de Melinade, que escapaban a través de un ligero velo de gasa, realzados unos en trenza y otros en rizos; a su lado, él sólo podía poner unas crines negras, erizadas y crespas, que por único adorno sólo tenían un turbante destrozado.

Mientras tanto, Melinade intenta levantarse, mas no tarda en volver a caer, y con tan mala fortuna que lo que enseñó a Mesrur privó a éste de la poca razón que la vista del rostro de la princesa había podido dejarle. Olvidó que era mozo de cuerda, que era tuerto, y únicamente pensó en la distancia que la fortuna había puesto entre Melinade y él; y no recordó siquiera que era un enamorado, porque faltó a la delicadeza que dicen inseparable de todo verdadero amor, y que a veces constituye su encanto y en la mayoría de las ocasiones su hastío; se sirvió de los derechos que a la brutalidad le daba su estado de mozo de cuerda, fue brutal y feliz³. Sin duda, la princesa se hallaba entonces desvanecida, o gemía lamentando su destino; pero, como era justa, a buen seguro bendecía al destino, según el cual todo infortunio lleva consigo su consuelo.

La noche había extendido sus velos sobre el horizonte y ocultaba con su sombra la verdadera dicha de Mesrur y las presuntas desgracias de Melinade⁴; Mesrur saboreaba los placeres de los perfectos amantes, y los saboreaba como mozo de cuerda, es decir (para vergüenza de la humanidad), de la forma más perfecta; los desmayos de Melinade la ganaban a cada instante, y a cada instante su amante recuperaba fuerzas. «Poderoso Mahoma», dijo una vez como hombre fuera de sí, pero como mal católico, «a mi felicidad sólo le falta que la sienta también quien la causa; mientras estoy en tu paraíso, divino profeta, concédeme otro favor, ser a los ojos de Melinade lo que ella sería a mi ojo si fuera de día». Acabó de rezar, y siguió gozando. La Aurora, siempre demasiado diligente para los amantes, sorprendió a Mesrur y a Melinade en la actitud en que ella misma habría podido ser sorprendida, un momento antes, con Títono⁵. Mas ¡cuál no sería el asombro de Melinade cuando, al abrir los ojos con los primeros rayos de la aurora, se vio en un lugar encantado con un joven de noble porte y rostro que se parecía al astro cuyo retorno esperaba la Tierra! Tenía mejillas de color rosa y labios de coral; sus grandes ojos, tiernos y vivos a un tiempo, expresaban e inspiraban la voluptuosidad; su aljaba de oro, adornada de pedrerías, colgaba de sus hombros, y sólo el placer hacía resonar sus flechas; su larga cabellera, retenida por un lazo de diamantes, flotaba libre sobre sus caderas, y un paño transparente, bordado de perlas, le servía de indumentaria sin ocultar nada de la belleza de su cuerpo.

—¿Dónde estoy, y quién sois vos? —exclamó Melinade en el colmo de su sorpresa.

—Estáis —respondió él— con el miserable que ha tenido la dicha de salvaros la vida, y que se ha cobrado sobradamente su esfuerzo.

Tan asombrada como encantada, Melinade lamentó que la metamorfosis de Mesrur no hubiera empezado antes. Se acerca a un brillante palacio que hería su vista y lee esta inscripción sobre la puerta: «Alejaos, profanos; estas puertas sólo se abrirán para el

dueño del anillo»⁶. Mesrur se acerca a su vez para leer la misma inscripción, pero vio otros caracteres y leyó estas palabras: «Llama sin temor». Llamó, y al punto las puertas se abrieron por sí mismas con gran estrépito. Los dos amantes entraron, al son de mil voces y mil instrumentos, en un vestíbulo de mármol de Paros; de allí pasaron a una sala magnífica, donde los aguardaba un delicioso festín desde hacía mil doscientos cincuenta años sin que ninguno de los platos se hubiera enfriado todavía; se sentaron a la mesa, y cada uno fue servido por mil esclavos de la mayor hermosura; la comida estuvo acompañada de conciertos y danzas; y cuando hubo acabado, todos los genios acudieron con el mayor orden, repartidos en diferentes grupos, con atavíos tan magníficos como singulares, a prestar juramento de fidelidad al dueño del anillo, y a besar el dedo sagrado de quien lo llevaba.

Había, sin embargo, en Bagdad un musulmán muy devoto que, como no podía ir a lavarse a la mezquita, se hacía traer a casa el agua de la mezquita a cambio de una pequeña retribución que pagaba al sacerdote. Acababa de hacer la quinta ablución, para disponerse a la quinta plegaria, cuando su criada, joven aturdida muy poco devota, se desembarazó del agua sagrada arrojándola por la ventana. Fue a caer encima de un desgraciado profundamente dormido sobre la esquina de un mojón que le servía de cabecera. Fue inundado y se despertó. Era el pobre Mesrur, quien, de regreso de su morada encantada, había extraviado en su viaje el anillo de Salomón. Habían desaparecido sus ricas vestiduras y llevaba puesto el blusón; su hermosa aljaba de oro se había trocado en la escalerilla de madera, y, para colmo de desgracias, había perdido uno de sus ojos en el camino. Volvió a recordar entonces que la víspera había bebido gran cantidad de aguardiente que había abotargado sus sentidos y calentado su imaginación. Hasta entonces, había apreciado ese licor por gusto; ahora empezó a amarlo por gratitud, y volvió alegremente a su trabajo, muy decidido a gastarse el jornal en comprar los medios para encontrar de nuevo a su querida Melinade. Cualquier otro se hubiera afligido por ser un maldito tuerto después de haber tenido dos hermosos ojos, por sufrir el rechazo de las barrenderas de palacio después de haber gozado los favores de una princesa más hermosa que las amadas del califa, y por estar al servicio de todos los habitantes de Bagdad después de haber reinado sobre todos los genios; pero Mesrur no tenía el ojo que ve el lado malo de las cosas.

Godard de Beauchamps

Historia del príncipe Apprio

Se sabe poco de la vida de Godard de Beauchamps, nacido y muerto en París, aunque su época le conociera bastante por su obra dramática, algo más de una docena de comedias convencionales, al modo de lo que pedía la activa vida teatral tanto de la Corte como de París.

Además de autor dramático, en 1730 inicia una carrera como censor; siete años más tarde, una orden del rey le nombraba «Inspector» de censura, para remediar, dice el decreto, «los muchos abusos que se cometen en el comercio de los libros, incluso en la inspección de las balas, fardos y paquetes que se hacen en la Cámara sindical de Impresores y Libreros de París, tanto por particulares como por los síndicos y adjuntos de la Librairie [Censura], sea por falta de atención de su parte, sea que aprovechen la libertad que tienen de inspeccionar solos las dichas balas; lo que da lugar a la introducción, venta y distribución de una infinidad de libros prohibidos por los reglamentos». Beauchamps era nombrado para asistir personalmente a las inspecciones y dar cuenta de los contenidos. No fue mucho su éxito en el desempeño de esta misión, según denuncian los censores a los que debía vigilar: «Fatigado generalmente por exceso de algunas largas comidas, se entrega al amodorramiento, a veces se dispensa de la inspección», e incluso se le acusó de «haber ofrecido muchas veces a cambio de dinero su protección para imprimir ciertos libros prohibidos». Es cuanto se sabe de la vida de Godard de Beauchamps.

Además de un ensayo sobre la historia del teatro francés desde la época medieval, escribió dos novelas, *Funestine*, historia de una princesa extremadamente fea que, mediante la fórmula del cuento de hadas, sirve al autor para criticar ligeramente las costumbres cortesanas y lamentar el estado de la cultura del siglo: «Se quejan todos los días del excesivo número de libros fútiles que inundan la ciudad y las provincias, y tienen razón en quejarse. ¿Qué encierran esos libros en su mayoría? Bobadas alargadas en varias partes, ideas vagas, intrigas manidas, que carecen tanto de imaginación como de juicio, y cuya lectura no contiene nada que resarza del tiempo que se pierde en recorrerlas. Se descuida lo instructivo por lo agradable. ¿Qué ocurre? Que uno queda ignorante y se aburre. Hay que atacar menos a los autores que al gusto general. Fulano sólo hace bagatelas, cuando sería capaz de hacer cosas excelentes; pero quiere ser leído,

quizá también quiere vivir. Una obra sería apenas si es conocida más que por su autor; sólo las frivolidades están de moda, el sexo femenino las ama y las devora, el petimetre las aprende y las recita, el magistrado las estudia, el guerrero descansa con ellas, el filósofo... me da vergüenza decirlo, el filósofo se divierte con ellas. A mí me arrastra el torrente, escribo un cuento de hadas. Lo publico con la esperanza de que no se me critique siendo yo el primero en criticarme».

La segunda, *Historia del príncipe Apprio*, más conocida, vuelve a ser un «cuento de hadas» que utiliza anagramas y alegorías y tiene su mayor interés en la forma en que Godard de Beauchamps rehace los cuentos alegóricos de la época, invadidos por príncipes y princesas exóticas, mediante una trama que merece los reproches citados más arriba por el propio autor; pero los contemporáneos buscaban lo que había detrás de una intriga que se divide y repite sin mayor necesidad: Godard está narrando, enmascaradas, historias galantes de la vida cortesana desde una cláusula imperiosa de estilo: el lector ha de encontrarse con un jardín cerrado para muchos, y sólo quienes sepan dar vuelta a los nombres (Apprio = Priapo; Lucano = cul-ano, Taliélaré = réalité) podrán captar la libertad que recorre todo el texto. Así lo leyeron los censores, y, previendo que sería recogido por éstos, Godard publicó su libro de forma anónima; algunos de los que más tarde serían compañeros de gremio de Godard tal vez vieron bajo el tono juguetón y frívolo un panfleto político que apuntaba al Regente, blanco de alguna novela alegórica y numerosos panfletos; aunque parece más razonable que el autor de la *Historia del príncipe Apprio* «formaría parte de los numerosos erotógrafos» que da el siglo. «Según los bibliógrafos, habría que situar su novela entre el número de libelos que, del siglo XVII a la Revolución, utilizaron con una violencia de tono sorprendente y a menudo no sin mala fe el arma pornográfica con fines políticos, preparando esa inquietante alianza de terror y pornografía que saldrá a la luz en múltiples panfletos libertinos de la Revolución francesa». Para Jean-Pierre Dubost, el interés reside en otra parte, en el laberinto que ofrece al lector, guiándole por una oposición, la que existe «entre el *secreto* de las pasiones [...] y la *verdad* del sexo». Bajo los tópicos sentimentales late una sexualidad irreprimible, cuya búsqueda persigue el cuento de hadas, con sus príncipes y sus reinas que llevan la clave en sus nombres.

Historia del príncipe Apprio, etc.

(Histoire du prince Apprius, etc., 1728)

Extracto de los Fastos del mundo,
desde su creación

Manuscrito persa hallado en la biblioteca de Shah-Hussain, rey de Persia, destronado por Mamuth en 1722

Traducción francesa
Por Messire Esprit, gentilhomme provençal
que sirve en las tropas de Persia.

Impreso
en Constantinopla
el año 1728

Al lector

El gentilhombre francés de quien tenemos este trozo de historia refiere cosas sorprendentes. En su opinión, según la tradición persa¹, el príncipe Apprio es el padre de todas las testas coronadas del mundo desde su creación, y el número de hijos que este gran príncipe tuvo de la reina Monilha², su esposa, es tan prodigioso que la multiplicación de todos los descendientes del primer hombre, hasta el último que nazca, no es más innumerable. Añade también que los más sabios personajes turcos, persas, árabes, etcétera, que han trabajado sobre la historia que os ofrecemos, la consideran como un cuerpo de moral que encierra las más bellas lecciones y los preceptos más indispensables para la conservación de todo el género humano. Para los aficionados a las cosas bellas es triste que no se nos hayan podido comunicar esos hermosos comentarios, así como las cartas geográficas y las estampas que esta obra exigiría. Pero lo que debe consolarnos es la pretensión de que la historia de Apprio tiene de maravilloso lo siguiente: que todo el que la medite podrá comprenderla en profundidad e incluso encontrará a menudo en ella su propia historia, a poco que sea hombre o mujer de cierto rango, y, sobre todo, a poco que haya sido educado en el colegio, en el convento o en la Corte.

Primera parte

Si la idea que los hombres se hacen de la nobleza no es una idea quimérica, y si es cierto que consiste en una serie de antepasados ininterrumpida durante varios siglos, el príncipe cuya historia escribimos, remontándonos de varón en varón hasta la creación del mundo, puede considerarse como el ser más noble de la naturaleza. Sin embargo, nunca se ha vanagloriado de su nacimiento porque, sabiendo que la virtud no está unida a él y que uno es hijo de sus propias obras, siempre ha tenido por frívola una ventaja que depende del azar. En efecto, aunque la mayoría de sus antepasados se hayan immortalizado por sus bellas acciones, también pasaron su vida en la indolencia, en el olvido de sí mismos; hubo otros lo bastante cobardes para dejarse arrebatar sus prerrogativas más preciosas; pero como el mérito de unos y la ignominia de otros no es nuestro asunto, volvamos al príncipe Apprio.

Los primeros hombres, ignorantes y misteriosos, ocultaron casi todas las cosas bajo fábulas groseras o bajo emblemas ininteligibles. Cuando uno quiere adentrarse en los tiempos remotos, la oscuridad nos detiene a cada paso; he aquí, tras una laboriosa pesquisa, lo que hemos podido ordenar en un caos de ideas confusas y extravagantes

cuyas tinieblas no puede disipar la crítica más luminosa. Por más que hemos hecho para conocer claramente la verdad, nunca la veremos más que a través de un velo.

No nos detendremos a dibujar todas las figuras bajo las que se ha pintado al príncipe Apprio ni a evocar todos los nombres que se le han dado. Los extravíos de la mente humana aburren tanto como divierten y sólo evocaremos de pasada algunos jeroglíficos³ que lo caracterizan. Para unos pueblos es un dios, para otros sólo un hombre, aunque un hombre singular. En un país, objeto de culto público, se le elevan altares, se le construyen templos; en otras partes, sólo lo adoran en secreto. Aquí es una llama devoradora que consume al sacrificador y a la víctima, allá una rosa vivificante que da ser y crecimiento a todo. En otra parte es una simple pepita de uva. Entre unos es el fénix que renace de sus cenizas, la rama dorada que se reproduce de sí misma⁴. Entre otros pueblos es objeto de irrisión, monstruo sin forma; sin embargo, es el más honrado y celebrado de sus dioses. En todas partes es una brújula que rige todas las acciones humanas, es un imán que atrae todo hacia sí. ¡Qué sabemos nosotros lo que no es! Pero resulta excesivo entregarnos a los símbolos de la alegoría. Dejemos las falsas apariencias de la fábula, y pasemos a la simplicidad de la historia.

Apprio era hijo de Valmor y de Lusicoteria-Celpidutia. Si cuando nació no aparecieron fenómenos en el cielo, en la tierra hubo pruebas de una alegría universal. Todos los pueblos se apresuraron a verlo. Todos lo que tuvieron esa dicha quedaron encantados, y hasta el mero placer de oír hablar de él hacía sus delicias. Tuvo por nodriza a Pultevola, que, joven entonces, lozana y graciosa, aún no había corrido las aventuras que la han vuelto despreciable. En esa época tenía esos atractivos, esa finura, esa dulzura que sólo conocemos en idea: el vigor de la salud y la fuerza del temperamento dependen de los primeros alimentos.

Apprio, nutrido con una leche llena de espíritus sutiles, fue robusto casi desde que nació. Fue él quien, si se nos permite seguir recurriendo al emblema, asfixió bajo el nombre de Hércules a dos serpientes en su cuna⁵.

Gatimonnilia se ocupó de sus primeros años, se unió a él de tal manera que no le abandonó casi nunca. En su amistad encontró él esas alegrías puras y deliciosas sin las que los placeres sólo son insipidez. Obligado a volver a ella cuando sus arrebatos la habían enfriado, en todas las épocas de su vida confesó que sólo fue feliz gracias a ella, con ella. Valmor le había dado el reino de los síderos, vasto país en el que todos los días se hacen nuevos descubrimientos. En medio de los mares que la rodean por todas partes se encuentra la isla flotante de Taliélaré, deliciosa a la vista. Los síderos hacen mil tentativas para llegar a ella, mas, criticados por el escaso éxito de su empresa, dicen que no es más que una quimera. Sin embargo, subsiste, pero es tal el gran arte del encantador que la construyó que uno cree verla y tocarla, y no se la ve ni se la toca casi nunca.

Los síderos son ligeros, impetuosos, volubles, aman con ardor, corren muchísimo y siempre se adelantan a lo que han querido, desprecian el presente y sólo se ocupan del futuro, desprecian lo que poseen, sólo se ocupan de tenerlo, y hacen sus delicias de lo

que no tienen. Su ambición es excesiva y nunca queda satisfecha, sus proyectos son inmensos y rara vez afortunados. Su extravagancia aumenta con la contrariedad, se vanaglorian de ella y la tienen por prudencia. El primer químico fue un sίδero. Su divisa es: *Sperar sempre, non gioir mai*⁶.

El país es fértil y se encuentra en la mejor situación del mundo. Sus panoramas son admirables, sus edificios alcanzan una altura prodigiosa. Los jardines están cortados por laberintos. Estos laberintos son tan extensos, están tan enredados que casi siempre se pierde uno en ellos, incluso con un guía. Sus flores son hermosas, pero carecen de olor, los frutos acarician la vista, pero el gusto encuentra en ellos poca satisfacción. El clima es cálido, las tormentas son frecuentes, el pueblo bajo va casi desnudo, los señores se visten con una tela singular y bastante parecida a alas de mariposas raras y coloreadas de extraña forma. El alimento habitual es delicioso, pero tan corrosivo que es más apropiado para irritar el apetito que para satisfacerlo. El licor que allí se bebe es fuerte, aturde, embriaga y no sacia en absoluto la sed.

Apprio se resintió toda su vida de las impresiones que había recibido con tales cortesanos. La inconstancia fue su pasión dominante. Más halagado en sus placeres por la variedad que por la selección, consultó a menudo el capricho a expensas del gusto y la delicadeza. No lo reconoció nunca, porque todo lo que halaga parece bueno; pero nosotros debemos rendir testimonio a la verdad, incluso a expensas de nuestro héroe. Criticar sus defectos es hacer creíbles sus virtudes.

Apenas cumplió los doce años, los cortesanos, siempre con los ojos abiertos sobre sus príncipes, siempre atentos a seguir y a estudiar sus pasos para aprovecharse de ellos, se dieron cuenta de que era capaz de dejarse gobernar por un favorito. En todas partes hubo intrigas secretas, solicitudes abiertas para ese importante puesto. Sin embargo, el rey no se decidía. Su indecisión tenía los ánimos en suspenso; los bienes que se esperan perturban casi tanto como los males que se sufren. Tal era el estado de la Corte, cuando quedó muy sorprendida de que una mañana, al levantarse, se supiera que había elegido al príncipe Danbre. Los aspirantes se vieron obligados a someterse a la voluntad del amo y a ganarse la simpatía del favorito.

Este príncipe, hijo de Livacguver y de Plecuanissa, era soberano de la provincia de los celulenses, nación independiente de los sίδeros, pero aliada suya, y que desde siempre utilizó tropas auxiliares en sus ejércitos.

Los celulenses son de baja estatura, pero vigorosos, y casi siempre están furiosos y en acción; la actividad de su temperamento los arruga y envejece pronto. Entre ellos y su príncipe hay una unión tan perfecta, una dependencia tan necesaria, que no pueden nada sin él, y él nada sin ellos. La amistad tiene tan gran predicamento en este pueblo que es inaudito que un celulense haya abandonado a su amigo. Sólo la muerte o la violencia puede separarlos. Siempre el uno con el otro, comparten sus fatigas y sus placeres. Esa comprensión hace su gloria y su fuerza.

La envidia sigue de cerca al favor. De él se decía que sólo tenía el mérito de la

novedad; que era un joven audaz que no veía nada imposible, un atolondrado que sólo escuchaba a su locura, a su arrebató; que precipitaría al rey en algún exceso dañino para su salud o vergonzoso para su gloria; que Gatimonnilia (pues era ella la que, no contenta con haberlo introducido en la Corte, le había hecho conocer a Apprio) sería la primera en arrepentirse de su obra; que él la destruiría en el ánimo del príncipe para reinar solo. Se equivocaron. Siempre vivió en perfecta relación con ella, siempre sirvió tan bien a su amo que fue amado por él sin interrupción hasta su muerte, y su muerte le costó lamentos infinitos. Hablemos algo de su carácter.

Su impetuosidad natural surgía de un fondo de valor y firmeza maravillosos. Intrépido a la vista del peligro, se precipitaba en él, no como si no lo conociese, sino como si lo encontrase digno de su persona. Enemigo del descanso, sólo se entregaba al reposo de mala gana, y por unos momentos. Una victoria conseguida le animaba a una nueva conquista, sólo se ocupaba de combates, de triunfos. De ahí tantas hazañas emprendidas con audacia, sostenidas con coraje, ejecutadas con éxito. Su fidelidad fue ejemplar y no produjo murmuraciones. Los favoritos, casi todos ingratos, buscan su elevación rebajando a quienes los han creado. La gloria de su príncipe fue siempre el objeto de sus deseos y el término de su ambición. Amó al rey en Apprio, sin segundas intenciones, sin otros designios, por el solo placer de amarle. Nunca separó el poder de su persona; en fin, puede decirse que el ardor del favorito en el servicio de su señor llegó hasta su destrucción, hasta el propio aniquilamiento.

El rey tenía por meninos⁷ a dos jóvenes celulenses de su misma edad. El príncipe Danbre se los recomendó, dándole a conocer todo su mérito. Apprio los probó, los amó, los colmó de favores, su gratitud igualó a sus bondades; ellos le amaron, se unieron a él sin reserva, enteramente. Admitidos a sus trabajos, llevaron todo el peso, toda la fatiga; admitidos a sus placeres, fueron todo su encanto, todo su atractivo, toda su vivacidad, pues a su protector, poco celoso de su favor, no le costaba confesar que le ayudaban a conservar el de su amo.

Danbre disfrutó durante un tiempo de un favor ocioso. Apprio, joven todavía, y sin discernimiento, se entregaba por entero a esos juegos frívolos y sin recursos que la infancia parece perpetuar en aquellos que está obligada a abandonar. Poco a poco la disipación fue dejando paso al recogimiento. Sus ideas se aclararon, su gusto se depuró, las cosas sucedieron a las naderías. Danbre entró entonces en propiedad de todos sus derechos. El rey no podía prescindir de él, sólo era feliz con él. Sin embargo, se volvió soñador, se aburría, ya no hablaba, suspiraba, una mezcla confusa de languidez y viveza apagaba y encendía alternativamente el fuego de sus miradas. Se dieron cuenta de su cambio. Sus cortesanos quisieron entretenerle con fiestas, que lo volvieron más melancólico. Las damas vieron en esto un mal augurio para ellas, su tiempo no había llegado. Pronto pudieron desengañarse: esa alteración involuntaria y esa insensibilidad aparente le preparaban para conquistas en las que su vanidad consiguió quedar satisfecha.

Como se ama el detalle⁸ y se quiere conocer todo de los grandes hombres, vamos a dar de Apprio la idea más justa que nos sea posible. Estaba en esa edad en que la belleza pertenece a ambos sexos. La suya era delicada, pero estimulante; halagüeña, pero animada; tenía ese aire de dulzura y majestad que los dioses imprimen en quienes son objeto de su complacencia y su predilección. El respeto y la admiración caminaban delante de él, era el encanto de los ojos y de los corazones, no se le podía negar el tributo de amor que exigía, y que, sin embargo, parecía voluntario.

El pincel más vivo trasladará mal sus colores, y la imaginación misma pintaría mejor el efecto que la mezcla.

Sus cabellos eran de un negro esplendoroso, nada disimulaba su color natural, se rizaban sin necesidad de artificio, eran suyos. Entonces no se conocía, al menos en su Corte, ese refinamiento, o más bien esa extravagancia de gusto que hace renunciar a los dones de la naturaleza para apropiarse de un despojo extraño. Eran cortos. La molice no había introducido todavía esas largas cabelleras que dan un aire afeminado a quienes las llevan, que los deslucen, que los vuelven tan ridículos como lo serían unas liebres vestidas con las crines de un león. Enemigo del fasto, su indumentaria era muy sencilla, sólo consistía en un manto de satén gris claro forrado con un tafetán de color rosa, atado por un pequeño nudo de cinta color de fuego. Se vestía de modo que en los días de acción o de ceremonia su atuendo no le impidiese ni combatir ni mostrar la elegancia de su talle.

Admirablemente bien constituido, de movimientos libres, de acción fácil, de actitud altiva, incluso algo orgullosa, pero con ese orgullo noble que es patrimonio del soberano, no era ni como esos gigantes a los que su grandeza eleva hasta los cielos y a los que su peso arrastra hacia la tierra, ni como esos enanos que un soplo derriba y que escapan a la vista. La naturaleza, que ama el orden, que busca proporciones en todos sus productos, había hecho en él su obra maestra: era tal como nos pintan al dios Marte.

Era dulce, parecía incluso que abordaba a la gente con timidez. Pasada esa primera turbación, resultaba amable, cariñoso. Era vivo, emprendedor, y no conocía obstáculo ni dificultad. La resistencia le irritaba, entonces dejaba de ser dueño de sí; centelleaba de cólera, el fuego le salía de todas partes, no respiraba más que sangre y carnicería, era preciso que todo cediese ante él; avergonzado de su arrebató, se enfadaba, derramaba lágrimas; pero como es fácil recuperar el temperamento propio, en la primera ocasión la cólera sucedía al arrepentimiento con tanta rapidez como el arrepentimiento habría sucedido a la cólera.

Por lo demás, sus virtudes borraban sus defectos, y hasta puede decirse que éstos no eran más que consecuencias de aquéllas. Tenía en grado eminente todo lo que es propio del héroe, y sobre todo había nacido de una liberalidad que el sueño mismo no suspendía la pasión que sentía por derramar sus favores. Tito⁹ sólo lamentaba los días que había pasado sin hacerlos. Apprio habría lamentado las noches. Un elogio más largo le ofendería, la modestia y el mérito caminan de la mano.

Un día, a solas con su favorito, rompiendo de pronto el silencio, le dijo:

—Danbre, os amo, quiero abriros mi corazón. Todo parece sonreírme, y de hecho todo me sonríe. Adorado por mis súbditos, tranquilo en mis Estados, en paz con mis vecinos, debería ser feliz, y no lo soy. Impulsos desconocidos me agitan, vuestra presencia (por querido que seáis para mí) redobla su violencia, me estremezco, tiemblo, siento escalofríos, mi corazón se rebela, se me escapa, tengo deseos, no sé adónde tienden; mi inquietud se nutre de todo lo que hacen para distraerla. Un fuego difundido por todas mis venas me devora, me consume; el día es un suplicio para mí, la noche no resulta más favorable, el sueño me rehúye, o sólo suspende mis pesares para aumentarlos; mil imágenes extravagantes y quiméricas se me ofrecen; unas veces, un alocado tropel de Amorcillos me encadenan con una guirnalda de flores, me transportan en sus alas a lugares encantados: céspedes esmaltados, sombrías florestas, murmullos graciosos de un arroyo lentamente fugitivo, gorjeo conmovedor de mil y mil ruiseñores cuyos halagüeños sonidos repite el eco, palacio donde brillan el oro y el azur, donde, rival de la naturaleza, el arte anima sus propias obras, embelesan mis ojos y mis oídos. Seres desconocidos, pero encantadores, retozan alrededor de mí, me llaman, me muestran la felicidad que hay en la distancia, me encuentro en un desierto árido, no veo más que montones de arena y rocas escarpadas; se deja oír un ruido terrible; presto atención, miro, es un torrente que se precipita desde una montaña. Me llego a él; el agua se pierde bajo tierra, sólo saltan sobre mí algunas gotas que no llegan a mi lengua reseca. ¿Qué te diré? Mil juegos más se dejan ver y se destruyen; me despierto y ya no vuelvo a dormir.

—Señor —le respondió el príncipe—, el estado en que os encontráis me afecta tanto más cuanto que mi presencia irrita vuestros males. Si soy yo la causa, enviadme al exilio, no volváis a verme nunca. Aunque le duela a mi amistad, ésta me vuelve capaz de hacer por vos este sacrificio.

—No, mi querido Danbre —interrumpió Apprio—, no puedo consentir perderos. Todavía soy más digno de lástima cuando estoy lejos de vos. ¡Qué injusto sois! Necesito vuestros consejos, vuestra ayuda, y queréis abandonarme.

Tras estas palabras lo miró con los ojos bañados en lágrimas y se calló. El favorito volvió a tomar la palabra:

—Estáis en una edad en la que todas las pasiones confundidas intentan desarrollarse en un corazón. El choque es rudo, resulta difícil aguantarlo. Cuesta tanto ceder a él como combatirlo. La victoria o la derrota son igualmente dolorosas. Me pedís consejo. No traicionaré vuestra confianza. Voy a proponeros un remedio violento pero necesario. Separaos de vos mismo. Salid de la inacción en que estáis. La gloria os llama, seguidla. No tenéis ninguna guerra donde podríais hacer vuestras primeras armas. Dejad en paz a vuestros vecinos. Id a buscar lejos peligros dignos de vuestro valor. Volad a descubrir la isla de Taliélaré. Allí os esperan el reposo y los placeres. Poned fin a esa aventura. Su gloria os está reservada.

Tras estas palabras, el rey adopta un aire más sereno. Parece salir de una larga letargia;

un fuego vivo, pero dulce, brilla en sus ojos. Es un hombre nuevo.

Danbre va en busca de Gatimonnilia, le habla del designio del rey. Ella lo desaprueba al principio, mas, vencida por sus razones, le ayuda a condición de que también ella forme parte del viaje. Se equipa una flota. Se toman medidas para mantener la calma en el reino durante la ausencia de Apprio. El día de la partida llega, embarcan.

Danbre, Gatimonnilia y los dos celulenses estaban solos en la cámara del rey y se esforzaban por entretenerle durante una navegación larga, aunque afortunada. En ocasiones participaba de sus conversaciones, pero la mayoría de las veces, arrastrado por su ensoñación o cediendo a su impaciencia, pasaba días enteros mirando el mar y suspirando. El tiempo cambió, se cubrió de nubes el cielo, acreció el viento y se volvió contrario, la tempestad se forma, estalla, los pilotos se desconciertan, los barcos se dispersan, la tormenta crece; los amenaza la tempestad que se avecina. Apprio, inmóvil, guarda profundo silencio, los dos celulenses imitan a su amo, Danbre y Gatimonnilia discuten, la tripulación lanza unos gritos lamentables, el barco se parte, las olas lo engullen, el rey, sostenido por sus meninos que le ayudan a nadar, es arrojado medio muerto en la arena. Vuelve en sí, pregunta por su favorito, no lo encuentra, lo llama, lo busca por todas partes y se desespera por su pérdida. Gatimonnilia se une a él, trata de consolarle, su solicitud resulta inútil; ven a unos cuantos pescadores ocupados en recoger los restos del naufragio. Les preguntan en qué país están. «Estáis en el país de los dótigos», le respondieron. «Mina, nuestra reina, tiene su palacio a treinta leguas de aquí. Como los caminos son difíciles y somos amigos de los extranjeros, uno de nosotros os servirá de guía en caso de que queráis ir a la Corte, donde podemos aseguraros que seréis bien recibidos.» Apprio acepta el ofrecimiento y se pone en camino; el segundo día encontró a su favorito, su vista le hizo olvidar todas sus desgracias.

Gatimonnilia se había adelantado. La reina, informada por ella de la llegada del príncipe Apprio, salió a su encuentro y, abrazándole tiernamente, se felicitó de tenerle; lo alojó en su palacio y le colmó de caricias. No tardó el rey en hacerse a las costumbres de los dótigos, y, olvidando su reino y todos sus proyectos, se entregó a las delicias del país con tanto arrebató cuanto que nunca había disfrutado de otras parecidas.

El reino de los dótigos no es muy grande, una llanura casi cuadrada, cortada por ríos que desembocan unos en otros; hay unas pequeñas montañas en sus extremos, pero poco dignas de tenerse en cuenta. Lo componen cinco pueblos diferentes; el principal está separado de los otros cuatro por un valle bastante profundo. Todos tienen sus habilidades y sus costumbres particulares; en general, son despiertos, hábiles, oficiosos e infatigables.

Mina, encantada con su nuevo huésped, inventaba todos los días algún placer para retenerle. Su pasión por él se hizo tan fuerte que abandonó el cuidado de todos sus asuntos; no podía pasarse sin verle. Apprio respondía a su solicitud, y su unión parecía que había de durar tanto como su vida.

Gatimonnilia, alarmada por los violentos ejercicios que le veía hacer, le advirtió que

sus excesos podrían tener funestas secuelas; Danbre y los celulenses se unieron a ella; el rey no quiso escuchar nada. Ella le pidió que se retirara. Fue la víctima de su despecho. Le dijo fríamente que era dueña de su destino, que podía irse donde bien le pareciese. Dicho esto, la despidió. Al principio estuvo encantado de no verla, pero pronto la echó de menos y se declaró feliz de verla cuando quisiera volver. Así son los reyes sin experiencia.

Un día, Apprio, arrastrado por el ardor de la caza, se perdió. Le sorprendió la noche. Gracias a una débil luz distinguió algunas casas sobre una colina; cuando se dirigía hacia ellas cayó en manos de los brularnos, pueblo feroz e indómito, extrañamente codiciosos de los bienes ajenos; los roban únicamente para disiparlos sin provecho alguno, y no sacan más ventaja de su furia que el espantoso placer de destruirse a sí mismos haciendo perecer a quienes han conseguido dominar por la fuerza o la astucia. Discípulos de un tal Godinese, de él aprendieron a cometer el crimen sin vergüenza ni remordimientos. No tenían ni templos ni sacerdotes; presumían, sin embargo, de religión y hacían sacrificios a la tierra de día, de noche, por la mañana y por la tarde, como si estuvieran obligados a ello por su fervor o su capricho. Sin hacer caso de la majestad real, trataron a Apprio con una inhumanidad de bárbaros, lo encarcelaron, lo despojaron, lo separaron de su favorito y sólo le dejaron sus dos meninos, que, agotados por los malos tratos que habían recibido, no podían prestarle ayuda alguna.

La reina Mina se conmovió ante el estado en que se encontraba Apprio, pero, no queriendo ni atreviéndose a pelear con los brularnos, se limitó a emplear sus buenos oficios para inducirles a tratarle con mayor dulzura. Fue poco el caso que hicieron de su intervención. Continuaron persiguiéndole; Apprio necesitó todo el vigor, toda la fuerza de su temperamento para no sucumbir a pruebas tan violentas, tan temibles que a veces le sobrepasaban hasta el vómito. Palideció, adelgazó, se descarnó, se volvió irreconocible. A tantos males se unió además una hemorragia de sangre que lo llevó casi a la muerte.

El príncipe Lucano (más tarde diremos quién era) decidió librarle de las manos de los brularnos. Para ello utilizó a la princesa Cadhubea, que se hizo ayudar por Gatimonnilia; siempre habían sido enemigas, el interés por Apprio las unió.

Cadhubea es una persona verdaderamente extraordinaria. Mirada desde cierto lado se le encuentran algunos encantos aunque realmente sea fea. Es de todos los países y de ninguno. Se desconoce su lugar de nacimiento. Extraña, inconstante, imperiosa, lleva sus proyectos hasta el final. Hace consistir sus placeres en el capricho y en el exceso. En ella no es el gusto el que decide, es el temperamento; no es nada sutil, lleva todas las cosas al límite, pasa rápidamente de una idea a otra, la más extravagante le parece siempre la más sensata, se vanagloria de sus arranques de rabia. Incapaz de reflexión, nada la detiene, la furia que la guía produce con frecuencia secuelas molestas. Entonces parece que su dolor, que sus lágrimas son un arrepentimiento; no son más que desesperación, la rabia causada por la impotencia en que se ve de poder satisfacerse. Sus favoritos son esclavos,

los trata con altivez, sólo les deja la libertad de obedecer: quiere, obliga, no tiene otra manera de persuadir.

Cadhubea gozaba de cierto crédito entre los brularnos, tuvo permiso para ver a Apprio, y lo hizo tan bien que se lo entregaron. Le propuso ir al palacio del príncipe Lucano, que lo deseaba, según la carta que este príncipe le había entregado para Apprio. Estaba concebida en estos términos:

Lucano, soberano de Lucania¹⁰, príncipe hereditario de Medoso, Ghervomo, Vergobria, etcétera, al rey Apprio, salud.

Hemos sabido con sorpresa y dolor el estado en que os encontráis en medio de nuestros mayores enemigos. Los ultrajes que os hacen esos bárbaros han encendido nuestra justa indignación. Les hemos hecho pedir vuestra libertad, no creemos que tengan la insolencia de negárnosla. Si nos equivocamos, no tardaréis en vernos al frente de todas nuestras huestes poniendo todo a sangre y fuego entre esos miserables, y destruyéndolos por completo. La alianza que siempre reinó entre nuestros antepasados y la estima que tenemos por vuestra persona nos hacen esperar que honraréis nuestra Corte con vuestra presencia y que vendréis a recibir todas las muestras de amistad que podéis esperar de un hermano y de un aliado.

Lucano

Apprio fue sensible a la iniciativa de Lucano. Sin embargo, su primer impulso fue rechazar su ofrecimiento y regresar a su reino. Los modales de Cadhubea le desagradaron, sintió repugnancia a seguirla. Le habían hecho un retrato poco favorable de Lucano y de sus Estados, donde le aseguraron que el aire está infectado a menudo de exhalaciones sulfurosas e insoportables, y el país desfigurado con frecuencia por inundaciones penosas y desbordamientos muy desafortunados. No tenía ideas que le alentasen a hacer aquel viaje. En fin, por instinto o por prejuicio, todo le disuadía de hacerlo. La juventud tiene avidez de novedades, pero quiere conocerlas, o al menos imaginarse que las conoce antes de entregarse a ellas. El deseo de instruirse, el placer de no ignorar nada la anima; la vergüenza de parecer ignorante la retiene; flotante, incierta, es preciso decidirla. Así era Apprio.

Gatimonnilia venció su falta de resolución y pudo más que el príncipe Danbre, quien, vuelto recientemente de sus últimas aventuras, temía emprender otras nuevas.

Apprio no quiso partir sin despedirse de la reina Mina. La forma en que le había recibido exigía esa muestra de agradecimiento. Su entrevista fue tierna, su separación dolorosa, hubo lágrimas derramadas, se dijeron un adiós que creyeron eterno; pero más tarde tuvieron el placer de verse nuevamente en la Corte de una princesa cuyas aventuras, estrechamente ligadas a las de Apprio, serán uno de los más bellos pasajes de esta historia, cuya primera parte terminamos aquí.

Segunda parte

La Lucania es mucho más extensa que los Estados de la reina Mina; aunque estéril, el país está muy habitado. Las relaciones de los viajeros (son rarísimas) varían más o menos según la duración de su estancia, la mayoría incluso se contradicen formalmente. Esto es poco más o menos lo que cuentan:

El Estado tiene forma redonda, está rodeado por altas montañas cubiertas en todo tiempo de nieves que moderan el excesivo calor del clima. Una llanura bastante estrecha lo corta por la mitad; sólo crecen en ella unos cuantos arbustos que no producen nada. Casi siempre reina un viento impetuoso, cuyo ruido se parece mucho al del trueno; por lo demás, es más incómodo que nocivo.

Las costumbres de los habitantes son muy singulares. Están divididos en dos naciones igualmente sometidas a su príncipe: los ugoberos y los chedavaros.

Los ugoberos son enemigos del fasto y la ostentación. Sus ropas son limpias pero sencillas, su casa modesta, su alimentación frugal; su apariencia es sensata, su compostura decente, su lenguaje honesto. Rehúyen, o al menos fingen hacer creer que rehúyen, los excesos y el desorden. Presumen de ciencia e incluso de filosofía, se rigen por ésta y se esfuerzan, no en público, sino en privado, en inspirarla a sus alumnos; hacen un misterio de su moral tanto como de su culto. Un secreto inviolable esconde una y otro a las miradas y a la penetración de los que no han sido iniciados en ellos. Grandes defensores de su religión, buscan con afán y cultivan con aplicación los medios de hacer prosélitos, y, rígidos observantes de sus máximas, mantienen sus prácticas hasta el escrúpulo. Por lo demás, son de carácter dulce, tan humanos que su dulzura se ha vuelto proverbial y que comúnmente se dice «un buen ugobero».

No ocurre lo mismo con los chedavaros, aunque debe decirse que son algo así como los esclavos de los ugoberos. Serían los más despreciables, los más deshonestos de todos los hombres, si sus queridas no tuvieran la bondad de dulcificar su servidumbre. Un orgullo estúpido los ciega sobre la ignominia de su estado. Como son libres en apariencia, no sienten el peso de sus cadenas, su cobarde complacencia los vuelve insensibles a la repugnancia de la humillación. Los halagan, los miman; su alma mercenaria se aplaude por ello. Insensatos, que no ven que son juguete de quienes imaginan que hacen su felicidad. Presumen de belleza, pero esa belleza es blanda, afeminada y pasajera. Sumidos en un lujo inmoderado, sólo viven para los adornos, para los aderezos; se les reconoce por la magnificencia de sus ropas, y mejor todavía por su manera de arreglarse. Sus miradas son rebuscadas, su paso afectado, no tienen espontaneidad alguna. Fueron los primeros que se dejaron crecer los cabellos, que rizaron y empolvieron. Inventaron el uso de las pastas, las esencias y los perfumes. Sus palabras se parecen a sus costumbres, tienen un lenguaje distinto, lleno de afectación; se llaman entre sí referos, gnóticos y manégidos. Estos extraños nombres son nombres amistosos. Hay entre ellos una orden de caballería cuyo origen y prerrogativas se ignoran. Consideran tan alto honor pertenecer a ella que sólo los miserables no lo hacen. Se llama orden de Thalactemno.

A veces, la esclavitud de los chedavaros termina. Hay quienes consiguen ser admitidos

en el rango de los ugoberos. Entonces olvidan la bajeza de su primer estado y el esclavo asume los sentimientos del amo.

Lucano no era de esos príncipes populares que se comunican con sus súbditos, que viven familiarmente con ellos; era de difícil acceso, dejándose ver sólo por sus favoritos y sus médicos. Sufría vapores que lo postraban en una negra melancolía que lo agitaba cruelmente. Su furia aumentaba cuando las princesas Hermoderías le visitaban, cosa que ocurría con bastante frecuencia. Estas princesas viven en un país llamado Suna, y estaban enamoradas de Lucano; como no consiguieron complacerle, se vengan de sus desprecios mediante los males que le hacen sufrir.

Sin embargo, Lucano recibió muy bien a Apprio y le procuró todos los placeres de que era susceptible la Corte. Le adjudicaron dos famosos ugoberos para instruirle en los misterios de la religión, y no tardó en ser iniciado; su inteligencia le permitió ir por delante de las lecciones de sus maestros. Si hubiera estado en edad de ser halagado con la reputación de sabio, se habría sentido satisfecho con los elogios que le hacían por todas partes; pero bien por inconstancia, bien por asco, pronto se dieron cuenta de que Apprio meditaba retirarse en secreto, previendo que Lucano se opondría a su marcha si le hablaba de ella. En efecto, la hipócrita modestia de los habitantes le desagradaba, comprendió sin esfuerzo que en ellos la virtud sólo era exterior, que la prudencia de que hacían gala sólo era un refinamiento de placeres cuya misteriosa regularidad halagaba más su imaginación que su corazón. Añádase a esto que el aire y los vientos del país le incomodaban; que, pese a disponer del más hermoso aposento de palacio, como los lucanianos carecen de gusto para la construcción, estaba tan mal alojado y tan estrechamente que él y su favorito Danbre no podían moverse en la misma habitación.

Lucano se sorprendió ante la indiferencia que Apprio mostraba por los placeres de la Corte, y por la secreta antipatía que descubrió en él hacia su persona. Hasta entonces no había cometido ninguna felonía; pero el rey, pensando con más nobleza que el resto de los hombres, sintió que le faltaba algo, y, sin saber exactamente qué era, anheló su posesión.

Lucano, que le examinaba, previó con dolor que iba a escapársele. Para retenerle, recurrió a un medio que creyó infalible: tentarlo con la gloria y prometerle una inmortal si aceptaba ponerse al frente de sus tropas y ayudarle con su valor y sus consejos a vencer a sus enemigos.

Apprio pareció vacilar. ¿Qué no puede la gloria en un corazón joven? Para no dejar que se enfriaran sus felices disposiciones le rogó que le instruyese con sus ideas y que reuniese al día siguiente en su casa un gran consejo. El rey no puede negarle nada. Se reúnen.

Peguiel, general de Lucano, valiente oficial que había envejecido en la guerra y había prestado señalados servicios a su amo, toma la palabra y dice:

«Las expresiones de un viejo soldado son groseras, piensa más en las cosas que en las palabras, presume de actuar bien y no de hablar bien; por eso, gran príncipe, expondré

con sencillez el motivo que nos reúne. Se trata de una guerra justa y necesaria. Veamos ante todo quiénes son nuestros enemigos, luego veremos por qué medios podremos triunfar sobre ellos. El príncipe Lucano es, sin discusión, el monarca más poderoso del mundo. Sin embargo, quiere ceder la preeminencia, y tener a honra deber a vuestro valor las conquistas que medita hacer. El primero –y el más pertinaz– de nuestros enemigos es el príncipe Turneo, quien, abusando de la situación de su Estado, que está en las alturas de éste y se halla cortado por una infinidad de canales, nos inunda en plena paz y por el solo placer de hacernos daño. Su extravagancia es tal que, aunque siempre resulta vencido, siempre es el primero en atacar. Sin embargo, como hace poco el príncipe mi señor firmó con él una tregua que ha prometido observar religiosamente, hemos de esperar a que dé nuevos motivos de ruptura para hacerle sentir la fuerza de nuestras armas; y no esperaremos mucho tiempo.

»Otro enemigo más cruel y más peligroso son los brularnos. Vos, señor, que habéis estado entre ese pueblo, sabéis hasta dónde llega su ferocidad. No contentos con atacarnos abiertamente, intrigan con los lucanios, abusan de la juventud y de la ignorancia de los chedaveros. Y lo que es peor (juzgad cuán grande es la corrupción del corazón humano), se ha encontrado a ugoberos en comercio con brularnos. Hay que cortar el mal de raíz; de su destrucción depende nuestra seguridad, nuestro honor, nuestra salvación. Exterminándolos, vengáis vuestras injurias y las nuestras. ¿Quién puede detenernos? El hierro y la llama están preparados, el enemigo está a nuestras puertas, en adelante sólo deberá pervivir en la memoria de sus destructores. El tercer enemigo, contra el que necesitamos de todo nuestro valor y de toda nuestra experiencia, es Monilna, reina de los sirlapis, que se han sustraído a nuestra obediencia para vivir bajo la suya. Tiemblo de rabia cuando pienso en los males que nos ha causado, en los que nos causa y en los que nos prepara. No veréis ningún extranjero entre nosotros: ella nos los ha quitado todos, su Corte es el centro de las riquezas y del comercio de toda la tierra. Gracias a los dioses inmortales, sus artimañas no han seducido a ningún ugobero, pero en el exterior no nos quedan más que unos cuantos amigos escondidos que no se atreven a aparecer bajo nuestros estandartes. El temor y la vergüenza los retienen: apresurémonos a abatir su odiosa dominación. Seamos sus destructores, o seremos sus víctimas; la empresa es difícil, no lo niego, sus tropas son numerosas y aguerridas, y sus jefes intrépidos y célebres por mil conquistas; pero el valor y la paciencia triunfan sobre todos los obstáculos. Démonos prisa. Invencible cuando ataca, para vencerla hay que sorprenderla. Veamos ahora la vía por la que podemos triunfar.

»Contamos con veinte mil ugoberos a los que tengo el honor de mandar, el famoso Galibernita está al frente de quince mil chedaveros. Como nuestros vecinos han rehusado entrar en la Liga, el serenísimo príncipe Lucano, mi amo, se ha aliado con Roulea, reina de los tegros y de los prenitros, la enemiga más implacable de Monilna y, si puedo decirlo, más empeñada en su perdición que nosotros mismos. Nacida en un mundo distinto del nuestro, dejó sus intereses y cruzó los mares para venir a secundar nuestra

furia. Además de sus súbditos naturales, sus tropas, que llevan por todas partes el fuego, la llama y el espanto, están formadas por palunenses, crenacos y chusepiados. Ante estos nombres, veo palidecer a Monilna. Y eso no es todo: hemos enviado a Cadhubea a sus Estados para sembrar con sus prácticas secretas el desconcierto y la división; los pimorones, que son nuestros húsares, avanzan bajo el mando de su general Alesopariel para apoderarse de los bosques que rodean su reino. Estos pueblos se hacen seguir de sus mujeres y de sus hijos; casi nunca se consigue echarlos de los lugares de los que una vez se han hecho dueños. Sólo se les puede destruir matando a su jefe, quien, para evitar esa desgracia, siempre va vestido sencillamente y confundido entre sus soldados, que no temen, como tampoco él, a nada que esté bajo el cielo salvo a cierto pez de nombre terrible. Lo llaman *vonengt sirg*, es el único que resulta mortal para ellos.

»Ya veis, señor, por el detalle de nuestras fuerzas y por la sensatez de las medidas que hemos tomado, que la victoria no puede escapárse nos con un jefe de vuestra fama.

»Mi amo pone su suerte y sus armas en vuestras manos: será vuestro primer soldado. Llevadnos hacia el enemigo, secundaremos con nuestra obediencia y nuestro valor los grandes ejemplos que seguro habéis de darnos».

Peguiel se calló. En la asamblea se elevó un murmullo confuso de aplausos. El deseo de gloria y el de venganza se dejan leer en los ojos de todos los asistentes. El propio rey pareció emocionado, dejando entrever que aceptaba el mando que le ofrecían de manera tan halagüeña. Pero no dio palabra positiva alguna porque antes quería consultar a su favorito.

Termina el consejo. Apprio corre en busca de Danbre. Le dicen que ha salido a la caza de eracciones¹¹, pieza extraordinaria, que a veces se encuentran más de las que uno quiere cuando no nos preocupamos de ellas, pero que cuesta mucho encontrar cuando las buscamos.

En espera de su regreso, el rey se hizo dar un caballo para salir de paseo. Sin darse cuenta se apartó de su séquito: le sorprendió una tormenta. Algunos árboles se ofrecieron a su vista, fue a resguardarse bajo ellos. No había estado allí un cuarto de hora cuando, aclarado el cielo, vio a unos pasos una gruta de singular estructura que excitó su curiosidad. Se acercó, la entrada, que parecía estar ardiendo, lo detuvo, pero pronto supo que estaba hecha de ramas de coral. Unos guardias vestidos de blanco estaban situados en hilera en el antepatio: entre ellos sólo dejaban unos intervalos imperceptibles que en vano trató él de traspasar. Como el obstáculo le enfadaba, les habló. En lugar de responderle, se abrieron para dejar paso a una joven de aspecto tan enérgico y tan brillante que Apprio quedó deslumbrado. Su sorpresa fue tan grande que apenas si oyó las primeras palabras que le dirigió:

—Quienquiera que seáis —le dijo—, sin duda venís a consultarme vuestro destino; ¿qué puedo hacer por vos? Os serviré si sois amante, pues no puedo hacer nada por los casados, o al menos no quiero hacer nada por ellos.

—Señora —le respondió él—, soy el rey de los síderos, y ha sido el azar el que aquí me

ha traído. Al no tener la dicha de conoceros, no vengo a pedirlos gracia.

—¡Cómo, señor! —le interrumpió ella—, ¿sois vos el rey Apprio, ese rey tan célebre en toda la tierra, que lejos de vuestros Estados vivís entre un pueblo extranjero cuya artificiosa malicia quiere obligaros a tomar las armas contra una reina amable a la que no conocéis, a la que amaréis y con la que os desposaréis un día? ¿Queréis destruir un reino que debe perteneceros? Abandonad empresa tan funesta, tan indigna de vos. Vuestro interés se opone a ella, la gloria la condena, los dioses os la prohíben. Pero —continuó—, para que cese la sorpresa en que observo que os arrojan mis palabras, sabed quién es la que os habla, y al mismo tiempo qué intenciones eternas e inmutables tiene sobre vos el destino.

»Soy hija de Prestil y de Vectivalia, me llaman Lugana. Educada desde mi infancia con infinitos cuidados por un padre a quien la diosa Tudea había revelado todos los secretos de la naturaleza, guiada por una madre de maravillosos talentos, en poco tiempo me convertí en un prodigio. Yo lo sabía todo, hablaba de todo con sabiduría. Mis defectos no tardaron en oscurecer esas bellas cualidades. Había nacido frívola, indiscreta, inconstante; el carácter dominó sobre la reflexión. Los conocimientos sólidos y las cosas serias me aburrieron, me cansé, los abandoné; los juegos y la coquetería se volvieron mis pasiones dominantes, el gusto por la bagatela y la inutilidad constituyeron el fondo de mi vida. Yo fui la primera a la que se le ocurrió enseñar a los amantes el arte de expresar su pasión. Yo inventé los términos seductores que halagan, que deslumbran, que casi siempre convencen. Yo ayudé al corazón y a la vista de dos jóvenes criaturas inflamadas la una por la otra a mezclar sus suspiros, a comunicarse sus transportes, a mantener y acrecentar su pasión; las gentilezas del amor, la viveza de los placeres y el refinamiento de las delicias fueron obra mía. Los ímaros, pueblo intrépido y repugnante, vinieron a pedirme que les enseñara. Los rechacé, se vengaron de mis desprecios de una manera cruel, pero que a la larga fue saludable para mí. Recurrieron a la bárbara Cornidetis, mi más implacable enemiga. Entonces yo era libre, y, como no desconfiaba de nada, no estaba en guardia. Mi falta de reflexión resultó perniciosa. La maldita Cornidetis me sorprendió mientras dormía. Me encadenó con lazos imperceptibles, mas indisolubles, a la gruta abrasada en que me veis. En mi prisión conservo el amor que tuve por la libertad. Para salir de aquí hago esfuerzos que se limitan al vano favor de poder tomar el aire, y encima es preciso que mis guardias me lo permitan. Verdad es que puedo trasladar mi gruta de un lugar a otro, pero no por ello estoy menos cautiva. A fuerza de decirme que debía someterme a mi destino, me he convencido de ello, y, ya que no puedo trabajar para mí misma, me dedico a ser útil a los que tienen necesidad de mi ayuda.

Tras detenerse un momento, Lugana volvió a hablar así:

—Ahora vuelvo a vos, señor: el amor a la gloria os había hecho emprender la conquista de la isla de Taliélaré. El designio era grande, pero como adoptasteis malas medidas habéis fracasado. La tempestad dispersó vuestros navíos, naufragasteis, y por un encadenamiento de desgracias fuisteis seducido por las caricias de la reina Mina y

reducido a un estado horrible por la ferocidad de los brularnos; de no ser por mí, el príncipe Lucano os habría embarcado en una funesta guerra que habría llevado al colmo vuestra insensatez. Perdonad mi sinceridad. El verdadero interés se cuida poco de las expresiones. Quiero serviros y no adularos. Volved, pues, a vuestro primer proyecto, mas no esperéis llegar a la isla de Taliélaré sin la reina Monilna. Apartaos de sus enemigos, id a la Corte, mereced su simpatía: tendréis que superar obstáculos y enemigos, no os desaniméis, saldréis victorioso. No puedo deciros más, vuestra prudencia y vuestro valor deben suplir lo que no me está permitido revelaros. Adiós, señor, una fuerza superior me ordena despedirme.

Apprio, asombrado por lo que acababa de oír, permaneció inmóvil. Vuelto en sí, busca a Lugana, quiere hablarle: había desaparecido. Se deja llevar por una ensoñación tan profunda que apenas oye la voz de sus gentes, que lo han encontrado. Vuelve a palacio muy turbado, impaciente por comunicar a su favorito los prodigios que acaban de ocurrirle. Danbre le esperaba en su habitación. «Tengo que hablaros», le dijo nada más verle, «tengo que hablaros». Todo el mundo se retira, los dejan solos.

Por más impresión que en su ánimo hubieran causado las palabras de Lugana, antes de hablar de ellas a su favorito quiso saber lo que éste pensaba de los proyectos de Lucano, resuelto, si los aprobaba, a seguir ciegamente su parecer. Cuando se ha reconocido a un amigo fiel y de un talento superior al nuestro, conviene incluso a los príncipes tener una inviolable condescendencia hacia sus consejos. Así pues, Apprio da cumplida cuenta a Danbre de lo ocurrido en el consejo, trasladándole al pie de la letra la arenga de Peguirel.

Danbre, que siempre ha tenido presente la conquista de la isla de Taliélaré, le confiesa de manera natural que la expedición que le proponen no es de su gusto. Apoya su idea con tantas razones que el rey se rinde a ellas. Entonces le refiere de manera muy circunstanciada lo que acaba de ocurrir entre Lugana y él. Danbre, transportado de alegría, abraza a Apprio. Hacen pasar a Gatimonnilia, le informan del secreto. Le consultan sobre los medios de llegar al reino de Monilna. Ella promete pensarlo y darles cuenta al día siguiente. Mientras tanto, Lucano se alarma ante la irresolución de Apprio. Se había jactado de que aceptaría de entrada el ventajoso ofrecimiento que Peguirel le había hecho de su parte. El menor obstáculo es una ofensa para los príncipes acostumbrados al espíritu de dominación, quieren que nada se oponga a él, pretenden incluso ampliarlo a sus iguales.

Lucano resuelve ir en busca del rey y valerse de todo para conseguir que se decida. Mientras está pensándolo, vienen a decirle que Apprio y todo su séquito han salido de sus Estados. La noticia lo enfurece, ordena que lo persigan, que sin preocuparse por el derecho de gentes le ataquen, le maten incluso. Se le obedece. Era demasiado tarde, el rey estaba a salvo. Gatimonnilia, viva y perspicaz, había sospechado que si Lucano tenía la menor sospecha de que Apprio quería dejarle, haría todo para impedirlo. Muy sabiamente pensó que había que prevenirlo con una rauda huida. Mientras prepara todo para su marcha, dos desconocidos se presentan ante ella, le dicen que les ha enviado

Lugana para ofrecer sus servicios al rey. Los mira, los examina, los reconoce: eran Resteclo y Neglicalido. Los lleva enseguida ante Apprio, que bajo su guía escapa y burla la persecución de Lucano.

En primer lugar quiso tomar el camino de los Estados de Monilna, pero, reflexionando que, si el príncipe Lucano la atacaba, quizá la reina no estuviera en condiciones de resistir, Apprio pensó que había que llevarle una ayuda considerable y capaz de librarla de un enemigo tan terrible. Así se alzan y se derrumban nuestras pasiones. Aquella reina, a la que ayer Apprio quería destruir, se vuelve hoy objeto de su cariño y de sus inquietudes. Las predicciones de Lugana, el halagüeño retrato que de ella le hace Gatimonnalia, provocaron que en su corazón naciese el más vivo apasionamiento. Avanza a marchas forzadas hacia su reino para estar en condiciones de ver el de Monilna. Mas ¿cómo llegar hasta él? El mar se enfrenta a su impaciencia. No tiene navíos. Harzadel, el demonio de los sucesos buenos y malos, lo saca del apuro. Un gran navío (era uno de los suyos) navegando con todas sus velas se ofrece a su vista. Hace señales, son vistos. El barco se acerca a la rada, él embarca; la navegación fue feliz, el amor participaba del viaje. Apprio llega, sus súbditos están encantados de volver a verlo, su alegría estalla.

Sin embargo, el reino se encontraba agitado, los síderos no pueden permanecer tranquilos. La presencia del rey disipó la sedición. Levó tropas, ordenó a su ejército seguirle, y sin detenerse tomó la delantera con veinte mil soldados, todos de élite.

Mientras Apprio hace su viaje, trataremos de dar una idea sencilla pero clara de Monilna y su reino. Mas descansemos antes un poco, y dejemos para la tercera parte de esta historia las cosas maravillosas que nos quedan por decir.

Tercera parte

Monilna era hija del rey Témeris y de la reina Palmenocasis, que, muertos jóvenes, le dejaron temprano el gobierno de sus Estados bajo la guía de una sabia sacerdotisa llamada Televerna. Como el atractivo y el encanto de la belleza consisten en determinada reunión de átomos simpáticos, algunos de los cuales, escapando en imperceptibles columnas, van a golpear el corazón, no se encontrarán aquí esos novelescos retratos, aburridos en sus detalles, ridículos en su totalidad. Imitaremos a los Antiguos, que, más sabios que los Modernos (dicho sea sin ofensa), hablaban al corazón más que a la mente, y diremos simplemente que Monilna era bella porque agradaba.

Su reino es tan singular por su situación como por las costumbres y las peculiaridades de sus habitantes. Es difícil de trazar el mapa del país, porque los grados de longitud y latitud varían en él casi siempre. Las tierras se extienden en suave pendiente, por la derecha y por la izquierda, desde unas comarcas llamadas Neris hasta las que se denominan Tiroles, y las riega el río Viner, que se precipita impetuoso desde el monte

Omaltte. El resto del país no es muy conocido, porque los viajeros se han ocupado más de las delicias del lugar que de hacer descripciones exactas.

Sus pueblos son conocidos con el nombre general de cistones¹²; los más importantes por su número se llaman sirlapenses y posanenses. Entre ellos se eligen a los gobernadores de provincias. Se cuentan siete: los prunenses, los osnis, los pecnedos, los laceroniados, los caconosis, los urausos y los célicos. Estos pueblos son muy turbulentos y casi siempre están en guerra unos con otros; sin embargo, gracias a un efecto inconcebible de la felicidad de Monilna, su división sólo sirve para el fortalecimiento de su poder.

Sus súbditos únicamente la sirven de rodillas, sólo la ven a través de un velo, no le hablan más que con emblemas. No les está permitido hacerlo sino después de haber tomado lecciones de dominio del lenguaje, que se llama edomisto. La metáfora es tan familiar en esta Corte que nunca le entienden mejor a uno que cuando da la impresión de hablar sin hacerlo. Un elogio hecho sin figura sería grosero, una gracia solicitada sin retorno sería a buen seguro rechazada. La lengua es sencilla, pero viva; las expresiones, armoniosas, el estilo, conciso. Por medio de ciertos intérpretes llamados Xeuy e Ittatenosi, los extranjeros oyen todo lo que se dice, y hacen entender todo lo que dicen, sean del país que sean.

Hablemos de las cualidades de Monilna. Nada nace o permanece perfecto: el bien y el mal, aunque enemigos, se reúnen en la misma criatura para hacerla sucesivamente digna de admiración o de censura. Pero puede asegurarse que lo que esta princesa tiene de excelente, sólo a ella lo debe. Fueron sus confidentes, sus favoritos, en una palabra cuantos la rodean, quienes le hablaron de esas alteraciones que a veces se observan en su humor y en su temperamento. La bondad de su carácter llegó incluso a protegerla mucho tiempo de la seducción de consejos sobornadores y envenenados. Ser siempre atacada, resistir siempre: la humanidad no llega a tanto. Monilna cometió faltas, ligeras, cierto, pero al fin y al cabo faltas. Su mérito nos exige alabanzas, pagamos ese tributo complacidos. La historia nos exige sinceridad, cumpliremos nuestro deber obedeciéndola.

En su tiempo no se hallaba establecida la pluralidad de dioses; la furia supersticiosa no había llegado todavía a desafiar al placer y al dolor. Entonces el temor y la esperanza eran pasiones, nada más. ¿A quién le ocurre adorar lo que realmente es un mal, o lo que no puede ser un bien? A seres orgullosos que imaginan saberlo todo y se creen de naturaleza infinitamente superior a cuanto conocen —destaquemos la palabra, a hombres—. La reflexión nos llevaría demasiado lejos, pasemos adelante. Monilna adoraba a Nullea, diosa extravagante en verdad, pero cuyo poder visible exigía un culto religioso. Casi siempre se contentaba con homenajes de admiración, pero en ciertas coyunturas quería sacrificios de sangre. Ella misma escogía a sus víctimas, y sólo fertilizaba las tierras rociadas con la sangre que había hecho correr.

A ejemplo de los soberanos orientales, Monilna hacía observar en la Corte un ceremonial bastante espinoso. No diremos su etiqueta, porque todas las mañanas se

cambiaba por escrito el orden del día, del que los que van a palacio deben instruirse antes de entrar en él.

Este palacio tiene forma ovalada, está revestido de mármol blanco por fuera, el mobiliario se encuentra tapizado de raso color fuego, sus jardines son anfiteatros, las alturas están plantadas de arbolillos cuyas ramas entrelazadas forman cenadores impenetrables para los rayos del sol y para el rigor del frío más excesivo.

Los adornos de la reina son sencillos. Lleva un gran velo llamado hecmesí; se pone un segundo o un tercero, que se llaman alloctín y rapín. Estos tres velos se recubren con una gran pieza de paño de oro o de plata, o de tafetán, según la estación; en los días de ceremonia, y cuando va al templo de Nullea, se cubre con un velo llamado teversite, o según otros farivoch.

El número de sus favoritos es enorme. La primera persona que participó de su simpatía fue Perlopetera, favorita desinteresada, que no pedía nada para sí misma y sólo se ocupaba de contribuir al esplendor de su ama. Su favor fue largo pero lánguido; su sencillez no tenía nada de estimulante. Monilna siempre la quiso por costumbre, al mismo tiempo que abría su corazón a nuevos compromisos. Solidapanitis, joven atolondrado, inventor de juegos y diversiones, se apoderó del espíritu de la reina. Su imaginación viva y fértil inventaba todos los días placeres superficiales de esos que sólo tienen de halagüeño su variedad, que se abandonan sin pena, que se repiten sin gusto, que terminan olvidándose de un momento a otro.

Althona también se introdujo en el corazón de Monilna, no se sabe cómo. Parece, en efecto, que no fue por sus buenas cualidades. Tímida, apenas quiso mostrarse. Cuando le hablaban, bajaba los ojos. Cuando la miraban, sus mejillas se cubrían de un rubor más estúpido que modesto. Sin embargo, agradaba tanto a la reina que ésta la imitaba en todo. Durante varios años se hicieron inútiles esfuerzos para curarla de una vinculación tan extraña: consejos y amonestaciones no sirvieron de nada. Cuanto se hacía por destruir a Althona aumentaba su crédito.

Lo que no había podido toda la Corte, lo consiguió Prelarva. El deseo de agradar nace con nosotros. Mas, por vivo que sea este sentimiento, no se desarrolla de golpe. Oculto en nuestro corazón, hay que ayudarlo a desembarazarse de los obstáculos que lo retienen.

Prelarva sabía que hay mil medios de llegar a ser agradable, sin vincularse a las cosas que dependen del interior. Se ocupó de aquellas que el gusto puede añadir a la naturaleza: inventó los aderezos, enseñó a Monilna el arte de utilizarlos. Antes de ella no se conocía el mérito de un peinado más o menos elevado, de un cabello más o menos adelantado, de un lunar postizo colocado de determinada forma. Gracias a ella los trajes más simples eclipsan a menudo a las telas más ricas; algunas flores, algunas cintas dispuestas con inteligencia empañan el brillo de las piedras más preciosas. ¿Por qué la vista de tal persona nos complace? ¿Por qué la vista de tal otra, quizá más bella que la anterior, no

nos agrada? La razón hay que buscarla exclusivamente en el encanto del no sé qué. Ese encanto es la obra de Prelarva.

Aunque tuviera motivos para creer que su favor sería eterno, tuvo la habilidad de hacerlo más duradero asociándose a Celtiquiteora. La reina se entregó por completo a esta recién llegada. Lejos de sentir celos de la buena suerte de su amiga, Prelarva contribuía a ella gustosa. Celtiquiteora tenía una compañera a la que amaba tiernamente, la admitió en las entrevistas secretas que tenía con Monilna. Lusicoteria, éste era su nombre, formó el designio de suplantar a todas sus rivales. La ambición y la ingratitud son hermanas. Para triunfar, se portó con la reina de forma totalmente distinta a las que la habían precedido. Se dio cuenta de que la reina ignoraba mil cosas, de las que sólo tenía ideas confusas. Lusicoteria le inspiró el deseo de aprenderlas y se ofreció para instruirla. Monilna la escucha, le hace preguntas. La inteligencia de la alumna aventaja en luces a la maestra: lo sabe todo, tanto el mal como el bien. Poco faltó para que esa ciencia no se volviera funesta para ella. Solemos atenernos a una especulación estéril, queremos probar la verdad o la falsedad de las cosas; corto es el camino entre la imaginación y la práctica; pronto nos cansamos de juzgar por lo que otro nos cuenta; nos gusta creer en nuestra propia experiencia. La tentación era delicada. Sin Althona, la reina sucumbía. Frenada por sus escrúpulos, se detuvo al borde del precipicio; y, como las peores cosas se vuelven útiles por el uso que de ellas se hace, pronto resultó provechoso para Monilna conocer el bien y el mal, para amar el uno y evitar el otro. Bien pensado, la ignorancia es lo peor que hay.

De improviso, la reina se cansó de todas sus favoritas por una muchacha llamada Nectinnosca. Voluble y jovial, se divertía con todo. Incapaz de afecto, pasaba de un objeto a otro sin detenerse. Amaba y dejaba de amar, no conocía más placer que el cambio. Esta pasión era tan viva en ella que para satisfacerla prefería perder una ocasión de ser feliz antes que dejar de buscar una nueva, que abandonaba en cuanto la había encontrado. Dejó a la reina, volvió a ella, de nuevo la dejó. Este humor turbulento pasó de la favorita a su ama. Cuando se aman tantos objetos a la vez, no se ama a ninguno, la agitación excesiva degenera en tibieza o insipidez, se busca en el tropel de cosas que a uno le rodean, ya no se encuentra nada, el placer demasiado dividido se evapora y se reduce a nada. Monilna, sorprendida de su estado, quiso volver a sí misma; su corazón se niega a sus esfuerzos.

Había en la Corte un hombre llamado Ulnín, que pasaba por sabio. No se le veía mezclado en ninguna intriga, en ninguna fiesta, en ninguna partida de placer, y no pedía nada para los demás ni para sí mismo. Vivía en la independencia; se atribuía a su filosofía lo que sólo era efecto de su temperamento. Monilna le creyó idóneo para devolverle la calma que había perdido. Se dirigió a él. Nunca el invierno coronado de témpanos ha causado tantos estragos en la naturaleza como causó el frío veneno de sus consejos en la Corte de la reina. Cambió de conducta, de costumbres, de sentimientos. Fue una suspensión, fue un embotamiento de todas las facultades de su alma, fue una

letargia de la que nada pudo sacarla. La compañía, la soledad, le resultaron igual de insoportables, el trabajo se le volvió insulso, el reposo la cansaba, los placeres la importunaban. Se enfadaba cuando le dirigían la palabra, no agradecía que no le hablaran. Se consume, ya no vive, muere de una muerte lenta e insensible. Tal era la situación de Monilna cuando Frigalia, Galler y Litocris llegaron a su reino¹³.

Frigalia, princesa de los brátidos¹⁴, era una preciosa insípida. Ni rubia ni morena, ni bien hecha ni mal hecha, tenía belleza, pero no era una belleza excitante; tenía ingenio, pero esa clase de ingenio que no agrada. Fingía un aire de indiferencia y de timidez que no engañaba a nadie. Un fondo de desprecio por los demás, de amor hacia sí misma, que se calaban sin esfuerzo a poco que uno la estudiase, deslucía todas sus acciones.

Los brátidos son una nación visionaria, indefinible, incomprensible, amante del placer hasta el exceso. Lo busca donde no está; se hace de las cosas una idea tan falsa que siempre toma la sombra por el cuerpo. Habla de sentimientos, de delicias, de transportes, mas todo esto no es sino una jerga de la que no se entiende nada. Se precia de delicadeza, pero no es más que un refinamiento ridículo, superficial, quimérico. Sea antipatía natural o temor a verse engañada, nunca tiene trato con sus vecinos. Se basta, o al menos imagina que se basta a sí misma. Enamorada de lo imposible, se apasiona por objetos fantásticos. Su locura llega incluso a querer dar existencia a la nada: se parece a las Danaides¹⁵, se parece a Tántalo¹⁶.

Galler era primo de Frigalia, Litocris era favorito de Galler. Este príncipe de los gimidoches era rubio, demasiado bello para ser hombre, si es que puede llamarse hermosura a esa delicadeza afeminada que se censuraría en la coqueta más amanerada. Sus costumbres y su espíritu respondían a su figura, era el verdadero original de sus perifollos, de los que tantas copias vemos. Hasta corrían sobre él rumores equívocos que nunca se investigaron a fondo. Se decía de manera bastante general que no era ni lo que parecía ni lo que no parecía, que, siendo quizá las dos cosas, no era ni lo uno ni lo otro.

Los gimidoches son un pueblo grosero, estúpido, masa pesada e informe; sólo actúan mediante un movimiento prestado. Máquinas por así decir inanimadas, sin saber, sin industria, sólo los emplean en labores serviles.

El azar suple al mérito: Frigalia agradó a Monilna. ¿Es de sorprender? Se hallaba en ese estado de aniquilamiento en que el corazón se entrega al primer objeto que quiere apoderarse de él. Como se pasa rápidamente de un extremo a otro, la amó al principio con una violencia que llegaba al abandono, y el tiempo que todo lo destruye fortaleció tanto, en cambio, esta pasión, que las intrigas, las envidias, las amonestaciones, todo fue inútil contra un favor tan marcado.

Hacía tres años que Frigalia, dueña de la mente y del corazón de Monilna, hacía dudar de quién de las dos era la reina. Durante ese tiempo se había hablado de varios matrimonios. La favorita había eludido todas las proposiciones. Quería gobernar sola, y, cuando ya no pudiera sostenerse, hacer que la elección recayese sobre el príncipe Galler, del que estaba segura.

Un día que Frigalia, retenida en su casa por una ligera indisposición, no estaba en palacio, Monilna pensaba profundamente sobre un lecho de césped. Un mago llamado Momelis¹⁷ la abordó:

—Señora —le dijo—, no vengo a combatir vuestra inclinación por Frigalia, hay que respetar el gusto de los reyes, pero, aunque os desagrade, mi celo me ordena haceros ver que vuestra gloria y el bien de vuestros súbditos, a quienes os debéis más que a vos misma, os exigen un esposo. Quiero creer que los príncipes que hasta aquí os han pretendido no eran dignos de ese honor. No censuro vuestros rechazos, pero el que vengo a proponeros no os deja disculpa alguna: el rey Apprio. Es inútil que os resistáis a los dioses, ellos os lo han destinado. Ved —continuó, mostrándole su retrato— si este semblante no justifica su elección.

Monilna echó sobre el retrato una de esas miradas instantáneas que el primer impulso arrebató a la reflexión: no fue más que un abrir y cerrar de ojos, pero causó su efecto. Momelis se dio cuenta de su turbación y sonrió.

—Señora —continuó—, el encanto de su persona hará sobre vos una impresión mucho más viva: pronto la sentiréis.

Y tras decir esto desapareció. Impresionada por estas palabras, la reina corre a casa de Frigalia para informarle de lo que había ocurrido. La artificiosa favorita disimuló su espanto al escucharla. Dueña de sí misma en apariencia, le dijo en un tono de voz tranquilo que le suplicaba que estuviera convencida de que cuanto iba a decirle partía, si debe expresarse así, de un puro impulso de ternura hacia ella, en el que su propio interés no contaba en absoluto. Se detuvo un momento, como esperando a que Monilna le ordenase continuar.

—Hablad —le dijo ésta—, os lo suplico.

—Señora —continuó Frigalia—, os engañan, Momelis es un impostor. Ese Apprio no es más que una quimera que sólo existe en la imaginación de ese falso profeta. Supongamos que en el mundo existe un rey de ese nombre. ¿Por qué ibais a sacrificarle vuestra libertad, vuestros placeres, vuestro reposo? Es una orden de los dioses, me diréis. Eh, señora, esperad a que los dioses os hablen con mayor claridad. Mis súbditos, añadiréis, me exigen un rey. ¿Debéis, por ellos, daros un amo? Pensad que, sometida a eternas contradicciones, os convertiríais en esclava, que un marido, sea el que fuere, es un tirano; el capricho le guía, el aire autoritario reina en sus palabras, su voluntad es la regla de sus acciones, su amor es despectivo, su inconstancia desdeñosa, no se sirve de sus derechos pero hace sentir con altanería que puede servirse de ellos. No ruega, arranca. Corramos un velo sobre el humillante detalle de otras mil circunstancias dolorosas, que ruego a los dioses inmortales alejar de vos. Reina mía, ¿estáis cansada de ser feliz?

Entonces, sin poder seguir conteniéndose, se arroja llorando a los pies de Monilna, los abraza fuera de sí, suspira, solloza.

—¿Cómo? —exclama—, ¿vais a dejar de amarme, otro va a poseer ese corazón que hacía todas mis delicias? Esos placeres tan dulces van a desaparecer. Eran mi dicha, van a ser

mi desesperación. Por lo menos, ya que sois cruel, no me inmoléis a un desconocido; si me abandonáis, abandonadme por el príncipe Galler. Os adora; su felicidad, si algo puede suavizar mi desgracia, me consolará de la pérdida de la mía. Os respondo de su cariño, vuestros encantos deben responderos a vos de su constancia.

Tras decir estas palabras se detiene, sus sollozos aumentan, su pecho se hincha, sus ojos se oscurecen, palidece, pierde el conocimiento. Arrastrada por su ensoñación, Monilna permanece inmóvil, apenas se da cuenta del estado de Frigalia, la conmueve de manera tan débil que ella misma se asombra de su dureza. Cuando los ojos ven lo que nunca habían visto, el corazón ya no siente lo que sentía y siente todo lo que no sentía. El dardo había penetrado, la impresión estaba causada, sale y fríamente da orden de que vayan en socorro de su favorita, que ya no lo era.

Mientras, se enteran de que el príncipe Lucano había levado tropas que destinaba contra Monilna, y, como la fama aumenta o disimula todo, añadieron que Apprio, al frente de un formidable ejército, estaba a punto de invadir sus Estados. Su despecho fue igual a su temor; Frigalia aprovechó esa coyuntura para volver a ganársela.

—Ahí tenéis —le dice— a ese príncipe que los dioses os destinaban, que viene con mano armada a traer hierro y fuego a vuestro reino, y quizá lleve su furor hasta quitaros la vida. ¡Cuántas desdichas veo! Pero es inútil lamentarse. Cuando el peligro apremia, hay que actuar, hay que correr en busca de remedios. Apoyaos en mi celo y en el valor del príncipe Galler. Nuestros súbditos, nuestros bienes, nuestras vidas, todo lo emplearemos para defenderos.

Sobrecogida, la reina no decía nada, tenía que combatir a un enemigo que el amor, aunque ultrajado, aún defendía en su corazón. Cuando la esperanza ha hecho ciertos progresos, se vuelve un bien real, no nos separamos de ella sino con violencia. Monilna sentía menos la pérdida próxima de su corona que el horror de perderla por una mano que le era querida. ¿Qué hará? ¿Qué no hará? En todas partes no ve más que un encadenamiento funesto de desgracias, y la menor de ellas la abrumba. No se decide a nada, no tiene siquiera fuerza para querer hacerlo. En esa agitación se hallaba cuando van a decirle que un correo solicita hablarle. Le hace entrar.

—Señora —le dijo sin más preámbulo—, todo está perdido. Apprio ha desembarcado en vuestros Estados con dos mil hombres.

Esta nueva acaba triunfando sobre su constancia; sucumbe. Vuelta en sí, su debilidad le da vergüenza. El cuidado de su conservación y de la conservación de sus súbditos la sacó de la letargia en que la había sumido el exceso de su dolor. Ordena levar tropas, nombra a los generales y hace cuanto la prudencia puede sugerirle para disipar o, al menos, alejar el peligro que la amenaza. Pero pensando prudentemente que a menudo se consigue más con la negociación que con la guerra más afortunada, creyó, para no tener nada que reprocharse, que debía enviar mensajeros a Apprio a fin de conocer el objeto de su llegada y tratar con él las condiciones que él mismo quisiera imponer. Encargó la misión a Carnalita y a Prescanella, cuya diligencia fue tan prodigiosa que encontraron a

Apprio todavía en su campamento. Conducidas a su presencia, expusieron temblando su comisión, sin atreverse a alzar los ojos hacia él, creyendo hablar con un bárbaro, con un monstruo del que una sola mirada bastaría para hacerlas morir.

El rey se compadeció de su turbación.

—Tranquilizaos —les dijo en tono amable—, vuestra ama y vosotras no tenéis nada que temer.

Las embajadoras están menos asustadas, le miran, el encanto de su vista causa su efecto, Apprio se las gana.

—Id —prosiguió éste, con esa bondad que tanto imperio tiene sobre los corazones—, id a decir a la reina Monilna que su inquietud ofende a Apprio, que no va a atacar sus Estados, sino a defenderlos de sus enemigos. Ya he enviado a Gatimonnilia para informarle de mis intenciones, yo mismo iré para garantizárselas sin pérdida de tiempo.

Tras esto, las colma de halagos, les hace ricos presentes y las despide. Gatimonnilia, más rauda que un relámpago, se había dirigido a la Corte de Monilna, su elocuencia persuasiva había triunfado sobre los temores de Frigalia, los artificios de Galler y los escrúpulos de Edomisto.

Prescanella vuelve sola, Carnalita se había perdido por el camino; ella acabó lo que Gatimonnilia había empezado tan bien. La reina consiente que Apprio vaya a su corte. Entonces ve reaparecer sus ideas más halagüeñas, de las que se había separado con tanto dolor. Su alegría, demasiado comprimida en su corazón, estalla en sus ojos. Sólo se ocupa de Apprio, no habla más que de él. Apprio llega. Confesamos ingenuamente que todos los recursos de nuestra inteligencia no van a ofrecer un relato fiel de lo que ocurrió en esa entrevista. La propia Gatimonnilia, cuyas memorias seguimos, se embarulla tanto, está tan confusa en este punto, que sólo aparecen algunos términos, escritos al azar, de admiración, placeres, transportes y arrebatos. Dejamos a los lectores que se hagan una idea más o menos precisa, según la mayor o menor extensión de su sensibilidad y de su aguda inteligencia.

Frigalia no puede soportar la presencia de Apprio, escapa al país de los brátidos, quiere inducirlos a servir a la rabia que la anima. Esta nación no es belicosa, la sombra misma del peligro la espanta, se niega a tomar las armas. A la desdichada Frigalia no le queda otro recurso que la desesperación, y a ella se entrega. Poco conmovidos por sus impotentes lágrimas, los dioses no escuchan ni sus gritos ni sus plegarias. La tez lívida, los ojos hundidos, el cuerpo descarnado, espectro más horrible que la muerte misma, vaga a merced de una rabia renaciente que la devora sin consumirla. Muere en todo momento y no puede morir.

Abandonado por Frigalia, Galler quiere retirarse. Litocris, más valeroso o menos tímido que su amo, se opone. Le muestra que las cosas aún no son desesperadas, que el tiempo remedia los mayores males, que quien resiste a la mala fortuna está casi seguro de triunfar.

—Señor —añade—, ese enemigo del que queréis huir quizá no sea tan terrible. Tiene sin

duda defectos que ofrecen alguna posibilidad. Si no podéis destruirlo por la fuerza y frente a frente, lo conseguiréis por una vía menos honorable pero más segura. La impresión que ha causado en Monilna acaba de empezar, no deis tiempo a que se fortalezca, el sexo femenino es tímido y receloso, poned en su corazón temores, desconfianzas indiscretas, adornaos con una generosidad aparente, ocultad vuestros intereses bajo un velo artificioso, elogiad a Apprio con aire ingenuo, mezclad en la alabanza que de él hagáis esas ligeras restricciones que parecen escaparse sin que lo pretendamos, pero que producen su efecto. La alabanza maliciosa firmemente aderezada hace más daño a los intereses de un enemigo que la maledicencia que camina a cara descubierta. La Corte es un país de subterráneos, hay que utilizar la astucia. El favor más brillante es el más presto a desmoronarse. Semejante a esas plazas de guerra cuyas fortificaciones exteriores parecen inaccesibles pero cuyos fundamentos zapa una mina, cae en el momento en que se la creía mejor afianzada.

Los consejos de Litocris lograron su efecto, Galler se quedó en la corte de Monilna, ya se han empezado a difundir palabras capciosas que llegan hasta la reina, que se inquieta y alarma. Apprio es advertido, discierne sin esfuerzo de dónde parten los golpes que quieren asestarle. No opone a los cobardes artificios de su enemigo más que una indignación despectiva. Se muestra, Galler no puede sostener sus miradas, abandona la partida, el falso valor de Litocris se desvanece, ambos huyen.

A los consejos que inspiran temor les sucede la vergüenza de haberlos seguido, la desesperación no da valor a los que se han amparado en ellos, pero les muestra recursos imaginarios que abrazan ciegamente. Galler y su favorito levantan un ejército de gimidoques, avanzan por las tierras de Monilna, se jactan de poder sorprender a Apprio. Ante esta noticia, más furioso que un tigre, Apprio reúne deprisa a algunos amigos, carga contra aquéllos con el ímpetu de un águila que se lanza sobre su presa. En el primer choque, Litocris desaparece y Galler, derrotado, cubierto de sangre y de heridas, muerde el polvo al expirar. Los gimidoques quieren resistir, son aplastados.

Terminada esta guerra, el rey hubo de sostener otra más penosa, aunque más gloriosa, contra Lucano. Está convencido de que si el príncipe Lucano no se hubiera entretenido contra los brularnos, habría podido causar grandes daños a Monilna. Pero cometió un error bastante frecuente en los conquistadores que no quieren dejar nada a su espalda. Perdió ante una bicoca un tiempo que habría servido para conquistar una provincia. Los brularnos, temiendo verse derrotados, le habían pedido varias veces la paz. Le habían hecho ver, cosa que era cierta, que exterminándolos no debilitaba a Monilna, que con su destrucción, en cambio, disminuiría el número de sus enemigos. Le habían ofrecido incluso unir sus tropas a las de Lucano, que no quiso oír nada: el éxito de su obstinación no fue afortunado. La estación avanzó, las lluvias inundaron sus trincheras, la mortandad se adueñó de su campamento. Medita levantar el asedio, los brularnos se dan cuenta de su aprieto, lo aprovechan, le atacan con gentes que luchan por sus hogares, el ardor por conservar es más vivo que el ardor por adquirir. Los lucanos no pueden sostener el

ímpetu de un enemigo al que despreciaban. Son presionados por todas partes. Ya no es un combate, es una derrota. Las tropas auxiliares fueron las peor paradas, igual que los crenacos y los palunenses, que quedaron en poder de los vencedores. Los entregaron sin misericordia a Osirar y a Volitir, verdugos de su venganza –al primero le llamaban el despiadado, y, al segundo, el infernal–, que les hicieron perecer a hierro y fuego. Tras esta desgracia, Lucano se sintió afortunado aceptando la paz que se había negado a conceder. Rehízo su ejército y, preciándose de tener más éxito frente a Monilna, se pone en marcha. Roulea excitaba su furia y sus esperanzas. Corramos un velo sobre las desgracias que provoca la guerra: campos devastados, ciudades entregadas al pillaje, hombres, mujeres, niños de todas las edades, de todo estado, revueltos y degollados a los pies de los altares de sus dioses domésticos, combates obstinados, éxitos inciertos y funestos para ambos bandos, victorias disputadas o adquiridas mediante torrentes de sangre, campos de batalla sembrados de muertos, soldados ávidos de carnicería inmolando con sangre fría a los desdichados que el miedo había perdonado. Todo lo que el arte militar tiene de estratagema, todo lo que el valor de un lado y la rabia del otro pueden inventar: ése es el horrible cuadro que la imaginación puede figurarse sin la ayuda de los ojos. Una última acción decidió aquella gran disputa; Lucano fue derrotado y escapó por los pelos de las manos del vencedor. Roulea fue hecha prisionera y encarcelada. La relegaron a la horrible cueva de Dolber, entre el infame pueblo de los panutos y de los tribleinos. Allí su rabia se ve limitada y sólo puede ejercerse sobre cobardes esclavos que, víctimas eternas de su ferocidad, no oponen a los ultrajes que reciben más que una insensibilidad estúpida.

Imágenes más risueñas nos llaman: Apprio vuelve a la corte de Monilna, es recibido como su liberador, todo resuena con sus alabanzas, su nombre es elevado hasta los cielos, los monumentos más pomposos y más halagüeños se alzan a su gloria, y consagran para la posteridad el recuerdo inmortal de sus resplandecientes proezas.

Claude de Crébillon

El silfo

Su padre, el dramaturgo Prosper Jolyot de Crébillon (1674-1762), inició a Claude-Prosper Jolyot de Crébillon, conocido como Crébillon hijo (1707-1777), en el gusto por el teatro, que ya había probado cuando estudiaba con los jesuitas en el colegio Louis-le-Grand, donde se educaban los hijos de la aristocracia o de cargos relacionados con la casa real (Molière, Voltaire, el marqués de Sade). Con una sólida formación, pronto ascendió un grado en la escala de la sociedad culta, las tertulias de artistas y escritores y los salones literarios; sin embargo, dio sus primeros pasos con los cómicos italianos de la Feria, que hacían un teatro popular y satírico frente a la escritura «romana» de los autores de la Comédie Française. Parodió entonces éxitos de Jean-Philippe Rameau y tragedias de Voltaire. En este momento publica, sin nombre de autor, su primera obra, *Le Sylphe* (*El silfo*, 1730).

La facilidad de su carácter y su ingenio le abrieron las puertas de los salones más encopetados, sin los que no se puede escribir la historia cultural del siglo XVIII francés: los del conde de Caylus, de Mlle. Quinault, de Mme. de Boufflers, de M. de Lambert, de Mme. de Tencin, de Mme. Geoffrin –donde tuvo por contertulios a d’Alembert, Caylus, Fontenelle, Montesquieu, Marmontel, Horace Walpole, Laurence Sterne...–. La publicación de *Les Égaréments du cœur et de l’esprit* (*Los extravíos del corazón y del espíritu*, 1736) fue uno de los éxitos más sonoros de la época, con su trama del adolescente tímido seducido por una mujer de más edad que le inicia en el mundo del sexo. La educación sentimental y galante de la novela, cuya cuarta parte no llegó a escribir, contendría algún elemento autobiográfico, en los que Crébillon es muy parco; tampoco se parecía a su padre, que «adoraba el sexo femenino y no lo estimaba» y en quien «la pasión que sentía por las mujeres sólo era compensada por la que tenía por los animales domésticos». *Le Sopha* (*El sofá*, 1742) alcanzó mayor celebridad aún por la crítica despiadada de la hipocresía de las relaciones sociales; en su protagonista, una falsa devota, creyeron reconocerse varias damas, igual que se vieron retratados en los personajes masculinos aristócratas como los duques de Richelieu y Nivernais, que consiguieron una orden de destierro a treinta leguas de París para su autor. A los tres meses estaba de vuelta en París, con dificultades económicas que su padre, pese al cariño incontestable entre ambos, apenas sufragó. Un matrimonio singular con Marie

Henriette de Stafford, que según la leyenda se habría enamorado del escritor desde el otro lado del canal de la Mancha, no le sacó de apuros; la boda con la hija del secretario y gran chambelán de la reina de Inglaterra, exiliada en Saint-Germain con Jacobo II, el último Estuardo, sorprendió a todos: la dote fue escasa, pese a la fortuna familiar de esta mujer descrita por todos los contemporáneos como devota, bizca y de fealdad extraordinaria.

Sigue una etapa de escritura mediocre para ganarse la vida, en la que sólo destaca *La Nuit et le Moment ou les Matinés de Cythère* (leída en 1745 y publicada diez años más tarde), su mejor obra, una novela dialogada que a finales del siglo XIX y principios del XX era recuperada para el teatro por compañías jóvenes. A la muerte de su padre, Crébillon hereda las magras pensiones que su progenitor recibía como censor real y censor de la policía de libros; él mismo será nombrado censor de la policía un año antes de su muerte, olvidado ya del público; el 12 de abril de 1777, a la puerta de su casa se congregó un numeroso grupo, no de admiradores, sino de acreedores.

Hombre de existencia discreta, una vez pasada la Regencia y los primeros años del reinado de Luis XV, comprendió que los tiempos habían cambiado –a peor–; a mediados de siglo habían desaparecido los salones, donde su ingenio y su conducta galante habían brillado; socialmente castigado, más por el vacío que la aristocracia satirizada hace a su alrededor que por el destierro sufrido, Crébillon hijo quizá sea el espíritu libertino más delicado literariamente de la centuria.

El silfo
o Sueño de Mme. de R***
escrito por ella misma a Mme. de S***

(Le Sylphe, ou songe de Mme. de R***
écrit par elle-même à Mme. de S***, 1730)

Os quejáis sin razón de mi silencio, señora, y no basta para acusar a la gente de pereza haber salido una vez de la propia. ¡Cuánto os enojaría si mi puntualidad os obligara a escribirme alguna vez! Apenas si tenéis tiempo de pensar: considerad, tal vez no lo hagáis nunca, que no hay en el mundo ociosidad más ocupada que la vuestra. El tumulto de París que no os deja ocasión para formaros una idea clara, los placeres que se suceden sin cesar, la numerosa compañía cuya mezcolanza siempre divierte por ridícula que pueda ser, los modales de nuestras buenas gentes, la impertinencia y la insulsez de nuestros petimetres, tanto de corte como de ciudad, contraste extravagante que en el gran mundo siempre se encuentra reunido, las aventuras que ocurren y que perpetuamente proporcionan ocasiones de maledicencia, las ocupaciones del corazón que divierten, incluso cuando no interesan, el tiempo que el tocador exige tan agradablemente entretenido por nuestros jóvenes senadores¹, el placer siempre variado que ofrece la coquetería, el juego que nos ocupa cuando la deserción de un galán o el miramiento por las conveniencias dejan momentos que perder, ¡eh!, ¿cómo, en medio de ese tumulto, podríais pensar alguna vez en mí? Me reprocháis mi gusto por la soledad; si supierais lo agradablemente que he estado ocupado en la mía, vendríais conmigo a participar de mis entretenimientos, por poco reales que puedan ser. Sin duda os burlaréis de mí cuando os confiese que estos placeres que tanto os pondo no son más que sueños; sí, señora, sueños, pero los hay cuya ilusión supone para nosotros una felicidad real y cuyo halagüeño recuerdo contribuye más a nuestra felicidad que esos placeres habituales que se repiten sin cesar, y que nos pesan en medio incluso del deseo que tenemos de disfrutarlos.

Sabéis que desde siempre he deseado con ardor ver uno de esos espíritus elementales conocidos entre nosotros con el nombre de silfos. Siempre he creído que no es en el tumulto de las ciudades donde les gusta manifestarse, y, ¿podréis creerlo?, ésa es la idea que me arrastraba con tanta frecuencia al campo y me hacía rechazar con tanto orgullo a los galanteadores. Quizá sin el deseo que tenía de ser digna del amor de un silfo, habría sucumbido, porque entre esos galanteadores los hay más apuestos: no me arrepiento en

absoluto de mi severidad, puesto que me ha guiado hasta mi objetivo. Es un sueño; sólo os contaré mi aventura bajo ese supuesto, hay que cuidar de vuestra incredulidad. Sin embargo, si fuera un sueño, recordaría haberme dormido antes de haberlo empezado; habría sentido que despertaba, y, además, ¿qué apariencia hay de que un sueño tuviera tantas secuelas como hay en lo que voy a contar? ¿Cómo habría recordado tan bien las palabras del silfo? No es natural que haya pensado lo que vais a oír, todas las ideas que vais a encontrar en él nunca me han sido familiares. ¡Oh!, no cabe duda de que no he soñado, creed por lo demás lo que os plazca; en cuanto a mí, no me serviré de palabras como: me parecía, creía ver; diré, yo estaba, yo veía; pero pongamos fin a este preámbulo.

Uno de los últimos días de la semana pasada, estaba retirada en mi habitación; la noche era cálida, estaba acostada de una forma honesta, para alguien que se cree solo, pero que no lo habría sido de haber creído que tenía espectadores. Aburrida de una compañía provinciana que me había obsesionado todo el día, buscaba alguna compensación en un libro de moral², cuando oí pronunciar claramente, aunque a media voz y con un suspiro, «¡Oh!, Dios, ¡cuántos encantos!». Estas palabras me sorprendieron y, dejando mi libro, traté de prestar oído atento pese al espanto que empezaba a dominarme; al no oír nada más en mi habitación, creí haberme engañado, e imaginé que mi mente distraída había hecho realidad lo que acababa de leer. Pero no había apariencia de que debiera tener que ver con la moral; además, en ese momento no pensaba en nada que pudiera tener relación con ella. Todavía estaba sumida en estas reflexiones cuando oí con mayor claridad que la primera vez: «¡Oh, mortales! ¡Y que vosotros estéis hechos para poseerla!». Por halagüeña que fuese esta exclamación, redobló mi miedo, y metiéndome rápidamente de nuevo en la cama me cubrí la cabeza con la sábana, medio muerta y en el horrible estado en que puede encontrarse una mujer miedosa.

—¡Ah, cruel! —exclama alguien entonces—, ¿por qué ocultaros a mi vista? ¿Qué teméis de alguien que os adora, y que para su desgracia es tan respetuoso que no se atreve a emplear la violencia para volver a veros? Respondedme al menos, no llevéis mi amor a la desesperación.

—¡Ay! —contesté con voz ahogada—, ¿qué podría responder en la situación a que me reduce tan sorprendente aventura?

—Mas ¿qué podéis temer de mí? —me replican—. Ya os he dicho que os adoro: tranquilizaos, no me mostraré, y, aunque verme pudiera desterrar el temor de vuestra alma, no quiero exponeros a la sorpresa que os causaría.

Un tanto repuesta por estas palabras, levanto despacio mi sábana. Vi que sólo se trataba de una declaración de amor y recordé haberme enfrentado a más de una con orgullo. Mi alma no es débil, y además creí que no tenía nada que temer de una aventura que empezaba de aquel modo. Sin embargo, alguien se había enamorado; me encontraba sola, y en una situación en la que tenía todo que temer de algún atrevido, y al que yo

suponía con más fuerzas que un hombre. Esta reflexión me preocupó, vi de repente el riesgo que corría, y fue mayor el miedo con que lo vi porque no encontraba medio de evitarlo. He ahí una de esas embarazosas ocasiones en que la virtud no salva de nada; también imaginé que era un espíritu el que me hablaba, y al principio pensé que sería impalpable; sin embargo, aquel espíritu era sensible, me amaba: ¡qué le habría impedido tomar cuerpo! Estas distintas ideas me mantenían en una irresolución interminable cuando la voz continuó:

—Sé todo lo que pasa por vuestra alma, mi bella condesa; seré respetuoso, sólo somos atrevidos cuando somos amados.

—Bueno —le dije—, no creo que yo te dé nunca ocasión de faltarme al respeto.

—No estéis tan segura —dijo la voz—, nosotros somos amantes algo peligrosos, sabemos todo lo que pasa en el corazón de una mujer, que no podría imaginar deseos que no satisfagamos, intervenimos en todos sus caprichos, envejecemos a sus rivales y aumentamos los encantos de ellas mismas, conocemos todas sus flaquezas, y cuando lanza un suspiro de amor, cuando la naturaleza, en un momento de distracción, es la más fuerte, la dominamos; en una palabra, la más ligera idea de tentación se convierte, gracias a nuestros cuidados, en tentación violenta y pronto satisfecha. Admitid que si los hombres tuvieran nuestra ciencia, no habría mujer que se les escapara. Añadid a esto que nuestra invisibilidad es un maravilloso recurso contra maridos celosos o madres ridículas; no hay precauciones de los suyos que tengan éxito, ni ojos vigilantes a los que no se engañe con este secreto. Pero os ruego —añadió— que dejéis de ocultaros a mis ojos, esta complacencia a nada os compromete, puesto que sólo me veréis cuando queráis y puesto que vuestros sentimientos hacia mí dependen sólo de vos.

Tras estas palabras, me dejé ver, y el espíritu, pues eso es lo que era, lanzó al verme un grito que a punto estuvo de hacerme volver bajo la sábana; pero me tranquilicé.

—¡Ah! —exclamó al verme—, ¡qué bellezas! ¡Qué lástima que estén destinadas a un vil mortal! No se me pueden escapar.

—¡Cómo! ¿Creéis —le dije— que no escaparé de vos?

—Sí, desde luego, eso creo.

—Me parece que hay mucha presunción en esa idea —repliqué.

—Os equivocáis, hay mucha menos que conocimiento de vuestro corazón: todas las mujeres tienen la misma forma de pensar, los mismos impulsos, los mismos deseos, la misma vanidad, y poco más o menos las mismas reflexiones, y esas reflexiones siempre son débiles cuando se trata de combatir la inclinación.

—Pero la virtud —le dije—, ¿creéis que es inútil?

—No debería serlo —replicó él—, y, sin embargo, imagino que le dais poco trabajo.

—Creernos incapaces de la menor reflexión es pensar demasiado mal de nosotras —dije yo.

—No —respondió—, creo que reflexionáis, pero que vuestro corazón, más vivo y más dispuesto, escapa a la reflexión y os decide antes por el sentimiento que por la razón. No

es que no penséis bien para conocer lo que hay que evitar, provocáis luchas en vuestro corazón, las sostenéis durante un tiempo, y termináis sucumbiendo con el consuelo de que, si vuestro corazón hubiera sido menos fuerte que vos, habríais obtenido la victoria.

—¿Creéis pues —repliqué—, que no podemos vencer nunca nuestra inclinación? ¿Que somos tan cruelmente esclavas de nuestras pasiones que nada puede reprimirlas?

—Ese punto sería motivo de una discusión demasiado larga —respondió—. Creo que no es imposible encontrar mujeres virtuosas, pero, por lo que he podido juzgar a raíz de trataros, no es la virtud lo que más os divierte: sabéis que hay que tenerla, y me parece que no cedéis a esa necesidad sino a regañadientes. Una cosa que, en mi opinión, autoriza mi idea es la tristeza y el mal humor que reinan en el semblante de una mujer virtuosa, de una mojigata, de esas personas que se han hecho partidarias de la virtud por orgullo, para tener el placer de insultar a las flaquezas de su sexo. Hay épocas en que pagan ese placer muy caro y en las que querrían poder renunciar a él. Mas ¿cómo hacerlo? Es una virtud de la que se ha hecho alarde lo que hay que sostener, y gimen por ello en secreto; siempre tentadas, no tardarían en convertir en deleite la tentación que las atormenta si pudieran estar seguras de que sus flaquezas serían ignoradas. Sus perpetuas proclamas contra los placeres demuestran menos el odio que sienten contra ellos que el dolor que sienten al verse privadas de ellos por una vanidad mal entendida. Añadid otra cosa más: es raro que una mujer hermosa sea mojigata, o que una mojigata sea una mujer hermosa, lo cual la condena precisamente a aferrarse a esa virtud que nadie osa atacar, y que sin cesar pena por el reposo en que la dejan languidecer.

—¿Pensáis que todas las mujeres son mojigatas? —le dije.

—Los hombres —respondió— serían muy desgraciados si sólo hubiera mujeres de ese carácter.

—Sin embargo —repliqué—, quieren que seamos virtuosas.

—Para ellos —dijo—, es un refinamiento de buen gusto deber a sus seducciones el aniquilamiento de una cosa que tanto les ha costado introducir en vuestra alma, y que tan bien os sienta, digáis lo que digáis. No esa virtud salvaje que no es más que gesto, sino la que yo imagino, y que no puedo describiros porque aún no he encontrado ninguna de esa especie.

—¿Qué es, pues —le pregunté—, lo que los hombres llaman virtud?

—La resistencia que oponéis a sus deseos, y que nace de vuestra atención a vuestros deberes.

—¿Y cuáles son —repliqué— esos deberes?

—Eran inmensos —contestó—, pero como los abreviáis cada día, creo que ya no os quedará ninguno que observar; hoy sólo consisten en las conveniencias, y ni siquiera se siguen con rigor.

—¿Durará mucho tiempo este desorden? —le pregunté.

—Tanto como las mujeres crean ideal la virtud y real el placer —me respondió—, y no veo señal alguna de que cambien de forma de pensar. Además, no hay mujer que no

tenga alguna flaqueza, y esa flaqueza, por bien disimulada que esté, nunca escapa a la búsqueda obstinada del amante. La voluptuosa se rinde al placer de los sentidos. La delicada, al encanto de sentir ocupado su corazón. La curiosa, al deseo de instruirse. A la indolente le costaría demasiado negarse. La vanidosa perdería demasiado si sus atractivos fueran ignorados, quiere leer el furor de los deseos de un amante, la impresión que puede provocar en los hombres. La codiciosa cede al vil amor de los regalos. La ambiciosa, a las conquistas deslumbrantes, y la coqueta a la costumbre de rendirse.

—Muy sabio sois —le dije.

—Es que he viajado desde mi juventud —me respondió—. Pero ¿no estaréis empezando a dormiros? Este gran deseo de filosofar no favorece nuestro encuentro, y estoy seguro de que ahora mismo me tomáis por un silfo de los más novicios. Quien tan mal sabe aprovechar momentos tan dulces como los que paso a vuestro lado, no merece que se le concedan. ¡Un silfo enamorado hablando de moral! Francamente, ¿me perdonaréis que haya empleado tan mal mi tiempo?

—No sé qué otro uso querríais haberle dado —respondí—. Me habéis enfadado, y me agradará mucho demostraros que la virtud existe.

—Es decir —respondió riendo—, que sólo la tendréis por contradicción. Sin embargo, no dudo de que la tengáis, y si sobre ello no os he dicho cuanto pienso es porque una persona tan bella como vos ofrece tantas cosas dignas de alabanza que, a su lado, no se tiene tiempo para ponderar su mérito.

—Pues no os perdono que lo hayáis olvidado —le dije—; me amáis, ya os haré yo arrepentiros.

—Mi bella condesa —respondió—, a una hermosa se le dice que posee encantos, porque repetirlo es a menudo una forma cortés de exhortarla a que los use; pero ¿vamos a recordarle su virtud cuando nuestro interés es que la olvide? Además, nada de amenazas, todas esas finezas valen con los hombres, pero pensad que no podéis engañarme. Resulta algo embarazoso, y no me extraña ver que pensáis: un galán que sabe cuanto una piensa, que se da cuenta de todo, frente al que no se tienen recursos, es algo muy incómodo.

—En tal caso —respondí—, puedo no verme obligada a soportar tanta fatiga; no os amaré.

—Eso sí que no —dijo él—. Para evitar amarme tendríais que decirme con toda seriedad que dejara de veros. Y lo que es más, tendríais que quererlo, y eso es lo que no queréis. Curiosa como sois, nunca podríais quedaros sin ver el final de esta aventura. Conmigo estáis precisamente en la misma situación en la que están todas las mujeres al principio de una relación amorosa. Saben que, para no sucumbir, deberían huir; pero la pasión agrada, enciende el corazón, apaga las reflexiones, la seducción es continua y la recapacitación momentánea, el placer aumenta, la virtud desaparece, el amante se queda; ¿cómo huir? Y seguro que vos no huiréis.

—Me parecéis demasiado convencido de vuestra conquista —respondí—, me gustaría un galán más respetuoso, y cuyos deseos, más tímidos, me trataran con más consideración.

—Es decir —me interrumpió él—, queríais que perdiese un tiempo que para mí es precioso; no estoy acostumbrado a eso.

—¡Las mujeres, sin duda, no os han acostumbrado!

—No, claro que no —replicó.

—¿Y siempre habéis gustado a quien habéis pretendido?

—No siempre —replicó—, a menudo me he visto obligado a cambiar de forma para hacerme amar. La primera persona que me agradó era una inocente joven que aún tenía miedo a los espíritus; se me ocurrió hablarle de noche, y creí que la mataba del susto. Por más que le dije que era un espíritu aéreo, que éramos hermosos y apuestos, la enumeración que le hice de nuestras buenas cualidades no la volvió sino más temerosa, y, de no ser porque tomé la apariencia de su maestro de música, la hubiera perdido. A la que me dirigí a continuación era una dama de calidad, muy ignorante, que tampoco comprendió nada sobre las sustancias celestiales y que no quiso imaginarse que yo pudiera ser un cuerpo sólido; esta idea me perjudicó enormemente con ella. Al no poder vencerla contra ella misma, pensé que, adoptando la figura de un hombre muy amable que la amaba, podría conseguirla: perdí el tiempo. Por último, sin saber ya qué hacer, me puse a su servicio y me disfracé tan bien que nunca me habría tomado por un espíritu elemental; y, ya veis qué extravagancia, ¡triunfé! En España encontré a una mujer que, después de haberme visto, no quiso nada de mí y prefirió a su amante; esa desgracia aún no me ha ocurrido en Francia. El pormenor de mis aventuras sería demasiado largo, pero no he de olvidar a una mujer sabia cuyos estudios habían tenido por principal objeto la astronomía y la física. La vi y le dije quién era; no la asusté, pero, a pesar de esfuerzos increíbles, no logré convencerla. «¿Cómo es posible», me decía, «que, si en vuestra región sois materia corpórea, no os haya asfixiado nuestro aire al descender hasta nosotros? Y si vuestro ser no es más que un compuesto de vapores sutiles que no pueden resistir las impresiones del aire y puede disolver el menor viento, ¿de qué podríais servir aquí?». Lejos de refutar este argumento con palabras, le rogué que me pusiera a prueba; consintió, decidida sin duda por el escaso riesgo que creyó correr, o, suponiendo que lo hubiera, por el placer de haber encontrado en la física elevada algo extraordinario que el resto del mundo no supiese. Traté, pues, de convencerla, pero en el momento en que yo debía esperar que cediese a la fuerza de mis razones, exclamó: «¡Ay, Dios! ¡Vaya un sueño!». ¿Habéis visto nunca incredulidad más obstinada? No me desanimé al principio, pero, al ver que a cualquier hora y de cualquier modo que le hablase, se empeñaba, como vos haréis sin duda, en tratarme de quimera y de sueño, me harté de darle motivos para soñar y la dejé, aunque me hiciera esperar una conversión cercana. Pero vos —añadió él—, ¿seréis igual de incrédula?

—Por lo menos no seré tan curiosa —respondí—. Estoy convencida de que sueño, pero, satisfecha con el placer que ese sueño me da, no quiero saber si podría ser cierto.

—Y yo siento —repuso el espíritu— que todo se vuelve demasiado verdad a vuestro lado. No quiero seguir exponiéndome al peligro de ver vuestros encantos, me marchó bastante

apenado por no haber podido hacerme amar por vos, me voy para librarme de los rigores que vuestra crueldad me prepara.

—¡Qué impaciente sois! ¿Cómo queréis que os ame? ¿Sé siquiera lo que sois?

—¿Habéis tenido la curiosidad de preguntármelo? —replicó.

—¡Ay! —contesté—, temía molestaros si os lo preguntaba; ese temor y el de que fuerais algo peor que un espíritu me han hecho callar. Pero, ya que me lo permitís, ¿qué sois?

—¿Y quién creéis vos que soy? —dijo él.

—Os creo —respondí— espíritu, demonio o mago. Mas sea cual fuere la especie bajo la que os imagine, os tengo por algo muy amable y singular.

—¿Querriais verme? —respondió el espíritu.

—No —dije—, no es el momento. Responded, por favor, a mis preguntas: ¿qué sois?

—Soy un silfo.

—¡Un silfo! —exclamé entusiasmada—, ¡un silfo!

—Sí, encantadora condesa. ¿Os gustan?

—¡Que si me gustan! ¡Dios mío! Pero me engañáis, no existen; o, si existen, ¿qué pueden hacer los mortales por vuestra felicidad, y cómo una esencia tan celeste como la vuestra puede rebajarse al trato con los hombres?

—Nuestra felicidad nos aburre cuando no la compartimos con nadie —respondió—, y todo nuestro afán es buscar alguna amable criatura que merezca nuestro afecto.

—Pero —le interrumpí—, he leído que las sílfides eran muy bellas, ¿por qué...?

—Os comprendo —dijo—, ¿por qué no dedicarnos constantemente a ellas? No las enternecemos lo bastante, nos ven demasiado, y sólo por motivos racionales, y para que no se pierda la raza de los silfos, nos conceden algunos favores; esa misma consideración nos mueve a nosotros, y, como fácilmente podréis deducir, eso no es lo mejor para promover vínculos muy tiernos con ellas. Poco más o menos supone obrar como vosotros los humanos cuando estáis casados. Buscamos mujeres que nos saquen de nuestro letargo, igual que ellas por su lado buscan hombres que las compensen del aburrimiento que les causamos. Entre nosotros, todas estas cosas están reguladas, y unas y otros nos dejamos llevar por nuestra inclinación sin celos ni mal humor. Os veo pensativa —añadió—. Admitid que tener un silfo por amante es algo gracioso. Como ya os he dicho, no hay fantasía que no satisfagamos, ni bienes con los que no colmemos a quienes amamos. Más esclavos que amantes, nos sometemos a todas sus voluntades, y sólo nos parece incómodo un único punto.

—¿Cuál es? —pregunté bruscamente.

—Exigimos constancia, y quiero advertiros que, con nosotros, la muerte más cruel sigue siempre a la menor apariencia de infidelidad.

—¡Misericordia! —exclamé—, ¡renuncio a vos por siempre!

A estas palabras, el espíritu soltó una carcajada que me hizo reparar en la estupidez de mi miedo.

—¿Os reís, silfo mío? —le dije.

—Me río de que no haya mujer que no se rebele contra este punto —me contestó—, y que no prefiera renunciar a todas las ventajas que nuestra posesión le asegura antes que a su inconstancia natural.

—Os engañáis —le dije—. Como no quiero ser inconstante, nada tengo que temer, y, sin embargo, la idea de no poder serlo sin riesgo me aflige en sumo grado. Siempre pensaríais que mi afecto por vos nace del temor al castigo, y me queríais menos.

—¿Podéis creer eso? —respondió—. Si somos molestos para las mujeres poco sinceras porque sabemos todo lo que piensan, las de corazón bueno y recto han de estar encantadas de que nada se nos escape; valoramos esas delicadezas del alma, esos sentimientos sutiles que la estupidez y la indolencia de los hombres no ven, y cuanto más conocemos su amor, más perfecta es su felicidad. Y no creáis que la condición que propongo sea tan terrible. Los silfos son tan superiores a los hombres en todos los aspectos que no es para nada un suplicio amarnos con constancia. Imagino que el tedio de un hábito en el que languidece el corazón es el único motivo que determina la inconstancia en una mujer: ya no ve en un amante esos deseos tumultuosos que, tanto si los rechazaba como si quería satisfacerlos, la divertían por igual. Ya no es más que un hombre aburrido que se excita por buena educación, que dice indolentemente que ama, que lo prueba con más indiferencia todavía, y cuyo rostro mudo y helado nunca ayuda a convencer de lo que su boca pronuncia. ¿Qué hará una mujer en semejante caso? Por una honra vana y mal entendida, ¿pasará el resto de su juventud en un vínculo que ya no la hace feliz? Cambia, y hace bien. La consideran pecadora si es la primera en cambiar; es porque siente con más viveza que los hombres, y porque no tiene tiempo que perder. Además, a menudo es por bondad hacia el que ha amado: le ve languidecer a su lado sin poder decidirse a abandonarla, porque teme deshonorarse; ella le proporciona un pretexto y carga con la culpa. Es actitud muy generosa, y que los hombres no merecen, pues tienen la impertinencia de ofenderse.

—Entonces los silfos, ¿no están sujetos al hastío ni al desagrado? —le pregunté—. ¡Seguro que son tan fieles como exigen que sean con ellos!

—Por lo menos —respondió—, cuando cambian es de modo tan repentino que no se tiene tiempo de desconfiar, aún se los ve enamorados un cuarto de hora antes de que desaparezcan.

—¿Y si alguien llega a sospecharlo y cambia antes que ellos? —dije.

—Olvidáis que...

—¡Ah!, ya me acuerdo. Sois crueles privándonos de todos nuestros recursos.

—Aunque no tuvierais la idea de la muerte ante los ojos —replicó—, no queríais. La mejor manera de impedir que una mujer sea inconstante consiste en no darle tiempo de aferrarse a un capricho, pero ese cuidado sería demasiado fatigoso para los humanos, y sólo a los silfos corresponde saber emplear todos los instantes y prevenir esas fantasías momentáneas que nacen en vuestro corazón.

—Creo —le dije— que pese a esos felices talentos que atribuíis a los silfos, también

podemos cansarnos de ellos. En ocasiones conviene dejar que nos deseen, hay momentos en que lo que reflexionamos sobre nuestros placeres nos divierte más que todas las atenciones de un amante. Confesaréis, además, que una solicitud constante fatiga, y bastaría para impedirme desearos la certeza de no desearos nunca en vano.

—Esa sensación es bastante singular —prosiguió él—, y dudo de que sea verdadera. Creedme, con nosotros no hay tiempo para hacerse reflexiones de ese tipo: con nuestro trato os volvéis sáfides y, al participar de nuestra sustancia, la tarea de responder a nuestra solicitud se vuelve tan ligera para vos como lo es para ellas.

—Sabéis disipar todas las dificultades —le dije—, pero, cuando dejáis a una mujer, ¿le queda algo de vuestra esencia?

—A veces, por bondad, le privamos de una parte —contestó—, y a menudo, por malicia, se la dejamos toda.

—Ese proceder no está bien —repliqué.

—Admito —dijo— que podríamos dispensarnos de dejar a nuestra espalda deseos que sólo nosotros podemos apagar, pero sólo conocemos ese modo de conseguir que nos echen de menos, y éste es un placer que nos emociona. Estáis pensativa.

—Es cierto —dije—, pienso que conozco a muchas mujeres sáfides en la buena sociedad.

—¡Oh!, es verdad —me dijo—, como es en la Corte donde mayor éxito tenemos, no es difícil reconocer ahí nuestras huellas; pero me parece que esa especie de malicia no os asusta tanto como la muerte contra la que hace un momento habéis protestado. Tiene, sin embargo, sus inconvenientes.

—Los temo, pero puedo evitarlos.

—No amándome —dijo el silfo—, pero no ganaríais nada; ése es también el castigo de las que se nos resisten.

—¡Dios mío! —exclamé—, ¿por dónde escapar?

—Dejemos todo este coqueteo —replicó el silfo.

—¡Oh!, claro que lo dejamos —exclamé muy asustada—. No hay trato, señor demonio. Si queríais incitarme a daros la inmortalidad, deberíais haberme ocultado la perversidad de vuestro carácter y los riesgos que siguen a los compromisos contraídos con vos.

—Expliquémonos —respondió—. Veo que, con la mente imbuida de las fantasías que ha contado el conde de Gabalis³, creéis que podéis darnos la inmortalidad, es decir, que hacéis lo que la naturaleza no ha juzgado conveniente hacer. También pienso que, de acuerdo con esas bellas ideas, nos creéis sometidos a las débiles luces de vuestros sabios y que condescendemos cuando nos llaman. ¿Es verosímil que una esencia superior a la del hombre necesite ser instruida por éste y pueda verse obligada a obedecerle? En cuanto a la inmortalidad que pretendéis darnos, esa fantasía sigue siendo ridícula, pues es de presumir que un trato frecuente con una sustancia inferior envilecería la nuestra, lejos de darle nuevas fuerzas.

—Veo que he sido demasiado crédula —le respondí—, pero no por ello estoy más dispuesta a amaros; os temo.

—Tranquilizaos —replicó él—, por lo que se refiere a la muerte con que os he amenazado, no siempre llegamos a ese extremo; a menudo cambiamos nosotros mismos, y entonces podéis recuperar vuestros derechos; mas no queremos que se nos adelanten, como tampoco vosotras cuando entabláis relaciones: son afrentas que no perdonáis, y nuestra vanidad es tan sensible como la vuestra. En cuanto al otro castigo, a menos que me lo pidáis vos misma, os lo perdonaré. Reflexionad, pues, despedidme en serio o aceptad las condiciones que os propongo.

—¿Cómo queréis —le respondí— que pueda declarar mi cariño a alguien que no conozco, que no he visto? No niego que ya me agradáis un poco; pero si por desgracia no fuerais más que un gnomo⁴...

—No habléis mal de ellos —dijo el silfo interrumpiéndome—: es verdad que su figura no es muy agraciada, mas no dejan de arrebatarnos muchas conquistas; entre nosotros son lo que los financieros entre los hombres, y no son lo que vuestro sexo aprecia menos. Todos los días nos roban incluso nuestras sílfides.

—¡Cómo! ¿Una especie tan superior como la suya es sensible a los regalos? —le pregunté.

—Sí —dijo—, los aceptan de los gnomos para dárselos a sus amantes, y, aun cuando ese afán no las obligase a responder a la pasión de esos repugnantes espíritus, son hembras, y por consiguiente caprichosas, el cambio las divierte, y la extravagancia de su gusto supone para ellas un placer tanto más conmovedor cuanto que puede serles reprochado. Pero, hermosa condesa, ¿no queríais hacerme preguntas más interesantes, y siempre habrá de limitarse vuestra curiosidad a puntos tan nimios como éstos sobre los que ya la he satisfecho? ¿No me permitís mostrarme entonces?

—¡Ay, silfo mío! —exclamé—, ¡cuánto temo vuestra presencia!

—¡Ojalá la desearais! —dijo él suspirando.

Yo sólo respondí con un suspiro. En ese momento, un resplandor extraordinario llenó mi habitación, y a la cabecera de mi cama vi al hombre más hermoso que sea posible imaginar, de rasgos majestuosos y con el atuendo más galano y más noble. Verle me asombró, pero no me asusté.

—¡Y bien! —dijo hincándose de rodillas ante mí con una expresión de amor y de respeto—. ¡Y bien!, encantadora condesa, ¿podríais jurarme fidelidad?

—¡Sí, mi querido, mi amable silfo! —exclamé—, ¡os prometo pasión eterna! Ahora sólo tengo miedo a vuestra inconstancia. Pero ¿cómo he podido merecer...?

—Vuestro desprecio por los hombres y la secreta pasión que teníais por nosotros han determinado la mía —me dijo—; es más tierna de lo que pensáis; podía provocar en vos un sueño y alcanzar la felicidad a pesar vuestro, pero pienso con más delicadeza y sólo he querido deber algo a vuestro corazón.

¡Ay de mí! Quizá en ese momento mostré demasiada debilidad a mi silfo, pero le adoraba.

—¡Qué encantador sois! —le dije—, pero ¡qué desdichada sería si sólo fuerais ilusión!

¿Es cierto que...? ¡Ah!..., ¡sois palpable!

Estaba en ese punto con mi silfo, señora, y no sé lo que habría sido de mi extravío y sus ardores si mi doncella, que entró en ese instante, no le hubiera asustado. Echó a volar, y desde entonces lo llamo inútilmente. Su indiferencia hacia mí me hace creer que sólo sea una agradable ilusión que se presentó a mi mente, pero ¿no es una lástima que sólo se trate de un sueño?

Godard d'Aucour

Temidoro

Nacido en Langres en 1716 y muerto en París en 1795, Godard d'Aucour, hijo de un mercader de paños, inició sus estudios en el colegio de jesuitas de su ciudad para continuarlos en París, donde frecuenta los lugares de moda, los cafés de tertulia y malandanza; aunque piensa seguir la carrera de las armas, termina por dedicarse a las letras: en 1742 se estrena como escritor con unas *Lettres du chevalier Danteuil et de Mlle. de Thélis*, que publica sin nombre de autor. Dos años más tarde, con unas *Memoires turcs, avec l'Histoire galante de leur séjour en France* (*Memorias turcas, con la historia galante de su estancia en Francia*), firmadas por «un autor turco, de todas las academias mahometanas, licenciado en derecho turco», etc., aprovecha la moda oriental que invade Francia tras la publicación de *Las mil y una noches* para describir aventuras galantes y hacer una crítica de costumbres que tienen por blanco a todopoderosos financieros que mantienen a jóvenes, pequeños abates lujuriosos, lánguidas condesas, ricos señores, etc., exponiendo sus vicios y los aspectos burlescos de esa sociedad.

Aunque escribió algún libreto teatral, será la novela y el debate entre autores lo que más le atraiga en su juventud y primera madurez; tras una parodia de la *Méropé* de Voltaire, contra el que arremete de forma virulenta, una victoria militar de Luis XV en la campaña de Flandes, durante la guerra de Sucesión de Austria, le servirá de punto de partida para *Thémidore* (*Temidoro*), novela publicada en 1744 que costará al librero-editor Mérigot quince días de cárcel, denunciado al parecer por Pierre-Alexis Dubois, presidente de la Cámara de Investigaciones de palacio, que vio reflejadas sus costumbres o las de sus hijos en la novela.

La guerra de Sucesión de Austria le servirá también para *L'Académie militaire, ou les Héros subalternes* (*La Academia militar, o los héroes subalternos*, 1745), donde vuelve a describir los combates de galantería de los militares, al tiempo que critica directamente *Las confesiones del conde de****, (1741), de Duclos, autor al que Godard volverá a parodiar en su siguiente novela, *La Gaudriole*, sin perder la ocasión de criticar a otros escritores, críticos y académicos.

Será su última novela, aunque en edad tardía publique un poema en prosa que tiene

más de narrativo que de poético: *La Pariséïde, ou Pâris dans les Gaules* (*La Pariseida, o Paris en las Galias*, 1775).

Casado en 1747 con Claire Poisson, hija del recaudador general de impuestos de Clermont y prima de la marquesa de Pompadour, Godard abandona las letras para dedicarse a las finanzas; gracias al parentesco con la amante y luego esposa del rey, Godard d'Aucour y su padre participaron en los negocios de aprovisionamiento del ejército recaudador general de Alençon y su ascensión como financiero será recompensada con títulos de nobleza: secretario real, marqués de Plancy (1764), barón de SaintJust, señor d'Étrelles y de Longueville... Pero, desde su matrimonio, la escritura había quedado prácticamente olvidada.

Temidoro

(Thémidore, 1744)

Advertencia

Cuando entramos en casa de un curioso, no sólo nos encanta contemplar sus colecciones, sino que nos gusta saber además con qué espíritu han sido recogidas; la historia del gabinete interesa en función de los fragmentos que encierra. Ése es precisamente el caso en que se encuentran quienes tienen entre sus manos estas memorias. Justo parece satisfacer sus deseos.

El autor de las aventuras que aquí se comunican al público es un consejero del Parlamento; inútil decir su nombre; como su obra aparece sin su consentimiento, sería desagradable para él darle a conocer por autor.

El señor Temidoro es un joven rico, apuesto, bien constituido, de excelente carácter, lleno de ingenio, y que ama el placer hasta la locura; con estas cualidades no resulta sorprendente que haya buscado ocasiones de divertirse y que las haya encontrado. Sensible a la vanidad, cual corresponde a sus pocos años, sería muy singular que, además del afán que ha debido de tomarse para contar de viva voz sus aventuras por París, hubiera dejado de transmitir las por escrito a los amigos que, por su alejamiento, no podían tener sus confidencias de otra manera. Así pues, debemos en parte a su amor propio las descripciones que encierran estas dos partes de memorias. El señor marqués de Doncourt, a quien van dirigidas, las ha leído con placer y me las ha enviado para que me entretenga; han causado en mí la misma impresión que provocaron en él y merecen agradar a todo el mundo.

No se trata aquí de un conde imaginario que, al ofrecer sus supuestas confesiones, miente osadamente en confesión¹; es un joven que acaba de entrar en el mundo, y que a menudo imagina el placer como un descubrimiento de su invención, por lo que habla de él a los demás con arrebatos; es un joven que, por la costumbre que tiene de hablar con precisión, escribe igual que reflexiona en ocasiones y da a sus pensamientos un giro que le es propio; es, en fin, un espíritu algo impetuoso que, por no haber tenido tiempo todavía de alcanzar la sensatez, hace con ardor el elogio del extravío y describe con energía las ocasiones en que ha podido entregarse a la voluptuosidad; sus retratos son del natural, y merecen un sitio en la colección de miniaturas galantes.

Nos ha parecido conveniente ocultar el nombre de los personajes mencionados, delicadeza que será aprobada por todas las personas razonables. No aconsejamos a las almas escrupulosas poner los ojos sobre estas aventuras: en ocasiones son excitantes y capaces de provocar ideas extremadamente vivas; sólo han sido escritas para ser leídas por inteligencias que ya están de vuelta de las frivolidades, o que viven con ellas; de la misma manera que sólo debe comunicarse la historia de un naufragio a los que se han librado de él o a los que están a punto de exponerse a esa situación. Por otro lado, estas memorias han sido escritas con medida, no hay en ellas palabra alguna que pueda ofender la decencia, pero no respondemos de las ideas que puedan provocar. Están sembradas de sentencias muy sensatas y fáciles de retener, siguen el gusto actual del público, puesto que sólo contienen amables bagatelas bien dictadas y más propias para entretener el espíritu que para alimentar el corazón.

Primera parte

Togatos

Cum Venere in molli gramine bella decent ².

OVID. Eleg. 5, lib. 32.

Lo que yo deseaba desde hace tanto tiempo, querido marqués, se ha ofrecido por sí mismo; y no me he adelantado al azar. Por fin poseo a la bella Rozette. Éste es su retrato: juzgad si he sabido captar el parecido.

Rozette tiene ingenio, sensatez, imaginación, y se complace en el ejercicio de sus talentos. Como todo lo hace con naturalidad, consigue de los demás cuanto quiere. Aspecto despierto, andar ligero, boca pequeña, grandes ojos, bellos dientes, gracias en todo el rostro, así es la que hace toda mi felicidad; mojugata a veces, tierna de carácter, en un momento su capricho os desespera y en otro su pasión os embriaga con las ideas más deliciosas. Rozette entiende perfectamente una mirada, acude a vuestra llamada y enseguida os devuelve vuestra declaración. Juguetea con el placer, pero lo aleja cuanto puede de su verdadero destino: ¡singular gusto preferir acariciar un bello fruto antes que exprimir su licor!

Habían pasado tres días desde vuestra relación de la toma de Menin³ cuando, mientras pensaba en vos y me inquietaba por vuestra salud, querido marqués, recibí noticias vuestras. Fui al Palais-Royal⁴ a comunicárselas a nuestros amigos y luego me paseé por una alameda algo apartada. Vi llegar al presidente De Mondonville⁵. Iba peripuesto como de costumbre, cabeza alta y aire satisfecho: se aplaudía a sí mismo por distraerse, y se encontraba encantador por principio. Jugueteaba con una cajita de oro de nuevo cuño, de la que cogía pequeñas capas de tabaco con las que se embadurnaba, con ciertos melindres, el rostro. «Ahora mismo estoy con vos», me dijo al pasar, «corro al Meridiano»⁶. Allá se fue; mientras lo esperaba, di solo varias vueltas y contemplé con

placer crítico a un grupo original de noticieros⁷, que politiqueaban profundamente sobre cosas que nunca han de ocurrir. Me acerqué a un viejo militar que hablaba muy alto y muy bien, cosa bastante rara entre los de su especie: hizo noblemente el panegírico de nuestro ilustre monarca, y quizá por primera vez en su vida no encontró a nadie que le contradijese.

Volvió del Meridiano el presidente, refunfuñando porque su reloj se atrasaba varios minutos; prometió que Julien Le Roy⁸ no volvería a trabajar para él y que haría traer expresamente de Londres una docena de relojes de repetición⁹. Quien no quiera que su reloj se atrase ni un segundo, está perpetuamente en contradicción consigo mismo.

«Mi querido consejero», me dice, «¿quiere una toma de español?¹⁰ Me lo ha vendido ese comerciante armenio que está allí, bajo esos árboles. Es un converso: dicen que es buen cristiano; pero palabra que es árabe con los curiosos. Sois bello como el amor; os tomarían por él si fuerais igual de voluble; pero se sabe que la joven baronesa os tiene encadenado. Vuestro padre está en el campo. Divirtámonos en la ciudad. ¡Qué desierto es París! No hay ni diez mujeres: por eso las que quieren dejarse examinar tienen ojos donde elegir.

»Os invito a cenar con tres bellas mujeres; seremos cinco, el placer será el sexto, y será de la partida si venís. He despedido mi coche, y Laverdure debe traerme uno de alquiler¹¹.

»Vendrá a la cena Argentine, una muchacha adorable que, salvo en materia de libertinaje, tiene las mejores inclinaciones del mundo».

¿No reconocéis en estas palabras, querido marqués, al presidente? Tiene ingenio y honor, pero se deja arrastrar furiosamente por el placer. Por la noche, en el baile; pero a las siete de la mañana, en palacio; no es ni pedante en las diversiones, ni disipado en la Cámara. Delicioso en un tocador, íntegro con las flores de lis, su mano juega con las rosas de Venus y siempre mantiene en equilibrio la balanza de la Justicia.

Salimos sin darnos cuenta del jardín. Laverdure aún no había llegado. Hacía un rato que oíamos la conversación de dos jóvenes que se confesaban mutuamente sus éxitos galantes, pero que, por su aspecto, tenían el de mentir al tribunal.

Veíamos en sus ventanas a varias vestales¹², cuya reputación, excelente en el barrio, embalsama toda la vecindad; estaban adornadas como para celebrar misterios, pero nosotros pensamos que sólo podían encender fuegos artificiales.

Contemplábamos a un lado de la plaza el Café de la Régence¹³, tan brillante en otro tiempo; nos compadecíamos de la dueña de ese lugar: hubo de huir de un esposo que nunca será elegido para servir el néctar en la mesa de los dioses.

En el otro lado veíamos el Café des Beaux-Arts, café nuevo, decorado de manera galante, muy frecuentado y que, si continúa, no tardará en ser el café de las Artes prohibidas.

La dueña del establecimiento¹⁴ estaba en la puerta, en bata. A menudo hay más artificio en esa sencillez que en los adornos preciosos. Es atenta y graciosa. Sin ser bella,

agrada hasta parecerlo. Está bien formada, tiene la piel muy blanca, habla con soltura y el ingenio acompaña sus réplicas. Por sus singulares posturas uno imagina que ha de ser sensual en privado. Su pierna es fina y delicada al parecer. Conozco otro sentido, además de la vista, que decidiría con más satisfacción sobre ese punto.

Laverdure llegó entre tanto; se apea de la carroza, subimos nosotros a ella. «Todo está listo», nos dice, «Mlle. Laurette y Mlle. Argentine os esperan, pero Mlle. Rozette está indispuesta, y os presenta sus excusas». Esta nueva, que Rozette iba a ser de la partida, y que no lo sería, me apenó. No sabía yo la sorpresa que nos preparaba. A menudo nos afligimos de lo que luego ha de resultarnos lo más agradable.

El presidente no paró de hablar hasta el alojamiento de nuestras damiselas. Pero está permitido no guardar silencio si alguien se expresa con su variedad. No hay petimetre o petimetra¹⁵ que no conozca por su apellido, apodo, intrigas, cualidades, costumbres y aventuras: sabe la crónica maledicente de todo París.

«Ahí tenéis», me decía, «a ese flamenco alto de tez pálida, que juega tan fuerte. Está por encima y por debajo de nosotros con toda su cabeza. ¿Ves la mirada ingeniosa e inteligente de Damis? Se diría que piensa; da buena idea de sí cuando no habla, su fisonomía es embustera, y ese hombre sólo sirve para ser su retrato.

»¿Veis al duquesito en su carruaje? Se las da de galante y apasionado con las damas, pero se conocen sus gustos y todo el mundo está convencido de que en ese tipo de juergas disimula lo mejor que puede.

»¿No habéis visto a la condesa de Dorigny? Siempre está sola en su *vis-à-vis*¹⁶, corre de casa en casa para anunciar una obra de teatro que estrenarán esta noche en los Italiens; dice a todo el mundo que le ha gustado muchísimo, y no la ha leído; su autor es el secretario de su hermano, ella la juzgará mientras hace nudos¹⁷. Ahí tenéis al joven Polifonte, corre a rienda suelta en su faetón¹⁸ azul celeste; hijo de un rico comerciante de vinos, se cree un Adonis, y es desde luego el favorito de Baco¹⁹, pero nunca lo será del Amor.

»No me atrevo a mirar la puerta de Hébert²⁰», continuaba, «siempre me vende mil cosas a mi pesar, arruina a muchos otros con bagatelas. Hace en Francia lo mismo que los franceses en América, da baratijas por lingotes de oro».

Llegamos a la puerta de nuestras damiselas; tras un largo rato de espera, Laverdure bajó con ellas.

¿Pensáis como yo, marqués? No me gusta que un criado intervenga tanto en la confidencia de mis secretos o de mis placeres. Cuando uno guarda una joya, la mira; si la mira demasiado de cerca, siente tentaciones, y a veces el guardián se convierte en ladrón; además, una muchacha que se vende a vos por interés puede darse por gusto a vuestro confidente.

Laurette y Argentine montaron en la carroza con nosotros; una vez echadas las cortinillas, partimos. El presidente se empeña en coger las manos de nuestras acompañantes, que le recomiendan prudencia; él las abraza, ellas se defienden o fingen

hacerlo. Pronto seguí el ejemplo de mi amigo; hacemos bromas, el tiempo pasa, y llegamos a la Glacière²¹.

La cena estaba preparada. Dad vuestras órdenes a un criado listo, si es dueño de vuestra bolsa hará los honores más allá de vuestros deseos; cuanto más contento estéis vos, más provecho habrá sacado él. ¿Quién no es habilidoso para el placer cuando otro paga los gastos?

El presidente alquilaba la casa donde estábamos; tiene todas las comodidades deseables. El exterior no es brillante, pero el interior os compensa de sobra. Por fuera es la forja de Vulcano²², pero el interior es el palacio de Venus.

Estas petites-maisons²³ son una idea encantadora, su inventor es el misterio, las construye el gusto, las dispone la comodidad y la elegancia amuebla los gabinetes. En ellas sólo se encuentra lo necesario, pero eso necesario es cien veces más delicioso que todo lo superfluo. Jamás hay en ellas ningún pariente de grado prohibido, y por eso nunca hay jaleo. La prudencia está inscrita en la puerta, y el secreto que hace de centinela sólo permite la entrada al placer y al amable libertinaje.

Aprovechamos la cena servida. Evitadme su descripción. Imaginad todo lo que la voluptuosidad puede ofrecer cuando la exquisitez os sirve en pequeños platos. Yo me puse al lado de Laurette, y el presidente eligió a Argentine. Laverdure nos hizo esperar tras la sopa de cangrejos; dedicamos ese intervalo a discutir sobre la erudita y aburrida ópera *Dardanus*²⁴. Ya nos habíamos animado cuando nos presentaron dos entradas, a las que Martiolo²⁵ habría dado un nombre muy apetecible. Este servicio calmó nuestro ardor y nos devolvió a nuestros platos y a nuestros asientos.

Vos no conocéis mucho a nuestras dos comensales; aquí tenéis un esbozo.

Laurette es todavía joven, pero menos de lo que dice y menos también de lo que piensa; la buena fe de las mujeres es digna de admiración en este punto. Es una de esas jóvenes altas y bien desarrolladas, cuyo talle y cuya pierna denotan disposiciones excelentes para más de un baile. Es morena, muy vivaracha y tiene a gala provocar los deseos.

Argentine es una gorda mamá apetitosa de nariz algo respingona, boca bonita, mano regordeta, y un pecho en el que la naturaleza no ha ahorrado nada para favorecerlo. El placer es su divinidad adorada y le rinde sacrificios con la mayor frecuencia que puede. Su conversación es bastante parecida: brillante cuando versa sobre naderías; estas muchachas conocen bien su oficio.

La cena transcurrió de manera bastante tranquila y me sorprendió, conociendo el temperamento arrebatado del presidente. Siempre he sospechado que, durante un momento de ausencia con Argentine, so pretexto de inspeccionar un gabinete recientemente amueblado de persa²⁶, había tomado precauciones contra los efectos del vino de Champagne. Por lo demás, le compadezco si fue sensato tanto tiempo sin preparación. En cuanto a mí, me di cuenta de que uno no es reservado cuando quiere.

¿Es tan gran mal no poseer un control absoluto sobre la naturaleza? Se dice que hay gloria en dominarla; en mi opinión, hay más placer dejándola dominarnos.

Las palabras festivas ya habían animado nuestra cena; algunas coplas de canciones bastante libres habían dado nacimiento a deseos agradables: varios besos habían rozado, por consiguiente, los encantos de nuestras invitadas, que sólo se resistían lo necesario para tener la reputación de haberse defendido. No pensábamos en nadie cuando Laverdure nos anunció que alguien pensaba mucho en nosotros, y nos entregó una carta de parte de Rozette.

El presidente la abrió con prontitud, era hombre festivo, y, además de felicitarnos por el amable desorden en que suponía que debíamos de estar, nos informaba de que antes de media hora compartiría nuestras diversiones. Bebimos a su salud; yo lo hice de forma algo acentuada. El corazón se traiciona fácilmente, se le coge in fraganti en toda ocasión. Así descubrieron Argentine y Laurette que yo la prefería a ellas. Toda mujer es celosa; las muchachas de la clase de estas damiselas no lo son en la precisa y rigurosa forma habitual, pero no son insensibles a los celos; ¿por qué, teniendo atractivos, no habían de tener también por patrimonio el orgullo? Sin decirse palabra, se pusieron de acuerdo para impedir que, cuando llegara, Rozette se aprovechara de lo que ellas habían merecido, como primeras ocupantes. Este plan no estaba hecho en vano. Castigando el amor que sentía yo por Rozette, recibían dos satisfacciones: la primera, procurarse una diversión, la segunda, privar de ella a una rival; esta última razón bastaba; a veces las mujeres devuelven mal por mal, pero su malicia es muy habilidosa cuando debe ser recompensada por el placer.

Se dejaron los postres para la llegada de Rozette. He olvidado deciros, querido marqués, que había sido ella misma en persona quien había traído la carta; y que, de acuerdo con Laverdure, se había escondido en una estancia vecina, desde donde era testigo de lo que pasaba en la nuestra. ¿Cómo lo supe? Habría sido publicar el secreto de su retiro; muy diferentes de vosotros los militares, nosotros sólo hacemos levadas en los países que nos son los más queridos.

Como ciertas razones obligaban a Argentine a salir, el presidente le dio la mano; Laurette y yo nos quedamos solos.

Argentine llevaba un vestido de ceremonia de muaré amarillo limón, con un peinado que no pedía otra cosa que ser despeinado. Laurette iba acicalada con carmín y su vestimenta era de las más ligeras. La sencillez embellecía a Argentine, y Laurette sacaba mil ventajas de sus aderezos. Nada puede afear a una mujer bonita, y puede presumir de estar pasable cuando no la ha cambiado la afectación de los adornos.

El presidente tardaba algo en volver. Nosotros bromeábamos y nos reíamos de algo que probablemente no les preocupaba en ese momento. Por el carácter de los ausentes, imaginábamos que su asunto más serio consistía en ocupar su tiempo; y que, de tener alguna cuenta que rendir, no sería la de haber dejado un gran vacío que llenar.

Quienes se burlan de los demás siempre terminan siendo castigados. Se critica al

prójimo, y a menudo hacemos lo mismo que él; la moral es muy débil cuando el placer anda de por medio. «Quitaos esa palatina»²⁷, le dije a Laurette, «debe de molestaros; qué alegre es ese aderezo del vestido. Hay que admitir que la Duchap²⁸ tiene mucho gusto para estas fruslerías si tiene talento para vendérselas a precio de oro. ¡Qué encantadora sois!», continué, «el vino de Chablis os ha encendido con un fuego divino los ojos. Vuestro pecho está todo cubierto de polvo, permitidme que lo quite». Llevé despacio el dedo hasta él; hubiera querido ser entonces otro Jonatán²⁹. «Dejadme ver vuestra sortija. ¡Qué bien modelados tenéis los dedos!» Cogí su mano, la besé; cogió ella la mía, la estrechó; una mano que estrecha quiere algo, le di un beso con todo mi corazón y lo repetí varias veces en favor de una hermosa boca que siempre se ofrecía a mi paso. Mi ardor aumentaba, el fuego de Laurette se comunicaba al mío, nuestros ojos, ya clavados los unos en los otros, se preguntaban lo que sólo podían indicar; nos acercamos a un canapé que había a nuestro lado, y hacia el que el suelo encerado condujo, quizá maliciosamente, nuestros asientos. Fue entonces cuando, sin entrar en detalles, me ocupé esencialmente de mi deber. Me lancé igual que ella, nos extraviábamos juntos y lo que sé es que ambos caímos en una especie de precipicio en el que ella ayudaba a sepultarme, y en el que aún estaría si, al contrario de lo que suele ocurrir, no hubiera que ser extraordinariamente fuerte para permanecer en él mucho tiempo. Salimos de nuestra letargia y, avergonzándonos de lo que sentíamos, deseábamos sentir todavía más. Ése es el momento del pudor, y me lo toleráis, querido marqués, pues a un hombre de toga no le está permitido pensar con la misma generosidad que a un coronel de húsares. Nos reímos un instante después de haber sido tan locos; pero no nos importó demasiado haberlo sido, y con un beso mutuo acordamos perder de nuevo la razón en cuanto nos fuera posible.

Argentine volvió bien arreglada, venía en traje de combate y se echó a reír a carcajadas al ver el vestido de Laurette, que parecía haber estado en alguna juerga. La fisonomía no siempre engaña. Hizo bromas sobre sus ojos, sobre los míos, y, volviéndose hacia el canapé y examinándolo cuidadosamente, aseguró que, si yo hacía un mapa de los sitios en que había combatido, estaría marcado con carmín. «¿Por qué no hay debilidad sin que los otros se den cuenta?», decía en tono irónico. «La falta se pinta en los ojos; ved los míos, ¿no son espejo de la inocencia?» En apariencia, y por aquella vez al menos, Argentine nos había inducido a hacer un juicio temerario; o, mejor dicho, Argentine sólo se alteraba cuando había combatido de acuerdo con las reglas. «Quitaos esos aderezos superfluos», le dijo a Laurette, «quedaos en corsé, como yo he hecho; ya que vamos a pasar aquí el día, no hay que andarse con ceremonias; vuestras gracias serán más adorables si llevan menos ropa. Id arriba y disponed todo sobre la cama, pero, por favor, no despertéis al presidente que descansa en la duquesa»³⁰. Laurette siguió el consejo, y, como era bueno, se dio cuenta de que se lo habían dado de manera interesada. ¿A qué mujer le encanta que su rival resulte más brillante, y ayuda a que lo

sea? Por eso, cuando se iba, volvió maliciosamente la cabeza varias veces. Los maestros de un arte conocen todos sus secretos.

«Ahora es de mí de quien debéis ocuparos, bello consejero», dijo entonces, sin más preámbulo, Argentine. Ya había cerrado la puerta y dado un salto de carácter³¹. «Os amo, el tiempo apremia, el presidente no ha hecho más que rozar la cosa, ha iniciado el combate, vos tenéis que vencer por él. ¿No ha sido este canapé testigo de vuestro valor? Está lleno de polvo, pero no temo al polvo, es honorable cuando se ha cogido en el campo de batalla.» Y nada más decirlo me besa, le devuelvo sus besos vivamente, me arrastra adonde con toda seguridad yo iba muy gustoso. Nada como una mujer con temperamento y que se ha visto frustrada en sus expectativas. Ya no es placer, es pasión, ya no es arrebató, es furia, no creo que haya nada en el mundo más vivo que la posesión de un objeto de esta especie. En resumen, atacué una plaza que se me había rendido de antemano; combatiendo con coraje y venciendo con gloria, extendí mis conquistas en un escenario cuyas entradas se me habían facilitado. Argentine y yo salimos muy satisfechos de nuestro estado, y, si no le sorprendió mi valor, tuvo motivos para vanagloriarse con él. «Que venga ahora Rozette», decía, «le deseo mucha satisfacción, seremos amigas y os ruego, incluso, que le digáis cuánto la quiero». Considerad, querido marqués, si Argentine me había dejado recursos para darle testimonio de lo que fuera.

En esto llegó Laurette. «Este canapé es contagioso, no puede una acercarse a él sin probarlo», dijo; «veamos vuestros ojos, Argentine, y los vuestros, consejero. Ya basta: debo admitir que mi buena amiga está muy tranquila; se parece al Gran Condé³², que nunca mostraba mayor sangre fría que cuando estaba en medio de una batalla. El presidente descansa, vaciemos esta botella de Frontignan³³ durante su sueño. ¿Estáis pensativo, querido consejero? Parecéis muy respetuoso; con las damas sólo hay que demostrar respeto cuando se puede faltar a él».

Luego, la conversación recayó sobre la lectura, recurso de un hombre fatigado y de mujeres que todavía no han pensado en murmurar. Se habló mucho de la novela *Acajou*³⁴; en mi opinión, la epístola dedicada al público era lo más razonable del libro. Nuestras damiselas alabaron al autor, elogiaron su facilidad de palabra y su ingenio en toda clase de asuntos; Argentine, amiga suya, nos aseguró, en uno de sus arrebatos de afecto por él, que tenía suficiente influencia para hacerle ingresar en la Academia francesa³⁵.

La conversación pronto se agota cuando gira sobre el mérito de un autor. Hablamos de moda, de encajes, de telas, y poco a poco habíamos empezado a poner a Rozette sobre el tapete cuando ella misma entró sorprendiéndonos agradablemente con su presencia. Me levanté para ir a su encuentro; ella me detuvo, y, tras un alegre saludo, dio la vuelta a la mesa y nos dio a todos un beso en la frente con cierto rumor de los labios que suele ser el eco del placer.

Nos descubrió todo el misterio haciéndonos saber que estaba hacía rato en la habitación contigua; nos repitió nuestras palabras y describió nuestras aventuras, contó

incluso los minutos que yo había estado ocupado con Argentine; y, como experta, me aseguró que yo había tardado demasiado tiempo para poco, y demasiado poco para mucho; hicieron a Argentine juez del caso, una sola palabra suya hizo mi elogio.

Rozette iba sin miriñaque³⁶, con la ropa interior más bella del mundo, un calzado fino y una pierna de la que sabe sacar gran partido. «¿Está durmiendo el presidente?», preguntó. «Quedémonos sin dormir. Los postres estaban reservados para mi llegada; cumplamos su destino, tratemos de que no quede nada y de que, por primera vez, al presidente sólo le queden las conchas de las ostras³⁷.» Seguimos su opinión. Pasamos una hora bromeando, cantando, haciendo saltar los corchos y rompiendo vasos y algunas porcelanas. Es lo que gusta a las damas de condición³⁸; cuando los oficiales se marchan al ejército, ellas hacen de petimetras y se divierten en bulliciosas cenas; les parece de un ingenio infinito romper un espejo o una mesa, o tirar las sillas por la ventana; ¿no tienen derecho las mujeres del mundo³⁹ a copiar en juergas de ese tipo a las jóvenes marquesas, si éstas les copian en sus intrigas? Saqué del bolsillo mi flauta; Laurette se apoderó de ella y, como la toca pasablemente, preludió con trinos y nos ofreció melodías bastante emotivas. Rozette cogió el instrumento y, sosteniendo que la forma de sacar de él sonidos era indecente, criticó los lametazos y afirmó que el sexo femenino nunca debía tocar una flauta estando en una reunión. ¿Dónde iba a quedar la moral? En el fondo, es acertado decir que hay cosas que una mujer nunca debe hacer público que sabe utilizar.

Tras sus reflexiones sobre mi flauta, Rozette habló de su situación. Después de algunas juergas, lo habitual es que, cuando por así decir se ha agotado el placer, la conversación gire sobre los problemas de la vida, o sobre las obligaciones de la naturaleza y sus desgracias. ¡Qué destino para la filosofía ser hija en cierto modo del libertinaje! Rozette hizo una comparación entre sus iguales y los abates que no dejaba de tener su parecido.

«Los unos», decía, «se inician en el mundo con aire de modestia y pudor; las otras, con una afectación de mojigatería. Nosotras miramos a los hombres a escondidas, los abates devoran a las mujeres bajo sus grandes sombreros. Los hombres vienen a buscarnos; las mujeres se deslizan hacia nuestros amos. Nosotras arruinamos a nuestros amantes, ellos hacen fortuna por medio de sus queridas. Nosotras vivimos en la opulencia mientras somos jóvenes, ellos sólo cuando envejecen viven acomodados. Nosotras somos prudentes y algunas veces santas al final de nuestros días, los abates, por el contrario, son más libertinos en el declive de los suyos. La necesidad decide nuestra vocación, la suya casi siempre la decide el interés; damos al mundo lo mejor que tenemos; y la Iglesia suele rechazar la naturaleza. Somos, en nuestro estado, dos seres indefinibles que no sirven para nada y se encuentran en todas partes, que no son necesarios y de los que no se puede prescindir». Nos contó luego en detalle algunas aventuras que había tenido con muy graves eclesiásticos, y que nos divertieron mucho. Las paso en silencio, querido marqués, porque tengo un hermano canónigo y otro que es abate comendatario⁴⁰, y no quiero que se diga que he revelado el secreto de la Iglesia.

El presidente se despertó, bajó y vio sorprendido a Rozette. Voló hacia ella, la abrazó,

y se puso enfrente para contemplarla a gusto.

El descanso lo había refrescado; un vaso de licor le devolvió su humor, la compañía le prestó audacia; y, sintiéndose fuerte, desafió a mi debilidad. Confieso que me sentí humillado, Argentine y Laurette triunfaban interiormente. Mis ojos se volvieron hacia Rozette pidiéndole perdón por lo que me pasaba o, mejor dicho, por lo que no me pasaba; pareció conmovida, cualquier desgracia que ocurriera en su presencia la volvía casi partícipe en el dolor.

Se burlaron de mí, me pusieron en ridículo. El presidente gozaba con mi turbación; y, orgulloso de un instante de valor, orgulloso en la prosperidad, me felicitaba irónicamente por mis hazañas del canapé.

Rozette se sintió provocada en mi persona y comprendió que las dos comensales desafiaban sus encantos. Le habría gustado dar un golpe decisivo, pero, después de lo que de mí había visto, tenía miedo por su honor; ¡divertida circunstancia aquella en que uno lo pierde guardándolo! No sabía si, nueva Aurora⁴¹ por los atractivos, tendría el poder de la diosa en favor de un nuevo Títono⁴² al que ella no había reducido a tal estado de debilidad.

Me sonrió para intentar la empresa, le respondí con otra sonrisa, examinó mis ojos y sorprendió en mi mirada el presagio de su gloria venidera. Brindó por la diosa de la Juventud, pronunció algunas palabras misteriosas y, tras tres movimientos mágicos, mostró su triunfo. Le hicieron grandes elogios y se convino que, pese a los celos, la flor que ella había hecho brotar le pertenecía, y que debía hacer con ella un ramillete para ponerlo a su lado.

Se levantó la mesa. Tras algunas vueltas por el jardín jugamos un *médiateur*⁴³. El presidente ganó mucho, jugaba con una suerte sin igual. Rozette estaba indignada; no es en las cartas donde se muestra gran jugadora, nos repitió a menudo que estaba en pecado mortal porque no veía un as negro. Sin embargo, hacía trampas con el talento que había recibido. Argentine, a la que yo aconsejaba, la imitaba lo mejor que podía. El presidente se daba cuenta y se reía para sus adentros; como vos y yo, sabe que toda mujer hace trampas y que, incluso cuando quieren ser fieles, el hábito suple a su intención. La cena fue exquisita. Nuestro cocinero se superó, y el presidente presumió de ello. En efecto, es lo que se llama un hombre esencial: ¿no es más estimable que un ingenio matemático que se planta regularmente en vuestra mesa? Éste os come, y el otro os hace comer.

Rozette y Argentine se encargaron de entretener la cena con una infinidad de canciones a cual más bonita, que recitaban a porfía. Laurette escanciaba la bebida y hacía circular la alegría con la espuma que formaba en los vasos.

Hay límites para todo, incluso para la locura. El presidente se puso melancólico, Laurette le hizo salir para distraerle y se lo llevó al jardín. Una guía como aquella era muy adecuada para extraviarle. Aparentemente se perdieron y cayeron en la maleza, porque nos fijamos que el rocío había estropeado el vestido de Laurette, que no creo que hubiera salido para contemplar las estrellas.

No conseguí convencer a Rozette de que viniese conmigo, ella sabía que yo le debía mi rejuvenecimiento y no quería que le devolviese su buena obra. ¡Cuánto sufre un corazón generoso cuando le prohíben los medios de testimoniar su gratitud!

Acabada la cena, montamos en carroza. El presidente ya se había recuperado de sus vapores. Estaba contento y dijo cosas muy divertidas. Su libertinaje suele ser muy ingenioso.

Apenas nos habíamos sentado cuando llegan diez personas, y un gran tumulto con ellas. Llamaban al presidente por su nombre y le pedían de lejos su protección. Asomo la cabeza por la portezuela; el presidente también mira.

—¡Ah, monseñor —gritó un viejo con voz cascada—, aquí tenéis a mi mujer! (era una gorda fea toda llena de granos, por lo que pude ver a la luz de dos linternas), nos encomendamos a vuestra buena justicia. Nuestro proceso se juzga mañana, se trata de....

Iba el viejo litigante a detallarnos su caso mientras los vecinos que lo acompañaban gritaban todos a una, cuando el presidente les dijo furioso:

—¿Quién diablos os ha dado la idea de venir aquí?

—Perdón, monseñor —gritó la tropa—, os hemos reconocido cuando estabais en el jardín, y nos hemos subido al granero para tener el honor de veros. Aquí tenéis un memorial hecho a toda prisa, monseñor —continuaba el Néstor⁴⁴ de aquella aldea—, confío en vuestra bondad.

—Dadme, dadme —replicó el presidente—, adiós, y ¡látigo, cochero!

—¡Que el Señor os tenga en salud —exclamó la importuna banda— y os dé larga vida!

Según su costumbre, el eco del vecindario repitió hasta hacer reír, durante un cuarto de hora, las últimas sílabas del deseo.

—¡Que el diablo os lleve! —añadía el presidente—. ¡Vaya una hora para oír causas!

Los pleitos vienen a descubrirnos en unos sitios donde me molestaría muchísimo que la Justicia me hallase alguna vez.

Argentine se encontró sentada en mis rodillas. Rozette me había devuelto mis antiguos derechos, y yo me encontraba a gusto en la posición presente; estaba a mi lado y vigilaba de cerca mi conversación. Argentine es malvada, a pesar de las muestras de amistad que daba a Rozette, y no quedó contenta hasta no haber arrebatado, incluso perdiendo, a su adversario lo que le pertenecía según el derecho feudal. La oscuridad me ocultó lo que ocurría entre Laurette y mi amigo, por lo que seré tan discreto como su sombra. Nos apeamos junto con nuestras damiselas, que esa noche se acostaban en la misma casa, las vimos meterse en la cama, y, tras algunos juegos de manos muy superficiales, les deseamos un buenas noches verbal y nos retiramos a nuestras casas. Al besar a Rozette, le hice prometer que me acogería bien al día siguiente.

No vi al presidente durante cuatro días. Lo que me ocurrió durante ese intervalo tiene interés; sin ser novelesco, posee la singularidad de las aventuras de ese género.

Cada vez que pienso en Rozette no puedo comprender cómo se puede amar por gusto a una mujer que, por su condición, está obligada a entregarse al primero que intenta su

conquista⁴⁵. Por la misma razón tampoco comprendo cómo una mujer honrada puede enamorarse de un joven que, desde luego, no busca otra cosa que volar de conquista en conquista, y que incluso rara vez se enamora de la que más mérito tiene. El corazón del hombre es muy ciego, sabe que lo es, y que necesita un guía, pero va en busca del amor, que es tan ciego como él, y ambos se precipitan en el abismo.

Cuando volví a casa me sentía cansado. Me acosté y soñé con Rozette toda la noche. Mi primera ocupación al despertar fue enviar en busca de noticias sobre su salud, e hice mal; la orden que di a un criado al que no conocía a fondo costó la libertad durante un tiempo a mi nueva amiga y a punto estuvo de costarme a mí mismo algún disgusto. Recibí como respuesta que se encontraba en perfecto estado; y, al no imaginar ella que yo fuese tan imprudente como para utilizar un lacayo del que no estuviera seguro, mandó decir que me esperaba con impaciencia, pero a condición de que fuera tan moderado como si saliese a pasear en carroza con Mlle. Argentine. Lafleur me repitió palabra por palabra lo que le había dicho Rozette, aprovechó aquello de lo que se había enterado, y mientras yo me dedicaba a mis asuntos con su ama, él avanzaba en los suyos con la criada, siendo causa de muchos disgustos; en la continuación veréis la mala pasada que me jugó, y cómo, pillado en flagrante delito, fue conducido a una cárcel donde quiero que siga todavía después de más dos años cumplidos. Vuestros criados son siempre vuestros espías, hay que serlo de ellos algunas veces.

Encantado con la respuesta de Rozette, monté en mi carroza y me hice llevar al Luxembourg⁴⁶, despedí a mis criados, y un momento después me encerré en una silla de posta y llegué donde me esperaban. Rozette estaba a la ventana; en cuanto me vio, vino a mi encuentro. Cuando uno está enamorado es sensible a cualquier nadería, una deferencia de parte de una mujer bonita es algo divino para un joven.

Rozette se había puesto una bata y llevaba un *désespoir*⁴⁷ color fuego, un corsé de raso blanco debajo de un vestido bordado de indiana que oprimía un poco su pecho; la falta de un alfiler dejaba vislumbrar todos sus encantos. Me arrojé a su cuello, la besé con arrebató. Descansamos un momento, aunque yo no podía cansarme de darle muestras de mi amor. Sus manos, su boca, su pecho, todo tuvo un cumplido y mil besos. Su satisfacción colmó la mía.

—¿Cenamos? —le digo.

—Claro —me contesta, y manda llamar a su cocinera, a quien recomendó limpieza y prontitud.

Entre tanto, senté a mi buena amiga en mis rodillas. Si mis ardientes manos mostraban audacia, ella reprimía enseguida su ardor.

—Es inútil, mi querido amigo —me decía—, sed sensato; ¡vaya con mis jóvenes amigos!, su fuego parte como un disparo de pistola y se evapora como humo. Sed más moderado, corazón, dentro de poco tendréis necesidad de ese arrebató.

Su voz me convencía; permanecía tranquilo, ella me daba un beso para recompensar mi obediencia, y ese beso me hacía olvidarme de la hora. La situación en que nos

encontrábamos era singular. Os acordaréis, marqués, de la época en que trabajábamos en la sala de armas de Dumouchel⁴⁸. Suponed que Rozette es el maestro y yo el alumno.

Siempre con las armas en posición, yo me presentaba con gracia; yo avanzaba, ella jugueteaba con mis impulsos; a veces se dejaba rozar el seno, o el brazo, o el costado; tercera, cuarta, segunda, ella estaba en todo y se reía saliendo al paso de todas las fintas que veía en mis ojos. Unas veces rompía el ritmo y acudía rápidamente a la parada; más de una vez corrió a desarmarme. Nunca pude tocarla en el punto en que había fijado mi triunfo. Salí muy agotado de aquel asalto en el que, al final, yo había perdido mucho sin que ella lo aprovechara. Esto se llama combate en blanco, sólo los niños, o los cobardes, pueden divertirse con él.

Nos sentamos a la mesa. Me enfadé con ella y veinte veces estuve a punto de retirarme. Atribuía a desprecio de su parte su escasa complacencia. La odiaba; la detestaba; ella me miraba, y yo volvía a estar apasionadamente enamorado.

No permanecí mucho tiempo a la mesa, tenía mi plan, el viajero con ganas de llegar no se entretiene mirando los prados que encuentra a su paso.

Rozette conocía el mapa de mi viaje, me había visto poner el dedo en el lugar al que yo pretendía llegar, y había decidido procurarme alguna distracción por el camino. Sin avisarme, había hecho venir a una de sus mejores amigas, que, en encuentros como aquél, solía servirle de segunda. Es la primera vez que una mujer elige a otra para brindarle la galantería de una aventura que le pertenecía.

Volvimos al gabinete, Rozette iba delante. Mientras estábamos en las explicaciones, un espejo que repetía nuestras posturas me la volvía más querida al duplicar la perspectiva. Uno de sus brazos estaba detrás de mi cabeza, la suya se inclinaba sobre mi pecho, su otra mano se había apoderado de lo que temía, las mías, errantes, se entretenían en funciones que no se describen. Sus piernas jugueteaban junto a un enemigo que sólo lo era para ella. ¿Habéis visto, marqués, un cuadro de Coypel⁴⁹, en el que una ninfa echada sobre un lecho de flores al lado de Júpiter se entretiene manipulando su rayo? Pues nosotros éramos una copia de esa obra maestra. Yo estaba en una posición tan agradable que no me atrevía a moverme, y era tan voluptuosa que me hacía sentir que había otra que lo era más. La pedí, se me negó, quise conquistarla, se me disputó la victoria; y estaba a punto de triunfar cuando entró Mlle. de Noirville. «¿No podéis ser sensato?», me dijo entonces Rozette, elevando la voz y fingiendo que había sido sorprendida, «¿no sabéis que me enfadaré?». Yo me había levantado por cortesía, ella escapó entonces y, cerrando la puerta con llave, me dejó con la recién venida en una semidesnudez que anunciaba lo que había intentado hacer. Mlle. de Noirville me pidió por favor que no me turbase, pero sobre todo que no le guardara rencor por su llegada, que parecía no haberme alegrado. Pero lo hizo, y mucho, aunque nunca suele ocurrir con personas a las que no se conoce. Me dejaba emocionar por la dulzura de su voz, la miré de frente, y mis ojos cayeron sobre una de las mujeres morenas más bonitas de París. El desorden en que me hallaba proporcionó por sí sólo el tema de conversación; lo aproveché, y,

dándole la vuelta en mi favor como mujer ingeniosa, me felicitó por lo que sin duda yo había hecho con Rozette. Sus palabras sinceras y ambiguas, graciosas e irónicas, me pusieron en el aprieto de tener que explicarme; pero como ella seguía hablando, me vi obligado por cortesía a responderle. No somos audaces cuando tenemos algo en la conciencia. No me hallaba en un estado presentable, y mis respuestas se resintieron de mi debilidad. Yo mismo me di cuenta. Hay momentos críticos en que los mayores guerreros pierden su aplomo. Nuestra conversación recayó insensiblemente sobre lo que acababa de ocurrirme, mis ojos cayeron sobre los encantos de la nueva ninfa, y sus miradas sobre un lugar que entonces mostraba un respeto extremado. De una cosa en otra me confesó que no reconocía a Rozette en aquella conducta, y no concebía su idea de apenar a un hombre encantador, cuya sola figura era capaz de desarmar a la más cruel, y que desde luego estaba hecho para llevar a la práctica lo que su buena cara presagiaba. La muchacha estaba bien enseñada, dirigía con arte sus palabras a la inteligencia, y sus encantos se hacían dueños de mi corazón. Los elogios que me hacía estaban destinados a un tema del que todo el mundo está encantado de prevalerse. Detallando el carácter de su amiga, le hacía amistosamente una crítica que se acercaba a la sátira. Llegó a confesarme que frente a mí y en aquella situación, aunque su debilidad no se doblegaba, la esperanza cierta del placer determinaría su obediencia, pues la gloria de ser inexorable no puede compararse con la alegría interior que se disfruta en no serlo. Embelleció esta moral como joven que la esperaba del fruto. Mientras, se había acercado a mí y, mirando mi indumentaria, dijo: «Cerrad, señor, lo que entreveo ahí abajo⁵⁰, me exponéis una tentación y a una tentación». Y queriendo alejar por sí misma aquella tentación, provocó en mí hacia ella una de las mejor preparadas. Poco a poco, Mlle. de Noirville me sacó de quicio. Me enciendo fácilmente: la menor chispa abrasa una materia combustible y el incendio consume indistintamente todo lo que encuentra a su paso. En resumen, Mlle. de Noirville ocupó el lugar de Rozette, casi la suplió para mí en unos abrazos que estrechaba la pasión, no pensé más que en el sacrificio y poco en la divinidad; sentí que, sea cual fuere el dios del universo al que dirigimos nuestros votos, siempre hay una satisfacción sensible cuando ponemos presentes sobre un altar.

Volvió entonces Rozette, y Mlle. de Noirville, a la que después he conocido, y que había ido allí como una máquina, se marchó del mismo modo. ¡Qué cara tan divertida puse yo entonces en presencia de Rozette! Ella sabía lo que había ocurrido, y había calculado aquel eclipse de antemano. Ella estaba en un rincón de la sala, y yo en el otro. No nos atrevíamos a acercarnos. ¿Qué había sido de aquellos momentos en que de buena gana nos habríamos fundido uno en otro? Me hizo mil reproches; pero con ese aire severo y gracioso y con ese tono insinuante que os describe vuestra falta sin nombrároslo; me inducía a pensar, y me prestaba un marco vacío donde yo mismo podía colocar mis sólidas reflexiones. Me hizo observar que las mujeres eran unas locas si contaban con el corazón de los hombres, cuya única meta nunca es otra que satisfacer sus pasiones. ¿Quién no habría gozado de esa moral en su boca? Pero la forma en que la

decía excitaba en mí, hacia ella, las mismas pasiones contra las que declamaba con tantas gracias.

De la moral al placer no hay con frecuencia más que un paso. En medio de los consejos que tan liberalmente Rozette me prodigaba, le pregunté si podía volver a cenar con ella esa noche, y para decidir su consentimiento le regalé una lanzadera guarnecida de oro. Le gusta hacer nudos⁵¹, por eso aceptó mi regalo y me confesó que, a pesar de mis infidelidades, seguía queriéndome: una joya regalada a tiempo enternece mucho un alma; si los dioses se ganan con ofrendas, ¿por qué unos simples mortales habrían de ser insensibles al regalo?

La dejé con pena. Cuando volví a casa, encontré en ella a mi padre, al que hice un detallado relato de lo que había visto la víspera en la Ópera y por la noche en las Tullerías⁵². En un momento supo la historia circunstanciada de mil aventuras que, por supuesto, no habían ocurrido. En ocasiones semejantes hay tantas más cosas que contar cuantas menos se han visto. Le dije que me habían invitado a cenar, y que era indispensable que fuese. Le cité una casa que él no conocía y yo tampoco. Mi padre es bueno, poco desconfiado, se fía de mí y me ama extraordinariamente por ser el último fruto de su amor con mi madre, a quien mi nacimiento costó la vida. Me hice llevar al Marais, despedí mi carruaje y ordené al cochero que estuviera junto al palacete de Soubise a la una de la mañana a más tardar. Yo esperaba, en efecto, ir allí. No hay que contar nunca con el futuro. Cuando mis criados se fueron, monté en un fiacre⁵³. No sé por qué el muy granuja, que, sin embargo, estaba en la plaza, no quería ir donde yo le decía: me vi obligado a llegar a extremos violentos. Por fin me sirvió. Estaba marcado con el número 71 y la letra X.

Como luego veréis, querido marqués, ese número va a jugar un gran papel, no os sorprenda, por tanto, que lo recuerde tan bien.

Al pasar delante de un café, ese número impar hizo perder una buena suma a individuos que jugaban a par o impar sobre el número del primer fiacre que pasara. Antes de que pudiera verse el número del fiacre, se dedicaron a mirar quién iba dentro. Perdedores y ganadores se quedaron en su memoria con el número y la letra, y tampoco olvidaron a quien iba en el carruaje. Los acontecimientos de la vida, querido marqués, dependen así de una circunstancia en la que uno no ha pensado, y que ni el más agudo puede prever.

Llegué a casa de Rozette, que empezaba a impacientarse por mi retraso. Me recibió con vehemencia, y, sea porque me hubiera cogido afecto, o porque le hubiera agradado mi liberalidad, se había preparado para un generoso agradecimiento. Me obligó a ponerme la bata que yo había mandado llevar a su casa, y quiso que me sintiera a mis anchas ya que estábamos en el país de la libertad. Llevaba un tocado de noche, y su aderezo de encaje, al presionar un poco sus mejillas, terminaba dándole bellos colores. Un pañuelo político cubría su pecho, pero estaba colocado de forma que pedía que no lo dejaran en su sitio. Sólo llevaba puesto un corsé de tafetán blanco y una falda de la

misma tela y color parecido, y su vestido, también de tafetán azul, flotaba con el soplo del céfiro.

Aún no estaba preparada la cena. Entramos en su cuarto. Las cortinas de la cama estaban echadas y las velas dispuestas en el tocador de modo que la luz no se reflejase en toda la habitación. Pasamos hacia el lado oscuro. Me dejé caer en un sillón, y, mientras la tenía en mis brazos, le decía las palabras más tiernas. Me respondía con besitos y caricias delicadas; así pintan a las palomas de Venus.

—¿Quieres entonces —dijo, tras unos instantes de recogimiento— que te dé placer? ¡Pequeño libertino!

—¿No vais a hacer venir a Mlle. de Noirville? —le repliqué.

—No, no —añadió ella—; ya no es el momento; tuve mis razones para hacerlo; otras circunstancias exigen otros cuidados.

Y discurriendo así, y siempre jugueteando, ganamos la cama, adonde la empujé delicadamente estrechándola en mis brazos. «Acercad esas dos sillas», dijo ella, «ya que os empeñáis de tal manera». Obedezco. Puso sus dos piernas encima, una a un lado, otra al otro, y sin renegar de la decencia, salvo por la situación, me excitó con mil figuras.

Mis ardientes manos estaban ya a punto de apartar el velo que... «Más despacio, guapo consejero», dijo ella; «dadme las manos. Yo misma las colocaré». La puso sobre dos manzanas de alabastro, con prohibición de apartarlas de allí sin permiso. Ella misma quiso arreglar el ramo que yo destinaba a su seno. Me animó entonces con una señal que os figuráis; yo creía que ella obraba de buena fe. Por lo tanto, me esforzaba de forma muy sincera para alcanzar mis fines; ella fingía ayudarme; en mí había simplicidad, y malicia en toda su conducta.

Agotado, la llamaba cruel, bárbara. Nuevo Tántalo⁵⁴, el fruto y la onda huían cuando yo me acercaba.

«¿Cruel? ¿Bárbara?», proseguía ella. «Ahora mismo seréis castigado.» Entonces se apoderó del ramo que yo le destinaba. «Ya que se me insulta», continuaba, «a prisión ahora mismo». Y en efecto, a ella lo condujo, pero no sé si fue de pena, o por algún otro motivo, el prisionero, nada más entrar, se puso a llorar entre los dos portillos.

Oímos que habían servido la mesa y nos trasladamos sin decir palabra donde la voluptuosidad nos esperaba con sus preparativos. La conversación fue bastante vaga y sensata. Cuando en una conversación dos personas como nosotros hablan de cosas indiferentes, es prueba de que han pasado otras que no lo eran.

Acabada la cena, no me pareció oportuno volver, y sin preocuparme de mi carruaje que me esperaba, ni de mi padre ni de nadie, pedí a Rozette un retiro para aquella noche; me lo concedió haciéndome jurar que me portaría bien. ¿No sabía ella que un joven no puede contraer pactos con una mujer bonita con la que debe pasar la noche?

Entre tanto, Rozette se había vuelto extraordinariamente alegre y hacía mil locuras en su cuarto. Unas veces se subía sobre la cómoda y quería que yo la llevase a hombros, otras saltaba de una silla a otra e imitaba los volatines de los bailarines de cuerda. Otras,

levantándose la falda hasta las rodillas, cruzaba las piernas y me rogaba que las contemplase: estaban hechas realmente para causar arrobos. Descubría de lejos su pecho, luego se lo cubría y, haciendo el elogio de lo que estaba escondido, me prometía sacarle provecho alguna vez. Después cogía su gato, y le decía las palabras más agradables y singulares. Luego iba en busca de licores, me ofrecía, bebía, no bebía, me cogía en sus brazos como a un niño y me cubría de caricias. En una palabra, hizo mil locuras que las Gracias no desaprobaban. La cama, ya preparada, nos invitó a descansar. Retirada la luz y echadas las cortinas, ¿creéis, querido marqués, que me entregué al sueño? Petronio⁵⁵ describe una noche que pasó deliciosamente; la mía estuvo muy por encima. Aunque sólo sea porque un hombre honesto no osa presumir de la una, y porque hay que ser muy hombre para haber disfrutado tanto placer como el que yo tuve durante la otra. Cuanto el arte puede inventar fue puesto en práctica; teníamos la naturaleza a nuestras órdenes. El menor obstáculo habría perjudicado nuestra vehemencia, nos quitamos todo excepto una hoja de rosa.

Entramos en conversación. A pesar de sus promesas, ¿no seguía intentando Rozette eludir mis tentativas? Yo iba derecho a mi meta, y ella quería llevarme hacia ella mediante rodeos.

Me daba perfecta cuenta de que estaba fuera de sí, pero no perdía, sin embargo, la cabeza: después de haber agotado seis veces mi ardor, ella sólo había sentido superficialmente el elixir. Sin haber gozado exactamente, disfruté del placer de la posesión. No podía gloriarme de haber obtenido lo que deseaba, y no podía estar molesto por no haberlo conseguido: el arte de Rozette había creado su ilusión; es una verdadera maga en amor.

Llegó el día y Morfeo me procuró reposo. Al despertarme, encontré la mesa puesta; comí con gran apetito. Las fatigas de la noche me habían agotado. A menudo se cansa uno más con un paseo que con un largo viaje.

Después de comer continuaron los retozos. Los amantes no se aburren jamás, el tiempo huye, y sus placeres renacen.

Mientras tanto, reinaba la inquietud en casa de mi padre. Un caso ocurrido a un joven de buena familia en una casa de juego hacía temer algo parecido conmigo. Mi ausencia era más singular porque aún no había dado yo ocasión alguna al reproche que en este caso podía hacerse. Un padre cariñoso teme todo por un hijo que nunca le ha dado ocasión alguna de temer. A un amigo noticiero de profesión, y que contaba por lo general todas las anécdotas de París, se le encargó averiguar si se había oído hablar de mí. Llevó a cabo el encargo. Se le dijo, en el café delante del cual yo había pasado, que en el número 71, que corría al galope, habían visto a un joven, y que, por la velocidad que llevaba, seguro que al final de la carrera había alguna buena juerga. Aunque no pudieron hacerle el retrato del que iba en el fiacre, ese amigo, sospechando que debía tratarse de mí, se lo cuenta a mi padre, que queda convencido.

Sin pérdida de tiempo, mi padre y mi amigo montan en carroza, van de plaza en plaza

preguntando por el número 71 sin encontrarlo por ninguna parte; había ido a SaintCloud, de donde no había de volver hasta la noche. A un aprieto siempre le sigue otro, y los inconvenientes forman una cadena. El recurso de mi padre fue esperar a que el fiacre estuviera de vuelta en su casa, en la oficina le habían indicado sus señas.

Lafleur, a quien por la mañana habían encargado dar con mi paradero, sospechaba el lugar de mi retiro y no se preocupaba demasiado sabiendo que estaba en casa de alguna amiga. Había recibido un luis por los gastos de la búsqueda, lo empleó en divertirse en lugar de venir a avisarme de lo que ocurría y ahorrar así, tanto a mi padre como a mí, el dolor de lo que luego ocurrió. Vino, sin embargo, a casa de Rozette: su criada le había gustado. Le pregunté cómo había sabido dónde estaba, por qué venía, y si mi padre no estaba inquieto por mi ausencia. Respondió a todo con mucha precisión, me aseguró que había hecho mis encargos del mejor modo posible, había dicho que yo había vuelto a casa a las cuatro, y que por la mañana, a eso de las diez, la señora condesa de Mornas había enviado un criado para rogarme que pasara por su tocador, y que probablemente, según lo que el ayuda de cámara le había dicho, yo pasaría el día en su casa y asistiría a una cena de gala en Auteuil; que mi padre había comido en casa del primer presidente donde debía asistir a un consejo sobre un asunto que le había llegado de improviso de parte de la Corte. Satisfecho con lo que me decía, le consideré un criado impagable; recibió un luis por sus desvelos y orden de esperarme a las cinco de la mañana en la puerta del jardín, donde le prometí que estaría. El muy malvado me dio las gracias, e incluso algunos consejos, y se fue acto seguido en busca de mi padre. Lo cierto es que Lafleur no me había dicho una sola verdad, que mi padre se encontraba en una impaciencia cruel, y que, como habéis visto, me buscaba.

He conocido un gran número de criados granujas y bribones, adornados con todas las cualidades de su condición, pero no creía que ninguno fuera tan malvado así, sin intriga ni provecho. Era de la baja Normandía, y no me sorprendió su conducta. Cuando llegó a casa de mi padre, le dijo que no sabía exactamente el lugar de mi retiro, pero que le habían asegurado que me encontraba con una joven llamada Rozette de la que me había apasionado y que me arruinaba, y que iba a raptarla para casarme con ella en el extranjero. Para confirmar sus palabras hizo una descripción de Rozette, que entregó a mi padre. Mi padre fue a ver de inmediato al señor teniente de policía, a quien dio parte de lo que acababa de saber. Montó en cólera contra mí, y le pidió una orden para mandar arrestarme donde me encontrase, así como a la joven que me importunaba. Este padre que tanto me ama, fuera de sí entonces, sólo respiraba castigo y venganza.

Su irritación sorprendió al magistrado, le costaba imaginar que un hombre de avanzada edad y grave de carácter perdiera de aquel modo los estribos. Le hizo ver que aquel asunto terminaría en escándalo y que ese escándalo era el peor daño. Que se trataba de acallar una aventura que, de escasa importancia en el fondo, quizá fuera convertida en otra cosa por la calumnia. En fin, que en su opinión debía hacerse lo que fuera necesario para dar conmigo, y que ya se pensaría en la forma de impedir que la damisela en

cuestión volviera a verme. Este consejo era muy sensato, y el magistrado que lo daba muy esclarecido: sólo se ocupa de su deber y de prestar servicios a sus conciudadanos, entre los que él es uno de los mejores⁵⁶.

No sacó provecho mi padre de sus observaciones. El señor teniente de policía le concedió lo que pedía, es decir, una orden para arrestar a Rozette, y ayuda en caso de resistencia por mi parte; le acompañó un exento, que montó en la carroza con él. Mi padre tuvo muchos motivos para arrepentirse de su diligencia; un hombre prudente no puede asegurar que nunca perderá la cabeza.

Habían dado las doce de la noche y el fiacre no había vuelto. Imaginad el aprieto en que se encontraba mi padre. Entre tanto, mi criado, sin que yo fuera informado, vino a buscar a la doncella de Rozette y le hizo compañía toda la noche; ¡no perdía su tiempo el muy granuja!

Antes de la cena Rozette se había puesto algo triste; sin poder explicar el motivo, sentía que algo la apenaba. Tenemos en el corazón el presentimiento del infortunio. No es que yo sea supersticioso, pero creo que hay algo alrededor que nos advierte del futuro. ¿No descubren los que tienen los ojos penetrantes la nube que precede al trueno? Hice cuanto pude para distraer a Rozette y lo conseguí. Sus ojos se reanimaron poco a poco, la alegría volvió a su imaginación y a su corazón el placer. Empezamos con esos juegucitos retozones que sólo rozan la superficie de la voluptuosidad, que os hacen sentir mil impulsos deliciosos, y que uno por uno os advierten de que no es ése el lugar en que fijarse. Este mundo no es más que una peregrinación, hay que hacer durar las provisiones hasta el final de la carrera.

Nos habíamos prometido que nos reservaríamos para la noche, pero sin darnos cuenta pedimos algún adelanto al futuro. Fue entonces cuando ella no me negó nada. Me guió de placer en placer y sembró de flores las avenidas del palacio, donde en esta ocasión fui recibido con todos los honores.

¡Ah!, querido marqués, ¡en qué abismo de voluptuosidad no se anegó mi alma! No sentía nada por sentir demasiado; me moría y renacía para morir otra vez, y Rozette, llena de ternura, acercaba su bella boca para recoger mis últimos suspiros. Cuanto más había esperado, más saboreaba la recompensa de mi espera. El amor aplaudía nuestra unión y se honraba de que entonces no fuéramos sino una sola alma.

La cena que tomamos repuso un poco las fuerzas que habíamos perdido. No abusamos del vino de Champagne, y, para no privar de nada a la sensualidad, lo suplimos con vasitos de licor apropiados para mantenernos firmes contra la tentación del reposo.

Pasamos algún tiempo en la ventana, y allí permanecimos, en actitudes de preparación a una noche divertida.

Fingiendo deseo o necesidad de sueño, Rozette se llegó a su tocador y de allí se retiró a su alcoba. Víctima del amor, se había adornado con pequeñas cintas y había tenido cuidado de purificarse en agua perfumada.

Sobre un altar sencillo por su construcción y hecho de madera de mirto se elevaban

varios cojines enormes de seda y algodón; un velo de fino lino cubría la superficie del altar y una alfombra de tafetán de color rosa calado con lazos de amor⁵⁷, y enrollada en uno de sus extremos, esperaba a que quisieran emplearla para cubrir alguna ceremonia. Con una vela en la mano me acerqué a ese respetable lugar. La propia Rozette se había colocado sobre el altar, y sus manos estaban unidas sobre su cabeza, sin presionarla. Tenía los ojos cerrados y la boca algo abierta como para pedir alguna ofrenda. Un rubor natural y lozano cubría sus mejillas, el céfiro había acariciado todo su exterior; una muselina transparente cubría la mitad de su pecho, y la otra mitad se mostraba con descuido a las miradas; por un lado, estaba permitido el examen y, por el otro, bajo la apariencia de estar prohibido, se volvía más excitante. Sus brazos se mostraban en toda su carnosidad y su blancura. Sus piernas cruzadas ocultaban lo que yo habría querido contemplar, pero proporcionaban a la imaginación un bello prado donde extraviarse. Rozette dormía en disposición de despertarse fácilmente y en una postura voluptuosa y de voluptuosa. Me detuve para contemplar mi dicha. Avancé con respetuosa ternura y, guardando un silencio sagrado, deposité mi ofrenda en el altar. ¡Dios! ¡Cómo animaba la víctima al sacrificador!

El cochero del fiacre número 71 había llegado por fin. No le dieron ni tiempo para llevar los caballos a la cuadra: se apoderan de él, lo meten en una habitación, lo interrogan, le hacen una pregunta tras otra. Él no contestaba nada porque estaba asustado y porque, como en ese momento se encontraba en el ejercicio de su profesión, estaba razonablemente borracho. Mi padre mandó traer café, le hizo tomar varias tazas, y por fin le sonsacó que la víspera había llevado a un señor de negro al barrio de Saint-Germain. Mi padre le obligó a subir a su carroza con el exento y el comisario del barrio, y ordenó que le siguiera a una patrulla de vigilancia a caballo⁵⁸. Las órdenes del magistrado de policía eran obedecer puntualmente a mi padre, pues el cargo de presidente que ostenta le daba cierta autoridad. Todos juntos llegan cerca de la academia de M. de Vaneuil⁵⁹, donde el cochero había dicho; pero no consiguió reconocer la casa; después de haber buscado y examinado, se hizo llevar hacia las Petites-Maisons⁶⁰, pero no tuvo más suerte; y sólo tras un buen número de carreras parecidas confesó que ya no se acordaba de la calle, que, sin embargo, tenía alguna idea y que bien podía estar cerca de la Comédie. Hubo que ir allí, y las lamentaciones y el mal humor no acortaron el camino. Reconoció la puerta, era la de un café famoso por el infinito número de inútiles de París que en él se reúnen⁶¹. Lllaman, vuelven a llamar, por fin baja un lacayo que, frotándose los ojos, pregunta qué quieren. Le responden que de parte del rey tiene que decir dónde está el señor Temidoro. Jura por todos los dioses que en casa de su amo nunca ha entrado persona alguna de ese nombre. Suben, registran toda la casa mientras la alarma corría de piso en piso. Ni rastro de Temidoro. El comisario, que había visto junto al desván una puertecilla baja y una luz que se filtraba entre las tablas mal unidas, golpeó con fuerza y casi la echó abajo: salió a su encuentro un gran fantasma pálido y enjuto, con camisón, un horrible gorro de dormir en la cabeza y una pequeña lámpara en

la mano. Entran, registran, sólo encuentran algunos cuadernos de música, una espada sin su guarda, algunas noticias de mano⁶², y la vida del señor de Turenne⁶³. El habitante de aquel antro aéreo estaba muy asustado e inspiró conmiseración. Mi padre le dio dos escudos de seis libras al despedirse, pidiéndole excusas por haberle importunado: es la primera vez que una visita de gente de toga haya aportado dinero a una casa. El comisario que me informó de todo esto y del resto de la aventura hasta que me encontraron me aseguró que esa noche había sido testigo de visiones que no eran fantásticas y cuyos divertidos atestados se harían en Citerea⁶⁴.

Finalmente encontraron al joven que la víspera iba vestido de negro. Era un poeta⁶⁵ que ese día había ido en traje de ceremonia a presentar a un subrecaudador⁶⁶ una epístola en verso libre sobre la muerte de su mono, y que todavía está temblando por haber visto en su Parnaso a gente cuya profesión es hacer la guerra a las Musas. Mi padre se enfureció seriamente contra el cochero, le acusó de entenderse conmigo. El otro juraba que era inocente; tras muchas preguntas, el cochero terminó confesando que era desde luego el conductor del coche número 71, pero que lo llevaba por primera vez, que se habían explicado mal con él; que conocía al que había llevado el 71 desde hacía seis meses, pero que vivía en la Villette⁶⁷, estaba enfermo por los golpes que le había dado un oficial, y que hubiera hecho mejor llevando los panduros⁶⁸ de la reina de Hungría.

Indicó con toda precisión la casa de su compañero, y fue obligado a ir en su busca. Realmente, ¿no estaban tomándose demasiado trabajo para ir a molestar a un galán en medio de su felicidad? Por fin encontraron al cochero del número 71. Suben a su casa. Estaba bastante mal. Más de una contusión en la cabeza y por todo el cuerpo le hacían lanzar gritos que a él no le aliviaban demasiado y resultaban muy desagradables para los que me buscaban.

Sin embargo, respondió bien, demasiado bien, a lo que le preguntaban. Tenía buenas razones para acordarse de mí; hizo mi retrato del natural, sin olvidar las dos bofetadas con que yo había reprimido su insolencia⁶⁹. Indicó el barrio de l'Estrapade y una casa blanca, con una gran puerta amarilla. Nueva carrera. Llegan al lugar indicado. No había nadie en las calles. El comisario se dirige a un guardia que estaba de centinela⁷⁰ y le pregunta si no conoce a Mlle. Rozette; el tipo era un hombre decidido que, mitad riendo, mitad burlándose, pidió el retrato, que enseguida le hicieron. «Es de veras muy guapa», dijo, «pero bien veo que no venís por sus encantos; lo lamento, señores. No conozco ni a Roze ni a Rozette». Estos caballeros tienen con justo motivo reputación de ser protectores de cierta clase de personas del sexo débil y se interesan mucho por su honor, si es que no contribuyen a su reputación.

De puerta en puerta fueron a llamar a un edificio de habitaciones amuebladas; la mayoría de estos lugares se mantienen a costa de lo que ocurre dentro. El dueño salió temblando a abrir, y juró por su honor que la única persona que vivía en su casa era una muchacha nada escandalosa que en la vecindad pasaba incluso por devota. Sin hacer caso de las muestras de prudencia del señor hospedero de La Providence, el comisario

subió. Acto seguido, echaron abajo la puerta del cuarto, pues los que estaban dentro tardaban en abrir. No vieron a nadie. Fueron derechos a la cama; pero como encontraron la ventana abierta, sospecharon que alguien había podido escapar por ella. La idea resultó confirmada por un ruido que se oyó en el follaje de un emparrado que crecía pegado a la pared. Se acercan, ven a un hombre con gorro de noche y en camisa luchando por salir de una infinidad de haces de leña sobre los que había caído. El exento, hombre avisado, baja al jardín con una luz y, tras vislumbrar aquella figura en un estado muy poco decente, llama a los arqueros para que acudan a ver un matorral donde crecían tan divertidos frutos silvestres.

Entre tanto, mi padre había contemplado a la chica. Por la descripción que le habían hecho de Rozette, no la había reconocido. La una era una belleza, y aquella un pequeño monstruo de ojos legañosos, tez amarillenta y un rubio incierto.

No se tardó mucho en despachar el registro de la habitación. Al abrir un armario, encontraron una enorme peluca mal peinada y una bata de hombre agujereada por los codos. Al mismo tiempo, un arquero sacó de debajo del cabezal del lecho unas calzas, en las que, metiendo sin darse cuenta las manos por la boca, encontró una larga disciplina. Como veis, querido marqués, aquel lugar era una escuela de amor y la bella rubia una estudiante; su preceptor era un maestro de pensionado⁷¹ de la vecindad llamado M. Damon, el mismo en cuya casa estuvimos juntos, y que siempre echaba pestes contra las mujeres, y que con tanta frecuencia nos zurraba por nimiedades. El pobre maestro fue llevado a presencia de la asamblea. No pude evitar reírme cuando el comisario me describió las contorsiones que hacía el nuevo Adán para cubrir su honor. En un encuentro así, lo del hombre más honrado no es muy considerable. No ocupa demasiado espacio en el mundo. Casi en estado de pura naturaleza, con una camisa extremadamente corta y las esposas en las manos, se habría sentido muy satisfecho de aprovechar las hojas de higuera que sirvieron a nuestros primeros padres.

No abusaron del estado en que se encontraba el pedagogo, le devolvieron sus ropas, y mi padre le soltó una reprimenda muy severa como requería el caso, censurando mucho al exento que, a modo de fraternal corrección, había propinado varios golpes de disciplina en el trasero del paciente, quizá para devolverle los que en otro tiempo había recibido.

Esta escena terminó preguntando a la devota si no había oído hablar de Rozette. ¡Qué no conocerán las devotas! Dijo lo que le preguntaban; y, viéndose en plena libertad, su horrible carácter describió la conducta de Rozette pintándola con los más negros colores. Sólo una devota es capaz de semejante negrura. Llevó su audacia hasta el punto de ofrecerse de guía a mi padre, cosa que hizo. He conseguido encerrar a esta desgraciada; estará mucho tiempo en prisión y mi venganza quedará satisfecha con sus lágrimas. Despidieron al maestrillo diciéndole que fuera a buscar su disciplina al despacho del señor teniente de policía, si le quedaban ganas. Seguro que permanecerá mucho tiempo en los archivos del comisario. Como para el comisario no había nada que ganar en aquel caso,

ni siquiera hizo atestado, y dirigió sus pasos hacia la casa designada, adonde llegó con su séquito.

La Aurora montada en su carro de púrpura y azur abría en el Oriente las puertas del día y los pájaros comenzaban sus conciertos amorosos: eran las cuatro de la mañana. Los sueños revoloteaban por las alcobas, y Rozette disfrutaba entre mis brazos del reposo que las fatigas de una noche voluptuosa le habían hecho merecer. No esperéis, querido marqués, que os haga aquí la descripción de esa noche. Mil veces expiré de placer, mil veces fui devuelto a la vida, y mil veces morí para volver a revivir. Nunca he sentido un fervor más sincero. Mi culto se dirigía a todas las partes de mi divinidad, todo era en ella motivo de elogio y ofrenda, todo en mí resultaba para ella un regalo agradable que era recompensado con un favor. Transportados, creo, al reino de los encantamientos, cambiábamos mutuamente de tarea; ella se volvía sacrificadora y yo víctima; yo casi disfrutaba con la satisfacción de ser inmolado, y, salvo que el cuchillo sagrado no me penetraba en el costado, nada me faltaba de lo que debe sentir una víctima. Nuestros momentos no pasaban, estaban fijos, y años enteros consumidos así no supondrían un punto en la vida más breve. ¡Cuántas veces en esos extravíos en los que sólo se puede sentir olvidé que existía, o deseé ser aniquilado en lo que sentía! ¿Por qué la naturaleza ha puesto límite a nuestras fuerzas ampliando hasta tan lejos nuestros deseos? O, mejor dicho, ¿por qué no tienen la misma medida?

Agotados Rozette y yo de fatiga, queríamos decirnos que debíamos poner un punto a nuestros transportes, pero sus labios estaban pegados a los míos, y los órganos de nuestras voces, estorbados el uno por el otro, estaban tan deliciosamente ocupados que no podían formar el menor sonido para nuestros oídos. En esta postura habíamos esperado el sueño, que nos había coronado con sus adormideras. En fin, dormíamos. Entre Rozette y yo estaba la voluptuosidad mientras la venganza velaba para hacernos sentir los horrores de un horrible despertar. ¡Ay!, ¡en qué halagüeña espera mantenía mis sentidos un oficioso sueño enviado por el amor! ¿Qué ruido vino a sacarme de esa amable ilusión?

Mi padre, el comisario, el exento y algunos acompañantes habían entrado en la casa y se habían informado si Mlle. Rozette se encontraba allí y quién la acompañaba. Se enteraron de todo, y estuvieron seguros, por el retrato que hicieron de mi cara, que era yo el que se divertía desde hacía dos días con la ninfa de aquel palacio. Suben, llaman a la puerta; la doncella vino a traer la alarma a nuestro aposento, y, asustada por las amenazas que oía, abrió a unas personas que entraron con gran profusión de luces. Rozette quedó sobrecogida de miedo; una mujer sola en ocasión semejante se enfurece, pero tiembla de forma bien distinta cuando se encuentra entre los brazos de su amante. Yo me levanté y cogí dos pistolas que siempre llevo conmigo cuando voy a partidas de placer; aguardaba con buena compostura a que alguien apareciese; ¿podía pensar que mi padre estaría allí al despertarme? Había un centinela apostado en la antecámara, otro en la puerta de nuestro gabinete y varios guardaban la escalera.

Se presenta el comisario con el exento: «No deis un paso más, señores», les grito. Vieron mis armas y se mostraron muy dóciles. Entró mi padre. «¿Qué hacéis aquí, señor?», me dice en tono firme. «Hace dos días que me tenéis preocupado.» Avanza hacia mí, me quita las dos pistolas y ordena a los arqueros que cumplan con su deber. Descorridas las cortinas de la cama, se vio a la bella Rozette que se había desmayado. Costó trabajo hacerle recobrar el conocimiento. Su primera mirada se volvió hacia mí, imploraba una ayuda que yo no estaba en disposición de prestarle. Preguntó tristemente qué querían hacer con ella, mi padre le respondió en tono enérgico que su destino estaba inscrito en una orden que le mostraron. El dolor la abrumó, y un torrente de lágrimas inundó sus bellos ojos; sus encantos se volvieron más seductores y conmovieron a todos los presentes, que no habían ido con esa idea. Se arrojó a los pies de mi padre pidiéndole gracia. Yo la imité, pero ese hombre inflexible volvió el rostro y me ordenó secamente que le siguiese.

El comisario se hizo cargo de Rozette, que me llamó con voz entrecortada; sólo le respondí con un suspiro. Un hijo, por muy resuelto que sea, es muy débil frente a su padre, que está en su derecho, y en presencia de una amante desdichada. El amor, incapaz de obrar, guarda silencio, y la naturaleza nos hace sentir todo su poder.

Ya estábamos en la escalera cuando a un arquero se le ocurrió mirar en la cama de la criada. Descubrió una figura humana que se escondía entre la cama y la pared y se tapaba con las sábanas. Tiran de la manta y obligan al fulano a mostrarse; lo hace. Le preguntan su nombre, su condición, quién es. Nosotros volvemos: cuál no fue nuestra sorpresa cuando reconocimos al bribón de Lafleur. Al verle olvidé todas mis penas y, furioso, lo habría matado si no hubieran detenido mi brazo. Con toda sinceridad dije que él era la causa de mi desgracia; fue arrestado, atado, esposado, llevado a un calabozo, de allí al castillo de Bicêtre⁷², donde expiará cumplidamente sus perfidias.

Rozette fue conducida a Sainte-Pélagie⁷³ por el exento y el guardia de vigilancia, que tuvieron motivos para estar satisfechos de la generosidad de mi padre. El comisario montó con nosotros en la carroza. Lo llevamos a su domicilio.

Cuando llegué a casa, pasé entre todos los criados que estaban preocupados por mí y se alegraron al verme. No hay ninguno que no me tenga afecto, mi principio siempre ha sido tratar con humanidad a una gente de la que sólo por azar nos encontramos por encima. Abrumado de pena y de cansancio, me retiré a mi cuarto y, tras echarme sobre la cama, me dormí en brazos de la inquietud. Sólo soñé con Rozette. Una querida feliz inflama, encanta a un amante, una querida desgraciada se vuelve para él más querida y más adorable. En la segunda parte de estas memorias sabréis, querido marqués, lo que le ocurrió a Rozette; su situación fue extremadamente dura, y su descripción costó suspiros a mi corazón cuando la hizo.

Después de haber dormitado, o, mejor dicho, después de estar abotargado bastante rato, salí de ese estado y pensé en la manera de liberar a mi querida amiga.

Habían sonado las dos y el almuerzo estaba servido, vinieron a avisarme; como

tardaba, el amigo noticiero subió a mi cuarto, y, tras un cumplido bastante insulso sobre mi vuelta, me hizo saber con una alegría orgullosa que él había sido el principal instrumento para que me descubrieran. Al parecer, ignoraba todo el dolor que yo sentía; pero hay gente que no puede dejar de hablar, y que prefiere decir idioteces a quedarse callado. Dicen todo lo que piensan y nunca piensan lo que dicen. Lo miré con desprecio; quiso inducirme a bajar, pero lo hacía de una forma tan penosa y tan mala que, como me calentaba la imaginación, poco me faltó para arremeter contra su estupidez. Se retiró enseguida, e hizo bien. El destino me deparaba una ocasión de venganza que debía ser muy dulce para mí y que para él habría sido más sensible de haber estado informado. Este caballero se llama Dorville, y es de la región del Maine, gentilhombre de antigua estirpe. Sirvió en el ejército mucho tiempo, se retiró con honores militares y goza de un patrimonio considerable. Es uno de esos honorables parásitos que siempre están a gusto fuera de su casa. Su oficio es propalar noticias y repetirlas tantas veces como la gente quiera. Es un reloj de repetición que suena tan a menudo como se presiona con el pulgar. Carece de inteligencia para hacer el bien, y de malicia para hacer el mal; es el oriundo del Maine menos oriundo del Maine que hubo nunca. Se casó hace varios años, es algo celoso: nadie conoce a su mujer porque nunca la ha presentado en sociedad y porque ninguno de sus amigos sabe dónde vive; su dirección es el Palais-Royal bajo el árbol de Cracovia o en el banco de Mantua⁷⁴.

Me avisaron varias veces de parte de mi padre para que bajase a comer, pero fue inútil, siempre hice oídos sordos sin tenerlos. Me trajeron la comida a mi cuarto. Aunque triste, comí algo. La necesidad tiene una voz que se deja oír con fuerza y que no nos cuesta mucho escuchar.

Mientras, le había escrito una larga carta a Rozette en la que le mostraba en apasionados términos mi amor y la desesperación en que me había sumido su infortunio. La animaba a tener esperanza, y le aseguraba que no descuidaría nada para sacarla del injusto cautiverio en que se hallaba cruelmente retenida. Terminaba suplicándole que me amase siempre, que no me imputara sus penas y rogándole aceptar diez luises que le enviaba para subvenir a sus necesidades. La carta era sencilla, pero conmovedora; el dolor entenece el corazón, y recuerdo que el amor me dictaba expresiones que ni él mismo hubiera desaprobado.

La carta estaba sobre mi escritorio, no encontraba medio de hacerla llegar a su destino. No me atrevía a fiarme de nadie después de la perfidia de Lafleur. Además, en esos primeros momentos, el menor paso es sospechoso y casi siempre arriesgado. Decidí avisar al presidente. Es, como sabéis, querido marqués, hombre de placer, pero de buen consejo: capaz de meteros en líos amorosos, pero con poder para sacaros de los más inquietantes. Le escribí que viniera a verme para un asunto de importancia. Encargué el mensaje a uno de los cocheros de la casa, él quedó satisfecho y yo también.

El señor presidente no estaba en casa. Laverdure, su lacayo de confianza, sabedor de la procedencia de la carta, vino a verme. Su llegada me encantó. Éstos sí que son criados

impagables; ¡afortunado el que encuentra uno igual! No le oculté nada, se enteró en un momento de toda mi aventura y, sin hacer de moralista, me compadeció, me reprendió e hizo brillar alguna esperanza a mis ojos. Le hablé de la carta que había escrito a Rozette, y le confesé el aprieto en que estaba para hacérsela llegar. Al principio no pensaba que hubiera dificultad alguna, pues creía que estaba encerrada donde de ordinario se mete a las penitentes de este género, que nunca son arrepentidas. Pero, cuando le aseguré que Rozette estaba en Sainte-Pélagie⁷⁵, quedó desconcertado. Me alarmó su desánimo, me quedé en esa situación abrumadora en que lo único que uno hace es sentir estúpidamente su desgracia. Laverdure dio varias vueltas por la habitación y, tras meditar profundamente, me dijo que lo intentaría, que no garantizaba nada, pero que antes de las ocho de la tarde me daría una respuesta muy positiva. Me sentí transportado de alegría. Quise darle los diez únicos lises que me quedaban, pero se limitó a coger la carta diciéndome que yo necesitaba el dinero, que guardase mis lises, que él adelantaría la suma. Se limitó a recibir cuatro pistolas por los gastos de su recado. Se marchó, y yo quedé entre el temor y la esperanza.

¿No os asombra, estimado marqués, mi cariño por una querida de unos días? La amaba, la amo todavía, y el amor es extremado en todo. Aunque la hubiera amado menos, mi vanidad se habría rebelado contra los que querían quitármela. ¿No era un deber de mi parte socorrer a una muchacha, libertina, sí, pero encantadora, y que estaba en un aprieto por haber arriesgado todo para procurarme placer?

El escándalo de mi aventura se había difundido, servía de conversación a los invitados que ese día estuvieron en casa de mi padre. Cada uno dio su parecer; algunas damas viudas no me perdonaron, sobre todo una tal señora de Dorigny a quien yo había intentado seducir en otro tiempo y que por escrúpulo se había negado a escucharme. Las mujeres son raras: les choca que uno consiga de otra mujer lo que se les ha pedido a ellas y que siempre han rechazado. De todas me vengué más tarde, y de una manera muy divertida, como veréis. Cuando se levantó la mesa, algunos amigos vinieron a visitarme. Visitas que nunca se hacen sino por curiosidad o por maldad; se quiere saber la historia de un hombre de sus propios labios, o bien gozar del espectáculo de su miseria; también recibí con bastante descortesía todos los cumplidos. Mi padre había venido con ellos, pero se marchó en el momento oportuno, cuando mi rabia contra él iba a excitarse más allá de los límites del respeto.

Me dejaron solo. Fuera de mí, como estaba, decidí hacer algo sonado que desesperase a mi padre. No me preocupaba mi honor si podía causarle un sufrimiento. Estaba indignado, aunque mi corazón no era malo. La suerte me ofreció lo que deseaba, me salvó del azar de algo sonado y fue causa de que tuviese un placer tanto más singular cuanto que resultó lleno de venganza. Éste es el lance, querido marqués, tardaré más en contarle de lo que tardé en despacharlo. Es una improvisación de gabinete⁷⁶.

Estaba hacía un rato a mi ventana cuando vi detenerse un fiacre delante de nuestra puerta. Por una vez, marqués, un fiacre no me acarreó una desgracia, al contrario, me

trajo una aventura galante. Desde que el número 71 fue causa de mi desdicha, no veo un coche de esa clase sin examinar la letra y el número. Por eso recuerdo de maravilla las marcas de éste. Era el número 1 y con la letra B. Si se me hubiera ocurrido examinar esa especie de emblema, habría llegado a la conclusión de que me pronosticaba mi aventura. El conocimiento de los fiacres es algo que debería aclarar la Academia de Ciencias, y un buen tratado sobre esa materia sería tan útil como el que hizo Mathieu Lansberg sobre la del tiempo⁷⁷. La materia también está sujeta cuando menos a conjeturas.

El lacayo que venía en la trasera de la carroza, tras haberse informado por el portero de si mi padre estaba en casa, había dado el brazo a una dama vestida de negro; por su ropa adiviné sin esfuerzo que era una solicitante. Me picó la curiosidad de saber quién era, qué pedía, y, sobre todo, si era guapa. Mi pena no había cerrado del todo mi corazón al amor por el placer. La habían llevado a la sala de visitas por su aire distinguido. Allí esperó la audiencia de mi padre. Yo bajé por una escalera oculta, con bata de tafetán, gorro de dormir y zapatillas, y, tras introducirme sin ruido en el gabinete desde donde se puede ver la sala, contemplé a través de la puerta acristalada los atractivos de la solicitante: los tenía. Era una mujer de veintiséis a veintiocho años, ni alta ni baja, de ojos bastante despiertos, hermosos dientes, tez algo morena, un pecho pasable, y una fisonomía que, en conjunto, era capaz de animar; la forma de su pierna no resultaba indiferente; se había echado con negligencia en el sofá y en una de esas actitudes que se creen descuidadas, que rara vez lo son y que desde luego no han sido inventadas por la modestia. Se miraba en los espejos y repetía ante ellos los melindres con los que debía presentarse ante mi padre.

A toda mujer le gusta agradar; pero no todas son coquetas; ésta lo era: joven, esposa de un viejo oficial; vigilada de cerca; ¡cuántos títulos para serlo! Una coqueta trata de encantar a los demás; quien gusta de encantar, no está lejos de dejarse sorprender; tratad de convertirlos en dueño de semejante ninfa, actuad deprisa y con rudeza, os aseguro la victoria. A una cosa le sigue la otra: ¡lógica de la galantería, diréis! La defiende mejor que la de Nicole y la de Crouzas⁷⁸.

Nada excita tanto las pasiones como la vista de una persona que, no creyéndose contemplada, hace ante un espejo el ejercicio de la coquetería. Mi temperamento es impetuoso, su fuego aún estaba animado por el deseo que tenía de hacer algo sonado. Cerré los ojos y me puse en manos del azar. Salí bruscamente del gabinete, fingiéndome sorprendido de encontrar a alguien, pedí excusas a la dama por aparecer así, en ropa de cama, ante ella. Me respondió cortésmente; me informé de quién era y por qué venía; me dijo que no solicitaba para ella y que, aunque nacida en Caen, en Francia, nunca había tenido nada que ver con la justicia, y que venía por una de sus hermanas, que en la actualidad se encontraba muy mal, y cuya causa debía ser llevada dentro de unos días a la audiencia. Añadió que no tenía el honor de serme conocida, pero que su marido estaba todos los días en casa, y que era el caballero Dorville. La miré fijamente. «¿Cómo, señora?», respondí, «¿ese hombre es vuestro esposo? Es mi enemigo mortal, me ha

hecho una jugarreta sangrienta, y sin duda vos erais su cómplice; ya que encuentro la ocasión, he de vengarme». Acto seguido la tomo en mis brazos, la estrecho, la empujo sobre el canapé; ella intenta gritar: «Gritad, gritad», le digo, «sí, señora, lo más alto que podáis, armad una escandalera, es lo que quiero». Le puse un puñal en el seno, y se desmayó; sin pensar en las ventanas y las puertas abiertas, sin preocuparme del ruido que al rozarse hacían nuestras ropas de tafetán, combatí, ataqué, triunfé; no sé si, para quedar libre cuanto antes, Mme. Dorville ayudó a la victoria; yo me vengaba de su esposo, ¿acaso quería vengarse ella también? ¿Qué mujer no tiene algún motivo de descontento en su matrimonio?

Semejante a un panduro, llego, ataco, saqueo, disparo mi pistola y salgo zumbando. Todo quedó despachado en un minuto, y yo ya estaba en mi habitación cuando a la solicitante aún no le había dado tiempo de fijarse si todavía seguía yo a su lado.

No se enteró nadie, y Mme. Dorville tuvo tiempo de sobra para arreglarse la ropa. Más de una hora fue lo que tardó mi padre en salir de su gabinete. Cuando llegué a mi cuarto, me eché a reír como un loco y pasé cerca de media hora meditando las circunstancias. Ahora sé qué pensar de esa tontería.

Por fin llegó mi padre. Estaba conferenciando desde hacía mucho con un eclesiástico llamado M. Le Doux, su confesor ordinario y mi director de conciencia honorario. Le saca mucho dinero a mi padre para los pobres, entre los cuales creo que él se pone el primero en la fila y para más de una parte; este consolador subió a mi cuarto y vino a soltarme bondadosamente una lección moral con toda seguridad muy depurada.

La señora Dorville se presentó ante mi padre, que atribuyó el resto de turbación que había en sus ojos a la modestia de una dama que necesariamente se sonroja a la hora de pedir algún favor a un hombre. Cualquiera otra hubiera estado igual de azorada, pues nunca una conquista se llevó a cabo con mayor rapidez. Si las damas aprovecharan así el momento oportuno, no harían correr riesgos a su honor: lo que las pierde ¿es lo que conceden? No, es el tiempo que pierden en hacerlo esperar.

La esposa del caballero expuso a mi padre el motivo de su visita. Tras una audiencia bastante larga, resultó que mi padre no era juez en aquel proceso, sino que correspondía a una de las investigaciones en las que yo tengo el honor de participar, y que era a mí a quien debía solicitarlo.

Mi padre me mandó llamar. No quise bajar, sino después de una orden precisa, que obedecí. Me negaba tanto más cuanto que me decían que era por una dama que tenía un gran proceso. Creí al principio que, fuera de sí, Mme. Dorville había contado a mi padre mi imprudencia; el ardor que antes me dominaba había decaído y el espíritu de venganza se había aplacado un poco. ¿Dónde estaba entonces, querido marqués, el perfecto conocimiento que tengo del sexo femenino? ¿Se jacta alguna vez una mujer de una aventura como aquélla? Se felicita a sí misma interiormente, sabe de sobra que los hombres sólo son deshonestos con una mujer hermosa; y no puede guardar rencor a quien le ha dado placer. De verdad, ¿no hay que estar agradecido a quien os libera del

ceremonial? Lucrecia se mató, pero después; y quizá de desesperación, temiendo que ya no podía volver a empezar⁷⁹.

Me presenté. Saludé a Mme. Dorville con respeto como si no la hubiera conocido, *cognoveram*⁸⁰. Ella no se alteró y me explicó su caso de forma bastante inteligible. Mi padre se marchó; Mme. Dorville se enfureció conmigo; se sirvió de los términos más fuertes y más enérgicos para reprocharme mi audacia; lloró incluso. Melindres, querido marqués; conozco demasiado bien la marcha del corazón de las mujeres como para alarmarme: a menudo una mujer no está nunca más cerca de caer que cuando hace más esfuerzos por defenderse. La dejé exhalar su cólera. Tomé la palabra, me excusé aduciendo sus encantos; mi excusa tenía buenos fundamentos; le prometí un secreto inviolable, y yo, que había sido mirado como un tirano, me volví insensiblemente un consolador cuyas opiniones se escuchaban tranquilamente. Cuando uno está seguro del secreto, tiene menos miedo por su virtud. Devolví la paz al alma de Mme. Dorville, la vi en sus ojos; fue entonces cuando me convencí de que Aníbal se habría convertido en amo de Roma si no se hubiera entretenido en las delicias de Capua⁸¹. Ella se levantó, yo la acompañé hasta la puerta y, al salir, me apretó la mano de una forma que me dio a entender que estaba menos enfadada, y que perdonaría mi audacia a condición de no ser tan imprudente como para correr riesgos con las ventanas y las puertas abiertas. Le hice mil cumplidos y le aseguré que disfrutaba muchísimo de la bondad de su causa.

Ella subió de nuevo a su carroza y yo a mi habitación, donde había dejado al señor Le Doux. En mi ausencia había inspeccionado mi biblioteca y, físgoneando, no se le habían pasado ciertos botes de mermelada que había sobre una mesita algo apartada. Me habló de ellos como de algo indiferente para mí, que era un hombre de mundo, pero de gran utilidad a un director de conciencia como él, que asistía a gran número de enfermos. No consiguió lo que pedía; porque en el capítulo de mermeladas y golosinas tengo el alma más eclesiástica que hubo jamás⁸².

Me reprendió amistosamente por varios libros, sobre todo por las novelas⁸³. Disputé con él en este punto, no brilló; me confesó que su fuerte no era la disputa, que estaba convencido de que las novelas eran malas, pero que nunca las había leído y que por lo tanto no podía juzgarlas. Me aconsejó quemar mis miniaturas y mis estampas; cuando le hice ver que todo aquel conjunto valía más de doscientos luises, me dijo que esa cantidad no era lo bastante considerable para condenarse por ella; yo insistía en el valor de las cosas: «Bueno», dijo, «vended todas esas infamias a algún consejero constitucional⁸⁴, esa gente no tiene alma que perder». Le prometí que lo pensaría, y el jansenista me creyó ya en el buen camino.

De materia en materia, hablamos de mi aventura. No es sorprendente que aquel santo varón sintiera curiosidad. Se lo conté todo, y le interesé tanto que ha sido él quien más ha contribuido, como veréis, a la liberación de Rozette, y gracias a su mediación he conseguido todo de mi padre.

No debéis tener mala opinión de él por el comportamiento que le veáis tener. El señor

Le Doux no es un hipócrita, es recto, buen eclesiástico, pero simple, fácil de engañar, domina todas las nimiedades de su estado, pero no las intrigas secretas. Si ha cometido alguna falta, yo soy la causa. Uno sólo es realmente culpable cuando lo es de corazón.

Eran casi las ocho, el señor Le Doux se había ido a su casa y me había dejado tiempo para volver al tema de mis inquietudes. Paseaba por mi cuarto a zancadas, miraba por la ventana; Laverdure no volvía. Disculpaba su retraso por la diferencia de los relojes; me encontraba en una cruel impaciencia. Entra súbitamente en mi cuarto una figura empaquetada en una capa de camelote, que sin hablarme lanza una carta encima de mi escritorio y se deja caer sobre un canapé. Leo la dirección, reconozco la letra de Rozette; la abro sin pérdida de tiempo; la devoro y estoy encantado. Os daré una copia después de haberos puesto al corriente de los medios por los que me había llegado, cómo se las había apañado mi recadero y quién era la persona que había entrado en mi habitación con aquella indumentaria. La intriga está bastante bien llevada, y Laverdure me ha confesado que era su obra maestra.

Fin de la primera parte

Segunda parte

Dum licet, in rebus jucundis vive beatus

HOR. Lib. I. ep. ⁸⁵

El propio Laverdure había sido el recadero de Rozette. Pensando cómo podría introducirse en Sainte-Pélagie, se le ocurrió vestirse de mujer. La naturaleza había hecho en su favor la mitad de los gastos de ese disfraz. Es bajo de estatura, delgado, de voz débil, de talla menuda, y con muy poca barba; pasable como hombre, tenía como mujer una fisonomía muy singular. Arriesgaba mucho, sin duda, en aquel encuentro, pero hay cosas que se hacen por otros en las que quizá no pensaríamos para nosotros mismos. En las ocasiones críticas tenemos mejor idea de la suerte del amigo que de la nuestra. No os haré, querido marqués, la descripción de la indumentaria de Laverdure; para resarcirse de lo mucho que le había costado conseguirla, me obligó a admirar sucesivamente su cómico conjunto. Aunque yo no tuviera ganas de reír, no pude evitar que me pareciese muy divertido lo que imaginó. El capote con que iba cubierto lo enmascaraba a la perfección; se lo había hecho coger la lluvia que cayó durante todo el día; el mal tiempo desesperó a muchas personas, pero puedo asegurar que no lo había mejor ni más favorable para nuestra estratagema.

Laverdure se trasladó primero al convento. Tras algunos preámbulos con una tornera curiosa, como suele ser su condición⁸⁶, y a la que él engañó siguiendo la suya, fue

admitido al locutorio de la madre superiora. Acabados los primeros cumplidos, le explicó humildemente el motivo de la visita, y le dijo que era la pariente más cercana de una muchacha llamada Rozette, que por orden del rey y por su bien había sido llevada a la casa por la mañana; que iba para alegrarse de que la Providencia la hubiera dirigido a un puerto de salvación, donde no le faltarían los buenos ejemplos, y donde podrían hacerle volver al camino de la virtud, del que se había apartado hacía demasiado tiempo. Que estaba encantado de que unas almas buenas la hubieran obligado a arrepentirse y la hubiesen hecho encerrar; que hacía ya meses que él habría hecho esa obra de caridad si sus medios le hubieran permitido ponerla en práctica. En fin, Laverdure interpretó de forma tan patética el papel de la pariente que la superiora quedó enternecida: él se echó a llorar; el don de las lágrimas es un don de comediante, y nuestro granuja lo es perfecto. Las lágrimas son un mal que se extiende; si una mujer llora, otra llorará, así como todas las que lleguen, y así hasta el infinito. La conversación concluyó diciendo él a la madre superiora que deseaba hablar un momento con Rozette; que, pese a ser una joven desordenada, la quería, sin embargo, lo bastante para no perder por completo la esperanza, y que iba a traerle algún alivio. Sacó entonces de su bolsillo dos luises, y entregó uno a la dama rogándole que se lo fuera dando a Rozette a medida que cumpliera bien sus deberes, y que se ocuparía de entregarle todos los meses la misma suma. Esta generosidad causó su efecto: la superiora admiró el buen corazón de la supuesta pariente y, haciéndole un cumplido muy cortés, le aseguró que dentro de poco Rozette se encontraría en condición de aprovechar sus consejos y sus bondades. Sin darse cuenta, Laverdure hizo una reverencia de hombre bastante marcada; esa falta de atención iba a traicionarle; pero todo le sale bien al que está de suerte; las religiosas, por el contrario, quedaron edificadas de que la modestia no le permitiera imitar esas reverencias mundanas que en el fondo son muy indecentes, y que sólo perviven por un espíritu secreto de libertinaje.

Mientras esperaba la llegada de Rozette, Laverdure, consciente de que la ociosidad es la madre de todos los vicios, se dedicó a examinar los cuadros que decoraban el locutorio. Quedó muy edificado por los temas representados en ellos, no había ninguno que no fuese muy regular, pero me confesó que, pese a no ser demasiado escrupuloso, quedó escandalizado al ver en ellos figuras totalmente desnudas de hermosos jóvenes bien proporcionados y hechos para embelesar, y que, con el pretexto de ser de ángeles, no dejaban de ser capaces de dar a todo el convento tentaciones muy poco arcangélicas.

La tornera trajo a Rozette. Juzgad, querido marqués, su estado. Fatigada todavía por los placeres de la noche, llena de dolor, con unos ojos bañados en lágrimas que apenas se atrevía a levantar, y con el peinado deshecho; le faltaba la mitad de su ropa y, en un deshábille que no era de encargo, avanzó tristemente y le costó mucho trabajo reconocer a Laverdure bajo su fisonomía prestada. Grande fue su sorpresa, y lo expresó retrocediendo. La tornera la tranquilizó; la buena monja ignoraba la causa del asombro y le dijo en tono bastante seco que una señorita de su estado no debía ver con terror a una

pariente que tenía la caridad de ir a consolarla en su desgracia. Una palabra basta a quien tiene inteligencia. Rozette intuyó la estratagema y pensó que la tornera no era más que el eco de lo que Laverdure le había contado. Se echó a llorar: la idea de su cautiverio en presencia de quien la había visto tan triunfante en sociedad la desesperaba; apenas pudo soportar su presencia, según lo que me confesó después. Laverdure, sin turbarse ni perder su sangre fría, le hizo en tono grave una reprensión muy viva sobre su conducta pasada, se la pintó con trazos fuertes y nerviosos, y luego, dulcificando insensiblemente su voz, terminó, como terminan todos los parientes, dando consuelo a la infortunada; dijo que tenía un dinero que entregarle, y que la madre priora había aceptado hacerse cargo de una suma para subvenir a sus necesidades siempre que ella se comportara con prudencia. Dio entonces a Rozette un luis y al mismo tiempo le deslizó mi carta, que ella cogió con pasión y ocultó en su seno. ¡Ah!, ¡cuánto habría querido su autor estar en el lugar de su obra! Laverdure exigió que Rozette escribiese a su madre (que se encontraba, según sus palabras, en París) para decirle que estaba contenta en el retiro donde la Providencia la había colocado, y que se esforzaría al máximo para llegar a ser mejor. La tornera fue a buscar papel y tinta; Laverdure aprovechó su ausencia para entregar a Rozette el resto de la suma y asegurarle que se haría todo lo posible para liberarla cuanto antes; le ordenó leer enseguida la carta que había recibido; la escasa diligencia de la tornera les dio tiempo para una conversación bastante extensa. Provista al fin del recado de escribir, Rozette se sentó a una mesa que estaba a su lado después de haber simulado cierta repugnancia. No tardó mucho en escribirla; el recadero se hizo cargo de ella y salió del convento tras haber regalado algunas tabletas de chocolate a la buena hermana que tan complaciente había sido. Regresó a casa enseguida; admiré la presencia de ánimo de este muchacho, y le colmé de mil agradecimientos por no tener entonces nada que darle como recompensa. Ésta fue la respuesta de Rozette.

He recibido vuestra carta, querido amigo; reconozco vuestro buen corazón en vuestra conducta. ¿Tengo que ser desdichada por haber adorado a un hombre que tanto merece serlo? No sé cómo estoy aquí, no he tenido tiempo de enterarme de nada; dadme noticias vuestras, confío en vos para mi liberación. Laverdure es un muchacho impagable; me ha entregado el dinero que me enviáis. Adiós, voy a llorar mi desdicha, os amaré eternamente,

Rozette

Imposible que podáis imaginar, mi querido marqués, a qué reflexiones me entregué entonces. Sólo pensé en los medios más rápidos para liberar a Rozette; despedí a Laverdure, que me prometió no abandonarme. Vinieron a decirme que la cena estaba servida; bajé. El grupo de invitados resultaba bastante bien compuesto. Había varias damas que en otros tiempos me habrían parecido encantadoras y que en realidad lo eran. La brillante Mme. Ducœurville y su amable compañera se habían citado allí, sólo eran dos de su especie, pero el amor que las embellecía hacía en su favor de tercero, y ellas no tenían motivo de queja. La sensata Rozalie había acompañado a su esposo: la virtud

de su corazón está pintada en sus ojos. Adoraríamos siempre la virtud si tuviera el talento de mostrarse siempre para bien. La coqueta Mme. de Blazamont había aportado todos sus melindres, pero esa noche les hizo representar un papel tan nuevo que quedé sorprendido como ante un nuevo decorado que nos hiciera la galantería en la Ópera.

Las dos hermanitas no contribuían poco al ornato de la cena; una cantó de maravilla, y la otra enamoró todos los corazones con sus ingeniosas ocurrencias. Entre los hombres teníamos al presidente y al caballero de Mirval; durante un buen rato se atacaron, para gran satisfacción de la asamblea y gloria de sus espíritus epigramáticos. El gordo geómetra nos hizo muchos extractos de vino de Champagne, y el abate Desétoiles nos parodió a todas las damas de la subrecaudación de impuestos. En resumen, me habría divertido mucho de no ser por la pena que se había apoderado de mi alma. ¡Qué feliz sería el hombre si pudiera disponer a capricho del estado de su corazón! ¡Qué a disgusto se hallaba el mío! También el señor Le Doux era de la partida, mi padre había conseguido que le hiciera aquel extraordinario para reconciliarle con la vieja condesa de Saint-Étienne. Habéis oído hablar cien veces de esa insoportable devota. En otro tiempo bastante bonita y consumada coqueta, y ahora santurrona igual de ruidosa, como muchas de sus semejantes, se ha puesto bajo la dirección de nuestro santo varón, que las guía severamente por el camino de la vida eterna. Entre la gente devota, querido marqués, así como entre las personas de la buena sociedad, hay ciertos momentos de indiferencia o de moderación del fervor; a veces, incluso, se eleva de santas picas que, luego, sólo sirven para dar un nuevo impulso a la caridad; fue del fondo de una botella de vino de Champagne de donde salió la reconciliación entre personas que se decían enemigas de los sentidos.

El presidente de Mondorville llegaba del campo y no sabía nada de mi aventura. No era el momento de contársela ni el lugar parecía adecuado para semejante relato. La ignorancia en que estaba le llevó a decir palabras elogiosas sobre mí, tanto más divertidas cuanto más justas eran. Toda la reunión se reía, yo estaba enfadado interiormente con él, pero sin guardarle rencor; y puedo decir que, en esta circunstancia, el presidente tenía un ingenio infinito sin saberlo.

Después de la cena, me llevé aparte al señor Le Doux y le pedí que me hiciera el honor de visitarme a la mañana siguiente porque tenía un importante asunto que comunicarle; pensó que se trataba de algún caso de conciencia, o incluso de mi conversión: estos señores no imaginan que haya otras cosas más interesantes en el universo. Me aseguró que vendría a verme sobre las nueve. Le prometí esperarle con una taza de chocolate, que aceptó después de haberle convencido de que el mío era preferible al que solía tomar él de ordinario.

El presidente subió a una habitación poco después, le conté mi aventura; me pidió excusas por las bromas con que había divertido a los reunidos y me prometió que haría salir a Rozette al día siguiente si yo quería; lo hubiera conseguido, su crédito con los ministros carece de límites para ciertas cosas. Estaba entusiasmado. Le rogué que no

hablara con nadie del asunto, y esperara a que tuviéramos una entrevista más tranquilos. Consintió en ello y se retiró después de haberme contado varias historias a cuál más divertida.

Me fue imposible dormir. Rozette volvía sin cesar a mi imaginación. Para entretenerme, hice que me trajeran mis cajas de estampas y empecé a verlas. Libres unas, divertidas otras, me recordaban situaciones en las que me había encontrado con la que acababan de secuestrarme. El recuerdo distraía cuando menos mi dolor.

La naturaleza terminó por quedar agotada, un lánguido sueño se apoderó de mí y me sorprendió en medio de mis estampas esparcidas sin orden por toda la superficie de mi cama. He dormido algunas veces en brazos de la realidad; pero en ese momento la ilusión estaba entre los míos.

Apenas eran las siete de la mañana cuando un criado vino a despertarme porque el ama de llaves del señor Le Doux me traía una carta y quería hablarme, fuera como fuese, de parte de su amo. Ordené que la hicieran pasar. Hizo algún ruido al entrar para advertirme de su llegada. Asomé la cabeza y, por la abertura de mis cortinas, vi una carita muy graciosa. Siempre he tenido buen ojo al primer vistazo. Me levanté y, al mover la manta, hice caer varias estampas. La muchacha las recogió por limpieza, y, no creyendo ser vista, las examinó por sensualidad. De lo cual saqué buenos augurios para la satisfacción de uno de esos deseos que nacen en un momento, cuyo efecto era entonces prodigioso en mí, y que la belleza hace brotar de manera galante en cualquier hombre joven. Creí percibir que lo que había examinado, aunque sólo un instante, le había causado una impresión agradable. La menor insignificancia revela la pasión dominante, y no hay persona que no tenga una; un gesto en la cara desarrolla los repliegues del alma por mucho que esté a la defensiva. Nanette, ése era su nombre, me hizo una reverencia sencilla y graciosa, y me presentó sin amaneramiento la carta que me estaba dirigida, puse los ojos sobre ella y sobre quien me la entregaba, merecía desde luego las miradas de un hombre galante.

Imaginaos, querido marqués, una vigorosa muchacha de estatura normal, pero bien constituida, delgada y firme sobre sus piernas, de grandes pestañas negras, hermosos dientes, una tez dispuesta a recibir colores y que en ese momento sólo disfrutaba del blanco. Un pecho que no se veía, pero que, tapado con afectación, decía al curioso que era digno de causar su admiración y su placer. Su peinado y sus ropas respondían a la sencillez de todo su aspecto; me pareció una devota acomodada y que, con veintiocho o treinta años, sólo se decidía según las circunstancias. La hice sentarse, y leí la misiva. El señor Le Doux me comunicaba sentir mucho no poder reunirse conmigo a las nueve según su promesa, porque estaba obligado a visitar a los pobres prisioneros del Petit Châtelet⁸⁷ con una dama que desde hacía dos días había renunciado solemnemente al mundo; que, sobre las dos o las tres, en cuanto hubiera tomado su café, no dejaría de venir a mi casa.

Felicité a Nanette por ser el ama de llaves del señor Le Doux, un hombre muy

honrado y para mí un amigo muy especial. Me contestó con sencillez que era muy buen amo, y que, desde hacía tres años que estaba a su servicio, sólo tenía que alabarse de su llaneza y su dulzura. Como no se extendió mucho en el panegírico, deduje que no había ninguna relación concreta entre ellos. Mientras le preguntaba por qué se sentía unida al señor Le Doux, yo mismo, sin darme cuenta, me sentía muy unido a ella. En fin, de una cosa en otra, orienté la conversación hacia esas materias que tanto gusta tratar a las mujeres y de las que fingen ruborizarse. Las flores nacen bajo los pasos de los que se dedican a esa carrera, siempre hay alguien que las coge.

Mientras el fuego me subía al rostro, me acerco a la hermosa muchacha que ya se levantaba de su asiento sin que tuviera demasiadas ganas de irse; le cojo la mano, que me parece maravillosamente blanca, le repito que es encantadora, que es adorable, le doy un ligero beso seguido por otro más que ella esquivaba apenas lo suficiente para no causar una impresión demasiado marcada en sus labios. No sé si es la devoción la que enseña tales delicadezas; de ser así, quiero entregarme a ella por placer. El estado en que yo me hallaba podía disculpar un poco de audacia por mi parte; nunca se ha exigido que un hombre en bata sea tan reservado y tan prudente como cuando está empaquetado en los ornamentos de su magistratura. Mis manos, cada vez más atrevidas, osaron levantar el velo que ocultaba a mis ojos sus tesoros; entonces, llamándome por mi nombre, Nanette me reprochó que en el pasado, cuando era dependienta en la tienda de Mme. Fanfreluche, en el paseo Dauphine, no me había dignado mirarla siquiera. «¿Sois vos, querida?», exclamé; «ya que os hacía tan poca justicia entonces, ¡dejad que repare mi falta y que os abrace de todo corazón!». Efectivamente, marqués, era la compañera de una petimetra que tuve en mi juventud, a la que amaba hasta la adoración, y a la que abandoné como a muchas otras. Dos palabras de mis intrigas pasadas me dieron pie para pasar a las tuyas, y me concedieron una especie de derecho para añadirles un suplemento a mi gusto: empecé.

Fue inútil que me dijera que casi era devota desde hacía tres años, que iba a arrugarle el vestido: su devoción excitaba mi ardor, y los tres años de prudencia que ella me oponía, aplacando mi temor al peligro, me daban nuevas fuerzas; y el desorden de sus ropas no me preocupaba lo más mínimo. Una virtud que sólo se debate por un arreglo de pliegues está muy dispuesta a que la desarreglen a ella también. Nanette lo estuvo. Yo la abracé, ella suspiró, y, tras los usos habituales en casos semejantes, privé a la bella recadera de todo conocimiento salvo el del placer. En el ardor de nuestros abrazos, me hizo sospechar que no hacía mucho que había perdido la deliciosa costumbre de variarlos al infinito. ¡Sospecha ridícula, reflexión impertinente! ¡Como si hubiera necesidad de ejercicio para practicar perfectamente cosas que sólo dependen de la naturaleza! Mis estampas esparcidas sobre la cama hicieron su papel y unieron su pequeño murmullo a cierto ruido ocasionado por la práctica de lo que en su mayor parte representaban. La señorita Nanette, libre al fin del aprieto en que yo había puesto a su devoción y a su vestido, tras arreglarse en el espejo, me saludó maligna y graciosamente: la acompañé y

le prometí un peinado de fantasía e ir a verla con frecuencia, porque seguramente yo tendría necesidad de su protección. Se retiró con la alegría en los ojos, pero con alguna necesidad, pues no soy lo bastante orgulloso para creer que en un momento haya podido colmar el vacío que tres años de abstinencia habían dejado en su alma. ¿No es cierto, querido marqués, que soy un joven de temperamento violento? Si no encontrara de vez en cuando alguna oportunidad de alegrarme, me moriría de pena.

Habría creído que esta muchacha era, al lado del señor Le Doux, poco sensata; nada de eso; hay temperamentos que se parecen a esas máquinas que sólo tienen potencia cuando se las monta. Después me aseguró cien veces que su amo era un hombre en quien la naturaleza no se había reservado ningún derecho, y cuya única ocupación era entrometerse en los asuntos de los demás, dirigir viejas, predicarlas o dormir las.

Fui al palacio de Justicia, donde encontré al presidente; acabada la audiencia, volvimos juntos a su casa, donde, después de quitarnos nuestras togas, decidimos ir a visitar de paso a Mlle. Laurette. Ésta se echó a reír al vernos, estaba al corriente de la desgracia de Rozette, la emprendió conmigo sobre este punto, me reprochó mi escasa prudencia, y en tono orgullosamente quejumbroso, me aseguró que sentía mucho la suerte de su buena amiga. Nos invitó a comer, se lo agradecemos; sus encantos y el aire con que hacía ostentación de ellos nos animaban a hacerle compañía, pero mi ardor había tenido su vuelo por la mañana, y el presidente, sin encontrarse en su primera posición, se hallaba por costumbre en la segunda.

Pasamos a ver a la hermosa joyera de la calle Saint-Honoré, de cuya tienda, después de haber examinado, criticado, controlado, regateado mil cosas distintas, salimos sin llevarnos ni una. Volví a comer a casa donde me quedé hasta la llegada del señor Le Doux. Cumplió su promesa y me visitó poco antes de las tres. Saludó a mi padre, su entrevista fue muy breve; se reunió conmigo en el jardín; tras haberme leído un artículo de las *Nouvelles ecclésiastiques*⁸⁸ donde se burlaban de un obispo constitucionario, y después de informarme de algunas anécdotas a propósito de otros dos, me preguntó cuál era el asunto de la confidencia que le destinaba. Le respondí que sólo podía contársela en casa del presidente de Mondorville, que mi carroza nos esperaba en el patio y que iríamos si consentía. Partimos; como me molesta mucho, mi querido marqués, que me tomen por un joven consejero, por París siempre voy a rienda suelta, mis caballos están acostumbrados. El señor Le Doux, que sólo monta en carruajes con devotas y viejas, se asustó de mi velocidad y me rogó que ordenara a mis criados no correr tanto. Añadió que no era decoroso que se viera a un eclesiástico correr como un joven; me citó incluso un pasaje latino de un concilio de Jerusalén que prohíbe a los cocheros obedecer a los amos que les mandan ir más deprisa que al paso.

Os confieso, marqués, que me sentí muy humillado en mi ruta; encontré a varios señores que, con sólo unos caballos muy malos, conseguían un honor infinito con su rápida carrera. Durante el camino, nuestra conversación fue poco interesante, sólo me reí cuando el señor Le Doux hizo la señal de la cruz al pasar delante de la Ópera⁸⁹. El

presidente nos recibió con aire jovial y, tras haber obligado al señor Le Doux a tomar unos refrescos, entramos en materia. Cuando uno está acompañado siente más audacia. Le expuse que amaba a Rozette, que yo era la causa de su desgracia y que, si mi padre seguía reteniéndola más tiempo, me dejaría llevar a extremos violentos; que consentía en no volver a verla, pero que también quería estar seguro de que no se encontraba en el estado más lamentable. El santo varón me escuchó muy tranquilo y, contra lo que yo esperaba, no se extendió mucho sobre moral y me perdonó un estupendo sermón que tenía perfecto derecho a soltarme. Tras un grave preámbulo sobre la prudencia de mi padre y la ligereza de mi conducta, me dijo que era imposible para él, según Dios y su conciencia, intervenir en aquel asunto. Fue inútil que intentara hacérselo ver; sordo a mis ruegos, me suplicó muy serio que nunca más volviese a hablarle de aquel género de cosas. Estaba a punto de retirarme con la desesperación en el alma cuando el presidente dejó escapar como al azar: «Es una lástima, de veras, porque esa muchacha piensa bien sobre los asuntos del tiempo, y hasta ha tenido convulsiones por ello»⁹⁰.

Rozette, querido marqués, nunca ha pensado en tales materias, porque las desconoce; en cuanto a convulsiones, nunca ha sentido más que las del amor. Esa frase del presidente me sirvió de mucho, porque luego fue causa de la liberación de Rozette, que no hubiera llegado a buen puerto sin la ayuda del señor Le Doux.

Nuestro santo varón tenía una debilidad, y esa debilidad era un celo sin límites cuando se trataba de servir a alguien que tuviese aunque sólo fuera un barniz de jansenismo. Lo tenía agarrado por su punto débil, y no descuidé nada para alcanzar el fin de mi empresa. A los hombres se les puede hacer cuanto se quiera cuando uno ha encontrado el arte de poner en movimiento ciertos resortes que dirigen toda su máquina.

El señor Le Doux, tras haber reflexionado un tiempo, nos preguntó si estábamos seguros de lo que afirmábamos sobre Rozette. ¿Íbamos a ser lo bastante simples para no confirmárselo auténticamente? Su caridad estaba bastante bien dispuesta, su corazón se enterneció y nos dio su palabra de que, dentro de poco, celebraría una conversación más amplia con nosotros en la que nos comunicaría sus reflexiones. Salió. Mi carruaje lo llevó a una reunión piadosa y el del presidente nos llevó directo a la Ópera; daban, creo, *L'École des amants*⁹¹. Augurábamos el éxito de nuestro asunto desde el momento en que el señor Le Doux intervenía. El espectáculo no llamó mucho nuestra atención, sólo nos divertimos examinando los aderezos de varias damas a las que por la noche denigraríamos cruelmente.

Al día siguiente escribí a Rozette la idea que se nos había ocurrido de hacerla pasar por una joven unida al partido anticonstitucional. Le recomendé que estuviera preparada para representar el papel que se le exigía. ¡Qué no hay que hacer para recuperar la libertad! Le mandé algunos libros sobre el tema, en especial uno que resume la historia de todo ese suceso. El maldito libro le costó caro a mi nueva neófito. Hay mucha comicidad en esa aventura. Le escribí que me veía obligado a ir unas semanas al

campo con mi padre y que no desesperase, que Laverdure le daría noticias mías con frecuencia.

Fijaos, querido marqués, que no había querido contar al presidente que su criado se travestía en mi servicio. Esta observación será necesaria más tarde.

Nos fuimos a la finca de mi padre. Mientras tanto, Rozette leía con avidez los libros que le había enviado. Se preparaba para el papel cuya idea le había indicado yo en mi última carta. Tuvo tiempo de sobra para ensayarlo y para llorar sobre esa desventurada invención. Mas no nos anticipemos a los hechos.

La finca a la que acompañé a mi padre, querido marqués, está en Picardía: allí el aire es sereno, el paisaje bastante hermoso, y nuestra casa está muy bien preparada. Es algo vieja, pero se parece a ciertas mujeres de la Corte que perdieron la flor de su juventud, pero que son cultivadas porque resultan aprovechables en algunos encuentros. Durante unos días no vimos a nadie. No nos preocupaba, porque mi padre había emprendido aquel viaje únicamente para resolver sus asuntos en la región. Poco a poco, diversos gentilhombres de los alrededores nos honraron con sus visitas; la cortesía no nos permitió ser menos. Los habíamos tratado demasiado bien, tuvieron a gala hacer lo mismo con nosotros. Los picardos son, por lo general, buena gente, francos de ordinario, estimables cuando ofrecen el lado bueno, pero más bribones y maliciosos que los normandos cuando dejan sus inclinaciones nativas.

No merece la pena que os hable de los distintos lugares en que fuimos recibidos. Aquí un viejo oficial que habitaba en un resto de castillo, escapado de la furia del diluvio, y que, con apenas lo necesario, despreciaba con orgullo el trato de sus vecinos, que habrían podido ayudarle, y todo ello porque no habían tenido, como él, un antepasado muerto al lado de Felipe en la batalla de Bouvines⁹². En un sitio encontrábamos una casa bastante bien arreglada, aunque las alfombras pareciesen urdidas por las manos del tiempo cuando éste se hallaba todavía en su infancia. Me recibían con naturalidad, pero sólo encontraba gazmoñas provincianas que no habían leído y admirado más que el cuento bastante amable de Ververt⁹³. En otro lado topaba con monjes que me hacían magníficas fiestas; me habrían agradado si todo lo que hace esa gente no tuviera siempre un regusto frailuno que me resulta insoportable. En fin, querido marqués, durante seis semanas me dediqué exclusivamente a recorrer, solo unas veces, otras en compañía de mi padre, casas solariegas donde no descubriría más que buen corazón sin delicadeza, o cortesía sin gusto y tal como la practicaban nuestros buenos abuelos. Una de nuestras meriendas de invierno es mejor que una eternidad de esos placeres campestres. En vano intenté buscar alguna aventura divertida, las circunstancias no se presentaban, y a veces, cuando creía haber encontrado algo favorable a mis deseos, precisamente las picardas más bonitas sólo tenían caliente la cabeza.

Igual que los que aman las flores las descubren en todas partes, recogí algunas ocasionalmente, pero no presumo de ello; además, no eran cogidas en arriates que pudieran dar, como París, cierto lustre a las que son más comunes. He aquí el único

encuentro con que me divertí algo. Los picardos son simples, y si la fe en el universo se perdiera, la encontraríamos entre ellos; son devotos hasta la superstición, una cosa está muy cerca de la otra.

Un joven, hijo de un rico granjero, estaba enamorado de la hija de un gentilhombre de su vecindad. El padre no habría tolerado que su hija amase a un plebeyo; por eso no se le hizo partícipe de la confidencia. A la damisela todos los corazones le parecían de condición noble cuando pensaban bien o cuando amaban; deseaba ardientemente unirse a su joven amigo, del que sin duda estaba segura. No tenía el muchacho ningún título de nobleza, sólo poseía los de algunas tierras muy fértiles, y tal vez un patrimonio de cincuenta mil libras, pero en la puerta del padre de la joven estaba escrito: «En matrimonio sólo codiciarás a un gentilhombre». El temperamento la había vencido, y hacía dos años había hallado la manera de unir en citas al tercer estado con la nobleza. Sin entrar en el detalle de sus aventuras, a la república le llegó un nuevo súbdito: el asunto acababa de difundirse cuando nosotros llegamos. Como el padre no había podido ocultar los entretenimientos de su hija, antes que casarla con el que había entrado en la familia sin orden suya, prefirió difundir el rumor de que un cordon-bleu⁹⁴ de Versalles, de paso por su casa, había sido el autor. Así era Rómulo, hijo del dios Marte; y así muchos otros, de las mejores familias, no tienen por padre más que a Jérôme Blutot, que así se llamaba nuestro joven.

Después de dar a luz, Mlle. des Bercailles ya no podía soportar al joven a quien debía su maternidad; lo había despedido; supe que había cubierto su puesto como joven sensata y que sólo cambiaba para encontrar algo mejor.

El pobre muchacho, que no era tan inteligente, estaba desesperado; habló con un granjero amigo suyo; éste le hizo conocer a un pastor que, según atestiguaba todo el pueblo picardo, era brujo y tenía un grimorio como un cura. Es una observación cierta e infalible: cuanto menos brujos son los pueblos, más brujos hay entre ellos. Blutot fue en su busca. El granuja, tras haberse hecho de rogar, suplicar, conjurar y pagar, le dio un frasquito con un licor, ordenándole mezclarlo en la bebida de aquella cuyo corazón quería recuperar. Nuestro granjero cogió la ampolla y esperaba con impaciencia el momento de utilizarla; por fin se presentó.

Llegó una festividad parroquial; el cura invitó a ella a toda nuestra casa, y, para honrarnos, reunió a diversos gentilhombres y a varios curas; en la fiesta se encontraba el señor Blutot, así como su antigua amante. La comida fue copiosa, y nos sentamos a la mesa unas veinticinco personas; el pastor no cabía en sí de gozo. Como no había mujer o joven más bonita que Mlle. des Bercailles, pues todas las demás estaban pasadas, la coloqué entre el cura y yo, decidido a sacar partido sabiendo que la pichona no era novicia.

Su enamorado habría querido, desde luego, estar en mi lugar; pero si la espada cede el paso a la toga, un aldeano no debe tener contra ella únicamente celos. Blutot, que había traído su frasquito amoroso, trataba de derramarlo en la jarra en la que debían servir de

beber a mi amable compañera. No tuvo esa oportunidad, y, como el hombre pierde a menudo la cabeza por cualquier tontería, se precipitó tanto que vació todo el frasquito en un gran cántaro de seis a ocho pintas que debían servir con el postre. La comida fue bastante tumultuosa, el clero comió mucho, y bebió lo mismo, declamó contra los herejes e hizo el elogio de la cerveza; yo me dediqué a galantear a mi compañera, y no me costó mucho hacerla disfrutar de mis razones. Ella tenía experiencia; en este caso, una muchacha con un poco de temperamento os adelanta en la carrera del placer. Estábamos dispuestos y, de no ser por la compañía, que empezaba a disgregarse poco a poco, nos habríamos recogido en alguna alameda del jardín. No hizo más que posponerlo. Llegan los postres, aumenta la alegría. No hay nada más divertido que ver, una sola vez en la vida, esta clase de reuniones. Reconocéis en ellas la edad de oro, esa bella edad en que los hombres sin finura ni gusto se embriagaban de voluptuosidades sin sentirlas.

Nos sirvieron a todos un gran vaso del licor guardado en el cántaro en cuestión, una especie de ratafia⁹⁵ apropiada para que corriese la cerveza. Ni mi padre, ni mi vecina, ni yo lo bebimos, porque habíamos utilizado un vino de Borgoña que nuestros criados habían llevado. Tuvimos suerte: el señor predicador se arrepintió de no haber escatimado la dosis. Salimos y fuimos a la iglesia. Mi buena amiga estaba a mi lado; no era desde luego la situación que me habría gustado, pero era suficiente para el lugar.

El predicador empezó perfectamente, lo que decía estaba bien, y, como hacía el panegírico de una virgen, su sermón debía ser una exhortación a la castidad. No lo acabó.

Conviene subrayar aquí que el licor mezclado al mencionado cántaro había tenido tiempo de fermentar y de insinuarse en todas las partes de la supuesta ratafia: era una composición de una fuerza extraordinaria que producía dos efectos: uno, calentar la sangre y excitar un amor violento, y el otro igualar a la medicina más purgativa; todo ello de manera más rápida o más lenta según la constitución de los cuerpos.

El orador cristiano ya estaba animándose, echaba los bofes y nos dormía cuando la ratafia empezó a operar en él. Aguantó un rato: el segundo efecto del mismo licor fermentaba y se animaba gradualmente en la mayoría de los curas y de los que habían asistido a la cena; nada me ha divertido tanto como ver a santos eclesiásticos retorcerse en sus sillas y lanzar miradas de forma injuriosa a la amable virtud de continencia cuyo panegírico ya iniciaba el orador. Los aldeanos se reían para sus adentros de lo que veían, y su malicia natural no tenía entonces respeto alguno por sus directores de conciencia: después tuvieron menos todavía.

El Crisóstomo⁹⁶ de aldea, tras haber hecho un violento esfuerzo lanzando uno de esos patéticos «¡ay!» que llegan a estremecer las bóvedas de los templos, no fue lo bastante afortunado para contener dentro de sí la malignidad de la cruel ratafia, y la dejó escapar con ímpetu. Aquella desgracia le sorprendió; pierde la voz, corren, vuelan en su ayuda, un sudor frío invade todos sus miembros, lo creen muerto, pero en ese mismo instante los que ayudan a reanimarlo se dan cuenta de que está bien vivo, y sea por espíritu de

juerga, sea por algún otro principio, ordenan que inmediatamente se ofrezca incienso al Cielo y que se perfume la iglesia.

Todo el mundo se rió de la aventura, y los que más alegres parecían dieron a su vez motivo de risa a los demás. Sin embargo, se dio comienzo al oficio, y mi padre, que estaba presente, no pudo evitar preguntarme si me acordaba de la aventura de Constantino Coprónimo⁹⁷.

Apenas estábamos en la tercera parte del primer salmo cuando los dos chantres, atormentados por el testimonio interior de su necesidad, dejan rápidamente sus capas y en un momento están en el cementerio. Aquella especie de fuga sorprende, se miran unos a otros: dos curas ocupan los sitios vacantes, no han dado diez vueltas al coro cuando los contagiosos ropajes, semejantes a la túnica de Neso⁹⁸, los abrasan; se los quitan y los tiran, huyen de la iglesia y son seguidos por diez colegas suyos que sufren los mismos tormentos; el resto de los presentes se echan a reír, superándose unos a otros en carcajadas. Sólo el párroco permaneció inmóvil, la ratafia hizo su efecto inútilmente, e inútilmente lo inundaban los restos preciosos de aquel licor; se mantuvo firme en su sitio e imitó a aquellos antiguos senadores que, en medio del saqueo de Roma por los galos, permanecieron tranquilos en sus sillas curules y en ellas recibieron la muerte⁹⁹.

Los pueblos antiguos reconocían a los dioses por el buen olor que nacía bajo sus pasos; yo afirmo que ninguno de los que habían comido con nosotros habría tenido altares entre los paganos.

El efecto de la ratafia, o mejor dicho, del filtro, no había limitado su poder a dar fluidez a los heterogéneos cuerpos en los que se encontraba; también encendió la concupiscencia de los particulares en los que se había introducido. Vimos a varios que, en sus arrebatos amorosos, abrazaban sin distinción a todas las mujeres o muchachas que se ofrecían a su vista; deseaban más sin duda, y lo demostraban, pero eran demasiados, y la vergüenza les ataba las manos. La naturaleza es muy estúpida por ocultarse siempre para hacer su tarea más agradable: es precisamente cuando menos modestia se tiene cuando más se quiere tener. Fuimos testigos de cómo un viejo capellán de más de sesenta años, que sin duda había duplicado la cantidad de licor, o que lo hacía por costumbre, se puso a perseguir por un prado a una pastora bastante fea y mayor y con una vestimenta muy poco decente; gritaban tras él; la ninfa huía, el nuevo Apolo estaba a punto de alcanzar a su querida Dafne¹⁰⁰ cuando ésta se precipitó en un charco de agua cenagosa donde cayó tras ella el eclesiástico dios; le sacaron de allí lo mismo que a su ninfa totalmente cubiertos de barro en el que casi se habían metamorfoseado. ¡Qué espectáculo tan cómico, querido marqués! ¿Por qué no estaba allí Callot¹⁰¹? Hubiera servido para una de sus más bonitas fantasías. Era, sin embargo, el amor lo que provocaba todo aquel desorden. Si por un lado perturbaba el oficio de la iglesia, no molestaba por el otro mis pequeñas intrigas particulares. Así nunca pierde nadie sin que otro no gane.

Me había apartado con el propósito de no perderme. Mlle. des Bercailles vino a

reunirse conmigo. Fue en un sendero de un bosquecillo extremadamente tupido. Allí, podría decirse, la amorosa hiedra abrazaba al olmo; allí una joven parra tapizaba las paredes de tilos y sicomoros; allí se oía el murmullo de una onda argentina y los conciertos de los pájaros suspiraban sus tiernos afanes; podría recargar este cuadro y repetiros todas esas descripciones gastadas que los poetas se pasan de mano en mano, pero, si no había perdido tiempo en mi expedición, ¿debo hacérselo perder añadiendo a ella circunstancias? Llegamos, la hierba era alta, nos tumbamos en ella; la hermosa estaba animada, yo lleno de ardor, Venus da la señal, el pudor desaparece, el amor nos cubre con sus alas; el tiempo apremiaba; no le hicimos esperar; se forma la nube, el cielo se oscurece, brama el trueno, cae, y todo está consumado.

Volvimos a la casa del cura, y en el camino mi hermosa ninfa me repitió que estaba encantada de que yo fuera gentilhomme. Palabra, marqués, y sin vanidad, con ella había igualado yo al campesino más vigoroso. Nadie preguntó de dónde veníamos, cada cual estaba ocupado en preparar sus cosas para irse; veo el dormitorio del cura abierto, entro en él, Mlle. des Bercailles me sigue; la cama estaba bien provista, era muy blanda y parecía invitar a algo. Tenía sin duda alguna virtud particular, o quizá había catado la ratafia, pero al verla me volví como uno de los curas; mi vecina se dio cuenta; las ventanas se cierran, se echan las cortinas, la puerta queda atrancada y yo empiezo a practicar lo que en semejantes casos tales precauciones impulsan a hacer. El lugar y la posición hacen mucho; disfruté de mil placeres; en cuanto los pedía, me los variaban; me embriagaba, y, al sumirme en aquella dulce voluptuosidad, la veía nacer en los ojos de la que era su madre. ¡Cuánta mayor satisfacción hay en gozar de un fruto prohibido y en un sitio en el que hasta una cosa permitida tendría un picante particular! ¡Cuántos elogios hice a la joven damisela! ¡Cuánto contento me dio ella! Bajamos después de habernos reído a carcajadas de la aventura del clero y nos prometimos que no sería la última vez que hablaríamos de cosas interesantes. La historia de aquella parroquia hizo mucho ruido en el cantón, se divertieron con ella como era de rigor, y desde entonces se pregunta a los curas que aparecen en fiestas parecidas si van a beber ratafia.

Durante los ocho o diez días que aún estuve en la región, no pasé ninguno sin charlar con mi padre de aquella farsa y sin visitar al señor des Bercailles; el buen gentilhomme venía puntualmente a nuestra casa para cortejar al vino de Borgoña acompañado por su heredera, a quien yo hacía algo más; finalmente nos marchamos y, tras haber manifestado en varias ocasiones a mi joven amante el disgusto que tenía por abandonarla, y de haberle hecho algunos regalos, la dejé, quizá con el esbozo de un pequeño consejero que, a su debido tiempo, podrá ser mirado por el señor gentilhomme como la galantería de algún príncipe de sangre o de algún monarca.

Ya estoy de nuevo en París. Volvamos a Rozette y a su estudio de los libros que yo le había enviado y del papel que ella debía representar. Nada más llegar, envié en busca de Laverdure para ser informado de lo que había hecho en mi ausencia.

Rozette, que se había tomado muy a pecho salir del lugar en que estaba encerrada, y

que había imaginado que el estudio de los libros enviados por mí debía contribuir infinitamente a ello, se había entregado a su estudio por entero. Sacó notable provecho. Un día que estaba absorta en esa meditación entra una religiosa. Las monjas son mil veces más curiosas todavía que las mujeres de mundo; cuantas menos cosas deben saber, mayor impaciencia ponen en enterarse. ¡No es nada sorprendente que les sea tan difícil a las religiosas vivir felices! Quiso saber qué libro causaba las profundas reflexiones en las que Rozette parecía sumirse con tanto afán. Rozette se negó; la monja no tuvo sino mayores deseos; lo pidió con vehemencia, le fue negado en broma; su curiosidad se irritó y fue empujada a tal punto que en su arrebató hizo cuanto pudo por arrancarle el libro a Rozette. Entonces le fue negado con toda franqueza, y se desesperó al verse despreciada incluso. ¡Ah!, ¡de qué manera ha de cumplir con su deber la santa venganza! La hermana Santa Mónica, tal era su nombre, da la alarma en el convento, cuenta a todas con las que se cruza que ha visto algo que hace temblar (¡desde luego no había visto nada!), que la joven encerrada en la habitación roja había sido sorprendida por ella leyendo un libro espantoso, abominable, cubierto de negro con llamas amarillas encima, que aquel libro era un libro de magia, que contenía el fin del mundo, que hacía venir al diablo, que se trataba de Alberto Magno¹⁰² o quizá de un ritual o un grimorio. La superiora tiembla ante este relato, todo el convento se espanta, hacen sonar la campana, se reúne la comunidad, hablan, discuten, deliberan, opinan, deciden: ¿sobre qué? Absolutamente sobre nada, porque nada se había propuesto; mandan aviso a un gran vicario, éste viene, le cuentan el caso, él sonríe y sube al cuarto de Rozette, le pide sus libros, ella se los entrega, ¡y encuentra en sus manos una obra jansenista! Se le pregunta si es del partido de los apelantes¹⁰³, responde que sí con firmeza, y que lo será siempre. La pobre muchacha creía que quien así la interrogaba formaba parte de la intriga, y que había llegado el momento de interpretar su papel. El gran vicario, hombre inteligente, le dijo que estaba encantado con sus sentimientos y que el partido de los apelantes estaba muy bien apoyado por personas de la misma reputación que ella en el mundo, y en tono irónico le preguntó si entre sus compañeras había un gran número de afectas a la buena causa. Rozette comprendió su error, y dio una réplica que no desagradó al eclesiástico; ordenó que la cuidaran y que sólo le dieran buenos libros; se apoderó de los volúmenes jansenistas y se los llevó.

Sin embargo, las religiosas seguían sin saber qué era aquel grimorio motivo de sus alarmas. Hicieron cuanto pudieron para enterarse a través de Rozette; ésta, para desesperarlas, se negó en redondo a darles satisfacción; ellas se enfurecieron de modo extraordinario y le habrían prohibido todo consuelo desde ese día si el gran vicario no les hubiera recomendado al marcharse que no inquietaran a su pensionista. No se les prohibía, sin embargo, dejar aquel desprecio sin una señalada venganza. Para empezar, se negó a Laverdure la entrada al convento durante varios días; sólo tras haberse enterado de la causa pidió él hablar con la hermana Mónica; le dijo que era él quien había llevado los libros que Rozette leía y que esos libros eran los *Viajes* de Paul Lucas¹⁰⁴, que

era una cabezonada de su parte no haber querido enseñárselos, que, prueba de que no eran malas obras, era que el señor gran vicario no había encontrado nada demasiado censurable. Una vez satisfecha de este modo la curiosidad de la monja gracias a la astucia de Laverdure, se le permitió hablar con Rozette, que empezaba a impacientarse: todavía no había llegado el momento.

Desde hacía unos días Laverdure se había ausentado de casa de su amo, que se había dado cuenta. El presidente quiso saber el motivo y en qué intriga andaba metido su criado; no había podido sonsacarle nada que fuese cierto. Por fin se le ocurrió hacerle seguir: tras muchos afanes fue informado de que se vestía de mujer e iba de vez en cuando a la comunidad de Sainte-Pélagie. El señor de Mondorville finge naturalidad con Laverdure y decide darle un buen susto. Para ello le dice una mañana que podía pasear todo el día tras haberle encargado unos recados, y que sólo tenía que ir por la noche a casa de la marquesa de SaintLaurent a esperarle. El criado aprovechó la libertad que se le concedía y hacia su hora habitual se dispuso a visitar a Rozette. El presidente, que tenía un espía de confianza, fue avisado de que su granuja, vestido con la indumentaria femenina, estaba en camino para ir a Sainte-Pélagie; escribe inmediatamente a la superiora que un hombre disfrazado de mujer se había introducido en su comunidad y que el lobo podía causar un gran estrago en la casa del Señor. Que aquel hombre cometía un crimen tan grande desde hacía varias semanas. La priora recibe la advertencia y tiembla al leerla, avisa al comisario, éste se traslada cuanto antes al convento acompañado de arqueros y detiene a seis personas que estaban entonces en el locutorio. Por desgracia, encontraron a una a quien su aire poco femenino la hizo sospechosa de haber querido disimular su sexo. La interpelan, la arrestan a pesar de su resistencia y de las protestas que hace de ser mujer de honor y no haber hecho nada que pueda ponerla en poder de un comisario. La llevan a rastras a un lugar retirado: había que oír los gritos que lanzaba esta nueva Lucrecia cuando un sargento se vio en el deber de verificar la acusación contra ella. En tal circunstancia no hay nadie que se defienda mejor que aquellas a las que sería imposible cogerles nada. Finalmente, dando un gran grito, el interrogador aseguró a todos los reunidos que Mme. Bourut (éste era su nombre) no era un hombre y que su fisonomía había sido la causa del engaño. Esta vez el comisario no hizo una investigación más amplia y se dispensó voluntariamente de una pesquisa en toda regla. Se limitó a visitar la casa, no encontraron nada sospechoso, y la justicia se retiró después de haber advertido a la superiora que, en circunstancias semejantes, no había que alarmarse demasiado, y que por un simple aviso no se ponía a tantas honradas gentes en movimiento para un asunto en que no se le pagaban los gastos. La compañía se retiró y el señor presidente, informado del rumor que había llegado a Sainte-Pélagie, estaba esperando a que vinieran a preguntarle por Laverdure cuando éste entra con su aire tranquilo y resuelto y da cuenta de lo que se le había encargado. El señor de Mondorville, sin hablarle de lo ocurrido, sentía gran curiosidad por saber cómo había escapado de aquel mal paso. Sin duda, vos, querido marqués, sentís la misma curiosidad;

no le había costado nada salir del apuro, porque no se había encontrado en él. Y lo que pasó fue lo siguiente: una pequeña desgracia del azar nos salva muy a menudo de grandes infortunios.

Laverdure, disfrazado como de costumbre, iba de camino a visitar a Rozette. Conviene que sepáis, querido marqués, que el muy granuja estaba algo enamorado, y que, mientras cumplía con toda exactitud mis órdenes, avanzaba en lo suyo; dos motivos muy poderosos le guiaban: el interés y el amor; no es sorprendente que fuese tan animado a cumplir mis órdenes. En su camino topó con dos jóvenes que, con la cabeza algo acalorada por el vino de Champagne, cuyas picantes dulzuras habían probado en abundancia, le pararon y, tras haberle mirado un rato, creyeron encontrar en él a una diosa de las más encantadoras, y, en consecuencia, querían que su divinidad los llevase a un templo donde pudieran hacerle ofrendas proporcionadas a sus méritos. Como veis, marqués, la venda que Baco pone en los ojos de los mortales es más tupida todavía que la del amor; la una impide ver, pero la otra hace ver turbio; no hay nada tan pernicioso como una luz falsa.

Laverdure se defendió en vano, soportó los cumplidos más lisonjeros, se vio objeto de los epítetos más tiernos, me confesó que, aunque de un sexo que no suele entender de cumplidos y que no hace más que decirlos, había sentido la tentación a que se expone una mujer bonita cuando la galantean. Como no podía librarse de sus manos y temía que afectasen demasiado a la mujer de honor, no llegó a examinarse demasiado de cerca aquel honor, que como cualquier otro pierde a menudo con el examen; invitó a los dos caballeros a ir a descansar a su casa; aquellos jóvenes emprendedores le habían pedido ese favor, de forma que lo mejor que podía hacer era concedérselo. Subieron a un fiacre y el cochero recibió la orden de llevarlos a un lugar que él dijo. Dejemos de pensar por un momento que Laverdure es un criado e imaginemos que ese incidente le ocurre a un amigo nuestro. Nos interesará más.

¡Qué cara tan divertida la de nuestro hombre en ese momento! Ya me imagino a esos jóvenes acariciándole, abrazándole, diciéndole palabras galantes; y a él defendiéndose de un beso de uno, apartando las manos libertinas del otro, aunque hubiera podido volverlos muy prudentes dejándoles durante un minuto toda la libertad de no serlo. Para unos era muy divertido creerse en posesión de cosas deseables y de querer apoderarse de ellas, y para el otro lo era defender con toda seriedad aquellas cosas deseables que no habría defendido tan bien si hubiera sido su dueño. Hacemos por la mentira lo que no tendríamos el valor de hacer por la realidad.

Llega por fin el grupo al lugar indicado, la casa donde Laverdure solía ponerse las ropas para travestirse; vivía en ella una de sus primas, muy a la moda de París; recibió muy bien a los recién llegados y en un momento les hizo perder la violenta pasión que habían concebido por el guapo Adonis encontrado. Se ofreció refrescos a aquellos señores, que los necesitaban e hicieron bastante gasto. Mientras tanto, como las tentaciones que les habían acompañado en el carruaje habían aumentado, quisieron a

favor de la colación bromear sobre la oportunidad que se había presentado y, de allí, tratar a fondo la materia. Laverdure se había prometido seguir adelante con la aventura, pero hasta un punto en el que su pariente no tuviera que transgredir las conveniencias. Viendo, no obstante, que su prima no tardaría en verse obligada a defenderse a viva fuerza y, sabiendo que una mujer nunca tiene la ventaja cuando el ataque es de larga duración, se retiró a la habitación vecina y, tras quitarse su indumentaria femenina, reapareció ante los ojos del grupo como hombre, y con su repentina presencia asustó a los invitados. Armado con una especie de cuchillo de caza que nunca se había utilizado, avanza hacia aquellos caballeros y con palabras coléricas les ordena salir inmediatamente so pena de verse tumbados en el suelo. Nuestro hombre es valiente, querido marqués, y, si le creo, hizo temblar a los dos jóvenes, que bajaron precipitadamente de una casa donde tan mala recompensa les preparaban por los gastos que habían hecho para ser bien recibidos. Laverdure, que tal vez mienta y se las dé de valiente pasado el peligro, me asegura que los persiguió hasta la calle; quizá fuera de palabra, y entonces el lance puede resultar bastante verosímil. En definitiva, salió con bien de la intriga con aquellos jóvenes; su prudencia y el azar le salvaron ese día del infortunio que su amo había maquinado contra él.

El presidente, disgustado por no haber tenido éxito, mandó que siguieran espíandole. Al día siguiente Laverdure fue a encontrarse con Rozette, a quien contó su aventura aumentando sin duda su audacia y coraje. Después de la victoria, el soldado más cobarde tiene derecho a hacer su propia alabanza. Esa tarde estuvo menos tiempo que de costumbre y, para suerte suya, evitó una inspección que los criados del convento hicieron a raíz de un segundo aviso anónimo que les había enviado el presidente. Durante varios días no pudo ser descubierto; si hubiera sospechado que le preparaban una jugarreta, nunca le habrían cogido. La venganza vela, y la simpleza suele dormirse fiada en su inocencia.

Al fin, el presidente, irritado por no poder atraparle, siguió en persona a su criado, y, tras verle entrar en el convento, mandó aviso al comisario, a la superiora y a una compañía de vigilancia, y descubrió que era Rozette la visitada. Ya no hubo la menor duda. Cuando quiso salir, Laverdure vio cierto tumulto y que le miraban de cerca, sospechó que la inspección hecha en el convento días antes, y de la que había oído hablar, podía ir contra él; tuvo miedo, pero no perdió la cabeza; se figuró que la jugarreta venía de su amo y, después de relacionar diversas circunstancias, quedó convencido. Pensó en escapar, y luego en vengarse. En un instante se quitó sus prendas de mujer y se encontró vestido con una pequeña camisola blanca y con un gorro bordado que por casualidad tenía en el bolsillo; se lo puso en la cabeza y pasó por en medio de la guardia y de las monjas como alguien que hubiera entrado por curiosidad o como un jardinero de la casa; hablando incluso con un sargento, le dijo como confidencia que el hombre que se había introducido era un caballero de condición, y le declaró, como secreto, que su nombre era presidente de Mondorville, que estaba enamorado de una monja. El sargento

se lo dijo al comisario, quien, con este aviso, resolvió toda dificultad, mandó abrir las puertas y se retiró recomendando a las religiosas que guardaran secreto sobre el caso; a las gentes de toga no les gusta tener problemas entre ellos. De no ser por esta estratagema, Laverdure se habría quedado dentro del convento, donde habrían podido descubrirle. El pretendido secreto se divulgó, y todos quedaron tanto más convencidos de la verdad del caso cuanto que se había visto la carroza del presidente parada en una calle vecina, precisamente durante la expedición del comisario. Laverdure disimuló con su amo, que no se atrevió a hablarle de la aventura.

Las monjas, cuya curiosidad había excitado Rozette de forma tan cruel, aprovecharon la ocasión y, como tenían motivo para castigarla, lo hicieron con avaricia: se habían encontrado las ropas en cuestión en el locutorio y habían reconocido el disfraz con el que alguien venía desde hacía bastante tiempo a cortejar a Rozette; la pobre muchacha fue encerrada en un cuarto oscuro a pan y agua, y allí permaneció hasta que al fin, por medio del señor Le Doux, salió del convento para no volver a pisarlo sin duda en toda su vida.

El presidente no pudo contenerse cuando oyó que en la buena sociedad se aseguraba que se había vestido de mujer para raptar a una joven de Sainte-Pélagie, y que las religiosas lo hacían público: al principio se enfadó, luego se lo tomó a risa. Fue entonces cuando quiso saber todo por su criado, que se lo contó fielmente; el granuja sentía halagado su orgullo por haber ideado intrigas contra su amo; recibió el perdón; pero al presidente le costó mucho más no enfadarse conmigo por no haberle confiado mi secreto y haberle expuesto a lances de los que había salido mal parado. ¡Ah, querido marqués, qué disgustado estaba por no haber tenido éxito! Cuanto más serio se ponía cuando le hablaban de su presunta expedición conventual, tanto más me divertía yo a su costa. Así resultan burlados a menudo los que quieren burlarse de los demás. No se aventura uno a hacer el bien a alguien, hay que temer todo si le preparamos emboscadas.

La horrible situación en que yo sabía a Rozette me desesperaba. Recurrí al señor Le Doux. En privado, y tras dejarle varios estantes de mis anaqueles llenos de botes de mermelada, le expuse mis penas. Le conmovió el tono patético que empleé. Los devotos tienen el alma tierna y cuando se ha encontrado una vez el camino de su corazón, puede uno estar seguro de hacerle realizar las cosas más difíciles. Empecé por declararle que, por ser el mejor amigo de mi padre y de nuestra familia, debía convencerle en esta ocasión para impedir un escándalo que yo estaba decidido a cometer. Viendo que mis palabras no causaban una impresión bastante viva en su espíritu, le conté que Rozette se hallaba en ese momento en la situación más espantosa. No le oculté que la culpa era mía, pero, aprovechando la circunstancia de los libros encontrados en su cuarto y de la confesión que había hecho de su adhesión al partido de los apelantes, di a entender al señor Le Doux que habían aprovechado el lance de Laverdure para castigarla por la primera aventura, y que la joven sufría entonces por la buena causa. Para acabar de decidir a mi devoto, le rogué informarse de la verdad de lo que le decía, y le di todas las

aclaraciones necesarias; me aseguró que su protección sería el fruto de la verdad que yo le habría expuesto. Prometió que me respondería sin falta dentro de tres días. Yo le abracé; él quedó encantado; y al darme las gracias me dijo que sería muy dichoso si podía ganar un alma tan hermosa para el Señor, y que no perdiese la esperanza.

Cuando se trata de consolar a sus hermanos, todas las gentes de partido son muy ardientes. Cuando me dejó, el señor Le Doux fue a constatar la verdad de lo que yo le había contado; y aunque no pudo informarse de todo en un día, no abandonó su resolución.

Mientras se maquinaban y se hacían estas pesquisas en favor de Rozette, me entretuve con una dama bastante conocida en sociedad por su gran fervor, y que, a pesar de sus veintinueve años, ya ha hecho alarde de la devoción más eminente.

Paso por alto a una mujer de cincuenta años, que tiene el orgullo de querer hacerse notar por abandonar el carmín y los lunares, de ponerse bajo la dirección espiritual de un hombre célebre, de aparentar, en fin, que quiere abandonar el mundo. Pero a una viuda que aún no ha cumplido los treinta, inteligente, con hacienda, gracia y belleza, y que puede seducir al público, no le perdono que vaya a encerrarse en un grupo de santurronas o directores de conciencia. ¿Qué es lo que pasa? Tal mujer dice al mundo que lo deja, para que el mundo le insista en que se quede; pues bien, ese mundo le toma la palabra, y entonces ella se encuentra obligada a hacer por pique lo que en el fondo de su desesperado corazón ha de practicar en el exterior; por eso, querido marqués, una virtud así esta muy sujeta a verse desmentida: un soplo la altera, y, habituada a sostenerse únicamente por la vista de los que la admiran, si se encuentra a solas consigo misma, vacila; os aseguro que cae, si alguna vez se encuentra frente al placer.

La señora de Dorigny¹⁰⁵ era, desde hacía un año, modelo de edificación; el buen aroma de su caridad se había difundido por todo el Marais. Yo la veía desde hacía un tiempo, y ella había tenido la bondad incluso de llevarme a los escogidos sermones del padre Regnault¹⁰⁶, esos sermones que se predicán en las afueras de París, donde se elige adrede una pequeña iglesia a fin de que se llene.

Una tarde que había merendado con ella, se puso a hablar mal de varias damas conocidas más de una forma que me pareció indigna. Olvidé entonces los encantos de sus ojos, los atractivos de su persona, y sólo vi, indignado, que fingía hacerme contemplar la mano más hermosa del mundo mientras ponía particular empeño en servirme varias veces los platos más delicados. Empecé desde entonces a sentar los fundamentos de un castigo que pudo ser tanto más sensible para ella cuanto que la privaba durante un tiempo de una satisfacción por cuyo goce había sacrificado su ficción de virtud y esas hermosas apariencias que sólo engañan a los necios. No sabiendo adónde ir tras dejar al señor Le Doux, me hice llevar a casa de esta devota; su portero me dijo que la señora no estaba visible. Insistí, fueron a decirle mi nombre. Tuve permiso para entrar; salió a mi encuentro con un vestido corto, pero hecho de una de las telas más bellas, con adornos sencillos, pero de punto inglés y con vueltas de lo mismo,

aunque en una sola hilera; la lozanía de su cara y la serenidad que reinaba en ella eran la imagen de la paz de su corazón; no debía tardar mucho la turbación en excitar en ella una cruel tempestad. Traía en las manos un grueso libro encuadernado en tafílete negro, me dijo que con mi permiso iba a terminar sus horas menores¹⁰⁷; me parecieron muy largas. Examiné mientras la esperaba el mobiliario, que era de un gusto exquisito. Recorrí con la vista aquel gabinete donde brillaba un lujo estudiado, y donde por todas partes veía muebles que no habían sido inventados para la mortificación. Sólo los mundanos ignoran el arte de procurarse las verdaderas comodidades de la vida.

Acabado el oficio, mi amable devota se reunió conmigo y, con un aire casi atolondrado, parecía decirme que no por ser una santa era menos encantadora. Nuestra conversación giró sobre la conducta que se observaba en la buena sociedad, sobre los espectáculos, los círculos, las partidas de placer, etc., todo para tener ocasión de hablar mal y, mientras tanto, oír contar su historia. Sobre el tapete se pusieron las aventuras galantes de Mme. de Brépille, de Mme. de Selrez y de varias más, se habló de las mías, y se me dijo con aire amistoso que yo no podía, en conciencia, enseñar mi cara, porque era capaz de provocar deseos. De hecho, ya los había excitado en Mme. de Dorigny, sus ojos me lo decían, y desde ese día sólo de mí hubiera dependido tener la confirmación; sus miradas me dijeron que me amaba, que me lo declaraba; las mías fueron lo bastante bárbaras para no devolverle su declaración. Me habló de un libro que, por lo que decía que había oído decir, hacía mucho ruido en el mundo; me lo pidió, le respondí que lo tenía, pero que estaba escrito con demasiada libertad y que se escandalizaría; pareció compartir mi opinión, pero volvió sobre él tras un rodeo para saber si todo el libro era del mismo estilo. Le contesté que había pasajes que cualquier persona podía leer: «Son esos pasajes lo que quiero examinar», contestó ella, «para decidir si esa obra está tan bien escrita como publica la fama, que siempre exagera». Yo sí que no exagero cuando os declaro, querido marqués, que mi devota ya no era dueña de sí misma. Le prometí enviárselo a la mañana siguiente; ella lo exigió para aquella misma noche. Hice que se lo llevasen, pero no sin deslizar maliciosamente entre sus páginas dos estampas capaces de encender unos fuegos que una joven viuda debe sentir con más violencia porque aún guarda en su alma las últimas chispas.

Volví al día siguiente al salir del palacio de Justicia para saber si mi libro había gustado; lo sabía, por supuesto; me dijo que sólo había leído cuatro páginas, pero que estaba bastante contenta; no me engañaba con su ingenuidad, estoy demasiado convencido de que una mujer no reserva nada cuando entra en la carrera del goce. Me invitó a comer. No me hice de rogar: despedí a mi carruaje. Me alabaron mucho la inteligencia de cierto eclesiástico que debía hacernos compañía. Llegó; sólo encontré una especie de beato; seguro que únicamente brillaba cuando estaba a solas a la mesa; su inteligencia no era una inteligencia de tres cubiertos.

Nuestra comida fue de lo más sensual; el café que la siguió me olía a gloria; si fuera por mí, querría que una mano devota se encargase de todas mis necesidades. El tercero

perjudicaba la conversación que Mme. de Dorigny y yo debíamos tener; ella alejó piadosamente al santo varón enviándolo a llevar consuelo a la otra punta de París a varios enfermos. La joven viuda derramaba con una mano beneficios, con la otra llamaba al placer y apartaba los obstáculos. Todas las pasiones tienen su política particular, pero la más segura es la que se cubre con la apariencia externa de haberse reformado.

Estaba sentado junto a Mme. de Dorigny; bien por negligencia, bien porque faltaba un alfiler, debajo del pañuelo de su cuello se veía parte de un pecho de una blanca resplandeciente. Le hice un cumplido sobre él; ella se ruborizó; su chinela de color negro era tan pequeña que apenas podía servirle: un ligero movimiento provocó su caída, yo la recogí y no pude dejar de lanzar una exclamación sobre una pierna cuya finura había percibido. Se me rogó que pasara por alto aquellas cosas. De la pierna al pecho, del pecho a la mano, de la mano a la cintura, toda su persona era para mí ocasión de un elogio; poco a poco nuestra conversación se animó, y cada una de las cosas cuyo panegírico hice servía para encontrar en tal o cual dama conocida nuestra un defecto opuesto a aquella perfección; me sorprendió, y si interpreté el papel de apasionado fue para castigar a la hermosa maledicente. Por último, de una cosa a otra, después de haberle besado la mano, osé acercarme a su pecho y a su cara, ella quiso desviar la intentona, pero su boca bermeja, que no quería saber nada de semejante defensa, recibió las pruebas de mi ardor que no estaban destinadas para ella. Un beso exige otro, y el segundo encontró menos resistencia; después de haberme dejado el tiempo necesario para lanzar un brillante ataque, con la peor voluntad del mundo y la mayor malicia redoblé mis esfuerzos; sin comedimiento alguno, levanto a Mme. de Dorigny entre mis brazos, la transporto hasta una tumbona de su gabinete, cierro la puerta y le pido de rodillas perdón por una ofensa que nunca ha ofendido a ninguna mujer. La hermosa abre blandamente los ojos, la languidez se los cierra y, lanzando un suspiro, me dice con voz tierna:

—¡Ah!, querido consejero, ¡me condeno!

—¡Y yo me salvo! —exclamé, y al punto corro a la puerta para irme¹⁰⁸.

Esa frase la despertó. Imaginad la ira que la dominó entonces; en un instante el fuego centelleó en sus ojos y la cólera fermentó en su corazón; tras levantarse furiosa, avanzó hacia mí para abrumarme a reproches. Yo no había conseguido abrir el gabinete, porque había un resorte secreto. Hice de la necesidad recurso; me vuelvo hacia ella y le digo riendo que lo que había hecho era una broma; como no atendía a mis razones y exigía una reparación, la miré con ternura; ella me miró igual, las lágrimas corrieron de sus ojos. ¿Qué corazón no se hubiera enternecido? Me acerco a ella, vuelvo a cogerla entre mis brazos, y, en las efusiones de mi arrepentimiento, le hice comprender que para ella era una suerte que yo hubiera incurrido en falta y que mi falta era la más feliz del mundo. ¡Ah, marqués, qué delicias gocé! Bendigo mil veces el afortunado resorte que me obligó a gozar de mi felicidad. Pasé dos horas gimiendo por mi falta, y no abandoné a mi

hermosa sino después de haber obtenido su perdón duplicando y triplicando mis obras satisfactorias¹⁰⁹.

Me retiré por la noche con la promesa de volver. No he dejado de hacerlo desde entonces, y con la mayor frecuencia que he podido; he conservado el gusto por la penitencia, y Mme. de Dorigny lo conserva por la voluptuosidad, la crítica y los melindres. Después de todo, habría sido un gran necio si no hubiera aprovechado mi aventura; habría castigado la maledicencia pero no hubiera destruido el mal y me habría privado de un placer indecible; aprovechemos la ocasión, y por mortificar a los demás no nos prohibamos el placer, su flor no dura más que un día, insensato aquel que la deja perecer sin haber probado sus dulzuras.

Por fin el señor Le Doux estaba seguro de la veracidad de mi informe, y ya no tenía duda alguna de que mis acusaciones eran justas. Él había encontrado la manera de hablar con Rozette, que esta vez no se había entregado de golpe: con sus respuestas se había hecho entender por su futuro liberador, que le prometió volver a verla. Con ese espíritu de satisfacción, el santo varón vino a verme y a darme seguridades de que me serviría, confirmándome que esa misma noche estaría en condiciones de llevar buenas nuevas a la prisionera. Gracias a ciertos amigos, el señor Le Doux había conseguido una orden del señor teniente de policía para hablar con Rozette a voluntad. También había hecho algún intento con mi padre, que no había querido oír absolutamente nada. En esta circunstancia, su señor director de conciencia no había tenido más privilegios que un simple amigo.

La visita debía producirse esa misma noche, hice cuanto estuvo en mi mano para que mi protector se decidiera a dejarme acompañarle, para hablar con Rozette; él se negó, y, si al fin lo conseguí, fue a pesar suyo, pues se lo debo a Laverdure.

Después de la cena yo estaba triste y pensativo. El presidente me envió a su criado de confianza para preguntarme si quería hacer de mediador con Mme. de L'Écluse. Vos la conocéis, querido marqués, es la esposa, según dicen, de un oficial, y organiza juegos en su casa para diversión de los demás y para provecho propio¹¹⁰. Allí pueden encontrarse hombres de bastante calidad y mujeres bastante libertinas. En la casa misma no ocurre nada, pero es estupendo que haya en París ciertos lugares donde fácilmente se puede ver a personas hermosas sin escándalo, y elegir entre ellas como uno quiera sin tener la reputación y la apariencia de buscar por necesidad. Mandé responderle que iría sobre las ocho. Él estaba informado de que a la casa acudía desde hacía poco una joven provinciana que venía a París a solicitar un proceso. Así es mi corazón, ávido de todo, y en amor y en voluptuosidad se parece a esos niños que quieren todo lo que ven.

Mientras tanto, yo había hablado con Laverdure sobre la manera de ver a Rozette. Le había hablado de la visita que ese mismo día debía hacer al señor Le Doux. No había nada tan sencillo, en su opinión, como acompañarle, y me dijo lo que pensaba. Podría pensarse que este muchacho tenía la cabeza llena de estratagemas y que, nuevo Mascarilla¹¹¹, variaba sus recursos al infinito. Sólo tiene un camino; sólo conoce una

manera de salir con bien de una intriga; aunque siempre sea la misma, la misma le sale siempre bien; con él no hay la sorpresa de la invención, sólo la del éxito. Me puse en sus manos. Se había disfrazado para hablar con Rozette y consideró oportuno que también yo me disfrazase para gozar del mismo favor. Me aconsejó vestirme de eclesiástico y utilizar el mismo hábito que el señor Le Doux, sin preocuparse de cómo llevaría adelante lo demás. Aceptada su decisión, escribí de inmediato a un abate amigo mío, doctor de la Sorbona, que me enviase una sotana, un manto largo, un alzacuello¹¹² y el resto de la indumentaria; sin sospechar el uso que yo pensaba hacer, e incluso sin dignarse informarse, me hizo llegar lo que le había pedido. Todo fue llevado a la habitación de Laverdure; allí me vestí de eclesiástico; la peluca que cubría mi pelo tenía un aire decoroso, pero parecía estar peinada y arreglada por las manos de la regularidad; el gorro que cubría una parte de ella era muy reluciente y brillaba con afectación; en fin, mi apariencia exterior era sencilla y rebuscada, y todo mi aspecto, salvo mis ojos, que siempre son libertinos, era el de un santo director de conciencia, joven, cierto, pero precisamente por eso más querido por las buenas almas.

Bajo esa nueva forma, no iba yo totalmente de prestado, pues durante varios años llevé alzacuello en Saint-Sulpice, y los maledicentes han atribuido a eso el fondo de galantería que constituye mi patrimonio. Me metí en una silla de portadores y Laverdure me siguió a Sainte-Pélagie. Se informó de si no había entrado un eclesiástico de tales y cuales señas, le dijeron que estaba allí desde hacía media hora. Preguntó después si no estaba allí su amo, le replicaron que no conocían a su amo; entonces, fingiendo encontrarse en un aprieto, dijo que le reñirían; que su amo era el señor de Calamort, abate de una abadía que él mismo instituyó súbitamente, y que él debía de estar con el eclesiástico que había entrado, ya que tenía un permiso del señor teniente de policía para visitar también el convento. Tras decir eso, salió para decirme que entrara.

Él me precedió diciendo a la tornera: «Hermana, aquí está mi amo, llevadle al locutorio donde está el digno señor sacerdote que ya ha entrado». La buena joven abrió la puerta. Avancé no sin temblar y sin reír al mismo tiempo. A mi paso fui examinado por varias religiosas o pensionistas a las que no miré por temor; el convento hizo honor a mi modestia. ¡Qué sorpresa la del señor Le Doux al verme!

—¿Qué hacéis, señor consejero? —exclamó—, ¿queréis perdernos?

Por suerte no había nadie que pudiera oírnos. Rozette tuvo un arrebató de alegría: de no ser por lo que acababa de decir el santo varón, le habría costado reconocerme.

—Paz —dije al director de conciencia—, lo hecho hecho está, se trata de no dar un escándalo.

Quiso sermonearme, pero le hice ver la inutilidad de su sermón y que estaba fuera de lugar. Le dije a Rozette las cosas más vivas y más expresivas, le di una carta que ya estaba preparada, en la que le advertía que al día siguiente haría todo lo posible para volver. El señor Le Doux, que estaba sobre ascuas, terminó la conversación y la visita dando palabra a Rozette de que dentro de tres días no dormiría en Sainte-Pélagie, y

exhortándola a recogerse y a mantenerse en sus buenos sentimientos. «Siempre hay posibilidades con las personas inteligentes», me decía M. Le Doux, «sólo desespero de los necios, y esta chica tiene mucha inteligencia».

Salimos, y al salir fui contemplado por algunas monjas a las que por lo visto les gustaban los eclesiásticos de figura placentera. Despedí a mis portadores y monté en un fiacre. Fue entonces cuando tuve que soportar las amonestaciones más razonables y legítimas. Abandonando el carácter de su apellido, el señor Le Doux¹¹³ me trató con dureza, me reprochó que profanara el hábito eclesiástico, que le convertía en cómplice de un crimen horrible, y que, pues yo no tenía ni cabeza ni religión, no volvería a verme, que advertiría a mi padre de mi conducta y que abandonaba a Rozette. Este último punto me conmovía más que todos los otros.

Le pedí excusas, le prometí ser más comedido e hice tanto con mis alabanzas que se calmó, sobre todo cuando le reproché que no era justo que una joven que sufría por la verdad siguiera sufriendo más tiempo por mi imprudencia.

Lo dejé en su domicilio. Me cambié rápidamente de hábitos en cuanto llegué a casa de Laverdure. Lo divertido es que el cochero, a quien pagaba generosamente, me dijo, saludándome con aire malicioso, que no era yo tan malvado como cierto día en que le había dado una paliza, y que grande era la gracia del Señor conmigo al hacerme sacerdote; y al subir a su pescante añadió que me deseaba una buena parroquia. Era el granuja de cochero que me había llevado a casa de Rozette dos meses antes y que mi padre había encontrado peligrosamente enfermo en la Villeneuve¹¹⁴.

Eran casi las ocho cuando visité a Mme. de L'Écluse; encontré en su casa a varias mujeres hermosas y al presidente, muy ocupado con una de ellas. Contento y jovial por el éxito de la empresa que acababa de realizar, yo comunicaba mi alegría a toda la reunión. Hice locuras incluso, hasta el punto de que una dama de más de cuarenta años y muy seria se enamoró de mí. Fue ella la que tomó la iniciativa, pues palabra que yo no tenía la menor tentación de responderle; ya llegará el tiempo en que, para desgracia mía, habré de encontrarme en el mismo caso: y entonces, sin esperanza sobre el futuro, me divertiré con el pasado, y para un viejo esa consideración equivaldrá a las esperanzas de la juventud; un retorno a lo anterior ¿no es lo mismo que volver a un proyecto de lo que puede ocurrir algún día?

Rechacé esa noche varias invitaciones a cenas muy selectas, y, como al día siguiente debía cometer una locura, quise prepararme con sensatez. Me quedé en casa, e hice compañía a mi padre hasta bastante tarde; luego me retiré a mi aposento, donde descansé tranquilamente toda la noche.

La mañana del día siguiente veo llegar a Laverdure, a quien puse al corriente de la forma en que había ocurrido todo; se lo conté; me animó a volver por la noche; le prometí que no faltaría. Le ordené decir a su amo que yo le retenía a cenar dos días después sin discusión, y que no se comprometiese a nada con nadie.

Al mismo tiempo recibí una carta de Mme. de Dorigny rogándome pasar por su casa.

La carta estaba escrita de modo que pudiera ser leída por el más severo casuista, y, sin embargo, era de las más expresivas para alguien que, como yo, tenía la clave de sus sentimientos y de su corazón. Le respondí que iría allí al instante. Monté en la carroza y, aunque con toga de magistrado, la visité disculpando mi indumentaria por la pasión que tenía en cortejarla. Me recibió en su tocador; los de las devotas son menos brillantes que los de las coquetas de la buena sociedad, pero más selectos y mejor compuestos. Los olores que llenaban las cajas no eran fuertes ni abundantes, sino dulces, y difundían un perfume suave que embalsamaba ligeramente la habitación y os acariciaba deliciosamente el olfato; su ropa de noche, adornada con un encaje pequeño, pero sutil, estaba trabajada con gusto; el vestido era de Persia, la falda de raso piqué, sus medias extremadamente finas, lo mismo que su calzado; en fin, toda su ropa interior le sentaba bien a su talle y a su figura; sus ojos se clavaron en mí tiernamente, los míos le devolvieron lo que me inspiraban, y mientras nos preparaban un voluptuoso chocolate me acerqué a ella y recogí en su boca un néctar igual al que se preparaba para los dioses.

No tuve entonces la tentación de salvarme¹¹⁵. Contemplaba la feliz postura que ella había adoptado, pero un espejo me hacía ver que, con peluca larga y con toga, yo no podía arriesgarme sin peligro. No obstante, la abrazaba; sus bellas manos me estrechaban con frenesí; enardecidos ambos, ella quiso sólo por esa vez, y después de haber corrido las cortinas de damasco que casi ocultaban la luz, prestarse a mi conveniencia o, mejor dicho, a la necesidad; sí, querido marqués, en un lugar embellecido por el gusto, preparado por la delicadeza y el placer, contemplé sin obstáculo a la divina Mme. de Dorigny.

Sentado en un sofá violeta, y con ella a mi lado, ejerciendo en esa actitud la función de juez, después de haberme puesto una venda en los ojos y cubriendo los suyos con mil besos, hice a sus encantos toda la justicia que se les debía. ¡Qué felicidad pronunciar una sentencia cuando uno mismo la ejecuta!

Como no podía permanecer más tiempo porque la hora de ir al palacio de Justicia se acercaba, la dejé con pena y corrí adonde mi deber me llamaba, pero donde ese deber no debía divertirme tanto. Querido marqués, si os volvéis sensual, delicado y refinado en placeres, acoged a una devota por amiga, vuestros deseos serán colmados, sólo ellas tienen la llave de la felicidad; es preciso que ellas mismas os introduzcan en su templo.

Hacia las cuatro de la tarde mi primer cuidado fue trasladarme hasta la celda de Rozette. Por mi indumentaria, y por la visita de la víspera, me dejaron entrar. Una madre vino a hablar conmigo mientras llegaba la persona por la que yo había preguntado; no me aburrí, porque la monja me permitía ver una cara lozana y un pecho que se elevaba de vez en cuando con gran deseo de hacerse notar. Se había corrido por la comunidad el rumor de que en el locutorio de Saint-Jean había un eclesiástico bello como el amor; las muchachas de convento siempre exageran todo.

Por eso, madres, novicias, hermanas y pensionistas vinieron una tras otra a contemplarme so pretexto de que las llamaban a la sala de visitas, y tuve la satisfacción

de ver unas fisonomías preciosas. ¡Qué lástima tener enjaulados pájaros tan encantadores y que no pedirían otra cosa que revolotear! Cuando llegó, Rozette me agradeció la visita, nos dijimos mil ternezas y nos abrazamos tanto como podíamos a través de las rejas; yo le prometía que la sacaría de su cautiverio dentro de poco, ella me prometía amor eterno. Mientras estábamos pegados, por así decir, a los barrotes, una monja que nos vio creyó que la estaba confesando y se lo contó a sus compañeras.

Hacía casi una hora que estaba con mi querida amiga, y mi temperamento se había vuelto extremadamente violento; lo excitaba además el obstáculo. El de Rozette, en reposo desde hacía mucho tiempo, estaba por lo menos igual que el mío; al no oír venir a nadie, nos aventuramos en una empresa difícil.

Yo me subí a una silla, ella hizo lo mismo en su lado; a pesar del impedimento de mi hábito, del temor a que viniese alguien, y de los malditos barrotes, gracias a su habilidad y a la mía estuve a punto de alcanzar la morada del placer; diez veces hubiera encontrado mi dicha en cualquier otro lugar, pero sea que la muy dilatada visita que había hecho por la mañana a Mme. de Dorigny me perjudicase, sea que aquélla resultara funesta por su frialdad, no sacaba provecho de mi posición; sin embargo, estuve a punto de rematar mi plan; un pequeño estremecimiento secreto, precursor del éxito, me advertía de mi felicidad; Rozette ya había contribuido dos veces a ella y se entregaba para la tercera cuando oímos ruido; trabajo perdido; volvimos a nuestro sitio. El destino de las empresas nunca depende más que de un instante. A una imaginación como la vuestra, querido marqués, no le costará mucho figurarse cuán agradable era nuestra actitud.

Poseo muchas estampas muy picantes, pero ninguna de ellas copia una situación en ese gusto. Es un buen tema para grabar a buril; si quisiera bromear os diría que no comprendo cómo no se fundió toda la verja al encontrarse así entre dos fuegos.

Era una tornera, cuyo paso, por suerte pesado, nos advirtió de su llegada. Me dijo que dos madres y tres hermanas me reclamaban en el confesionario. Conviene saber que, cuando algún sacerdote va con frecuencia a una comunidad y tiene la suerte de agradar, es acosado por las religiosas, que quieren abrirle el interior de su conciencia. Un director espiritual de veinticuatro años no sería mucho trabajo para una docena de enclaustradas. Una docena de amables enclaustradas lo serían demasiado para un director de esa edad.

Respondí a la comisionada que por el momento no podía, que estaba muy mortificado, pero que al día siguiente, a la misma hora, daría a aquellas damas el tiempo que exigieran, que sería para mí un honor ponerme a sus órdenes. Se llevó mi respuesta rogándome que no faltara a mi palabra, y se me pidieron mis señas, por si acaso alguna de las madres se sentía indispuesta; di las de mi amigo, el doctor de la Sorbona. Temiendo que siguieran importunándome, me retiré. Se me olvidaba decir que Rozette se encontraba mejor desde hacía dos días, y que, debido a la dicha que había sentido, según decían, al confesarse conmigo, todas querían visitarla esa noche. Hubo incluso algunas religiosas que deseaban ser mujeres del mundo¹¹⁶ para tener la satisfacción de contar sus

aventuras a un confesor tan dulce como yo parecía ser. Rozette se ocupó de explicar a las que de mí le hablaban que mi apariencia era engañosa (era verdad en otro sentido) y que, bajo mi exterior dulce y cortés, tenía un corazón muy rígido con las pecadoras. La maliciosa se burlaba de la simpleza de aquellas begunas¹¹⁷.

Al salir de Sainte-Pélagie, tras recuperar mi ropa fui en busca del señor Le Doux, que llegaba muy cansado, y que desde por la mañana había corrido de acá para allá tratando de interesar a varias almas bienaventuradas en la liberación de mi amante. Me confió que Rozette saldría al día siguiente, a pesar de mi padre, si éste no quería consentirlo, que sus amigos se lo habían prometido y que, cuando él intervenía en algo, su éxito era absoluto a pesar de todos los obstáculos. Me dijo que por la noche cenaría en casa y que no era preciso que yo estuviese; le di las gracias y, siguiendo sus órdenes, fui en busca de compañía: por primera vez en mi vida la busqué razonable. Causé sensación cuando se me vio llegar a casa del conde de Montvert, me elogiaron por ello; hablé de cosas muy interesantes, bien de la guerra, bien de la política particular. Uní mis elogios a los que se hacían de nuestro augusto monarca, del que vos, querido marqués, me habláis en todas vuestras cartas con tanto respeto, admiración y amor. Os diré que os estimo tanto más cuanta más justicia rendís a un príncipe que iguala desde ahora a los Luis XII por su corazón paternal y a los Felipe Augusto por su valor.

El destino suele favorecer a quienes se comportan con prudencia, al menos lo hizo conmigo en este lance. Después de la cena se pusieron a jugar para pasar el rato. Como el señor conde, que es de salud débil, se había retirado, el juego se animó y propusieron un lansquenete¹¹⁸: arriesgué unos cuantos luises. La fortuna me favoreció, más de un particular se picó, e insensiblemente, sin casi haber fallado un solo *réjouissance*, me encontré ganador de más de doscientos veinte luises. La sesión terminó con gran contento mío. Empleé una parte de la noche en pensar en mi felicidad y en agradecer al cielo que me hubiera enviado aquella suma en un momento en que la necesitaba de forma extraordinaria.

A la mañana siguiente, nueva carta de Mme. de Dorigny, nueva invitación a chocolate. El señor Le Doux vino a decirme que mi padre se negaba en redondo a que Rozette saliese, y que su discusión sobre el asunto había sido muy viva, que estaba preocupado; cuando estaba describiéndome sus inquietudes, entró mi padre, quien, viendo conmigo a mi director espiritual, sospechó que hablábamos del tema que le había traído hasta allí; sin más preámbulo, en tono firme y varonil, nos dijo que Rozette no saldría en diez años de su prisión, y que yo me arrepentiría de mis gestiones. Cuando el señor Le Doux trató de hacer alguna observación, mi padre le replicó con cierta dureza. Cuando el señor director espiritual le dijo en tono benévolo e imponente que la harían salir sin su ayuda, mi padre le desafió y le picó en el amor propio. No se necesitó más; no había que ser muy sutil para darse cuenta de que a un devoto nunca se le desafía en vano. Salió, reunió todas sus baterías e interesó sobre todo a Mme. de Dorigny. Una hora después me dirigí a casa de esta misma dama; su carroza estaba dispuesta, y ella ya había bajado; mi

aparición le hizo volver a subir; me dijo que sólo tenía un momento para hablar conmigo, porque debía encontrarse con dos damas del más alto rango para conseguir del ministro, que entonces estaba en París, la liberación de una honrada muchacha encerrada en Sainte-Pélagie que le había sido recomendada por un santo eclesiástico. No le dije que sabía de qué se trataba, la exhorté a esa buena obra y quise despedirme de ella para no entretenerla más tiempo.

Las buenas obras no se hacen nunca sino después del placer. Me animó a quedarme un momento; con un vano pretexto entró en su gabinete; yo no estaba, como la víspera, con toga. La abracé y, con cuidado de su peinado y su vestido, la empujé sobre la cama. Allí, en medio de los transportes de mi gratitud, le prodigué satisfacciones increíbles; como no es ingrata, al instante trataba de devolvérmelas para no ser menos. Se levantó con unos colores encantadores: el arte no puede copiarlos; nada iguala a los que provoca el amor y que la voluntad dispensa sin afectación.

Me trasladé a casa del presidente, a quien anuncié que quizá esa misma noche cenaríamos con Rozette. Él se encargó de preparar la fiesta, nos fuimos al Palais-Royal para hablar de todo lo que se podía hacer para que fuera brillante. Se decidió que iríamos a su jardín, que el caballero de Bourval estaría allí, que llevaría a su amante, que a él, al presidente, le acompañaría la pequeña tía de la Opéra Comique¹¹⁹, y que yo tendría a Rozette por compañera. Arreglado todo, nos separamos, y a Laverdure se le ordenó que fuera a prepararlo. Obtuve del presidente que yo correría con los gastos de la fiesta, puesto que estaba hecha para mí. Nos separamos. En ese momento ya sentía yo gran inquietud.

Mientras estaba comiendo con mi padre, le llegó una carta urgente. El secretario del ministro le escribía rogándole que diera su consentimiento para la salida de una tal Rozette encerrada en Sainte-Pélagie, porque el ministro no podía negar su libertad a personas de la mayor consideración. Mi padre comprendió lo que aquello significaba; después de la comida, me hizo ir a su gabinete; y, para no quedar por debajo, me dijo que aceptaba hacer lo que yo deseaba, que sólo tenía que ir con él, que iba a devolverme a Rozette, que me pedía como gracia, si le quería, no volver a ver a aquella muchacha y aceptar la que se me proponía, una heredera noble, virtuosa, joven y bella; le abracé y le prometí satisfacer sus deseos en el futuro.

Montamos en la carroza, fuimos en busca del señor teniente de policía, que entregó a mi padre la orden de libertad de Rozette. Mi padre, para darme total satisfacción, me permitió ir a sacarla, y, sospechando que cenaría con ella, me advirtió que esa noche él no estaría en casa. ¡Qué padre!, querido marqués, no puedo expresaros todo lo que sentía por él en ese momento.

Volé a Sainte-Pélagie. Pedí hablar con la madre superiora, vino muy deprisa, pero demasiado despacio para mi impaciencia. Le mostré la orden que llevaba. Tras haberle dado varias vueltas, me preguntó quién era yo; se lo expliqué, se informó de si no tenía un hermano eclesiástico, le dije que no; le dejaba atónita el hecho de que hubiera alguien

en el mundo que se me pareciese tanto, no sospechaba que, en realidad, yo hubiera sido el amable director de conciencia a quien toda la comunidad quería confiar sus penas de conciencia. Mandó llamar a Rozette, le dije que tenía la orden de su liberación, y lo único que faltaba por hacer era recoger sus cosas.

Entre tanto, llegó muy apurado mi amigo el doctor de la Sorbona cuyas señas yo había dado. Había recibido esa mañana diez cartas de monjas pidiendo confesarse con él; debo decir que este amigo confiesa a veces, pero muy pocas, y que es feo hasta dar miedo. Lo llevaron al locutorio, donde se le esperaba. En cuanto dijo su nombre, le replicaron que se equivocaba, que aquél no era su nombre y que al que se referían tenía desde luego una cara muy distinta. Estuvo a la altura. Cuando me lo encontré al salir, le puse al corriente de mi aventura; es hombre inteligente, a pesar de ser doctor por la Sorbona, se rió y subió a mi carroza. También llegó el señor Le Doux, quien me dijo con aire compungido al verme que la pobre Rozette no salía, que iba a consolarla. «¿Cómo?», le repliqué, «¿qué se ha hecho de vuestro poder?». Suspiró. En el momento en que creemos que ciertas personas carecen de todo crédito, y que hasta ellas mismas lo piensan, mayor es su triunfo. Le di las gracias por sus esfuerzos y le informé de que Rozette iba a venir conmigo. «Alabado sea Dios», dijo el santo varón. Rozette apareció; aunque con la ropa sucia y muy desarreglada, la alegría le había dado unos colores deliciosos; abrazó a la superiora, a la tornera, y le bastó dar un salto de la puerta del convento a la carroza. Si alguien nos hubiera visto habría pensado muy mal de los dos eclesiásticos que me acompañaban: Rozette se comportó con prudencia ante ellos y yo se lo agradecí.

Después de haber dejado a mis dos señores en sus domicilios, me dirigí a casa de Rozette, donde su doncella lo había preparado todo por orden mía para recibirla.

Mandé a decir al presidente que mi amante estaba libre. ¡Con qué exaltación no volvió a ver su casa! Habría abrazado, si se hubiera atrevido, cada uno de sus muebles. Varios meses de cautiverio vuelven la libertad muy querida, hay que haberla perdido para disfrutar de todo su valor. Su primer desvelo fue tomarse enseguida un baño y hacerse una *toilette* completa. Fue entonces cuando, después de haberse vestido con la mayor galanura que le fue posible, vino a saltar a mi cuello, y, mientras me abrazaba con toda la efusión de su alma, me daba las gracias por mis desvelos.

Ya imagináis, querido marqués, de qué manera le demostré la alegría que sentía ante su liberación. Dos meses de ocio no habían hecho perder a Rozette su arte para diversificar el placer: quedó plenamente demostrado, y en menos de una hora ofrecimos varios sacrificios de gratitud a la bella Venus, que, desde luego, había sido nuestra protectora; me pareció que había derramado sus favores sobre mí, porque nunca fui tan ardiente ni tan pródigo en mis ofrendas religiosas. ¡Ah!, encantadora Rozette, ¡qué deuda de gratitud tiene con vos la diosa de Citera, y qué digna sois de compartir los presentes que se le consagran!

Después de haberme informado de los bienes de mi buena amiga, me dijo que aún le

quedaban siete luises de los que yo le había enviado; quiso devolvérmelos abriéndome un cofre que contenía más de doscientos, además de varios contratos en buena y debida forma. No quise aceptarlos y les añadí otros veinte para ella, y veinte más para pagar la cena que debíamos hacer; se encargó de todo y todo lo hizo a la perfección.

No tardamos en llegar a la cita. Nos esperaban; todos abrazaron a Rozette con delirio; la pequeña tía, antigua amiga suya, y la amante del caballero de Bourval que la conocía, habían vivido de cerca su detención y se alegraban mucho de su libertad. El presidente no se cansaba de abrazar a la recién llegada. Por fin nos sentamos a la mesa; fue una satisfacción grandísima para los comensales ver con qué apetito devoraba Rozette cuanto se le presentaba; todo era de su gusto y a cada plato hacía un comentario, comparándolo con el alimento que le daban en su retiro. A los postres se puso a cantar y con un vaso de vino de Champagne en la mano bebió a la salud de su liberador; los demás le hicimos coro. Hizo todo el gasto de la conversación contándonos de que manera la habían tratado en el convento.

Nos describió a una vieja madre de más de setenta años, directora de todas las pecadoras, que obligaba a las recién llegadas a contarle sus aventuras. Nos hizo conocer a un confesor tartufo que, encontrándola de su gusto, se había esforzado por convertirla. En fin, de la primera a la última, hizo imitaciones de todas, despellejó a la hermana Monique, aquella curiosa impertinente, y sólo echó de menos a una joven profesa con la que nos confesó que, contra su costumbre y sólo por necesidad, había pasado momentos bastante agradables.

Acabada la historia, la pequeña tía se animó, nos informó por qué no quería volver a subir al escenario de la Opéra Comique; se burló de la encantadora y pequeña Brillant¹²⁰, que vale más que ella en cuanto a naturaleza pero menos en ciertos aspectos. La amante del caballero de Bourval empezó comportándose con mucha libertad, abrazó a su vecino, su vecina hizo otra tanto, y así, de mano en mano, el libertinaje adoptó una especie de circulación. El vino de Champagne excitaba los ánimos, cada cual dijo a porfía las palabras más bonitas del mundo y cantó los vodeviles¹²¹ más picarescos; Venus se mezcló luego a la juerga; el presidente se fue a dar una vuelta, el caballero le siguió, así como su buena amiga, y yo me quedé a solas con Rozette. «Están muy ocupados», me dijo, «y nosotros, querido consejero, ¿vamos a permanecer en la ociosidad? Es la madre de todos los vicios». Se levantó, se sentó en mis rodillas y, cogiéndome la cara entre sus dos manos, me besaba levemente y robaba besos a mi boca inflamándola con esa maniobra. El fuego estaba por todas partes. Tras los goces que habíamos tenido en su casa, pareció sorprenderse. Su primera idea fue aprovecharlo. «¿Todavía una flor?», me dijo, tocándola con sensualidad: «¡Y yo que creía haber segado todo! ¡Qué lozana está! ¡Voy a ponérmela en mi costado!». Se la puso, en efecto, y aquella flor, como encantada de estar tan bien colocada, se disponía a prodigarle sus tesoros; la hermosa ya le había entregado parte de los suyos. Entonces Rozette, por espíritu de economía, dio un paso atrás y me dijo que reservaba para la noche un regalo que quería hacerme; me devolvió

mi ramo y me exhortó a conservarlo hasta entonces. Volvimos a la mesa y, una vez acabados los licores, Rozette y yo montamos en mi carroza y fuimos a descansar. Al resto de los comensales no les pareció oportuno hacer lo mismo y siguieron divirtiéndose hasta la mañana siguiente. Pasé la noche con Rozette, que se resarcía ampliamente de la dieta que le habían obligado a guardar durante su estancia en el convento, y, a pesar de lo que yo había hecho durante el día, fui lo bastante dichoso para volver a satisfacerla.

Al salir del convento, Rozette era un Proteo¹²², cambiaba entre mis brazos; era león por el fuego, serpiente por el arte de insinuarse, ola y río para esquivarse, y terminaba siendo una mortal por encima de todas las diosas.

Por fin, tras haber pasado una de las noches más voluptuosas, la dejé muy temprano al día siguiente; lloró al verme partir. Desde entonces, querido marqués, y como había prometido a mi padre, no he vuelto a verla, salvo los quince primeros días. Esta muchacha ha regresado a la normalidad, yo mismo he contribuido a su buena conducta. Como tenía una docena de miles de francos, se estableció, se casó con un comerciante de la calle Saint-Honoré, rico y sin hijos, que la tomó por compañera. Ahora siente gran apego por su comercio, es feliz con su marido, al que ama y que la ama. Es una unión de dos personas que han visto mundo. A veces voy a visitarla y estoy con ella como con una amiga, la estimo incluso lo suficiente para no hablarle de galantería.

El señor Le Doux acertó al profetizarme que esta muchacha volvería al orden, porque siempre había que esperarlo de las personas inteligentes. Rozette debería servir de ejemplo a las muchachas bonitas que son lo bastante desgraciadas para entregarse al libertinaje. En los buenos tiempos deben guardar recursos, como ella, en lugar de disiparlos, pero ¿cómo esperar prudencia de personas lo bastante locas para abandonarse sin freno a sus pasiones?

En cuanto a mí, querido marqués, devolví a Laverdure sus diez luises, le di otros diez. Saqué al granuja de mi criado de Bicêtre; sigo los consejos de mi padre, y en la actualidad estoy enamorado de una amable damisela con la que quizá sea lo bastante feliz para unirme con los sagrados vínculos del matrimonio. Espero terminar este asunto el próximo invierno; como tú estarás en París, tendré la satisfacción de abrazarte, vendrás a unir los laureles que cubren tu frente a los mirtos que la bella Venus y el Amor preparan a tu amigo. Mi felicidad será perfecta, porque estaré seguro de que participarás de ella. Adiós, querido marqués, te abrazo, te deseo a tu llegada tanta satisfacción como la que yo he disfrutado durante tu ausencia.

Fin de la segunda parte

Voisenon

El sultán Misapuf y la princesa Grisemina

Claude-Henri de Fusée de Voisenon (1708-1775) fue el espíritu amable del siglo, la ligereza de ingenio que mejor representa la vida galante de unos medios cortesanos y literarios en los que reinaba por su conversación, «un fuego de artificio continuo». Muerta de languidez su madre cuando tenía dos años, se criará, constantemente enfermo, en el castillo familiar de Voisenon, cerca de París; a los once años, envía los versos que escribía a Voltaire, que le invita a visitarle y del que será amigo hasta el final de sus días. Tras estudiar en París, siguió la carrera eclesiástica, aunque de los textos religiosos le atraían el teatro (terminará siendo llamado «arzobispo de la Comédie Française») y los placeres. Luego llegaron los salones, en los que gana fama de ingenio sutil, gran conversador y hombre de modales encantadores. Canónigo y deán de la catedral de Boulogne-sur-Mer, de la que era obispo un pariente suyo, escapa a París en cuanto puede. Redacta instrucciones pastorales y homilías para su obispo, pero su descripción de un evangelio amable desprovisto de los colores del infierno le enfrenta a los demás miembros del capítulo.

Su pasión por el teatro le obliga a publicar de manera anónima, por ser ya gran vicario (desde 1733), *La escuela del mundo* para la Comédie Française. En 1742 dimite de sus cargos y de las dignidades eclesiásticas para quedarse sólo con la abadía del Jard, paredaña con el castillo de Voisenon, que no obliga a residencia. Esto supone por lo tanto su vuelta a los salones y al ejercicio de la frivolidad y del ingenio, que derrocha y derrama en mil y un epigramas, cancioncillas, coplas, etcétera; escritos sobre la marcha y sobre cualquier tema, sus versos, comedias y novelas serán leídos y repetidos en los salones de la marquesa de Chatellet, de Mme. de Pompadour, de la duquesa du Maine, en las veladas del duque d'Orléans, nieto del Regente, y, sobre todo, en las cenas del conde de Caylus, o de Mlle. Quinault, amante del conde; entre ambos formaron una sociedad literaria cuyos miembros debían leer, por turno, un cuento licencioso o paródico.

Sin darles demasiada importancia, «como hijos bastardos que se abandonan nada más nacer, sin preocuparse de lo que luego sea de ellos», el abate de Voisenon escribe novelas, obras de teatro, cuentos en verso o en prosa: *Zulmis et Zelmaïde* (1745), *Le*

Sultan Misapouf et la Princesse Grisemine (1746), *Histoire de la Félicité* (1751), *Trop long, conte très court* (1757)..., o disemina por toda clase de escritos opiniones, anécdotas sobre autores, poetas y frailes. Su vida seguía ese mismo ritmo vertiginoso; aficionado a la caza, glotón, voluble, rechazaría una importante sede eclesial porque se le obligaba a llevar una vida ejemplar durante un tiempo. Su afición al teatro, a las actrices de la Comedia Italiana y a las cantantes de la Ópera, dejaron un rastro de intrigas amorosas que parecen terminar cuando traba amistad con Charles Simon Favart, importante actor del teatro de la FERIA, y con su esposa, la célebre Chantilly, con la que el abate vivirá una relación amorosa hasta su muerte.

Escribe entonces, una tras otra, piezas para el matrimonio Favart, lo que lleva a preguntarse a algunos si la mayor parte de las que éste firmaba eran «del bueno de Favart; hasta del hijo que acaba de dar a luz su mujer (aunque ésta ya tenga sus cuarenta años y más) sigue preguntándose uno si es del bueno de Favart», escribe Pougin de Saint-Aubin en su correspondencia literaria.

Amigo de Voltaire, a quien elogia en su discurso de recepción en la Academia francesa, y apoyado sobre todo por el duque de Choiseul y su esposa –amante de Luis XV–, el abate recibe prebendas y privilegios, que pierde tras la caída en desgracia de Choiseul. Sin embargo, encuentra en el duque d'Aiguillon un nuevo protector hasta la muerte en 1772 de éste. Los últimos años, con una salud lamentable y en medio del luto en que le sume la muerte de la Chantilly, inicia una nueva relación con la condesa de Turpin, de cuya pequeña Academia de la Sociedad de la Tabla Redonda forma parte; fue ella quien pidió a Voltaire un epitafio para el abate.

El sultán Misapouf sigue la moda de los cuentos de hadas que habían impuesto Perrault y varias autoras, sobre todo Mme. d'Aulnoy; suponía la recreación de un mundo de príncipes y princesas, hadas y genios, encantamientos y eunucos, bosques y oráculos, que servían para la iniciación en el amor de los jóvenes. La publicación en 1704 del primer volumen de la traducción francesa de *Las mil y una noches* había dado lugar a toda una narrativa orientalizante que pobló de exotismos y voluptuosas formas de vida y amor el imaginario de los lectores franceses, exotismo que se traslada además a la vida cotidiana, reflejándose en los utensilios de los tocadores, en los escenarios y en las artes decorativas.

Un reto mundano, de salón, habría estado, según el «Discurso preliminar», en el origen de esta novela; aunque por debajo fluye la sátira política y religiosa, Voisenon cumple con la apuesta: un cuento de hadas licencioso y, sobre todo, original, pero con aspectos tradicionales en el lenguaje, porque Voisenon recurre a toda la obscenidad de los *fabliaux* de la Edad Media (cuento «lleno de obscenidades y de porquerías», dirá Grimm, otro ilustrado), con toques de lo maravilloso mitológico y con la frivolidad, desenvoltura e ironía que caracterizaron al abate en los salones. Todo ello velado por perífrasis.

El sultán Misapuf y la princesa Grisemina

(Le Sultan Misapouf,
et la Princesse Grisemine, 1746)

Primera parte

Discurso preliminar

No sólo me habéis pedido, señora, un cuento de hadas, sino que me habéis exigido que lo haga antes de mi vuelta a París; me habéis ordenado, además, que evite cualquier parecido con todos los que se publican desde hace algún tiempo. ¿Creéis, señora, que es tan fácil ofreceros un cuento de hadas completamente nuevo, y de un estilo menos corriente que el que parece afectado en esa clase de obras; que es fácil a los señores autores de los *Étrennes de la Saint-Jean* y de los *Œufs de Pâques*¹ añadir cada día un nuevo capítulo a esas obras maestras del ingenio y del buen gusto? Sea como fuere, y como la obediencia es la virtud que vuestro sexo tal vez prefiera a todas las demás, me puse a la tarea, y os envío cuanto he podido sacar de mi imaginación. Os daréis cuenta, por el diferente tono que reina en el curso de esta pequeña obra, que mi imaginación tiene poca ilación y cambia a menudo de objeto. Depende tanto de mi salud y de mi estado de ánimo que unas veces está triste, otras extravagante, algunas veces alegre y brillante, pero por lo general siempre mal regulada y con poca ilación. Por ejemplo, el inicio de este cuento es singular; el relato del sultán es vivo y está contado ingenuamente; y me parece bastante divertido hasta que desencantan a la princesa. Demasiado-es-demasiado. El episodio del bonzo² Cerasin añade incluso mayor comicidad. Pero de pronto llega la descripción de un templo y de las diferentes cimbras que lo componen; ese apartado, que no se espera, es lo que me parece interesante; lástima que no haya podido poner todo esto en boca de otro que no sea el sultán Misapuf, a quien debe realmente sorprender todo lo que dice de bello y la delicadeza de sentimientos que pongo en él de repente. Las metamorfosis que siguen y el final del encantamiento de la princesa no producen nada vivo ni muy excitante; pero, como al principio de su historia el sultán ha anunciado que fue liebre, lebre y zorro, ha tenido que cumplir su palabra. Si no le ocurre nada divertido bajo las dos primeras formas es, en verdad, culpa de mi imaginación y del escaso conocimiento que tengo de la forma de vivir y de pensar de las

señoras liebres; como zorro, no cabe duda de que debía de exhibir toda la sutileza y la astucia que se atribuye a ese tipo de animal.

En vez de eso, le hice preferir una pollita a una docena de pavos gordos. Ese garrafal error, tan poco digno de un zorro avisado, provoca una catástrofe que honra a nuestras mejores novelas, y que seguramente el tono de este cuento no promete. Respecto a la historia de la sultana, no trataré ni de justificarla ni de criticarla. Es menos original que la de Misapuf; y por eso agradará menos a cierta gente y será más del gusto de muchos otros. Personalmente debo confesaros que hago menos caso de ésta que de la del sultán, y que no es culpa mía si difiere en género, estilo y tono. ¿Por qué ha llegado la última? Mi imaginación se agotó con Misapuf y me vi obligado a recurrir a mis recuerdos para terminar esta última historia. Deseo que el conjunto pueda entreteneros un momento. Será pago suficiente a mi esfuerzo y mi trabajo. El cuento os parecerá sin duda algo libre, también yo lo creo; pero como esta clase de cuentos está hoy de moda, aprovecho la ocasión, totalmente convencido de que este mal gusto pasará y de que pronto se preferirá la virtud ultrajada de nuestras antiguas heroínas de romances a la facilidad de las que se presentan en nuestras novelas modernas. Ocurre con ese tipo de obras como con las tragedias, que no están hechas para ser el cuadro del siglo en que se vive. Han de pintar a los hombres tal cual deben ser y no tal cual son. Así pues, estos cuentos poco decentes, en los que a menudo no se molestan sus autores en poner una ligera gasa a las palabras más libres y en los que en cada página vemos goces acabados y fallidos, dentro de poco pasarán de moda con total seguridad.

Ha de asombraros que con semejante forma de pensar me haya entregado con tanta franqueza al gusto del día y haya sobrepasado, incluso, a los que me han precedido en este género, que desapruébo; pero, os lo repito, es menos por amoldarme a la moda que por aprovechar el tiempo en que reina, y para arruinar, a ser posible, a los que quieran escribir después de mí en un tono parecido. El cuento que os envío es tan libre y contiene tantas cosas relacionadas con las ideas menos honestas que creo que será difícil decir nada nuevo en este género. Eso espero, al menos; he evitado, sin embargo, todas las palabras que podrían herir los oídos honestos; todo está velado; mas la gasa es tan ligera que las vistas más débiles no perderán nada del cuadro.

El sultán Misapuf y la princesa Grisemina o Las metamorfosis

Cuento

—¡Ah! —dijo un día cenando el sultán Misapuf—, estoy harto de depender de un cocinero, todas estas salsas³ están mal hechas, comía mucho mejor cuando era zorro.

–¡Cómo!, señor, ¿habéis sido zorro! –exclamó la sultana Grisemina.

–Sí, señora –respondió el sultán.

–¡Ay! –dijo Grisemina dejando escapar algunas lágrimas–, ¿no sería Vuestra Augusta Majestad la que, cuando yo era coneja, se comió a mis seis gazapos, hijos míos?

–¡Cómo! –dijo el sultán asustado y sorprendido–, ¿habéis sido coneja?

–Sí, señor –replicó la sultana–, y habéis debido daros cuenta de que el conejo es un plato del que me abstengo totalmente; tendría miedo a comerme algunos de mis primos o sobrinos.

–Sí que es curioso –prosiguió Misapuf–; decidme, por favor, ¿erais coneja de Inglaterra o de Caboue⁴?

–Señor, yo vivía en un conejar de Noruega –respondió Grisemina.

–Y yo –dijo el sultán–, yo era un zorro del Norte, y es posible que sin milagro que valga me haya comido a vuestros seis hijos; mas admirad la justicia divina: he reparado ese crimen engendrando en vos seis hijos, y sin cumplidos puedo confesaros que, a pesar de mi glotonería y mi gusto por los gazapos, he tenido más placer engendrando a los unos que comiéndome a los otros.

–El señor siempre tan galante –replicó Grisemina–, lo cual me hace esperar que Vuestra Sublime Majestad tenga a bien contarme sus aventuras.

–Con mucho gusto –dijo el sultán–; pero a cambio de las vuestras.

»Empiezo por advertiros que mi alma ha pasado al cuerpo de varios animales, no por transmigración, pues ése es un sistema de Chacabut⁵ en el que no creo; todo me ocurrió por la maldad de una injusta hada. Antes de entrar en materia, creo que debo destruir esa pernicioso doctrina de la metempsícosis⁶.

–Señor –dijo la sultana–, es inútil, gastaríais en vano vuestra erudición porque yo no comprendería nada, creo por vuestra palabra que la metempsícosis es un error ridículo; decidme sólo qué clases de animales habéis sido.

–Estupendo –dijo el sultán–. Primero fui liebre, luego lebre, luego zorro, y debo terminar, según dicen, por ser un animal que no conozco y que llaman capuchino⁷.

–Señor –dijo la sultana–, Vuestra Sabia Majestad ¿no ha visto nunca su alma eclipsada bajo la forma de algún ser inanimado?

–Sí, claro que sí –replicó Misapuf–, fui bañera.

–Veo que ha sido la conformidad de nuestros destinos –replicó Grisemina– la que nos ha unido; como vos, he pasado por muchas formas distintas, primero fui barbada.

–Y encima no lo fuisteis mal –dijo Misapuf.

–Sois muy cortés, señor –respondió Grisemina–; así pues, he sido barbada y conejo.

–Ya nos contaréis lo que os pasó durante esas dos metamorfosis –dijo el sultán–. Me habéis pedido mi historia, escuchadla, si podéis, sin interrumpirme.

—No sé si habéis oído hablar del gran Hyauas, que pertenecía a la ilustre familia de Lana⁸.

—Sí, señor —dijo Grisemina—, fue él quien conquistó los reinos de Laos, de Tonquín y de Cochinchina, de los que ha salido el imperio de Ganán⁹.

—Tenéis razón —respondió Misapuf—, y, para una sultana, eso se llama saber historia.

El célebre Tonclut era descendiente del tal Hyauas, y yo soy biznieto de ese Tonclut. Todo esto no importa para mis aventuras, me diréis, y estoy de acuerdo; pero me encanta contaros algo de mi genealogía para demostrar que en mi casa no somos zorros de padres a hijos.

Mi padre era un hombrecillo rechoncho y bajo, su estatura era la imagen de su inteligencia, de modo que los sordos podían juzgar su inteligencia por su estatura, y los ciegos su estatura por su inteligencia. No diré más, porque podría irme de la lengua, y no hay que hablar mal del padre cuando se quiere vivir mucho tiempo.

Así pues, mi padre se enamoró de una princesa de pelo rizado y alma sensible, dos cosas que, según dicen, suelen ir juntas; esa sensibilidad en cuestión provocó mi nacimiento unos meses antes de su matrimonio; no por ello dejé de ser más feliz, y por mis aventuras veréis que he dejado en mal lugar al proverbio. La primera mujer de mi padre que tenía el pelo rubio y era tan viva como si los hubiera tenido rizados, informada de mi nacimiento por algunos de esos malvados espíritus cortesanos, en lugar de vengarse haciéndose embarazar por alguien distinto de su marido, me echó un maleficio y rogó al hada Tenebrosa que honrase con su protección la antipatía que sentía por mí. Esta infame hada, que tenía el carácter del color de su nombre, prometió tratarme a la baqueta y juró que no sería sultán si antes no liberaba a dos princesas de dos encantamientos, los más extraordinarios y más opuestos del mundo. Además de esa terrible necesidad, para librarme de su odio, yo tenía que estrangular a mis amigos, a mis parientes y a mis queridas.

Grisemina se estremeció en este punto de la narración del sultán, que se dio cuenta y le dijo: «No temáis, señora, todo eso ya está hecho; además, tenía que comerme a toda una familia en un solo día. Admitiréis que hay que estar furiosa para inventar semejante destino en favor de un hombre honrado».

Mi propia madre, lejos de compadecerme, pareció envidiar el destino que me estaba reservado, y dijo: «Qué feliz va a ser este niño, verá tantas cosas». Nada más cumplir los quince años, me puso en manos del hada Tenebrosa para iniciar el curso de mis singulares aventuras. «Hombrecito», me dijo el hada, «ignoráis las obligaciones que vais a tener conmigo; si es cierto que el conocimiento del mundo forma el espíritu, no habrá nadie comparable a vos». Quise testimoniarme mi gratitud. «Dejémonos de cumplidos», me dijo, «no me deis las gracias por adelantado, voy a ponerlos en condiciones de iniciar

vuestra brillante carrera». Y, dichas estas palabras, me tocó con su varita y me convertí en bañera. Confieso que este primer beneficio me sorprendió. Bajo mi nueva forma conservaba, para mis pecados, la facultad de ver, oír y pensar. El hada llama a sus mujeres y les dice: «Abrid los grifos». Al instante me siento inundado de agua caliente; sentí tal miedo a ser quemado vivo que desde entonces siempre he tenido una aversión singular por el agua caliente, e incluso por el agua fría. Cuando recobré algo mis sentidos, oí decir al hada en tono agrio: «¡Que me desvistan!». Esta orden fue ejecutada enseguida y no tardé en verme cargado con un peso enorme. Mis ojos, cuyo uso me había dejado el hada por maldad, me permitieron conocer que aquel peso era un gordo trasero negro y aceitoso perteneciente al hada.

—Señor —dijo Grisemina interrumpiendo al sultán—, esa hada carecía totalmente de amor propio, me parece que...

—Os parece —replicó Misapuf, molesto por haber sido interrumpido— que todas las mujeres deben de tener tanto amor propio como el que vos tenéis, y en eso os equivocáis; la maldad domina en ellas sobre cualquier otro sentimiento, y estoy seguro de que, si el hada hubiera podido encontrar un trasero más infame que el suyo, no habría dejado de tomarlo prestado para hacerme rabiar. Sea como fuere, hizo durar mi suplicio hora y media; mi inteligencia debía de estar empezando a formarse, porque en poco tiempo vi mucho del país.

Dichas estas palabras, Misapuf se dio cuenta al mirar a la sultana de que estaba mordiéndose los labios para evitar reírse.

—Creo, señora —le dijo—, que mis desgracias, lejos de conmoveros, os provocan la risa.

—Es cierto, señor —respondió Grisemina—, me cuesta ocultaros la alegría que siento al ver que han acabado.

—A fe que es salir bien librada —replicó el sultán—. Sólo os había hecho esa embarazosa pregunta para daros ocasión de brillar.

Por fin el hada salió del baño. Apenas había empezado a disfrutar de verme libre de ella cuando la oigo ordenar a su maldito eunuco negro bañarse en la misma agua.

El sultán se interrumpió en este punto y dijo a Grisemina:

—¿Sabéis, señora, cómo está hecho exactamente un eunuco negro?

—Señor —le respondió Grisemina—, entre los conejos no hay esa clase de gente, y nunca, que yo sepa, he visto a ningún hombre desnudo más que a Vuestra Sublime Majestad.

—Eso no parece demasiado verosímil —dijo el sultán—. Sea como fuere, sabréis que un eunuco es la cosa más infame y repugnante que se pueda ver.

Quedé tan horrorizado ante el aspecto de aquel monstruo que me desmayé. Por

suerte, una bañera no cambia de cara, y nadie se dio cuenta. Sólo volví en mí para ver a aquel objeto abominable haciendo mil impertinencias con el fin de entretener a las mujeres del hada. Si alguna vez deseo mucho mal a alguien, querría que fuese un eunuco negro.

—¿Por qué convertirse en bañera? —dijo la sultana.

—¡Pardiez, señora, con toda vuestra inteligencia no sois más que una estúpida! —replicó el sultán—. Una bañera, como por experiencia sabéis, puede convertirse en hombre; no ocurre lo mismo con un eunuco.

—Vuestra Majestad tiene razón —prosiguió Grisemina—, yo soy la equivocada; pero ¿podría preguntaros, señor, cuánto tiempo permanecisteis bajo esa metamorfosis?

—Ocho días, señora —dijo el sultán—, que me parecieron ocho años.

Al noveno, el hada me devolvió mi figura humana diciéndome: «Hijo mío, estoy contenta de vos, habéis cumplido muy bien vuestro oficio de bañera; creo que no os ha molestado todo lo que os he hecho ver en tan poco tiempo. Marchaos, proseguid vuestras brillantes aventuras y acordaos de mí». Creyéndome dispensado de darle las gracias, le volví la espalda y me marché lo más rápido que pude. Corría a través de los campos como un loco, seguía imaginándome que tenía fisonomía de bañera; y hube de utilizar dos docenas de pañuelos para secarme el rostro. Al anochecer me encontré en un bosque, vi una fuente y a una mujer bastante hermosa bañándose: como aquel espectáculo de agua y baño me recordaba mis desgracias, me di a la fuga con renovados bríos, a pesar de las voces de la dama que me gritaba con todas sus fuerzas: «¡Deteneos, caballero, el hada de los Baños os lo ordena!». Estas palabras me hicieron redoblar mi carrera. «¡Ah!, cruel», continuó ella, «ya que no quieres oírme, corre al menos a liberar la nariz de mi marido». Como podéis suponer, era algo a lo que no me sentía muy tentado; estaba demasiado satisfecho de haber librado la mía como para poner en peligro la de otro. Al cabo de una hora de fatigosa marcha, me detuve y no tardé, pese a mi inquietud, en dormirme. Al alba me despertó un ruido que un resto de sueño hacía que me pareciese lejano; al mismo tiempo sentí una mano que me liberaba del jubón y me cogía del dedo meñique; oí una voz dulce que decía: «Nunca he visto uno tan pequeño, espero que pueda liberar a mi hija». Abrí de par en par los ojos y vi a una princesa de una hermosura con la que la vuestra no puede compararse. Estaba en un palanquín, — rodeada por un gran número de guardias montados en camellos; me hizo subir a su carruaje y me colocó a su izquierda. Creí que me caía de espaldas al descubrir la enorme figura que estaba a su derecha: era un hombre o, más bien, un demonio de diez pies y nueve pulgadas de alto. Al principio pensé que era el Coloso de Rodas; alcé los ojos para mirarlo, como si hubiera querido examinar las estrellas; vi que lanzaba sobre mí unas miradas desdeñosas y burlonas. Luego miré a la princesa. Me honró con una sonrisa admirable que siempre ha permanecido grabada en mi memoria. Vos me la habéis

recordado a menudo, señora, y no con desventaja. Vuelvo a mi gigante. Tuve miedo por la princesa de que fuera su marido; habría sido un crimen, estaba convencido de que no era su amante. No pude resistir mi curiosidad, y le pregunté al oído si aquel señor era su esposo.

—No —dijo ella.

—¿Tenéis al menos —continué— algún propósito sobre él, no es un pretendiente?

—No —volvió a responder ella.

—¿Tampoco es el jefe de vuestros eunucos? —le dije.

Era preciso que aquel animal de gigante tuviera el oído tan fino como grande era su oreja, porque yo hablaba muy bajo; sin embargo, me oyó y me dio tal empujón con el pulgar que me tiró de espaldas sin conocimiento.

—Señor —dijo la sultana—, eso podría llamarse una bofetada.

—No lo creáis, señora —respondió Misapuf—, una bofetada se da con toda la mano.

—Ya veo que estaba en un error —dijo Grisemina.

—¡Pero si ése es uno de vuestros talentos! —replicó el sultán.

La princesa me pellizcó, me hizo cosquillas tratando de que volviera en mí, todo fue inútil; encontró un arroyo y derramó tal cantidad de agua sobre mi cara que abrí los ojos con un espanto terrible. Creí firmemente que seguía transformado en bañera. Una vez repuesto de mi turbación, pensé que estaba obligado a decir a quien me había propinado el empujón:

—Señor, eso ha sido una broma pesada.

—Hombrecillo —me respondió—, ha sido para enseñaros a no preguntar si soy eunuco.

—¿Ignoráis —añadió la princesa— que sospechar que lo son, o algo parecido, algunas de estas gentes, es ofenderlas cruelmente? Habríais debido dispensaros de semejante pregunta referida al señor Zinpuziquequoazisi.

«¡Ah!, santo cielo», dije para mis adentros, «vaya nombre, es tan grande como él».

—Ya veo, princesa —continué—, que el señor es un amigo vuestro.

—No —me respondió—, sólo lo conozco desde hace una hora, y no tiene más ventaja sobre vos que haberme dicho su nombre.

—El mío —dije entonces— cargará menos vuestra memoria. Me llamo Misapuf a secas.

—Tenéis pinta de llamaros así —me dijo el gigante.

No respondí a esta agradable broma para evitar una nueva disputa.

—Voy a enseñaros lo que os procura el azar de verme —me dijo la princesa—; pero para eso debo contar una parte de mi historia:

»Soy la reina Zemangira. Mi marido es el rey de estos vastos bosques, y por eso se llama el rey Salvaje.

»Su dicha habría sido perfecta si no se hubiera cruzado con el hada Tenebrosa.

—Cuánto lo lamento, señora, ¿conocéis a ésa?...

—Más despacio, por todos los diablos —dijo el gigante—, no habléis mal de ella porque soy hijo suyo.

—No es eso lo que mejor hacéis —replicó la reina.

Esta ocurrencia me hizo ver que Zemangira tenía mucho ingenio.

—Pero, ya que sois hijo del hada Tenebrosa —prosiguió la princesa—, dadme cuenta de dos encantamientos que hizo contra mis hijas.

—¿Qué encantamientos son éstos? —preguntó el gigante—. Mi querida madre no me informa de todo lo que hace; todavía no soy ni mago ni genio.

—Por lo que se refiere a lo último, ya se ve —dijo la reina sonriendo—. Voy a informaros de la desgracia de mis dos hijas y de lo que la provocó. El hada Tenebrosa se enamoró de mi esposo.

—No me sorprende —dijo el gigante—; dicen que está sujeta a eso.

—Creo —continuó la princesa— que también está muy sujeta a no ser amada. El rey, que me adora con toda su alma, recibió muy mal su declaración y las insinuaciones que ella le hizo; le argumentó que no tenía ni edad ni figura como para serle infiel. «Ya que sois lo bastante estúpido para rechazar mis favores», dijo el hada, «me vengaré. La reina está embarazada, dará a luz dos hijas; sólo podrás casarlas cuando hayas encontrado para cada una un dedo meñique que vaya bien con estos dos anillos que aquí ves y que les destino; es prodigioso que uno sea tan pequeño como el otro, de mí dependerá ponerlos y distribuirlos como considere oportuno».

»La predicción del hada se cumplió: di a luz dos hijas, una terminó siendo alta, hermosa y bien hecha, la otra resultó de una pequeñez excesiva. El hada que les regaló los dos anillos en cuestión no se preocupó de la diferencia de sus estaturas; al contrario, le agradaba contrariar a la naturaleza; usurpó además el derecho a ponerles nombre; y, en consecuencia con la extravagancia de sus dones, llamó a mi hija mayor Demasiado-es-demasiado y a la menor No-os-fiéis... Desde que mis hijas han llegado a la edad de casarse, tienen tantas ganas como si tuvieran un anillo hecho igual que los demás. Se han presentado varios partidos para la princesa No-os-fiéis; pero ha sido inútil. Os confesaré, sin embargo, que hay algo que aumenta mi dolor: me parece que ahora está embarazada.

—Bueno —dijo—, tanto mejor. Ya tenemos a una casada, ahora sólo hay que encontrarle un buen partido a la otra; ése será el cometido del señor Zinpuziquequoazisi.

—¡Ay!, no soy tan afortunada —prosiguió la reina derramando algunas lágrimas—, fueron dos principitos de tres pies y dos pulgadas a lo sumo los que deshonraron a mi hija No-os-fiéis, y luego desaparecieron. Consulté con el oráculo, me respondió que sólo había cierta nariz capaz de descubrir a esos príncipes, y que esa nariz sufriría, que sólo un gigante podría liberar esa nariz y que la princesa grande estaba destinada al príncipe portador del dedo más pequeño del mundo. Aún no he encontrado la nariz que necesitamos; pero, mientras, he encontrado a su liberador en la persona del señor Zinpuziquequoazisi, y el anillito en la persona de Misapuf a secas.

La extravagancia de estos encantamientos y la curiosidad tan natural que hay por ver

cosas extraordinarias triunfaron sobre la repugnancia que sentía por ir a la corte del rey Salvaje. Llegamos al cabo de algunas horas.

—Señor —dijo Zemangira a su esposo el rey—, aquí tenéis dos personas que he encontrado, cuyos dedos meñiques podrían convenir a los dos anillos encantados, pero no he podido traeros una nariz.

—¡Oh! —respondió el rey—, no os preocupéis por la nariz, está en su estuche. Después de vuestra marcha, a la princesa No-os-fiéis le ocurrieron cosas muy singulares. Ya conocéis su debilidad por esos dos pequeños príncipes marionetas; no cabe duda de que el hada Tenebrosa la llamó No-os-fiéis a causa de su facilidad.

—Lo sospeché —dijo la reina— en cuanto la vi embarazada.

—Eso es tener una inteligencia muy aguda —continuó el rey—; pero habríais hecho mejor sospechándolo antes. Nunca he visto una mujer tan prodigiosamente gorda, su vientre le llega a la barbilla; y lo que os sorprenderá más todavía es que se oye hablar con toda claridad en su vientre; creo, en verdad, que dará a luz un regimiento de liliputienses.

—Señor, lo que contáis es increíble —dijo la reina.

—Es un hecho, señora. Vuestro partero quiso examinar de cerca el fenómeno, y le soltaron a la cara una granizada de huesos de cereza, uno de los cuales le ha dejado, por desgracia, tuerto.

—Señor —dijo la reina—, habéis debido de volveros loco durante mi ausencia.

—No, señora, os lo repito una vez más —replicó el rey con acritud—, me haréis mandaros a paseo con vuestras dudas.

—¡Ah!, he hecho mal en no creer simplemente que mi hija está embarazada de un cerezo —respondió Zemangira.

—¿Y quién diablos os ha dicho eso, señora? No se trata de comedores de cerezas y de los huesos que tiran. El gran bonzo Cerasin —prosiguió el rey— ha ofrecido sacrificios en la Pagoda, ha venido a poner la oreja donde sabéis para asegurarse personalmente de si de verdad se oían conversaciones continuadas en el vientre de mi hija.

—Apuesto a que no decían ni una palabra —dijo la reina.

—Ni una palabra —replicó el rey—. Así sois siempre, señora, dudáis de todo. Estaban jugando al ajedrez y se peleaban vivamente: «Ése es mi peón, es el mío, jaque a la dama, jaque mate». Bien, ¿qué tenéis que responder a esto?

—Pues que mi hija hace bien en arreglárselas para enseñar temprano todos los juegos a sus hijos.

—El bonzo, sorprendido, como bien suponéis —prosiguió el monarca—, acercaba cada vez más su gran oreja. Aparentemente esa oreja quitaba la luz a los jugadores, porque se la pellizcaron con tal fuerza que huyó gritando como un loco.

»En esto llegó un caballero con una gran nariz. Todo lo que la fama publicaba sobre mis dos hijas había excitado su curiosidad. Venía de muy lejos para satisfacerla. Como me creo obligado a hacer los honores de mi casa, lo llevé el mismo día de su llegada a los aposentos de la princesa No-os-fiéis; se acercó mucho al lugar en cuestión; pero ¡cuál no

fue su sorpresa y la nuestra cuando vimos su pobre nariz cogida como en una trampa! Por más que gritó, no pudo soltarse, y todavía está pillado en el momento en que os hablo. Todos los forasteros que pasan por la ciudad van a verle por la rareza del hecho, y la princesa les dice riendo: «No le compadezcáis, señores. Es lo que les ocurre a quienes meten sus narices donde nadie les llama».

—Sin duda ha sido esa nariz la que me han pedido que libere —dije yo.

—Ese honor —replicó la reina— sólo puede corresponder al señor Zinpuziquequoazisi, porque, según el oráculo sólo un gigante puede conseguirlo; pero vayamos al lugar en cuestión para mejor examinar la cosa.

—Buena idea —dijo el rey.

Fuimos pues a los aposentos de la princesa No-os-fiéis. Desde la primera ojeada le tomé aversión; vi a una mujer muy pequeña que tenía aprisionado a un caballero muy grande; no se veía la cara de aquel desdichado buscador de aventuras; estaba cubierta por el anillo, por el que había pasado su pobre nariz, que era la parte que sufría.

—Señor caballero —dijo el rey—, espero que por fin podamos romper vuestras cadenas; hemos encontrado un dedito más gordo que vuestra nariz.

—Bien, señor —dijo el prisionero (hablando por la nariz, como podéis suponer)—, hacedme el honor de medirlo y compararlo con este augusto y magnífico meñique.

—No, pardiez, no lo permitiré —dijo el gigante—; vaya impertinente con su ridícula nariz.

—Tendréis que prestarnos, por las buenas o por las malas —replicó el rey—, el apéndice que necesitamos.

—De eso, ni hablar —respondió el gigante—, ocultando las manos en sus calzones.

La reina interrumpió esa conversación que empezaba a ser algo agria.

—Sé el respeto que os debo —le dijo al rey—, pero, con vuestro permiso, no tenéis el menor sentido común, o no habéis comprendido el oráculo, o éste se contradice. ¿Cómo queréis que el dedo meñique más enorme que se haya visto le vaya bien a la princesa, y que al mismo tiempo se case con el pequeño Misapuf?

—Dios mío, señora, es cosa que se ve todos los días. No iréis a decirme que se observan con exactitud las proporciones de los que se casan. El señor Misapuf estará en la misma situación que muchos otros maridos.

Ante la palabra «Misapuf» se oyeron dos voces subterráneas que gritaban:

—Eh, buenos días, mi querido primo Misapuf, ¿cómo estáis de salud?

—¿Qué significa esto? —le dije a la princesa—. Creo, señora, que vuestra persona sirve de alojamiento a mis primos. Veamos un poco más de cerca lo que es.

—No os fiéis, no os fiéis —siguieron diciendo las dos voces.

—Bueno —les grité yo desde mi lado—, sé que ése es el nombre de la princesa con la que quieren casarme.

—Guardaos de hacerlo —dijeron más alto—, no os fiéis.

Durante esta conversación yo veía a la princesa sonrojarse y palidecer sucesivamente.

—¡Ay! —dijo dirigiéndose a mí—, vuestros dos primitos Colibrí y Niny¹⁰ me engañaron;

huyeron después de haberme hecho los hijos que tienen el honor de hablaros.

—Os está engañando —gritó con todas sus fuerzas Colibrí—, dice que está embarazada para salvar su reputación; pero todo es mentira. Pasó lo siguiente: mi primo y yo pensamos que esa princesita era portadora del anillito. Como estábamos seguros de ser portadores del meñique (ya sabéis, primo, que es un mal de familia), creímos que podríamos desencantarla. Corrimos los dos a la misma velocidad y entramos por completo en el anillo prodigioso de esa criaturita. Por eso el hada le puso el nombre de princesa No-os-fiéis.

—¡Ah!, cuántas mujercitas merecerían ese nombre en todo el mundo —dijo el rey—. Ya sabemos lo que pasa, es el señor gigante quien debe liberar la nariz y casarse con la princesa.

Al principio se defendió, sosteniendo que era imposible dada la diferencia de tamaño. La princesa No-os-fiéis le dijo que por lo menos debía intentarlo; que luego verían qué decisión habían de tomar. Se dejó convencer, los encerraron juntos, y a mí me llevaron a casa de su hermana. Me sorprendió su tamaño, tenía cerca de seis pies, y, sin embargo, no era menos bella y agradable.

—Maravilla de nuestros días —le dije estrechándole tiernamente la punta del pie izquierdo—, ¿es posible que sea la feliz mortal destinada a...?

—Príncipe —respondió ella—, deseo de todo corazón que consigáis llevar a cabo tan difícil empresa.

En ese instante vi entrar al gran bonzo Cerasin rodeado de todos los bonzos del país; llevaba en sus manos un libro cubierto de láminas de oro. Después de habernos hecho, igual que su séquito, una profunda reverencia, recitó algo, mitad en voz baja, mitad en voz alta, leyó en el libro y, dirigiéndose a mí, me dijo estas palabras: «La princesa va a colocarse sobre ese sofá, entonces vos podréis intentar la aventura que os está reservada. Un pobre sacerdote nunca tendrá esa suerte; pero hay que someterse a la voluntad del destino. Debo advertiros de algo esencial, y es que no forcéis para nada el anillo de la princesa; porque el hada ha puesto en tal correspondencia la persona con el anillo que los esfuerzos que torpemente hicierais provocarían un dolor espantoso en la princesa. Debo estar presente en la prueba. Observaré los ojos y los movimientos de la princesa, y, según lo que vea, os advertiré que paréis o que prosigáis».

Al terminar estas palabras me hizo señal de que podía empezar. Quise seguir su consejo sin pérdida de tiempo; pero creo que el hada había encantado mi dedo meñique, porque crecía a medida que se lo acercaba al anillo; me inquietó, pero intenté la aventura. Al primer esfuerzo la princesa dijo: «Me hacéis daño». Cerasin me gritó al punto: «Deteneos, ¿no oís que la princesa dice “Me hacéis daño”?». Pese a la advertencia hice un segundo intento algo más fuerte.

—¡Ay!, no puedo más —dijo la princesa.

—¿Queréis no ser tan bruto, maldito enano? —me gritó una vez más el gran bonzo.

Pese a esta segunda reprimenda, creo que estaba a punto de conseguirlo cuando, de

pronto, mi dedo meñique, que se había hinchado de un modo extraordinario, pasó a un estado totalmente contrario. Me detuve, muy sorprendido por el cambio. «Vamos», dijo Cerasin, «la princesa se aburre, ¿creéis que está hecha para esperar a que os vaya bien? ¿Qué le pasa a ese pequeño perezoso?». Durante todo este diálogo, mi dedo meñique volvió a ser lo que era un momento antes. Aproveché ese estado, la princesa soltó un grito de dolor y luego dijo, suspirando: «¡Ay!, amigo mío, me habéis matado». Esa palabra de amigo me gustó, me pareció que procedía de un carácter bondadoso; hice nuevos esfuerzos, pero todo era inútil. La princesa dijo mirándome tiernamente: «El encanto se ha roto». El gran bonzo repitió a coro con todos sus satélites: «Gloria al dedo meñique de Misapuf, el encanto se ha roto». Alcancé el colmo de la alegría; os confesaré que, después de ese afortunado momento, no tengo miedo a las mujeres grandes, desconfío mucho más de las pequeñas. En este punto, la naturaleza es casi tan extravagante como el hada Tenebrosa: se complace en hacer lo contrario de lo que parece exigir la razón.

Celebraba la ebriedad de mi victoria cuando la maldita hada Tenebrosa descendió en su carro de Brumas. «Callaos, sacerdotuchos», exclamó, «ya os enseñaré yo a cantar himnos contra mí». Y, tras hablar, tocó con su varita a Cerasin y a sus grandes vicarios; cayeron unos sobre otros; pero, al levantarse, ¡oh sorpresa!, ¡oh espectáculo espantoso!, los vi y no los reconocí; sus bocas se habían transformado en anillos. Imposible imaginar hasta qué punto cambiaba eso su fisonomía, hay que haberlo visto para creerlo. El pobre Cerasin me decía con aire humillado: «Tened piedad de mí». El resto de sacerdotes repetían a coro lo mismo; me aturdieron tanto que los despedí; salieron con sus anillos barbudos. Se los habría tomado por capuchinos.

Cerasin, que era un petimetre, se miró en su espejo al llegar a casa y se dio horror. No concebía cómo podía ser que un anillo, que siempre le había parecido algo bonito, pudiera volverle tan espantoso: lo cual demuestra que el principal mérito de todo consiste en estar en su sitio. Finalmente tomó la decisión de enviar en busca de su barbero, que le dijo al entrar:

—Vengo a saber qué deseáis, mi señor; he tenido el honor de afeitar esta mañana a Vuestra Alteza.

—¡Oh!, realmente mi grandeza ha pasado a mi barba —respondió Cerasin—. Miradme, ¿no soy un guapo mozo?

—¡Ah!, Gran Pagodo —exclamó el barbero retrocediendo tres pasos—, ¡qué boca, qué barba! Es cosa de milagro, y no sé si Monseñor hace bien queriendo acabar con ella. Pienso incluso que ha sido nuestro mono sagrado el que ha querido señalaros con su benevolencia, dándoos la parte inferior de su rostro.

—No dejéis de enjabonarme bien —respondió Cerasin.

Obedeció el barbero y enjabonó a Monseñor; pero, cuando Monseñor estuvo enjabonado y afeitado, era todavía más feo que antes. Se sintió desolado al ver una boca en forma de culo de gallina. Decía furioso:

—Pero ¿se ha visto alguna vez una boca con esta forma?

—Por lo menos me atrevo a aventurar, monseñor —respondió el barbero con aire respetuoso—, que, si se ha visto, nunca ha sido debajo de una nariz.

—¡Ay!, no tengo ninguna necesidad de vuestras observaciones —replicó Cerasin—. Tomad, ya estáis pagado, marchaos.

—¡Ah!, monseñor, —dijo humildemente aquel barbero—, tenéis demasiada conciencia para pagar sólo por una simple barba; ésta vale por dos; tened la bondad de palpar lo duros que son los pelos de Vuestra Excelencia, me ha costado una navaja de afeitar.

Su Eminencia, que era avariciosa, lo despidió brutalmente, y el barbero, para vengarse, no tardó en hacer pública la aventura, que divirtió a toda la Corte.

La princesa y yo aún seguíamos riéndonos por la noche, al meternos en la cama; mas no duró mucho nuestra alegría, porque, cuando presenté mi dedo meñique al anillo, fui mordido con fuerza. Lancé un grito penetrante y oí una gran carcajada; me ofendí y le dije a la princesa:

—Señora, no veo ningún motivo para reír con tanta fuerza.

—Yo no me río —respondió—, y no tengo ninguna gana.

—Está muy bien decir eso —repliqué—. ¡Dios mío! —proseguí—, eso no es muy cortés; os reís por vanidad; estáis encantada de que me haya lastimado.

Quise hacer una segunda prueba, me mordieron con más fuerza todavía; mis gritos aumentaron en esa proporción, y la risa aumentó a carcajada. Fuera de mí, eché a la princesa de la cama, y ella tiró de todas las campanillas deshecha en lágrimas. Las mujeres trajeron luces y se quedaron muy sorprendidas al ver sólo a dos personas, una llorando y otra bramando, y al oír, pese a todo eso, que alguien reía hasta desternillarse. Era el momento, ahora o nunca, de sospechar que había algo debajo; por eso no dejé de decirlo, e incluso de mirar. Pero cuál no fue mi sorpresa al encontrar, en lugar del anillo, una boca de verdad, a la que por desgracia no le faltaba ni un diente y que se reía sin pudor alguno en mis narices. La princesa se puso a gritar.

—Señora —le dije—, no es momento para perder la cabeza, basta con llamar al sacamuelas de Su Majestad.

—¡Ay!, señor —respondió—, habrá olvidado su oficio porque hace diez años que mi padre perdió su último diente.

Pese a todo, fueron en su busca; quiso, como era lógico, examinar la boca de la princesa; pero le dije:

—Es un poco más abajo, señor.

—¿A qué llamáis un poco más abajo? —respondió—. ¿No se me ha hecho venir por la princesa?

—Desde luego —repliqué.

—Bien —continuó él—, ¿qué tenéis que decirme? Vamos, señora, tened la bondad de colocaros.

La princesa se tumbó en un canapé.

—Señora —dijo el sacamuelas—, no es ésa la posición de alguien que quiere que le arranquen un diente.

—Señor —dije yo—, son las manías de la princesa.

—No puedo censurarla —respondió él—, pero no es así en el presente caso.

Terminé informándole del hecho, que tomó por fábula. Pidió luz e hizo su inspección.

—¡Ah!, hermosa dentadura —exclamó al principio.

—Estoy de acuerdo —le dije—, pero como es una belleza fuera de lugar, son precisamente esos dientes los que hay que arrancar uno tras otro.

—¡Arrancar estos dientes! —replicó furioso—. ¡Ah!, señor, sería un crimen. Ya veo —prosiguió— que me tomáis por uno de esos dentistas que no saben apreciar el valor de un diente; pero os equivocáis. Si sólo se hubiera tratado de empastar alguno, pase, no habría resultado sorprendente que hubiera habido alguno, por lo menos, hueco; pero tened la bondad de mirar vos mismo, lo único que puedo hacer es limarlos.

—Bueno —dije—, intentemos ese medio.

Enseguida empezó su tarea con gracia, y me preguntó si no tenía yo noticias. En ese instante quedó muy sorprendido al ver partirse la lima. Sacó otra, que corrió el mismo destino, rompió seis seguidas. «¡Ah!, pardiez», exclamó furioso, «me dais a limar dientes de diamante».

Entonces se oyó a una voz pronunciar estas palabras: «Esta boca permanecerá donde está con todos sus dientes hasta que alguien desencante a la princesa No-os-fiéis».

No perdí un momento; fui a ver dónde estaba el gigante, quien, al verme, se echó a reír en mis narices. Fingí no darme cuenta, porque no conduce a nada ser pendenciero, y busqué el anillo de la princesa; pero ya no estaba. «Veo vuestro asombro», me dijo ella, «mi anillo acaba de echar a volar con vuestros dos primitos, como un carro de ópera. No sé a qué clima de la naturaleza ha sido transportado. Id, buscadlo y pensad que no tendréis el de mi hermana hasta que no se haya roto el encanto del mío».

Fui a consultar a Cerasin y a rogarle que implorase la benevolencia del Pagodo. Desde que se había cortado la barba vivía muy apartado; sin embargo, tuvo a bien concederme audiencia. Se sonrojó al verme y me preguntó si no lo encontraba muy cambiado.

—No demasiado —le respondí—, sólo os encuentro un poco afeminado el aire.

—Venís a consultarme sobre vuestro viaje —me replicó—, os acompañaré. El Pagodo me ha revelado que los anillos no se desencantarían hasta que mi boca, que he perdido, se desplace sobre mis hombros. No me molestará recuperarla; porque, como os será fácil comprender, con la que me veis no puedo presentarme honradamente ante la buena sociedad.

—¡Ah! —le dije para consolarle—, no está tan mal, sólo me molesta que os hayáis hecho afeitado.

—¡Oh! —respondió—, he encargado una especie de pequeña peluca que parecerá una gran barba.

—Estará muy bien —repliqué—. Mañana por la mañana partimos juntos.

Nos pusimos en camino al alba. Cerasin se acercaba a todas las mujeres que encontraba y les decía: «Señora, ¿no tendréis por casualidad mi boca?». Yo, por mi parte, decía: «La señora tiene cara de llevar el anillo de la princesa Noos-fiéis». Nos tomaban por dos locos y no nos contestaban. Al anochecer encontramos a una vieja en una sencilla choza; nos dijo que se llamaba el hada de los Dientes; nos echamos a reír porque no tenía ni uno solo en la boca, y creímos que se llamaba así por ironía. Acercó unas sillas; pero, como sus muebles no eran nuevos, el pie del escabel en el que estaba sentada se rompió y ella cayó patas arriba. Acto seguido vi a Cerasin precipitarse sobre ella gritando con todas sus fuerzas: «¡Ah!, ésta es mi boca. ¡Ah!, aquí están mis dientes». La vieja se debatía y hacía unas muecas espantosas. Al final se agarró de la barba postiza de Cerasin que le decía: «¿Queréis hacer el favor de soltar mi barba?». La otra le respondió: «Haced vos el favor de dejarme mis dientes».

A fuerza de tirar el uno del otro, un diente de la vieja se quedó en las manos de Cerasin, y la pequeña peluca de boca en las manos de la vieja.

—¡Maldito villano! —exclamó ésta—, que tiene la barba de otro; hay que ser eclesiástico para amar hasta ese punto los bienes del prójimo.

—¿No os da vergüenza —le respondió Cerasin—, haber robado mi boca y haberla puesto en vuestro guardamuebles?

Sin embargo, iba a haber un intercambio de prisioneros. Cerasin estaba a punto de devolverle el diente para recuperar su peluca cuando vimos aparecer un hada en un carro brillante en forma de óvalo que nos gritó:

—Guardaos de deshaceros de ese diente, está encantado. Pertenece a esa vieja hada, que es hermana del hada Tenebrosa; y sólo ese diente puede abriros las puertas de mi templo.

—Señora —le dije—, tengo mucho respeto por vuestro templo; pero si no conduce a nada, no tengo el menor interés en entrar en él.

—Ya veo —replicó ella— que no conocéis al hada de los Anillos. Soy yo la que hizo todos los que animan el universo.

—Señora —le respondí—, vaya una conciencia que tenéis; porque hay muchos en los que no habéis escatimado el paño.

Nos montamos en su carro y dejamos a la vieja hada gritando a los dientes.

—¡Oh!, qué divertido es todo esto —dijo Grisemina interrumpiendo al sultán—, ¿y qué hicisteis con el hada de los Anillos y con vuestro diente en la mano?

—¡Pardiez!, señora, no puedo seguir soportándolo, vuestras preguntas son impertinentes; me voy a la cama, no estoy de humor para satisfacer por el momento vuestra curiosidad; mañana veré si os cuento el resto de mis aventuras.

Fin de la primera parte

Segunda parte

Cuento

Al día siguiente Grisemina no dejó de presentarse ante Misapuf y rogarle que terminara la historia de su vida. Él la reanudó en estos términos:

Llegamos pronto al templo; fue entonces cuando sentí el encantamiento del diente arrancado. De pronto adoptó la forma de un dedo meñique bastante considerable. «Veo vuestro asombro», dijo el hada; «gracias a esa metamorfosis vais a penetrar en el primer recinto. Este mueble lleva aquí el nombre de llave maestra». En efecto, la gran puerta se abrió. Aquel templo era un bellissimo barco, compuesto por tres cimbras separadas. La bóveda de la primera estaba adornada con una gran corona de anillos; vi a varios caballeros que daban vueltas alrededor. Imaginaba que era una carrera de anillos.

—Estos anillos —dijo el hada— son las rentas de aquellas a quienes pertenecen. Observad que los caballeros que sólo tienen una lanza de madera o de hierro no cogen ninguna. En cambio podéis ver a ese gordo e infame financiero que no falla nunca porque tiene una lanza de oro.

—Es cierto —respondí—, pero también observo que esos anillos escapan tan pronto como los toca.

—Es la regla —replicó el hada—, se trata de comerciantes que sólo se enriquecen corriendo. Pasemos a la segunda cimbra —prosiguió.

Cada uno de los anillos que la adornaban tenía un corazón detrás de ellos. A menudo veía yo desaparecer un anillo, y el corazón se quedaba solo.

—Explicadme qué significa esa separación —le dije al hada.

—Es el anillo de una joven que acaba de casarse —me respondió—; el anillo se vende y se entrega, pero el corazón permanece porque sólo ella puede darlo.

»Ved también esos corazones sin anillos —prosiguió—; parecen secos y marchitos. Son los corazones de esas mujeres despreciables y estimadas que tienen un aspecto frío, el espíritu duro y la sangre caliente; que, sin tener alma, tienen mucho temperamento; que basan sus placeres en el goce del uno y su reputación en la ausencia de la otra; como sólo el capricho o la vivacidad atraen sus anillos, sus corazones nunca van detrás, y se quedan solos para hacer demostraciones de una virtud que sólo engaña a los necios.

—¡Ah! —exclamé—, no quiero quedarme en esta cimbra; presumo que el anillo de mi princesa no está ahí. Entremos en la tercera.

—Con mucho gusto —dijo el hada—, en ella se aclarará vuestro destino.

Me sorprendió mucho no ver en ella más que una corona de corazones y ni un solo anillo.

—Ahí tenéis el círculo de los corazones que se desprecian sin razón —dijo el hada—, que deberían estimarse a menudo y compadecerse siempre. Son esas mujeres que no tienen

debilidades porque carecen de alma; que son demasiado sinceras para no ser crédulas, y demasiado tiernas para no ser amadas. Sus corazones ocultan sus anillos; el último sólo se obtiene gracias al primero, y eso es lo que hace las pasiones voluptuosas y duraderas.

»Resisten mucho tiempo al amor que sólo quiere su felicidad. El prejuicio las mantiene demasiado en guardia contra el encanto del sentimiento; terminan por entregarse a él. Confiesan su afecto, y quieren retrasar su derrota, pero es inútil, porque, como acabáis de ver, cuando es el anillo sólo el que lleva la palabra, el corazón muy bien puede no responder; pero cuando es el corazón el que habla, resulta muy difícil que el anillo no intervenga en la conversación.

Me di cuenta de la verdad de estas palabras, me enternecí, y en ese mismo instante vi un corazón que se desplazaba y que vino a pegarse al mío. Detrás venía un anillo encantador.

—¡Ah! —dije entusiasmado—, éste es el anillo de mi princesa.

Cerasin, que era brutal como un carmelita¹¹, se arrojó encima; cuando ya se había apoderado de él, el hada le dijo:

—Insolente, voy a castigar tu temeridad.

Le dio con la varita un golpe en la nariz convirtiéndole al punto en un bidé de loza de Saint-Cloud¹²; y sólo le dejó conservar el uso de las piernas. El bidé Cerasin se sirvió de ellas y galopó a rienda suelta alrededor de todo el templo; los anillos de las tres cimbras soltaron grandes carcajadas, e incluso me di cuenta de que no tenían una risa bonita. Apareció entonces el hada de los Dientes, y montó a caballo sobre Cerasin, que estornudó mucho sin que el hada le dijese: «Dios os bendiga». El hada Tenebrosa se dejó ver enseguida y gritó:

—¡Ay!, hermana mía, ¿qué hacéis?

—Quiero vengarme de Cerasin —respondió ella—, y voy a hacerle galopar por tierras de labrantío.

—¿Y no veis —replicó el hada Tenebrosa— que acabáis de hacerme perder mi poder sobre el anillo de la princesa? El destino ha declarado que se uniría al dedo meñique de Misapuf cuando la boca de Cerasin estuviera sobre sus hombros. El oráculo se ha cumplido, porque es esa boca la que os sirve de anillo y os lleva a plomo sobre la espalda de ese bonzo infame.

Nada más acabar de decir estas palabras apareció el caballero de la Nariz, diciéndome que había conseguido liberarse y que iba a reunirse con su mujer, el hada de los Baños. Mis dos primitos Colibrí y Niny le seguían, y todos estaban sudando a mares.

—Muchas gracias, Misapuf —gritaron—, vamos a tomar el aire porque tenemos mucho calor.

El gigante fue obligado a casarse con la princesa No-osfiéis, y Cerasin todavía es bidé del hada, como castigo a su habitual afición, contraria al bello sexo. Sufre constantemente el dolor de ver a su enemiga y de estar sometido a ella. Yo creía que por fin mis penas acababan, pero debía cumplir mi destino y soportar el encantamiento que el

hada había hecho contra mí. Sin enternecerse por las lágrimas de mi bella princesa, ni tampoco ante mis ruegos y mi sumisión, el hada me tocó con su varita; al instante fui transformado en liebre. ¡Qué dolor para un príncipe valeroso verse bajo la forma del animal más cobarde del mundo! De acuerdo con mi nueva naturaleza, mi amor se desvaneció para dejar paso a un terror extremado. Hui a toda la velocidad de que era capaz, y sólo me detuve a cinco o seis leguas de allí. Pasé toda la mañana a cuatro patas; aún no sabía hacerme una madriguera, pero el instinto propio de cada especie de animal no tardó en enseñarme. Olvidaba deciros que, al transformarme en liebre, la maldita hada me había cortado las dos orejas, lo cual aumentaba todavía más mi pena y mi vergüenza.

Cuando me encontraba con otros animales, sobre todo con los de mi especie, siempre creía que se burlaban de mí. Me acordaba de haber visto liebres sin orejas, y también recordaba con desesperación el cambio que eso producía sobre su fisonomía. Esperé la llegada del día haciendo reflexiones tan tristes como humillantes; y aún las hacía más desoladoras sobre mi esposa la princesa, porque estaba preocupado por su dolor y el trato que recibía. Una hora después de la salida del sol, oí a muchos perros que ladraban y a hombres que hablaban entre sí; hasta creí distinguir la voz de mis enemigos; quería evitarlos, pero al punto quedé aturdido por el siguiente grito, cien veces repetido: «¡Velau! ¡Velau! ¡Velau!»¹³; volví la cabeza y vi por lo menos cincuenta perros, doce o quince caballos y tres cuernos de caza; hicieron sonar un avistamiento; yo conocía su música, y la reconocí. Aumenté la velocidad y nunca filosofé tanto sobre la locura de reunir en jauría a tan gran número de hombres y animales tras un animal tan miserable como era yo. Pero como el gigante no era filósofo, seguía persiguiendo mi filosofía a rienda suelta. Esquivé varias veces a los perros, di rodeos, volví sobre mis pasos, les hice fallar. Al final sentí que mis patas empezaban a perder el juego de sus resortes y comprendí que iban a cazarme: me refugié en una peña hueca; allí esperé la muerte con tanta firmeza como los senadores de ya no sé qué país, que permanecieron en sus asientos con los brazos cruzados mientras la ciudad era expuesta al crimen y al pillaje¹⁴. Llegaron todos los cazadores, los piqueros impidieron a los perros que me estrangulasen. El gigante y el hada avanzaron; reconocí el carro, pero no vi en él a la princesita, cosa que me hizo deshacerme en lágrimas. Mi enemigo las achacó al miedo. «¡Oh!, qué cobarde», dijo, «tiene miedo de morir, no tendrá esa suerte». Me dieron cinco o seis cachetes, cosa que me mortificó mucho, y me dijeron: «Adiós, señor Misapuf, hasta mañana por la mañana». No dudé de que al día siguiente se repetiría la misma cencerrada; busqué algún lugar apartado; encontré el hueco de un roble, allí me creí a salvo; pero los abominables perros, rastreando la pista, no tardaron en descubrir mi nuevo habitáculo y me maltrataron igual que el día anterior. En una palabra, fui perseguido, acosado, golpeado y burlado durante nueve días; luego me dejaron tranquilo. No me gusta la soledad; por eso mi primera ocupación fue tratar de hacer amistades; pero me di cuenta con dolor de que las liebres no viven en sociedad, y que cada una se quedaba tristemente en su madriguera como un verdadero recluso; quise hablar con

algunas hembras que me parecieron de humor vivo y fácil. Mis orejas cortadas provocaron sus risas y me costó mucho acostumbrarlas a mi figura. Pero no debo olvidar la mayor de mis desgracias. Bajo esa nueva forma, el hada, por maldad, me había dejado el dedo meñique igual que cuando yo era hombre. Las cosas sólo tienen valor por comparación. Lo que es poca cosa para una mujer es un prodigio para una joven liebre hembra. Por eso todos mis arrebatos no tuvieron efecto alguno; todas las hembras del cantón vinieron curiosas a ver aquel fenómeno y tuvieron el disgusto de no poder aprovecharlo. Me enfurecía pensando en aquel nuevo refinamiento de maldad; pero no era el final de mis desgracias. El gigante y su execrable madre vinieron en mi busca una hermosa mañana; mi pena me había abatido de tal modo que no pensé siquiera en huir: el hada me tocó con su varita, me cambió en lebre y me llevó a su casa. Admirad, señora, el poder de la inclinación natural de cada individuo: eso demuestra que ni siquiera el hombre es más que una liebre en sus acciones: un poder superior lo determina y le hace obrar. Bajo esta nueva forma tuve el dolor de estrangular en ocho días a mis conocidos, a mis amigos y a varias de mis inútiles amantes; y de no ver a la princesa. Me aburría mucho aquel estado, en el que no se me escatimaban los insultos ni los golpes. Un día, volviendo de cazar, el hada me convirtió en zorro.

—Veo que vuestro corazón se entenece...

—Señor —respondió Grisemina—, es cierto que no puedo oír ese nombre sin conmoverme de verdad; dudo incluso de que nunca os hubiera concedido algo de haber sabido que habíais sido zorro; porque, en fin, siempre he tenido entrañas y compadeceré toda mi vida a mis seis pobres hijos.

—Lo admito, luz de mi vida —dijo Misapuf—, debéis sentir rencor contra mí por haberos privado de ellos; pero, en fin, si yo era zorro, vos erais coneja. Además, debo confesaros que siempre he mirado a los gazapos como una comida deliciosa, sobre todo por la novedad, y ahora recuerdo muy bien que vuestros señores hijos aún no tenían seis meses. Pero ya es hora de enjugar vuestras lágrimas y hacer correr las mías.

Al día siguiente fuisteis bien vengada. No os ocultaré que ese día me puse muy contento con mi caza; fui a mi terruño, me acosté sin cenar; bajo cualquiera de las formas que fui, mi estómago siempre ha sido débil, y nunca he podido hacer más de una buena comida. Salí de mi retiro con el alba: la Aurora de los dedos de rosa empezaba a colorear el aire con una luz suave y derramaba perlas sobre la punta de los prados y en las yemas de las flores. Ignoraba que el nacimiento de tan hermoso día había de ser tan funesto para mí. Después de una noche tranquila, sin tener ningún sueño de mal augurio, me paseaba por una carretera como zorro que, si puede decirse, sólo piensa en maldades. El canto de varios gallos me abrió el apetito; la caza que había comido me había aficionado a las aves. Me deslicé a lo largo de un muro y vi en el patio de una granja dos gallos, catorce gallinas y doce pavos. La boca se me hizo agua y mis ojos vagaron mucho

tiempo, inseguros en su selección. Terminaron fijándose en una gallinita negra, con manchas blancas. Me lancé en medio de la bandada y me llevé el bocado marcado. Como soy naturalmente goloso, no me di cuenta de que mi gallinita no se debatía ni lanzaba ningún grito; sólo pensé en el placer de comerla. En cuanto estuve en lo más espeso del bosque y me creí a salvo, apliqué sin piedad la dentellada asesina... ¡Ay!, todavía me estremezco... Y mis llantos interrumpen mi relato: aún no había empezado a correr la sangre cuando oigo una voz dulce y siempre presente en mi corazón que dice: «¡Ay!, me muero. El hada Tenebrosa ha sido bien vengada. ¡Ay!, mi querido Misapuf, ojalá no sepas nunca que tu tierna y fiel esposa es devorada por un desgraciado zorro». Ante estas palabras funestas, todos mis sentidos se helaron, dejé caer de mi ensangrentada boca a la inocente presa; vi entonces a la gallina adoptar la forma y recuperar la figura de mi querida princesa. La sangre salía a borbotones de su pecho de alabastro, me desmayé ante aquel espectáculo horrible. Volví en mí gracias únicamente a un golpe de varita del hada, y de nuevo me encontré bajo los rasgos del amante más culpable y más digno de lástima. «¡Ah!, cielo», exclamó la princesa, «muero por una dentellada de Misapuf...». Me estrechó la mano y cerró los ojos para siempre.

—Ya estoy satisfecha —dijo el hada Tenebrosa—, has cumplido tu destino.

Olvidándome de mi carácter dulce, dije mil injurias contra ella; pero ella se me rió en las narices y echó a volar en su carro. Abrumado por la desesperación, y no teniendo nada mejor que hacer que ser sultán, volví a casa de mi padre; lo encontré moribundo, me declararon su sucesor. El peso de mi corona no disminuye el de mi pena: estrangulé a mis amigos, me comí a vuestra familia, hice morir a mis amantes; ahora no puedo tener más placer que el de procurároslo a vos. Ojalá consiga en vuestros brazos aliviar con frecuencia vuestros dolores y los míos, expiar mis crímenes, trataros como sultana igual que traté a vuestros hijos como gazapos, y esperar pacientemente el momento en que he de convertirme en capuchino ¡sin dejar de ser nunca un santo musulmán!

Así terminó su historia el sultán Misapuf, lanzando un suspiro muy considerable y mirando a Grisemina de una forma muy conmovedora. Después de haber respondido con media sonrisa y una mirada tierna, Grisemina le habló en estos términos:

—Señor, vuestra historia me ha interesado; pero seguía esperando que me hablaseis del hada de los Baños, del caballero de la Nariz, del rey Salvaje, de su esposa la reina y de la princesa No-os-fiéis, su hija.

—¿Y por qué imaginabais todo eso? —respondió Misapuf—. ¡Vaya una idea! ¿Me creéis entonces muy charlatán?

—No, señor —replicó la sultana—; pero Vuestra Sublime y Siempre Victoriosa Majestad debe saber que la primera regla de un relato es rendir cuentas de todos los personajes que han intervenido a lo largo de la narración.

—¡Diablos! —replicó cortésmente Misapuf—, ¿queréis que os informe de toda esa gente a la que no he vuelto a ver? Para la regularidad de mi historia ¿tengo que enviarles un

embajador urgente que me informe del estado de su salud y preguntarles la continuación de sus historias? Creo que ahora son lo que eran entonces: el hada de los Baños, una chillona a la que se ha unido su caballero y a quien no me cabe duda de que lleva de la nariz; el rey Salvaje es un tipo que sabe decir una grosería, pero no sostener una opinión; su esposa la reina, una mujer bonita, pero demasiado comadre; y su hija la princesa, una engañabobos. Es cuanto de ellos puedo decir.

–Señor –dijo la sultana–, puedo ofreceros mayores aclaraciones sobre lo que les afecta.

–Estáis dispensada de hacerlo –respondió Misapuf.

–Ya que vuestra curiosidad es tan pequeña –replicó Grisemina–, no os informaré de que el hada Tenebrosa se mandó hacer un manguito con la piel que vos teníais cuando erais zorro.

–Bueno –dijo el sultán–, debe de ser un manguito muy hermoso, porque recuerdo que tenía una piel muy argentada, y empiezo a creer que ella me hizo ser hombre de nuevo por avaricia. ¡Eh!, ¿y quién os ha dado esa noticia?

–El hada de los Baños –respondió Grisemina.

–¡Ah, ah!, es decir que habéis estado en su casa –dijo el sultán–; ¿y por qué razón? Imagino que su casa debe de ser muy húmeda.

–Señor –replicó la sultana–, si queréis saber mi historia es preciso que Vuestra Ilustre Majestad me conceda un momento de audiencia.

–Con mucho gusto –respondió el sultán–; si es demasiado larga, podría dormirme, cosa que no es una gran desgracia. Empezad pues, señora.

Historia de la sultana Grisemina

Nací en Finlandia¹⁵; no soy ni reina ni princesa; pero puedo asegurar a Vuestra Majestad que soy noble; porque en mis papeles encontré una carta de un duque de Laponia a mi abuelo en que le llamaba vuestro muy humilde y obediente servidor.

–¡Oh!, eso no quiere decir nada –dijo Misapuf–; porque todos estos duques lapones son duques pequeñísimos. Lo cual no quiere decir que dude de vuestra nobleza –añadió.

–También tengo una prueba más cierta –dijo la sultana–: que el rey de Finlandia no quiso hacer un casamiento por debajo de su nobleza; y de no ser por mis viajes se habría casado conmigo.

–Realmente era un partido muy bueno, sin el que os habéis quedado –dijo el sultán–. ¿Se había enamorado de vos?

–No, señor –respondió Grisemina.

–El trono de Finlandia fue ocupado antaño por príncipes de la casa de Zelandia. Los duques de Nortingue lo usurparon; este pequeño accidente provocó grandes guerras entre

esas dos casas. Por fin se encontró un medio de hacer que la corona volviese a la casa de Zelandia, sin quitársela a la de Nortingue.

—¿Qué hicieron? —dijo el sultán.

—Se impuso una condición al rey hoy reinante —respondió la sultana— que le impedirá tener hijos.

—Ya entiendo —dijo el sultán—, le exigieron que no se casase.

—No, señor —dijo la sultana—; hubiera sido una injusticia, le dejaron ese permiso.

—¡Ah!, ya sé lo que es —replicó Misapuf—, tengo que ser muy tonto para no haberlo adivinado. Quieren que su mujer tenga una edad en la que no pueda darle sucesores.

—Es todo lo contrario —replicó Grisemina—; podrá elegir una mujer entre todas las princesas del mundo y entre todas las jóvenes nobles de su reino. Pero sólo podrá casarse con él la que le aporte esa ignorancia tan valiosa a ojos de un marido.

—En verdad —dijo el sultán—, vuestros príncipes de Zelandia carecen de sentido común; esa condición nunca ha impedido a una mujer tener hijos.

—Vuestra Majestad no me ha dejado acabar —dijo la sultana—; iba a tener el honor de contaros lo que se necesita para casarse con el rey de Finlandia: que una joven viajase durante cuatro años, que inicie su viaje a la edad de doce años en grado sumo de ignorancia y que vuelva a los dieciséis igual de poco instruida.

—¡Oh!, eso cambia la tesis —exclamó Misapuf—; pido perdón a esos príncipes, estoy seguro de que reinarán.

—El rey —continuó Grisemina— firmó ese decreto con dieciocho años, este mes cumplirá setenta y nueve y sigue soltero. Como bien suponéis, no hay, sin embargo, gentilhombre que no se mate a tener hijas y que no se arruine haciéndolas viajar. Mi padre es un ejemplo; yo he tenido doce hermanas que se dispersaron; ha pasado su tiempo sin que ninguna haya vuelto en condiciones de ser reina.

—¿Cómo? —dijo el sultán—, ¿sois vos la decimotercera?

—Sí, señor —respondió Grisemina.

—Vamos —respondió Misapuf—, habladme con franqueza. ¿Quién os ha escatimado los gastos del viaje de vuelta? Yo no os amaría menos. Porque en última instancia no me parece que esa ignorancia sea algo tan maravilloso.

—Obedeceré a Vuestra Siempre Augusta Majestad —dijo la sultana—, hablándole sin tapujos.

En cuanto cumplí los doce años, mi madre me hizo partir, después de haberme hecho saber la causa y la condición de mi viaje; ya me creí reina de Finlandia, y enloquecí como un relator al que nombran intendente. Para preservarme de encantamientos, mi madre me dio por compañía un ayuda de cámara brujo. Creyeron necesaria esta precaución, que además estaba de moda.

—¿Cómo? ¿Un ayuda de cámara brujo? —exclamó Misapuf—. Eso era para impediros

ser reina desde el primer día.

—No, señor —respondió Grisemina—, porque era de la especie del eunuco del hada Tenebrosa.

—¡Ah!, no me habléis de ese infame —dijo el sultán.

—No tengo motivos de queja del que a mí me acompañaba —respondió Grisemina—; se sacrificó por mí, sin hacerme perder mis derechos a la corona.

Embarcamos en un navío comercial, tuve la desgracia, como siempre ocurre, de agradar al capitán. Él quería demostrármelo porque no sabía decírmelo; pero mi querido brujo Assud me cambió de pronto en barbada. Escapé de las manos de aquel bruto y salté al mar. Assud me siguió después de haberse transformado en pescadilla. Ganamos rápidamente tierra porque, aunque la barbada sea un buen pez, yo prefería ser muchacha. Recobramos nuestra forma ordinaria. Vagamos mucho tiempo por los bosques, donde empecé a morir de inanición; porque no todos los brujos tienen poder para hacer que les lleven comida.

—Me sorprende —dijo el sultán—, porque de un mal plato siempre se dice: ése es un guiso del diablo.

Assud también tenía la misma hambre que yo; pero sólo se lamentaba por mí. Un día me dijo estas palabras:

—Señorita, creo que preferís vivir a morir. Sólo tengo un medio para conseguir que hagáis una buena comida.

—Aceptaré el que sea, mi querido Assud.

—Es el siguiente —prosiguió—: acabáis de ser barbada, y creo que no quedaréis más deshonrada por ser conejo. Aquí hay tomillo, que os parecerá delicioso. Por no hablar de otras pequeñas dulzuras que podrían entreteneros, como hacer gazapos...

—Adiós a la realeza —dijo el sultán.

—No, señor —respondió la sultana—, yo debía ser reina en calidad de mujer. Por lo tanto, al pasar al cuerpo de una coneja habría podido poblar un conejar entero sin ser menos digna por ello de casarme con el rey.

Acepté la propuesta de Assud, y gracias a su arte se produjo la metamorfosis. Hacía tres meses que me había transformado; yo había tenido cierta complacencia con un conejo, aunque no sintiese ninguna atracción por él; pero temía pasar por gazmoña. Ya conocéis el dolor que sentí, pues vos fuisteis su causa. Estaba en lo más vivo de mi dolor cuando todavía se vio aumentado por el espectáculo más enternecedor. Vi volver a Assud todo ensangrentado y arrastrándose hacia mí. «Por fin os encuentro», me dijo con voz débil, «sólo me queda un momento de vida; un cazador acaba de reducirme a este

estado, y, si me hubiera matado en el acto, vos habríais sido coneja para siempre; sólo me queda el tiempo de romper vuestro encantamiento». Masculló algunas palabras, me tocó con su pata y volví a ser mujer; desde ese momento me hice llamar Grisemina. «Muero contento», dijo Assud; «como ya no podré velar por vuestra seguridad, os aconsejo que toméis mis ropas en lugar de las vuestras; pareceréis un muchacho muy guapo, cierto; pero sólo encenderéis pasiones en el corazón de las mujeres y no han de ser ellas las que os impidan ser reina». Tras estas palabras rindió su último suspiro. Como conocéis mi buen corazón, podéis imaginar mi dolor. Fui a una especie de gruta donde habíamos dejado nuestras ropas; tomé las de Assud. Avancé hacia la orilla, divisé un barco, hice señales con mi pañuelo; enviaron una chalupa que me llevó de vuelta al barco. El capitán me trató con mucha cortesía y me preguntó adónde quería ir. Le respondí que no tenía ninguna meta determinada, pues había dejado mi patria para viajar.

—Si es así —dijo—, no quedaréis defraudada si venís con nosotros al palacio de los Estornudos.

—Os confieso —le respondí— que no he oído nunca hablar de ese palacio; en él deben estar diciendo siempre: «Jesús»¹⁶.

—Es un lugar habitado por el hada Transparente. Reparte un polvo que se toma igual que el tabaco y que hace estornudar a la inteligencia.

—Me dejáis asombrada —exclamé.

—Sí —me respondió—, cuando se ha estornudado cinco o seis veces, enseguida se empieza a recitar una veintena de epigramas y dos docenas de máximas.

—Sí que es admirable —dije yo—. Señor capitán, que remen más deprisa, porque me muero de ganas de estornudar.

—Muchacho —me replicó—, cuantos están a bordo tienen la misma impaciencia, porque desde hace un tiempo las ganas de estornudar hacen furor. ¿Veis a esa joven hética? Oyó decir que, cuando uno está muy delgado, está obligado por honor a tener inteligencia, y emprendió inmediatamente el viaje. Esa otra de ahí, esa tan gorda, ha oído que la inteligencia la hará adelgazar, y quiere tenerla para conservar su belleza más que para reemplazarla. Tengo por lo menos treinta autores que suspiran por el estornudo y que creen que el ingenio les dispensará de tener imaginación y talento. En fin —prosiguió el capitán—, sólo ese maldito capuchino no quiere estornudar.

—¡Ah!, ¡ah! —dijo Misapuf—, ¿habéis visto entonces a un capuchino? Decidme, por favor, ¿cómo están hechos?

—Señor —respondió Grisemina—, es una especie de animal que ocupa el punto intermedio entre el mono y el hombre, que tiene tanto orgullo como incapacidad y que apesta a monje hasta hacer vomitar.

—Diablos —exclamó el sultán—, no es nada apetitoso el retrato, sólo el orgullo puede servir de consuelo; porque, cuando se tiene, uno se permite todo. Continúa, por favor.

Señor –dijo Grisemina–, al tercer día de navegación descubrimos el palacio al que íbamos; tenía un aspecto tan bello que al principio lo tomé por la morada de un rey.

Descendimos del barco precipitadamente. El hada estaba en una tribuna y lanzaba paquetitos a sus cortesanos, que se los arrancaban de las manos y estornudaban a porfía; la rabia de hablar se apoderaba de ellos, hacían preguntas sin que nadie les respondiese, y a menudo respondían sin que nadie les preguntase; se admiraba para ser admirado; se criticaba para ser temido; se divertían menos de lo que se sorprendían, las paradojas deslumbraban, los sofismas persuadían, la flaca envidia satirizaba, el amor propio engreído distribuía elogios falsos, la malignidad de los malos consejos y el falso discernimiento de injustas aprobaciones; pronto no pude aguantar aquella batahola. Gané la puerta reflexionando que, en aquel palacio, sólo se pensaba a trompicones, que el ingenio se parecía a un acceso de fiebre, que todo lo que se producía en él sólo podía formar un conjunto de pedazos y nunca un todo. Pensé que el ingenio había que esperarlo y lograr su agrado, que siempre está a las órdenes de quienes lo buscan; que uno se divierte sólo un momento con ciertas ocurrencias; que siempre agrada cuando es amable; las agudezas son casualidades y los floreos son títulos.

Seguí el camino más despejado. Al anochecer encontré a un joven que viajaba como yo, sin séquito ni equipaje: al principio me asaltó cierto temor, y pronto noté que también mi presencia le causaba inquietud. Nos tranquilizamos; él me contó su historia, que quizá inventó, y que yo voy a repetiros...

–No, por favor –dijo el sultán–, me importa poco saber lo que le ha pasado a alguien a quien nunca he visto y que no tengo ningún interés en ver.

–Si supieseis quién era el joven –respondió la sultana–, hablaríais de otro modo.

–Quizá era un muchacho como vos –dijo Misapuf.

–Precisamente –respondió Grisemina–; pero estuvimos mucho tiempo en el error, queríamos mostrarnos corteses, pero enseguida nos deteníamos; en todo momento éramos cautelosos y siempre nos vigilábamos.

Al anochecer llegamos a una casita que servía, según se dice, para alojar a los que pasaban; oímos un gran ruido de instrumentos mezclado con dulces canciones. Entré sin que nadie me viera, hablé sin que nadie me oyese, vi mucha gente y muy pocas habitaciones.

–Espero –dijo el sultán– que os hayáis visto obligada a acostaros con varios a la vez y que vuestra corona haya naufragado en ese maldito albergue.

–Señor –respondió la sultana–, qué aguda es vuestra inteligencia.

Mientras hacía preguntas inútiles, oí en la puerta un gran ruido de carruajes y criados,

y vi a una mujer alta, bella como la persona que se ama en sueños. Este hecho suspendió la alegría de la casa. El que era su dueño vino y habló así:

—No cabe duda de que la señora quiere pasar la noche aquí; pero me temo que estará muy mal atendida, porque he casado hoy a mi hija y sólo tengo dos habitaciones; una pertenece por derecho a los recién casados; sólo me queda la otra para la señora; pero no sé dónde alojar a estos dos señores —dijo señalándonos.

—Amigo mío —dijo la dama después de habernos mirado de arriba abajo—, ¿tiene vuestra habitación dos camas?

—Sí —replicó el posadero.

—Bueno —respondió ella—, podremos arreglarnos. Yo ocuparé una, y a estos dos jóvenes que se conocen no les costará mucho dormir en la otra.

Eso era precisamente lo que temíamos, sin atrevernos a decírnoslo.

—Os equivocabais —dijo el sultán—; porque no era peligroso.

Hice uso de la palabra para decir a la dama que no nos atrevíamos a tomarnos la libertad de acostarnos en la misma habitación que ella. Pero me replicó: «Hacéis mal, yo no temo a los hombres y estoy acostumbrada a ser precavida con ellos sin evitarlos. No hago caso de esas mujeres que temen cualquier ocasión; a la virtud que huye le faltan a menudo piernas». Como queríamos seguir viaje al día siguiente, nos acostamos temprano; al meterme en la cama tuve la precaución de quedarme en el borde; mi compañero tuvo la misma prudencia: entre nosotros fácilmente habrían podido meterse dos personas. Me sorprendió no sentir ninguna turbación, ninguna emoción, sabiéndome acostada con alguien al que creía un hombre. Sólo sentía un leve impulso de curiosidad; pero la ambición de llegar a ser reina no tardó en frenarla. Creí que el medio más seguro de resistir era esperar a que la joven dama se durmiese, salir despacio de mi cama y meterme más despacio todavía en la suya. Puse en práctica el plan, y me levanté sin ruido; llegué a la cama de la dama, que estaba dormida, me acosté a su lado, sin que pareciera despertarse. Mas aquel sueño sólo era fingido, porque un cuarto de hora después me dijo: «Mi guapo muchacho, tengo buena opinión de la delicadeza de vuestros sentimientos, porque no habéis venido a mi lado para dejarme dormir, soy sensible a vuestros propósitos, y la gratitud exige que disipe vuestro error; tengo que estar segura de que no me traicionaréis». Este principio me ofendió, le prometí una discreción a toda prueba, y le rogué que continuase: «Pues bien», me dijo, «quiero que sepáis una pequeña desgracia, al confiaros que estáis en un error si creéis estar acostado con una mujer; porque soy un muchacho». Estas palabras me confundieron.

—¡Oh!, ya lo había adivinado —dijo el sultán.

—Cierto, señor —prosiguió Grisemina—, que el desorden que entonces se produjo en mí me dijo que yo estaba con un hombre.

–Pero –dijo el sultán– ¿no salisteis de la cama?
–Ésa era mi intención –replicó Grisemina–, pero quería saber su historia.
–¡Maldita curiosidad! –exclamó Misapuf.
–Así es como empezó a contármela –dijo la sultana.

«Soy hijo del hada de los Baños y del caballero de la Nariz. En realidad», dijo, «nunca he visto otra tan grande como la suya. Lo cual no le impidió a mi madre quedarse embarazada».

–Bella reflexión –dijo el sultán–; ¿dónde había aprendido ese muchacho que la nariz de un hombre le impide hacer un hijo a su mujer?
–Señor –respondió la sultana–, carecía de experiencia.
–¿Qué nombre tenía?
–Se llamaba Ziliman, señor.
–Me da lo mismo –respondió Misapuf–, seguid con vuestra historia.
La sultana continuó así:

–Mi padre –dijo Ziliman– estaba muy enamorado del hada de los Baños, y miraba con indiferencia a las demás bellezas que iban a bañarse; pero su vanidad a punto estuvo de perderle y fue la causa de mis desgracias. Oyó hablar de la princesa No-os-fiéis, de su anillo y del encantamiento vinculado a él. (No os repetiré –dijo la sultana– cuanto me habéis contado con tanta elocuencia sobre esos anillos.) Persuadido –continuó Ziliman– de que nadie tenía un dedo meñique tan gordo como el suyo, sin decir nada a su madre partió para liberar a la princesa. Esto demuestra que tenía tanta humanidad como amor propio. El hada imputó su ausencia a infidelidad; durante ese fatídico tiempo me dio a luz a mí y juró, en medio del odio que sentía por los hombres, que yo llevaría ropas de mujer hasta que estuviera casada. A los quince años le dije que quería viajar. «Consiento en ello», me respondió; «pero, ante todo, no te cases, hice juramento de que no serías mujer hasta que hubieras estado quince días ante mis ojos abiertos de par en par sin que me dé cuenta».

Iba a continuar cuando oímos el barullo de la juerga que acompañaba hasta el lecho nupcial a los recién casados. Este suceso aumentó todavía más mi turbación, sentía la tentación de ir en busca de mi compañero; pero la cama de Ziliman estaba más cerca que la de los recién casados, y mis ideas sobre el matrimonio eran tan confusas que no me molestaba saber algo más; por eso presté atento oído a lo que ocurría.

–Os confieso, para vergüenza mía –dijo Ziliman–, que la ceremonia me resulta completamente nueva; os burlaréis de mí cuando os diga que soy tan ignorante que no sé la diferencia que hay entre ese joven y su esposa.

–Puedo juraros –le respondí–, que soy tan poco instruida como vos.

–En tal caso –replicó él–, aprovechemos la ocasión, guardemos un silencio profundo.

He visto que las dos camas sólo están separadas por una cortina, no nos perdamos nada de la escena.

Acepté la propuesta de muy buena gana, y desde entonces nuestra conversación se interrumpió; porque cuando se viaja, uno se siente feliz instruyéndose.

Es lógico que los dos recién casados, de acuerdo ambos, se felicitaran por haberse librado de la gente que los importunaba, y que sus sentimientos, frenados hasta ese instante, aflorasen con entusiasmo. Mi imaginación atenta trabajaba para imaginar los efectos de su connivencia; la ignorancia de Ziliman le atormentaba tanto por lo menos como a mí. Oímos a Thaïs y a Fatmé meterse en la cama. Thaïs dijo enseguida: «Por fin estamos solos, hace tiempo que quiero probar a mi querida Fatmé cuánto la amo». Aparentemente ponía en práctica sus palabras, porque Fatmé le respondió: «¿Qué quieren decir esos modales? ¿Dónde habéis aprendido a vivir?». Thaïs, que debía de ser un joven de talento, le replicó:

—Bella Fatmé, concentrado exclusivamente en el placer de veros, no he aprendido más que a amar.

—Bueno —dijo ella—, deteneos, y no aprendáis a ofenderme.

—Estas ofensas —dijo Thaïs— son las cortesías de la buena compañía, dentro de poco me las agradeceréis.

Pienso que él intentó algo de nuevo, porque Fatmé exclamó:

—Thaïs, si seguís, llamaré a mi madre; Thaïs, sois un insolente, no estoy acostumbrada a estos modales.

—Pero, Fatmé, de veras que no os conozco —dijo Thaïs—. ¿Para qué pensáis que me he casado con vos? Vuestra resistencia denota una ignorancia que significa mucho para mí, pero debéis tenerme confianza. Vamos, mi querida Fatmé, os lo suplico, entregaos a mi pasión.

—Oh, no —dijo ella ingenuamente—, mi madre me ha prohibido cien veces dejarme hacer lo que queréis hacerme.

—Eso está bien, bella Fatmé, cuando erais niña; pero todo debe serme permitido, porque habéis recibido mi palabra en presencia del imán¹⁷.

—Me importa un bledo el imán —replicó Fatmé—; las cosas son buenas o malas en sí; si son buenas, no necesitan de ningún imán que las autorice, y, si son malas, el permiso del imán no puede volverlas buenas.

Thaïs, que perdía demasiado tiempo en razonar, decidió emplear los remedios en lugar de tantas palabras inútiles. Fatmé lanzaba unos gritos que Thaïs ahogaba: toda nuestra habitación se veía sacudida por la revuelta que ocurría en la otra.

—Creo —dijo el sultán— que Ziliman y vos estabais menos tranquilos aún que las habitaciones.

—Lo cierto es —respondió la sultana— que no puedo expresar lo que me ocurría.

Mi curiosidad y mi temor eran iguales; oía quejas que degeneraban en suspiros. Por fin hubo uno que fue seguido de un largo silencio. Ziliman me dijo entonces:

—¡Ay!, amigo mío, no adivino lo que pueden estar haciendo; pero me encuentro en un estado espantoso. Querría saber si la escena ha producido en vos los mismos efectos.

Me cogió la mano, y me asusté:

—¡Ay!, Dios mío —le dije—, ¿qué es esto? ¿No será por casualidad la nariz de vuestro señor padre?

Por lo visto también avanzó su mano, porque dio un grito de espanto y dijo sorprendido:

—¡Oh, Cielo, ¿cómo habéis hecho a este hombre?

Sospeché entonces que el motivo de nuestro asombro era el punto de nuestra ignorancia; traté de impedir que diera un escándalo e ingenuamente le confesé que era mujer. Su sorpresa se cambió en un arrebató de alegría; se arrojó en mis brazos, no tuve fuerzas para apartarme de él. En ese momento las quejas y los suspiros de Fatmé volvieron a empezar; pero no tardé yo en verme obligada a hacer otro tanto. Fatmé imaginó que queríamos burlarnos de ella, porque dijo:

—Sí que es bonito burlarse así de la pobre gente. ¡Me gustaría —añadió— que os hicieran lo mismo para ver qué decíais!

Ziliman y yo no pudimos dejar de reír y no nos cansamos de hacer progresos en la ciencia. Le conté mi historia, y le juré que renunciaba de todo corazón a la corona de Finlandia. Amaneció.

—Bella Grisemina —me dijo—, sabéis que para ser mi mujer tenéis que estar quince días delante de los ojos de vuestra madre sin que os vea; en caso contrario, yo os perdería y me moriría de pena. Sólo conozco un medio, que consiste en ir a casa del hada Porcelana; es mi madrina, ella nos protegerá y quizá nos proporcione algún medio para incitar a mi madre a ratificar nuestra dicha.

Le prometí que no le abandonaría y partimos después de habernos despedido de mi compañero, quien me confesó que era mujer y que estaba haciendo aquel viaje para ser reina. Le declaré que tenía en mí una rival menos. Se puso muy contenta, y nos separamos abrazándonos cordialmente. Porque las mujeres suelen abrazarse por costumbre al encontrarse, y por placer al despedirse. Llegamos dos días más tarde a casa del hada Porcelana. Ziliman le habló de su matrimonio, me presentó y le preguntó si había visto a su madre hacía poco.

—Vino ayer —respondió el hada—, y me dijo que os había prohibido casaros: pero como imagina que sois tan frágil como su casa, está convencida de que con ropas de mujer no podréis evitar que os descubran.

—Pero, en fin, ¿sigue mi madre con la misma idea? —dijo Ziliman.

—Sí —dijo el hada—, me ha informado de las condiciones que había jurado haceros cumplir.

—¡Ay! —exclamé yo—, de sobra veo que tendré que perder a mi querido Ziliman.

–¡Ah! –me replicó el hada–, si quisierais prestaros a un proyecto que tengo, podríamos engañarla.

–No hay nada que no haga –le dije–, por seguir estando con la persona que amo tanto.

–Bueno –continuó el hada–, si no os repugna, os daré la forma de un mueble del que sin duda os servís a menudo.

–¡Ah! –dijo el sultán–, por fin llega la metamorfosis que me habéis hecho esperar tanto tiempo.

–Es verdad, señor, que mi amor me hizo consentirlo todo.

El hada quiso prestarme, bajo esa forma, toda la gracia que puede tener un orinal. Al día siguiente, Ziliman me llevó a casa del hada de los Baños; su madre se alegró mucho de verlo de nuevo tan pronto; le dijo que se decidiría a pasar su vida con ella, antes que viajar siempre con un atuendo tan vergonzoso para un hombre. El hada lo escuchó complacida, y le dijo que había tenido bastante buena opinión de sus sentimientos para esperar abrazarlo poco tiempo después de su marcha. Quiso saber el relato de sus viajes. Él suprimió todos los acontecimientos interesantes. Por la noche, cenando, ella le preguntó si no había traído de vuelta alguna curiosidad.

–Tengo un mueble de guardarropa de moda –respondió él ingenuamente–; no me cabe duda de que lo habréis visto.

–No –dijo ella.

Me llevaron a su habitación; aquel último invento le pareció tan de su gusto que se quedó conmigo; estaba allí desde hacía quince días cuando el hada Tenebrosa, con el manguito de Vuestra Majestad, vino a hacer una visita de buena vecindad al hada de los Baños. Se habló de mí tras los primeros cumplidos; porque, en muebles de esa especie, una moda nueva es un acontecimiento. El hada Tenebrosa quedó tan encantada que me destinó a su uso.

–Bueno –dijo el sultán–, ¿no es verdad que el anillo de esa infame resulta algo espantoso?

–¡Ah!, espantoso, señor –replicó Grisemina.

Un día, cuando estaba utilizándome, me rompió en mil pedazos; y como el encantamiento quedaba anulado con esa desgracia, aparecí ante sus ojos en mi forma natural. Le supliqué que no me castigara; pero estaba furiosa porque pretendía que yo la había cortado; me llevó al aposento del hada de los Baños y le contó mi aventura. Me postré a sus rodillas diciéndole: «¡Ay!, mi querida suegra, no me quitéis a mi esposo Ziliman». Estas palabras la enfurecieron con violencia; me echó a la calle, y no sé qué

habría sido de mí si Vuestra Clemente Majestad no me hubiera tomado bajo su poderosa protección.

—Señora —dijo el sultán—, por vuestra sinceridad os perdono el haberos presentado como virgen cuando no erais nada de eso; me di cuenta de algo la primera noche de nuestras bodas; creí, os lo confieso, que era culpa de mi dedo meñique; pero ahora veo que era culpa de ese pánfilo de Ziliman. Sea como fuere, olvidemos todos nuestros infortunios pasados y pensemos sólo en los bienes presentes. Tratad de encontrarme mejores cocineros. Nuestros hijos ya son mayores; casemos a nuestras hijas antes de hacerlas viajar; mañana pensaremos en lo que debemos hacer con los chicos; hoy ya es tarde. Vamos a acostarnos, en espera de que me vuelva capuchino.

Fin de la última parte

Guillard de Servigné

Las campanillas

Los datos que se tienen de Guillard de Servigné son pocos: nacido en Rennes en 1723, hijo y nieto de consejeros del rey, vinculó su existencia a la carrera judicial como abogado parlamentario. En Ruán, donde en 1749 está destinado como inspector general de patrimonios, escribe *Les Sonnettes (Las campanillas)* utilizando datos de la vida de la ciudad, desde hechos literarios a canciones satíricas, anécdotas libertinas, costumbres de la Ópera, etcétera. Dispuesto a publicar su relato, Servigné se dirige a París ese mismo año, donde en junio asiste a un estreno de Voltaire, *Nanine*, motivo de una *Carta a su autor* en la que quiere reconfortarle del fracaso. Al mes siguiente es detenido a medianoche en su hotel por la policía, que tiene orden de embargar «los papeles que en [su habitación] se encuentren contrarios a la Religión, al Estado y a las buenas costumbres», y encerrado en la Bastilla. *Las campanillas* acababa de aparecer con su nombre y la policía se interesaba por el impresor, el vendedor, el almacén donde estaban los ejemplares y si había participado en la composición un amigo suyo, el abate du Tertre, jesuita que había colgado los hábitos y era seguido y vigilado por la policía por sus colaboraciones en hojas periódicas.

No permaneció mucho tiempo encarcelado; volvió a Ruán donde al año siguiente reincidía con *Le Rhinocéros*, poema en prosa dividido en seis cantos; pero había aprendido la lección, y la paternidad del libro aparece a nombre de Mlle. de ***; en él resume su breve experiencia de la vida parisina en tono satírico y burlón. No volvió a escribir nada más hasta su muerte, ocurrida en 1780: «trabajaba y bebía alternativamente; ocho días con el vino y ocho días en los tribunales. Sorprendía por su facilidad para comprender los asuntos más complicados y por la precisión con que los presentaba desde su verdadero punto de vista».

En este relato en primera persona se asiste a la iniciación amorosa de un joven, mezclando piedad filial, leyes de rigurosa moral y un paseo por el libertinaje tras una escena de *voyeurismo* y una criada iniciadora, encarnación de la joven que, a pesar de utilizar los expedientes que le ofrece la vida para sobrevivir, no consigue el ascenso social; y tras las descripciones eróticas y la anécdota de las campanillas, desenlace moralizante con el retorno al primer amor bendecido por la familia, la sociedad y el corazón.

Aunque ése sea el eje del relato, Servigné utiliza como gancho uno de los montajes mecánicos con fines eróticos en los que tan fértil será el siglo, y que un cerrajero, apellidado Le Dru, preparaba para el duque de Richelieu, considerado el mayor libertino del siglo. Los objetos y máquinas para tales fines no fueron creación de la época, pero el desarrollo de la industria textil, metalúrgica, de construcción y ebanistería facilitó la incorporación de aparatos al erotismo para seducir a distintos sentidos; las campanillas, que permitían «ver» a través del oído, ya figuraban, aunque en máquinas más burdas y no tan perfectas, en otros textos, como *El sobrino de Rameau* de Diderot, en folletos contra María Antonieta, etcétera.

Las campanillas o Memorias del señor marqués D'***

(Les Sonnettes, ou Mémoires
de Monsieur le Marquis D'***, 1749)

Al señor D'***¹

que inventó la manera de poner las campanillas, etcétera.

Señor,

No es ni el interés ni el halago el que os dedica esta obra. Sólo os conozco por la ingeniosa enseña que os ha conseguido una reputación tan brillante y tan bien merecida. Por toda Europa resuena vuestro nombre tanto como vuestras campanillas. El arte de colocarlas os debe su perfección: gracias a vuestro genio, unido a un gran número de experiencias, habéis conseguido colocarlas en el lugar más difícil. Si no temiera herir vuestra modestia, me extendería sobre la utilidad de vuestro talento. No hablaría sólo de los enfermos y de los perezosos a quienes vuestras campanillas aportan tanto alivio, me referiría sobre todo a las ventajas que de ellas sacan nuestras damas, bien para deshacerse de un amante importuno, bien para fingir resistirse a la acción de un amante adorado. Pero es raro que vuestras campanillas sirvan en el primer caso; uno sabe a qué atenerse con esta forma de hablar: «Dejadlo ya, si no, llamo».

Personalmente os debo, señor, eterna gratitud. He sacado provecho de vuestras ideas, mis campanillas son vuestro patrimonio, es justo que os rinda homenaje público.

Tengo el honor de ser, señor, vuestro muy humilde y muy obediente servidor,

D'***.

Prefacio

Por mucho que se diga contra los prefacios, su uso permanece; ocurre como con los prejuicios, siempre combatidos y siempre seguidos.

Hasta quien detesta los prefacios, escribe uno cuando dice que no quiere hacerlos.

Me parece que la inteligencia, como los sentidos, quiere ser preparada. Quidemos de la arquitectura los vestibulos y los pórticos; destruyamos las alamedas de ese magnífico castillo, privemos a la música y al amor de esos deliciosos preludios que a menudo valen más que lo que les sigue: ¿no habremos perdido parte de nuestros placeres?

Los prefacios, diréis, son aburridos; sólo unos pocos libros no lo son, y pocos libros son buenos.

A mi juicio habría que seguir dos reglas en un prefacio: no herir el amor propio de los lectores, adoptando con ellos el tono de advertencia e instrucción; habría que hacerlos de manera que el amor propio del autor se mostrase sin exceso y sin falsa modestia.

Por el contrario, un autor, a poco que crea merecer la atención del público (y lo cree siempre), se cuida de instruirnos sobre las menores circunstancias que han hecho nacer su obra, o bien *son promesas que cumple al publicarla*; ¿qué pasa con todo lo que tiene de interesante que decimos? Habla mucho tiempo de sí mismo; el placer que en ello encuentra le hace demorarse deliciosamente: *cuenta con nuestra indulgencia*; pero, por otro lado, adivina tan mal nuestra sagacidad que nos hace soportar hasta *la explicación de los frontispicios, florones y viñetas*.

Si es cierto que Montaigne nos agradó al darnos la historia de su corazón y si es verdad que la mayoría de los escritores se han pintado en sus obras, ¿por qué habría de rechazar yo la satisfacción de decir que he seguido a mis maestros y modelos en este punto? El sentimiento ha llevado mi pluma; ha sido él quien me ha guiado unas veces por rutas floridas, otras por lugares propios para soñar; es él quien está en el corazón de mis lectores, y quien me tranquiliza sobre las faltas que he podido cometer.

Primera parte

Mi familia, asentada desde hace varios siglos en la provincia de Borgoña, posee allí bienes considerables. Cuatro hermanos que yo tenía, y que tomaron el oficio de las armas, conveniente a su cuna, perecieron uno tras otro tras la batalla de Fontenoy². El barón d'***, hermano de mi padre, vio que su único hijo le era arrebatado por ese mismo oficio en la flor de la edad. Estos funestos golpes, que se siguieron rápidamente, llevaron la desolación al seno de nuestra familia.

La noticia de la muerte de mi último hermano decidió a mi padre a llamarme de París, donde yo seguía mis estudios. Hube de obedecer, aunque ya presentía las consecuencias. La estancia en la provincia desde la que me amenazaban bien podía hacerme echar de menos la vida en una ciudad considerada como el centro del gusto y de las artes, llena de bellezas de mil géneros hacia las que ya empezaba yo a dirigir los ojos. Pero fue la imagen de un padre abrumado de dolor lo único que tuve presente. Pensé que sólo me tenía a mí para secar sus lágrimas, ¿y en qué estado le encontré? La tristeza había causado tal impresión en él que había caído peligrosamente enfermo. Me estremecí, me

creí a punto de perderlo todo cuando vi el peligro a que estaba expuesto el autor de mis días. Recuerdo de mi dolor, ¡cuánto os aprecio! ¡Y cuánto me agrada recordar las vivas emociones que me agitaron! No temo que se llame debilidad a unos sentimientos tan capaces de honrar la naturaleza.

Nuestros insistentes cuidados, los médicos, pero, sin duda más que el resto, la calidad de su temperamento me devolvieron a mi padre, y pronto estuvo fuera de peligro. Su cariño me retenía continuamente a su lado; encontraba una dulce satisfacción en cumplir aquel deber. Un día que aún estaba mejor que de ordinario, y que yo le demostraba mi alegría, me dijo:

—Habéis visto, hijo mío, de qué peligros acabo de escapar. La enfermedad ha estado a punto de consumir lo que sólo el dolor habría debido hacer; pero es inútil que huyamos de nuestro término, ese mismo dolor, apresurando la vejez, no ha de tardar en llevarme al punto que creéis aplazado; no esperéis que sobreviva mucho tiempo a pérdidas tan sensibles. Era poco haber derramado casi toda mi sangre por mi país, aún había que perder lo más precioso. He visto a los míos perecer uno tras otro; el cruel destino ha contado los golpes que me propinaba, sólo me quedáis vos, querido hijo mío. Pero ¿podré conservaros? Vuestros hermanos os han trazado un camino funesto; iréis, como ellos, en busca de la gloria y de la muerte. ¡Gloria vana!, a la que se sacrifican los sentimientos más queridos y que nos convierte en víctimas de pasiones ajenas a nosotros mismos. ¿Puedo esperar que alguien me cierre los ojos...?

—¡Ah!, padre mío —le dije—, ¿habéis creído que vuestro hijo os abandonará alguna vez? ¡Vos, único ser al que amo, y al que tengo tantas razones para amar! Sería arrancarme a mí mismo, sería ultrajar la naturaleza y cesar de ser vuestro hijo; mi primera gloria es tener un corazón sensible: ¡vivid, y ojalá yo pueda contribuir a vuestra felicidad, igualando vuestro cariño con el mío!

Las seguridades que di a mi padre de permanecer a su lado sirvieron en gran medida para restablecerle. La tranquilidad del alma y la alegría son un bálsamo que destila sobre todos los males. El barón d'***, mi tío, a quien la lentitud de los jueces y los artificiosos rodeos de un adversario habían retenido mucho tiempo en el parlamento de..., llegó en esa época, y vino a alegrarse con mi padre de su convalecencia; luego pensó que lo mejor que podía hacer era vivir con nosotros, y no fuimos más que una sola casa. El barón era un hombre de cincuenta años, de humor uniforme y entusiasta; poseía ese sentido común sazonado de penetración que debería llamarse inteligencia si no se abusara de los términos. Su conversación divertía instruyendo, sin que perdiese ni lo uno ni lo otro; en él la ciencia era amable, y la probidad carecía de rudeza. Había vivido antaño en la Corte, y es elogiarle decir que no le había echado a perder; aunque hubiera sufrido mil veces la maldad de sus enemigos, y la ingratitud de sus amigos, no había cesado de ser bueno y generoso. Las cualidades de mi padre, aunque menos brillantes, estaban en armonía con las suyas; y la amistad más tierna unía a estos dos hermanos a quienes el interés habría podido dividir, según es costumbre. El barón pareció contento conmigo y

con mis ocupaciones en París. Yo había incluido en mi educación la mayoría de conocimientos de que mi edad era susceptible. El estudio de las lenguas cultas y la lectura de las mejores obras me habían entretenido de forma útil; en ellas había adquirido facilidad para hablar: la música, la pintura y la poesía variaban mis entretenimientos; mi aspecto era decoroso y me presentaba bien gracias a las lecciones de mis maestros. Desde la muerte de su hijo, el barón me miraba como si yo lo fuera suyo; más me quiso todavía cuando me conoció: desde entonces se tomó por principal tarea iluminar mi juventud y dar los últimos retoques a mi educación. Sabía que el camino del corazón es el de la persuasión, y que los consejos de las personas que amamos son siempre los que mejor se siguen. No escatimó nada de cuanto podía hacerle querer, si no lo hubiera sido ya. Estudiaba mis deseos y mis inclinaciones, y se apresuraba a satisfacerlos. Me animaba a tener correspondientes en París para estar al tanto de las novedades en todos los campos. «El gusto», me decía, «es un favor del cielo, igual que las gracias; pero si el arte bien entendido puede sumarse a las gracias, el gusto natural tiene la misma necesidad de ser cultivado; se refina con la frecuentación de lo bueno y de lo bello. Nunca se ha pensado con más delicadeza que en nuestro siglo; pero nuestras obras tienen menos fuerza que las de los Antiguos.

»Jamás se enseñaron las ciencias con un método más claro ni más simple; pero somos menos afortunados en descubrimientos. Conviene que a los modelos de la Antigüedad unáis las obras nuevas, para apreciar unas y otros, y para juzgar con seguridad el estado presente de las Bellas Artes, de sus progresos y de sus menguas. Quizá no haya placer más sensible para el espíritu que el de la comparación, ni vía de instrucción más fácil».

Así, poco más o menos, me volvía agradables las ciencias el barón; no pretendía hacer de mí un sabio, quería algo todavía mejor. Alcancé esa edad crítica en que el germen de las pasiones se desarrolla en el corazón. El barón sabía que la vanidad podía destruirlas; sólo trató de cambiar el blanco de esas pasiones y convertir en provecho del estudio unos deseos y unos impulsos inseparables de nuestro ser. De igual manera un químico industrial se vuelve dueño del elemento del que espera sus riquezas; sin ahogarlo, y sin permitir que se evapore, le proporciona alimentos y cautiva su acción para volverla útil a sus designios.

Mi padre secundó las intenciones del barón; se decidió que pasaríamos una parte de la estación buena en S. C. Esa finca, situada a dos leguas de la ciudad, es el retiro más amable que puede consolar de la ausencia de gente, sin que por ello deba mirarse como desierto³ un lugar en el que estábamos rodeados por las bellezas de la naturaleza. Allí se ofrecía ella a nuestras ávidas miradas bajo mil figuras diferentes; o, si aún quería escondernos algunos tesoros, las ciencias a las que acudíamos podían apartar enseguida sus velos. El ingenioso Tournefort, Réaumur, Pluche⁴, y todos esos hombres célebres que han enseñado a sus iguales a ver y a conocer el universo, venían en ayuda de nuestra curiosidad, a satisfacerla y a excitarla de nuevo con maravillas dignas de ocupar constantemente nuestra inteligencia. Allí pensábamos en profundidad, aquí gozábamos de

la feliz libertad de no pensar en nada; durante otro rato nos entregábamos a los entretenimientos campestres. Un cielo puro y sereno, un encadenamiento de laderas tapizadas por viñedos, un arroyo que serpentea entre las flores, entre tupidos árboles cuyos brazos entrelazados forman una eterna enramada, el vario gorjeo de los habitantes del aire, los balidos y los juegos de los rebaños, un no sé qué divino que anima los campos en los días buenos: he ahí las risueñas imágenes que me entretenían. Eran mis pasiones y mis riquezas. Placeres de las primeras edades, presentadas por la inocencia y disfrutadas con tranquilidad; antiguo patrimonio del hombre, que ha descuidado a cambio de adquisiciones más brillantes y menos seguras.

Pasé algún tiempo así, entre la naturaleza, mi padre y el barón, entregándome sucesivamente a objetos tan queridos sin que ningún deseo viniera a decirme que en otra parte había otros bienes para mí. Cualquier clase de vida, adoptada por costumbre, se nos vuelve necesaria; yo ponderaba ante el barón las dulzuras de nuestro retiro, le rogaba que las prolongase.

—Es de temer —me dijo— que sintáis demasiado gusto por la vida privada; admitiendo que tiene sus ventajas, también hay que decir que su uniformidad puede llevar a la indiferencia y a la pereza. ¿Qué será de los deberes mutuos que encadenan a todos los hombres? Los seres que tienen las mismas necesidades deben estar unidos por sus propiedades: el comercio, alma universal, es para ellos un bien tan precioso como la existencia, puesto que constituye su conservación. Ciudadano del mundo, no habéis nacido para convertirlos en espectador inútil, os debéis a vuestros semejantes, que os rodean y tienen derecho a exigir el empleo de las facultades de que estáis dotado. Para que esa obligación parezca menos dura, el que formó nuestros corazones puso en ellos pasiones cuyos matices están tan diversificados como nosotros. El amor, la amistad, la ambición, la gloria nos obligan, aunque libremente, a obrar bien; de ahí los tiernos nombres de padre, de esposo y de amigo; los títulos de héroe, de padre de la patria, de gran general y de sensato ministro. Por tanto es preciso que escojáis entre los estados el que sea más acorde con la gloria sólida y con vuestra cuna: de conformidad con las ideas de la nación, no tenéis al parecer más que una salida, la de las armas...

—¡Ah!, señor —le dije—, permitid que os interrumpa; la salida de las armas, aunque me parece hermosa, nunca será de mi gusto. Sé que mis ideas sobre el tema os parecerán singulares; si las hiciera públicas, podría sospecharse que mi alma es débil, o quienes me vieran cargar de frente contra un prejuicio tan antiguo me acusarían, cuando menos, de locura. Yo no digo como nuestros pretendidos políticos, siempre extremados y siempre descontentos, que la guerra es una fuente de innumerables males, un pretexto para mil impuestos, un juego entre soberanos que lo hacen perdurar tanto como su avaricia, su lujo y sus demás pasiones lo exigen, un medio de asentar el despotismo manteniendo en dependencia a la nobleza y en la miseria a los pueblos. Me guardo mucho de abordar esa materia a partir de semejantes principios, y me limito a hablar de ella como todo hombre privado puede hacer, en proporción al interés que tiene en los asuntos públicos. El temor

que formó las primeras sociedades, y que es el origen de las leyes, ese temor que hizo los dioses, por utilizar en sentido figurado las palabras de un autor de la Antigüedad, ese mismo temor es el que ha hecho las armas, la gloria y los triunfos. Es preciso poner coto a la codicia; y, en este sentido, admito que un Estado necesita guerreros; que se necesitarían incluso en una sociedad particular y formada únicamente por hombres razonables, a menos que estuvieran separados de los demás hombres y transplantados a una isla inaccesible. Pero yo, que juzgo del bien y del mal según el actual estado del mundo, yo, que veo, al repasar la historia de todos los siglos, tantas desgracias producidas por las guerras y casi ni un solo efecto benéfico, yo, repito, que, descendiendo dentro de mí mismo, considero que la barbarie es inseparable de esos crímenes, de esas contribuciones, o, lo que viene a ser lo mismo, de esas rapiñas, decido que mi corazón nunca podría otorgar con tantos vicios el desinterés y la humanidad, y quiero tomar un estado cuyos deberes, en armonía con mis sentimientos, sean más fáciles de cumplir para mí.

—No intentaré combatir vuestra repugnancia —dijo el barón—. Dejemos esa primera salida; vuestra elección puede extenderse a otros estados igual de honrosos. ¿Sólo hay enemigos extranjeros? En nuestro propio seno los tenemos; crímenes, traiciones, concusiones, injusticias, he ahí los enemigos del reino para un magistrado preocupado; sujeto tanto más esencial al Estado cuanto que su infatigable ardor se ejerce en todo tiempo. El ministro participa en una carrera todavía más amplia; ojo de su amo, conoce todo dentro y fuera; tranquilo en su gabinete, idea los proyectos que deben cambiar la faz de Europa. Medita planes cuya ejecución se confía al valor; éste hace conquistas, y la prudencia las conserva. Dentro del Estado favorece las artes y las ciencias; gracias a esa nueva manera de conquistar, los demás pueblos se vuelven tributarios de nuestros gustos y de nuestra industria; aplica las finanzas de manera útil, disminuye los cargos públicos; y las riquezas del rey y de los súbditos aumentan. El negociador, al compartir la gloria del soberano al que representa, contribuye a ella y le añade el brillo de su propio talento; versado en el conocimiento de los intereses, hace que los de nuestros vecinos sirvan a los nuestros; su elocuencia lo convierte en dueño de los corazones que imperceptiblemente lleva hacia sus fines. Hace abortar los tratados contrarios, concluye los ventajosos, y preside esos himeneos que sellan la felicidad y la amistad de dos naciones.

Estos cuadros eran capaces de excitar el amor propio; pero, por lo general, nos remitimos sólo a la inclinación cuando se trata de trabajar en la felicidad de la vida de uno mismo. Sin saber aún en qué estado debía detenerme, dudando incluso de si debía tomarlo, únicamente fui sensible al interés que el barón me demostraba; y, más conmovido que convencido, le prometí dejarme guiar por sus consejos. Mi deferencia y los elogios que le di me ganaron nuevos afectos de su parte.

—Ya es tiempo —me dijo— de que entréis en el mundo, considero que estáis en condiciones de presentaros en él; no es a vos a quien hay que hablar de los peligros que encierra. Muchas obras pretenden servir de escuela a la juventud; los presentes ejemplos

os instruirán más que todos nuestros charlatanes modernos. La mayoría de esos autores no han visto el mundo del que hablan, porque no son idóneos; bajo la envoltura de la enseñanza que los ampara disparan dardos inútiles; sus retratos falsos y ridículos, por no tener nada de originales, no corrigen a nadie. Veréis por vos mismo que la sociedad es sensata y loca, divertida y aburrida, humana y malvada, y que, en conjunto, es algo bastante bueno; hay que tomar el partido de una tolerancia razonable. Vuestro buen carácter os garantizará de errores burdos; deo el resto a vuestra dicha.

Ya hemos vuelto a la ciudad de ***. Podrían describirse las costumbres de sus habitantes con dos trazos: en ella, la abundancia ha consagrado el lujo, y las mujeres son encantadoras. Es uno de esos lugares afortunados de la tierra que el Amor ha mirado siempre complacido; en ninguna parte el sexo amable ha merecido mejor el nombre de bello sexo; hay una especie de sucesión de encantos establecida entre madres e hijas. Los derechos de unas y otras se ejercen de manera pacífica sin perjudicarse: las primeras son complacientes para que las últimas lo sean. Entre esas madres adorables Platón habría encontrado más de una Arqueanasa⁵ digna de detener las Gracias y el Tiempo, y cuyas arrugas no habrían asustado a los Amores. En este dichoso país, a los placeres sólo los sazona el misterio, que por otra parte depende de los pelmas y de la coerción; los hombres son dulces y corteses, porque ven a las mujeres; no hay rivalidad entre ellos, porque saben hacerse justicia. Sin castigarse a sí mismos con una infiel, se consuelan enseguida eligiendo a otra; estas reglas vuelven el amor razonable y, al liberarlo de una fidelidad que no existe en la naturaleza, incitan a los amantes a conservar sus conquistas con cuidados continuos que son a su vez el premio del amor.

No fue en esa escuela donde recibí las primeras lecciones de sensibilidad; mi derrota había de ser más rápida; sin salir de casa, nada más llegar, encontré a mi vencedor. Respetables ciencias, qué lejos estáis de nosotros ante la presencia de un objeto hermoso; reconoced un poder mayor y, contentas con guiar la mente, dejad el imperio del corazón a sus legítimos soberanos. La noche de mi regreso, un libro nuevo me había hecho apresurar el momento de retirarme; había despedido a mis criados con la impaciencia de un hombre de mi edad que va a devorar una lectura interesante. Mi habitación estaba a la espalda del palacete; un leve ruido me hace volver la cabeza, veo en una de las habitaciones del palacete contiguo una belleza encantadora y que parecía tener dieciséis años a lo sumo; entró cantando y jugueteando. Delante de ella iba una criada con dos velas; yo apagué las mías y abrí sin ruido mi ventana. Algo más imperioso que la curiosidad me hacía distinguir exactamente cuanto veía. ¡Ay!, vi demasiado. Imagínese a un joven asaltado por deseos que no conoce, que quiere discernir y que se confunden; que le pongan en mi lugar y que soporte el delicioso suplicio de ver desnudarse con todo detalle al más hermoso cuerpo que nunca haya existido. Se quita el vestido, la finura del talle queda mejor marcada. El pañuelo, ese guardián tan celoso como el dragón de las Hespérides⁶, no oculta ya las manzanas del jardín del Amor: a medida que se desata el corsé, las gracias escapan, sólo quedan cubiertas por un ligero velo; y ese zapato elegante

no tarda en dejar ver una pierna torneada y de blancura deslumbrante. ¿Quién entonces no se habría sentido feliz abrazando sus rodillas y jurándole una pasión tan real como el valor de sus prendas⁷? Mis ojos cometían mil latrocinios y me daban la confusa idea de mil más; mi seducción y mi delirio llegaban a su colmo. Mientras, ella se mete en la cama; mi dicha quiso que hiciera un extremado calor, las ventanas permanecieron abiertas, las cortinas no se echaron, y la doncella salió después de haber acercado a la cama una mesa con velas. Mi joven diosa sacó de debajo de la cabecera un folleto y lo abrió. Me fue fácil ver que aquella lectura le gustaba; ¿qué no ven los ojos de un enamorado amante?, porque no me cabe duda de que yo ya lo era. Creí ver que una expresión de languidez se difundía por toda su persona. Pocos instantes después su cabeza se inclina, se le escapa el libro, extiende los brazos, su respiración se vuelve precipitada, su seno tímido y naciente sube y baja, sus ojos cerrados me hacen temer que haya perdido el uso de sus sentidos. Me siento conmovido hasta el punto de que experimento los mismos peligros; una turbación desconocida se apodera de mí, un fuego sutil se difunde por todo mi cuerpo, mi alma cautiva quiere exhalarse y, al no poder encontrar salida, tensa con violencia los lazos de su prisión, busco su causa, vuelvo de nuevo los ojos hacia el lecho fatal para mi reposo, ya no veo nada, ya no puedo más, caigo sobre un sillón en medio de un arrobamiento indecible.

El sentimiento, que el exceso me había hecho perder, vuelve poco a poco, saboreo el placer, y ese placer se desvanece. El encanto se disipa, la calma renace, sólo me queda el recuerdo de una emoción tan poderosa que sólo vive un instante. ¡Qué no habría dado por perpetuarla! Mis ojos vuelven a la fuente de aquella emoción divina, vuelven a encontrar a la adorable ninfa y devoran otra vez los encantos que se les ofrecen: ¿cómo describir otros, cuya vista ni siquiera me había atrevido a desear? Mi pincel se niega a dibujarlos; su naturaleza pertenece a los misterios de los Antiguos, objetos de veneración que no querían quedar expuestos a los ojos del vulgo. Me veo obligado a servirme de emblemas y a hacer entrever unas bellezas cuyo velo no puedo quitar.

Descripción de la Isla de Amor

Hacia esos bellos lugares en que la naciente aurora
a los mortales anuncia el día,
hay una floreciente isla
que llaman Isla de Amor.

De un bosque al fondo, en perspectiva, en sombra
un suntuoso templo se levanta
al que numerosos acuden
los Amantes, los Voluptuosos.

Allí se ofrecen los tiernos sacrificios
de mil y mil satisfechos corazones;
Venus, en este lugar de delicias

vuestros instantes cuentan los placeres.

¡Feliz, Diosa, feliz quien de más cerca
toca vuestros brillantes altares!

Una sonrisa de vuestra boca
al rango eleva de Inmortales.

Este Templo amado, preferida morada,
vuestros más caros tesoros encierra,
y vuestro favor los dispensa
a los votos ardientes, a los dulces afanes.

Mi amable desconocida, que había hecho el descubrimiento de aquel templo, se dedicaba a encontrar su acceso; se adentra por las avenidas; su piedad alcanzaba una especie de furor, y creí que retaría a sangriento desafío a los guardias que defendían su entrada. Los obstáculos aumentaron, una mano divina la empujó. Ella desconocía que sólo a un enamorado le estaba reservado abrirle las puertas del templo y presentar en él las ofrendas de ambos. La sombra de la felicidad vino a consolarla entonces de sus inútiles tentativas, y volvió a poner en sus manos el folleto que había abandonado: de él sacó de nuevo temas de ensueño, turbación e ilusión. Gracias a un efecto de esa correspondencia íntima de sentimientos que me unía a ella, la seguí en todos sus extravíos, los compartí, me sumí en ellos con alegría; tuve el anticipo de verdaderos placeres. Dispuesta luego a ceder al sueño, apagó sus velas, y todo el espectáculo que me había encantado desapareció; pero sus huellas quedaron grabadas en mi imaginación, y la agitaron hasta tal punto que no pude descansar, síntoma seguro de pasión. Pasé el resto de la noche en proyectos para hacer que mi amor, lleno de deseos y temores, triunfara; ¿qué sería de mí si su corazón estaba ocupado? ¡Qué felicidad si fuera yo capaz de enamorarla!

Por la mañana llamé antes que de costumbre. Dubois, mi ayuda de cámara, satisfizo oportunamente mi curiosidad; me hizo saber que la desconocida era hija de la condesa de Mongol, viuda de un oficial famoso, y que ambas ocupaban el palacete contiguo desde hacía un mes; le dije que intentara hablar con la doncella. Dubois había estado con varios jóvenes de la Corte; me exageraba la necesidad de hacer singular el éxito del tono decisivo, y de unir las victorias a apariencias ventajosas; ese día quiso estar presente cuando me vestía y hacer mi filosofía más galante que de costumbre. Cuando salí de las manos de Dubois, me dirigí a la habitación del barón: durante la charla le recordé su promesa de presentarme en sociedad; y sin dejar traslucir demasiada urgencia, le hablé de la condesa de Mongol; decidimos que empezaríamos por ella.

La mayor rapidez es lenta para el deseo; ¡qué larga me pareció una sola mañana! Ya no podía vivir lejos de la que amaba. Por fin llegó el afortunado instante; y con un sentimiento cuya extravagancia sólo pueden comprender los enamorados, empecé a temer ese momento tanto como lo había deseado; las incertidumbres sobre el destino de

mi amor se renovaron; y no sin la mayor turbación entré en casa de Mme. de Mongol. La encontramos con su encantadora hija; no cabe duda de que salí muy mal de los primeros cumplidos; pero logré liberarme de la especie de deslumbramiento en que estaba para mirar a Mlle. de Mongol: ¡qué hermosa era! Su aire noble y modesto me encantaba. Le dirigí, temblando, algunas palabras; ella respondió casi en el mismo tono; pero estaba acostumbrada a pensar con finura y su inteligencia era natural: las gracias ingenuas se cuidaban de adornar sus palabras; el sonido de su voz iba derecho al corazón, y el efecto que causó en mí aumentó tanto mi ardor que me imaginaba no haberla amado todavía. Por fin me di cuenta de que Mme. de Mongol me examinaba. La última reflexión fue para ella: me vi obligado a responder a sus preguntas y a entrar en una conversación ordenada. Era una mujer de treinta y cinco años y que aún poseía encantos suficientes para competir con el esplendor de su hija. Me dijo lo más halagador que las finezas del uso pueden sugerir, hasta creí entrever en ella sentimientos que yo habría deseado encontrar en otra parte, al precio de cuanto me era más querido, y sólo noté en ella cortesía hacia el barón, por más atención que pareciera prestar a sus palabras. Entre dos hombres de mérito muy desigual, las mujeres siempre se deciden en favor de la juventud y los atractivos; su corazón juzga por ellas antes de que se den cuenta: he ahí la causa de las injustas preferencias que se les imputan; y ésa fue la misma causa por la que Mme. de Mongol me prefirió al barón. Mi tío, sin embargo, valía más que yo si se hubieran tenido en cuenta los atractivos reales: era un hombre amable, y yo empezaba a serlo. Por suerte para su reposo, el barón no fue prevenido al principio de su violenta inclinación por la condesa. Había amado mucho en su juventud; los primeros ardores embotan, por así decir, nuestra sensibilidad; los gustos impetuosos pertenecen más a las edades que a las personas. El barón se hallaba en esa situación en que uno casi es dueño de sí, y en que ya no se temen las sorpresas del corazón; estado dichoso, que nos permite escuchar la razón mientras las pasiones callan. Por lo tanto, su cariño hacia Mme. de Mongol sólo se formó gradualmente; acostumbrándose a verla, se acostumbró a amarla. Mlle. de Mongol y yo hicimos en menos tiempo mucho más camino. El deseo de agradar me llevó a mostrarle todos los talentos agradables que yo poseía; menos agitado, habría podido observar la impresión que causaban mis cuidados en ella, la alegría que la animaba cuando volvíamos a vernos, la atención que prestaba a mis menores palabras, las amables ensoñaciones en que a veces caía, la pena que aparecía a su pesar cuando nos separábamos. Habría podido ver que un corazón sin artificio me hablaba en tantas circunstancias; sólo faltaba el nombre de amor a lo que ambos sentíamos. Habían transcurrido sólo unos días desde nuestra primera entrevista. La viveza de mis sentimientos me dictó una carta de las más apasionadas: elegí un momento para deslizarla en las manos de Éléonore. Al día siguiente la encontré más seria conmigo; y cuando pudimos hablar, fingió decirme sólo cosas indiferentes. Nunca sus ojos habían brillado tanto, y muy raras veces los volvía hacia mí: yo no sabía cómo debía interpretar su apuro. La condesa y el barón se pusieron a jugar; fue una ocasión que Mlle. de

Mongol aprovechó. «No sé cómo recibí la carta de ayer», me dijo; «pero, dado que he podido recibirla, debo devolvérosela». Y diciéndome estas pocas palabras me puso en las manos un papel, y fue a sentarse al lado de la condesa sin que me fuera posible alcanzarla. Mi apuro era grande; flotaba entre el dolor y la duda; me costaba convencerme de lo que me ocurría, y de que me hubiera devuelto mi carta; salí para asegurarme; y cuando me vi sin testigos, abrí con precaución aquel papel. ¿Qué fue de mí? Era una respuesta del objeto de mi amor en estos términos:

Vuestra carta me ha sumido en una turbación que no puedo expresar; al leerla, unos impulsos nuevos para mí, una especie de sorpresa, se apoderaban de mi corazón, nunca he leído nada comparable. ¡El amor! Existe la felicidad de amar, siempre lo he pensado, aunque de ella sólo tuviese una idea imperfecta, y vos me habláis de esa dicha con una viveza que me ha convencido; pero esa viveza me asombra; ¿os está permitido decir libremente lo que sentís? ¿Cómo armonizarlo con las conveniencias y la reserva de que me han hablado con tanta frecuencia? Yo sólo debo deciros que me agradasteis la primera vez que os vi, y vos me decís mil veces más. No cabe duda de que hay que frenarse, aunque no comprenda de qué forma lo que da placer de un lado pueda ser una falta del otro. Me parece que, en la entrevista que me pedís, sabríais tranquilizarme, me explicaríais la causa de la emoción que me mostráis y que tal vez yo he compartido. Os creería: pero no pienso que esa entrevista sea una falta muy grande.

Éléonore

No tengo expresiones para describir mi alegría tras leerla: mi querida Éléonore se dio cuenta cuando volví al salón; pero no pude hablarle. El juego había acabado, y el barón jugó otra partida con Mlle. de Mongol, de suerte que la condesa y yo nos quedamos solos. Se me ha olvidado decir que, con verme, esta dama no se había curado de su inclinación hacia mí; todos los días me hacía nuevos arrumacos, y yo tenía una nueva razón para mostrarme reservado; ese día fue más desdichado todavía para ella. La satisfacción nos impulsa a hacer cosas extraordinarias en las que nunca habríamos pensado. Como estaba a su lado y obligado a entretenerla, no sé qué me incitó a decirle esas bagatelas divertidas que consisten en un puro coqueteo mental, y que, sin ser ternezas, se le parecen. Es cierto que cualquier otro habría podido utilizar con ella el mismo lenguaje con igual indiferencia; es un tributo que se paga sin más secuelas a las mujeres hermosas, y que a ellas no las obliga a creernos enamorados más que a nosotros a amarlas. Pero nos acordamos poco de las costumbres cuando las pasiones hablan; las menores apariencias se tornan realidades. La señora de Mongol quería que yo la amase, y tomó mis elogios a su belleza por una declaración; nada tan tierno como la forma en que me respondió: luego me reproché enérgicamente haber dado lugar a todo aquello, y ver mis galanteos pagados demasiado bien. La turbación me impidió replicar; la condesa lo tomó por secuela de mi amor. E íbamos a encontrarnos en el mayor aprieto del mundo cuando una nueva partida entre Éléonore y el barón me sacó del apuro. Me convertí en espectador durante el resto de la partida y cuando nos fuimos dejé a madre e hija convencidas ambas de que las amaba.

Volví a casa con una agitación fácil de imaginar. «¿Cómo hacer?», me dije entonces. «¿Debo alentar el error de la condesa, o sacarla cruelmente de él? ¡Desdichado de mí!

Mi imprudencia me ha perdido. Si le declaro sin rodeos que soy insensible a sus bondades, y que no puedo responder a ellas, se acabó Élénore para mí. El amor despreciado se torna odio, ¡no esperemos conseguir una felicidad de la que sus celos deberán privarme! ¿Podría envilecerme repartiendo de modo vergonzoso mi corazón?... Esa sola idea me hace estremecer. Sé que en unos siglos en los que las buenas costumbres y el pudor están proscritos se ha visto a hombres amar al mismo tiempo a varias personas ligadas por sangre. Mas el horror que semejantes monstruos me han inspirado ¿es suficiente para apartarme de actos tan infames? La naturaleza no es más fuerte que mi amor; ¿bastaría sólo ese amor puro para rebajarme a un fingimiento tan indigno?»

Muchas reflexiones me llevaron a pensar que no había más remedio para mi desgracia que una conversación con Élénore. Esa conversación, tan ardientemente deseada por mí, se volvió a mis ojos un recurso: así tomamos a menudo nuestro corazón como razón. Dubois se había ganado a Justine, doncella de Élénore. Esta muchacha entregó a su ama una carta en la que yo insistía en la necesidad de vernos, y en la que le subrayaba que la felicidad de mi vida dependía de ella por detalles que le comunicaría. Justine me sirvió bien y eliminó todos los escrúpulos; la única dificultad que quedaba sobre el medio de vernos a solas no tardó en quedar descartada. Pretextando una indisposición, no salí ese día: Justine y Dubois fueron nuestros correos, y recibí de Élénore esta carta:

¿Me dejaréis ignorar mucho tiempo lo que me ha impedido veros hoy? Hay menos curiosidad que interés en mi inquietud. Me decís que la felicidad de vuestra vida depende de mi presencia y hui de mí, mientras que sólo de vos depende pasar tantos momentos a mi lado. Si en el círculo no nos está permitido decir todo lo que querríamos, al menos estamos juntos, nos vemos, leemos en los ojos lo que la boca sólo expresaría débilmente. ¡Ah!, ¡qué mal entendéis vuestra felicidad! Consiento en la entrevista de esta noche para haceros los reproches que vuestra ausencia merece.

A medianoche me dirigí a una puerta del jardín del palacete de Élénore: Justine me esperaba; me guió en la oscuridad hasta el aposento de su ama. Entro y la veo: mi primer impulso fue arrojarme a sus pies; ella me levantó y me hizo sentarme a su lado. Le dije que Mme. de Mongol era su rival, se sorprendió; pero la viva sinceridad de mi pasión no la dejó mucho tiempo en ese estado.

—Eso es lo que me ha decidido a privarme de veros —le dije—; ¿debo ser víctima de mi fidelidad? Es el amor el que me hace sufrir, es el amor el que debe compensarme; el que promete pagarme —añadí dándole un beso; este beso fue el más delicioso de mi vida.

—Pero me parece —dijo Élénore sonriendo y rechazándome— que ya os resarcís con las manos.

—No son más que anticipos —respondí— sobre una deuda considerable.

Durante algunos momentos nos dejamos ganar por la jovialidad; pero la ternura se impuso. Nunca me había parecido tan atractiva Mlle. de Mongol; el arte sólo agrada en la medida en que se acerca a la naturaleza. Su ropa de casa dejaba ver un pecho a medias

desnudo, un vestido abierto no impedía admirar su talle; sus cabellos estaban sueltos; aquel espectáculo me animaba y encendía en mi corazón el fuego de los deseos. La discreta Justine se había retirado... ¡Qué tierno y apasionado me volví! La verdad de los sentimientos que experimentaba pasaba a mis palabras; nunca se tiene en más alto grado el don de la palabra cuando en lugar de las palabras puede utilizarse mejor cualquier otra cosa. A mis alabanzas, a mis juramentos de amarla siempre mezclaba yo las caricias más vivas; la cubría de besos, su emoción aumentaba con la mía; ella me amaba, yo recogía esa confesión de su bella boca. Me postré a sus plantas, postura favorable para el amor, inventada para demostrar respeto y que a menudo sirve para faltar a él. No tardé en levantarme y, estrechándola en mis brazos, intenté que ambos alcanzáramos la felicidad. ¡Cuántos obstáculos tuve que combatir! La naturaleza, unas lágrimas preciosas y mi propio dolor; Éléonore estaba inanimada. Tan cruel como Atis⁸, que hizo perecer lo que amaba, mi delirio me hizo creer que sería tierno careciendo de piedad; llevé al colmo mi crimen. Éléonore recobra sus sentidos, abre los ojos y vuelve a cerrarlos; sus quejas y sus caricias, nuestras almas y nuestros cuerpos se confunden.

Sus bellos ojos se abren de nuevo. La voluptuosidad se había fijado en ellos al despedirnos, el puro amor reinaba en su mirada; un resto de orgullo despierta en su corazón, suspira, quiere librarse de mis brazos y romper los nudos que nos unen. Yo hago esfuerzos por conservar mi conquista; ella cede y comparte conmigo el placer de mi nuevo triunfo.

Mis reiterados éxitos hablaban en mi favor; Éléonore sólo oponía por toda resistencia su debilidad. Convencida al fin de la verdad de mi amor, sin poder frenar el suyo me mostró su alma entera. ¡Cielos!, ¡cuántos nombres tiernos me fueron prodigados! ¡Con qué ardor iba ella al encuentro de mi arrebató! ¡Qué juegos y qué alegría! ¡Qué dulce y fácil es la escuela de la felicidad!

No hay mayor placer que el que saborean dos corazones en el mismo instante y con igual intensidad. Ese placer es como una voz armoniosa que, en un lugar lleno de ecos, aumenta a medida que se repite. Pero ¿por qué agotar mis débiles descripciones sobre esa materia? Sólo al sentimiento le corresponde describir el placer.

Éléonore ya no tenía encantos que no me perteneciesen; las bellezas más secretas eran presa de mis ojos, reconocía, ¿qué digo?, poseía todo lo que esos mismos ojos habían devorado la noche del espectáculo nocturno. Hacía realidad las ideas que entonces había concebido, satisfacía deseos pasados y presentes; todas mis facultades se reunían en un solo punto. Ya no era capaz de sentir.

—Querido amado —me dijo Éléonore—, por deliciosa que sea la ebriedad en que me sumes, frena el exceso de tu ardor, no puedo seguirlo, déjame saborear mi felicidad. Hoy es el día en que empiezo a vivir, el velo que oscurecía mis ojos ha caído. ¡Éstos son los placeres de los sentidos que me ordenaban temer y de los que hacen tan falsas pinturas! ¿Seremos nosotros los únicos en conocer estos deliciosos placeres? ¿O cómo es posible que los hombres sean contrarios a sí mismos hasta el punto de prohibírselos?

—Mi querida Éléonore —le dije—, la locura y la vanidad tienen muchos rasgos semejantes; y a menudo los mismos efectos; hay hombres lo bastante locos para privarse de la vida; los ha habido bastante vanos, y bastante locos a la vez, para imaginar que los placeres, estas causas y estos vínculos de la vida, eran males. Les pareció bien separar al hombre del hombre, y reducirlo a la clase de seres insensibles. Cuanto más absurdo es un sistema, más divino parece a ojos de los fanáticos, pero ese sistema de destrucción de los placeres es tan insensato como lo sería el proyecto de vivir sin respirar el aire que nos rodea, o como lo sería prohibir a un cuerpo sonoro resonar cuando recibe vibraciones. El autor de nuestro ser nos dio unas necesidades que satisfacer, nuestra conservación depende de ellas; y ha unido el placer al acto de satisfacer esa necesidad. Si le pareciese malo que nuestros corazones se entregaran a esos placeres necesarios, querría al mismo tiempo que fuésemos y que no fuésemos; derrocaría las leyes de nuestra existencia, condenaría en nuestros deseos una pasión que él mismo ha encendido. Por eso vemos que las ideas contrarias, tomadas del estoicismo, tienen muy poco uso. Siempre poseemos los mismos órganos y las mismas pasiones; el mundo no ha cambiado, prueba segura de que no debía cambiar. Lo más notable es que los defensores de esas quimeras morales son inútiles, e incluso gravosos para la sociedad; granujas, avaros, malvados, vengativos, mil veces más imperfectos que aquellos de los que se convierten en amargos censores; y, para colmo de impostura, en punto a placeres de todos los géneros y a refinamientos estudiados, se desdican en secreto de sus fastuosas opiniones con una práctica constantemente opuesta.

Terminaba la noche; no hacía falta que la aurora supiese nada de nuestras voluptuosidades; las coroné con el adiós más tierno y más expresivo; y me arranqué de las delicias que me retenían después de haber convenido que volveríamos a vernos la noche siguiente. De vuelta en casa, un sueño tranquilo encadenó mis sentidos, ese sueño que es recompensa de los trabajos y recurso de los placeres. Me desperté con el recuerdo y la expectativa de unos bienes de los que el amor me había convertido en dueño. Estas ideas me ocuparon todo el día y fueron las agradables compañías de mi soledad. Justine me había dado la llave del jardín; en la hora señalada volé a los brazos de mi amada. No nos habíamos visto, habíamos pensado todo un día el uno en el otro; era un fondo inagotable de ternura. Éléonore estaba acostada; se lanzó hacia mí hasta la mitad de la cama, nos abrazamos, permanecimos mudos; el corazón se acomoda a esa forma de expresarse.

Gana con ello más de lo que se piensa;
gracias a un amable cambio
encuentra en el sentimiento
lo que con el silencio pierde.

Sólo el lenguaje de los suspiros fue nuestro intérprete; nuestros sentidos se alteraron, nos entregamos a sus extravíos; caímos en ese éxtasis que hace morir, revivir y morir de

nuevo. Ardía en deseos de compartir la cama de Éléonore: ella consintió. Me desnudé con rapidez extrema, me precipité al lado de mi querida amada. Se pinta y se esculpe a las Gracias desnudas; pero eso no es más que tela o piedra; para saber lo que eran hay que poseer, como yo, un hermoso cuerpo sin defectos ni velo, y que tenga por alma el amor. Nuestro embeleso volvió a empezar y trocó para nosotros, mediante una rápida sucesión, las horas en instantes. La continuidad de esas expansiones de nuestros corazones no debe extrañar. Se ha calificado al amor de inmortal sólo porque el fuego que una verdadera ternura anima es una fuente inagotable de placeres en los inicios de una pasión.

Cuando terminamos de diversificar nuestros entretenimientos de tantas maneras como otros en las mismas circunstancias habrían creído agotar, pasamos a esas deliciosas conversaciones que la inteligencia de Éléonore me hacía adorar, y en las que su alma se desplegaba, seria y entusiasta, grande e ingenua alternativamente.

—Debes saber —me dijo— por qué he cedido ante ti tan pronto y sin vergüenza, y por qué ese fantasma del pudor no me ha dejado remordimientos al alejarse de mí. La satisfacción que disfruto es pura y sin mezcla de turbación; tu felicidad y la mía se han vuelto los dioses y las leyes de mi corazón. Los sentimientos que se oponían a lo que te he concedido sólo han tenido valor porque han aumentado la dulzura del sacrificio que mi amor te ha hecho de ellos.

—Divina Éléonore —le respondí—, sin daros cuenta hacéis el más digno elogio de nuestros placeres; su pureza, la impresión que dejan, demuestran la excelencia de su naturaleza. Se reconocen por sus huellas. Así es como juzgamos las causas por los efectos que producen; y una acción generosa y bella, por la emoción interior y halagüeña que le sucede. No tenemos otras reglas más seguras para guiarnos; reglas inalterables y severas, que proscriben sin rodeos cuanto es contrario al bien, y que al mismo tiempo son las leyes y el dolor de todo el que las ofende. En cuanto a nosotros, ¿qué hemos hecho, salvo aceptar unos bienes que la naturaleza nos aconseja y nos da? El orden civil, que no coincide en todas las naciones con esas ideas primitivas, no es otra cosa que convenciones entre los hombres; esas convenciones pueden ser cambiadas, y no duran tanto como las voluntades que son sus fundamentos. A ese orden civil, introducido por la fuerza y el interés, hay que remitir el origen de todos los prejuicios con que cargan nuestra infancia; el alma todavía simple está imbuida por ellos, insensiblemente se convierten en su propia sustancia; de ahí deriva esa turbación pasajera, ese pudor que vos temíais, y que no era, como habéis dicho, más que un vano fantasma al que nada seguía. El verdadero pudor, el que debe ser tan precioso para el hombre, es un muro entre la virtud y el crimen.

Mi filosofía giraba casi siempre sobre materias relacionadas con el sentimiento. Arrastrado por el ardor con que sostenía mis opiniones, me encontré inducido a demostrar con ejemplos nuevos la bondad de mi moral; introduje en el corazón de Éléonore una convicción perfecta, gocé la dicha de verla adoptar todas mis ideas y de

coincidir en los puntos más importantes. Así acabó la segunda noche. Nada faltaba a mi felicidad, y sólo formulaba votos para verla asegurada; pero esa felicidad es de naturaleza frágil, y en la continuación podrán verse los incidentes que vinieron a turbar su posesión.

Fin de la primera parte

Segunda parte

¿Se necesitan contratiempos para disfrutar del reposo, y sólo podemos ser dichosos a expensas de nuestra felicidad? Una enojosa experiencia nos enseña que hay que alejarse de lo que nos es más querido para que siga siéndolo mucho tiempo. Mas ¿quién puede someterse a ese exilio voluntario? Un corazón, acostumbrado a sensaciones vivas, teme verlas acabarse; se apodera de cuanto tiene relación con ellas y sus propios ardores lo consumen.

Me había dirigido, a la hora señalada, al aposento de Élénore; la vislumbro en la oscuridad, vuelo a sus brazos y, sin decir una palabra, me hundo en un río de deleites; repetimos nuestros deliciosos acuerdos; nuestros sentidos y nuestros deseos se conciertan de manera perfecta. Después quiero hablar con el objeto de mi pasión, sus respuestas no son más que suspiros; presiono, ruego, nuevos suspiros son el resultado de mis instancias. Mi emoción aumenta. «¿Queréis desesperarme, cruel Élénore?», le digo fuera de mí; «¿por qué obstinaros en ocultarme vuestra pena? ¿Soy acaso su causa? No decís nada... No puedo dudarlo, causo vuestra desgracia; soy indigno de seguir viviendo», añadí postrándome ante sus rodillas precipitadamente. Mi querida amada, sorprendida por tanta viveza, teme que atente contra mis días; quiere coger mi espada, en vez de ella, en sus manos se encuentra un objeto menos cruel: la puerta del aposento se abre. ¡Cielos! ¡Entra la misma Élénore! La veo a la luz de una vela, y los tres quedamos petrificados.

Quizá se adivine que la falsa Élénore no era otra que Justine. Esta muchacha, con una presencia de ánimo admirable, nos sacó del apuro:

—Venid —dijo soltando una carcajada—, venid, señorita, y ayudadme a salvar al marqués de su propia furia; al llegar, me ha tomado por vos, se me ha echado encima vivamente, y sólo de mí habría dependido hacer las más bellas cosas del mundo. ¡Qué oportunamente habéis llegado! Desesperado, iba a matarse y he tratado de impedirselo.

—Mas ¿qué pensar del extraordinario estado...? —dijo Élénore.

—¡Eh!, señorita —replicó Justine—, ¿pretendéis reprocharme una falta cuando he querido hacer una buena acción? La intención lo justifica todo, y os aseguro —añadió mirándose— que no me arrepiento de nada. La oscuridad es la causa de la doble equivocación que hemos cometido.

—Sois una loca —dijo Élénore—, y el marqués es más loco todavía, debería ofenderme.

—Pero no podéis —dijo Justine marchándose.

Yo me recobraba de mi turbación, hacía a Éléonore tiernas quejas de la demora que había provocado mi error y su sorpresa. «No he podido llegar antes», me dijo; «la cena ha sido más larga de lo que había pensado, y he contado enfadada cada momento que me separaba de vos. De haber fingido una indisposición, Mme. de Mongol quizás habría venido aquí, y habríamos estado perdidos». Así se excusaba mi querida Éléonore de lo que me había vuelto culpable. A mi vez me reproché haber empleado tan mal unos momentos tan preciosos; esa idea debía despertar, en mi opinión, toda mi sensibilidad. Me mostré solícito, vivo, insaciable; excité en mi corazón los arrebatos; la imaginación me proporcionó recursos por primera vez; tuve placeres muy inferiores a los que había sentido hasta entonces; las producciones artísticas siempre llevan un carácter de debilidad. Con triste filosofía empecé distinguiendo los deseos que nacen de las necesidades de los simples deseos; aquéllas nos hacen infaliblemente felices; éstos nos impiden serlo. Proviene de la nostalgia y del recuerdo, que ponen constantemente ante nuestros ojos los bienes de los que hemos sido dueños; sin embargo, por una notable inconsecuencia, no nos remitimos a las pruebas; nos vemos reducidos a la sombra de la voluptuosidad, a esas emociones pasajeras y momentáneas que turban más de lo que afectan, a esas compensaciones pueriles en las que una persona razonable no puede detenerse mucho tiempo. La felicidad, que es materia tan seria, se convierte en un jugueteo frívolo. Salí de un paso tan peligroso gracias a la alegría y a las bagatelas; al no poder mantener la misma figura, fui un Proteo del entretenimiento. Ligero y superficial, no hice más que revolotear y libar la flor de los temas, sin que Éléonore pudiera conducirme a razonamientos sólidos. Por eso no diré nada de las conversaciones de esa noche, cuyo final me liberó de un personaje bastante difícil.

Por la mañana aún estaba en la cama cuando vi entrar en mi cuarto a Justine, quien, con el pretexto de algunos libros de música, venía a visitarme. «Estáis sorprendido, señor, del paso que di anoche», me dijo; «pero ¿puedo permanecer tranquila cuando un amor insensato me atormenta? Me he esforzado inútilmente por recobrar mi escasa razón, vos no podéis decirme nada que yo no haya tenido el dolor de pensar. Vuestra idea es la más fuerte, la he combatido con lo más sensible que hay para mí, hasta que favorecí vuestra inclinación por Mlle. de Mongol y creísteis que debíais el éxito a los cuidados de Dubois. La misma locura me hizo cambiar de golpe de objeto cuando me vi ayer a solas con vos; creí poder curarme y liberarme de las ataduras que sigo teniendo: soy la víctima de mi pasión y sin duda de vuestro desprecio. ¡Ojalá tuviera más inteligencia para expresaros más cariño! Quizá conseguiría despertar al menos vuestra piedad y demostraros que, en circunstancias infames, a menudo se encuentran corazones dignos del amor». Y mientras decía estas palabras se deshacía en lágrimas: ¿puede ver uno sin enternecerse escenas semejantes? Además, Justine no carecía de belleza; cualquier otro se habría emocionado como yo. La atraje hacia la cama, sequé su llanto, le mostré todo el efecto que podía provocar en mí; habría tenido motivos para estar

contenta si la naturaleza de mis afanes por consolarla no la hubieran atado más. «Siento», me dijo, «que la pura generosidad os interesa en mi pena; ¿por qué tiene esta pena tanto poder sobre mi espíritu? Debería haberme acostumbrado; mi vida no ha sido más que una sucesión de desdichas». Estas últimas palabras suscitaron mi curiosidad y la insté a contarme su historia, cosa que hizo poco más o menos en los siguientes términos:

Mi padre era un rico campesino de los alrededores de Estrasburgo que me había educado de acuerdo a nuestra condición. Se decía que, entre las jóvenes de nuestro pueblo, no era yo la que carecía de más encantos y vivacidad. Tenía quince años, y un joven de mi rango me pedía en matrimonio cuando el príncipe Carlos de Lorena pasó el Rin⁹. Nuestra casa fue saqueada por un partido; mi padre y todos nuestros criados fueron asesinados. Algunos soldados, que por desgracia me encontraron de su gusto, se apoderaron de mí; fui presa suya, ahorradme el resto. Mientras dormían totalmente borrachos, escapé, y abandoné llorando mi pobre patria. Tenía algún dinero, fue un recurso en mi infortunio. De pueblo en pueblo recorrí toda la región, pero, cuando me creí a salvo, me sobrevino otro apuro: ya no sabía qué hacer. Había oído hablar de París como de una ciudad grande y rica: decidí ir. Quizá, me dije, la Providencia, que se preocupa de los desdichados, me prepare en esa ciudad un destino que no espero. Llegué tras grandes esfuerzos a París; el ruido y los problemas que siempre reinan en ella, esa multitud de habitantes, tan distintos entre sí, me sorprendía; estaba perdida en el tumulto. Después de haber caminado largo tiempo por calles que me parecían inmensas, mis fuerzas me abandonaban, y miraba a todas partes como persona que no sabe adónde dirigirse. La Providencia quiso que mis extrañas ropas atrajeran sobre mí los ojos de una dama bien vestida. Después de haberme contemplado un rato, se interesó sin duda por mi cara y, acercándose a mí, me dijo:

—¿Qué buscáis, hermosa niña? Parecéis preocupada, ¿puedo ayudaros?

—¡Ay!, señora —le respondí en bastante mal francés—, soy de muy lejos y no conozco a nadie. Vos sois la primera persona a la que he hablado; lo que me hizo abandonar mi tierra es demasiado largo para contároslo, y me daría demasiada pena —añadí llorando.

—Bueno —me dijo aquella dama—, venid a mi casa, trataré de consolaros, y viviremos juntas todo el tiempo que queráis.

Estreché las manos de la desconocida dama, y la seguí. Entramos, a dos pasos de allí, en una casa cuyos aposentos eran de lo más brillante; me veía por todas partes en los espejos: ¡qué comparación con los muebles de nuestras rústicas casas! Ví a varias señoras, extraordinariamente vestidas, y a varios hombres con ellas; me rodearon, se pusieron a examinarme con una atención que me hizo sonrojarme. Me daban vueltas como a una cosa curiosa que nunca se ha visto. Las mujeres dijeron en voz alta los defectos que tenía; los hombres me encontraron guapa y felicitaron a mi protectora por la adquisición que había hecho. Uno de ellos quiso acariciarme y decirme algunas palabras; pero la dama que me había presentado lo apartó y me hizo salir para guiarme hasta un

cuartito algo alejado, donde me dejó tras haberme dicho que vendría a verme a lo largo del día, y que no me faltaría de nada. Poco después, una vieja me trajo de comer; le pregunté dónde estaba: «¡Cómo!», dijo ella, «¿no sabéis que estáis en casa de Mlle. C***, decana de los coros y del consejo de la Ópera¹⁰? Éste es uno de los mejores despachos de París; habréis hecho vuestra fortuna si nuestra ama os cobra afecto, como parece; me ha recomendado tener con vos todos los cuidados posibles».

Aquella mujer me hizo varias preguntas; parecía interesarse por mí, le conté mi historia sin ocultarle nada. De vez en cuando alzaba los ojos y los brazos al cielo, y me demostraba tanta sorpresa como compasión. Me había creído totalmente nueva en determinadas materias.

—Querida niña —me dijo—, bendecid al Cielo por haberos dirigido a una casa tan buena; os devolveré lo que habéis perdido, y os lo devolveré tantas veces como lo perdáis, sabiendo vuestra desgracia y queriéndoo como hago. ¿Le habéis contado a Mlle. C*** lo que acabáis de decirme?

—No —respondí—, sólo la he visto un momento.

—Muy bien —prosiguió ella—, contadle todo, menos la historia de los soldados. Que eso quede siempre oculto; no os consideraría más, y cambiaría por completo sus ideas sobre vos.

La caritativa Duclos¹¹ (ése era su nombre) me dio muchas otras instrucciones, que podéis imaginar; terminó sacando de su bolsillo un específico¹² que siempre llevaba consigo, según me dijo, y volvió a ponerme en el mismo y semejante estado que antes de la irrupción del príncipe Carlos en Alsacia. Nada más salir ella, el joven de que he hablado, y que había sido rechazado secamente por la C***, entró furtivamente en mi cuarto y vino a postrarse a mis plantas. Aquello me sorprendió: «¿Qué ofensa me habéis hecho», le dije, «para pedirme perdón?». Mi ingenuidad acrecentó su arrebató; me besaba ardientemente las manos, la boca y los ojos; no pude evitar un suspiro de placer. Más atrevido al ver mi turbación, me incitó a sentarme en una *chaise longue*, y destruyó no sin esfuerzo, aunque por completo, la obra del específico. Iba a repetir cuando entró la Duclos, y, furiosa por lo que veía, a punto estuvo de sacarle los ojos. Iniciaron una disputa en la que ambos se hicieron justicia; por fin se marchó, prometiéndome volver acompañado para armar un buen jaleo. Cuando la Duclos se quedó sin objeto contra el que soltar su bilis, volvió su malhumor contra mí y me trató como mi imprudencia merecía. Desde que ella había entrado yo no cesaba de llorar; terminó calmándose, de nuevo se mostró bondadosa conmigo, me dio el específico, y la posibilidad de perder por tercera vez lo que tan mal había conservado. Estaba sola y entregada a mis reflexiones cuando Mlle. C*** vino a verme; le detallé con sencillez las desgracias que habían afligido a mi tierra. Pareció tan conmovida como lo había sido la Duclos, y me dijo que contara con su amistad, siempre que fuera dócil a sus consejos. «Por ejemplo», añadió, «esta noche os presentaré a un prelado de la mayor consideración, un hombre de bien, que puede ocuparse de vos y que lo hará; pero sólo a cambio de vuestra sumisión. Hay

que tener las mayores complacencias con un hombre del que se espera todo; por eso, preparaos a sufrir sin murmurar lo que exija. Me agradeceréis mil veces los consejos que os doy». Llamó luego a la Duclos; me trajeron la ropa interior más delicada, me perfumaron y me arreglaron. Después de realzar todos mis encantos, la C*** me llevó a un aposento que yo aún no había visto; allí esperamos un rato. Por fin llegó el prelado por una puerta que daba a una escalera oculta. Era un hombre alto, apuesto y bien constituido, que hablaba bien y se presentaba igual, pese a su estado, que raramente admite la gracia. Después supe que había sido capitán de dragones; su aire militar se traslucía a través de las conveniencias a las que había tenido que amoldarse. En lo demás, era hombre de Corte; su riqueza y su ambición lo habían llevado a ella, y su inteligencia, de la que había dado grandes muestras, lo afianzaba allí. Debía mucho a las mujeres; divertido, jovial, emprendedor, nacido para la intriga, hacía que sus placeres sirvieran a sus demás pasiones. Quizá os cueste saber cómo llegué a conocerlo tan bien, no tardaréis en enteraros. Dijo mil cosas sutiles y agradables a la C***, y mil todavía más lisonjeras sobre mi belleza.

La C*** salió para ordenar la cena; el hábil prelado aprovechó la ocasión. Y, sin perder tiempo en vanos preludios, puso en práctica conmigo talentos poco comunes. Interpreté de maravilla la sorpresa, el temor, los gritos y las lágrimas: las mujeres nacemos comediantes; un solo ensayo desarrolla todo nuestro arte y nos hace imaginar cuanto se precisa para engañar. El prelado, por su parte, encontraba en la ropa un nudo lleno de dificultades que volvían la situación mucho más interesante. Finalmente, del terror pasé al enternecimiento, y ésa fue la señal de desenlace, que nos satisfizo por igual a ambos: él sacó placer, y, sin salir del teatro, interpretamos otro fragmento, que tenía más de comicidad tierna que de lo primero. La C***, que se anunciaba de lejos cantando, volvió; leyó en los ojos de su invitado una satisfacción completa, y mandó servir al punto la cena: fue de las más finas, sin duda; pero yo seguía sin entender nada, y comía sin pensar. Como bien supondréis, Justine, aldeana y alsaciana, habló muy poco; a cambio, dejé que mis ojos dijeran cuanto quisieron; sonreía o suspiraba en el momento oportuno para inflamar a mi nuevo amante, con el que, por lo demás, la C*** hablaba. Antes de levantarse de la mesa, concluyeron un tratado por el que yo pertenecía al prelado, que se fue encantado con su suerte. La C*** me llevó a una habitación contigua, que, según me dijo, era la mía. Yo caía de las nubes, nunca había tenido un sueño como aquél; el cuarto era tan bonito como las estancias que me habían sorprendido al entrar. Dormí en una cama más que magnífica. Al día siguiente, la C*** me despertó; me traía un joyero de pedrerías, cuyo uso me enseñó; me las enviaba mi amante. Me levanté, me tomaron medidas para un vestido magnífico que me puse esa misma noche. Tuve maestros de música, de danza, y de todo aquello, en fin, que es necesario para completar la educación del pueblo y para enseñar las agradables bagatelas que forman a las mujeres. ¿Qué puedo deciros? En seis meses de clases, las lecciones de la habilidosa C***, la conversación con mi amante, aquellas cenas exquisitas, mi deseo

de agradar, tan natural en nosotras, me volvieron de tal forma que creía haber cambiado de ser. El prelado era cariñoso y constante; yo respondía a sus sentimientos porque sólo le veía a él. La C***, nacida para predicar la picardía en el amor y las infidelidades, fue religiosa hasta el punto de no cometer ninguna infracción a lo pactado, cosa que no se verá en mucho tiempo, y que no importa. El obispo gozó del privilegio exclusivo en toda su extensión; se consagró con toda seriedad a mí; pero, por una fatalidad unida a mi destino, se vio obligado a dejar París, para ir a residir a una nueva sede. Me lo contó, y también a la C***. Sólo encontramos una manera de que siguiera amándome: transformarme en hombre; acepté sin dudar. El obispo se encargó personalmente de aquella metamorfosis, más agradable para él que cualquier otra ceremonia. El día fijado para mi marcha, después de haber dado las gracias a la C***, a quien yo creía deber grandes favores, me despedí como caballero de aquella ramera, en cuya casa había cambiado yo con tanta frecuencia de estado. Soy morena, mi tez me servía en este lance. Durante el viaje, y en provincias, pasé por ayuda de cámara de Su Eminencia; pero él lo fue más mío que yo suyo. Mi habitación estaba al lado de la suya, debido a las tareas que desempeñaba. La soledad, ¡cuánto le hacía amar! Pasaba conmigo muchos días en que le creían dedicado a resolver asuntos, y todas las noches que suponían que pasaba solo. Nuestra pasión nos engañó. Por más cuidado que pusimos, no tardé en darme cuenta de que llevaba dentro de mí un fruto de la incontinencia del obispo. Su dolor fue enorme, a mi parecer. Me conservó a su lado tanto como le fue posible hacerlo sin provocar sospechas, y finalmente me mandó en silla de posta a esta ciudad para que me cuidara una mujer de confianza. Me instalé en su casa y traje al mundo al hijo del obispo, del que se encargó aquella mujer. Estaba dispuesta a volver junto a mi amante cuando supe que había partido para L*** por órdenes superiores. No había posibilidad de ir allí en su busca, y tras muchas cartas inútiles comprendí que mi desdichada fecundidad había sido la causa de su disgusto; son faltas que no perdonan los amantes consagrados. Me entregué a la aflicción, pero ¿qué males remedia? La necesidad de pensar en mi subsistencia para el futuro me hizo alejar todas mis penas. Aquella mujer en cuya casa vivía, compadecida de mí, me presentó a Mme. de Mongol, a cuyo servicio estoy desde hace varios años. Gozaba de un poco de tranquilidad cuando, al veros, volvieron a encenderse en mi corazón los fuegos mal apagados del placer, o, mejor dicho, vos me habéis hecho conocer el amor por primera vez: ¿y qué mayor amor que el que la razón priva de esperanzas? ¡Cielo!, que me habéis dado la vida para perseguirme, ¿debo pasar siempre de la desdicha a la infamia, y de la infamia a la desdicha?

Justine merecía que me compadeciese de ella. Yo sabía que hay pasiones que nos arrastran lejos de nosotros, sin que la rapidez de los sentimientos que inspiran nos permita formar un solo razonamiento: son esas pasiones combinadas con circunstancias fortuitas las que forjan los destinos que Justine denunciaba. Los destinos son quimeras, el

futuro no es nada, y nadie lo puede prever. Además, ¿podía reprochar a Justine la inclinación que sentía por mí? Al parecer, todos los corazones son iguales en amor, y ninguno de los que poseemos por entero deja de ser precioso.

—Estoy conmovido —le dije—, tanto como se puede estar, por el amor que me mostráis. Sabéis que no puedo pagároslo con amor, la certeza en que estáis de esa imposibilidad os priva de toda esperanza; la inconstancia de nuestra naturaleza acabará por liberaros y os devolverá la tranquilidad al corazón. Si yo supiera —añadí abrazándola— otro remedio para vuestras penas...

—No —me contestó rechazándome débilmente—, cualquier otro remedio no haría más que agriar mis males; de nada sirve que me enseñéis el valor de un bien que no puede ser mío. ¡Qué complacencia!... ¡Dioses!... Por última vez...

El dolor y el placer se combatían mutuamente y la privaban de la palabra. Una vez que se recuperó, se libró de mis brazos y se fue.

Poco más tarde vino a verme el barón.

—No sé —me dijo— lo que os hace suspender vuestras visitas a casa de Mme. de Mongol; daba la impresión de que la veáis con placer, y de que ella os correspondía. ¿Qué más puedo deciros? Desde vuestra ausencia, la inquietud que ha mostrado sobre cuál podía ser su verdadera causa, su costumbre de hablarme de vos y hacer recaer la conversación en vuestra persona, su humor, en fin, me han hecho ver que os amaba; los cambios de humor son efectos seguros del amor. Pero vos, marqués, ¿no habéis sido el primero en daros cuenta? Vuestra conducta me impulsa a creerlo; no puedo imaginar que hayáis sido indiferente a las dulzuras de su trato y a las distinciones que os ha prodigado. Quizá por un sentimiento de generosidad os contenéis, cedéis vuestros derechos a un rival al que amáis: habéis descubierto mi pasión por la condesa.

—Señor —le respondí—, es hermoso lo que pensáis y resulta muy dulce para mí que juzguéis mi corazón capaz de ello; pero no os haré un sacrificio imaginario, sería una especie de robo a vuestros sentimientos. Los principios de las acciones loables son los de la sinceridad. Os confesaré, pues, que evito a la condesa porque veo en otra parte lo único que puede hacer mi felicidad: su amable hija posee mi corazón y me ha entregado el suyo. Las seguridades que tengo aumentan mi pasión, lejos de atenuarla; necesitaría su mano para convertirme en el más afortunado de los hombres. He estudiado su carácter, su inteligencia, sus cualidades; he espiado, por así decir, los primeros sentimientos que la naturaleza ha hecho brotar en ella; he conocido todo lo que vale. La posesión y los favores de una belleza tan conmovedora no son, en las circunstancias en que me encuentro, lo que me hace desear con más vehemencia; juzgad el imperio que tiene sobre mí: la inclinación de la condesa, que me ha parecido excesiva, viene a obstaculizar todas mis esperanzas.

—¡Qué feliz me hace —dijo el barón— que nuestros intereses estén unidos! Los obstáculos son grandes, pero no insuperables. Habéis hecho bien huyendo desde el principio de Mme. de Mongol; y se presenta una ocasión que sirve de pretexto a una

ausencia más larga. El duque D***¹³, bajo cuyas órdenes serví, me escribe animándome a ir a verle a su tierra; el presidente P*** y el vizconde de L***, que también se dirigen allí, debían recogerme después de la cena; vos me sustituiréis. Mientras tanto, yo buscaré los medios de arreglar aquí nuestros asuntos comunes.

Acepté la solución; escribí sin tardanza una carta a Éléonore para informarle de mi marcha y las razones que me arrancaban de su lado. Le expliqué que era un mal necesario, y la única vía para alcanzar nuestra unión; que tuviese compasión de mí y me amase siempre. Ella me respondió de inmediato:

Si no fuera yo más que razonable, aprobaría cuanto habéis decidido hacer; pero os amo, y la separación de que me habláis debe parecerme injusta y cruel. El barón es demasiado prudente; no habría decidido por sí mismo lo que os ha aconsejado. Su propio interés, sin que él lo crea, le impide ver el golpe tan duro que me da; sólo me quejo de él, aunque pudiera acusar a alguien más querido. Anoche me disteis la impresión de estar menos cariñoso que de costumbre, y hoy os decidís fácilmente a dejarme. ¡Ay!, marqués, ¿no tendré alguna razón para creerlos inconstante? Pero no, alejo de mí estas ideas, no haré con vos semejante injusticia. Vos me amáis; ¿no sé acaso el dolor que provocan sospechas semejantes? ¿Cómo decidirse a causar la menor pena al objeto de su amor? Querría ocultaros hasta la aflicción en que va a sumirme vuestra ausencia. Pensad en ello para estar convencido de mi ternura; puesto que me abandonáis a mí misma, debo esforzarme por consolaros.

Leyendo esta carta sentí mil impulsos distintos; no podía soportar la idea de mi querida Éléonore entregada al dolor; seguí dudando de si debía ir a casa del duque cuando a la puerta del palacete se detuvo una carroza de la que descendieron el presidente y el vizconde, y, antes de que yo les viese, mi tío ya les había comunicado que yo ocuparía su plaza. Se prometieron placeres sin cuento, y, como no podía prohibírmelos, me fui con ellos después de haber encomendado al barón los intereses de mi amor.

En los primeros momentos de la partida reapareció, a pesar mío, mi pena; pero fue disminuyendo poco a poco. Me dejé llevar por el buen humor de mis compañeros de viaje. La conversación recayó sobre las disputas que los sistemas escolares han causado desde hace más de un siglo en Francia; partido que algunos abrazan sinceramente (porque hay víctimas de todo tipo), y que otros, con miras más sutiles, hacen servir de color a su ambición. Pasamos revista a todas las prácticas y las maquinaciones de esas gentes que trafican con los misterios, las conjuraciones y los odios, de esos personajes piadosos que se adornan con el cielo cuando se les ofende. No olvidamos la consternación que golpea a un partido cuando uno de sus miembros ofrece al público escenas de esas que atraen las burlas; por ejemplo, el disfraz del abate de M***¹⁴, en la Ópera, que no tardó en andar en canciones y del que se enteró todo el reino, apartó la atención de la aventura más grave del padre G***¹⁵. Pero dejemos en paz la sombra de este honesto G***.

—¿Qué queréis decir? —interrumpió el vizconde—; el padre G*** vive todavía y puede ser tan honesto como nunca lo fue.

Nos sorprendieron las palabras del vizconde.

—La opinión común —le dijimos nosotros— es que el padre G*** murió hace mucho, y, además, que está enterrado en el mismo sitio que la C***, lo cual da motivo para divertidos epitafios.

—Desengañaos —replicó el vizconde—, sigue siendo el que era, salvo unos cuantos cambios. Habéis de saber que, con otro nombre, tiene un curato a una legua de S. L***; yo le conozco, y nos vemos de vez en cuando. No vive en buen entendimiento con su rebaño: un sermón sobre Magdalena, en el que hizo descripciones demasiado desnudas y demasiado vivas, escandalizó a sus feligreses hasta el punto de que se vio obligado a bajar del púlpito; tuvo que refugiarse en la sacristía, porque querían lapidarlo. Sigue teniendo la misma inclinación por el retiro. Como está en una región donde se hacen encajes, da trabajo en su casa a siete u ocho mujeres en esas labores. Hablo de lo que he visto. Lo singular, que debe ser mirado como efecto del azar, es que son muy jóvenes y bellísimas. Las educa en medio de una gran soledad para inculcarles con más éxito el gusto por el trabajo y la piedad. Es su padre, su guardián y su portero. Sus enemigos han querido prestar un mal cariz a sus intenciones; hasta habían conseguido alejarlo de ese lugar; pero lo recuperó de manera brillante, y en la actualidad está protegido por una autoridad respetable.

Cuando el vizconde acababa de decir estas palabras llegamos al castillo del duque. La hermosa mansión está situada al pie de una ladera, rodeada de jardines encantados; hay terrazas en forma de anfiteatro, aguas, bosques, un parque inmenso. El duque me recibió muy bien; encontré en su casa una numerosa compañía de ambos sexos; me pareció que reinaba en ella una libertad amable y que todos los habitantes de aquel delicioso lugar sólo respiraban alegría. Antes de que explique la forma en que ocupé mi tiempo, no será inútil decir quién era el duque.

Este señor, ya en el declive de la edad, era muy inteligente; esclavo toda su vida de placeres a los que había sacrificado grandes bienes en su juventud, considerables herencias le habían puesto siempre en condiciones de satisfacer sus gustos. Agobiado por el peso de su felicidad, ya no tenía deseos; toda su inteligencia no podía reparar en ese punto las pérdidas que había sufrido. El arte y el refinamiento en la ciencia de las voluptuosidades se lo habían impedido. Más o menos como un hombre que, habituado a comidas rebuscadas, ya no puede volver a los platos naturales y saludables. Había disipado el precioso fondo de la salud y del vigor; se buscaba y no se encontraba¹⁶. No ahorraba, sin embargo, cuidado alguno para alcanzar o al menos para imitar el feliz estado en que se había visto. Atraía a su casa con las invitaciones más corteses, y todavía más con fiestas casi continuas, a las damas y caballeros de los alrededores. Había en el castillo treinta o cuarenta habitaciones dispuestas para recibir a los invitados. El duque, que intervenía en los detalles más simples, disponía las habitaciones ocupadas por los hombres y las mujeres en un orden alternativo. Esta mezcla se repetía en todo: las llaves de las habitaciones eran comunes, los cerrojos no se conocían. Por una fantasía cuyas intenciones se descubrirán luego, las camas destinadas a las damas eran de tijera y

elásticas, pero hasta cierto punto. De modo que se precisaban dos pesos iguales, cada uno el de una persona corriente, para poner en movimiento el resorte de las camas. Bajo cada una de esas camas se había colocado una báscula; uno de sus extremos tocaba la parte inferior de la cama, y estaba unido al punto del centro de gravedad. El otro punto se hallaba entre el cabecero y la pared. A esta última extremidad de las básculas se habían ajustado unos hilos de alambre¹⁷, que, mediante otras pequeñas básculas de reflexión, semejantes a las que se utilizan en las sonerías de los relojes, iban a agitar, en un aposento alejado, las correspondientes campanillas. Este aposento, separado de los otros, era el del duque. Las campanillas estaban colocadas en todo su perímetro; cada una con su etiqueta y el nombre de las damas que en ese momento ocupaban las habitaciones. Los tonos eran nítidos y acordados; en el silencio de la noche, su variedad y sus distintos choques lo transformaban en un carillón tan agradable que se hubiera creído estar oyendo himnos al amor. Los sonidos eran una viva representación de los movimientos que los provocaban: al principio mesurados, luego rápidos, poco después confusos, al final, más marcados, aminorando la velocidad y deteniéndose gradualmente. El duque decidía a capricho el efecto de aquellas campanillas: como sufría de insomnio, había inventado este juego para divertirse. Entre los brazos de un amor inútil, su imaginación y esa armonía que significaba cuanto él quería le devolvían a veces chispas de sentimiento.

Dediqué a mi querida Éléonore los primeros momentos de mi estancia. Nuestra sensibilidad aumenta a medida que nos alejamos de lo que amamos: le escribí una carta que el tierno Amor habría autorizado. Cuando quedé satisfecho en ese punto, me reuní con la compañía del castillo, y los placeres que se disponían a llenar nuestros momentos resultaron mil veces más excitantes para mí. Cenamos magníficamente; el duque amaba la comida y su lujo estaba bien entendido. Al anochecer me di cuenta de que cada uno de los comensales se había buscado pareja; casi no había corazones solitarios: el duque también presidía estas distribuciones y marcaba en la mesa los sitios según el orden de los aposentos. En cuanto a mí, me encontré cerca de la presidenta D. B***¹⁸. Era mujer de estatura aventajada; su corsé encerraba unos atractivos formados y bien conservados. Tenía esos grandes ojos negros que entran enseguida en conversación, que dicen y hacen mil cosas en un instante¹⁹. Por una especie de libertinaje intelectual me acostumbré a sus ojos, y no tardó en establecerse una inteligencia perfecta entre nosotros, de manera que me encontraba como en terreno conocido. Estábamos en los postres y los criados ya se habían retirado; me hice notar ante ella con esas palabras, hijas de la libertad, que pintan el sentimiento de una manera confusa, y cuyos esbozos deben ser animados por pinceladas llenas de vida y de fuerza. Para emplearlas sólo me faltaban el lugar y la ocasión: traté de convencerla; le hice tocar con el dedo la verdad de lo que le decía; ella me encontró dispuesto a llevar a cabo mis ideas. Para estar seguro de que su gusto se prestaría por completo, tomé un sendero apartado e hice un leve intento; ella se dio cuenta de mi estratagema y, como yo insistía, tomó la decisión de divertirse. Pero no

tardé en parecerle peligroso: le sobrevino un temblor en las manos, su turbación aumentó y le hizo vacilar en su silla: yo seguí el mismo movimiento, y, prestándonos mutua ayuda, ambos caímos de espaldas.

Este suceso atrajo los ojos de todos los comensales, que no habían sospechado su causa, porque cada cual estaba ocupado de la misma manera que nosotros. Por todas partes se recuperaban de su desorden y se apresuraban a venir a levantarnos en tropel. El duque exclamaba: «¡Eh!, señoras, no hay que correr hacia el marqués, seguro que está bien, es de temperamento fuerte. La que se encuentra mal es la señora presidenta; señores, os la encomiendo».

Cuando la presidenta cayó, se encontraba en lo más recio de su desvanecimiento. Sus ojos, después de haber dado vueltas unos instantes, se cerraron: no podían percibirse más señales de vida que unos suspiros y algunos movimientos. Las damas le echaban maliciosamente agua en la cara; recobró el sentido: «¡Ay!, marqués», dijo.

Yo me sentía contrariado: no hay personas que abracen con más fuerza que las que se desmayan. Yo ya me había recuperado; una vez que la presidenta soltó la presa, mi servilleta me había ayudado a ocultar mi turbación, y me había levantado sosteniendo el velo que ocultaba mi desgracia. La situación daba que pensar, pese a que no fuera de las más desarrolladas; proporcionó al duque materia para nuevas bromas, que provocaron la risa y animaron la conversación general hasta el momento en que se levantó la mesa. La mano de la presidenta me pertenecía por muchos títulos; la acompañé a su aposento, que estaba, según el orden, al lado del mío. Yo había imaginado que nuestra aventura la enfadaría un poco, pero me equivocaba; se había tomado la escena como mujer de mundo y su alegría no se vio alterada.

—Señora —le dije—, el azar y el amor son ciegos, ambos me han hecho cometer una falta. ¿Me permitiréis repararla?

—No hay nada que no consienta yo para vuestra justificación —me respondió.

—Y no hay nada —repliqué— que yo desee con mayor pasión que encontrar gracia a vuestro lado.

Acordamos que dos horas más tarde iría yo a su aposento para justificarme. Durante las dos horas que pasé solo, en todo momento me encontré, por una ilusión mental bastante rara, en el mismo estado que si no lo hubiera estado; seguía viéndome al lado de la presidenta, y en la misma posición que había ocasionado nuestra caída, tanto poder es el que tiene una imaginación enardecida.

Reinaba el más profundo silencio, y sin duda alguna un mayor retraso habría llevado mi impaciencia hasta el exceso cuando pasé al aposento de la presidenta. Una única lamparita proporcionaba un débil resplandor para indicar el lecho donde se encontraba la dama. Me admitió a su lado y aceptó todas las justificaciones que yo deseaba darle; fui el menos criminal y el más feliz de los hombres. Al principio quise reanudar la historia de nuestra caída, y le expliqué la causa:

—Olvidemos un accidente que sólo podría interesarnos unos instantes —me dijo—, y del

que he sido la primera en reírme. Hablemos un poco de vuestra inteligencia, marqués, me parece que es de una precisión y de una solidez... Desde el momento en que os vi he deseado pasar con vos un cuarto de hora; tenéis una de esas figuras interesantes que prometen mucho y dan más, si creo a mi intuición.

—La inteligencia que me concedéis, señora —le respondí—, consiste en mí en una contención casi constante, y de la que sólo vuestro mérito podría volverme capaz; por temperamento soy reflexivo, oigo bastante bien el sentimiento, y consigo inspirarlo mejor aún de lo que suponéis.

—¡Oh!, no lo dudo —me replicó—, a la gente no se la conoce cuando está en público, donde por lo general se muestra disipada, y es —añadió volviéndose por entero hacia mi lado—, es precisamente en una confidencia recíproca como la nuestra en la que no se ha ocultado nada...

—Eso mismo siento yo, señora —la interrumpí—, y con una gratitud igual de dulce y de fácil quiero ponerlos al corriente de alguna de mis ideas; me sentiré feliz si son de vuestro gusto. Por ejemplo, señora, ésta: *el poder del amor*. El amor es hijo de la vista y del deseo, y se insinúa hábilmente en un corazón. Con esfuerzo al principio... cuando entra en él, se extiende, llena el vacío que reina por todas partes sin él... Querrían expulsarle, pero en vano; es dueño del lugar, y los encantos que emplea son tan fuertes que, después de haberlo rechazado, se le atrae sin quererlo... Estos combates sumen al alma en turbación y, mediante sus reiteradas sacudidas... la vuelven ávida de placer... Por fin llega la ebriedad, un desahogo delicioso... ¿Sentís eso, señora? Me falla la memoria.

—¡Ah!... sí... marqués, ¡qué ingenio el vuestro! Siento... Continúa... ¡Qué placer!

—En estas circunstancias, señora, el corazón hace un esfuerzo y expulsa al Amor. Pero al salir, ese dios deja huellas y efectos que le hacen ser añorado; la vía está abierta... la brecha recibe al vencedor. Vuelve a la carga más enardecido que nunca... Somete todo a su obediencia... La felicidad le precede, los placeres dictan de nuevo las leyes, y lanzan gritos de alegría en la plaza... Un éxtasis... un delirio... ¡Dioses!...

—¡Eso es!, ¡ay!... ¡marqués! ¡Qué bien hacéis las descripciones! Repetid... ¡ya lo alcanzo!...

La materia que yo trataba era inagotable; no podía decir todo, y la presidenta, en quien mis reflexiones habían provocado el nacimiento de otras nuevas, ocupó a su vez mi plaza. ¡Qué bien la ocupó! El desarrollo que daba a su elocuencia y su facilidad de palabra ponían perfectamente de manifiesto lo mucho que le gustaba el tema. Quería convencerme de que, en materia de sentimiento, la habilidad es exclusiva del sexo femenino, y que, en esa carrera, los hombres no podemos hacer a lo sumo otra cosa que seguirlas. La secundé de buena gana en los esfuerzos que se tomó para persuadirme; mientras ella hablaba, le presté una atención que le procuró todo el contento imaginable; y en esta ocasión supe que, cuando dos personas tienen los mismos principios y las mismas opiniones, prácticamente hay el mismo placer en escuchar que en hablar.

—Volvamos a vuestro ingenio, marqués —dijo la presidenta—; me gusta mucho, y lo

prefiero a todos los que un poco de vida social me ha hecho conocer. Sois vivo y moderado cuando es preciso; no hay nada tan escaso en el mundo como la oportunidad. He visto a jóvenes que, por su excesiva precipitación, hacen que una se pierda la mitad de lo que dicen; sin embargo, son cosas ingeniosas; pero ¿cómo disfrutar de un hombre que balbucea? Otros tienen un estilo deshilvanado, que no se amolda a las ideas de nadie; el encanto de la conversación consiste en discutir y en refutarse igualmente, y en terminar en un acuerdo sobre algo. Conozco otros (y el presidente D. B*** figura entre ellos) que tienen un ingenio ¡de una lentitud..., de una sequedad! Para animarlos y sacarles alguna palabra creo que habría que tratarlos como a niños perezosos.

Dejé a la presidenta muy satisfecha de mi ingenio y hacia el amanecer volví a mi habitación. Aún dormía cuando un ayuda de cámara vino a decirme que el duque quería hablarme. Me vestí enseguida y me dirigí a su aposento. «¡Vaya! —me dijo—, ¡sois un héroe! La presidenta tiene motivos para felicitarse por vuestra estancia aquí. ¡Qué noche para ella!» Me sorprendieron estas palabras; no sabía quién podía haber informado al duque del empleo que yo había dado a mi noche. «Dejad de asombraros», prosiguió riendo, «sé una parte de lo que pasa en mi casa gracias al talismán que hizo un hábil mago cuando se construyó este castillo». El duque me dijo luego a qué hora había empezado yo a entrar en conversación con la presidenta, y cuántos incidentes habían ocurrido en nuestra entrevista. Mi sorpresa iba en aumento; todo lo que oía era cierto. Por fin, cuando el duque tiró de los cordones de una pequeña cortina que daba la vuelta a su cuarto, vi esa multitud de campanillas de las que he hablado, con sus etiquetas. El duque me explicó la forma en que estaban dispuestas, el mecanismo de las camas y el uso de las llaves comunes.

—Además de la necesidad de haber hecho las camas elásticas, para el efecto que, como veis, se deriva de ello, habéis debido de sentir la bondad que proviene de su resorte.

—Señor —le pregunté—, ¿cómo es que no os equivocáis? Cualquier otro podía encontrarse en la habitación de la presidenta.

—Es justa esa idea —me respondió—, pero lo que vi a la caída de la noche me bastaba para acertar; además, el aire de libertad que se goza en mi casa, y un poco de discernimiento, me ayudan mucho a descubrir las intrigas. Si careciese de esas ayudas, me sería fácil suplirlas añadiendo nuevas básculas a las puertas de las habitaciones. Sabría a ciencia cierta qué señor ha entrado en la habitación de cada señora; pero no necesito perfeccionar el invento. A cambio de los placeres que se disfrutaban, sólo exijo un poco de buena fe y la amabilidad de contarme lo que ha pasado durante la noche. Por favor, marqués, contadme con detalle cómo ha ocurrido todo.

Aunque hubiera querido defenderme, el duque conocía de sobra mi confidencia a pesar mío; pensé que no debía negarle la satisfacción que me pedía. Por lo tanto, le hice un relato verdadero sin omitir detalle alguno, porque el duque me pareció muy celoso; mi forma de narrar le agradaba y apenas si me dejó pasar por alto alguna circunstancia. Cuando hube terminado dijo: «Para agradecer vuestra sinceridad quiero que esta noche

cambiéis de aposento; he invitado a la mujer de mi bailío²⁰, esta noche debe dormir en el castillo, seréis vecinos, y creo que el bailío no se encontrará tan a gusto como su mujer». A renglón seguido, el duque me dijo que, cuando invitaba a las damas, no invitaba a los maridos; que si, no obstante, acompañaban a sus esposas, los alojaba por separado, según la costumbre acordada por él, y que se guardaba mucho de enseñar a los maridos el misterio de las campanillas; que quienes lo conocían desde antes del himeneo no dejaban de ir a verle, pero sin sus mujeres. Que, finalmente, gracias a la discreción de los hombres, hasta entonces el secreto no se había divulgado.

Se dirá, sin duda, que pongo el caduceo²¹ en manos del duque; pero, sin recurrir a los ilustres ejemplos que podrían justificarlo, ¿no es cierto que es la naturaleza del interés lo que provoca la vergüenza? El interés del duque no era otro que establecer un trato de placer entre él y quienes iban a visitarle.

La mujer del bailío llegó esa misma mañana: era una belleza conmovedora, de una blancura perfecta; de ojos azules y lánguidos, como los que se prestan a la Voluptuosidad; los labios, de un vivo encarnado, fueron lo que me encantó en ella. Hacía solo seis meses que se había casado, de modo que merecía atenciones por todos los conceptos. El oficio de su marido y quizá sus encantos impidieron a las damas acogerla bien. Fue para mí una oportunidad de distinguirme con mi solicitud para entretenerla; tuve rivales en este punto, pero logré hacerme escuchar mejor. El buen humor y un tono de alegría natural no pueden dejar de agradar; los amores son niños a los que siempre gusta reír. Poco a poco animé a la mujer del bailío a hablar; conocí el alcance de su talento, le proporcioné mis elogios y mi solicitud. Aunque no tuviera ella suficiente costumbre y penetración para darse cuenta de mi designio, respondió a mis propósitos; el corazón y la inclinación colaboraron y estuvieron de mi parte para ayudarme a seducirla. Gracias a una nueva disposición en la mesa, estaba sentado a su lado; no cesé de atraer su atención. Ella mostraba gusto por mis bromas, prestaba ávido oído a mis cuentos y no apartaba la cabeza del incienso que con habilidad ponía en ellos. El duque nos miraba y sonreía. La presidenta me hacía melindres desde lejos. A los postres hice más interesante mi papel. La alegría de la comida, que se anima entonces, y el chispeante champán amansan los corazones más feroces; ése es el instante privilegiado para las confesiones tiernas, y en el que se ponen los cimientos de las oportunidades. Lo aproveché, exageré mi ardor; la mujer del bailío se abandonaba a la dulzura de pensar que la amaba, yo quise insinuarme de una manera más singular y tomar una especie de posesión de los bienes que deseaba; estaba en el camino cuando trataron de detenerme. «Pensad, señora», le dije, «que vuestras negativas son injustas, y que el menor movimiento hará sospechar lo que queréis impedir». La razón, o más bien la inocencia, iban cediéndome paso a paso el terreno, y mis ambiciones empezaban a triunfar cuando los demás se levantaron, imitando al duque. Esta pequeña desgracia me mortificó enormemente. Después supe que la mujer del bailío no lo había lamentado menos.

El día era bueno, se dispersaron por los jardines: la bailía, a quien los vapores del

campo habían turbado un poco, se apoyaba en mí. Cuando insensiblemente llegamos a un laberinto, nos adentramos en él. La mujer del bailío se quejaba de un violento dolor de cabeza; la hice sentarse en un banco de césped para descansar. Su cabeza reposaba sobre una empalizada de tilos; me senté a su lado; ella no tardó en cerrar los ojos. La contemplé un rato, sus animados colores me encantaban; cuando la creí dormida apliqué mis labios a los suyos, e incluso deslicé entre ellos un órgano hábil y flexible. Otros encantos elevaban mi alma a los primeros. Un seno de un contorno admirable, y que cuando suspiraba parecía llamar a toda Citera en su ayuda, recibió el homenaje de mis innumerables besos. Estos retozos me encendían. Llevé adelante mis intentos, aparté los obstáculos que se oponían a mi empresa, veía la aurora de la felicidad, que estaba a punto de lucir para mí cuando oigo ruido detrás de la empalizada. «¡Ah!, marqués, ¿es posible que hagáis este uso de vuestro ingenio!» Era la presidenta, a la que una curiosidad malsana había guiado tras nuestros pasos. Rápidamente devolví todo a su orden; la mujer del bailío se había despertado, y nos alejamos sin decir nada.

Mis travesuras merecían desde luego aquellos sinsabores, y habría podido aceptarlos si la violencia de mis deseos, tan cruelmente engañados, me hubiera permitido estar tranquilo. Me di cuenta de que los ojos de la bailía estaban bañados en lágrimas, y mi pena aumentó.

—No sé —me dijo— cuál era vuestro propósito, ni qué sorpresa queríais darme; pero esa dama os ha visto; es malvada, y hará de mí la comidilla del castillo.

—Desengañaos, señora —le respondí—; la presidenta no se atrevería a causarme esa pena; tengo en mi poder la posibilidad de vengarme, y sabría volver contra ella los frutos de su malicia. Por lo demás, el medio de desconcertar a los bromistas maliciosos es pagarles con la sinceridad. Está permitido defenderse de ellos y negar todo con desprecio, mientras no estén en condiciones de convencernos; traicionar la verdad es menos que rechazar una injuria.

De esta suerte conseguí tranquilizarla; pero a nuestro regreso al castillo, cuando ella vio a nuestra vigilante, no pudo dejar de ruborizarse. Me acerqué a la presidenta:

—¡Pequeño pérfido! —me dijo.

—No se puede ser fiel cuando no se ha hecho ningún juramento de fidelidad —le respondí.

—¿Cómo? —dijo ella—, ese juramento ¿no es atendido cuando se muestra inclinación por ambas partes? Queda probado; además —añadió con aire ofendido—, puedo decir con confianza que, por mi parte, yo no conocía ningún pretexto...

—No podéis, señora —dije interrumpiéndola—, estar más satisfecha de vos de lo que yo estoy. He sentido el poder de vuestros encantos; pero el don de agradar nunca fue patrimonio de una sola en exclusiva: el placer que nos ha unido me impulsa hacia todos los objetos amables y me prohíbe olvidarlos. Sí, os lo demostraré siempre, y volveré a llevaros un corazón que echáis de menos. Sois demasiado inteligente para ignorar que no se puede obrar mejor, y no me crearéis problemas inútiles.

La presidenta iba a replicar, pero la dejé con la palabra en la boca. El vizconde de L*** la galanteó, y pronto vi que lo designaba como mi sucesor.

Había alcanzado a la bailía; le propuse jugar hasta la cena. Ocupados el uno del otro más que de todo el resto, no reprimimos nuestra alegría, que la mesa aumentó; sin perder de vista mi principal objetivo, ponía ternura en todo. La bailía parecía encantada conmigo, bebía a grandes tragos el veneno de mis palabras; me aventuré a recuperar con ella los derechos que me había concedido en la cena; los contratiempos que habíamos sufrido la volvían desconfiada, quiso resistirse.

—¿Cómo?, señora —le dije—, ¿negar tan poca cosa a tanto amor? ¿Quedará sin recompensa? ¿Qué le concederéis entonces?...

—Todo —contestó clavándome unos ojos que nadaban en el placer.

Durante este combate, que duró muy poco, yo había alcanzado el punto fijo del sentimiento; en cualquier otra circunstancia, y con medios diferentes, no lo habría encontrado con tanta facilidad. Si no puedo expresarme con más claridad es porque ese sentimiento era oscuro. El premio que había conseguido superaba con mucho lo que pensaba; mi asombro llegó al colmo, mi agitación aumentó, de manera que, cubierto por un lado con las marcas de la victoria y cediendo yo mismo secretamente, resulté vencedor y vencido.

La rapidez con la que había ocurrido todo esto habría engañado los ojos de un Argo²². El sentimiento es un relámpago cuando, después de haber sido contrariado, escapa. La vivacidad que había adquirido no le hacía perder nada por una irrupción súbita. Dos gotas de agua no pueden apagar una hoguera; es lo que ambos sentimos al cabo de unos instantes. En estas acabó la cena, y yo concebí las mayores esperanzas; pero al duque, que me vio levantarme, se le antojó detenerme: propuso un faraón²³, y dijo que lo jugaría conmigo de compañero; aceptaron. Anulamos los puntos, estuvimos jugando hasta muy avanzada la noche, y mi felicidad me hacía maldecir constantemente los juegos y a quienes los inventaron.

Las damas se habían retirado antes que nosotros; yo no había podido concertar nada con la bailía, y temía equivocarme de aposento; un criado me lo indicó, guiándome hasta el que se me había vuelto a destinar. No esperé mucho: tratando de hacer el menor ruido posible, llegué a la puerta deseada, que abrí con la llave común de que estaba provisto. Entré y volví a cerrar con mucha precaución.

Presté oídos tratando de ver si oía respirar a alguien, fue inútil. Después de dar unos pasos, fui hacia la derecha, encontré una cortina, la aparté enseguida y adelanté la mano; pero sólo encontré una ventana. Continué mi viaje y hallé lo que no buscaba, unas mesas, una chimenea. Tropecé con un sillón, vacilé y caí en medio de los cercos de un miriñaque. Me pareció buen augurio, y esperé encontrar por fin a la dueña del miriñaque. En efecto, la cama estaba cerca, reconocí la cabecera y, por miedo a que la aventura acabara mal, me apresuré a deslizarme en la cama al lado de la mujer del bailío. Estaba dormida; el frescor de mi contacto la despertó, no recordaba que estuviera en el castillo.

Aún medio dormida, me dijo: «Mi querido marido, te has hecho esperar mucho». Su equivocación me alegró y, sin sacarla de su error, decidí hacer de bailío. Obré en consecuencia, y puse todos los cuidados posibles en reemplazarlo. Un tono de voz más varonil sin duda que el del bailío no me permitía fingir durante mucho tiempo, la bailía notó la diferencia:

—Pero... —dijo— esto no es posible, hay algo que se sale de lo normal...

Mitad apesadumbrada, mitad sorprendida por la novedad del caso, trató de malograr mi plan. Entonces, abandonando una máscara inútil y que ya no podía prestarme ningún servicio, le dije:

—¿Podéis ignorar, señora, a un hombre que os adora, y que desafía en ardor a todos los maridos del mundo? No corresponde al himeneo recompensar al amor. Cesaré —añadí mientras continuaba mi tarea—, cesaré de perseguir un bien que colma todos mis deseos, si no lo recibo de vos misma.

—¿Cómo? ¿Sois vos? —me respondió—. ¿Cómo os encontráis aquí! ¡Ah!..., ¡cuánto me agrada...!

Mis palabras habían causado en ella la impresión que yo podía desear; estábamos en condiciones de enternecernos y quedar satisfechos; no había *agradecimiento* mejor llevado ni más conmovedor. Pero cuando los movimientos de la pasión se moderaron, a mi delicadeza le pareció mal que la bailía hubiera creído despertar en brazos de un marido; me pareció que semejante título podía volverme celoso con éxito. Le hice sentir entonces todas las diferencias que hay entre un esposo y un favorito.

—¿Puede algún esposo —añadí con un nuevo arrebatos— así?

Trataba de convencer a la bailía de que el derecho estaba de mi parte; ella no descuidó nada para aplacarme, se adelantó incluso a mis reproches y me manifestó el más vivo arrepentimiento en diferentes ocasiones. Sin embargo, por tenacidad de sentimiento, después de las excusas que tanto placer me habían causado y ante las que cualquier otro se hubiera ablandado, guardé rencor a la bailía, no podía perdonarle que me hubiera confundido con su marido. Ella perdió la esperanza de conseguir calmarme.

—Nunca he visto tanto rencor —me dijo—, ¿y por qué razón? Me parece que ese marido, al que odiáis, tendría varios motivos más de queja que vos. Como nada puede conmoveiros, renuncio a ello.

Me dijo estas palabras en tono despechado y me volvió la espalda. Me había hecho el ofendido y quise desempeñar ese papel hasta el final; encantado de encontrarme con la posibilidad de tomar un camino que me permitía no tener nada en común con los maridos, aproveché la ocasión; gané mucho al hacerlo, y si, cuando no quería perdonarme de haber causado la ruptura, cuando conseguí que me perdonase, volví nuestra unión más íntima y nuestro placer más consumado. Gracias a una reflexión que se me ocurrió entonces, sentí envidia de esos felices insectos que el calor de la primavera hace brotar, que sólo despliegan sus alas para buscarse mutuamente en los aires, y cuyo destino es, por último, vivir y morir estrechamente unidos: símbolos de razón y de

prudencia, ejemplos únicos de la verdadera felicidad. Cuando han encontrado esa felicidad, que es el fin principal de su ser, les está permitido disfrutarla mientras existen; ni el dolor ni la debilidad rompen su cadena, el último instante de su vida se pierde en el seno de la voluptuosidad. Lo que la naturaleza indulgente les concede, me decía a mí mismo, para una porción tan grande de vida, sólo nos lo muestra unos instantes. Si llevamos los labios a la copa de los placeres, sólo puede ser a intervalos. ¡Ah, grandes dioses!, si nos dejarais embriagarnos en esa copa y morir en la ebriedad... Pero no cabe duda de que moriríamos; la felicidad llevada al colmo por su continuidad agotaría nuestra naturaleza, llegaríamos a ser dioses e inmortales.

Yo nunca reflexionaba más que cuando el corazón agotado ya no podía proporcionarme sentimientos; la desgana, por más esfuerzos que hice por apartarla, vino a asediarme en brazos de la posesión; los atractivos que yo había idolatrado se desvanecían, mis deseos habían fluido como un torrente, me encontraba solo, pese a estar la bailía a mi lado y yo abrumado por sus caricias. ¿Qué era ella para mi mente? Una mujer ordinaria, imprudente, fácil de vencer, que cede por vanidad tanto como por debilidad, y menos voluptuosa que entregada a los sentidos. ¿Tenía algún talento? ¿Tenía recursos en su monótona conversación? La presidenta sabía divertirse mejor, su mente tenía chispa, nunca dejaba vacíos en sus diversiones, adoptaba cien figuras para el coqueteo, su variedad la volvía casi siempre nueva. Cierto que el interés por sus placeres era el alma de sus movimientos, más que la ternura. Ponía demasiado artificio donde debe dominar la belleza natural, y se notaba enseguida que remitía todo a sí misma. Coqueta, y más que coqueta, con ella se empezaba por el placer y se continuaba por la ilusión; y cuando se la conocía mejor, terminaba uno despreciándola. ¿Cómo me atrevía a comparar aquellas dos mujeres con mi amable Élénore? ¡Qué cruel era para mi corazón el dolor de haberla sacrificado! El arrebató que aquellas dos mujeres habían excitado en mí, las emociones que había sentido con ellas, me parecían otros tantos crímenes contra mi pasión. «¡Ah!», me decía, «¡esas pruebas de ternura, esos homenajes que tan poco me ha costado prodigar, sólo debían quedar reservados para el puro amor, para la única criatura que es digna de ellos!».

Estaba imbuido de la idea de Élénore; me la imaginaba con todos los encantos de que estaba dotada; aquellos ojos que me reprochaban haber olvidado su poder, aquel hermoso cuerpo que, al salir de las manos de la naturaleza, había sido mi conquista, aquellas secretas dulzuras, aquellos favores de sin igual valor con que mi pasión había sido recompensada. El sentimiento de mi ingratitud no fue lo único que se elevó en mi alma, el verdadero amor volvía a ella con todos sus derechos; sentí su presencia, de pronto me sentí abrasado; creía estar a los pies de Élénore, le manifestaba, le demostraba el arrepentimiento de mis infidelidades; olvidaba mis errores en un abismo de placer... y estaba en brazos de la bailía; mi regreso a Élénore era un nuevo crimen.

La bailía estaba recibiendo el tributo que no le estaba destinado y se aprovechaba de una distracción que habría debido ser tan desventajosa para ella. Era como esos parásitos

que, encontrándose por casualidad en una mesa que no estaba preparada para ellos, devoran los platos que un paladar fino y delicado habría saboreado. La avidez de la bailía me sacó de la imaginación en que estaba sumido. ¡Cielos!, ¡cómo expresar la repugnancia, el asombro y la pena que fueron el fruto de mi despertar! Sólo me consolaba un pensamiento: «Querida Éléonore», me decía, «es pensar en vos lo que acaba de volverme infiel». Pero, temiendo que esta idea me diese otras sorpresas, me arranqué bruscamente de las caricias de la bailía, y amanecía cuando volví a mi habitación.

Al despertar fui a ver de nuevo al duque:

—Cada vez mejor, marqués —me dijo—. Sois un hombre prodigioso, no oigo otra cosa que el ruido de vuestras acciones.

—Vengo, señor, a pedir los Inválidos²⁴ —le dije.

—Para ello —replicó—, tenéis que decirme vuestros medios, y hacerme el relato de vuestras últimas campañas.

Cuando le hube rendido cuenta exacta de todo, me dijo:

—Marqués, sé que unas fatigas multiplicadas pueden disminuir el ardor por la gloria; pero no deben hacer renunciar a ésta. El sexo femenino vendría con demasiadas quejas si os concediese lo que me pedís; lo único que puedo hacer es meteros en un cuartel de refresco junto a la baronesa de ***. No creo que queráis hacer daño a mi limosnero, cuya habitación ocuparéis.

Di las gracias al duque. Se quejaba del estado al que, en su opinión, estaba yo reducido, y lamentó mucho que no hubiera ninguna devota en el castillo. «Para lo que os pasa, marqués, no hay remedio más soberano; si no se tiene éxito con él, los médicos deben abandonar al individuo; de las devotas sale una virtud que regenera, es el verdadero aceite de Venus. Por otra parte, a vuestra edad no debemos sonrojarnos por una debilidad, no es en ese momento cuando ellas sacan sus consecuencias; ¡los jóvenes renacen de sus cenizas! He conocido otros más desgraciados», añadió suspirando. Fue entonces cuando me contó sus propias debilidades, y me explicó todos los paliativos que utilizaba. «¡Hasta ahí llega mi infortunio!», dijo. «Ahora sólo busco consuelo en el relato de los placeres ajenos; como esos veteranos que, al amor de la lumbre, oyen los detalles de un asedio en el que no han podido participar, su alegría está mezclada de amargura. La mía es de esa naturaleza.»

Me propuso luego convertirme en oyente de las aventuras nocturnas que le contaban. Acepté, y me oculté detrás de una colgadura cuando anunciaron al vizconde de L***, a quien yo había dejado la presidenta.

El duque le dejó tan maravillado como me había maravillado a mí la explicación del misterio de las campanillas. Luego, tras haberle conminado a sufrir la ley habitual, el vizconde la satisfizo así: «Sabéis, señor, que nadie se encuentra impunemente cara a cara con la presidenta, tiene una habilidad para la coquetería que concierta todas sus acciones, sus palabras y sus miradas. El gusto por el placer, tan vivo en mí, bastaba además para

liarme con ella. Nada tan fácil como anudar y desanudar la intriga; se trata de esas galanterías de igual a igual que no cuestan demasiado; pero la presidenta quería que yo asumiera mi parte; me montó, cuando estuvimos a solas, una discusión bastante absurda. “Señora”, le dije, “no os hacéis justicia, nunca deben estar de nuestra parte los obstáculos; no sé hacerme valer más de lo que valgo; mi mérito es escaso, las personas con que mantengo relaciones lo suplen con su bondad; no cabe duda de que vos habréis conocido a personas muy distintas de mí, que os han proporcionado sentimientos contrarios; yo no censuro esos sentimientos, pero me resulta imposible conformarme a ellos. Os ruego que no me despreciéis tal como soy”. Poco a poco, a la presidenta le fue gustando mi manera de pensar, y hasta llegó a parecerle razonable. Las campanillas os han manifestado el resto; os habrían dicho poco, porque nuestra entrevista ha sido bastante corta. Soy enemigo de las artimañas. Dado que la presidenta y yo no encajábamos, nos hemos despedido sin pena, igual que nos habíamos encontrado sin placer».

Me encantó que el vizconde hubiera mortificado a la presidenta, y que ésta hubiera sido engañada en lo que más quería. Esa misma mañana oí sucesivamente desde mi reducto varias historias más, iguales en cuanto al fondo, pero distintas por el carácter y los incidentes. Como no tienen relación con la mía, las paso en silencio, reservándome el derecho de hacer más tarde con ellas un relato separado.

Recibí dos cartas, una de Éléonore y otra del barón. Me estremecí de alegría cuando reconocí la letra de la primera; contenía lo siguiente:

Deciros que os amo, que nada iguala mi aburrimiento desde vuestra marcha, que nunca he encontrado los días tan largos como los tristes días en que ya no os veo, es decir lo mismo. No me lamento sola, vos sufrís las mismas penas; son menores sin duda, puesto que las compartimos; pero ¿cuándo acabarán? ¿Cuándo uniré mi cuerpo a mi alma? Vos sois la mía, sois mi pensamiento, mi dolor y mi esperanza. ¡Cuánto aprecio al barón! Aprueba nuestro amor; según vuestras cartas, nunca he leído ninguna con tanto placer ni tantas veces como las cartas en que él me halaga con la esperanza de que al fin me verá unida a vos. Cuando hablo con mi madre, hablamos del barón, y es para ensalzar sus buenas cualidades; pero en todo esto, querido amado, sois vos quien me interesáis, sois vos a quien he perdido, y a quien ardo en deseos de encontrar. ¡Ah!, ¡cómo me encantasteis aquella noche! Amable y tierno como el día en que me rendí a vos, me repetíais mil veces: ¡os amo! Yo os escuchaba, os veía, extraviabais mis sentidos, me quitabais cuanto querría daros en el momento en que os escribo.

La carta del barón casi me produjo el mismo placer.

Aquí se os ama más que nunca, y se os ama mucho menos. A vos corresponde explicar este enigma en el sentido más ventajoso. Me dedico a penetrar en el corazón de la condesa y observo el progreso de mis desvelos. En todo esto, mi papel no es el menos interesante, trabajo por la felicidad de varios. Si me dejan tiempo, haré otras maquinaciones. La condesa será muy difícil si no se rinde a todo lo que me propongo hacer por vos.

Di a estas dos cartas las respuestas que me dictó mi alegría. Harto de intrigas, se me ocurrió redactar estas memorias: ¿puedo emplear mejor, me decía a mí mismo, un

tiempo pasado lejos de Éléonore, que en contarle la historia de mi corazón? Así verá algún día todo el amor que sentí por ella; verá el puro sentimiento nacer en mí desde el instante en que la conocí, fortalecerse gracias a sus favores, sufrir alteraciones y combates con pasiones tumultuosas cuando me alejé de ella, y triunfar al fin de las pasiones mismas por el solo poder de pensar en ella. A esa ocupación dediqué en casa del duque los momentos que podía robar al torbellino de placeres sin cesar renovados; y había llegado a este punto de mis memorias cuando un correo del barón me trajo la siguiente carta:

Alegraos, mi querido marqués, alegrémonos ambos; vamos a poseer lo que amamos. La condesa me escuchó cuando le ofrecí mi corazón. Para decidirla propuse hacer, a ella y a su hija, una donación igual de mis bienes; la considerable ventaja que para ella suponía esta proposición le demostraba la fuerza de mi amor y la inclinaba a recompensarme. Pero quiso saber qué motivos me inducían a defraudar a mis herederos, dando a su hija una parte de mis bienes; me reñía incluso por ello. Aproveché ocasión tan favorable para descubrirle vuestro amor por Éléonore; y, no queriendo, me dijo, ser menos generosa que yo, os entrega su hija. Venid, mi querido marqués, sólo os esperamos para un doble himeneo.

Quedé petrificado de placer durante un rato. Cuando recobré el sentido, volé a casa del duque para darle las gracias y me metí en una silla de posta.

Llego a casa, abrazo a mi padre y al barón; corro al palacete de Mme. de Mongol, la encuentro, quiero darle mil tiernas acciones de gracias; la interrumpo porque veo entrar a mi querida Éléonore; caemos uno en brazos del otro, sin poder proferir ni una palabra.

El barón entra, ve ese espectáculo, la condesa y él se enternecen: ningún arte, ninguna expresión pueden compararse con estas escenas mudas.

Por fin se celebran las ceremonias. El amor enciende dos llamas: ¡ojalá ardan mientras viva! ¿Puedo acabar mejor la descripción de la felicidad que con un deseo?

Fin

Fougeret de Monbron

El canapé color de fuego
Margot la remendona

Jean Fougeret, recaudador de impuestos y tesorero de guerra que había invertido sus ganancias en propiedades provincianas, preparó a sus hijos para subir el tercer escalón: la conquista de la capital; el cuarto de ellos, nuestro autor, Louis Charles Fougeret de Monbron, nacido en 1706, va a París con veinte años, entra en la milicia que abandona cuatro más tarde, rechaza los oficios que su padre compra para él y se dedica a una especie de bohemia *avant la lettre* en la que alterna los círculos literarios con los cafés, los prostíbulos con las chicas de la Ópera, etcétera. Su primer folleto publicado –*Le Canapé couleur de feu (El canapé color de fuego)* aparece firmado por M. de ... en Amsterdam, en 1741, cuando ya se conocía la existencia de *Le canapé couleur de rose (El canapé de color rosa)*, de Crébillon, publicado en 1742 bajo el nuevo título de *El sofá*; la descripción elegante de medios refinados se convierte, en la «respuesta» que Fougeret de Monbron le da, en una provocativa sátira que denuncia los vicios del clero, el fanatismo de los jansenistas, etcétera. Para ese momento Fougeret ya se había ganado fama de provocador, de hombre puntilloso, dispuesto a responder a las críticas con la espada; para su familia, cuya segunda generación de había asentado firmemente en el mundo financiero parisino, era una piedra de escándalo: ante la situación, en la primavera de 1742 se exilia voluntario a Inglaterra a la búsqueda del «hombre de Diógenes». Pese a pasar en ella sólo seis semanas, cuando regrese a París sentirá nostalgia de la capital inglesa, desde donde «miraba a los franceses con lástima, y como una especie de animales usurpadores de la cualidad de hombre».

Instalado en París tras un viaje a Constantinopla (1742-1743), a la muerte de su padre hereda una fortuna que le permite dedicarse a la literatura, empleando una vena satírica y burlesca que quiere descubrir las intrigas de la historia, las pequeñas historias ocultas, sean de la monarquía o de los prostíbulos: desde *La Henriade travestie en vers burlesques (La Henriade travestida en versos burlescos)*, que parodia la *Henriade* de Voltaire, o *El canapé color de fuego*, que ofrece la otra cara, más burda, de *El sofá* de Crébillon. Nuevos viajes, puntuados por etapas de descanso en París, lo llevan a Italia, a Prusia y el norte de Europa, a España, país «de la superstición y la ignorancia», del que escapa, tras pasar por Barcelona, Zaragoza y Madrid, rumbo a Lisboa e Inglaterra; su

regreso a París en agosto de 1748 no podía ser más desdichado: es encarcelado inmediatamente, el 7 de noviembre, por *Margot la ravaudeuse* (*Margot la remendona*), aún en estado de manuscrito, pese a sus protestas de no haberse metido a «desprestigiar ni criticar la conducta de los Grandes».

Cuando recupera la libertad se refugia en Inglaterra y viaja por Europa, perseguido por los espías de la policía, las embajadas francesas y las autoridades de todos los países, que tratan de arrestarlo en varias ocasiones: lo conseguirán en marzo de 1785, en Toulouse; tras una breve estancia en la Bastilla, Foucheret retoma su crítica en su *Cosmopolite, ou le Citoyen du monde* (*Cosmopolita, o El ciudadano del mundo*), contra todo y contra todos; en *Préservatif contre l'anglomanie* (*Preservativo contra la anglomanía*), ahora contra Inglaterra y los franceses que como Voltaire creen en la libertad de ese país, reconociendo en los ingleses un sólo mérito: la excelencia de sus caballos y de sus perros, además de que «no tienen ni monjes ni lobos»; en *La Capitale des Gaules, ou la Nouvelle Babylone* (*La capital de las Galias, o La nueva Babilonia*, 1759) contra el mito de París como centro de las artes, los placeres y las gracias, condenando la corrupción económica, política y moral del lujo a partir de las ideas que J.-J. Rousseau había expuesto en el *Discurso sobre el origen de la desigualdad*; secundando la *Carta a d'Alembert sobre los espectáculos* (1758) de ese mismo filósofo, arremete contra el teatro, los cafés, los paseos, la depravación de las jóvenes. Su muerte, ocurrida el 16 de septiembre de 1760, será su última provocación: deja la mayor parte de sus propiedades a su criada, menos una cantidad destinada a los pobres de su ciudad natal y diez libras a cada uno de los miembros de su familia.

Considerado como el cínico de los ilustrados, Foucheret de Monbron es el primero que se quiere cosmopolita y «misántropo» en su acepción más amplia y rigurosa: su aversión por el género humano le merecerá el calificativo de «tigre de dos pies» en la pluma de Diderot; en los últimos folletos que escribe, su sátira se convierte en una invectiva universal.

Si *El canapé color de fuego* (1741) tiene por guía *El sofá* de Crébillon, del que parodia sus elevados personajes de espíritu refinadamente libertino, también va más allá: Foucheret no sólo rebaja el lenguaje exquisito hasta el realismo grosero, sino que su sátira tiene un blanco claro: la toga, el clero y una burguesía femenina gazmoña, cuyos vicios y ridiculeces subraya. Nueve años más tarde, en *Margot la remendona* Foucheret de Monbron escribirá un relato que sigue los moldes de la novela picaresca al tomar de la tradición un personaje, cuyo nombre, Margot, ya andaba en canciones populares ejerciendo distintos oficios, aunque todos ellos con un fondo de putaísmo utilizado para puntuar satíricamente ciertas costumbres o determinados hechos políticos: por ejemplo, cuando en 1724 la Corte prepara un viaje a Chantilly acompañando al joven Luis XV para «dar al rey gusto por las mujeres y hacerle perder su virginidad con una p...», el fracaso permite la aparición de una Margot: «Todos los preparativos de las mujeres que creían poder depravar al rey», anota en agosto de ese año E.-J. Barbier para su *Crónica*

de la Regencia y del reinado de Luis XV, «han dado lugar a la siguiente copla sobre la melodía de *Margot la remendona*: Margot la pastelera / le decía a su amigo: / ¿Qué hacen con esas pordioseras / que llevan a Chantilly? ¡Cómo!, ¿para desvirgar a uno / se precisaba todo ese tren / de diecisiete putas?».

En 1741, sobre esa melodía aludida, y que no se ha perdido, Margot es sinónimo de burla, de sátira; lo que la remendona cuenta, empezando por un nacimiento contrario nada heroico, es la memoria de la prostitución de la época, a través de una puta que, de la nada, escala utilizando su cuerpo hasta las jerarquías más altas: y eso es lo que denuncia, una sociedad de prejuicios y privilegios regida por el dinero de unos, los hombres, y la sumisión de la mujer al capricho de esos poderosos. Margot no llega a rechazar el sistema social, precisamente porque ha conseguido entrar en él, aunque sea por la puerta falsa del sexo, «pero la mirada lúcida que tiene del mundo, el cinismo que a su vez demuestra, la exaltación de sus placeres como la puesta al desnudo de la hipocresía dominante contribuyen» a dar ejemplo.

El canapé color de fuego

(Le canapé couleur de feu, 1741)

Historia galante

Capítulo primero

De la vergüenza del procurador
y el cambio maravilloso del canapé

Un procurador, que había consumido toda su juventud arruinando a pobres litigantes, deseando como suele decirse sentar la cabeza, decidió consagrar al himeneo los años que le quedaban por vivir. A tal fin puso los ojos en la viuda de uno de sus colegas: era joven, y su figura capaz de provocar deseos a los más sensibles. Por eso sus encantos debieron agradar tanto a maese Crapignan que, para ahorrarse la molestia de suspirar en vano, fue a ofrecerle su vieja persona y, por añadidura, cincuenta mil escudos, que era lo que quedaba de sus pequeños ahorros. Como es lógico, la dama, contando con enterrar pronto a éste con el otro, no vaciló en darle su mano. Se celebran las bodas; durante la ceremonia y el banquete, todo fue sobre ruedas. Mientras los parientes y amigos de los cónyuges organizaban un fenomenal estruendo como gente que nunca se ha visto y que habla cordialmente a gritos de una punta a otra de la sala, la nueva pareja desapareció y fue a retirarse al gabinete de vestir preparado para la señora.

Tras atrancar cuidadosamente la puerta y correr sobre ella el portier, el señor de la Chicane, babeando por adelantado, llevó a su elegante esposa hasta un canapé donde la hermosa, ventajosamente apostada, se prepara para entregarse a él por sus viejos modales y por su dinero.

—Dios mío, querido —dice ella—, ¡qué calor hace hoy! Es que una se asfixia.

—Es que estamos en los días de la canícula —responde él.

—Mira —siguió ella echándose a medias— qué admirable canapé para estar cómodos.

—Sí —replica él—, no hay nada más cómodo. Me echo la siesta en él desde hace diez años.

Mientras tanto, la señora se quita su pañuelo y deja al descubierto unos atractivos que resucitan la humanidad del procurador. Se abalanza, palpa, besa, se estremece... Por último, desabotonándose las calzas, le levanta la falda y se coloca en una postura capaz

de hacerle ganar las rentas de la viudedad¹. Pero todo es inútil; después de haber sudado sangre y agua y hecho crujir el canapé durante una hora, se ve obligado a abandonar la tarea.

Cuando uno y otra se ajustaban tristemente las ropas para ir a reunirse con los demás, se oyó un grito de alegría, y, de repente, el canapé cambió de forma, adoptando la de un joven muy bello y apuesto.

—¡Misericordia! —exclamó el procurador, más asustado ante aquella maravilla que su mujer—; ¿sois el alma de algún desdichado que tenga necesidad de oraciones?

—No necesito nada —respondió el desconocido—, y no soy un aparecido como imagináis. Aunque metamorfoseado, no he dejado de vivir; y si os dignáis prestarme oído atento, os contaré mi aventura; bien os debo esta satisfacción, puesto que gracias a vos he recobrado mi primer estado.

—¡Ah! —dice la recién casada—, os lo ruego; pero nos hemos quedado sin canapé, y aquí no veo más que una silla; querido, vete a buscar otras dos.

—¡Pardiez!, señora —dice el nuevo huésped—, sería vergonzoso que hubierais entrado aquí sin estrenar; aprovecharé, si os place, los instantes que vuestro marido nos deja. Aunque desde hace mucho sirvo de asiento a los demás, estoy bastante descansado en la materia para daros resumido testimonio del respeto y consideración que siento por vos.

Dijo e hizo las cosas con tanta rapidez que el procurador no se dio cuenta de nada cuando volvió.

Capítulo II

Del país del desconocido y de lo que causó su metamorfosis

Cuando el trío estuvo sentado, el desconocido se sonó los mocos, escupió y rompió el silencio en estos términos:

—Soy un gentilhombre de los alrededores de Lieja, unido por alianza a las mejores familias de la región. Mis tierras están a orillas del Meuse, cerca de las Ardenas. No os diré mi apellido, porque no me parece que sea muy esencial; y, además, hace tanto tiempo que soy canapé que no sé muy bien si me acordaría exactamente. Por lo tanto, me llamaré, si os parece bien, el caballero Cómodo, dada la comodidad que tanta gente honrada, incluidos el señor y la señora, han encontrado en mí cuando estaba hecho para la molicie, el reposo y los placeres de los dos sexos.

»Antiguamente no tenía más pasatiempo que la caza; entraba con el alba en el bosque y rara vez salía que no fuera de noche; unas veces atrapaba pájaros con reclamo, otras con liga, y en ocasiones con redes; en una palabra, la única diversión que tenía en el mundo sabía hacerla variar de manera que nunca me aburría. Un día que me había fatigado más que de costumbre, me dormí bajo una tupida enramada. En mi vida, todavía me acuerdo, he tenido al dormir sueños más agradables; cierto que estaba en

condiciones de tenerlos así, pues entonces sólo contaba unos dieciocho años. Me desperté embriagado de esos placeres que se sienten y que no se pueden definir. Pero cuál no fue mi sorpresa cuando vi a mi lado a una encantadora persona, cuya adorable imagen tanto y tan deliciosamente me había interesado durante mi sueño. Ella sabía leer demasiado bien en los corazones como para no ver lo que entonces pasaba en el mío: arrastrado por el amor, frenado por el temor, quería hablar y no me atrevía. Estos distintos impulsos le explicaron mejor lo que pasaba en mi alma que todo lo que la palabra habría podido sugerirme de más delicado y tierno, y mis ojos, fieles intérpretes de mis sentimientos, le hablaron con un lenguaje tan acuciante que se apiadó de mí y me habló en estos términos:

—Os asombrará sin duda ver a una joven de mi clase en estos lugares salvajes y desiertos.

—Palabra, señora —dije levantándome—, que debería estarlo. No suele ser frecuente encontrar personas de vuestra figura, y adornadas como estáis, en los bosques; no sé si esto es un sueño.

—No —replicó ella—, nunca habéis estado más despierto; fíaos de mí, que sé de estas cosas.

—En hora buena —repliqué—; pero ¿no podría saber con quién tengo el honor de hablar en este momento?

—Con el hada Primavera —respondió ella—, primera dama de compañía del hada Poltronina, que reina desde hace doscientos años en las Ardenas.

—Para una soberana —dije yo—, muy feo es ese nombre.

—¡Oh!, si la vieseis —continuó Primavera—, encontraríais que su nombre le va mucho a su figura. Pero ¡ojalá no la veáis nunca!

—¡Que me muera —respondí— si alguna vez me entran ganas por la idea que de ella me dais!

—¡Ah! —prosiguió el hada suspirando y dejando escapar algunas lágrimas—, para vuestra desgracia y la mía quizá la veáis demasiado pronto; pues es inútil ocultaros que os amo, y el destino que os amenaza no me permite dejaros ignorar por más tiempo mi pasión.

»Poltronina os vio estos días pasados cazar mirlos con la cerbatana; vuestra apostura y destreza ganaron su alma de tal forma que decidió raptaros y haceros tirador ordinario de sus placeres.

—Pardiez —respondí furioso—, que la señora Poltronina busque sus tiradores donde le plazca, yo disparo para divertirme y...

—¡Ay! —me interrumpió Primavera—, sería mujer capaz de hacer que disparaseis para divertirse ella hasta agotaros; ¡trata con tan poca consideración a su gente!

—No sería la fatiga lo que me hiciera rechazar su servicio —repliqué—, si fuera tan amable como vos, pues fijaría gustoso mi felicidad en el placer de estar unido a una persona de vuestro mérito.

—Bueno —replicó Primavera mirándome tiernamente—, sólo de vos depende ser feliz;

pero decidíos enseguida y ved si queréis seguirme mientras todavía hay tiempo. Si Poltronina viniese, yo no estaría en condiciones de ayudarlos.

—¡Ah!, mi adorable hada —exclamé—, para huir de un monstruo semejante y vivir bajo vuestras leyes iré, si es preciso, a los climas más remotos.

—No merece la pena —dijo Primavera—, Poltronina nos descubriría aunque estuviéramos en el centro de la tierra; además, mi destino me ata a su Corte, no puedo alejarme sin su permiso. Pero sé un medio de tenerlos a mi lado, incluso ante su vista. Sólo se trata de saber si me amáis lo bastante para decidirlos a ser metamorfoseados en un pequeño podenco.

—Consiento, a condición, sin embargo, de que, cuando estemos en vuestro aposento, recobre mi forma ordinaria.

—Eso está hecho —replicó Primavera—; y al instante me transporta por los aires, bajo la figura del perrillo más precioso del mundo.

Capítulo III

Llegada de Cómodo al palacio de Poltronina, y cómo fue acogido por las demás mujeres de su corte

Llegamos en treinta y dos minutos y un segundo al aposento de Poltronina. Primavera no me había engañado al decirme que su nombre cuadraba con su cara. La princesa tenía unos cuatro pies de alto por tres de ancho, unos ojillos bizcos y con fístulas², maravillosamente tiernos y lánguidos; la frente, pequeña y triangular, las cejas y el cabello del más hermoso color pelirrojo del mundo; las mejillas, colgantes y lívidas, pero apetitosas, una boca de una anchura bastante aceptable, adornada por media docena de dientes color chocolate; todo maravillosamente combinado con la naricilla puntiaguda más adorable que se pueda ver, con una ligera cicatriz de escrófulas³ que apenas se veía, y dos gordísimas tetas mulatas que sólo eran una por la estrecha unión que la naturaleza había puesto entre ellas, y que estaban apuntaladas y retenidas por unas resistentes cuchilladas⁴.

Poltronina, sentada en ese momento en una especie de silla curul muy baja debido a sus pequeñas piernas y prodigiosamente ancha, en consideración a la enorme anchura de sus nalgas, se entretenía con sus mujeres pelando cebollas para una ensalada de dientes de león, que ella misma se había tomado la molestia de recoger por su propia mano, en las murallas del castillo.

—Bueno —dijo con una voz de bajo grave a Primavera—, ¿has visto a mi tirador de mirlos?

—No, señora, he recorrido todo el bosque y, por más que he buscado, no he podido saber nada de él.

—Querida amiga —respondió Poltronina—, nunca serás más que una tonta; siempre se

encuentra a un hombre cuando se le quiere encontrar; y si hubieras buscado bien... Pero yo misma tendré que hacer lo que encargo. Que mañana, antes de la aurora, todo mi séquito esté preparado para la caza, ya veremos si no tengo mejor olfato que tú.

Tararí que te vi, quise decir, y en lugar de tararí que te vi, no hice más que ladrar.

—¡Oh, oh! —dijo la princesa—, ¿de dónde has sacado ese animalito?

—Señora —respondió Primavera—, lo tengo hace algún tiempo; una gitana, agradecida por un favor que le hice, me lo regaló.

—¿Sabe hacer algo?

—Sí, señora, baila, brinca, trae las cosas que se le tiran.

—¿Y qué nombre le has dado?

—El de Pachá.

—Déjalo en el suelo para que lo vea. Ven aquí, Pachá.

Pero en lugar de obedecer, me puse a enseñarle los dientes y me refugié bajo las faldas de mi amable amada, donde vi por adelantado una parte de los encantos que me prometía inventariar a mis anchas cuando estuviera en su cuarto.

—Perdonad señora —dijo Primavera—, es algo salvaje cuando no conoce a la gente.

Lo cierto, sin embargo, es que no lo era entonces con mi bella hada, aunque sólo la conociese desde hacía un rato. Me lancé a lo largo de sus piernas, le besé las rodillas, y mis patitas y mi lengua iban hurgando todo lo que podían alcanzar.

Mientras, como la princesa había terminado de pelar las cebollas, todos se sentaron a la mesa, y yo tuve el honor de estar presente en su cena, que consistía en alubias con nabos de entrada, una oca gorda asada, acompañada de su ensalada, y como entremés una salchicha de la calle Desbarres, con dos platos de postre, compuestos por medio cuarterón de peras⁵ de Martin-sec⁶ y de un trozo de queso Brie, que exhalaba un olor completamente igual al que tanto le gustaba a Enrique IV. Mientras que Poltronina se alimentaba con todo eso, las damas de palacio me comían a caricias; una me daba un caramelo, otra pequeñas pastas y algunas migas que caían bajo el mantel; ésta me pasaba la mano por el lomo, aquélla bajo la tripa; otra me limpiaba los ojos con mis largas orejas, porque el defecto de los perros es estar siempre legañosos; en fin, nunca en mi vida fui tan festejado.

La princesa, una vez que terminó de comer y decir sus gracias, hiló casi media bobina de seda para entretenerse, tras lo cual la desvistieron y la metieron en la cama. Cuando terminamos de despedirnos, todas las damas querían llevarme a dormir con ellas; pero como no era del gusto de Primavera ni del mío, las dejamos y fuimos a encerrarnos en nuestro aposento, donde, tras recobrar mi forma, no empleé mi tiempo en otra cosa que en lamer, como hacía un momento antes. ¡Qué feliz sería si lo hubiera hecho menos! Tal vez seguiría viviendo con aquella encantadora hada; pero tenía que cumplir la orden de nuestro destino.

Capítulo IV

Los nuevos amantes cogidos en flagrante delito: la desgracia de Primavera, y la metamorfosis de Cómodo en canapé, por haber infligido a la princesa una afrenta que el sexo femenino no perdona

Pasamos dos terceras partes de la noche sumidos en lo más delicioso y exquisito que el amor tiene. Sin embargo, la fatiga nos arrancó de unos placeres de los que nos era imposible saciarnos, el sueño se apoderó de nuestros sentidos; y, olvidando que al día siguiente había cacería, nos dormimos tan bien que Poltronina nos sorprendió, a Primavera y a mí, bajo la misma manta. Mi infortunada amante cayó inmediatamente en desgracia y fue transportada por los aires a no sé dónde. En cuanto a mí, la princesa me encerró personalmente en una habitación contigua a su dormitorio. Ya había pasado allí las dos horas más crueles de mi vida, deplorando más la pérdida del objeto de mi ardor que la de mi libertad, cuando Poltronina entró en una especie de *déshabillé* con el propósito, sin duda, de seducirme.

—Bueno, señor tirador de mirlos —me dijo abordándome y echando escrupulosamente los cerrojos—, así que venís a corromper a nuestras jóvenes. ¿Sabéis que ningún mortal hasta este día ha tenido la audacia de introducirse impunemente en este palacio, y que yo debería castigar vuestra temeridad?

—A fe, señora —respondí—, que es culpa vuestra; ¿por qué no me dejáis atrapar mis mirlos tranquilamente?

—Eh, ¿quién os lo ha impedido? —replicó haciendo arrumacos.

—De hecho —repliqué—, sabemos el propósito que tenéis sobre nuestra persona, y sólo para eludirlo me he dejado raptar.

—¡Ah, pequeño traidor! —exclamó imitando el falsete—, ¡con que ésas son vuestras artimañas! Sabéis que os amo y, despreciando mi cariño, mi rango y mis encantos...

—Por lo que hace a vuestros encantos —dije interrumpiéndola—, sólo tenía una ligera idea por el retrato que Primavera me hizo de ellos; mas ahora que veo el original, les rindo cuanta justicia les es debida.

—¡Oh!, ¿admitís entonces la diferencia que hay entre esa pequeña atolondrada de la que estabais enamorado y yo?

—Por supuesto —respondí—, no os parecéis en nada.

—Bueno —continuó poniéndose de puntillas para acariciarme el mentón—, no basta con que reconozcáis lo que valgo, tenéis que darme pruebas.

—¡Ah!, ¿qué pruebas, señora, exigís de mí?

—Pero... —dijo ella inclinándose en una butaca y rodeándome con sus brazos—, hay cosas que mi modestia no me permite explicar; a vos corresponde adivinarlas.

Luego, como la pasión la sofocaba, balbució muchas otras bellas frases que no entendí. Sin embargo, no sé cómo me encontré con los calzones casi en los pies, en un estado no demasiado honesto; y, por un encantamiento inconcebible, me disponía a la

tarea cuando, viniendo a romperse un pequeñísimo lazo que contenía su pecho, dejó caer dos enormes tetas por debajo de la cintura. El accidente me sacó del encantamiento en que me había sumido el diablo; y, a la vista de un goce tan monstruoso, todo se me cayó.

Poltronina, sin embargo, no estaba dispuesta a soltar su presa: seguía estrechándome con fuerza y se agitaba debajo de mí de la mejor manera posible. Mas como sus esfuerzos no conseguían nada, el amor dio paso de súbito a la rabia; y la muy inhumana, largándome sobre el pecho uno de los mejores puñetazos que nunca se hayan dado, me causó, al caer diez pasos más allá, un chichón en la cabeza y una contusión en el trasero, que todavía hoy sigue doliéndome por no haberse curado en el acto. Por último, lanzándome con sus ojillos legañosos unas miradas capaces de poner los pelos de punta de espanto, Poltronina decretó contra mí la siguiente sentencia:

—Para expiar la injuria que me has hecho —dijo—, en adelante se tomarán en ti los placeres que no has podido procurarme. Servirás indistintamente a todo el mundo, amo y criado; todos te harán gemir bajo sus sacudidas, y no recuperarás tu forma primitiva hasta que entre tus brazos se cometa una falta equivalente a la tuya.

Al mismo tiempo me escupió a la cara; y antes de que pudiera secarme el escupitajo, me descubrí canapé; inmediatamente después fui llevado a París por cuatro genios y expuesto a la venta en el puente Saint-Michel.

Capítulo V

Una célebre alcahueta compra el canapé; un abate recomendable por sus proezas amorosas lo estrena

¿Verdad que no habéis oído hablar —continuó el caballero Cómodo—, de la Fillon⁷, esa mujer tan recomendable por los placeres clandestinos que procuraba a todo el que pagaba bien? A ella fui adjudicado en subasta, y nada más llegar me colocaron en un gabinete preparado para los retozos del placer. Como la Fillon tenía muchísimos clientes, no tardé mucho en ser estrenado.

El primero al que tuve el honor de soportar fue un abate a quien su talento para alegrar al bello sexo ha hecho alcanzar la prelatura⁸. Confieso que en mi vida fui sacudido con más violencia y en tantas ocasiones.

—¿Es posible —interrumpió el procurador— que gente de esos hábitos frecuente lugares semejantes?

—¿Y por qué no? —replicó el caballero—. La ridícula ropa apostólica, ¿es acaso un preservativo contra la incontinencia? Si creéis eso, ¡qué gran error el vuestro! Meteos en la cabeza que la mayoría de los que abrazan ese estado no tienen otra mira que procurarse una existencia tranquila y voluptuosa; exentos de todos los quebraderos de cabeza de este mundo, sólo conocen los placeres; y, para asegurárselos, se han impuesto la ley del celibato. Ante su hábito evangélico se abren todas las puertas; con él se

insinúan hábilmente en el seno de las familias de las que tarde o temprano llegan a ser los amos; unos pobres maridos se ven obligados, para mantener la paz del hogar, a invitar a hipócritas a beber su vino; ¡y felices aquellos a quienes les salgan así de baratos! Pues mientras están ocupados con el cuidado de sus negocios, ¿qué no han de temer de las maniobras de estos píos holgazanes?

—¡Quita allá! —exclamó la procuradora—, antes prefiero recibir en mi casa al regimiento de la guardia que a un hombre de iglesia.

—Amiga mía —dijo el procurador—, no nos relacionamos ni con unos ni con otros, son malas amistades.

—¡Oh!, hijo mío, lo que digo sólo quiere demostraros lo alejada que estoy de mantener relaciones con miembros del clero.

—No hay que jurar por nada —respondió Cómodo—; si hubierais conocido al que me sacudió con tanta gracia, os habría costado mucho negarle vuestra estima; por lo menos, estoy muy convencido de que no hay mujer en la Corte que no le haya otorgado la suya, y convendréis conmigo en que son tan expertas, si no más, que aquí.

—¿Era entonces un hombre muy raro? —dijo la procuradora en tono codicioso.

—Tan raro que si yo hubiera tenido que habérmelas con gente tan decidida, aunque hubiera sido de hierro no habría resistido; y confieso, en su honor, que durante varias asambleas del clero, durante las que tuve el honor de ser probado por todos los gordos abates y monseñores del mundo, nunca encontré uno tan completo en la materia, ni siquiera entre los señores del gran convento.

—¿Cómo? —exclamó el procurador—, ¿también habéis tenido trato con franciscanos?

—¿Qué tiene de extraordinario? Tratamos con todas las órdenes regulares y seculares de la ciudad, y bien que nos iba, porque la gente de moda nos estafa con tanta frecuencia que, de no ser por las ayudas cotidianas con que nos gratifica la Iglesia, nos habríamos visto obligados a cerrar la tienda mil veces. Por eso se servía al sacerdocio antes que a los demás estados. En cuanto se presentaba una doncellez que desvirgar, era a un prelado o a algún prior con buenas rentas a quienes se ofrecía. A propósito de gangas de esta clase: debo daros cuenta de la conversación de un decano de cabildo con una joven muchacha cuyas primicias tuvo.

Capítulo VI

El preámbulo del santo varón y lo que se siguió

—Bueno, mi querida niña —decía el piadoso ribaldo, haciéndola sentarse encima de mí y a su lado—, ¿qué edad tenéis?

—Catorce años, señor.

—¿Y aún no habéis visto a nadie?

—A nadie.

—Mucho mejor, porque todo depende de la forma en que se entra en el mundo; el comienzo de la vida es lo que decide para todo el resto. A la edad que tenéis, es difícil debutar como es debido si a una no la dirigen y guían personas honradas; ¡qué desgracia para vos, hija mía, si hubierais caído en manos de algún hombre del siglo!

—Decidme, señor, os lo ruego, ¿qué me habría ocurrido?

—Lo que ocurre a los que reciben malos principios; os habríais extraviado. El espíritu de depravación y de libertinaje está tan difundido entre los mundanos que se corren todos los peligros si se les trata. En su mayoría son traidores que, tras haberos robado vuestra inocencia, os abandonan o pueden arrastraros con ellos por vías de iniquidad.

—Bonito preámbulo para desvirgar a una joven —dijo el procurador interrumpiéndole.

—En este tipo de encuentros —le interrumpió a su vez el caballero—, es esencial el preámbulo: a menudo sólo se retrocede para saltar mejor. Por otra parte, aunque sea de Iglesia, no podéis imaginar nada que valga más; si fuera cierto, todos querrían serlo, el oficio ya es muy bueno en sí mismo; y aunque el sacerdocio comunique las facultades prolíficas, ¿no han de tener todas las cosas un final? Por lo general, a un jefe de cabildo no se le tiene por un joven clérigo. Pero un poco de paciencia, y ya veréis cómo se comportó en su prédica.

»La modestia —continuó el señor decano poniendo una mano en el hombro de la joven y dejando escapar, como por casualidad, dos de sus dedos entre la carne y el pañuelo—, la modestia es la virtud más necesaria para el sexo femenino; le añade perfecciones y le quita defectos; una joven bonita lo es doblemente cuando, lejos de enorgullecerse de las ventajas con que la naturaleza la ha favorecido, las estima siempre por debajo de lo que son y nunca tiene prisa por darlas a conocer. En ese caso estáis vos ahora, o mucho me engaño; vuestro pañuelo oculta a los ojos cosas que deben de ser muy bellas a juzgar por lo que no está oculto.

—Señor —dijo la nueva prosélita—, vuestras palabras son muy amables, pero no tengo nada bello.

— ¡Oh!, apuesto a que sí —responde el hombre de Dios, descubriendo un lado del pecho—. ¡Diablo! —exclamó maravillado ante lo que veía—, ¿y no tenéis nada bello? ¡Ah!, bribona, seréis azotada.

Luego el muy lascivo la tumbó a lo largo, le levantó la camisa y, después de haberme dado previamente unos cachetes en las nalgas, al cabo de un momento me obligó a doblarme por la fuerza; como los obstáculos terminaron por incrementar su valor, oí hacer dos o tres veces ¡uf! a la chica y luego nada más, prueba de que ya no había nada más que hacer. Debió el clérigo de encontrar en ella un comportamiento como el que necesitaba, pues ese mismo día se la llevó, aunque, por temor a problemas antes o después con los gastos del embarazo y del parto, la casó con un pánfilo rico y amigo suyo; de esta manera el buen sacerdote quedaba libre de problemas.

—Diablos —dijo el procurador—, la estratagema no es de ningún torpe.

—Bueno —continuó Cómodo—, no hay nada más común que este tipo de operaciones

entre gentes de Iglesia; casan para sí, cuando uno toma mujer de sus manos.

—Debéis de haber sido testigo de escenas muy originales en una casa así —dijo la procuradora.

—Sí —respondió el caballero—, y son los eclesiásticos los que han interpretado los papeles más importantes. Voy a pintaros una bastante singular; pero antes, respiremos un poco.

Capítulo VII

De un abate que se hacía azotar
para despertar en él la parte brutal

Como había tomado tabaco, Cómodo estornudó cinco o seis veces por haber perdido la costumbre de ese polvo cefálico cuya principal virtud es revolver la nariz, y siguió hablando así:

—Como sólo debía recobrar mi primera forma en las condiciones que sabéis, no pedía nada mejor que tener clientes, pese a la fatiga que eso me causaba, poniendo siempre mi esperanza en la insuficiencia de algún chusquero de pega⁹. Así pues, cierto día en que me aburría de estar solo, entró en mi gabinete una joven damisela y poco después un abate que podía tener alrededor de cincuenta años. Se habían cerrado las puertas cuidadosamente y echado las cortinas, y todo, hasta el menor agujerito, había sido taponado con precaución; la muchacha le gritó en tono enfurecido:

—¿De dónde venís, libertino? ¿No os he prohibido salir sin mi permiso?

—Querida madre —responde el abate con aire sumiso e imitando lo mejor que podía a un escolar—, vengo del catecismo.

—¿Del catecismo? ¿Del catecismo, desvergonzado? ¿Qué hora es? Sois un mentiroso.

Y al mismo tiempo le suelta dos o tres cachetes y otras tantas patadas en el trasero.

—Veamos —le dice ella—, veamos si habéis sacado provecho. ¿Cuántos pecados mortales hay?

—Hay... hay, mi querida madre, mi querida madre, no me acuerdo.

—¿Cómo?, ¡grauja, que no eres más que un grauja! ¿No sabes siquiera los pecados mortales? ¡Oh!, yo, sí, yo os enseñaré a conocerlos. Venga, de rodillas ahora mismo.

—¡Ay!, mi querida mamá —exclamó él—, os pido perdón, los estudiaré.

—No —replicó ella tras haberse provisto de un puñado de varas—, habéis merecido el látigo; ¡abajo los calzones!

El abate, tras una ligera resistencia, deja al descubierto la muestra de un trasero amarillento, seco y arrugado.

—¡Oh!, eso no basta —prosiguió la joven—, hay que verlo todo.

Le arranca acto seguido la camisa de los hombros y le baja los calzones hasta las

corvas. Finalmente, nada más recibir media docena de golpes, fingió querer esquivarlos con las manos; pero ella se las ató por delante y le zurró hasta hacerle sangre.

—¡Vaya una historia! —dijo el procurador—. Por favor, ¿qué paso luego?

—Que pensó en romperme los riñones al instante encima de su folladora y que nunca se llevó a cabo una hazaña de tal especie de forma tan vigorosa. Pero adivinad lo que hizo para proceder luego.

—No puedo —respondió el procurador—, tal vez se comió una manzana y bebió además un vaso de agua.

—Nada de eso —prosiguió el caballero—, no hizo sino cambiar los papeles: en lugar de escolar, se volvió maestro, y la maestra se volvió escolar.

—De forma que la maestra fue azotada a su vez —dijo la procuradora.

—Exacto —replicó Cómodo—. El abate, para entonarse, dio un ligero matiz encarnado al trasero más blanco y más apetitoso del mundo.

—Hay que confesar —añadió la procuradora— que es muy singular y muy extravagante ese secreto para resucitar las potencias.

—Os equivocáis —replicó el caballero—, no hay nada más natural ni más de moda hoy día; se llama ceremonia, y hasta en las menores comunidades consagradas a Venus hay siempre una provisión de varas para los que gustan de esa manera. No cabe duda de que la ceremonia, pues ceremonia hay, pone la sangre en movimiento, y ese recurso se ha inventado para las personas difíciles de emocionar. Los efectos son rápidos y tan milagrosos que tal vez seguiría siendo canapé si el señor lo hubiera probado antes de inventar la aventura.

—¡Maldita sea! —exclamó el procurador—, no estoy tan loco. En mi juventud me zurraron en Saint-Lazare¹⁰, pero, por lo que recuerdo, en aquel entonces esa ceremonia no me divertía mucho.

—Os aseguro que lo creo —respondió Cómodo—. ¡Qué comparación! La mano de un grandísimo truhán de hermano lego no tiene la virtud de la mano de una bonita mujer. Si hubierais estado tanto en las Feuillantinas¹¹ como en Saint-Lazare, apuesto a que nunca habríais querido salir y que no os habría costado mucho habituaros a los correctivos que monjas jóvenes y fogosas os habrían dado.

—Bueno, basta ya del asunto de la ceremonia y de su excelencia —dijo la procuradora.

—Como queráis —respondió el caballero—; cuando os aburra, hacedme el honor de advertírmelo.

—No estáis hecho para aburrir a nadie —replicó cortésmente el procurador—, y a la señora y a mí nos complace tanto oíros que, si no temiéramos abusar de vuestra complacencia, os rogaríamos que nos contaseis alguna cosa más.

—Con mucho gusto —respondió Cómodo—. Escuchad la siguiente aventura.

Capítulo VIII

Cuatro monjes se encuentran en casa de la Fillon sin saberlo y hacen aprovechando la ocasión lo que se hace en tan buen lugar

Dos mosqueteros, importunados una mañana por cuatro monjes que iban a pedirles de cenar, dieron a entender a los reverendos que sería más oportuno comer en una casa de familia que en el hotel, donde la juventud disoluta y poco devota no rendía a gentes de carácter tan respetable como el suyo lo que les era debido. Los curas, halagados por la consideración que aquellos caballeros parecían tenerles, se encomendaron a su parecer y consintieron seguirles donde quisieran siempre que la comida fuera buena.

—¿Adónde llevamos a estos canallas? —dijo uno de los mosqueteros al oído de su camarada.

—Sí que te preocupas mucho —respondió—; pardiez, no hay que hacer demasiada ceremonia, llevémosles a casa de la Fillon; nadie mejor que ella hace el papel de mujer honrada; le será fácil engañar a semejantes necios, que, verosímilmente, no la conocen.

—Basta decir que es pariente de uno de nosotros e inventarle un nombre.

—La llamaremos, si quieres, condesa de Grand-Fond¹².

—Ja, ja —replicó el otro—, no es mal nombre. Señores —dice alzando la voz—, nosotros iremos a cenar a casa de la condesa de Grand-Fond, tía del barón. Os aseguro que seremos bien recibidos, es una dama que sabe hacer perfectamente los honores de su casa. En cuanto al ceremonial, no habéis de preocuparos: no os sentiréis cohibidos, beberéis a vuestra salud y tendréis libertad para ir a mear desde los entremeses, si os entran ganas; y eso no es ninguna bagatela, dado que en las mesas bien ordenadas, es una especie de indecencia ir antes de los postres.

—A fe que me importa un bledo la indecencia —respondió uno de los padres—; yo, cuando tengo una necesidad, no me retendría ni por el papa. ¿No es la última de las ridiculeces someterse a tontas y frívolas conveniencias que sólo tienden a la destrucción del género humano? Personalmente, señores, prefiero arrostrar los prejuicios a ser mártir de ellos.

Mientras Su Reverencia se explicaba así, se había enviado un *grison*¹³ a la Fillon, para prevenirla sobre su papel, a fin de que la escena fuera interpretada con toda naturalidad.

—En verdad, sobrino —dijo ella al ver llegar al grupo—, no sois muy razonable trayéndome a estos señores sin avisarme antes. Me avergüenza tener únicamente lo de diario que ofrecerles.

—Señora —respondió en tono pícaro uno de los monjes—, a poca comida mucha bebida; nos conformaremos con lo que haya.

—Bien, bien —respondió el pretendido sobrino—, no tomemos las palabras de mi tía al pie de la letra; a veces le gusta engañar a su gente y...

—¿Sabéis —le interrumpió la Fillon—, que las señoritas Finelame y du Déduit son de la partida?

—Diablos, qué problema —replicó otro mosquetero—, quizá a los reverendos padres no

les parezca bien: son tan jóvenes....

—¿Estáis de guasa? —exclamaron todos a una—; la compañía de las damas no nos da ningún miedo; cuantos más locos haya, más se ríe; basta que sean amistades vuestras para que estemos encantados de verlas.

Los reverendos no languidecieron mucho tiempo en la espera; las hermosas aparecieron al instante, y el fuego de lascivia que entonces brotó de sus ojos dio a conocer a los demás el placer que la llegada de dos invitadas de aquella especie les procuraba. La Fillon hizo sacar sillas y, mientras se preparaba la comida, mantuvieron una conversación muy interesante sobre los tópicos más bellos del mundo, conversación en la que los anacoretas no dejaron de desplegar su erudición monástica. Por ejemplo, entre las cuestiones que se pusieron sobre el tapete, la hediondez de las orinas después de haber comido espárragos fue debatida con todo el calor y el ingenio imaginables; también se disertó mucho sobre las coliflores, que no producen el mismo efecto, aunque el agua en que se las cuece se vuelve infecta hasta el punto de que su olor es insoportable. Uno de los padres, predicador de oficio, dijo a este respecto cosas muy por encima del alcance humano. Estaba éste a punto de resolver una cuestión todavía más inquietante cuando vinieron a avisar que la mesa estaba servida. La disputa, si no me falla la memoria, giraba en ese momento sobre las espinacas y el relleno de acederas: unos pretendían que con el relleno de acederas está más libre el vientre que con las espinacas; sostenían otros lo contrario, y cada cual defendía su opinión con toda la sutileza y la elocuencia que requería materia tan espinosa; pero como la sopa se enfriaba, la cuestión quedó indecisa, y todos fueron a sentarse a la mesa.

Era de ver con qué corazón oficiaban aquellos buenos religiosos. Entonces, por más que se les incitase a hablar, sus respuestas no eran nunca más que sí y no, o simplemente un gesto con la cabeza.

Luego, hacia el final de la comida, so pretexto de unos asuntos, la Fillon salió. Los depravados monjes, que aún no habían dicho nada a las señoritas, tanto a causa del placer de comer, del que se habían ocupado a conciencia hasta los postres, como por temor a desagradar a la anfitriona, fueron animándose poco a poco, y, como algunos vasos de champán habían acabado de emborracharlos, los mosqueteros encerraron a uno en mi gabinete con una de las princesas. El reverendo padre predicador, que había conservado la mayor sangre fría aunque hubiera bebido más que nadie, corrió a la puerta para exhortar a su camarada a la continencia.

—Padre Pia —exclamaba—, temed al ángel seductor y las trampas que os tiende.

Palabras inútiles, el padre Pia ya estaba encima de mí agitándose y bregando como un poseso. En fin, a cada uno le llegó su turno, y el predicador mismo, arrastrado por el ejemplo, sucumbió a la tentación igual que los otros.

—Tomó la mejor decisión —dijo el procurador.

—No tan buena —replicó Cómodo—, se ganó una blenorragia cuya cura le costó las ganancias de dos o tres años de sus sermones de Cuaresma.

Pero, volviendo al padre Pia, como uno de los mosqueteros hiciera como que acariciaba a la señorita a la que él acababa de prodigar su incienso, exclamó:

—¡Ah!, señor, por piedad, no nos privéis de este pequeño cuarto de hora de solaz. Las gentes de mundo siempre encuentran ocasiones cuando les place, no os faltan, como tampoco la bebida y la comida; pero nosotros, pobres diablos de monjes como somos, no tenemos esa ventaja: hemos de rendir cuenta al público y a nuestras comunidades del menor de nuestros pasos. ¡Ay!, si nos impedís aprovechar esta ganga, tal vez no se presente otra semejante en seis meses. Poneos en nuestro lugar por un momento: seis meses de ayuno para gente de buen apetito es una prueba muy cruel.

—A otros con ese engaño —exclamó el mosquetero—, nunca estáis sin catarlo tanto tiempo.

—Pues sí —contestó el padre Pia—; hasta recibir las dignidades de la orden, vigilan nuestra conducta más de cerca de lo que suponéis; nuestros superiores son unos tiranos que sólo piensan en ellos.

Tan sabias y juiciosas reconvenciones fueron acogidas como debían serlo —continuó el caballero—; y después de que monjes y putas hubieran sacrificado a Venus y a Baco a más no poder, se concluyó la fiesta poniendo a todos en la puerta en el estado en que se hallaban.

—Esto es muy poco caritativo —dijo la procuradora.

—¡Ah, los muy granujas! —continuó Cómodo—, ojalá los hubieran despedido con cien latigazos: me contaminaron y me desvencijaron tanto ese día que la Fillon, considerándome incapaz de seguir sirviendo, se vio obligada a deshacerse de mí.

Capítulo IX

Unos imitadores de convulsiones
compran el canapé

El destino me hizo caer en una casa de convulsionarios¹⁴; pero había sido tan maltraído en mi primer estado que, a la tercera o cuarta sesión, quedé casi reducido a nada, de manera que mis nuevos dueños pensaron en seguir reformándome...

—¡Oh!, pardiez —interrumpió la procuradora—, ya que habéis estado con convulsionarios, ¿querríais explicarnos qué son exactamente esa gente? ¡Dicen de ellos cosas tan maravillosas!

—Maravillosas para los idiotas —respondió Cómodo—, porque las personas esclarecidas e imparciales nunca serán víctimas de sus bellaquerías. Son una especie de entusiastas o de locos, como mejor os plazca, separados de una secta a la que antes era difícil negarles estima, pero que se han degradado con las malas exhibiciones que hicieron representar, hace algunos años, en lugar sagrado, y que entre la gente honrada han llegado a ser tan despreciables que se han convertido en sus antagonistas. Como la prudencia del gobierno

no se prestó a las trivelinadas¹⁵ de estos farsantes, formaron después varias bandas y se reunieron en casas particulares donde siguieron representando sus fanáticas escenas.

–Pero, ¿qué ventajas pretenden sacar de esas locuras? –preguntó la procuradora.

–Las de engañar al pueblo crédulo, ganar su confianza y convertirse más tarde, si es posible, en un partido numeroso. El honor de estar al frente de una secta no es menos lisonjero y delicioso para este tipo de gentes vestidas de negro que el de tener el mando general de un ejército. La vanagloria y la ostentación siempre son idénticas en el pecho de todos los hombres, no hacen más que cambiar de objeto, según las diversas profesiones que abrazan.

–Entonces –prosiguió la procuradora–, ¿no habéis encontrado nada muy extraordinario en lo que hace esa especie de prestidigitadores?

–No, en verdad que no –replicó Cómodo–, sus juegos de manos, de habilidad y de equilibrio no pueden compararse ni de lejos con los de la *troupe* de los señores Colin y de Restier; y puedo aseguraros que el primer convulsionario del mundo no es digno de compararse con el último saltimbanqui de la feria.

–¿No pensáis –dijo el procurador– que con tan desigual comparación estáis ofendiendo a una infinidad de gente honrada?

–No es tan desigual como creéis –replicó el caballero–; si hay personas de rango distinguido que se dedican a convulsionar, puedo citaros a otros que, bailando sobre la cuerda, dan volatines, caminan sobre las manos y se arriesgan a saltos peligrosos sobre colchones: los señores nunca han tenido tanta emulación como hoy por todos los ejercicios, a excepción de los que convienen a su estado.

–Eso es muy loable –dijo el procurador.

–Por lo menos –continuó Cómodo– todo el daño que puede ocasionar gusto tan extravagante es partirse el cuello; y, a la sociedad, unos cuellos de más o de menos no le importan demasiado. Pero, ¡por todos los diablos!, dedicarse a echar a perder el cerebro de la pobre gente con histrionadas sacrílegas, eso es lo que no puedo digerir, y si hubiera creído...

–No sois el apóstol de los convulsionarios –dijo la procuradora interrumpiéndole.

–Eso supondría ser el apóstol de una banda de malvados –replicó el caballero–. ¡Cuántas guapas chicas no habrán hecho pasar encima de mi cuerpo para no hacer más que aspavientos y contorsiones horribles!

–En realidad, eso no era de vuestra incumbencia –dijo el procurador–; no me sorprende que estéis tan disgustado; con personajes de esa especie, habríais podido emplear mejor vuestro tiempo.

–Cierto –respondió Cómodo–, pero mi destino era no ser utilizado más en los retozos amorosos hasta vos, como vais a ver.

Capítulo X

El canapé vendido a una devota, las penas y mortificaciones que soporta estando a su servicio

—Ya os he dicho que, como mi último ejercicio en casa de la Fillon me había reducido a un estado que daba lástima, no podía seguir viviendo mucho tiempo en una casa donde la fatiga era tan grande: por eso me vendieron enseguida. Fue una devota la que me compró; ganaba yo así una condición tranquila, cierto, pero enojosa hasta más no poder.

»Mi reverendísima y repugnante dueña me hizo colocar en su habitación, de suerte que tenía la ventaja de estar siempre en su presencia y de oírla hacer sus oraciones. Todo su tren y acompañamiento ordinario consistían en una sirvienta idiota, un gato, un perro y un viejo director de conciencia que la ayudaba caritativamente a hablar mal de su prójimo y a comerse su renta.

—Muy complaciente era el hombre —dijo la procuradora.

—Todos los de su profesión lo son en grado extraordinario —replicó el caballero—, sobre todo cuando les conviene serlo; éste no tuvo que arrepentirse de haberlo sido, porque la buena señora le dejó toda su herencia, en perjuicio de un hermano que no tenía una posición demasiado acomodada.

—¿Cómo? Esa desgraciada presumía de piedad ¿y cometió una injusticia tan escandalosa?

—¡Qué poco conocéis los privilegios de la devoción! —exclamó Cómodo—. Lo que sería inicuo para profanos como vos no lo es en modo alguno para los devotos. Han hecho un concordato con el cielo que les dispensa de obrar bien. Una acción cuya maldad repugnaría a la humanidad, entre gente corriente se vuelve, por su crédito, en acción digna de ser grabada en los fastos y propuesta como ejemplo al universo.

—¿Y cuál era vuestro empleo en esa casa? —preguntó el procurador.

—Servía para todo, salvo para lo esencial —respondió el caballero—, y nunca mi nombre de Cómodo me convino más que en ese sitio.

»El señor Ventrú, así se llamaba el director espiritual, mascullaba por regla general su breviario encima de mí o descansaba en el mismo sitio su santa persona después de las comidas; y como el buen hombre tenía el defecto, lo mismo que sus semejantes, de comer con glotonería, daba rienda suelta a su vientre y me envenenaba todos los días con los vapores de una falsa digestión.

—¡Mala peste se lo lleve! —dijo el procurador tapándose con la mano la nariz.

—No era eso lo peor —continuó Cómodo—; la devota tomaba todos los días un remedio, y, como sabéis que nunca se prepara con tanta precisión que no se escape algo, yo tenía la mortificación de aspirar lo que ella no podía retener. Un día hasta llegué a pensar que me ahogaba por un error de la sirvienta: era ésta la encargada del cuidado de abreviar el trasero de la señora. La inocente mujer, que aquella vez tomó mal las proporciones, le escaldó el canal de la uretra y sus dependencias. La buena señora, poco habituada a ser

inyectada en semejante parte, cerró las nalgas y la cánula salió despedida de manera que no me perdí ni una gota de la decocción.

– ¿Y qué le hicieron a la pobre Jeanne como expiación de semejante falta? –preguntó el procurador.

–Fue condenada a recibir veinte latigazos, sentencia que el señor Ventrú se tomó la molestia de ejecutar al instante; y la tragedia tuvo lugar encima de mí. Reconociendo su crimen, Jeanne se tumbó de forma recatada y puso su trasero a merced del viejo director de conciencia, que, pese a su resignación, no le perdonó ni un latigazo.

–Estas gentes de iglesia no tienen piedad –dijo la procuradora.

– Es cierto –continuó Cómodo–, la dureza de corazón es un defecto que se les reprocha con justicia; pero en circunstancia semejante un hombre de mundo habría sido más tratable. Jeanne era joven y bonita, tenía una piel muy bella y estaba metida en carnes; tantos encantos halagaban demasiado la vista para no aprovechar los instantes en que estaba permitido admirarlos; y como eso sólo podía hacerse de manera decente con motivo de alguna pena infligida a la penitente, el bueno de Ventrú no tenía prisa por acabar y contaba todos los golpes que propinaba con la misma lentitud que cualquier depravado, sacerdote o no, habría empleado en su lugar...

–¡Pobre niña! –dijo interrumpiéndole el procurador–, ¡cuánta paciencia debía de tener!

–¡Por todos los diablos! –replicó el caballero–, mucha más era la que debía yo tener. No bastaba que fuese constantemente infectado y ensuciado por los dos culos más infames de Francia, era víctima además de los animales de la casa. Teatro eterno de las peleas del perro y del gato, siempre había de sufrir sus desavenencias. El menor huesecillo que roer encendía entre ellos una guerra civil de la que yo heredaba de ordinario muchos arañazos y dentelladas. Incluso maese Minú, cuando estaba del mejor humor, afilaba tranquilamente sus ganchudas uñas sobre mi piel, y cada día me cortaba alguna parte del cuerpo. Y el señor es testigo de que yo estaba casi en jirones cuando la señora tuvo la amabilidad de despedirse de este mundo para ir al otro.

Capítulo XI

El canapé entra en casa del procurador y recobra allí su primera forma al cabo de diez años

–Hecho trizas y andrajoso como entonces estaba, sólo un filósofo o un hombre enemigo de la ostentación como vos podía cargar con un mueble tan malo como yo. Fuisteis lo bastante modesto para no considerarme indigno de adornar vuestro gabinete.

–¡Eh!, no estabais tan mal –dijo el procurador–; cuando mi sobrina terminó de arreglaros, estabais como nuevo.

–¡Por todos los diablos! –continuó el caballero–, estáis hablando de una joven de gran mérito; nunca he visto coser ni tricotar con tanta gracia. Confesad, amigo mío, que

estabais algo enamorado y que os tomasteis algunas intimidades incestuosas con ella. ¿Os acordáis de un día que, encontrándola dormida encima de mí, deslizasteis una mano bajo su falda?

—¡Oh! —replicó él—, sólo era para ver si tenía cosquillas.

—Vuestro pasante —prosiguió Cómodo— tuvo la misma curiosidad una mañana que estabais en el palacio de Justicia; juro que creí que estaba aletargada.

—¡Cómo!, ¿llevó las cosas tan lejos como para...?

—¡Bonita pregunta! Hizo con ingenio y rapidez lo que vos teníais ganas de hacer, y sólo eso la despertó.

—¡Ah, la muy granuja! ¿Se puede tener un sueño tan pesado? Habría apostado mi cabeza por la sensatez de esa muchacha.

—Y no os habríais equivocado —replicó el caballero—; la señorita sobrina vuestra era una muchacha tan sensata como cualquier otra.

—¿Cómo?, ¿llamáis sensata a una muchacha que se entrega a un pillo de pasante?..

—¡Eh!, ¿sabe uno lo que hace mientras duerme? Desde el momento en que la razón y el juicio no intervienen, todas las acciones son indiferentes; y vos sabéis que en sueños se cometen muchas extravagancias y es poco lo que se razona...

—¡Sea enhorabuena! —interrumpió el hombre de los pleitos—, es muy fácil pensar cosas extravagantes cuando uno está dormido; pero que se haga con niñas sin que se den cuenta, de eso sí que no me convencerá nadie.

—En realidad —respondió Cómodo—, no digo que vuestra sobrina no se haya dado cuenta de nada; pero la tarea estaba ya tan avanzada cuando se le ocurrió sentirla que habría sido ridículo querer ponerle un freno.

Apenas había cesado de hablar el caballero cuando llamaron a la puerta del gabinete. Eran varios invitados de la boda que, impacientes por no ver a los recién casados, les gastaban bromas a través de la cerradura y les soltaban mil ocurrencias vulgares sobre lo mucho que duraba su reunión a solas.

Como ya no tenía nada, o muy poco, que decir, y sólo había oído la jerga bárbara de los habituales de la casa del procurador, Cómodo quedó encantado de tener un pretexto tan excelente para callarse. Quería despedirse del señor y la señora; pero lo retuvieron a la fuerza, y tuvo que cenar con ellos. Se pretende incluso que la procuradora encontró el modo de introducirle en su cuarto, y que, mientras descansaba el buen marido, al que habían tenido la precaución de hacer tomar un brebaje soporífero, ambos velaron con gran contento el uno del otro.

Sin embargo, el caballero, que aspiraba a la felicidad de ver de nuevo sus lares como un picardo que tiene nostalgia de su tierra, se marchó pocos días después, a pesar de las lágrimas de la procuradora y las promesas que le hizo de casarse con él tan pronto como hubiera despachado a su nuevo marido.

El destino había decidido que retornase a sus primeros amores; y el hada Primavera debía ser la recompensa de todas las penas que había sufrido por ella.

El célebre autor del *Almanach de Liège*¹⁶, hombre digno de fe si los hubo, asegura que volvió a encontrarla fiel. Sea como fuere, Poltronina permitió su matrimonio, a condición, sin embargo, de que Cómodo reparase ampliamente, antes de cualquier otra cosa, la falta que habían causado sus desgracias. El paso era difícil; podía temerse que volviera a fallar. Primavera, sabedora de que se precisa cierto hábito para cualquier clase de ejercicios (ignoraba, sin duda, que la procuradora le había enseñado), se apresuró a darle algunas lecciones; luego, tras haberle hecho tragar media docena de huevos frescos, con dos cucharadas de *garus*¹⁷, lo llevó ante Poltronina.

La princesa había tenido la precaución de hacerse un doble lazo para sostener el peso inmenso de sus tetas, sospechando que la caída imprevista de una cantidad tan grande de atractivos podía haber provocado en el pasado la distracción por la que le había castigado tan rigurosamente.

Se había vestido de maravilla, con un peinado en papillón¹⁸, cruz a lo devota y pendientes de oropel, vestido y falda de tafetán, volantes tornasolados, zapatos a la inglesa, miriñaque del Pont-au-Change¹⁹, y tantas bellas cosas realzadas por dos grandes lunares postizos en las sienes con una pizca de bermellón.

Cómodo no pudo dejar de soltar una carcajada al verla así adornada. Por suerte, Su Alteza, que tenía muy buena opinión de sí misma, atribuyó ese movimiento de alegría al placer que Cómodo sentía de volver a verla. Finalmente, gracias al *garus* y a los huevos frescos, consiguió su perdón; y dos días después, una vez anunciada su boda con Primavera, Poltronina, para vincularlo a su casa, creó el cargo de cerbatanero mayor de la corona, con que le investió debido a los extraordinarios talentos que había demostrado antaño para el noble ejercicio de la cerbatana.

Margot la remendona

(Margot la ravaudeuse, 1748)

He aquí, por fin, *Margot la remendona*, por la que el general de la pasma¹, a petición del cuerpo de ramera y de sus infames secuaces, quiso acusar de crimen de Estado a su autora. Como se la acusaba nada menos que de haber atacado en esta obra la religión, al gobierno y al soberano, ha decidido darla a la luz, por temor a que su silencio declarase en su contra y se la creyese realmente culpable. El público juzgará quién se equivoca o quién tiene razón.

* * *

No es por vanidad, menos aún por modestia, por lo que doy a la luz pública los diversos papeles que desempeñé en mi juventud. Mi principal objetivo es mortificar, a ser posible, el amor propio de las que han hecho su pequeña fortuna por vías semejantes a las mías, y dar al público un testimonio clamoroso de mi gratitud, confesando que he recibido cuanto poseo de sus beneficios y de su generosidad.

Nací en la calle Saint-Paul, y soy deudora de mi existencia a la unión clandestina de un irresistible soldado de los Guardias y de una remendona. Mi madre, holgazana por naturaleza, me enseñó temprano el arte de zurcir y remendar limpiamente calzones, para librarse cuanto antes de los trabajos de esa profesión y hacerlos recaer sobre mí. Acababa yo de cumplir los trece años cuando creyó que ya podía cederme su tonel² y sus parroquianos, a condición, sin embargo, de rendirle cuenta exacta de mis ganancias cada día. Respondí tan bien a sus esperanzas que en menos de nada me convertí en la perla de las remendonas del barrio. No limitaba mis talentos sólo a las calzas, también sabía remendar y poner fondillos nuevos a los calzones viejos; pero lo que añadía yo a mi destreza, y me hacía más recomendable, era la encantadora fisonomía con que la Naturaleza me había gratificado. No había nadie de los alrededores que no quisiera ser remendado por mí. Mi tonel era el punto de cita de todos los lacayos de la calle Saint-Antoine. Y de compañía tan buena aprendí los primeros modales de la buena educación y del saber vivir, que luego he ido perfeccionando en las distintas situaciones en que me he encontrado. Mi parentela me había transmitido en la sangre y con sus buenos ejemplos una inclinación tan grande a los placeres libidinosos que me moría de ganas de

seguir sus pasos y experimentar las dulzuras de la copulación. El señor Raja-Montañas (era mi padre), mi madre y yo ocupábamos en un cuarto piso una sola habitación amueblada con dos sillas de paja, varios platos de barro medio rotos, un viejo armario y un amplio e infame camastro sin cortinas ni imperial³, donde nos acostábamos los tres.

A medida que iba creciendo, mi sueño se interrumpía más al dormir y me volvía más atenta a los actos de mis compañeros de cama. Algunas veces se movían de manera tan vigorosa que la elasticidad del bastidor de la cama me obligaba a compartir todos sus movimientos. Lanzaban entonces grandes suspiros articulando en voz baja las palabras más tiernas que les sugería la pasión, y provocando en mí una agitación insoportable. Un fuego devorador me consumía, me sofocaba, me ponía fuera de mí. De buena gana habría pegado a mi madre, tanto le envidiaba las delicias que estaba disfrutando. ¿Qué podía hacer, en semejante circunstancia, sino recurrir al entretenimiento de los solitarios? Menos mal que en necesidad tan apremiante no tenía calambres en la punta de los dedos. Pero, ¡ay!, en comparación con lo real y lo sólido, ¡qué recurso tan pobre!, y que bien puede llamarse juego de niños. Me agotaba, me excitaba en vano; no me quedaba sino más ardiente, más furiosa. Desfallecía de rabia, de amor y de deseos; en una palabra, tenía todos los dioses de Lampsaco⁴ en el cuerpo. ¡Bonito temperamento para una chica de catorce años! Pero, como suele decirse, de casta le viene al galgo ser rabilargo.

Fácil es comprender que, impaciente y atormentada por el aguijón de la carne como me encontraba, pensara seriamente en elegir algún buen amigo que pudiera apagar, o aplacar al menos, la insoportable sed que me consumía.

Entre la numerosa chusma de criados de la que recibía incesantes homenajes, cierto palafrenero joven, robusto y de buena planta, me pareció digno de mis atenciones. Me dijo bien dichos algunos piropos de cuadra, y me juró que nunca almohazaba sus caballos sin pensar en mí. A lo que repuse que nunca remendaba yo calzones sin que la imagen del señor Pierrot (ése era su nombre) me trotase por la sesera. Nos dijimos muy en serio una infinidad de finezas de este género, cuyo elegante estilo no recuerdo lo bastante para repetirlas al lector. Basta que sepa que Pierrot y yo no tardamos en ponernos de acuerdo y que, pocos días después, sellamos nuestra unión con el gran sello de Citerea⁵, en una pequeña y miserable taberna cerca de la Rapée⁶. El lugar del sacrificio estaba amueblado con una mesa apuntalada por dos tablas podridas y media docena de sillas desmembradas. Las paredes estaban llenas de gran cantidad de esos jeroglíficos licenciosos que amables depravados de buen humor suelen pintarrajear al carboncillo. Nuestro festín respondía perfectamente a la sencillez del santuario: una pinta de vino de ocho sueldos, dos raciones de queso y otras tantas de pan; todo, bien calculado, costaba la cantidad de doce sueldos. Oficiamos, sin embargo, de tan buena gana como si hubiéramos estado a un luis por cabeza en casa de Duparc⁷. No hay que sorprenderse: los platos más groseros, sazonados por el amor, siempre son deliciosos.

Por fin llegamos a lo importante. Al principio lo difícil era apañarnos, por no ser prudente fiarse ni de la mesa ni de las sillas. Por eso decidimos permanecer de pie.

Pierrot me puso contra la pared. ¡Ah, poderoso dios de los Jardines⁸! ¡Qué espanto a la vista de lo que me enseñó! ¡Qué sacudidas! ¡Qué asaltos! El tabique violentamente agitado gemía bajo sus prodigiosos esfuerzos. Yo sufría muerte y pasión. Mas no por ello dejaba de afanarme con todas mis fuerzas, pues no quería tener que reprocharme que el pobre muchacho soportara solo las fatigas de tan penoso trabajo. Sea como fuere, a pesar de nuestra constancia y de nuestro valor mutuos, aún no habíamos hecho más que mediocres avances y yo empezaba a perder la esperanza de que pudiéramos coronar la obra cuando a Pierrot se le ocurrió mojar con su saliva la fulminante máquina. ¡Oh, Naturaleza! ¡Qué admirables son tus secretos, Naturaleza! El reducto del placer se entreabrió, y él entró; ¿qué más puedo decir sino que fui bien y debidamente desflorada? A partir de entonces dormí mucho mejor. Mil sueños lisonjeros presidían mi descanso. Por más que el señor y la señora Raja-Montañas hicieran crujir el catre con sus alegres retozos, ya no los oía. Nuestro inocente trato duró cerca de un año. Yo adoraba a Pierrot, Pierrot me adoraba. Era un mozo perfecto, al que no se podía reprochar vicio alguno, salvo ser pordiosero, jugador y borracho. Y como entre amigos todos los bienes deben ser comunes, y como el rico debe asistir al pobre, las más de las veces me veía obligada a proveer a sus gastos. Dice un proverbio que un palafrenero se comería su almohaza incluso aunque tuviera relaciones con la reina. Éste, en cambio, por ahorrar la suya, se me comió mis reservas y mi tonel. Hacía mucho que mi madre se daba cuenta de la marcha descendente de mi negocio, y me echaba por ello severas reprimendas. No tardó la fama en informarle de que yo había llegado al colmo de mi desorden. La buena mamá disimuló; pero una buena mañana que yo dormía con un sueño letárgico, se armó del palo de una escoba nueva y, tras subirme a traición la camisa por encima de la cabeza, me puso las nalgas todo ensangrentadas antes de que yo pudiera librarme. ¡Qué humillación para una chica mayor como yo verse flagelar así! Me sentía tan ofendida que decidí emanciparme en el acto e ir a probar fortuna donde pudiera. Segura de mi proyecto, aproveché un instante en que mi madre había salido; me vestí de prisa y corriendo con mis ropas de domingo, y di un eterno adiós al domicilio de la señora Raja-Montañas. Enfilé al azar el camino de la Brève y, siguiendo la ribera hasta el Pont-Royal, entré en las Tullerías⁹. Lo primero que hice fue dar casi toda la vuelta al jardín sin pensar en lo que hacía. Por fin, algo arrepentida de mi primera exaltación, me senté en la terraza des Capucins. Hacía medio cuarto de hora que reflexionaba sobre la decisión que iba a tomar cuando una dama menuda, vestida con mucho decoro y de porte decente, vino a sentarse a mi lado. Nos saludamos y entablamos una conversación con los lugares comunes habituales de esa gente que tiene ganas de hablar aunque no tenga nada que decirse.

—¡Ay, Dios mío!, señorita, ¿no siente que hace mucho calor?

—Muchísimo calor, señora.

—Por suerte, corre un poco de aire.

—Sí, señora, corre un poco.

—¡Oh!, señorita, ¡cuánta gente habrá mañana en SaintCloud¹⁰ si continúa este buen tiempo!

—Ya lo creo, señora, habrá mucha gente.

—Pero, señorita, cuanto más os miro, más creo conoceros. ¿No he tenido el placer de veros en Bretaña?

—No, señora, no he salido nunca de París.

—De verdad, señorita, os parecéis tantísimo a una joven que conocí en Nantes que se os tomaría a la una por la otra. Además, el parecido no os perjudica, porque es una de las jóvenes más encantadoras que se puedan ver.

—Sois muy atenta, señora, no soy nada encantadora, lo sé; y es cumplido que debo a vuestra bondad. En última instancia, ¿de qué me serviría serlo?

Cuando pronunciaba estas últimas palabras se me escapó un suspiro y no pude evitar derramar unas lágrimas.

—¡Vamos, mi querida niña! —me dijo en tono afectuoso, cogiéndome la mano—. ¿Lloráis? ¿Qué tenéis que os apena? ¿Os ha ocurrido alguna desgracia? Habladme, pequeña; no temáis abrimme vuestro corazón; contad enteramente con el cariño del mío, y estad segura de que me dispongo a servirlos en todo lo que de mí dependa. Vamos, ángel mío, vamos hasta el final de la terraza, almorzaremos en casa de Mme. La Croix¹¹. Allí me contaréis la causa de vuestra aflicción; quizá os sea yo más útil de lo que pensáis.

Me hice tanto menos de rogar cuanto que aún estaba en ayunas; y la seguí, no dudando de que el cielo la hubiera enviado para ayudarme con sus sabios consejos y librarme del peligro de quedar en el arroyo. Después de haber abastecido el estómago con dos tazas de café con leche y un par de panecillos, le confesé ingenuamente mi origen y mi oficio; pero en lo demás no fui tan sincera. Me pareció más prudente echar la culpa a mi madre y no a mí. La pinté con los rasgos más desfavorables que me fue posible para justificar la resolución que había tomado de abandonarla.

—¡Virgen santa! —exclamó aquella compasiva desconocida—, qué crimen hubiera sido que una niña tan encantadora como vos hubierais seguido en condición tan baja, expuesta todo el año a la intemperie, sufriendo el calor, el frío, en cuclillas dentro del tonel y condenada a remendar los calzones de toda clase de gente. No, reina mía, no habéis nacido para un oficio como ése, porque no os lo puedo ocultar: cuando una es hermosa como lo sois vos, no hay nada a lo que no pueda aspirarse; y de ello os respondería enseguida si fuerais una joven que os dejaseis dirigir...

—¡Ah!, mi buena señora —exclamé—, hablad, ¿qué tengo que hacer? Ayudadme con vuestros consejos; me pongo en vuestras manos.

—Pues bien —contestó ella—, viviremos juntas. Tengo cuatro pupilas, vos seréis la quinta.

—¡Cómo, señora! —respondí apresuradamente—, ¿ya habéis olvidado que, en la miseria en que estoy, me sería imposible pagaros el primer sueldo de mi pensión?

—No os preocupéis por eso —replicó ella—; lo único que ahora os pido es que seáis dócil

y os dejéis llevar. Además, os asociaré a un pequeño negocio que tenemos, y estoy segura de que, con la ayuda de Dios, antes de fin de mes estaréis no sólo en condiciones de pagarme, sino incluso de proveer ampliamente a vuestro mantenimiento.

Poco faltó para que, en el entusiasmo de mi agradecimiento, no me arrojase a sus pies para bañarlos con mis lágrimas. Ya ardía por formar parte de aquella bienaventurada sociedad. Gracias a mi buena estrella, mi impaciencia no duró mucho. Sonaron las doce, y salimos por la puerta de los Feuillants. Un venerable fiacre que allí había nos acogió en su noble caja; y, tras ganar los bulevares al trotecillo de sus miserables animales, nos condujo a una casa aislada frente a la calle Montmartre¹².

Era una especie de ermita entre patio y jardín, cuyo agradable efecto me previno tan favorablemente hacia las personas que la habitaban que bendije *in petto* la forma escandalosa con que me habían despertado aquella mañana, pues había dado ocasión a tan afortunado encuentro. Fui introducida en una sala baja, amueblada con bastante limpieza. Mis compañeras no tardaron en llegar. Su coqueta y galante indumentaria, aunque algo desaliñada, su aire resuelto, el aplomo de su aspecto me desconcertaron hasta el punto de que no me atrevía a levantar la vista y no hacía más que tartamudear cuando quería responder a sus cumplidos. Mi benefactora, sospechando que la sencillez de mis ropas podía ser la causa de mi apuro, me prometió que acto seguido me haría cambiar de indumentaria, y que no estaría menos compuesta que aquellas señoritas. Era cierto, me había sentido muy humillada al verme vestida con trapos de griseta¹³ entre personas que exhibían en sus ropas de casa las más hermosas telas de las Indias y de Francia. Pero algo que excitaba mi curiosidad y me inquietaba no poco era saber la clase de negocio al que habían de asociarme. El lujo de mis compañeras me extrañaba. No imaginaba cómo podían sostener gastos semejantes. Era tan torpe, o, mejor dicho, tan novata todavía, que nunca cruzó por mi mente adivinar lo que resultaba evidente a los sentidos. Entre tanto, mientras me devanaba los sesos para resolver aquel presunto enigma, sirvieron la sopa y nos sentamos a la mesa. Aunque la comida no fue mala, el apetito y el buen humor de las comensales le sirvió de especias y realzó los condimentos. Todas oficiamos de tal modo que las subalternas perdieran la esperanza de que sobrase algo. De ahí que, por miedo a atragantarnos, de vez en cuando teníamos la precaución de remojar los víveres. Todo iba de maravilla hasta entonces. Pero, cuando a dos de nuestras damiselas que habían traspasado los límites de la templanza los vapores báquicos les ofuscaron de pronto la cabeza, una asestó en los morros de la segunda un puñetazo y ésta respondió dándole con un plato. Enseguida la mesa, las bandejas, los guisos y las salsas fueron a parar al suelo. La guerra estaba declarada. Mis dos heroínas se lanzan una contra otra con idéntica furia. Pañuelos de cuello, cofias, manguitos, todo quedó hecho trizas en un instante. Entonces la dueña, que había dado un paso hacia delante para interponer su autoridad, recibe por error un puñetazo en el ojo. Como no esperaba verse acariciada de aquella manera, y, además, entre sus virtudes no figuraba la paciencia, renunció a poner paz y acto seguido dio pruebas de su suprema sabiduría en el

arte heroico del pugilato. Mientras, las otras dos, que hasta ese momento habían guardado la neutralidad, creyeron que no debían permanecer ociosas por más tiempo, de forma que el asunto se lió de lo lindo y se generalizó. Desde el principio yo me había retirado, toda temblorosa, a un rincón de la sala, de donde no me moví mientras duró la pelea. Era un espectáculo espantoso y burlesco a la vez, ver a aquellas cinco criaturas desgredadas caer patas arriba y rodar unas sobre otras, mordiéndose, arañándose, jugando con pies y manos, vomitando por la boca todos los horrores imaginables y mostrando escandalosamente toda su mercancía, la grande y la pequeña. La batalla no tenía trazas de terminar tan pronto de no ser por un criado *grison*¹⁴ que se había hecho viejo con la librea puesta, y al que se le ocurrió anunciar a un barón alemán. Es conocida la consideración de que gozan estos señores, y sobre todo los milores, entre las mujeres del mundo¹⁵. A la sola palabra de «barón», todo acto de hostilidad cesa. Las combatientes se separan. Cada cual arregla a toda prisa el desorden de sus ropas. Se secan, se restriegan; y aquellas fisonomías, antes irreconocibles y espantosas de ver, recobran en el mismo instante su dulzura y su serenidad natural. La dueña sale precipitadamente para atender al señor barón, y las damiselas vuelan a sus alcobas para ponerse en condiciones de recibirle decorosamente.

El lector, más ilustrado que yo, habrá adivinado hace tiempo que no me hallaba en una casa de las más ordenadas de París. Por eso, para no repetírselo, sólo le diré que nuestra patrona era una de las que más clientela tenían del oficio y que se llamaba Mme. Florence¹⁶. Cuando se enteró de que el señor barón sólo había sido anunciado para hacer que cesaran las vías de hecho, volvió a buscarme con aire jovial y satisfecho.

—Bah, querida —me dijo dándome un beso en la frente—, no vayáis a pensar mal de nosotras por la pequeña trifulca de la que acabáis de ser testigo. Son pequeños estallidos que cualquier bagatela provoca y que la menor cosa apacigua. No siempre se dominan los primeros impulsos. Y, además, cada una es más o menos sensible; es lógico. Si pisáis a un gusano, se revolverá. Por otra parte, si conocierais a estas señoritas, quedaríais encantada con la dulzura de su carácter; tienen los mejores corazones del mundo. Sus rabietas son fuegos de paja que se encienden con la misma rapidez con que se apagan. Al minuto todo está olvidado. En cuanto a mí, a Dios gracias no sé lo que es el rencor, y no tengo más hiel que una paloma. Pobre de quien me quiera mal, porque no odio a nadie. Pero dejemos esto y hablemos de vos.

»No hay nadie, mi querida niña, que niegue que en este mundo hacemos muy triste papel cuando no somos ricos. Donde no hay dinero, dice el refrán, no hay portero. También puede decirse que donde no hay dinero, no hay placer ni contento en la vida. Y como es tan sencillo amar las comodidades y el bienestar, que no se pueden conseguir sin dinero, admitiréis conmigo, creo yo, que es equivocarse mucho negarse a conseguir las cuando resulta posible; sobre todo si los medios que para ello se emplean no perjudican a la sociedad; pues entonces estaría mal, y Dios nos libre de hacerlo; sí, hija mía, Dios nos libre. Pero en este punto tengo la conciencia limpia y desafío a que me reprochen haber

perjudicado nunca a nadie lo más mínimo. *Item*, aquí no estamos entre árabes: una ha de salvar su alma. Lo principal es ir por el camino recto. Por otra parte, a nadie le está vedado ganarse la vida de una forma u otra; el oficio no importa, siendo lo esencial que sea bueno. Así pues, os decía que es equivocarse mucho no querer salir del atolladero cuando se puede. ¿Y quién puede hacerlo mejor que vos con los recursos que la naturaleza os ha dado? ¿Os ha hecho hermosa sin provecho alguno? ¡Cuántas señoritas del mundo¹⁷ conozco que, dotadas de muchos menos atractivos que vos, han encontrado el secreto de conseguir buenas rentas! Cierto es, modestia aparte, que no es poco lo que yo he contribuido a su fortuna, aunque ellas no me lo hayan agradecido, pero Dios convierte a los ingratos. Eso no debe privarnos del gusto de agradar.

—¡Ah!, mi buena señora —le dije enseguida—, espero que nunca tengáis que quejaros de mi ingratitud.

—No aseguremos nada —replicó ella—; todas dijeron las mismas palabras, y todas las olvidaron. Los honores cambian las costumbres. Si supierais cuántas señoritas hay en la Ópera cuya educación pulí y que hoy aparentan que no me conocen, tendríais que confesar que la gratitud es una virtud que apenas se practica en el siglo en que estamos. De todos modos, siempre es bueno hacer favores. A propósito, gatita¹⁸, bella como sois, ¿nunca habéis favorecido a nadie?

—¿Yo, señora? —le respondí en tono hipócrita—. ¿A quién habría podido favorecer en la triste condición en que he estado hasta ahora?

—No me entendéis —prosiguió ella—; tengo que decíroslo más claro. ¿Seguís teniendo vuestra virginidad?

Ante esta inesperada pregunta, se me encendió el rostro y quedé un tanto desconcertada.

—Ya veo que la habéis perdido —dijo ella—. No importa, tenemos pomadas milagrosas¹⁹; os haremos una totalmente nueva. Sin embargo, conviene que sepa por mí misma el estado de las cosas; es una ceremonia que no debe inquietaros. Todas las señoritas que se destinan al mundo sufren indispensablemente un examen semejante. Como comprenderéis, el mercader está obligado a conocer la mercancía.

Mientras así me hablaba, Mme. Florence ya me había subido el vestido por encima de las caderas. Fui vuelta y revuelta en todos los sentidos; nada escapó a sus expertas miradas. «Bien», me dice, «estoy satisfecha. El desperfecto que ahí se ha hecho no es tan grande que no sea fácil de reparar. Gracias a Dios tenéis uno de los cuerpos más hermosos que se puedan ver, y del que podréis sacar gran provecho en el futuro. Pero no basta con ser bella; hay que ser, además, muy cuidadosa de una misma: uno de los deberes indispensables de nuestra profesión es no escatimar la esponja. Al parecer, no conocéis demasiado su uso: venid que os lo enseñe, ahora que tenemos tiempo». Me introduce al instante en un pequeño gabinete y, tras haberme colocado a horcajadas en un bidé, me dio allí la primera lección de limpieza. Pasamos el resto de la jornada en una infinidad de minucias cuyo relato no es muy esencial. Al día siguiente fui

metamorfoseada de pies a cabeza, de acuerdo con la promesa que se me había hecho. Ya tenía un traje de tafetán de color rosa, adornado de volantes, con una falda de muselina y un reloj de *pinchbeck*²⁰ en la cintura. Me encontraba espléndida hasta el arrobamiento con aquella nueva indumentaria, y, sensible por primera vez a los lisonjeros aguijones de la vanidad, ya me miraba con una especie de complacencia, respeto y admiración.

Hay que hacer justicia a Mme. Florence: era uno de los mayores genios del orden y del detalle que entonces había entre las abadesas de Citerea²¹. Proveía a todo. Además de las pupilas que mantenía siempre en la casa, para que no la pillaran desprevenida cuando alguien quería ser servido con presteza, también tenía cuerpos de reserva en la ciudad para casos extraordinarios y juergas importantes. Y no era todo: también tenía en la casa un almacén de trajes de todas clases, colores y tallas, que alquilaba a las nuevas y pobres prosélitas como yo, y que aumentaba considerablemente sus honorarios.

Por temor a que yo perdiese mi adorno, Mme. Florence había estado informando desde la víspera a algunos de sus mejores parroquianos del estupendo hallazgo que había hecho. Gracias a tan prudente precaución, no tuvimos que esperar mucho. El señor presidente de..., más puntual para acudir a estos requerimientos que a las audiencias de las siete, llegó precisamente cuando acababa yo de acicalarme. Vi una especie de hombre de mediana estatura, vestido de negro, sostenido sobre dos piernas flacas, tieso, rígido y envarado, que llevaba en la cabeza, la cual sólo giraba junto al resto del cuerpo, una peluca artísticamente rizada, recargada de polvos a la mariscala, cuya abundante superfluidad enharinaba las tres cuartas partes de su negro traje; añádase a esto que exhalaba un olor a ámbar y almizcle capaz de hacer perder el sentido al más avezado en perfumes.

«¡Ah!, Florence», exclamó poniendo en mí los ojos, «por fin, he aquí lo que se llama bello, delicioso, divino. Francamente, hoy te has superado. Te lo digo en serio, la señorita es adorable; sí, está muy por encima del retrato que me has hecho. Por mi honor, es un ángel. Te digo la verdad: palabra de magistrado, es una maravilla. Pero no basta verla, tengo que follarla: no puedo contenerme».

Juzgando Mme. Florence, por la marcha que tomaban las cosas, que la presencia de un tercero era inútil, se retiró discretamente y nos dejó a solas. El señor presidente, sin abdicar de la majestad de su estado, me tendió acto seguido sobre el canapé y, después de recrearse unos momentos contemplando y palpando mis encantos más secretos, me colocó en una postura totalmente opuesta a la que solía adoptar con Pierrot. Se me había recomendado que fuera complaciente; lo fui demasiado. El traidor me hizo lo que los libertinos se hacen entre ellos. Perdí mi otra virginidad. Las contorsiones que yo había hecho en esa antinatural operación, unidas a unos gritos que se me habían escapado a pesar mío, hicieron comprender al señor presidente que yo no había compartido en absoluto sus placeres. De modo que, para recompensarme y hacerme olvidar mis sufrimientos, deslizó dos luses en mi mano. «Esto», me dijo, «es de propina; no le digáis nada a la Florence; yo le pagaré aparte sus gajes y los vuestros. Adiós, reíneceita, de quien

he sido el primero en follar ese delicioso hoyuelo; espero que volvamos a vernos uno de estos días. Sí, volveremos a vernos; estoy muy satisfecho de vos y de vuestros buenos modales». Y tras esto salió con pasitos raudos, haciendo crujir el suelo bajo la punta de sus escarpines sin doblar las rodillas. Lo que acababa de ocurrir me extrañaba hasta el punto de que no sabía qué pensar. Creí que el señor presidente se había equivocado, o que la gente de cierta clase acostumbraba a hacerlo de aquella manera. «Si ésa es la moda», me decía para mis adentros, «tendré que amoldarme a ella. No soy más remilgada que las otras. Los primeros intentos son, en todo, algo duros; mas no hay nada a lo que no pueda acostumbrarse una a la larga. Me habitué perfectamente al ajeteo de Pierrot, y, sin embargo, mis esfuerzos me costó al principio». Estaba ocupada en este interesante soliloquio cuando volvió Florence:

—¿Qué tal, madrecita? —me dijo frotándose las manos—, ¿verdad que el señor presidente es un hombre muy amable? ¿Os ha dado algo?

—No, señora —respondí.

—Tomad —continuó ella—, aquí tenéis un luis que me ha encargado que os entregue. Espero que no sea ésta la única muestra que tendréis de su generosidad, pues me ha parecido extraordinariamente satisfecho de vos. Por lo demás, querida niña, no debes creer que todos nuestros parroquianos son tan buenos y pagan con tanta generosidad. En toda clase de negocios hay pérdidas y ganancias, lo bueno compensa lo malo, no es comerciante el que siempre gana. Hay que aceptar los beneficios junto con las cargas. Nuestro oficio sería realmente un Perú²² de no ser por las malas pasadas. Pero, paciencia, no tardarán en comenzar las asambleas del clero; estoy segura de que veréis correr el dinero en esta casa. Modestia aparte, la fama de mi casa no es nada mala. Si tuviera tantos miles de libras de renta como prelados y abades de importancia he recibido, podría gozar de la consideración de una reina. Aunque hago mal en quejarme, después de todo. A Dios gracias, tengo de qué vivir, y podría pasarme sin trabajar; pero el que sólo es bueno para sí no sirve para nada. Además, es menester una ocupación en la vida. La ociosidad, según se dice, es la madre de todos los vicios. Si todo el mundo estuviera ocupado, nadie pensaría en hacer el mal.

Mientras Mme. Florence estaba largándome estas sentenciosas y aburridas palabras, yo no cesaba de bostezar. Por fin se dio cuenta, y me mandó a mi cuarto, encomendándome, por encima de todo, la ceremonia del bidé. No puedo por menos de decir aquí, a modo de apostilla, que las mujeres honestas deberían estarnos muy agradecidas. No sólo nos son deudoras de un mueble tan útil y tan necesario, sino también de un número prodigioso de otros descubrimientos deliciosos para las comodidades de la vida, y de un gusto exquisito en el arte de realzar los encantos de la naturaleza y reparar u ocultar a los ojos las imperfecciones. Somos nosotras quienes les hemos enseñado el secreto de multiplicar sus encantos, de combinarlos hasta el infinito mediante las distintas formas de adornarnos; y, sobre todo, por la soltura de nuestra forma de andar, de nuestro porte, de nuestra actitud. Nosotras somos objeto de su

atención y de su estudio en todo. De nosotras reciben ellas las modas y todas esas pequeñas bagatelas que encantan y que nadie sabría definir. En una palabra, por más que nos desprecien, las mujeres de bien sólo son dignas de amor cuando saben copiarnos, cuando su virtud asume el olor del pecado, y cuando tienen el aire y los modales un poco de putas. ¡Ojalá que esta digresión contribuya a la gloria de nuestro gremio y obligue a los envidiosos prejuicios a rendirnos la justicia que merecemos y la reparación de nuestro honor! Vuelvo a mi historia.

La señora Florence, que acababa de declararse con tanta elocuencia en contra de la ociosidad, no me dejó tiempo para entretenerme con malos pensamientos. Reapareció de repente.

—Corazoncito —me dijo en tono afectuoso—, no era mi propósito importunaros tan pronto, pero todas vuestras compañeras están ocupadas con una banda de emplumados²³ aturdidos, a quienes para mí sería cargo de conciencia presentaros, sobre todo porque son malos pagadores y no es mi intención emplearos de balde. Acaba de llegar un subarrendador de impuestos amigo mío. Es un viejo parroquiano que me aporta puntualmente dos lises a la semana. No querría disgustarle. ¿Qué pensáis, mamáita? Dos lises no son de despreciar, sobre todo cuando cuesta tan poco ganarlos.

—No tan poco como creéis, señora —le respondí—, si hubierais pasado lo que yo he sufrido y todavía sufro —pues me sentía toda excoriada.

—¡Oh! —me interrumpió—, no todo el mundo es tan temible como el señor presidente. El que ahora os propongo se limita al simple retozo y nada más. Os garantizo que sus caricias no son ni largas ni fatigosas; hace su cosa en un abrir y cerrar de ojos.

En fin, una vez obtenido mi consentimiento, Mme. Florence me presentó a la figura más fastidiosa de recaudador que sea posible ver. Imagínese una cabeza cuadrada adherida a unos hombros de mozo de cordel, unos ojos extraviados y feroces sombreados por unas cejas leonadas, una pequeña frente arrugada, un amplio y triple mentón, un vientre en forma de pera sostenido sobre dos gruesas piernas arqueadas que remataban dos pies planos en forma de patas de ganso. Todas estas partes reunidas, y cada una exactamente en su sitio, formaban aquel menino de las finanzas. Me había sorprendido tanto el aspecto de semejante autómatas que ni siquiera me había dado cuenta de la desaparición de nuestra madre priora. «Bueno», me dijo el subarrendador en tono brutal, «¿estamos aquí para quedarnos de brazos cruzados? Estáis plantada ahí como una estaca. Vamos, vamos, pardiez, acercaos, no tengo tiempo para quedarme en éxtasis. Me esperan en nuestra asamblea. Despachémoslo deprisa. ¿Dónde tenéis las manos? Agarrad esto. ¡Qué torpe sois! Apretad los dedos. Moved la muñeca. Así. Un poco más fuerte. Parad. Más deprisa. Despacio. Así está bien». Una vez acabado aquel agradable ejercicio, me arroja un par de lises y escapa con la misma prisa de quien huye de sus acreedores.

Cuando reflexiono sobre las crueles y extrañas pruebas a que se encuentra sujeta una mujer de mundo, no puedo imaginar que exista condición más repulsiva y miserable. Ni

siquiera exceptúo la de galeote ni la de cortesano. ¿Hay, en efecto, algo más insufrible que verse obligada a soportar los caprichos del primero que llega, sonreír a un gañán al que despreciamos en el alma, acariciar el objeto de la aversión universal, prestarnos sin tregua a gustos tan singulares como monstruosos; en una palabra, a estar eternamente cubiertas con la máscara del artificio y del disimulo, a reír, cantar, beber y entregarnos a toda clase de excesos y depravaciones, la mayoría de las veces de mala gana y con una repugnancia extrema? ¡Qué mal nos conocen quienes se figuran nuestra vida como un tejido de placeres y diversiones! Esos esclavos rastreros y despreciables que viven en la corte de los grandes, que se mantienen en ella gracias a mil vergonzosas bajezas, a las complacencias más cobardes y a un disimulo eterno, no sufren la mitad de las amarguras y mortificaciones inseparables de nuestro estado. No me cuesta decir que si nuestras penas nos sirvieran de mérito y de penitencia en este bajo mundo, pocas de nosotras dejaríamos de ser dignas de ocupar un puesto en el martirologio y casi no habría ninguna que no pudiera ser canonizada. Así, como un vil interés, es el móvil y fin de nuestra prostitución, así, los desprecios más abrumadores, las afrentas, los ultrajes son casi siempre su justo salario. Hay que haber sido ramera para figurarse todos los horrores del oficio. No podría recordar, sin estremecerme, la dureza del noviciado que hice, y, sin embargo, ¡cuántas hay que sufrieron más que yo! Tal, a la que hoy vemos triunfante en carroza dorada, adornada con las pinturas más deliciosas y barnizada por Martin²⁴; tal, digo, que, llevando consigo a todas partes un lujo indignante, hace insolente ostentación del gusto perverso y crapuloso de su benefactor, ¿quién creería que antaño fue desecho de lacayos? ¿Que esa misma persona era el triste objeto de los despropósitos y de la brutalidad de la canalla más infame? En una palabra, ¿que tal vez sigue llevando las marcas de los golpes que recibió? Lo repito, por agradable, por atractivo que parezca nuestro estado, no hay otro más humillante ni más cruel.

Imposible imaginar, sin haber pasado por ello, a qué exceso llevan los hombres la depravación en el delirio de sus pasiones. He conocido a muchos que sacaban todo su placer de pegar o ser pegados, de manera que, después de haberlos abofeteado, zurrado y vapuleado, a menudo era obligada a sufrir yo también el mismo suplicio. Parecerá sin duda muy extraño que haya jóvenes lo bastante pacientes para soportar semejante género de vida; pero ¡a qué no obligan el gusto por el libertinaje, la avaricia, la pereza y la esperanza de un porvenir feliz!

Durante los cuatro meses poco más o menos que pasé en casa de Mme. Florence, puedo preciarme de haber hecho un curso completo en la profesión de mujer de mundo, y que, cuando salí de esa excelente escuela, había aprendido lo suficiente para competir con todos los lujuriosos antiguos y modernos en el profundo arte de variar los placeres y en la práctica de todas las posibilidades físicas en materia de lascivia.

Una pequeña aventura que colmó mi paciencia me hizo adoptar la resolución de trabajar por cuenta propia y de vivir en privado. Lo que pasó fue lo siguiente. Cierta día vino a visitarnos un escuadrón de mosqueteros tan petulantes como poco adinerados.

Hartos de ofrendar sacrificios al niño de pecho de Sileno²⁵, les entró el capricho de rendir sus homenajes a Venus. Por desgracia, en aquel momento sólo estábamos dos en la casa; y, para colmo, mi compañera tomaba desde hacía algún tiempo una tisana lavativa que la incapacitaba para ser de alguna utilidad a tales caballeros. De modo y manera que me encontré sola frente a todos. Fue inútil explicarles con mucho respeto la imposibilidad de aplacar las necesidades de tanta gente: quieras que no, hube de prestarme a lo que les vino en gana. En fin, sufrí treinta asaltos en el espacio de dos horas. ¡Cuántas devotas habrían deseado estar en mi lugar y verse obligadas a soportar ataques tan brutales por la salvación de su alma! Yo, en cambio, pobre pecadora, confieso que, lejos de tomármelo con paciencia y bendecir cristianamente a mis asaltantes, no cesé de vomitar contra ellos todas las imprecaciones imaginables mientras duró la escena. Realmente, fue excesivo. Quedé, por así decir, tan ahíta de placeres que tuve una especie de indigestión.

Tras esta dura prueba, Mme. Florence vio claro que sería inútil tratar de retenerme. Consintió, pues, en nuestra separación, a condición, sin embargo, de volver a su domicilio siempre y cuando lo exigieran las necesidades del servicio. Nos despedimos llenas de estima y de afecto la una por la otra. Compré unos cuantos muebles viejos con los que adorné un cuartito en la calle d'Argenteuil²⁶, creyendo sustraerme así a la jurisdicción de los comisarios. Mas ¿de qué sirve la prudencia humana cuando el destino se declara contra nosotros? La envidiosa calumnia vino a arruinar la paz de mi aislamiento y a frustrar mis planes en el momento en que menos lo esperaba.

Entre los depravados vergonzantes que recibía discretamente en mi casa hubo uno que, en su mal humor, quiso hacerme responsable de cierta indisposición crítica que le había sobrevenido de golpe. Acogí sus reproches con dignidad. Él se lo tomó con más dignidad todavía y me trató de una manera tan escandalosa que dos o tres viejas ramera de la vecindad, envidiosas de mis pequeños éxitos, fueron a infamar mi reputación a la policía, y lo hicieron tan bien que una tarde fui detenida y conducida a Bicêtre²⁷. La primera ceremonia que hube de soportar fue ser examinada y sobada por cuatro o cinco lavateros de san Cosme²⁸: por unanimidad concluyeron que tenía la sangre viciada, y me condenaron sin apelación a hacer cuarentena *hic et nunc*. Tras haber sido debidamente preparada, es decir, sangrada, purgada y bañada, fui untada con esa grasa eficaz²⁹ en que van envueltos mil corpúsculos globulosos que, por su acción y pesantez, dividen y rarifican la linfa³⁰, y le devuelven su fluidez natural.

No debe sorprender que me sean tan familiares los términos del arte médico. Tuve tiempo sobrado para aprenderlos durante más de un mes que pasé entre las manos de los desgrasadores. Además, ¿de qué no somos capaces de hablar nosotras, las chicas del mundo, si recibimos la educación del público? ¿Qué profesión, qué oficio hay en la vida al que no hayamos tenido incesante ocasión de oír discurrir? El guerrero, el golilla, el financiero, el filósofo, el eclesiástico, todas estas diversas criaturas buscan de igual manera nuestro trato. Cada una de ellas emplea con nosotras la jerga de su estado. ¿Cómo sería posible, con tantos medios para ser sabias, que no llegáramos a serlo?

Durante mi estancia en Bicêtre, tuve el honor de trabar conocimiento con varias señoritas cuyo nombre me guardaré de decir por miedo a desagradar a las primeras personalidades del reino, que las han convertido en ídolos. Hay personas a las que se debe respetar, incluso hasta en la depravación de sus gustos. Nosotras no somos quién para controlar la conducta de los grandes. ¡Allá ellos si prefieren criaturas despreciables e infames a las que merecerían la adoración de todo el que tiene delicado el sentimiento!

Cuando me vi fuera de la piscina³¹ del señor san Cosme, me dejé llevar por la impaciencia por salir del cautiverio. Escribí a todos mis supuestos amigos en los términos más apremiantes para inducirlos a solicitar mi liberación. Mis cartas no llegaron hasta ellos, o, mejor dicho, fingieron no haberlas recibido. Estaba desesperada por el abandono en que todos me dejaban cuando me acordé del presidente que me había desvirgado por la ruta prohibida. Imploré su ayuda: no fue en vano. Cuatro días después de que le hubiera hecho llegar mi demanda, me anunciaron que estaba libre. Me sentí tan llena de alegría y de gratitud por el favor que me hacía ese generoso magistrado que le habría sacrificado aún otras veinte virginidades más extrañas si las hubiera exigido.

Tenía más motivos que nunca, cuando volví al mundo, para presumir de mis encantos. Era como si el mineral que había corrido por mis venas me hubiera dado un nuevo ser. Estaba maravillosamente hermosa. Sin embargo, me faltaba lo principal, quiero decir, el don de gentes y los modales, el secreto infalible de hacer valer los atractivos de la naturaleza con la ayuda del arte. Creía tontamente que bastaba con tener buenos colores, facciones y figura para agradar. Ignorante todavía, y sin ninguna experiencia en las maniobras y la labia de las mujeres a la moda, confiaba en mi linda carita para que me buscasen y para tener adoradores. Pero, lejos de atraer sobre mí la menor mirada, sufría la mortificación de verme eclipsada por caras gastadas por la mala vida y cubiertas por completo de albayalde y colorete. En fin, como no quería correr el riesgo de volver a caer en el triste estado del que acababa de salir, me vi forzada, para subsistir, a servir de modelo a pintores.

Durante los seis meses, poco más o menos, que ejercí esa hermosa profesión, tuve el honor de ser objeto de los estudios y de las recreaciones de todos los Apeles³² y pintamonas de París. Apenas hay tema profano o sagrado para el que no haya servido repetidamente mi cuerpo. Unas veces representaba a una Magdalena penitente, otras a una Pasífae³³. Hoy era santa, mañana puta, según el capricho de aquellos señores, o la exigencia de los casos. Aunque tuviera uno de los cuerpos más hermosos y mejor articulados que fuera posible ver, una joven lavandera, conocida entonces con el nombre de Marguerite, ahora bajo el de Mlle. Joly, me eclipsó por completo y me quitó a mis parroquianos. El motivo era que todo el mundo me conocía de memoria, y que Marguerite, que no tenía nada que envidiarme en materia de perfecciones corporales, me aventajaba en el mérito de la novedad. Mas no sacaron de sus encantos todo el partido que podía esperarse. Su vivacidad era tan grande que casi resultaba imposible hacer que mantuviera una postura. Por así decir, había que captarla al vuelo. He aquí uno de sus

episodios de atolondramiento que la caracteriza perfectamente. Estaba cierto día M. T... pintándola de casta Susana³⁴, es decir, como su madre la trajo al mundo. El pintor tuvo que dejarla un momento. En esto acertó a pasar una procesión de carmelitas billetes³⁵. Aquella loca, olvidando el personaje que representaba, corrió al balcón a mostrar sus obscenos atractivos. El populacho, más escandalizado que los reverendos por la indecencia de semejante conducta, la saludó con una granizada de piedras. La aventura estuvo a punto de acarrear enojosas consecuencias a M. T... Querían cargárselo. Por suerte sólo le costó la excomunión.

Sin embargo, el crédito que Marguerite iba adquiriendo día a día en nuestro común oficio me hizo prestar oídos a las proposiciones de un mosquetero gris³⁶, de quien me convertí en pupila a razón de cien francos mensuales. Instalamos nuestro hogar en la calle del Chantre³⁷. El señor de Mez... (era mi bienhechor) me amaba hasta la adoración, y yo le amaba igual, cosa que debe mirarse como un milagro en una mantenida, ya que la aversión más insuperable es la recompensa habitual de quienes nos mantienen. De todos modos, no le dedicaba una fidelidad tan escrupulosa como para atenerme sólo a él. Un joven peluquero y un mozo de tahona de anchas espaldas eran alternativamente sus sustitutos. Con el pretexto de rizarme, el primero tenía el privilegio de entrar familiarmente en mi casa cuando quería. El segundo, a título de proveedor de pan, había conseguido el mismo derecho sin que el señor de Mez... concibiese la menor desconfianza. Hasta entonces todo parecía contribuir a mi felicidad. Si la fortuna sólo me proporcionaba un honrado pasar, el amor cubría de sobra mis necesidades libidinosas. Tenía motivos para estar satisfecha de mi situación, y lo estaba realmente cuando un maldito equívoco destruyó nuestro pequeño hogar. La Corte se había trasladado a Fontainebleau; el señor de Mez... formaba parte del destacamento y debía quedarse en su cuartel todo el tiempo del viaje. Mi posadera, contando con su ausencia, me pidió que le prestase mi cuarto para un particular y su mujer que sólo pensaban estar dos o tres días en París. No puse ninguna dificultad para concederle lo que deseaba, y convinimos que ella y yo nos acostáramos juntas mientras aquellos forasteros ocupasen mi cama. Aquellas buenas gentes fueron a tomar posesión la misma tarde, esperando resarcirse de las malas noches que habían soportado en el camino.

El señor de Mez..., acuciado, según todas las apariencias, por el deseo de copulación, llegó precisamente a una hora en la que todo el mundo dormía. Entra de puntillas, pero ¡qué sorpresa no embargó su alma cuando un ronquido de bajo profundo vino a herir su oído! Se acerca, sin embargo, a mi cama, estremecido de miedo y rabia: palpa y siente dos cabezas bajo su mano. Entonces, dominado por el demonio de los celos y el espíritu de venganza, la emprende a palos con la pareja dormida y le rompe un brazo al pobre diablo del marido, que trataba de proteger a su mitad de tan brutal trato. Es fácil suponer que semejante escena no transcurrió en silencio. No tardaron toda la casa y el vecindario en despertarse por los aullidos de aquellos infortunados cónyuges. Por todas partes gritan pidiendo socorro: ¡al asesino! Llega la ronda de vigilancia, y el señor de Mez...,

reconociendo demasiado tarde su error, es detenido y llevado a la cárcel. Como de aquel lío yo era en el fondo la causa, no consideré prudente aguardar su desenlace. Me puse deprisa y corriendo una pequeña falda que sólo me llegaba a las rodillas y, a favor del barullo, me refugué furtivamente en casa de un canónigo de Saint-Nicolas³⁸, domiciliado bajo ese mismo techo.

Hacía mucho tiempo que el santo varón me codiciaba. Dios sabe si le desagradó encontrar tan buena ocasión de satisfacer el lúbrico apetito que lo devoraba. Me recibió de cristianísima manera, y, tras haberme hecho apurar un reconfortante vaso de ratafia³⁹, del que también tuvo la sabia precaución de echarse un trago sobre su conciencia, el lascivo maestro me introdujo caritativamente en su canónica cama. Ciertamente, no sin motivo se elogian los talentos de estos comesopas de agua bendita. Comparados con ellos, hasta los más mundanos son unos mirmidones⁴⁰. El buen hermano hizo durante toda la noche y hasta bastante entrado el día milagros de naturaleza. Cuando agotado y extenuado de cansancio parecía a punto de sucumbir bajo el placer, de inmediato le prestaba nuevas fuerzas su lujuriosa imaginación, de inagotables recursos. Para él, cada parte de mi cuerpo era objeto de adoración, culto y sacrificio. Ni el Aretino ni Clinchetet⁴¹, con toda su sabiduría, fueron capaces nunca de inventar la mitad de las actitudes y posturas que me hizo adoptar; y nunca los misterios del amor se celebraron con mejor gracia ni de tan diferentes maneras.

En esta ocasión me gané hasta tal punto la intimidad del señor canónigo que me ofreció comerse conmigo los dineros de la prebenda, que, a decir verdad, no era gran cosa; pero como las preocupantes circunstancias en que entonces me hallaba no me permitían hacerme la difícil, acepté de muy buena gana su ofrecimiento.

Esa misma noche, entre dos luces, me prestó unos viejos calzones en los que durante diez años habían reposado sus respetables testigos⁴², y, tras haberme ataviado con una grasienta sotanilla de fecha igual de antigua, con un manteo de velo en filigrana y con un pároli⁴³ en el mentón, salimos tranquilamente sin que nadie nos dijera nada. La verdad, ni el diablo me habría reconocido bajo aquel disfraz burlesco. Iba tan desfigurada que me parecía menos a una muchacha que a uno de esos pobres hiberneses⁴⁴ picados de viruelas que sacan de las misas su cotidiana subsistencia. No se adivinaría adónde me llevó mi nuevo amo. En la calle Champ-Fleuri⁴⁵ a un quinto piso, a casa de una tal Mme. Thomas, revendedora de viejos perifollos. Esta honrada mujer había sido años atrás ama del canónigo. Se había separado de él para casarse con un aguador del barrio, que poco después de los esponsales había pasado de esta vida a la otra; y como sólo había dejado rentas⁴⁶ a la susodicha Mme. Thomas en las brumas del río, su único feudo, ésta se había enrolado por necesidad en el gremio de revendedoras de viejos pingos. En fin, que mi cura me confió a la custodia de esta venerable ciudadana mientras me encontraba un alojamiento decoroso.

La señora Thomas era una gran pasmada llena de carne. Sin embargo, a pesar de su excesiva gordura, se descubrían facciones que permitían suponer que, en sus tiempos, no

había sido una cara vulgar. Por eso, la buena matrona aún mantenía trato clandestino con un hermano limosnero de la orden seráfica de san Francisco, que solía ir a oficiar sobre sus gordos atractivos cuando el aguijón de la carne le picoteaba.

Son inconcebibles los extraños recursos de que la fortuna se sirve para obrar sus milagros y llevar a los mortales a donde le place. ¿Quién podría imaginar que había de ser en casa de una revendedora de perifollos viejos donde esa caprichosa divinidad iba a tenderme una mano bienhechora? Nada, sin embargo, es más cierto. La protección del hermano Alexis me sacó del arroyo y fue la primera fuente del estado de opulencia de que hoy gozo. Pero lo más sorprendente de las combinaciones del destino, y lo que confunde el entendimiento humano, es que, a menudo, las vías de la felicidad nos las abren únicamente los sucesos más fatales. Muelen a palos a un pobre forastero que se cree a salvo en mi cuarto; le rompen un brazo. Por temor a que quieran hacerme responsable de esa trágica aventura, escapo a casa de mi vecino el canónigo, que me lleva en secreto a casa de Mme. Thomas; y eso no es todo; para colmo de desgracias, al día siguiente me entero de que el propio prebendado había sido aplastado y sepultado por las ruinas de su iglesia⁴⁷; y, debido a esa imprevista muerte, me veo reducida, sin apariencia alguna de recurso, a merced de mi nueva patrona.

El horrible sentimiento de mi situación presente me arrancó lágrimas que Mme. Thomas creyó que derramaba por el difunto. Lloramos juntas las dos unos minutos, tras lo cual, la buena mujer, enemiga por naturaleza de largas aflicciones, intentó consolarme, lográndolo mejor con sus bromas burlescas de lo que habría hecho un doctor en teología con todo el patetismo de su moral cristiana. «Vamos, señorita», me decía, «hay que ser razonable: aunque llorásemos hasta el juicio final, daría lo mismo. Hágase la voluntad de Dios. A fin de cuentas, no hemos sido nosotras las que lo hemos matado. Si ha muerto, la culpa es suya. ¿Quién diablos le mandaba ir hoy a maitines si durante todo el año no iba ni cuatro veces? ¿Ha elegido alguien peor momento para ser devoto? Preguntadme si no habrían cantado bien los maitines sin él. ¿No pagan a los chantres para eso? ¡Ah!, como dice mi comadre Michaut, qué traidora es la muerte. Precisamente cuando menos pensamos en ella nos engancha. Si alguien le hubiera dicho ayer al pobre difunto: “Señor canónigo, tenemos un buen ganso para mañana, pero no lo cataréis ni lo probaréis”, le habría desmentido y habría dado su palabra de que se comería su parte. Así nos equivocamos todos los días. Es una lástima, de veras, porque es un ganso digno de servirse en la mesa de la reina; alegrémonos, porque con todas las penas del mundo no se pagaría un céntimo de nuestras deudas. Sea dicho entre nosotras, no perdéis gran cosa. Era un embaucador de doncellas a las que prometía más manteca que pan; y luego, al muy granuja no le remordía la conciencia de plantarlas cuando se había hartado. Además tenía el defecto de ser algo esclavo de su vientre: se emborrachaba a menudo y tenía deudas por todo el vecindario. Pues ¿de qué serviría ocultaros la verdad ahora que ya está muerto? Palabra que no valía la cuerda de un perro».

Con esta oración fúnebre por su antiguo amo, Mme. Thomas me convenció de que

nuestros criados son espías y censores de nuestra conducta, tanto más peligrosos cuanto que, por lo general, no tienen discernimiento para apreciar nuestras buenas cualidades y siempre tienen, en cambio, demasiada malicia para descubrir nuestras flaquezas e imperfecciones. Empleó un lenguaje muy diferente para hablarme del hermano Alexis. Verdad es que su manera de ser merecía los elogios de cualquier entendida. Digo esto de pasada, porque tuve el capricho de comprobar sus habilidades, y a menudo he lamentado que tanto mérito estuviera en cierto modo perdido bajo los miserables andrajos de un pobre recoleto.

Para evitar el reproche que podría hacérseme de escribir sin orden y desplazar las cosas, habría debido dejar al libidinoso fraile llegar a casa de Mme. Thomas antes de oírme hablar de él. Pero no es tan grande el daño; hagámosle entrar mientras la buena mujer se ocupa de atar el ganso con que quiere obsequiarle. Ha de saberse que vi a un gran tunante de los mejor plantados, musculoso, membrudo, barbudo, de color lozano y bermejo, ojos vivos y penetrantes, llenos de un fuego cuyas simpáticas chispas hacían sentir más abajo del corazón ciertos picores que no se calman con las uñas.

Lo primero que hizo Mme. Thomas fue ponerle al corriente de mi historia. Por el camino se había enterado él de la triste aventura del canónigo y se había consolado igual que nosotras, como hace la gente razonable de una desgracia para la que no hay remedio. El muy bribón no limitaba sus talentos al oficio de limosnero. Había dado con el secreto de ser útil a la sociedad, y más todavía a su convento, con los servicios que prestaba a uno y otro sexo. Nadie mejor que él para concertar dulces encuentros, eliminar obstáculos, eludir la vigilancia de los Argos⁴⁸, engañar a maridos celosos, emancipar a jóvenes pupilas y liberar a tímidas tórtolas del imperio tiránico de padres y madres. En una palabra, el hermano Alexis era el rey de los alcahuetes, y por ello gozaba de gran crédito en el mundo galante.

Tras las primeras cortesías de una y otra parte, Mme. Thomas nos dejó solos para ir a asar en el horno la principal pieza de nuestro festín. Aún no había bajado un piso cuando el monje, sin más ceremonias, me suelta un beso en la boca y me derriba sobre la cama.

Aunque su proceder me pareciese tan brusco como extraño, la necesidad que tenía de él y la curiosidad por ver lo que escondía bajo los hábitos me hicieron oponer sólo la resistencia necesaria para encenderle más y no pasar a sus ojos por una tirada de las calles. En cuanto me colocó a su gusto, se levantó la sotana por encima de las caderas y extrajo de unos grandes calzones de cuero el más hermoso, el más soberbio trozo... en fin, una máquina hecha más bien para amueblar unos calzones reales que la repugnante y grasienta bragueta de un enclenque infante de la milicia de san Francisco. ¡Ah!, Mme. Thomas, ¡cuántas mujeres habrían querido estar en vuestro lugar y pregonar viejos perifollos a tal precio! ¡La misma reina de los amores, la adorable Citerea, habría sacrificado a Marte y a Adonis por disfrutar el goce de un apéndice tan precioso! Creí que Priapo y todas sus dependencias entraban en mi cuerpo. El agudo dolor que me causó la introducción de aquel monstruo, sea por siempre venerable, me habría

arrancado unos gritos tremendos si no hubiera temido alarmar al vecindario. Sin embargo, pronto fue olvidado el daño por las deliciosas agonías en que me sumió. ¡Qué lástima no poder expresar las arrebatadoras convulsiones, los deliciosos síncope, los dulces éxtasis que entonces sentí! Mas nuestra imaginación siempre es demasiado débil para describir lo que tan fuertemente sentimos. ¿Ha de sorprendernos si, en esos deleitosos instantes, el alma está en cierto modo anonadada, y si toda nuestra vida sólo late en los sentidos?

Habría corrido el riesgo de ahogarme de placer si el vozarrón de Mme. Thomas hablando con su perro en la escalera no nos hubiera hecho desengancharnos. No le habrá resultado difícil, creo yo, adivinar lo que había ocurrido; la emoción que todavía nos dominaba y el desorden de la cama nos denunciaba demasiado. De cualquier modo, no dejó traslucir nada de lo que pensaba, y cuando llegó el ganso pusimos los dientes a triturar lo mejor que pudimos. No se escatimaron las libaciones. A los postres, el hermano Alexis sacó de su alforja un salchichón de Bolonia y una botella de ratafia que unas jóvenes de la buena sociedad con las que había pasado de orgía la noche en Neuilly le habían dado. Como el licor era de su gusto, Mme. Thomas bebió más de dos tercios, poniéndose de tan buen humor que los ojos le bailaban en la cara como los de una gata caliente que arde en celo por el gato. Por la forma de removerse en su silla se habría jurado que tenía un manojo de cardos en el trasero, tanto era lo que fermentaban los espíritus de la ratafia en aquella parte. La dominaban arranques de ternura y de furia al mismo tiempo. Abrazaba al monje, le pellizcaba, le chupaba, le mordía, le hacía cosquillas. Terminé sintiendo compasión de aquella mujer. Me retiré a un cuarto aislado por un simple tabique cuyas tablas, separadas una buena pulgada unas de otras, estaban cubiertas por tiras de papel. Gracias a una pequeña abertura que hice en ellas, no me fue difícil verlos en plena maniobra.

Si el juicioso lector recuerda que he descrito a Mme. Thomas como una vaca llena de grasa, no se escandalizará por la postura en que el hermano Alexis tuvo que colocarla. La buena señora tenía una panza tan descomunal que era imposible atacarla por ese lado. El mondadientes de un garañón de Mirebalay⁴⁹ no lo habría conseguido nunca. Por eso, se apoya de codos sobre la cama, de narices contra el colchón, y presenta su inmenso trasero a la discreción del hermano. En el mismo instante el depravado le echa falda, enaguas y camisa por encima de los hombros, y deja al descubierto un *duplicata* de nalgas que, además de por su prodigioso volumen, daba gusto verlas por su deslumbrante blancura. Entonces, tras alcanzar por debajo de su gran mandil, a medias remangado, el seráfico hisopo que tan bien me había rociado a mí, se lanzó con indecible vigor a través del espeso matorral que sombreaba la separación de las susodichas posaderas, y se perdió en la maleza.

En lo más recio de la operación, Mme. Thomas aullaba y renegaba como una posesa. El exceso del placer la enfurecía tanto como habría podido hacerlo el dolor más agudo. Sin embargo, a intervalos se calmaba. «¡Ay, morcilla mía!», exclamaba con voz

entrecortada por suspiros, «detente, ¡que me muero! ¡Cómo te quiero, gatito mío! ¡Qué bien lo haces! ¡Adelante, corazón, joya de mi alma...! ¡Ay, maldito hijo puta! ¡Perro! ¡Bujarrón... estás reventándome...! ¿No acabarás de una vez? Perdón, mi dulce amigo, perdóname... no puedo más». Confieso que no tuve fuerzas para ver con sangre fría tan lujuriosa escena. Quería utilizar el delgado recurso de mi dedo índice para aliviarme cuando vi un trozo de cirio en una desvencijada mesilla. Lo empuñé con rabia y me lo introduje lo más hondo que pude con los ojos clavados en mis dos actores. Si no apagué el fuego que me devoraba, al menos lo calmé en parte.

No debe sorprender que Mme. Thomas haya tenido tanta desvergüenza como para cometer aquel acto incongruo sabiéndome tan cerca y pudiendo sospechar sobradamente que yo lo vería. En primer lugar, en aquel momento no estaba en condiciones de pensar en las reglas de la buena educación; y, además, aunque hubiera podido, nada la obligaba a contenerse en mi presencia, sabiendo como sabía la profesión a la que me dedicaba. Por eso, bien porque quisiera darme una prueba de su total confianza y amistad, bien porque le entraran ganas de recrearse con el lúbrico espectáculo de una escena semejante a la que ella acababa de interpretar, sacó del calzón del hermano Alexis el monstruo todavía humeante de rabia y me lo puso en la mano. Aun cuando hubiera querido dárme las de vergonzosa, no habría tenido tiempo. El lascivo fraile me empujó sobre la cama e hizo de pronto una máscara de mi camisa. Su temible hachón, colocado en falso un poco más arriba del blanco, me dio un golpe tan terrible en el bajo vientre que creí que iban a salirse las entrañas. La compasiva Mme. Thomas, conmovida por el dolor que yo sufría, tuvo la bondad de asistirme; y, tirando con todas sus fuerzas del rebelde instrumento hacia ella, lo hizo caer felizmente en la raja. Como en ese momento era casi imposible que le testimoniase de viva voz mi gratitud por los buenos oficios que me prestaba, los precipitados meneos de grupa que solté sin interrupción no le permitieron dudar de que estaba extraordinariamente satisfecha de su proceder.

El fraile, inquebrantable en su montura, respondió a todos mis movimientos con sacudidas tan recias que en cualquier otra ocasión habría tenido miedo a que el piso se hundiera bajo nosotros, pero el placer me había vuelto intrépida. Si hubiera habido fuego en la casa no me habría inquietado en absoluto, tan cierto es que hay instantes en que las mujeres son muy valerosas. No recuerdo haber sido en toda mi vida tan revoltosa durante un polvo, y sólo un campeón como el hermano Alexis podía dominar la furia de mis arrebatos. Era una verdadera posesa. Había cruzado mis piernas por encima de sus corvas, y le apretaba con tal fuerza los riñones con mis dos brazos que me habrían hecho trozos antes de obligarme a soltar mi presa. Sólo a él estaba reservada la gloria de vencerme. Lo que ha de parecer muy asombroso, y casi increíble, es que, sin recobrar el aliento, me hizo disfrutar con toda nitidez tres veces seguidas las alegrías del paraíso de Mahoma. ¡Aprended, orgullosos mundanos, a humillaros ante estos honestos siervos de Dios, y reconoced, tras tales esfuerzos de virilidad, vuestra insuficiencia y las milagrosas virtudes de la cogulla!

El hermano Alexis, tras la prueba que acababa de hacer de mis talentos, concibió las más altas ideas sobre mí y me aseguró en tono profético que haría fortuna.

—No me costaría mucho —me dijo— procuraros alguien que os mantuviese, pero eso no conduce a nada sólido ni brillante. Tenéis una cara y un talle como para no conformaros con un estado mediocre. Bien mirado, lo vuestro es la Ópera. Estoy seguro de que conseguiré que entréis. La cuestión es saber si tenéis afición por el canto o disposiciones para la danza.

—Creo —respondí— que estaría mejor en la danza.

—También lo creo yo —continuó, descubriéndome la pierna por encima de la rodilla—, he aquí un miembro hecho para ese ejercicio y que, a fe mía, dará mucho trabajo a los gemelos de los espectadores.

El hermano Alexis no se quedó en vagas promesas. En ese mismo instante me dio una carta de recomendación para el señor de Gr... M...⁵⁰, que entonces tenía subarrendados los encantos de las damitas del teatro lírico. Al día siguiente, después de que Mme. Thomas me hubiese procurado unas ropas a crédito, me arreglé lo mejor que pude y a mediodía me fui a llevar mi epístola a su destinatario.

Vi ante mí a un hombre alto y seco, de color bronceado, flemático, y a primera vista de una frialdad capaz de aburrir a la gente. Estaba en bata flotante y sin calzones. Cuando jugaba con su camisa, los céfiros dejaban al descubierto a veces dos grandes muslos lívidos y amojamados, entre los que colgaban tristemente los fofos restos de su virilidad.

Me di cuenta de que, mientras leía la carta, me miraba atentamente, y de que su austero rostro iba desfrunciendo el ceño gradualmente. Saqué de ello un augurio favorable para mis asuntos, y no me equivoqué. El señor de Gr... M... me hizo sentarme a su lado y me dijo que, guapa y con mi tipo, no tenía necesidad de ninguna recomendación; que, sin embargo, aprovechaba satisfecho la ocasión de complacer al público presentando en la Ópera a una belleza como yo.

Mientras me decía todos estos cumplidos, hacía el inventario de mis atractivos más secretos; y como el espíritu de depravación iba despertando poco a poco su lujuria, aquel rufián me puso en la mano sus deplorables reliquias. Fue entonces cuando tuve que poner en práctica toda la sabiduría que había aprendido en la escuela de Mme. Florence para resucitar aquella masa informe y sacarla del estado de aniquilamiento en que estaba; insensible y rebelde a las sacudidas que yo le daba y al frotamiento de sus dos flojos testigos, que yo apretaba uno contra otro, empezaba a desesperar del éxito de mi trabajo cuando se me ocurrió por último recurso cosquillearle el perineo y socratizarle⁵¹ con la punta del dedo. El expediente tuvo un éxito milagroso. La dormida máquina, saliendo de repente de su letárgico reposo, se desarrolló de manera tan maravillosa que me pareció que tomaba nuevo ser. Entonces, para aprovechar aquel precioso instante y rematar mi obra maestra, meneé la muñeca con tanta agilidad y rapidez que el monstruo, vencido

por las más deliciosas sensaciones, derramó un torrente de lágrimas en el colmo de su alegría.

Finalmente el señor de Gr... M..., encantado con mis buenas maneras, se vistió de prisa y me llevó de inmediato a casa del señor Thuret, en esa época director de la Ópera. Fui lo bastante afortunada para que también me encontrara de su gusto. Me agregó sin vacilar al bullicioso cuerpo de las señoritas de la Academia Real de Música⁵², y nos retuvo a almorzar con él.

Como me gusta variar mis descripciones y mis cuadros, no diré nada de lo que pasó entre el señor Thuret⁵³ y yo ese mismo día. Baste saber que el buen hombre era tan libidinoso como el señor de Gr... M... y casi igual de difícil de poner en marcha. Volví a dormir a casa de la buena Mme. Thomas, impaciente por contarle el efecto que había producido la carta del hermano Alexis. Y al día siguiente tomé posesión de mi domicilio, sin nada que temer ya de la gente de la policía.

Además de las clases del Almacén⁵⁴ a las que no falte nunca, Malterre el Diablo⁵⁵ me daba otras particulares. Hice progresos tan rápidos que, en menos de tres meses, me encontré en condiciones de sostenerme sobre mis piernas de una forma tolerable en ballet.

El día de mi debut dio inicio a una época bastante divertida. Sorprendieron en el foso del escenario a una de nuestras compañeras en pecado mortal. En cuanto el cónclave femenino tuvo conocimiento del caso, exigió que se hiciera un castigo ejemplar con el mayor rigor⁵⁶. La delincuente compareció ante el tribunal del señor Thuret para ser juzgada. El inspector La Chamarée hubiera querido pasar todo por alto; pero la presidenta Cartou, teniendo por asesores a Fanchon Chopine, a la Desaignes y a la madre Carville⁵⁷, dijo que acarrearía peligrosas consecuencias perdonar faltas semejantes, que las novicias, animadas por la impunidad de un libertinaje tan crapuloso, no tardarían en caer en los licenciosos excesos y los desenfrenos de las chicas de la Opéra Comique. Añadió que sería vergonzoso e infamante soportar prostituciones de aquella naturaleza en un teatro que siempre había sido, desde su fundación, la escuela de la galantería más exquisita y depurada; y que, finalmente, si no se actuaba severamente contra la culpable, en adelante no habría muchacha honrada que quisiera entrar en la Ópera. Fanchon Chopine exigió en sus conclusiones que fuera eliminada inmediatamente de la lista, y las demás inclinaron la cabeza opinando lo mismo; y el señor Thuret, viendo que de nada servirían sus reconvenciones con tales personajes, la declaró despojada de todos sus honores y prerrogativas, y privada sin apelación del derecho a pasear en adelante su figura chinesca sobre las tablas.

Hacía unos quince días que arrastraba yo la suela entre las alumnas de Terpsícore⁵⁸ cuando una mañana, al despertarme, recibí un billete, cuya sustancia es como sigue:

Señorita, os vi ayer en la Ópera. Vuestra fisonomía me gustó. Si os sentís de humor para entablar tratos con un hombre que aborrece las dificultades en cuestiones de amor y sólo suspira con el dinero en la mano, tened la bondad de avisarme enseguida. Quedo, etcétera.

Aunque todavía no tuviera un trato del mundo lo bastante amplio como para conocer a la gente por su estilo, adiviné sin esfuerzo, por la forma concisa y brusca del billete, que había conmovido el corazón de un financiero. Amistades de esta especie son demasiado valiosas como para rechazarlas cuando se presentan, por lo que no hice tonterías. Le respondí al instante que agradecía vivamente el honor que me hacía dándome la preferencia sobre tantas personas encantadoras de la Ópera; que sería responder mal a sus bondades y volverme indigna si no aceptaba su ofrecimiento; y que, si estaba impaciente por verme, no lo estaba yo menos por manifestarle personalmente mi profundo respeto.

Una hora después de responderle, llegó en un carruaje de los más sólidos y que, sin ser brillante, anunciaba la opulencia del dueño. Salí a recibirle ceremoniosamente al descansillo. Haré su retrato en tres palabras: era un hombrecillo rechoncho, espantosamente feo, de unos sesenta años. Me farfulló al entrar cinco o seis frases galantes, que yo no habría podido comprender de no ser por un cartucho de cincuenta luises que discretamente deslizó en mi mano. No hay palabras tan desagradables que no parezcan admirables y de lo más sublime cuando van acompañadas por un proceder tan generoso. No sólo me pareció muy ingeniosamente expresado lo que me dijo, sino que incluso creí descubrir en sus facciones un aire de distinción y de nobleza que se me había escapado al primer golpe de vista. He ahí el fruto de la buena educación: siempre se está seguro de agradar cuando se empieza así.

Yo estaba en un *déshabillé* más provocativo que coqueto. El arte con que me había arreglado estaba tan cerca de la naturaleza que mis encantos no parecían deber nada a mi atavío. Y tenía motivos suficientes para presumir de su poder. Mi financiero me encontraba adorable. La avidez de sus miradas y la impaciencia de sus manos no me permitían dudar de que yo llegaría al final de la obra. Pero ¿qué ocurrió? Después de un jugueteo de tres cuartos de hora, me vi chasqueada como una reina. La humillante aventura me mortificó, sobre todo porque era la primera vez que me ocurría. Temblaba ante la idea de que hubiera descubierto en mí alguna imperfección que yo desconocía hasta entonces. Por suerte me tranquilizó, confesándome que era propenso a accidentes de ese tipo. En efecto, el buen hombre me decía la verdad, porque durante un año que viví con él no dejó de fallarme regularmente dos veces por semana. De todos modos, muchas mujeres se habrían tenido por muy afortunadas ocupando mi lugar en las mismas condiciones. Me había amueblado un piso en la calle Sainte-Anne⁵⁹; me costeaba la casa y, además, me daba de cien pistolas al mes. Estaba en vías de hacer mi fortuna con él cuando la imprevista quiebra de la suya desbarató mis cálculos y nuestro tierno comercio.

En la Ópera todo depende de hacerse cierta reputación. Nada honra tanto a una actriz como provocar unas cuantas bancarrotas y enviar a sus adoradores al hospital. La quiebra de mi financiero supuso para mí un prestigio asombroso. Se presentó a mi puerta un tropel de aspirantes de toda condición. Pero no quise decidirme por ninguno sin consultar al señor de Gr... M... y al hermano Alexis, a quienes debía favores tan

esenciales. Insertaré aquí, a modo de paréntesis, los saludables consejos que me dieron, como monumento de mi gratitud hacia ellos y como la guía más segura para jóvenes que quieran sacar provecho de sus atractivos.

Consejos a una señorita de mundo

Toda persona del sexo femenino que quiera triunfar debe, a imitación del comerciante, no tener más mira que sus intereses y su provecho.

Que su corazón sea siempre inaccesible al verdadero amor. Basta que aparente sentirlo y sepa inspirarlo a los demás.

Que transija lo menos posible con la gente de condición: son, en su mayoría, orgullosos y timadores. Zafios financieros que apalean moneda son más sólidos y más fáciles de dirigir; el único problema está en el modo de atraparlos.

Si la mujer es prudente, rechazará todo tipo de chulos; además de que son animales que no aportan ningún provecho a la casa, a menudo alejan a los que la sostienen.

Pero si se presenta alguna buena aventura, que no sienta escrúpulos ante una infidelidad: son gajes del oficio.

Que imite cuanto le sea posible la frugalidad de Mlle. Durocher⁶⁰, y sólo se permita los buenos bocados cuando no le cuesten nada.

Que tenga la precaución de colocar su dinero a medida que le llega, y se procure buenas rentas.

Si un extranjero y un francés, igual de acomodados, compiten por ella, que no vacile en decidirse en favor del primero. Con independencia de que es lo que requiere la cortesía, le traerá mejor cuenta, sobre todo si tiene tratos con algunos milores de la City⁶¹ de Londres. Es gente que, aunque roñosa en el fondo, serían capaces de arruinarse por orgullo para que los crean más ricos que nosotros.

Por el bien de su salud, evitará prudentemente las relaciones con americanos, españoles y napolitanos, en consideración de la máxima: *Timeo Danaos et dona ferentes*⁶².

Por último, y a modo de conclusión, que no revele su carácter, sino que estudie con cuidado el de su amante y sepa revestirse de él como si fuera el suyo propio.

Firmado Gr... M... y el hermano Alexis.

Ojalá todas las jóvenes de la profesión graben profundamente en su memoria esta especie de código, y hagan de él tan buen uso como hice yo.

El primer incauto que reemplazó al financiero fue un barón, hijo de un rico mercader de Hamburgo. No creo que nunca haya salido de Germania animal más necio y más desagradable. Tenía una toesa de estatura, era patizambo y bermejo, bestia hasta decir basta y borracho a más no poder. Este gentilhombre, esperanza e ídolo de su familia, viajaba para agregar a las felices cualidades con que la naturaleza le había colmado aquellas que se adquieren frecuentando el gran mundo. La única casa decente que conoció en París fue la de su banquero, que tenía orden de darle todo el dinero que quisiese. Sus amistades se limitaban a dos o tres parásitos complacientes y algunas zorras del serrallo de la Lacroix⁶³.

El señor de Gr... M..., tan preocupado siempre de nuestros intereses como de los suyos, juzgó que sería una lástima que semejante palomino no anidase en nuestro palomar. Le hizo comprender que era indecente que un señor de su clase no viviese en consonancia con su alta cuna y con el papel que era capaz de representar en sociedad;

que nada ponía más de moda a un hombre distinguido ni le honraba tanto como mantener a una señorita de teatro con su dinero; y que, en pocas palabras, era en esa clase de trato donde nuestros jóvenes de calidad y todos los golillas de primera aprendían sus lindos modales y adquirirían el verdadero tono de la buena educación.

El señor barón, que apreció tan razonable consejo, le confesó que hacía ya tiempo que deseaba tener una aventura en la Ópera, y que se consideraría muy afortunado si podía ser conmigo. «¡Diablo!», respondió el señor de Gr... M..., «ya tenéis tan buen gusto como si llevaseis aquí diez años. ¿Sabéis que, desde tiempo inmemorial, no se recuerda una joven más encantadora en nuestras tablas? No hace ni un mes que está vacante, y ahora no sabe por quién decidirse. La asedian por todos lados. Pero dejadme a mí; yo me encargo de negociar el asunto: quizá podamos triunfar; y lo espero porque, dicho sea entre nosotros, siente una debilidad de todos los diablos por los extranjeros. Conviene que sepáis también que el interés es lo que menos le preocupa, y que sería mujer capaz de amar en serio a quien tuviera con ella un honrado proceder. No podríais figuraros el amor que sentía por su último amante; cierto que él se lo merecía y que nunca se comportó nadie con una amante de una manera más noble y distinguida. Era inútil que ella tratara de ocultarle sus necesidades (porque ya comprenderéis que una joven hermosa siempre las tiene de una manera o de otra). Él tenía una clarividencia sorprendente para descubrirlas; y entonces se entablaban entre ellos las luchas de desinterés y generosidad más conmovedoras del mundo».

Maravillado con los elogios que de mí le hacía el señor de Gr... M..., el barón le rogó con insistencia que empleara todos sus medios para concluir el asunto cuanto antes, y al precio que fuera. Por mi parte, yo decidí, a fin de excitar sus deseos, no apresurar las cosas y dejar pasar unos días antes de darle una respuesta positiva. Nuestra primera entrevista tuvo lugar, por fin, en la Ópera, en un ensayo de *Jephté* ⁶⁴, durante el que tuvo la dicha de besarme respetuosamente la mano entre bastidores. No me molestaba que me viera en un ensayo, porque es generalmente ahí donde tales señoritas aparecen en toda la pompa, en todo el esplendor y la dignidad de su estado y donde se esfuerzan, a porfía unas y otros, por exhibir la estúpida prodigalidad y las vergonzosas debilidades de sus imbéciles amadores.

Aunque todavía no hubiera arruinado más que a un solo hombre, ya tenía yo bastantes joyas y preciosos perifollos para poder codearme con nuestras principales sultanas y ocupar como ellas una silla⁶⁵ al pie del escenario, con una pierna descuidadamente cruzada sobre la rodilla. Hacía frío en esa época. Nunca se mostró nadie en un desaliño más fastuoso ni más imponente. Delicadamente envuelta en pieles de armiño y marta cibelina, tenía los pies en una caja cubierta de terciopelo carmesí y forrada de piel de oso, cuyo calor aumentaba una bola de estaño llena de agua hirviendo. Con esa majestuosa apariencia, hacía con aire distraído nudos con una lanzadera de oro. De vez en cuando miraba mi reloj y lo hacía sonar⁶⁶. Abría una tras otra todas mis tabaqueras y de vez en cuando me llevaba a la nariz un magnífico frasco de cristal de roca para disipar

unos vapores que no sentía. Me inclinaba para decir tonterías a mis compañeras a fin de que los gemelos de los curiosos pudieran juzgar la elegante prestancia de mis miembros. En una palabra, esa tarde cometí cien impertinencias que encantaron a aquellos pánfilos de espectadores. Porfiaban por cruzarse con mis ojos para hacer una profunda y respetuosa reverencia a la que se consideraban honradísimos de que yo respondiese con un imperceptible gesto con la cabeza.

En aquellos momentos de triunfo no era posible que me viniera a la mente el recuerdo de mi primer estado. El lujo que me rodeaba y la sumisión de quienes me cortejaban habían borrado de mi cerebro hasta sus menores rastros. Me creía una divinidad. ¿Y cómo no creerlo cuando, en cierto modo, me veía deificada por la adoración y la ciega idolatría de las personas de la más alta alcurnia? Hablando con franqueza, es a los hombres y no a nosotras a quienes hay que reprochar nuestra insolencia y nuestros humos; son ellos los que nos llenan la cabeza con sus viles sumisiones, sus adulaciones y sus palabras insulsas. ¿Por qué no íbamos a desmandarnos nosotras cuando ellos nos dan ejemplo y son los primeros en faltarse al respeto a sí mismos? No puedo dejar de confesarlo para vergüenza de unos y de otras: todo nuestro mérito consiste únicamente en la imaginación desordenada y en la extravagancia de los gustos de nuestros adoradores. Perdonad, amigas mías, la audacia que me tomo de hablar con tanta claridad sobre vosotras: mi franqueza no podría perjudicar a vuestros intereses; intentarlo sería inútil porque, mientras haya hombres en el mundo, nunca os faltarán incautos.

Volvamos al señor barón. Me di cuenta, encantada, de que mis gracias le habían sumido en una especie de arrobó extasiado, y de que era dueña de su libertad. Desde el principio hasta el final del ensayo mantuvo sus dos ojos clavados en mí igual que un perro de muestra, y parecía gozar interiormente de mis encantos como los bienaventurados. Al salir le hice el favor de aceptar un sitio en su carroza e invitarle a cenar. El señor de Gr... M..., que se había quedado atrás por ciertos asuntos de la compañía, se reunió con nosotros un cuarto de hora después. Como yo no quería desmentir las buenas referencias que de mí le había dado al barón, esa noche me comporté con mucha reserva, y representé con un aire tan natural el papel de muchacha con sentimientos que el pobre idiota me creyó sinceramente capaz de enamorarme.

La naturaleza compensa casi siempre el error que comete con los necios dándoles una dosis más fuerte de amor propio: cuanto más ridículos y desagradables son, más dignos de mérito se creen. Ésa era la debilidad de mi héroe; no puso en duda que yo estuviera tan enamorada de sus encantos como él lo estaba de los míos. Traté de mantenerle en esa lisonjera opinión con todas las delicadezas y atenciones con que le distinguí durante la cena, y cuando se retiró le dije, mirándole con unos ojos en los que se habría jurado que había amor, que le esperaba al día siguiente entre las diez y las once para tomar el chocolate⁶⁷ conmigo. (Ése era precisamente el momento en que yo quería hacer la primera prueba de su generosidad.) Fue tan puntual que todavía me encontraba en la cama cuando me lo anunciaron. Me puse enseguida una bata y, sin miedo alguno, como

la mayoría de mis compañeras, a mostrarme sin sustituir con artificios a la naturaleza y sin deber mis atractivos al tocador, lo recibí con una bata de las más sencillas, pero con todos los aspavientos y lugares comunes que suelen emplearse en esta clase de ocasiones.

—¿Os parece bonito, señor barón, sorprender así a la gente? Pero, Dios mío, ¿qué hora es? Seguro que vuestro reloj adelanta: no puede ser tan tarde. ¡Misericordia! ¡Vaya pinta que tengo! Me doy miedo a mí misma. Confesad que me encontráis espantosa, horrible. Me irrita que me sorprendáis en semejante desorden. ¿Sabéis que no he pegado ojo en toda la noche? Ahora mismo tengo un dolor de cabeza que me desespera. De todos modos, cuento con que el placer de veros ha de disiparlo. Vamos, Lissette, deprisa, que hagan el chocolate, y recordad sobre todo que no me gusta claro.

Mis órdenes fueron cumplidas al instante. Mientras nos regalábamos el olfato y el paladar con el agradable perfume de ese líquido espumoso, vinieron a anunciarme que mi joyero quería hablar conmigo.

—¡Cómo! ¿Siempre importunos? —exclamé—. ¿No sabíais que no estaba en casa para nadie? Qué gente tan rara son los criados. Por más que se les dice, hacen lo que les viene en gana. Me da una rabia... Pero, con el permiso del señor barón, veamos qué quiere. Hacedle pasar... ¡Eh!, buenos días, mi querido señor de La Frenaye⁶⁸; ¿qué os trae tan de mañana por nuestros barrios? ¿Cómo va el comercio? Apuesto a que tenéis alguna cosa nueva que enseñarme.

—Madame⁶⁹ —respondió él—, eso es precisamente lo que me ha hecho tomarme la libertad de interrumpiros; he pensado que, como estaba cerca, no os disgustaría que os mostrase, al pasar, una crucecita colgante que un financiero de la plaza Vendôme⁷⁰ me ha encargado. Sin falsa modestia puedo decir que hace mucho que no se ha hecho aquí un trabajo más bonito.

—Verdaderamente, señor de La Frenaye, sois un hombre muy galante al no olvidar a vuestros amigos; os quedo muy agradecida por esta prueba de atención de vuestra parte. Veamos, pues, ya que sois tan amable. ¡Ay!, señor barón, ¡qué hermoso! La montura es magnífica. De veras, es de un gusto admirable. Las piedras son soberbias, y están talladas de maravilla. ¿No os parece que tienen unos destellos sorprendentes? Esas impertinentes financieras llevan hoy día lo mejor. Francamente, lamento que una pieza tan hermosa esté destinada a una mujer de esa calaña. ¿Y cuál es su precio, si puede saberse?

—Señora —replicó La Frenaye—, ocho mil francos es el último precio.

—Si los tuviera —dije yo—, no permitiría que os la llevaseis.

—Sabéis, señora, que todo lo que tengo está a vuestra disposición. Si tenéis el capricho...

—¡Oh!, no, no acostumbro a tomar nada a crédito.

El barón, como yo había previsto, encantado de hallar ocasión tan excelente para cortejarme, cogió la cruz, pagando allí mismo sesenta luses al contado, y un documento

sobre el resto pagadero al día siguiente. Al principio hice todos los melindres de una joven seriamente enojada y que piensa de un modo noble y desinteresado: «¡Por Dios, señor barón, no sois nada razonable!; eso es sobrepasar los límites de la generosidad; os lo digo de veras, no me gusta. Admito que no está prohibido aceptar chucherías de una persona a la que se aprecia y por la cual se siente inclinación. Pero, hablando con franqueza, esto es demasiado; no puedo decidirme a aceptarlo». Mientras yo decía esto, mi pánfilo me cuelga la cruz al cuello. Entonces entré como sin darme cuenta en mi dormitorio; él me siguió, y sin hacerle languidecer más, le di al pie de la cama un agradecimiento por sus ocho mil francos; pero con una apariencia de ternura tan natural que el incauto pensó deber mis favores más a sus prendas y a mi amor que al regalo.

El señor de Gr... M..., a quien la víspera había avisado de la sangría que quería hacer en la bolsa de aquel honesto gentilhomme, vino a buscarnos a mediodía, y recibió como derecho de corretaje una caja de oro de estilo Maubois⁷¹. Como ese día no había ópera, cenamos juntos; y como cada uno tenía motivo para estar contento del trato que había hecho, el alma de nuestro festín fue la alegría. Y el señor barón, sobre todo, estuvo de tan buen humor que a fuerza de farfullar zafias bromas germánicas y de remojarse las amígdalas perdió la pequeña cantidad de sentido común de que estaba provisto. Hasta el punto de que lo llevamos al hotel borracho perdido. Después de esta prueba de su magnificencia, pensé que sacaría mayor provecho si no llegaba a un acuerdo fijo con él y seguía interpretando el papel de mujer enamorada. El éxito de este plan superó todas mis esperanzas. Aún no había expirado el mes y ya había conseguido yo un servicio completo de vajilla de plata. Aunque siempre sea cierto que los favores nos inspiran más indiferencia que amor, poco faltó para que, a fuerza de fingirlo, me enamorase en serio del señor barón.

El trato nos familiariza, nos aclimata incluso, si me atrevo a decirlo así, con los defectos de la gente con la que vivimos. Por desabrido, por necio que fuera mi hamburgués, empezaba a encontrarle menos desagradable cuando, por una horrible inconveniencia de su parte, le cobré una aversión invencible. Tenía, como ya he dicho, la loable costumbre de emborracharse; y, por desgracia, en tales circunstancias sentía más amor que nunca. Una noche, después de haber pasado toda la jornada a la mesa en bastante mala compañía, llegó cuando iba a acostarme. El muy tragón tropezó con la puerta al entrar y, perdiendo el equilibrio, cayó de bruces sobre el suelo. Como su caída no podía ser ligera dado el estado en que se hallaba, lo levantaron casi sin movimiento, con la cara totalmente ensangrentada. Si hubiera tenido tiempo de desmayarme, lo habría hecho, desde luego; pero urgía ayudarle y volé a mi tocador para regresar provista de tres o cuatro frascos de diferentes aguas. Como le creí más peligrosamente herido de lo que estaba, no me contenté con lavarlo y con refrescarle los morros, sino que también quise hacerle tragar una cucharada de agua de arcabuzada⁷²; pero, en cuanto al muy cerdo le llegaron unas gotas a los labios, sintió una arcada espantosa, y en el mismo instante me lanzó a la boca las tres cuartas partes de su cena. Sería inútil que intentara describir el

desagradable episodio; baste saber que vomité casi hasta echar sangre, que hube de cambiarme de pies a cabeza y gasté más de cuatro luises de quintaesencia en perfumarme y hacer gargarismos.

Furiosa como estaba, mandé que lo echaran a la calle, con orden a sus criados de decirle que nunca volviera a poner los pies en mi casa. Al día siguiente, cuando se despertó, tras enterarse de todas las circunstancias de su aventura y mis intenciones, estuvo a punto de desesperarse. Me escribió varias cartas, que me negué a recibir. Por fin, su último recurso fue recurrir al señor de Gr... M... Era ponerse en las garras del zorro. El astuto proxeneta, lejos de intentar calmar sus inquietudes, le exageró su falta y la consideró irremisible. El pobre barón, en el exceso de su pena, lloró, gimió, aulló y cometió tantas extravagancias que Gr... M..., temiendo en última instancia que fuera capaz de ahorcarse y que nosotros fuéramos las víctimas de todo aquello, creyó oportuno cambiar de tono.

—Tenéis ante vos —le dijo—, el mejor corazón y la joven más generosa del mundo. Es una gran ventaja en el caso en que os halláis. Por horrible que sea la ofensa que contra ella habéis cometido, no desespero de que tarde o temprano la calmen vuestro arrepentimiento y vuestra sumisión. Para creerlo tengo tanto más fundamento cuanto que sé, con toda certeza, que os ama con locura, y que, aunque se arme de mucha altivez para ocultar sus verdaderos sentimientos, el amor siempre se abre paso y la traiciona incesantemente en vuestro favor. Ayer mismo... pero, *motus*⁷³, no vaya a ser que hable más de la cuenta; ayer, digo, no pudo evitar que corrieran sus lágrimas cuando le hablé de vos. Hasta me confesó que nunca le había inspirado nadie tanta ternura; lo que es seguro es que la pobre niña no ha dormido ni cuatro horas desde que está enfurruñada con vos; y ved hasta dónde llega su mala suerte: mientras sucumbe bajo el peso de las penas que le causáis, un bribón de tapicero quiere obligarla a vender sus muebles por la miserable cantidad de dos mil escudos que se le deben.

—¡Viva! —exclamó el barón abrazándole—, sin daros cuenta me ofrecéis la mejor ocasión de hacer las paces. Me hago cargo de la deuda. Mañana mismo se pagará al granuja o no habrá un céntimo en todo París.

—Eso sí que es tener ingenio —respondió Gr... M...—, os doy mi palabra. Esa idea, aunque muy sencilla, no se me habría ocurrido a mí en cien años. Seguro que es muy digna de un señor como vos y de la amable persona que es su objeto. Sí, estoy de acuerdo: no podíais imaginar un medio más seguro para vencer su resentimiento. Tiene el corazón demasiado sensible para no quedar convencida hasta el fondo del alma por la nobleza de semejante proceder. Basta con que os encarguéis de reunir el dinero, y luego venid a buscarme: yo os respondo del resto.

En fin, el inocente se dio tanta prisa que, veinticuatro horas más tarde, Gr... M... me lo trajo, además de cincuenta luises nuevos y relucientes. Al melodioso sonido de las monedas, de mis ojos brotó inmediatamente un torrente de lágrimas. La situación le

conmovió hasta el punto de que se puso a berrear como un becerro, de modo que nuestra reconciliación fue conmovedora hasta la carcajada.

Había que ser tan flemático como Gr... M... para mantener la seriedad a la vista de un cuadro tan cómico. Tras esta hermosa reconciliación, el amor y la generosidad del barón aumentaron de tal modo que lo habría dejado sin camisa si el bueno de su padre, informado a tiempo de sus excesivos gastos, no hubiera venido en persona a arrancarle de mis brazos. Así acabó mi historia con este Adonis escapado del Holstein.

Engolosinada por los grandes tributos que acababa de sacar de país enemigo, decidí consagrarme por completo a los asuntos extranjeros, para hacerme rápidamente con una fortuna, ya que no estaba por la labor de envejecer en el oficio. Según mis cálculos, dos o tres memos de la especie del último me bastarían para hacer en carroza el resto de mi carrera. Pero dado que ocasiones tan buenas no siempre se encuentran a mano, decidí, para no estar ociosa, hacer alguna escapada con nuestros compatriotas, en espera de la oportunidad de encontrar sucesor apropiado al señor barón.

Es uso establecido entre nuestras sultanas dejarse ver en público con más frecuencia cuando sus protectores las dejan, para advertir a los parroquianos que la plaza está vacía, y que se alquila. Siguiendo esta prudente costumbre, me presenté en los lugares más concurridos, salvo en las Tullerías, donde no solíamos aparecer de buena gana desde la mortificante aventura de Mlle. Durocher⁷⁴.

Como el Palais-Royal⁷⁵ es un territorio que parece pertenecernos por una prescripción tan antigua como la fundación de la Ópera, es en esa especie de jardín de sinceridad donde usamos libremente el derecho a darnoslas de mujeres de importancia y desafiar impunemente la vista del espectador con nuestros muchos humos y nuestra orgullosa ostentación. Algunos censores cáusticos osan afirmar que en él no suelen verse más que usureros, mercurios⁷⁶ y ramera; pero es inútil: sus envidiosas y negras insinuaciones no impiden a la bella juventud desocupada de París, gentes a la moda, mosqueteros, golillas y eclesiásticos, reunirse allí cada día, sobre todo por las noches antes y después de la Ópera. La inmensa multitud de hermosas mujeres de toda especie es uno de sus principales ornamentos. Las espalderas que forman sentadas en sus sillas a lo largo de los árboles de la gran alameda ofrecen a la vista maravillada un espectáculo tan pomposo como risueño y recreativo, y cuya admirable variedad está por encima de toda descripción. Mil pequeños amores metamorfoseados en gorriones hacen respirar allí un aire de lascivia que no se siente en ninguna otra parte. Pero ¿qué hay de sorprendente en él? Si es cierto que somos el alma de los placeres, si es cierto que nos siguen a todas partes, ¿no deben ser los lugares que nosotras presidimos los más agradables del mundo?

De hecho, el milagroso don de encantar y alegrar cuanto nos rodea es tan inseparable de nuestras personas que la sensualidad y la galantería nos acompañan incluso hasta en el santuario. Testigo: la iglesia de los Quinze-Vingts. Gozamos del privilegio de cometer en ella tantas indecencias como en el Palais-Royal y en nuestro teatro. Sólo Dios sabe la cantidad de devotos que van a ella domingos y días festivos. Nos vemos asediadas con

gestos, reverencias y miradas de anteojos; hacen más: nos tararean al oído cancioncillas de alcoba. A tantas gentilezas nosotras respondemos con palabras alegres y festivas, y a veces con carcajadas que ahogamos a medias cubriéndonos el rostro con nuestro abanico. Mientras, la misa acaba sin que nos hayamos dado cuenta de la lentitud del cura, a menudo sin habernos dado cuenta siquiera de si estaba en el altar o no; y el fin de nuestra piadosa conducta es concertar una cena en alguna *petite maison*, o concluir un trato.

Cierto día cerré allí uno del que fui víctima de manera muy mortificante. Uno de esos caballeros amables que tienen por toda hacienda su maña, y que por la imperdonable negligencia del jefe de la pasma⁷⁷, brillan y hacen ruido en París a costa de gente honrada a la que roban, uno de esos bribones, digo, cuyos altos humos y derroche engañaban a todo el mundo, había encontrado el secreto de estar en todas nuestras diversiones. ¿Se trataba de una merienda en el Bois de Boulogne, de una cena en la Glacière⁷⁸? Nos habríamos aburrido mortalmente si el señor caballero no hubiera asistido.

Haré observar de pasada que el trato con esa despreciable especie es tanto más peligroso cuanto que la mayoría son de un carácter cariñoso y sociable, que unen a un temperamento sutil los modales más corteses y más atrayentes, y que, en una palabra, dominan en grado incomparable lo que abusivamente se ha dado en llamar el tono de la buena sociedad. Añadiré, además, que mi experiencia me enseña que toda precaución suele ser poca contra las personas que exageran en materia de cortesía: raro es que sean gente decente.

Vuelvo a mi aventurero. Hacía mucho que codiciaba yo un soberbio diamante que llevaba él en el dedo. El muy bribón me había repetido a menudo que creería sacrificar bien poca cosa si yo quería aceptarlo a cambio de los más ligeros favores. Aunque aparenté no dar crédito a sus palabras, tenía, sin embargo, demasiada buena opinión de mi tipo para creer que lo dijera en broma. De modo que no dudé un instante de que la sortija sería para mí tarde o temprano. Sólo esperaba la ocasión de conseguirla; creí haberla encontrado un domingo, estando en misa en los Quinze-Vingts. En efecto, tras haberme abordado mi hombre, y después de desplegar su elegancia diciéndome ternezas, le respondí que tendría motivo para estar muy orgullosa de las lisonjeras palabras que me decía si pudiera convencerme de que se las inspiraba el corazón.

—¡Ah! —exclamó lanzando un suspiro que creí sincero por lo buen comediante que era—, ¿no tendréis nunca ojos ni juicio más que para descubrir el mérito ajeno sin atreveros a conocer el vuestro?

—Pero, suponiendo que tenga algún mérito y que no lo ignore —respondí—, ¿me faltaría razón para desconfiar de los juramentos de los hombres? ¡Ah!, señor caballero, si os exigieran seguridades de la sinceridad de vuestros sentimientos, tal vez os veríais en un buen aprieto.

—¡Cómo! —replicó—, ¿me creeríais capaz de tal doblez?

—Os creería igual que a los otros —le interrumpí—, que las tres cuartas partes del tiempo dicen lo que no piensan y a menudo prometen lo que no tienen ningún deseo de cumplir. Por ejemplo (aunque sólo sea por hablar en broma), confesad que habríais quedado algo desconcertado si os hubiera tomado la palabra cuando me ofrecisteis vuestro diamante.

—Señora —replicó en un tono casi ofendido—, antes de hacer juicios desfavorables de la gente, creo que habría que ponerla a prueba.

—¿Qué queréis? —le dije sonriendo—. Es preciso que el bueno pague por el malo. Los hombres son en general tan falsos que no se os hace gran injusticia por no tener mejor opinión de vos que de vuestros semejantes. Sin embargo, como no tengo motivos especiales que me obliguen a juzgaros con demasiada severidad, quiero hacer una excepción en favor vuestro y creer que sólo tenéis en común con vuestro sexo las cualidades que lo vuelven estimable. Pero no es decente andar aquí con metafísicas sobre semejante materia: venid mañana a cenar a mi casa, y lo discutiremos con más tranquilidad.

Ahí es donde me estaba aguardando el muy traidor. Lo primero que hizo al entrar en mi casa fue ponerme la sortija en el dedo. El embeleso en que me sumió la posesión de una joya tan preciosa no me permitió negar nada a sus deseos. Antes y después de la cena le di tantas pruebas de gratitud como quiso. En fin, ¿qué se piensa que salí ganando de trato tan estupendo? El diamante era falso. Eché de menos una caja de oro que el granuja me escamoteó, y no tuve más provecho real que una de esas dolencias para las que los señores de san Cosme recetan por lo general una bebida compuesta de ingredientes refrescantes y diuréticos⁷⁹.

Lo más desolador de la aventura fue que, lejos de osar vengarme y lamentarme por la infame jugarreta del estafador, temblaba ante la idea de que la divulgase; y creo que, encima, habría sido capaz de pagarle para que guardara el secreto. Tuve pues la prudencia de tragar dulcemente la píldora y ponerme a media dieta sin decir ni pío; y, para que el efecto de la tisana fuera más eficaz, pretexté una dolencia de pecho, gracias a la cual M. Thuret me dispensó de bailar. No me perdía, sin embargo, ni una sola ópera; pero aparentaba guardar el incógnito en el centro del anfiteatro, siempre con aire descuidado y con sombrero.

¡Dios mío! ¡Vaya montón de tonterías que ofrecería al público si le diera cuenta de las insulsas y pesadas palabras que tenía que soportar a derecha e izquierda de parte de un enjambre de charlatanes que me zumbaban en los oídos! ¿Es posible que los hombres sean tan frívolos, tan vanos? ¿Es posible que tengamos tal avidez de vulgares lisonjas y baja adulación que nos guste oírles decir tantas idioteces?

Entre tan gran número de personajes necios, cierto financiero enfermizo, de estatura colosal, me susurraba con indecible confianza las galanterías más absurdas que puedan salir de la boca de un imbécil. Un viejo comendador desdentado, cumplimentero hasta hacer que la gente se desmayase de aburrimiento, se afanaba por enamorarme de sus bonitos ojillos arrugados con un sinfín de frases dulzarronas sacadas de la novela *La*

*Astrea*⁸⁰. A cierta distancia de estos importantes personajes, jóvenes fatuos, que me lanzaban discretas y apasionadas miradas, se decían unos a otros, en un tono tan bajo que me aturdían, que era encantadora, de una belleza divina, superior a los ángeles, más brillante que los astros; y si volvía la vista hacia ellos, bajaban modestamente los ojos tratando de convencerme de que la justicia que hacían a mis encantos era tanto menos sospechosa de adulación cuanto que no habrían querido que los oyese.

Cuando pienso en tantas impertinencias, me siento tentada a creer que las criaturas de nuestra clase tienen atractivos muy poderosos, o que los hombres son animales muy ciegos. Sea como fuere, la pasión que en Francia hay por nosotras es tan grande que, por lo general, halaga más tener relaciones con las chicas del teatro que con las mujeres más distinguidas del reino por su mérito personal y su alcurnia. ¿No podríamos imputar tal locura a la vanidad, a un necio deseo de hacer hablar de uno? De hecho, parece que diéramos el ser a nuestros amantes. Un hombre que siempre habría estado confundido y como aniquilado en medio de la multitud, en cuanto se unce a nuestro carro ya no se le puede ignorar, es un hombre de moda. ¿Cuántos despreciables publicanos⁸¹ hay que nunca hubieran sido conocidos de no haber compartido con nosotras sus rapiñas y concusiones? Somos nosotras quienes sacamos a esa gente de la oscuridad, y consagramos sus nombres gracias al exorbitante derroche a que les obligamos. ¿No es a Mlle. Pélissier⁸² a quien Ulises debe su reputación? Pues hay reputaciones de todo tipo. Sin lugar a dudas, fue esa incomparable sirena la que enriqueció nuestros fastos con la historia de ese célebre israelita. Gracias a los diamantes que le robó, y a los episodios que siguieron al robo, su memoria será eterna. Se sabrá no sólo que semejante hombre ha existido, que fue fabulosamente rico, sino también que el pobre diablo murió, por así decir, sin tener dónde caerse muerto. Ésa es la honrosa ventaja que consiguen los que se dejan atrapar en nuestras redes. Si se deshonoran, si se arruinan con nuestro trato, al menos les queda la compensación de la fama pública y el placer de dar que hablar al mundo.

Volvamos a lo que me concierne. Hacía ya tres semanas que me refrescaba la sangre con una infusión de raíces de fresa, de nenúfar y de sal de nitro cuando una ropavejera me propuso, a modo de *interim*, los servicios de un diputado del clero. Aunque entonces ya me sentía bastante bien, mi curación todavía era algo dudosa; y no parecía demasiado oportuno acercarse a mi rosal sin correr el peligro de pincharse.

Si se hubiera tratado de transigir con un laico, habría sentido escrúpulos de exponerlo al azar de tener que arrepentirse; pero, considerando que tenía que entendérmelas con un cura, sólo pensé en desplumarle sin preocuparme de las consecuencias. A corsario, corsario y medio. Como la profesión de tales gentes es engañar bajo el hipócrita velo de las virtudes cristianas y sociales; como los santurrones nos predicán a menudo por un escudo lo que no querrían practicar por cien mil; en una palabra, como los muy granujas no se proponen más fin en este mundo que engordar inhumanamente con nuestra propia sustancia y reír a nuestra costa, pensé que haría un acto más meritorio que reprehensible si,

por azar, daba motivo de queja contra mí a semejante hombre. Por eso, después de sopesarlo bien, consentí en recibirle, totalmente decidida a comerle hasta el último céntimo lo más pronto posible.

Imagínese una especie de sátiro tan velludo como Licaón⁸³, cuyo pálido y flaco rostro anunciaba un temperamento de lo más lascivo. La incontinencia y la lubricidad se traslucían a través de la hipocresía de sus miradas... Mas no acabemos su retrato por temor a que mis pinceles provoquen aplicaciones injustas, y el lector malicioso tome a Gautier por Garguille⁸⁴. Nunca habría esperado de un hombre de sus hábitos galantería semejante a la que me hizo la primera vez que nos vimos: regalarme un reloj de repetición de Julien Le Roy⁸⁵, cincelado con un gusto admirable y todo él enriquecido con diamantes. Confieso en honor suyo que ningún eclesiástico ha desmentido nunca mejor el proverbio que dice «tacaño como un cura». Al contrario, era tan neciamente pródigo que en menos de quince días le hice vender un beneficio de mil escudos de renta. Habría sido capaz de vender por mí a toda la clerecía si no le hubiera contagiado mi dolencia. En cuanto se dio cuenta, su amor se convirtió en ira, y en el arrebató de su cólera poco faltó para que no llegase a las vías de hecho.

Fue entonces cuando tuve que recurrir a todo el descaro y la impudicia de que son capaces las mujeres de nuestra profesión. Le dije, en un tono de firmeza que lo desquició, que me parecía muy audaz por atreverse a hacerme semejante ultraje; que merecería que mandara tirarle por la ventana; que, si tenía que arrepentirme de algo, era de haber sentido debilidad por él; que veía claramente que era demasiado cierto lo que se decía de la gente de su estado cuando se tachaba a la mayoría de libertinos y desvergonzados; que, sin ninguna duda, había pescado aquello en alguna casa infame. Añadí que, de no ser porque un resto de piedad me contenía, lo denunciaría al juez eclesiástico, y tendría crédito suficiente para que lo metieran en un sitio donde el castigo y la penitencia serían proporcionados a sus extravíos. Esta vehemente y lacónica reprimenda consiguió todo el efecto que me cabía esperar. El pobre apóstol quedó tan estupefacto, tan humillado, que salió zumbando sin decir palabra y desde entonces no he vuelto a tener noticias suyas.

Sirva esto de lección a los eclesiásticos y les enseñe que las desgracias, el oprobio y el desprecio son de ordinario la recompensa de su escandalosa conducta. Que sepan respetarse a sí mismos si quieren ser respetados. Estamos convencidos de que la pureza de costumbres no va unida al hábito, y que las pasiones no son menos vivas bajo la túnica de un cenobita que bajo la ropa de un seglar, pero al hombre del siglo se le pasa lo que no se pasa al hombre de iglesia, que está sometido a unas conveniencias de las que el otro queda dispensado. Un sacerdote debe esforzarse por salvar las apariencias; debe saber ocultar sus vicios, sus apetitos, bajo una apariencia virtuosa y devota; debe hacer de fascinar cristianamente los ojos del prójimo su principal estudio; así cumple sus deberes. Exigir más sería pedir lo imposible y oponerse a las intenciones de la naturaleza; es sólo a ésta, y no a su obra, a la que corresponde hacer milagros. El eclesiástico ha de

evitar por lo tanto dar pie a que se hable de él; que el barniz de la prudencia brille en todas sus acciones externas; que engañe, en una palabra, al prójimo, puesto que le pagan para eso; sobre el resto, dejémosle que goce en paz.

El vergonzoso *memento*⁸⁶ que de mis favores había dejado al señor abate me hizo tener más cuidado que nunca de mi salud. Observaba con tanto escrúpulo las prescripciones de mi cirujano que no tardé en hallarme en condiciones de contraer nuevo matrimonio. No esperé más tiempo.

Un milord, o mejor dicho, un mulordo⁸⁷, vino a presentarme sus homenajes esterlinos y sus amorosos vapores. Era una especie de individuo bajito y rechoncho, totalmente parecido a un dedo gordo del pie; andaba como un pato y llevaba al cinto una espada a la catalana de la que pendía un borlón que le llegaba hasta el tobillo. Las cualidades de su espíritu se correspondían tan bien con las del cuerpo que el uno parecía hecho para el otro, y habría resultado muy difícil dar la preferencia a alguno. Tal vez sorprenda que yo no haya tenido nunca bajo mi imperio otra cosa que animales de tomo y lomo; pero no debe olvidarse que las personas de mérito no siempre son las más opulentas, ni las que más buscan nuestro trato; y que a nosotras casi no se dirigen más que figuras necias y desagradables a las que les sobra el dinero. Debe saberse además que, como sólo nos guía el interés, si un perro de aguas o un mico viniera a buscarnos provisto de una buena bolsa, puede estar seguro de ser mejor acogido que el más adorable caballero del mundo. Tal es el poderoso encanto de la especie que nos hace mirar con buenos ojos a los que tienen mucho. Las guineas de Milord habían metamorfoseado su persona: a mis ojos era un Celadón⁸⁸. Me hizo llevar un tipo de vida muy extraño mientras tuve el honor de vivir a su costa. Las tres cuartas partes del tiempo sólo comíamos tasajos de carne de buey a la parrilla, costillas de cordero, vaca asada nadando en salsa de manteca, con hojas de coles verdes como las que dan a los animales de corral. A veces (y éste era su plato favorito), un trozo de cerdo con mermelada de manzana. Tampoco su gusto era más delicado a la hora de beber. El borgoña y los mejores vinos de Francia le repugnaban. Necesitaba esa clase de vino peleón, que pica y estraga el gaznate, con el que se emborrachan los mozos de cuerda. Como es lógico, no olvidaba ni el ponche⁸⁹ ni las pipas, pues un verdadero inglés no creería haber cenado sin ellos. En fin, cuando Milord estaba atiborrado de ese brebaje de mezcla, cuando había fumado todo lo que necesitaba y soltado regüeldos como un cerdo, se dormía con las piernas sobre la mesa.

No habría podido acostumbrarme de buena gana a tanta crápula y guarrería de no haber encontrado en ellas una ventaja considerable. Aunque Milord no fuera nada generoso, le sacaba todo lo que quería. Bastaba con hablar mal de mis compatriotas, de beber por el rey Jorge y de mandar al infierno al papa y al Pretendiente⁹⁰. Con este pequeño gesto de complacencia, tenía yo libertad para vaciarle todos los bolsillos. Un día conseguí el valor más de trescientos luises en mercancía por un par de brindis que hice. Le dije que quería encargar una especie de *déshabillé* de fantasía, y que, como sabía excelente su gusto, me acompañase a alguna tienda de la calle Saint-Honoré.

«¡Oh!, de todo corazón», respondió el milord. «Está muy bien pensado, *yes, yes, very well*: vuestra idea es muy buena, *extremely good*. Mi opinión os resultará útil, *by God*, a la primera ojeada os diré lo que os conviene.» Es fácil adivinar lo que tuvo la modestia de elegir. Dos piezas de tela de treinta varas cada una: la primera de plata, para una bata de casa, y la otra de oro para las bocamangas.

Esto no es nada comparado con el asombroso derroche al que continuamente encontraba ocasión de lanzarle. Me bastaba citar algunos rasgos clamorosos de la generosidad de algún protector francés para que al punto, por envidioso deseo de emulación, se esforzara para superarlos, pues no podía sufrir que se dijera que un mortal igualaba en magnificencia a un ciudadano de la Gran Bretaña. Su tonto orgullo me regaló, en el transcurso de cuatro meses, cinco mil libras esterlinas, tanto en joyas como en buenas monedas contantes y sonantes.

¿Es posible que haya gente tan idiota que se dispute el privilegio de comerse su hacienda con una buscona en honor de su patria? Como si la gloria de un pueblo estuviera ligada al extravagante despilfarro de algunos de sus miembros. Aunque por su solo aspecto Milord no predisponía a la gente en su favor, no dejaba de tener una altísima idea de su robusta persona. Pretendía que nadie en toda Francia hacía sus ejercicios con más gracia, fuerza y agilidad que él. El salto, la lucha, las armas, la danza y el caballo, todo era de su competencia y creía dominarlos todos igual de bien. Sea como fuere, siempre quería su mala suerte que la ejecución se volviera en su contra. En mi casa se entretenía con frecuencia practicando esgrima con el señor de Gr... M..., que con la mayor sangre fría del mundo le propinaba mandobles capaces de matar a un buey, y que Milord aseguraba no haber recibido. Un día, por fin, para evitar discusiones inútiles, decidieron untar la punta de sus floretes. Una vez llegados a este acuerdo, el señor de Gr... M... diluyó en un vasito hollín con aceite, e hizo una especie de pomada con la que untó el botón de su arma. Inmediatamente después ya tenemos a mis hombres lanzándose estocadas, y Milord recibió una precisamente en medio del estómago. No había manera de negarla. La marca bien impresa en la chorrera de su camisa era una prueba demasiado auténtica para que pudiera prosperar su negativa. Se limitó a decir que no había mantenido la guardia bastante alta. Pero, irritado hasta el fondo de su alma por haber recibido tan terrible *mea culpa*, volvió a batirse con denuedo, jadeando y con la lengua fuera; pero el señor de Gr... M..., dejando a un lado la moderación, tendió el brazo y le metió un palmo de florete en el garguero. Lo más desagradable de esta aventura para Milord fue que, al escupir una sangre tan negra como la de Gorgona⁹¹, le expurgó dos de sus mejores dientes. Pero, como nada era capaz de corregirle ni de refrenar su valor cuando creía que podía hacerse admirar, no tardó en ofrecernos otra escena no menos risible y burlesca.

Habíamos planeado una excursión al Bois de Boulogne en calesa descubierta. Movido por el noble deseo de exhibir su destreza a la hora de guiar un carruaje, mandó al cochero colocarse detrás y él se situó ágilmente en el pescante. Mientras el camino fue

ancho, sin rodadas ni obstáculos, todo fue bien, pero cuando, inoportunamente, se metió por un camino demasiado estrecho, hubo de necesitar toda su destreza para dejar paso a una carroza que venía al trote hacia nosotros. La presteza que requería el apurado trance en que se hallaba le hizo olvidar que hablaba en inglés a los caballos. Por desgracia, se trataba de unos buenos lemosinos que no habían corrido demasiado mundo y no entendían lenguas extranjeras. Hicieron todo lo contrario de lo que se les pedía. Las incultas bestias se lanzaron bruscamente sobre el carruaje en cuestión, y las ruedas pequeñas se engancharon. El otro cochero, juzgando a Milord por su cara, le tomó por algún miserable aprendiz del oficio, y sin más ceremonia le hizo una corbata con el látigo y lo tiró al suelo. Nuestro Faetonte⁹², irritado por su caída y más todavía por la caricia que acababa de recibir, se despoja enseguida de peluca y casaca, y reta al bruto. El tipo, que era fuerte y membrudo, acepta de buena gana. Pero Milord, más intrépido que Marte, se pone en guardia con un pie atrás y los puños cruzados hacia delante; el otro, sin reparar en tanta fineza, intenta atizarle un porrazo en la cabeza; mas nuestro hombre para el golpe y responde con un puñetazo en los morros, seguido de un segundo y un tercero del mismo calibre. Aquella clase de esgrima, a la que no estaba hecho el francés, hizo vacilar con tal violencia su cabeza que perdió el punto de apoyo y cayó patas arriba. Sin embargo, tras haberse acariciado los cartílagos de la nariz y limpiarse bien el bigote, se levantó dispuesto a tomarse la revancha. El héroe británico, tan firme como una roca, se disponía a sobarle de nuevo los morros y ponerle un ojo o dos a la funerala cuando el señor La Violette⁹³ le propinó de improviso tan gran patada en mitad del vientre que lo dejó tendido como una rana en la arena. Milord, levantándose en medio de una cólera espantosa, gritó que el golpe no era reglamentario, y nos pidió su espada para pasar de parte a parte el cuerpo del traidor. A nosotros no se nos alcanzaba la equidad de su queja, sobre todo porque el golpe nos había parecido tan bueno como puede serlo una patada. Finalmente, una vez pasado su primer ardor, nos explicó que las leyes del noble pugilato prohibían con toda severidad las patadas. Conseguimos aplacarlo asegurándole que tales leyes siempre se habían desconocido en Francia, donde nunca se nos hubiera ocurrido pensar que fuese indecoroso hacer uso de los cuatro miembros en semejantes casos. Satisfecho con nuestras razones, Milord volvió a subir alegremente al pescante, sin poder contener casi la alegría que sentía por haber conseguido victoria tan brillante ante nuestros ojos. Verdad es que llenó a los espectadores de admiración; pero ése es un talento natural de los ingleses y nosotros no podríamos, sin hacerles la más escandalosa injusticia, disputarles el honor de ser los mayores hombres del mundo en el distinguido arte de andar con destreza a puñetazos.

Poco después de esta marcial aventura, unos asuntos familiares llamaron a Milord a Inglaterra. Como no dudaba de que yo estuviera extremadamente afligida por perderlo, me declaró, para consolarme y halagar mi amor propio, que al dejar París sólo echaba de menos mi amor y la lucha con el buey.

Cuando Milord se marchó, me veía con un capital lo bastante considerable para poder

tener casa y dejar pasar deliciosamente mis días en la abundancia y el reposo; entonces experimenté en mí misma que la sed de adquirir aumenta en proporción a nuestras ganancias, y que la avaricia y el ahorro son casi siempre compañeros de las riquezas. El deseo de más comodidades, la esperanza de gozar mejor aplazan sin cesar el tiempo de los goces. Nuestras necesidades se multiplican a medida que nuestro caudal aumenta; y en el seno mismo de la opulencia nos encontramos en la escasez. Ya tenía doce mil libras de renta; no quería pensar en el retiro hasta no conseguir veinte; cierto que, para una mujer con tanta clientela como la que yo tenía, no era fijar un límite poco razonable a la fortuna. Los nuevos favores que ésta me hizo demuestran a las claras que podía ambicionar más. En efecto, no había llegado aún mi inglés a Dover cuando un miembro de la Academia de los Cuarenta⁹⁴ del palacio de Tributos llegó para reemplazarle. Lo recibí con las muestras de respeto y distinción que merecía su caja de caudales. No obstante, sin dejarme deslumbrar por el honor que me dispensaba, le dije que, dedicándome a los asuntos exteriores, sólo podía aceptar sus ofrecimientos a condición de que nuestro arrendamiento fuera nulo en cuanto se presentara un extranjero. Consintió en ello y se firmó el acuerdo.

Era un hombre alto, pasablemente proporcionado y de bastante buena cara; en todo lo demás, un animal insoportable, como suelen serlo las gentes de esa profesión. La tierra no parecía digna de llevarle. Sentía un soberano desprecio por todo el mundo, salvo por sí mismo. Se creía un genio universal; hablaba de todo en un tono absoluto, contradecía eternamente, y ¡ay de quien le contradijera! Quería que le escuchasen, sin querer escuchar él a nadie. En una palabra, el verdugo pisaba el cuello a gente razonable y pretendía que le aplaudieran.

Lo mejor que hizo al entrar en mi casa fue reformar el mal gusto que Milord había introducido en mi cocina y sustituirlo por el lujo y la delicadeza de las comidas financieras. Mañana y tarde tenía yo a mi mesa ocho cubiertos, seis de los cuales estaban destinados a poetas, pintores y músicos, quienes, por el interés de su andorga, prodigaban como esclavos su incienso mercenario a mi Crespo. Mi casa era un tribunal donde se juzgaba tan soberanamente a los talentos y las artes como en la taberna literaria de Mme. T...⁹⁵. Lo mismo que ahí, en mi tribunal eran despedazados y desgarrados a dentelladas todos los buenos autores; sólo se perdonaba a los malos, e, incluso, a menudo se les ponía en el primer rango. He visto a esa chusma atreverse a criticar las inimitables *Lettres* del autor del *Temple de Gnide*⁹⁶, y atacar al buen abate Pellegrin⁹⁷ por haber afirmado que las *Lettres juives* no eran más que un amasijo monstruoso de pensamientos sacados de Bayle, de la *Bibliothèque universelle de Le Clerc*, de *L'Espion Turc*⁹⁸, etcétera, todos despiadadamente desfigurados y oliendo al terruño provenzal en cada línea. Ese pobre cura, que sólo tenía en su contra un exceso de miseria y suciedad, que alojaba un alma bellísima en un cuerpo muy guarro; ese pobre hombre, expuesto toda su vida a injustos sarcasmos, tenía un juicio exquisito; y debo decir para honra suya que, si yo tengo cierta inclinación por las cosas buenas y si me he librado de la fiebre

contagiosa del ingenio, sólo lo debo a sus consejos. Fue él quien, abriéndome los ojos sobre la escasa valía y la pequeñez de nuestros abejorros del Parnaso, me hizo conocer que el verdadero espíritu era un fuego puro y divino, un don del cielo que no estaba en los hombres poder adquirir; que había que cuidarse de confundir a los afortunados genios dotados de ese fuego sagrado con la multitud despreciable de pequeños escritores calificados con el mote de «ingenios»; que semejante título era considerado por las personas inteligentes como una especie de oprobio; y que, aunque la profesión de las letras fuese la más noble de todas, en la actualidad era casi vergonzoso cultivarlas debido al mal renombre que esos insectos les habían dado en el mundo. «Nunca llegaríais a imaginar», me dijo un día, «por qué París esta infectado de esa maldita ralea. Es porque el oficio no exige ni inteligencia ni talento. Para convencerlos, haced que vuestro cochero aprenda una docena de palabras del *Dictionnaire néologique*⁹⁹ y enviadle al café de Procope¹⁰⁰ durante uno o dos meses. ¡Ah!», añadió lanzando un profundo suspiro, «es a la crueldad de mis padres a la que debo toda la miseria y el ridículo con que me veo cubierto desde hace tanto tiempo. Esos bárbaros me hicieron entrar a la fuerza, en mi tierna juventud, en la orden de los hermanos servitas¹⁰¹. La repugnancia que yo había demostrado por el estado monacal aumentó con la edad; gemí varios años bajo los hábitos; con ellos habría muerto de desesperación si no hubiera encontrado manera de hacerme secularizar. Pero sin amigos, sin dinero, falto de todo, la libertad no tardó en convertirse para mí en un fardo: poco faltó para que no lamentase los miserables lazos con que me había visto atado hasta entonces. En fin, sin saber qué partido tomar, mi falta de resolución me trajo aquí. Al principio subsistí del producto de mis misas y de algunos sermones escritos por encargo que vendía a las órdenes mendicantes. La necesidad y la falta de ocupación me habían permitido elegir a capricho mis conocimientos. Frecuentaba una tabaquería¹⁰² cerca de la feria de Saint-Germain¹⁰³, donde se reunían funámbulos, marionetistas, algunos actores de la Opéra Comique, y, entre otros, maese Colin, célebre apagavelas de la comedia. Todos estos señores, cuya benevolencia supe granjearme, me dieron entradas para sus espectáculos. No tardó en dominarme la comezón de garrapatear papeles: aventuré algunas malas escenas, por las que me pagaron más de lo que valían. Me hubiera gustado conciliar Iglesia y Teatro, y seguir sacando mi tributo cotidiano del altar; pero el señor arzobispo consideró oportuno privarme de esa pequeña dulzura prohibiéndome las funciones sacerdotales. Perdí los quince sueldos diarios que me pagaban por la misa y que era lo más claro de mi renta. Para reparar esa pérdida, monté tienda de poeta, y me puse a escribir comedias, óperas, tragedias, que hacía representar con el nombre de mi hermano el caballero, o que vendía a todo el que tenía la manía de ser autor. Además vendía al por mayor y al detalle cuanto era incumbencia del ingenio. ¿Quería alguien ramilletes de poemas, epitalamios, cánticos espirituales, sermones de cuaresma? En mi almacén los había de toda clase y a su justo precio. Os confesaré incluso, en secreto, que muchos ilustres miembros de la casa de tócame Roque del viejo Louvre¹⁰⁴ no desdeñaron recurrir a mí para su discurso de

recepción. ¿Quién no creería que negocio de tal envergadura hubiera debido hacerme ir en carroza? Júzguese el provecho que saqué por el estado en que me veis. En más de cincuenta años he escrito millones de versos, y no tengo ni un par de calzones».

Si el aire de candor e ingenuidad con que el bueno de Pellegrin se explicó me persuadió de que, de todos los oficios, el más ingrato y el más frívolo es el del ingenio, su mérito real también me convenció de que hay afortunados en la profesión de las Letras como en todas las demás, y que una infinidad de escritores debe su reputación más a su estrella que a sus talentos. ¿Cuántas falsas celebridades no he visto en París, de las que nunca se habría hablado de no ser por la protección de algún personaje importante de la Corte o de alguna ramera acreditada? ¿Cuántos no conozco a quienes la autoridad ha otorgado los primeros puestos entre los discípulos de Apolo, que no habrían sido capaces de sacar de sus estériles cerebros la centésima parte de las excelentes cosas que el abate Pellegrin ha hecho? Dejando de lado toda odiosa comparación, el pobre diablo se parecía bastante al Bufón de la Feria¹⁰⁵, que es el hazmerreír del público y el juguete eterno de sus cofrades, aunque en el fondo sea infinitamente más hábil que ellos. Concluyamos de ahí que el mérito no sirve de nada cuando no es respaldado por la suerte. Sólo a ésta toca hacer a los grandes hombres; la naturaleza se limita a esbozarlos.

Vuelvo a mi *cordón bleu*¹⁰⁶ financiero. Su compañía lo había elegido para salir de gira, es decir, para ver si los delegados exprimían y saqueaban al pueblo con rigor, y si no podría inventarse algún modo honrado de exprimirlo todavía más; por eso rompimos amistosamente nuestro contrato y volví a ser libre.

Hace mucho que habría debido responder a una pregunta que indudablemente mis lectores se han hecho más de una vez para sus adentros. ¿Cómo es posible que Margot, con un temperamento de Mesalina¹⁰⁷, haya podido contentarse con hombres a los que sólo veía por interés y que en su mayoría no eran ningún Hércules en los trabajos libidinosos?

Nada mejor fundado que esa objeción, y es justo que responda a ella. Sabed, pues, señores, que, a ejemplo de las duquesas de la vieja Corte y de varias de mis cofrades, siempre he tenido a mi costa..., pero que esto quede en secreto, os lo ruego, siempre he tenido un joven y vigoroso lacayo, y con esto me he sentido tan bien que, mientras el alma aliente en el cuerpo, no cambiaré de método. Además de que con esos truhanes no hay secuelas amorosas, os sirven al instante, y no os fallan como hace la gente honrada; o al menos, cuando ocurre, es después de pruebas tan fuertes que sería injusto y cruel imputárselo a crimen. ¿Que se vuelven insolentes? Fácil es remediarlo. Se les da unos cuantos bastonazos, se les paga y se les despide: no hay problema. Ciertamente es que nunca he llegado a tales extremos por haber tenido siempre la precaución de tomarlos totalmente nuevos, de la hechura de espíritu y de cuerpo del campesino que el ingenioso y elegante señor de Marivaux nos ha descrito con un colorido tan ingenuo y tan alegre¹⁰⁸. Me doy la satisfacción de educarlos yo misma, y de plegarlos a mis caprichos. No permito, sobre todo, que tengan ninguna relación con los que son de su clase, por temor

a que los muy sinvergüenzas corrompan su inocencia y los depraven. Los tengo, por así decir, a destajo; por lo demás, nada les falta en cuanto al *victum et vestitum*¹⁰⁹. Son mantenidos con decoro y alimentados como pollos cebollones, o, para hablar menos metafóricamente, como bienaventurados directores de conciencia de monjas, que no tienen otro afán en este mundo que hacer devotamente buen quilo¹¹⁰ y lo que después viene. Ya que teníais curiosidad por conocerla, ésa es, señores, la receta que utilizo a diario para moderar los fuegos de la incontinencia. Mediante un sistema tan razonable, con mis placeres no se mezclan los sinsabores. Gozo en paz y sin escándalo, sin temer los caprichos y el mal humor de un amante despótico que me trataría como a esclava, y que, quizá haciéndome comprar sus caricias al precio de mis ahorros, terminaría reduciéndome un día a la mendicidad. No pertenezco a esa clase de zorras. Allá quien desee bellas pasiones y ternura platónica; yo no me alimento de vapores melancólicos: los sentimientos depurados y alambicados del amor son platos que no convienen a mi constitución; necesito alimentos más fuertes. En verdad, el señor Platón era un extravagante bromista con su forma de amar. ¿Dónde estaría hoy el género humano si se hubieran seguido las huecas ideas de ese aguafiestas? Es de sospechar que la naturaleza no le dotó mejor que a Orígenes, o que le hicieron alguna sustracción a la manera de la que sufrió el empalagoso amante de Héloïse¹¹¹. Por lo menos, lo que es totalmente seguro es que su maestro Sócrates, que tenía las piezas sin las que no se puede ser papa¹¹², no le predicó esa metafísica. Siguió lisa y llanamente el camino de todos, y si se extravió fue muy poca cosa. Volvamos a nuestra historia.

Apenas la fama hubo hecho pública en París mi viudedad me vi asediada por una multitud de incautos de toda especie y todo rango. Un embajador extraordinario me libró muy oportunamente de los importunos. No me pude ocultar a mí misma la alegría que sentí por haber hecho una conquista de tal importancia. ¡Qué lisonjero triunfo para mi vanidad! ¡Y qué satisfecha me imaginaba viendo a mis pies a una persona que, por su habilidad para concertar las inteligencias, por la sagacidad de sus luces y un perfecto conocimiento de los diversos intereses de los soberanos, puede cambiar, desde su gabinete, toda la marcha de los asuntos de Europa y contribuir asimismo al bien general y a la gloria de su patria! Ése era el favorable cuadro que me hacía del señor embajador antes de haberle visto. No dudaba de que unía a esos raros y sublimes talentos otras mil hermosas cualidades, y nunca se me pasó por la cabeza que pudieran desempeñarse cargos de tanta importancia sin estar dotado de un genio superior. Lo que sobre todo me confirmó en la alta idea que de él me había hecho fue la singular forma de que se valió para tratar conmigo. Nuestro acuerdo se hizo por vías de negociaciones. Agentes secretos vinieron a verme de su parte; yo envié otros de la mía; se entrevistaron; las ofertas propuestas fueron escuchadas, examinadas, debatidas. Cada uno, buscando el provecho de su partido, multiplicaba las dificultades; surgían inconvenientes por todas partes; los provocaban o no los había. Se ponían de acuerdo en un punto, discutían otro. Sin embargo, tras varias entrevistas rotas y reanudadas, nuestros plenipotenciarios firmaron

felizmente las cláusulas, y el intercambio del doble tratado se hizo a nuestra recíproca satisfacción.

Como hay razones para pensar que el lector esté impaciente por conocer a Su Excelencia, voy a esbozarle su retrato sin más tardanza.

El señor embajador tenía una de esas figuras que se pueden calificar de insignificantes y, por lo tanto, bastante difícil de definir. Su altura superaba la media, no estaba ni bien ni mal proporcionado; tenía las piernas de un hombre de calidad, es decir, delgaduchas y descarnadas. Aparentaba un aire de nobleza que su rostro vulgar desmentía. Llevaba alta la cabeza, inflaba los carrillos y continuamente lanzaba una mirada de complacencia a la Orden con que estaba condecorado. Por lo demás, por su aspecto grave, silencioso y concentrado se le habría creído absorto en profundísimas meditaciones y calculando los más vastos proyectos. Casi no hablaba, para dar a entender que pensaba mucho y que su carácter le prescribía ser circunspecto y comedido en sus palabras. Si le preguntaban, respondía con un ligero movimiento de cabeza, acompañado de una mirada misteriosa o de una imperceptible sonrisita. ¿Quién podría creer que con un exterior tan extravagante y unas apariencias tan equívocas fuera yo víctima de mi preocupación por el señor embajador durante casi un mes? No se me habría ido de la cabeza que era el mayor hombre del mundo de no ser por la caritativa pintura que de él me hizo su secretario. Ya he anotado más arriba que no tenemos censores más rigurosos ni más temibles que nuestros criados. Si, a pesar de su ignorancia, no se les escapan nuestros defectos, ¿cómo podríamos esperar librarnos de los mordaces dardos de su lengua cuando son inteligentes? Éste era demasiado instruido para dejarse deslumbrar por la altanería y la estudiada gravedad de su amo. De cualquier modo, sus observaciones me parecieron tan juiciosas que creo cortejar al lector si se las comunico. Es el secretario el que habla:

«Recordad, para no equivocaros nunca», me dijo, «que los grandes sólo suelen ser grandes por nuestra pequeñez; y que es el ciego y pusilánime respeto que un ridículo prejuicio por ellos nos inspira el que los eleva a nuestros ojos. Atreveos a mirarlos cara a cara; atreveos a hacer abstracción del falso brillo de que están rodeados, y el prestigio se desvanecerá. Conoceréis enseguida su valor intrínseco, y veréis que lo que con tanta frecuencia habíais tomado por grandeza y dignidad no es otra cosa que orgullo y estupidez. Sobre todo, una máxima que no hay que olvidar: el mérito personal no está más relacionado con la importancia del puesto que se ocupa que la calidad de un caballo con la riqueza del arnés que lo cubre. Embridad un jamelgo en su lugar, vestidlo ricamente, enganchadlo al carruaje más fastuoso: todos esos adornos no conseguirían metamorfosearlo: nunca será más que un jamelgo. Igual en este caso. Una inteligencia escasa como la de Su Excelencia imagina que un aire de discreción, una apariencia grave y compuesta, una actitud imperiosa y altiva son las únicas cualidades que constituyen y caracterizan al ministro. Yo, en cambio, digo que eso caracteriza únicamente a un fatuo. Por más que se las dé de importante, por más que se pavonee y saque pecho bajo el imponente peso de su cargo, siempre se le verá a través de su obligación y sus esfuerzos

que tiene los lomos demasiado débiles para tan pesado fardo. Por eso no deja de descargarlo sobre nosotros en cuanto puede ocultarse de la mirada del público. Y entonces, ¿qué creéis que hace, mientras nosotros sudamos descifrando sus despachos y contestando a ellos? Se entretiene como un niño con sus criados, su mono y sus perros; hace recortes, canturrea, toca la flauta, se deja caer en un sillón, se despereza, bosteza y se duerme. No vayáis a figuraros, sin embargo, que todos los ministros están cortados por tan lamentable patrón. Hay algunos cuyo mérito es infinitamente superior a los elogios que de ellos podría hacerse. Conozco a varios que, a los talentos que exige su estado, unen el de ganarse el cariño y la estima general, y que, muy distinto de sus cofrades postizos, saben recogerse en su gabinete de trabajo y disiparse en sociedad, políticos tanto más hábiles en esto cuanto que el aire de confianza y de franqueza que manifiestan al exterior hace que no se desconfíe de ellos, y que nadie piense en abotonarse en su presencia».

El señor secretario me dijo además una infinidad de cosas excelentes que podría insertar aquí, pero como no hay nada que no aburra a la larga, prefiero dejar al lector con la miel en los labios.

La admiración y el respeto que hasta entonces había sentido yo por Su Excelencia no tardó en degenerar en desprecio. A pesar de su magnificencia y de sus larguezas, habría sido capaz de hacerle alguna jugarreta para librarme de él si el desarreglo súbito de mi salud no nos hubiera proporcionado un recíproco pretexto de ruptura. Caí en una languidez y una melancolía que fueron el escollo del saber de los más célebres discípulos de Esculapio¹¹³. Cada uno de ellos, igualmente ignorantes de la enfermedad real que me atacaba, me prestaba una de su imaginación y me la demostraba con silogismos tan concluyentes que, creyendo tener todas las enfermedades juntas, yo tomaba remedios de todo tipo y hacía de mi cuerpo tienda de boticario. Sin embargo, desmejoraba a ojos vistas y ya no era más que una triste imagen, una sombra deplorable de lo que había sido. En vano me esforzaba por reemplazar la lozanía natural de mi tez, de mis colores y de mi gordura con los secretos ilusorios del arte. El bermellón, la pomada, el blanquete y los lunares no eran capaces de reproducir en mi espejo la linda carita de Margot. En la profunda meditación y en el penoso estudio de dos horas de tocador apenas volvía a encontrar el menor rastro que trajese a mi memoria el recuerdo de mi antigua belleza. Casi me hallaba en el mismo caso de un decorado de teatro que, por la magia de la perspectiva, es admirable de lejos, y que no podríamos ver de cerca sin sublevarnos. Las diversas capas de afeitte con que me sobrecargaba el rostro me prestaban cierto brillo a cierta distancia, y daban a mis ojos viveza, pero, si se me acercaban, sólo se veía un amasijo confuso y extraño de colores groseros cuya rudeza ofendía la vista y bajo los cuales era imposible descubrir ningún parecido conmigo. ¡Ay! ¡Cuántos motivos de dolor y desesperación cuando recordaba los felices tiempos en que Margot, totalmente ignorante de las astucias y del refinamiento de los aderezos, era rica por su propio fondo y sólo debía sus encantos a sí misma! Por último, mientras que, inmolada a mi

aburrimiento y a las recetas de los médicos, arrastraba un resto de vida, oí hablar de un empírico al que habían dado el remoquete de *Miraojos*¹¹⁴, porque pretendía conocer la naturaleza de cualquier mal a través de los ojos. Aunque nunca hubiese tenido mucha fe en los milagros de gentes con secretos, la debilidad a que estaba reducida había ido disponiendo poco a poco mi espíritu a la credulidad. Y como no hay nada de lo que se convenza uno más fácilmente que de lo que se desea con más ardor, mandé rogar al señor Miraojos que pasase por mi casa, no dudando de que me devolvería pronto la salud. A primera vista su fisonomía me agradó. Sus modales me parecieron abiertos y graciosos, en lugar del espantoso carácter que está impreso en la frente de la mayoría de médicos y charlatanes. Empezó por exigir de mi sinceridad una breve confesión de mi vida pasada antes de caer enferma, y del régimen que luego me habían hecho observar. Tras lo cual, después de haberme mirado atentamente durante dos o tres minutos sin hacer el menor movimiento ni proferir una sola palabra, rompió el silencio en estos términos: «Señorita, tenéis mucha suerte de que los médicos no os hayan matado. Vuestro mal, del que no se han enterado, no es una dolencia del cuerpo, sino un disgusto del espíritu, causado por el abuso de una vida demasiado deliciosa. Los placeres son al alma lo que la buena carne al estómago. Los platos más exquisitos se nos vuelven insípidos por hábito; al final terminamos rechazándolos y ya no los digerimos. El exceso de goce, por así decir, os ha hartado el corazón y embotado el sentimiento. Pese a los encantos de vuestra condición actual, todo os resulta insoportable. Agobiantes inquietudes os acompañan en medio de las fiestas, y el placer mismo es un tormento para vos. Ése es vuestro estado. Si queréis seguir mi consejo, huid del ruidoso trato del mundo, no hagáis uso más que de alimentos saludables y sustanciosos, acostaos pronto y levantaos temprano, haced ejercicio, no frecuentéis más que a personas cuyo temperamento cuadre con el vuestro, tened siempre alguna ocupación para llenar los vacíos de la jornada. Sobre todo, no toméis ningún remedio, y os garantizo que dentro de seis semanas estaréis tan hermosa y tan lozana como nunca habéis estado».

Las palabras del señor Miraojos causaron en mis sentidos un efecto tan maravilloso que, a poca fe que hubiera tenido yo en el grimorio, habría sospechado que me había tocado con una varita mágica. Me parecía salir de un profundo sueño durante el que había soñado estar enferma. Persuadida de que el señor Miraojos me arrancaba de los brazos de la muerte, salté a su cuello por exceso de gratitud y le despedí con un presente de doce luises.

Con la resolución de observar con todo rigor su receta, mi primer afán fue notificar mi salida en la Ópera. Aunque estamos obligadas a servir todavía seis meses una vez cumplida esa formalidad, el señor Thuret tuvo a bien eximirme de servir ese tiempo. Me creí tan libre que me pareció que pensaba por primera vez. Desde el día en que desaparecí del domicilio de mis padres, no había pensado más en ellos que si nunca hubieran existido y yo hubiera caído de las nubes. Mi cambio de situación los trajo a mi memoria. Me reproché mi ingratitud hacia ellos y pensé en repararla cuanto antes,

siempre que siguieran con vida. Mis pesquisas fueron infructuosas durante bastante tiempo. Por fin, un viejo vendedor de tisanas me hizo saber que el señor Raja-Montañas había acabado sus días manejando un remo en las galeras de Marsella, y que mi madre se encontraba en ese momento encerrada en la Salpêtrière¹¹⁵, después de haber recibido una pequeña corrección pública de mano del señor de París¹¹⁶.

Lamenté mucho la suerte de ambos y, lejos de criticar la conducta que les había llevado a ese final, no pude dejar de justificarla en mi corazón, recordando esa juiciosa reflexión del abogado Pathelin¹¹⁷, que es muy difícil ser persona decente cuando uno es pobre. En efecto, ¡cuántas gentes pasan por la probidad misma, porque nada les falta, que habrían obrado mucho peor si se hubieran hallado en parecidas circunstancias! Como suele decirse, en este mundo no hay nada más que gracia y desgracia. Se cuelga de una cuerda a los infortunados; y sin duda, si todos los que lo merecen fueran castigados con la soga, pronto quedaría despoblado el universo.

Fundándome en esta opinión, verdadera o falsa, empleé toda mi influencia para sacar a mi madre de su cárcel, segura de que el cambio de situación no tardaría en volverla tan honrada mujer como cualquier otra. ¡Gracias a Dios, no me engañé! Hoy es una de las personas más razonables que puedan verse. Ha querido hacerse cargo de mis asuntos domésticos, y confieso, en alabanza suya, que mi casa nunca ha estado mejor llevada. En una palabra, si he contribuido a su felicidad, puedo asegurar que no ha contribuido menos ella a la mía por el tierno afecto que siente por mí y el sincero celo con que vuela al encuentro de cuanto puede halagar mis deseos.

Repartimos nuestro tiempo entre la ciudad y el campo, y gozamos, con un pequeño número de conocidos (pues los amigos son pura quimera), de lo más delicioso que la vida ofrece en todos los órdenes. En cuanto a mi salud, ahora es muy buena, si dejamos de lado un ligero insomnio. Pero como el señor Miraojos me prohibió expresamente los remedios, se me ocurrió leer todas las noches algunos fragmentos de las obras narcóticas del marqués d'Argens, del caballero de Mouhy y de otros excelentes escritores de ese tipo, con lo cual duermo como una marmota. Exhorto a quienes sufren la misma dolencia que se sirvan de idéntico expediente; palabra que se sentirán muy bien.

Me queda responder al reproche que tal vez se me haga de haber sido demasiado libre en mis cuadros. Lo que me ha incitado a ello es lo siguiente: he creído que el medio más seguro de abominar de las mujeres públicas era pintarlas con los colores más odiosos y hacerles pasar por las gradaciones más infames del oficio. Por lo demás, cualquiera que sea el sentimiento del lector en este punto, me precio de que los rasgos obscenos de estas memorias queden compensados por el provecho que los jóvenes que entran en el mundo puedan sacar de las reflexiones que hago sobre las artificiosas maniobras de las ramera y el evidente peligro que hay en su trato. Si el éxito responde a mis intenciones, tanto mejor. En caso contrario, me lavo las manos.

Boufflers

La reina de Golconda

Si en el siglo XVIII francés hay maestros de lo efímero, de la ligereza y de la bagatela, ninguno representa ese papel mejor que Stanislas de Boufflers, que nació ya en movimiento según él mismo contaba: en la carroza que el 11 de mayo de 1738 llevaba a su madre, la marquesa de Boufflers, desde una especie de corte francesa que el rey polaco Stanislas Lesczynski, suegro de Luis XV, tenía en Lunéville (Lorena) a Nancy. Este monarca depuesto había creado una réplica de Versalles en esa ciudad lorenesa, incluso con su correspondiente Academia en la que rivalizaban los dos partidos del siglo: filósofos y devotos. La condesa de Boufflers dirige, junto con el conde de Tressan, a los primeros y contrarresta en la cama del monarca, de quien es amante desde 1747, la influencia que sobre Lesczynski ejerce desde el confesionario el padre Menoux, director espiritual del polaco.

Con los Lesczynski por padrino y madrina, Boufflers crece en ese mundo salido «de algunas páginas de una novela imposible de olvidar»; por preceptor tuvo al abate Porquet, amante de paso de su madre; una vez destinado a la carrera eclesiástica, su madre conseguirá que se le permita seguir de manera relajada la regla y la disciplina habituales; alterna entonces los salones con el estudio religioso, aunque su dedicación a la piedad le lleva menos tiempo que la escritura de versos licenciosos: el de su prima la condesa de Boufflers Revel, amante del príncipe de Conti, y el de la mariscal de Luxembourg, donde se cruzará con Rousseau; este eterno quejumbroso se sentirá humillado por la presencia del abate Boufflers, «tan brillante como se puede ser»; en *Las confesiones* dejará oír su lamento, pues la sola presencia del abate «con la sal de sus gentilezas» bastaba para intimidar al socialmente torpe Rousseau.

En ese clima de vida de novela escribe el abate su primer libro, *La reina de Golconda*, que rápidamente se convirtió en piedra de escándalo; la protección de Lesczynski impidió que fuera expulsado del seminario; pero él mismo lo abandona por propia voluntad eligiendo el título de caballero de Malta *non profès* para disfrutar de las rentas de varias abadías de las que le había hecho beneficiario el rey polaco. A su llegada a París se le abren los mejores salones, y tiene en Mme. de Pompadour y el duque de Choiseul sus mejores aliados; cumple con sus obligaciones militares en Alemania como oficial de húsares, se dedica a viajar llevando consigo los materiales necesarios para su afición por

el retrato al pastel y rinde visita a Voltaire en Fernet; el patriarca del siglo admira lo que ya conocían los salones mundanos: el ingenio del abate y una sensibilidad intelectual cercana a la suya.

Boufflers, tratando «de probar que servía para algo, se veía obligado a cruzar toda Europa en busca de hazañas militares»; pasa bajo las banderas varios años, aunque viaja más de lo que combate. Acuciado por las deudas que contrae para continuar con su tren de vida, y sobre todo en el juego, solicita el Gobierno de la colonia del Senegal, que ejerce de enero a agosto de 1786 y durante 1787; la principal fuente de beneficios de la colonia consistía en el monopolio del comercio y de la trata de negros que compartían los reyes de Inglaterra y Francia. Boufflers gestiona de forma próspera la trata durante los casi dos años que permanece en Senegal; la «cuestión colonial», conocida de primera mano, le servirá para el discurso de recepción en la Academia francesa, en la que ingresa en diciembre de 1788.

En 1789, cuando sobreviene la Revolución, Boufflers se encuentra tironeado entre el pensamiento ilustrado y sus relaciones con la aristocracia; desde 1777 mantenía relaciones con la condesa Éléonore de Sabran –con la que no se casará hasta 1797, cuando ambos están en la emigración–, cercana a los Polignac y a María Antonieta; vacilante, sin decidirse por ninguna opción, sueña con retirarse pacíficamente a los Vosgos; pero los tiempos no estaban para las expansiones líricas que en ese sentido describía a su amante, que no había tardado en emigrar. Boufflers, que se siente prisionero en París, interviene en defensa de la autoridad real, pero, cuando se trata de utilizar la palabra y la pluma su ingenio, parece haber desaparecido; la elegancia de su estilo y el brillo de su conversación eran propios de una época sobre la que pasaba la Historia; cuando lo comprende, se une a la emigración en Prusia en 1791; elegido para la Academia de Berlín, es uno de los beneficiarios de los deseos de expansión del rey de Prusia, que concedió tierras en la Polonia prusiana a los emigrados franceses a condición de colonizarlas. Insatisfecho en sus nuevas tierras de Wismar, prefiriendo «morir[se] de hambre en Francia a vivir en Prusia», termina solicitando el regreso a Francia, donde, ya sin pensiones ni beneficios, vive apartado en una casa de campo en Saint-Cyr, dedicado a las letras; interviene en la reorganización de la Academia francesa y se dedica a traducir a Ovidio, Séneca, Dante... Cuando en 1814 la monarquía sea restaurada, Boufflers será nombrado administrador adjunto de la biblioteca Mazarino, pero no tendrá tiempo de ejercer ese cargo, porque muere unos meses más tarde, el 19 de enero de 1815.

Dejaba una obra amplia en casi todos los géneros: cuentos, poesías, canciones, epigramas, discursos, tratados, una nutrida correspondencia, «pero por desgracia siempre estaba corriendo», dice el príncipe de Ligne refiriéndose a su pensamiento: «Quizá tenía demasiada inteligencia para que fuera capaz de fijarla. [...] Una sagacidad sin límites, una profunda sutileza, una ligereza que nunca es frívola, el talento de aguzar las ideas

mediante el contraste de las palabras, he ahí las cualidades claras de su mente, a la que nada es ajeno».

La reina de Golconda, el libro que más éxito tuvo de todos los suyos, y el que ha salvado en cierto modo su nombre del olvido, es un relato libertino en estado puro, cuya trama rige el principio del placer sin mezcla y en la que aboga por un epicureísmo a la antigua, tal como reclamaba la Ilustración: hedonismo que no termina cayendo en los excesos del libertinaje, porque es un libertinaje amable lo que predica y lo que describe de manera idílica.

La reina de Golconda

(La reine de Golconde, 1761)

Cuento

Epístola

Por orden vuestra, Éliante,
del suave Hamilton voy,
con voz más que gemebunda,
a intentar coger el tono.
Tenía una tierna lira
que con destreza tocaba,
incluso si deliraba;
yo no tengo más que un sistro
alemán, y su agrio son
a mi parecer no puede
acompañar bien mi voz.
Mas, sin detenerme más,
voy la manera a contaros
en que Aline, junto a su aldea,
en delicioso valle trocó
su leche y su inocencia
por un mísero niño.
Sí, vos no lo habríais hecho,
la leche os habríais bebido,
y guardado la inocencia;
En cambio Aline, ese niño
del que padre me nombró
a sus padres ocultó,
mas al fin habló su talle.
Su madre llegó a saber
que pronto abuela sería;
de los padres he observado
un capricho singular:
quieren que se les avise
antes de hacer a los niños;
pero es raro que se pueda.
Mi Aline a nadie avisó
por no haber previsto el caso;
su mala madre, furiosa,

cien palos pega a mi hermosa,
golpea su dulce cara
y su pecho de alabastro;
y, colmo de crueldad,
mi brutal suegro irritado,
de su patria echa por siempre
a Aline y a mi ahijado.
Mas, pese a tanto jaleo,
por Aline tranquilizaos.
Amable ser suele el cielo
con la belleza imprudente,
y nunca tan lindo rostro,
fue, dicen, manjar de lobos.
De Aline, una ignota villa
tuvo un nuevo ciudadano;
bien acogida fue allí;
nunca le faltó de nada:
gentes que luego la han visto
me han dicho que bien estaba.

Me entrego a vos, pluma mía; hasta ahora mi mente os ha guiado; guiad vos hoy mi mente, y ordenad a vuestro amo.

El sultán de *Las mil y una noches* pedía a Dinarzade, y el gigante Molinos¹ a su ariete, que les contaran historias: contadme pues vos alguna que no sepa. Me da igual que empecéis por el medio o el final².

En cuanto a vosotros, lectores míos, de antemano os advierto que, si escribo, es para mi placer, no para el vuestro. Vosotros estáis rodeados de amigos, queridas y galanes; no me necesitáis para divertirlos; pero yo estoy solo, y quisiera hacerme buena compañía a mí mismo.

Arlequín, en igual caso, llama al *Imperator romano* Marco Aurelio en su ayuda para dormirse³; yo llamo a la reina Golconda para despertarme.

Estaba yo en la edad en que un universo nuevo se despliega ante unos órganos apenas desarrollados, en que nuevas relaciones nos vinculan a los seres que nos rodean; en que unos sentidos más atentos y una imaginación más ardiente nos hacen encontrar deseos más verdaderos en ilusiones más dulces: en una palabra, tenía quince años, y, lejos de mi preceptor, montaba un caballo inglés siguiendo a veinte perros que corrían para dar caza a un viejo jabalí: júzguese si era feliz. Al cabo de cuatro horas, aquellos perros cayeron derrengados, y yo también. Perdí la pieza, después de haber corrido mucho tiempo a rienda suelta, y, como mi caballo estaba sin aliento, me apeé: rodamos los dos sobre la hierba; luego, él se puso a pacer y yo a dormir.

Almorcé pan y una perdiz fría en un ameno valle, formado por dos laderas coronadas

de verdes árboles. La panorámica ofrecía a mis ojos una aldea alzada sobre la pendiente de una lejana colina, de la que me separaba una vasta llanura cubierta de ricas mieses y agradables vergeles.

El aire era puro, sereno el cielo, la tierra aún brillaba con las perlas del rocío, y el sol, apenas en el tercio de su carrera, aún no provocaba más que templados fuegos que un dulce céfiro moderaba con su aliento.

¿Dónde están esos amantes de la naturaleza que tan bien saben gozar del buen tiempo y de un bello paisaje? Para ellos hablo; pues, por lo que a mí se refiere, estaba entonces menos preocupado por esa materia que por una aldeana con corpiño y refajo blanco a la que de lejos veía venir con un cántaro de leche en la cabeza. Con secreto placer la vi pasar sobre una tabla que servía de puente al riachuelo, y seguir un sendero que debía llevar sus pasos junto al lugar donde estaba yo sentado. Al acercarse, me pareció de una gran lozanía, y, sin imaginar nada de lo que pasaba dentro de mí, me levanté para salir a su encuentro. Cada paso que daba la embellecía a mis ojos, y pronto lamenté todos los que habría podido yo dar para verla cuanto antes. Georgia y Circasia⁴ no producen más que monstruos en comparación con mi pequeña lechera, y nunca criatura tan perfecta adornó el universo. No sabiendo qué cumplido hacerle para entrar en conversación, le pedí que me diera a beber un poco de su leche para refrescarme. Luego le hice algunas preguntas sobre su aldea, su familia y la edad que tenía; me respondió con una ingenuidad y una gracia que volvían sus palabras dignas de salir de su boca.

Supe que era de la aldea vecina, y que se llamaba Aline.

—Mi querida Aline —le dije—, querría ser vuestro hermano —no era eso desde luego lo que quería decir.

—Y a mí, a mí también me gustaría ser vuestra hermana —me respondió ella.

—¡Ah!, os amo tanto por lo menos como si lo fueseis —añadí yo abrazándola.

Aline quiso defenderse de mis caricias, y en los esfuerzos que hizo el cántaro cayó y la leche corrió a grandes oleadas por el camino⁵. Ella se puso a llorar y, librándose bruscamente de mis brazos, recogió su cántaro y quiso echar a correr. Sobre la vía láctea resbaló su pie, y ella cayó patas arriba; volé en su ayuda, mas fue en vano. Un poder más fuerte que yo me impidió levantarla y me arrastró en su caída... Yo tenía quince años y Aline catorce⁶. Era a esa edad y en aquel lugar donde el amor nos esperaba para darnos sus primeras lecciones. Mi dicha se vio turbada al principio por el llanto de Aline, mas pronto dejó su dolor paso a la voluptuosidad, ¡que también le hizo derramar lágrimas! ¡Y qué lágrimas! Fue entonces cuando conocí verdaderamente el placer, y el placer mayor de dárselo a alguien que se ama.

El tiempo, que parecía haber dejado de existir para nosotros, seguía su curso para el resto de la naturaleza, y el sol, inclinándose hacia el horizonte, llamaba a los pastores a sus cabañas y a los rebaños a sus establos: el aire resonaba con el sonido de las cornamusas y los cantos de los jornaleros que volvían al descanso.

—Es tiempo de que me vaya —dijo Aline—, porque mi madre me pegaría.

En esa época, aún respetaba yo a mi madre; no tuve valor para desengañarla del respeto que ella tenía por la suya.

—He perdido mi leche y mi honra —añadió—; pero os lo perdono.

—Marchaos —le respondí—, sois más blanca de lo que vuestra leche era, y el placer vale mucho más que la honra.

Le di el poco dinero que llevaba encima, y un anillo⁷ que tenía en el dedo; me prometió no perderlo nunca. Nuestras caras, que seguían pegadas la una a la otra, se separaron húmedas de lágrimas y besos. Volví a montar a caballo, y, tras seguir con la vista tan lejos como pude a mi querida Aline, di mis últimos adioses a los lugares consagrados por mis primeros placeres, y volví al castillo de mi padre, muy enfadado por no ser un pequeño aldeano de la aldea de Aline.

Había decidido no ir de caza a otra parte que no fuera aquel encantador valle y perdonar la vida, en favor de la bella Aline, a todas las piezas de la comarca; mas estos planes, tan caros a mi corazón, se desvanecieron como un sueño. Supe, al llegar, que noticias imprevistas obligaban a mi padre a partir al día siguiente para París. Me llevó consigo; abracé llorando a mi madre, pero era a Aline a quien lloraba.

El tiempo corroe el acero y el amor; estaba inconsolable al partir, me consolaron al llegar; a medida que me alejaba de Aline, Aline se alejaba de mi mente, y la alegría de entrar en un mundo nuevo me hizo olvidar las delicias del que abandonaba. El libertinaje y la ambición sustituyeron al amor en mi corazón. Serví durante seis penosas campañas, en las que recibí grandes heridas y magras recompensas; volví a París para resarcirme, sirviendo a las bellas, de cuanto había sufrido sirviendo al Estado.

Al salir un día de la Ópera, me encontré por casualidad al lado de una hermosa mujer que esperaba su carroza; tras ser mirado atentamente, me preguntó si la reconocía; le respondí que tenía la dicha de verla por primera vez.

—Miradme bien —dijo ella.

—La orden no es dura —respondí—, y vuestra cara sabrá haceros obedecer; pero cuanto más os miro, más diferencia encuentro entre todo lo que hasta el presente he visto y lo que ahora veo.

—Ya que mis rasgos mismos nada os recuerdan —dijo—, quizá mis manos tengan más suerte.

Y entonces, quitándose el guante, me mostró el anillo que antaño había dado yo a la pequeña Aline: el asombro me privó de la palabra. Llegó su carroza, me dijo que montase en ella, la seguí. Ésta es su historia:

—Quizá os acordéis todavía de mi cántaro de leche y de todo lo que con él perdí. No sabíais lo que hacíais, ni yo tampoco; mas pronto supe que aquello era un niño; mi madre se dio cuenta también, y me echó de casa; me marché, pidiendo limosna, a la ciudad vecina, donde una vieja mujer me retiró. Ella me servía de madre, yo le serví de sobrina; se preocupó de embellecerme y de educarme; por orden suya yo repetía a menudo las lecciones que vos me habíais dado; y como tuvisteis por sucesor inmediato al

cura del lugar, vuestro hijo le cayó en suerte. Hizo de él más tarde un guapísimo monaguillo. Como mi tía esperaba que mi belleza me sería más útil todavía en una gran ciudad, me trajo a París, donde, tras haber pasado por diversas manos, caí en las de un viejo presidente; era una de las primeras personas del Estado por la dignidad, y una de las últimas para el amor, y quedaba reducido a muy poca cosa cuando se despojaba de su peluca, su zamarra y su cartera. Sin embargo, lo poco que le quedaba me amó hasta la locura, y nos colmó, a mi tía y a mí, de dinero y pedrerías. Mi tía murió, yo la heredé; tenía cerca de veinte mil libras de renta y mucho dinero contante; el oficio que hasta entonces había ejercido me pareció aburrido, y quise ejercer el de mujer honrada, que también tiene sus melancolías. Por dos luises que di a un genealogista, fui una joven de cuna bastante noble. Algunas relaciones que trabé con gente de letras, y quizá incluso un poco de inteligencia, me valieron la reputación de inteligente. Por fin, un hombre de alcurnia, con más de cien mil libras de renta, creyó pagar mi virtud casándose conmigo, y la pobre Aline es ahora para el público la marquesa de Castelmont; pero, para vos, la marquesa de Castelmont quiere seguir siendo Aline.

—¿Y a quién habéis amado más —le dije— de todos los que habéis conocido?

—¿Podéis preguntármelo? —me respondió—; yo era simple cuando me visteis; y no lo era cuando he visto a otros. Había empezado a adornarme, ya no era tan bella, necesitaba agradar, ya no podía amar. El arte lo echa todo a perder; el carmín que nos ponemos decolora nuestras mejillas y nuestro corazón lo enfrían los sentimientos que fingimos. Sólo os he amado a vos, y aunque sea fácil ser más fiel que yo, sería imposible ser más constante; la idea de vos siempre estaba presente en mi mente cuando os era infiel, y envenenaba casi siempre mi placer. Confesaré, sin embargo, que de vez en cuando le prestaba cierto encanto.

Sentí verdadera alegría al ver de nuevo a mi querida Aline; nos abrazamos con el mismo ardor que en aquellos felices tiempos en que nuestros labios no habían conocido aún otros labios, y en que nuestros corazones respondían a las primeras invitaciones de la voluptuosidad. Llegamos a su casa; me quedé a cenar; y como M. de Castelmont estaba ausente, sobreviví a todos los comensales y usé de mis derechos. El amor huye de las alcobas doradas y de las camas magníficas, le gusta revolotear sobre el esmalte de los prados y a la sombra de los verdes bosques. Mi dicha se limitó pues a pasar la noche entre los brazos de una hermosa mujer; pero ella no se llamaba y ya no era Aline.

Amantes que queréis conocer el amor o incluso sólo la voluptuosidad, no vayáis a ninguna aventura llevando en vuestro bolsillo cartas del ministro que os obligan a partir para el ejército. En esa circunstancia fue como vi a Mme. de Castelmont, y perdí mucho. ¿Hasta cuándo la engañosa voz de la gloria volverá odiosos ese dulce descanso y esos tiernos placeres? ¿Hasta cuándo se preferirá la guerra al amor? No me hacía yo entonces estas sabias reflexiones; cuando uno es brigadier como yo era, se piensa más en llegar a ser mariscal de campo que filósofo, y, a pesar de toda la severidad de los ministros, por

lo general uno está más cerca de aquella condición que de ésta. Entré pues en mi silla de posta nada más salir de casa de Mme. de Castelmont, y volé con placer a nuevos hastíos.

Después de estar quince años lejos de mi patria, después de haber soportado al mismo tiempo disparos de fusil y muchas injusticias, pasé a las colonias en calidad de teniente general.

Dejo a los poetas y a los gascones la tarea de sufrir y describir tempestades; yo llegué sin accidente alguno; todo estaba tranquilo a mi llegada, y mi estancia en la India se parecía más a un viaje de placer que a una comisión militar. Así pues, sin tener nada que hacer, recorrí los diferentes reinos que dividen ese vasto país y me detuve en Golconda⁸, entonces el Estado más floreciente del Asia. El pueblo era feliz bajo el imperio de una mujer que gobernaba al rey con su belleza y al reino con su sabiduría. Los cofres de los particulares y los del Estado estaban igualmente repletos. El campesino cultivaba su tierra para él, cosa rara; y los tesoreros no recogían las rentas del Estado para ellos, cosa mucho más rara todavía. Las ciudades, adornadas con magníficos edificios y más embellecidas aún por las delicias que en ellas se juntaban, estaban llenas de felices ciudadanos orgullosos de habitarlas; la gente de los campos se veía retenida en ellos por la abundancia y la libertad que allí reinaban, y por los honores que el gobernador rendía a la agricultura; en fin, los grandes estaban fascinados en la Corte por los bellos ojos de su reina, que conocía el arte de recompensar su fidelidad sin agotar los tesoros públicos: arte infalible y delicioso, que las reinas utilizan demasiado poco para mi gusto, y que el rey su esposo ignoraba que emplease. Llegué a esa Corte y fui recibido en ella con toda la pompa imaginable. Para empezar tuve una audiencia pública del rey, luego de la reina, que, al verme de lejos, se bajó el velo. Dada su reputación, yo había supuesto que no velaría nada; me sorprendió mucho aquella recepción, aunque por lo demás se me acogió muy bien, y no tuve más queja que no haber visto su cara, que me moría de ganas de ver, porque decían que era muy bella; y en segundo lugar, porque todo lo que tiene relación con una gran reina es muy curioso.

De vuelta a mi alojamiento encontré a un oficial que se ofreció a enseñarme al día siguiente los jardines y parques que rodeaban el palacio; acepté la excursión; nos levantamos con el sol, y me llevó por magníficas alamedas hasta una especie de tupido bosque donde mirtos, acacias y naranjos mezclan sus fragancias y ramajes. Encontramos un caballo atado a uno de aquellos árboles; mi guía montó ágilmente en él y, tras hacer sonar una fanfarria con la trompeta que consigo llevaba, huyó a rienda suelta. Yo seguí el camino por donde iba, muy sorprendido de la conducta del oficial y sin poder imaginar que hubiese un país donde tuvieran la costumbre de acompañar a la gente para perderla, en lugar de llevarla de paseo; pero ¡cuál no fue mi sorpresa cuando, llegado a la linde del bosque, me encontré en un lugar totalmente semejante a aquel donde antaño había conocido por primera vez a Aline y el amor! Era la misma pradera, las mismas laderas, la misma llanura, el mismo pueblo, el mismo riachuelo, la misma tabla, el mismo sendero;

sólo faltaba una pequeña lechera, que vi aparecer con ropas parecidas a las de Aline, y el mismo cántaro de leche.

—¿Es un sueño? —exclamé—. ¿Es un encantamiento? ¿Es una sombra vana que hace ilusión a mi vista?

—No —me respondió ella—, no estáis dormido ni embrujado, y ahora mismo veréis que no soy un fantasma; soy Aline, la misma Aline que ayer os reconoció y no quiso ser vista por vos sino bajo la forma con que la amasteis. Viene a descansar con vos del peso de su corona trayendo su cántaro de leche; vos le hicisteis el estado de lechera más dulce que el de reina.

Olvidé a la reina de Golconda, y no vi más que a Aline; estábamos entonces a solas, las reinas son mujeres; recobré mi primera juventud y traté a Aline como si ella hubiera conservado la suya, porque se dice que las reinas jamás la pierden.

Tras este agradable reconocimiento, Aline volvió a ponerse sus ropas de reina que una esclava íntima que la había seguido le trajo. Volvimos a palacio, donde la vi recibir a toda su corte con una gracia y una bondad que fascinaban a cuantos se le acercaban. Miraba a unos, hablaba a otros, sonreía a todos; en una palabra, parecía ser dueña de todo el mundo, y no reina de nadie.

Tras la cena, durante la que todo el mundo comió con ella, la seguí a una sala apartada, donde, tras haberme hecho sentar a su lado, me contó también sus últimas aventuras.

«El marqués de Castelmont resultó muerto en duelo unos tres meses después de vuestra partida, y dejó a su afligida viuda con cuarenta mil escudos de renta por todo consuelo. Una parte de sus bienes estaba en Sicilia, y exigía, según dijeron, mi presencia. Me embarqué alegremente para hacer el viaje; mas un viento contrario obligó a mi fragata a hacer escala en una lejana costa donde un bajel más contrario todavía se apoderó de ella y la llevó consigo. Era un bajel turco cuyo capitán dio a la tripulación todos los malos tratos y a mí todos los buenos de que los turcos son capaces; me llevó a Argel, y de allí a Alejandría, donde fue empalado. A mí me vendieron como esclava con toda su casa, y caí en suerte a un mercader indio que aquí me trajo y que me hizo aprender la lengua del país, en la que en poco tiempo hice grandes progresos. Había conocido la miseria, pero no la desgracia, y no pude soportar la esclavitud; escapé de casa de mi amo sin saber a dónde iba; me encontraron unos eunucos que, por parecerles hermosa, me llevaron ante el rey. Por más que pedí gracia para mi virtud, fui encerrada en el serrallo, y desde el día siguiente recibí de cuantos me rodeaban los honores de sultana favorita que el rey me había concedido durante la noche; pronto la pasión del rey no tuvo límites, y mi autoridad tampoco tuvo más. Golconda, acostumbrada a obedecer los decretos que yo dictaba desde el fondo del serrallo, me vio sin asombro convertirme en esposa de su soberano, que no era desde hacía mucho más que mi primer súbdito. En mi pequeño palacio me acordé de la pequeña aldea donde conservé mi inocencia, y de aquel delicioso valle sobre todo donde la perdí; quise volver a trazar para mis ojos la

amada imagen de mis primeros años y mis primeros placeres. Fui yo quien construí la aldea que habéis visto en el recinto de mi parque; lleva el nombre de mi antigua patria, y en ella todos sus habitantes son tratados como mis padres, como mis amigos; todos los años caso a cierto número de sus jóvenes, y a menudo admito al más viejo de esos habitantes a mi mesa para imaginarme el cuadro de mi viejo padre y de mi pobre madre, a quien me gustaría respetar si aún la tuviese; las hierbas del prado nunca han sido holladas más que por las danzas de los muchachos y muchachas de la aldea; mientras yo viva, el hacha siempre respetará esos árboles que imitan a los que prestaron su sombra a nuestros amores, y mis ropas de aldeana conservadas junto a mis ornamentos reales no cesan, en medio del esplendor que me rodea, de recordarme mi primera oscuridad. Me obligan a respetar una condición en la que fui menos despreciable que en todas aquellas otras a que después me he elevado; me enseñan a reconocer la humanidad en todas partes; me enseñan a reinar.»

¡Qué deliciosa princesa la de Golconda! Era a la vez buena reina, buen rey, buena mujer y buen filósofo; era todavía más: era buen goce. Pero, ¡ay!, sólo lo supe durante quince días, al cabo de los cuales fui sorprendido con ella por el marido mismo y obligado a salir del reino por la ventana de su dormitorio. Poco tiempo después partí de nuevo para Francia, donde alcancé las mayores dignidades y las mayores gracias, no mereciendo ni unas ni otras. He vagado después, sin fortuna ni esperanza, de país en país; por último os he encontrado en este desierto, donde pienso asentarme pues encuentro soledad y compañía al mismo tiempo.

Tal vez mi lector haya creído hasta ahora que estaba contándole a él esta historia; pero como él no me lo ha pedido, me permitirá que este relato vaya dirigido a una viejecita vestida con hojas de palmera, antigua habitante del desierto en que vivo retirado, y que me había pedido el relato de mis aventuras más interesantes. Han podido aburrir a quienes las han leído; pero fueron escuchadas por la vieja con singular atención; no se perdió una palabra, y cuando hube terminado me dijo:

—Lo que más me gusta de vuestra historia es que no hay una sola palabra que no sea verdad.

—¿Qué sabéis vos? —le dije—. Quizá os haya mentido de principio a fin.

—Estoy totalmente segura de lo contrario —me dijo.

—¿Acaso es algo entendida en magia la señora? —repliqué.

—No mucho —contestó ella—; pero tengo un anillo que me hace juzgar la verdad de cuanto me habéis contado.

—No conozco —le dije— más anillo que el de Salomón que pueda tener esa virtud⁹.

—¿Conocéis el de Aline? —me replicó sonriendo, y mostrándome su mano—. Aline, la misma a la que hicisteis subir al trono de Golconda, y a la que del trono hicisteis bajar, que fugitiva y proscrita vino a buscar en estos alejados lugares un asilo contra la cólera de su marido, de la que vos escapasteis saltando por la ventana.

—¡Cómo!, ¿vos otra vez? —exclamé—. Soy ya muy viejo, pues si no recuerdo mal tengo

un año más que vos; pero es imposible tener un año más que vuestra cara.

—¿Qué importan —dijo ella en tono grave— nuestra edad y nuestras caras? Antaño fuimos jóvenes y hermosos; seamos sensatos ahora, seremos más felices. En la edad del amor nos disipamos en lugar de gozar; ahora estamos en la edad de la amistad; gocemos en lugar de añorar. Sólo hay momentos para el placer, y quizá toda la vida para el placer permanente; el uno se parece a la gota de agua, y el otro al diamante; los dos brillan con el mismo esplendor; mas el menor soplo hace desvanecerse a uno, mientras el otro resiste los esfuerzos del acero; el uno toma prestado su brillo de la luz; el otro lleva su luz en su seno y la difunde en las tinieblas. Así todo disipa el placer, y nada altera la felicidad.

Luego me guió hacia una alta montaña cubierta de árboles frutales de distintas especies; un arroyo de agua viva y clara descendía de la cima haciendo mil meandros, y venía a formar un estanque en la entrada de una gruta excavada al pie de la montaña.

—Ved si esto basta a vuestro contento —me dijo ella—: ésta es mi morada, que será la vuestra, si queréis; esta tierra sólo exige un pequeño esfuerzo para pagar con profusión los afanes que en ella os hayáis tomado. Esta agua transparente os invita a beberla; desde lo alto de esa montaña vuestra vista podrá descubrir varios reinos a la vez; subid a ella, respiraréis un aire más vivo y saludable; allí estaréis más lejos de la tierra y más cerca de los cielos; considerad desde allí lo que habéis perdido, y después me diréis si queréis recuperarlo.

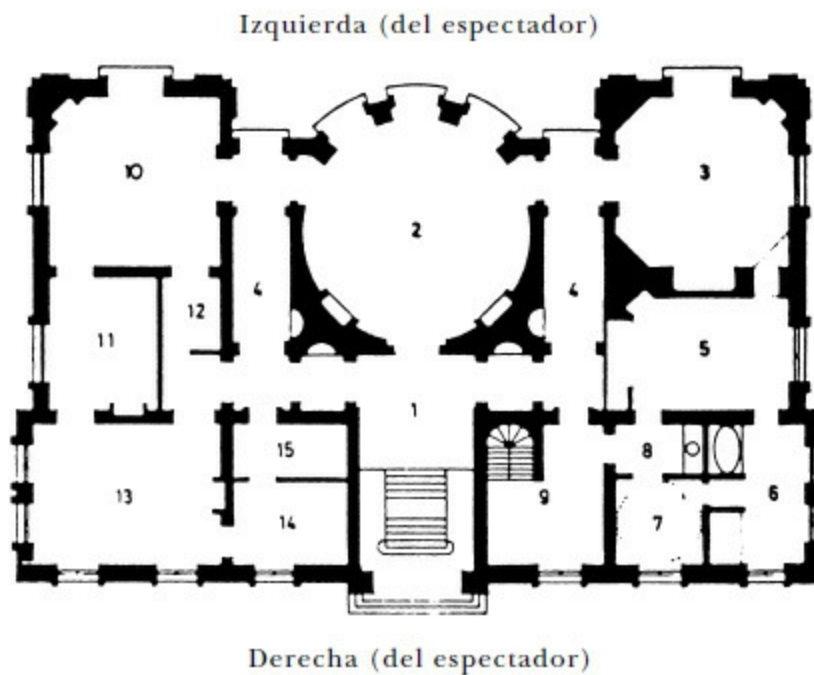
Caí a los pies de la divina Aline, lleno de admiración por ella y de desprecio por mí; nos amamos más que nunca, y nos volvimos uno y otro nuestro universo. Ya he pasado aquí varios años deliciosos con esta sabia compañera. He dejado todas mis locas pasiones y todos los prejuicios en el mundo que abandoné; mis brazos se han vuelto más laboriosos, mi inteligencia más profunda, mi corazón más sensible. Aline me ha enseñado a encontrar encantos, dulces reflexiones y tiernos sentimientos en un ligero trabajo; y sólo al final de mis días he empezado a vivir.

Jean-François de Bastide

La petite maison

Jean-François de Bastide (1724-1798), oriundo de Marsella, ya tenía en su familia aficionados al arte: su tío, el abate Pellegrin, había colgado los hábitos para dedicarse a la ópera. No tarda en llegar a París, donde se relaciona con los autores libertinos de moda: el abate Voisenon, Crébillon hijo, Dorat, etcétera; a sus dos primeras obras, la novela *Las confesiones de un fatuo* y la recopilación de cuentos *El tribunal del amor*, aparecidas en 1749, le seguirán casi cada año nuevos títulos que convierten a Bastide en uno de los polígrafos más activos de esa segunda mitad del siglo. Comedias morales y novelas filosóficas del mismo cariz, a veces en varios volúmenes, recopilaciones de anécdotas, relatos, colaboraciones en la *Bibliothèque universelle des romans*, que sirve a los lectores resúmenes de obras antiguas y modernas, publicaciones en revistas, etcétera, llenan una existencia dedicada a la escritura. De todo ello sólo *La petite maison* ha sobrevivido, especialmente porque explica y describe como no había hecho hasta entonces la literatura el fenómeno social de las *petites maisons*.

Plano de la petite maison según Bastide



1. Vestíbulo	9. Guardarropa
2. Salón	10. Gabinete de juego
3. Dormitorio	11. Gabinete
4. Pasillo	12. <i>Buffet</i>
5. <i>Boudoir</i>	13. Comedor
6. Sala de baños	14. <i>Boudoir</i>
7. Gabinete de aseo	15. Guardarropa
8. Excusado	

Plano elaborado por Lydia Vásquez, «*La Petite Maison, ou l'art de séduire raisonnablement*», en *Narrativa francesa en el siglo XVIII*, Madrid, Universidad Nacional de Educación a Distancia, 1988.

La petite maison

(La Petite Maison, 1758)

Mélite vivía familiarmente con los hombres, y sólo las buenas gentes, o sus amigos íntimos, no sospechaban que se dedicase a la galantería. Su aspecto, sus palabras ligeras, sus modales libres, confirmaban de sobra esa prevención. El marqués de Trémicour deseaba mantener una relación con ella, y había presumido que no le costaría mucho conseguirlo. Es un hombre que debe esperar más que cualquier otro del capricho de las mujeres. Es magnífico, generoso, lleno de ingenio y de buen gusto, y pocos hombres pueden jactarse con razón de igualarle en cualidades. Pese a tantas ventajas, Mélite se le resistía. No comprendía él aquel capricho. Ella le decía que era virtuosa, y él respondía que nunca creería que lo fuese. Entre ellos había una guerra continua sobre ese punto. Finalmente, el marqués la desafió a ir a su *petite maison*. Respondió ella que iría, y que ni allí ni en otra parte sería él de temer para ella. Hicieron una apuesta, y ella fue (no sabía lo que era una *petite maison*; y no conocía ninguna salvo de nombre). No hay lugar en París, ni en Europa, que sea ni tan galante ni tan ingenioso. Hay que seguirla con el marqués, y ver si sale con bien del paso.

Esa casa única está a orillas del Sena. Una avenida, que conduce a una encrucijada, lleva a la puerta de un precioso antepatio tapizado de césped, y que comunica a derecha e izquierda con patios de servicio distribuidos simétricamente¹, en los que encontramos una casa de fieras poblada por animales raros y familiares², una bonita lechería adornada de mármoles, de conchas, y donde abundantes aguas puras templan el calor del día; también hay todo lo que el mantenimiento y la limpieza de carruajes, así como el aprovisionamiento de una vida delicada y sensual, pueden desear. En el siguiente patio hay una cuadra doble³, un precioso picadero y una perrera donde están encerrados perros de todas las razas.

Todos estos edificios están dentro de unos muros cuya fachada muestra una decoración sencilla; dependen más de la naturaleza que del arte y representan el carácter pastoril y campestre. Unos vanos ingeniosamente dispuestos permiten ver vergeles y huertos constantemente variados, y todos esos objetos atraen de modo tan singular las miradas que despiertan la impaciencia de admirarlos uno por uno.

Mélite tenía esa impaciencia, pero no quiso recorrer las bellezas que la impresionaban tan de cerca. Trémicour ardía por llevarla a las habitaciones interiores: era allí donde

podía explicarle su pasión. La curiosidad de Mélite empezaba a resultarle importuna; siquiera las alabanzas que ella dedicaba a su buen gusto le conmovían, y respondía distraído. Era la primera vez que su *petite maison* le resultaba menos querida que las personas que llevaba a ella. Mélite observaba su actitud y sentía su triunfo; sólo la curiosidad la incitaba a ver todo, pero podía añadirle la malicia, y este segundo motivo era comparable al otro para empeñarse en satisfacerle. Aquí hacía una pregunta, allá un cumplido, y en todas partes lanzaba exclamaciones.

—En verdad —decía—, ¡más ingenioso imposible! ¡Eso es encantador! Nunca he visto nada...

—¡Oh!, el interior es mucho más singular —respondía él—; ya veréis... ¿No queréis pasar?...

—Dentro de un momento —replicaba ella—; esto bien vale la pena; hay que recorrerlo todo; allí hay algo que no hemos visto. Vamos, Trémicour, un poco de paciencia.

—No la tengo, señora —dijo él algo picado—; lo decía en interés vuestro. Aquí os cansaréis andando, y luego no podréis...

—¡Oh!, habréis de perdonarme —respondió ella en tono burlón—; he venido aquí sólo para caminar, y me siento con fuerzas.

Trémicour hubo de aguantar aquella obstinación hasta el fin. Todavía duró casi un cuarto de hora. Por suerte, se dio cuenta de que era un capricho, de no ser por eso creo que la habría plantado allí. La llevaba de la mano, y siempre tiraba de ella hacia la casa. Tres o cuatro veces seguidas tuvo Mélite la malicia de dejarse arrastrar hasta cierto punto; daba unos cuantos pasos, y retrocedía para seguir examinando lo que ya había examinado. Él seguía tirando de ella y parecía caminar sobre espinas; ella se reía interiormente y le ofrecía miradas de esas que, mediante un artificio único, dicen: «Me encanta desesperaros», y parecen solicitar complacencia. Por fin, a Trémicour se le escapó una palabra enérgica. Ella fingió que no le parecía correcta, y le dijo que era un ser insoportable.

—¡Vos sí que lo sois! —respondió él—; me habéis prometido que veríais todo, y aquí seguimos. Me gustan mis aposentos interiores y quiero que los veáis.

—Bien, caballero, bastará con verlos; no vamos a pelearnos por eso. ¡Dios mío, qué vivo de genio sois!...

El tono de voz y la mirada que lo acompañaba eran tan dulces que él sintió aumentar el defecto que le reprochaba.

—Sí —replicó—, soy vivo de genio, cuento los instantes. Venimos aquí con unos acuerdos que me sirven de excusa... ¿Los habéis olvidado, señora?

—No los he olvidado —respondió ella caminando—; al contrario, estoy más en mi papel que vos. Me dijisteis que vuestra casa me seduciría; yo aposté a que no lo conseguiría. ¿Creéis que entregarme a todos estos encantos merece el reproche de infidelidad?...

Trémicour iba a responder, pero en ese momento estaban en medio del patio principal, y una exclamación que arrancó a Mélite la simple ojeada que echó no le dio tiempo de

hacerlo. Ese patio, aunque poco espacioso, revela el buen gusto del arquitecto. Está rodeado de murallas revestidas de empalizadas aromáticas lo bastante elevadas como para aislar el cuerpo del edificio, pero podadas de manera que no puedan perjudicar la salubridad del aire que el amor parece llevar hasta ellas. Trémicour tuvo que tragarse aquellos importunos cumplidos que Méliete le prodigaba. Por fin llegaron al pie de una escalinata que conduce a un vestíbulo bastante amplio, donde el marqués despidió a los criados al común con una seña⁴. La hizo pasar luego a un salón que daba al jardín, y que no tiene nada comparable en el universo. Se dio cuenta de la sorpresa de Méliete, y entonces le permitió admirarlo. En efecto, este salón es tan voluptuoso que en él nacen ideas de ternura cuando uno sólo cree prestarlas a su dueño. Es de forma circular, abovedado en luquete pintado por Hallé⁵; los revestimientos, estampados en color lila, contienen espejos bellísimos; los dinteles, pintados también por Hallé, representan temas galantes. La escultura está distribuida con gusto, y el brillo del oro realza todavía más su belleza. Los paños, a juego, tienen el color del revestimiento. En una palabra, Le Carpentier⁶ no habría ordenado nada más agradable ni más perfecto.

Acababa el día: un negro vino para encender las treinta velas de una araña y los candelabros de porcelana de Sèvres artísticamente dispuestos y armados en soportes de bronce dorados. Aquel nuevo resplandor de luz, que se reflejaba en los espejos, hizo que el lugar pareciese mayor y multiplicó en el ánimo de Trémicour el objeto de sus impacientes deseos.

Méliete, impresionada por aquella vista, empezó a admirar en serio y a perder las ganas de ser maliciosa con Trémicour. Como había vivido sin coquetería ni amantes, había dedicado a instruirse el tiempo que las demás mujeres dedican a amar y a engañar, y tenía realmente buen gusto y conocimientos, apreciaba a primera vista el talento de los artistas más famosos, y ellos mismos debían a su estima por las obras maestras esa inmortalidad que tantas mujeres les impiden a menudo merecer debido a su amor por las naderías. Elogió la soltura del cincel del ingenioso Pineau⁷, que había dirigido el trabajo escultórico; admiró los talentos de Dandrillon⁸, que había empleado toda su habilidad en aprovechar las finezas más imperceptibles de la carpintería y la escultura; pero sobre todo, perdiendo de vista las impertinencias a que se exponía por parte de Trémicour alimentando su vanidad, le prodigó las alabanzas que merecía por su gusto y su elección.

—Esto sí que me agrada —le dijo—; así es como me gusta que se empleen los privilegios de la fortuna. Ya no es una *petite maison*; es el templo del genio y del buen gusto...

—Así es como debe ser el asilo del amor —respondió él con ternura—. Sin conocer a estos dios, que hubiera hecho por vos otros milagros, sentís que, para inspirarlo, hay que parecer por lo menos inspirado por él...

—Pienso como vos —replicó ella—; pero entonces, ¿por qué, según he oído decir, tantas *petites maisons* muestran tan mal gusto?

—Porque sus propietarios desean sin amar —le respondió él—; porque el amor no había decidido que un día iríais vos con ellos.

Mélite escuchaba, y habría seguido escuchando si un beso aplicado en su mano no le hubiera hecho saber que Trémicour había ido allí para permitirse todas las cosas agradables que tuviera ocasión de decirle. Se levantó para ver los aposentos siguientes. El marqués, que la había visto tan emocionada sólo con las bellezas del salón, y que tenía cosas mejores que mostrarle, confió en que objetos más emocionantes la emocionarían más, y se guardó mucho de impedir que corriese a su destino. Le dio la mano, y entraron, a la derecha, en un dormitorio.

Esa habitación es de forma cuadrada y con lienzos de pared; una cama con una colcha de pequín amarillo y blanco engalanada con los más bellos colores está encerrada en un nicho situado frente a una de las ventanas que dan al jardín. No habían olvidado poner espejos en las cuatro esquinas. Remata la habitación por otra parte una superficie abovedada que contiene, en un marco circular, un cuadro en el que Pierre⁹ pintó con todo su arte a Hércules en brazos de Morfeo despertado por el Amor¹⁰. Todos los revestimientos están estampados en un tono de azufre claro; el suelo es de marquetería de madera de amaranto y de cedro mezcladas, con los mármoles de azul turquí. Hay bonitos bronce y porcelanas, selectas y ordenadas, sobre consolas de mármol colocadas al pie de los cuatro espejos; por último, bonitos muebles de diversas formas; éstas, en estrecha relación con las ideas expresadas en todas las partes de la casa, fuerzan a las mentes más frías a sentir un poco de esa voluptuosidad que anuncian.

Mélite no se atrevía a elogiar nada más; hasta empezaba a temer sentir. Sólo dijo unas pocas palabras, con lo que Trémicour habría podido quejarse; pero la examinaba, y tenía buena vista; hasta le hubiera agradecido su silencio de no haber sabido que las muestras de agradecimiento son una torpeza, dado que una mujer puede desaprobador las ideas que se le agradecen. Entró en la siguiente estancia, y allí encontró un nuevo escollo. La estancia era un *boudoir*, lugar que es inútil nombrar a la que entra en él pues la mente y el corazón lo adivinan a un tiempo. Todas sus paredes están revestidas de espejos, y las junturas de éstos, disimuladas por troncos de árboles artificiales, pero esculpidos, agrupados y cubiertos de hojas y pintados con un arte admirable. Esos árboles se hallan dispuestos de manera que parecen formar un tresbolillo; están cuajados de flores y cargados de candelabros cuyas velas procuran una luz graduada en los espejos, gracias al cuidado puesto en extender, en el fondo de la estancia, unas gasas más o menos espesas sobre esos cuerpos transparentes, magia que armoniza tan bien con el efecto visual que uno cree estar en un bosquecillo natural iluminado con ayuda del arte. El nicho donde se halla la otomana, especie de tumbona que reposa sobre un entarimado de palo rosa con compartimentos, está enriquecido con cenefas de oro veteadas de verde, y provisto de almohadones de distintos tamaños. Todo el contorno y el techo de ese nicho están también revestidos de espejos; por último, la carpintería y la escultura están pintadas de un color que corresponde a los diferentes objetos que representan, y ese color además ha sido aplicado por Dandrillon¹¹, de manera que exhala fragancias de violeta, jazmín y rosa. Toda esta decoración está colocada sobre un tabique de poco espesor, a cuyo

alrededor hay un pasillo bastante espacioso en el que el marqués había instalado a unos músicos.

Mélite estaba extasiada. Hacía más de un cuarto de hora que recorría aquel *boudoir*, su lengua estaba muda, pero su corazón no callaba: murmuraba en secreto contra los hombres que recurren a todos los talentos para expresar un sentimiento del que son tan poco capaces. Hacía sobre este punto las reflexiones más sensatas, pero eran, por así decir, secretos que la inteligencia depositaba en el fondo del corazón, donde no tardarían en perderse. Trémicour iba a buscarlos con sus penetrantes miradas, y los destruía con sus suspiros. Ya no era este hombre a quien ella creía poder reprochar aquel monstruoso contraste; ella lo había cambiado, y había hecho más que el Amor. Él no hablaba, pero sus miradas eran juramentos. Mélite dudaba de su sinceridad, pero al menos veía que él sabía fingir bien, y sentía que en un lugar encantador ese peligroso arte la exponía a cualquier cosa. Para apartar esa idea, se alejó un poco de él y se acercó a uno de los espejos fingiendo arreglarse una horquilla del peinado. Trémicour se situó ante el espejo de enfrente y, gracias a este artificio, como podía mirarla con más ternura todavía sin que ella se viera obligada a apartar los ojos, descubrió una trampa que ella misma se había tendido. También lo pensó ella y para destruir su causa, imaginando que podría, creyó conseguirlo gastándole bromas a Trémicour.

—¡Bueno! —le dijo—, ¿cuándo vais a dejar de mirarme? Al final terminaré perdiendo la paciencia.

Él voló hacia ella.

—Entonces, ¿sentís odio contra mí? —respondió él—. ¡Ah!, marquesa, sed algo menos injusta con un hombre que no necesita disgustaros para convencerse de su desgracia...

—¡Cuánta modestia! —exclamó ella.

—¡Sí, modesto y desdichado! —prosiguió él—; lo que siento me enseña a temer, y lo que temo me enseña a seguir temiendo. Os adoro y no por eso estoy más tranquilo.

Mélite volvió a bromear; pero ¡con cuánta torpeza disfrazó el motivo que la movía! Trémicour le había cogido la mano, y ella no pensaba en retirarla. Él creyó que podía apretársela un poco; ella se quejó y le preguntó si quería lastimarla.

—¡Ay!, señora —dijo él fingiendo desesperación—, os pido mil perdones; no creía que fuera tan fácil lastimarla.

El aspecto que acababa de tomar la desarmó; él comprendió que el momento era decisivo; hizo una señal, y al instante los músicos situados en el corredor hicieron oír un delicioso concierto. Concierto que la desconcertó; sólo escuchó un instante y, queriendo alejarse de un lugar que se había vuelto temible, avanzó y pasó por sí misma a una nueva estancia más deliciosa que cuanto había visto hasta entonces. Trémicour habría podido aprovecharse de su éxtasis y cerrar la puerta sin que ella se diese cuenta para obligarla a escucharlo; pero quería deber los progresos de la victoria a los progresos del placer.

La nueva estancia era una sala de baños. Mármol, porcelanas, muselinas, nada se había escatimado; los revestimientos están cargados de arabescos hechos por Perot¹² a

partir dibujos de Gilot¹³, y contenidos en compartimentos distribuidos con mucho gusto. Plantas marinas montadas en bronce por Caffieri¹⁴, pagodas¹⁵, cristales y conchas, entreveradas con inteligencia, decoran esa sala en la que hay dos nichos, uno ocupado por una bañera, el otro por un lecho de muselina de la India bordada y adornada con borlas en cadenetas. A un lado hay un vestidor cuyos revestimientos fueron pintados por Huet¹⁶, que representó en ellos frutos, flores y extraños pájaros, mezclados con guirnaldas y medallones en los que Boucher¹⁷ pintó camafeos con pequeñas escenas galantes, así como en los dinteles de la puerta. No se ha olvidado una taza de plata de Germain¹⁸; flores naturales llenan jarrones de porcelana azul realzada de oro. Muebles provistos de paños del mismo color, cuyas maderas son de venturina¹⁹ aplicada por Martin²⁰, terminan por volver esa estancia digna de encantar a las hadas. Remata la parte superior de esta habitación una cornisa de elegante perfil, coronada por una campana de escultura dorada, que sirve de orla a un luquete rebajado y provisto de un mosaico dorado entreverado de flores pintadas por Bachelier²¹.

Mélite no resistió a tantos prodigios; se sintió, por así decir, sofocada, y tuvo que sentarse.

—No puedo más —dijo—; es demasiado bello. No hay nada comparable en todo el mundo...

El sonido de su voz expresaba una turbación secreta. Trémicour sintió que ella se enternecía; pero, como hombre astuto, había tomado la resolución de no parecer hablar en serio. Él se contentó con bromear con un corazón que aún podía echarse atrás.

—No lo creéis —le dijo—, y así se demuestra que no hay que jurar por nada. Sabía bien que esto os encantaría, pero las mujeres siempre quieren dudar.

—¡Oh!, ya no dudo —replicó ella—; confieso que todo esto es divino y me encanta.

Él se acercó a ella sin afectación.

—Confesad —le dijo— que estamos en una *petite maison* merecedora de su nombre. Si me habéis reprochado no sentir el amor, admitiréis al menos que tantas cosas capaces de inspirarlo deben hacer gran honor a mi imaginación; estoy convencido, incluso, de que ya no concebís cómo se pueden tener a un mismo tiempo ideas tan tiernas y un corazón tan insensible. ¿No es cierto que lo pensáis?

—Podría haber algo de eso —respondió ella sonriendo.

—¡Bien! —replicó él—, os aseguro que me juzgáis mal. Ahora os lo digo sin segundas intenciones, pues ya veo que, con un corazón cien veces más tierno que el mío, al que vos creéis indiferente, no os conmovería; pero lo cierto es que soy más capaz que nadie de amor y de constancia. Nuestra jerga, nuestros amigos, nuestras casas, nuestro tren de vida, nos dan cierto aire de ligereza y de perfidia, y una mujer razonable nos juzga por esas apariencias. Nosotros mismos contribuimos voluntariamente a esa reputación porque, dado que el prejuicio general ha unido a nuestro estado ese aire de inconstancia y coquetería, tenemos que adoptarlo; pero, creedme, ni siquiera la frivolidad y el placer nos arrastran siempre; hay objetos hechos para detenernos y para devolvernos a lo

verdadero, y, cuando llegamos a encontrarlos, somos más amorosos y más constantes que otros... Pero estáis distraída: ¿en qué pensáis?

—En esa música —contestó Mélite—. Creí que podría escapar de ella, y de lejos es más conmovedora. ¡Qué confesión!

—Es el amor el que os persigue —respondió Trémicour—; pero no sabe a quién se enfrenta... Pronto esa música no será más que ruido.

—Eso es muy cierto —contestó ella—; pero, en fin, ahora me molesta... Salgamos, quiero ver los jardines...

Trémicour obedece de nuevo. Su docilidad no era un sacrificio. ¡Qué confesión, qué favor es incluso, para un enamorado, el apuro del que gozaba! Se contentó con hacerle ver, de pasada, otra estancia, común a la sala de baños y al dormitorio. Es un excusado provisto de una cubeta de mármol con válvula²² revestida de marquetería de madera aromática, encerrada en un nicho de falsa enramada, repetida en todas las paredes de la sala, y que se junta en la bóveda de cañón con la curvatura del cielo raso, en cuyo centro se deja ver un cielo poblado de pájaros. Hay urnas y porcelanas llenas de aromas artísticamente colocadas sobre pequeños pedestales. Los armarios, disimulados por el arte de la pintura, contienen cristales, vasos y todos los utensilios necesarios para el uso de esa estancia. Luego atravesaron un guardarropa en el que se ha practicado una escalera oculta que lleva a los entresuelos destinados al misterio. Ese guardarropas va a dar al vestíbulo. Mélite y el marqués volvieron a pasar por el salón. Él abrió la puerta del jardín; y ¡cuál no fue la sorpresa de Mélite al ver un jardín dispuesto en anfiteatro, iluminado por dos mil farolillos! El verde seguía siendo bello, y la luz le prestaba un nuevo resplandor. Varios surtidores de agua y diferentes capas, artísticamente relacionadas unas con otras, reflejaban las iluminaciones. Tremblin²³, encargado de la tarea, había graduado aquellas luces colocando unas pantallas en la parte delantera, y sólo farolillos de diferente grosor en las zonas alejadas. En el extremo de las principales alamedas había dispuesto transparencias cuyos diferentes aspectos invitaban a acercarse. Mélite quedó fascinada, y durante un cuarto de hora sólo se expresó con exclamaciones de admiración. Varios instrumentos rústicos dejaron oír fanfarrias sin que se los viera; más lejos, una voz cantaba alguna arieta de *Issé* ²⁴; allá, una gruta deliciosa hacía saltar agua con ímpetu; aquí una cascada chorreaba y producía un murmullo enternecedor. En varios bosquetes se ofrecían mil juegos variados para los placeres y para el amor; unas salas de follaje bastante hermosas anunciaban un anfiteatro, un salón de baile y otro de conciertos; arriates esmaltados de flores, *boulingrins* ²⁵, graderíos de césped, jarrones de hierro y figuras de mármol marcaban los límites y los rincones de cada encrucijada del jardín, que una luz muy viva, luego moderada, y después más sombría, variaba al infinito. Trémicour sin subrayar ningún propósito y aparentando incluso, como ya he dicho, mostrar menos ardor del que sentía, guió a Mélite a una sinuosa alameda que interiormente hizo temer a ésta alguna sorpresa. En efecto, esa alameda, trazada con una curvatura repentina, no presentaba más que tinieblas. No habría temido aventurarse en

ella de haberse sentido indiferente; pero la secreta turbación que notaba le hacía temer cualquier cosa. Pareció asustarse, y su pavor aumentó por el ruido de una precipitada artillería. Trémicour, que sabía apreciar la ventaja que en toda ocasión da a un hombre el miedo de una mujer, la recibió y estrechó enérgicamente entre sus brazos cuando ella hizo un movimiento. Iba Mérite a librarse de ellos con igual viveza cuando el estallido súbito de un fuego de artificio le mostró en los ojos del temerario el amor más tierno y más sumiso. Durante un momento permaneció inmóvil, es decir, enternecida. Ese momento no fue tan breve como lo habría sido el que le hubiera bastado para arrancarse de los brazos de él si le hubiera odiado, y Trémicour pudo creer que ella había, si no vacilado, olvidado cuando menos arrancarse de ellos. Aquel bonito fuego había sido preparado por Carlo Ruggieri²⁶: había mezclado transparencias de diversos colores que, al mezclarse con las aguas que brotaban del bosquecillo donde se celebraba la fiesta, formaban un panorama encantador.

Todo este espectáculo y todos estos prodigios prestaban un encanto muy grande a un hombre que ya de por sí tenía muchos; miradas amorosas, encendidos suspiros, armonizaban tan bien con el milagro de la naturaleza y del arte que Mérite, ya conmovida, se vio obligada a escuchar el oráculo al que hacían hablar en el fondo de su corazón; escuchó aquella voz poderosa, y oyó la sentencia de su derrota. La turbación se apoderó de ella. La turbación es en principio más poderosa que el amor: quiso huir...

—Vámonos —dijo—, todo esto es delicioso, pero hemos de irnos; me esperan...

Trémicour vio que no debía enfrentarse a sus deseos, pero no dudó de que podría engañarla. Había triunfado veinte veces cediendo. Insistió levemente para que se quedara. Ella no quiso, caminaba incluso muy deprisa; pero su voz estaba emocionada, sus palabras eran incoherentes, y una abundancia extrema de monosílabos demostraba que, mientras huía, se inquietaba por los objetos de su huida.

—Espero al menos —le dijo él— que os dignéis echar una mirada al aposento que está a la izquierda del salón...

—Seguro que no puede ser más bello que cuanto he visto —dijo ella—, y tengo prisa por irme.

—Es de un gusto totalmente distinto —replicó él—, y como no volveréis más aquí, me gustaría mucho...

—No —dijo ella—, dispensadme. Ya me diréis vos cómo es, y será lo mismo.

—Accedería de buena gana —replicó él—, pero ya hemos llegado. Es un instante: no podéis tener tanta prisa... Además, me habéis prometido verlo todo, y, si no me equivoco, os reprocharíais no haber ganado legítimamente la apuesta.

—¡Entonces lo haré! —dijo ella—. Vamos, señor; tenéis razón, podríais jactaros de haber perdido sólo a medias...

Ya estaban en el salón; Trémicour abrió una de las puertas, y ella entró por sí misma en un gabinete de juego. Ese gabinete da al jardín. Sus ventanas estaban abiertas; Mérite

se acercó a ellas después de haber echado una ojeada al cuarto, y volvió a ver, quizá con placer, un lugar del que acababa de alejarse.

—Confesad —dijo él en tono malicioso— que la vista es muy agradable; ahí tenéis el sitio donde estábamos hace un momento...

Esta frase la hizo soñar.

—No concibo —continuó él— cómo no os habéis detenido más tiempo... Todas las mujeres que han estado en él ya no podían salir...

—Será porque tenían razones que yo no tengo para quedarse —respondió Méliete.

—Me lo habéis demostrado —dijo él—. Haced al menos a esta sala más honor que el que habéis hecho al bosquecillo; dignaos contemplarla.

Ella abandonó entonces la ventana; volvió la cabeza y enseguida la sorpresa atrajo la atención. El gabinete está revestido de la más bella laca de China; los muebles son del mismo material, tapizados de tela bordada de la India; los candelabros son de cristal de roca, y hacen juego con las más bellas porcelanas de Sajonia y del Japón, artísticamente colocadas sobre pingantes dorados de color oro.

Méliete contempló algunas figuras de porcelana. El marqués le suplicó que las aceptase; ella se negó, pero con ese aire de reserva que deja a un hombre todo el placer de haber ofrecido. No creyó que debía insistir, haciéndole saber que era consciente de que no debe aspirar uno a hacer aceptar el mismo día que se ha propuesto complacer.

Esa sala tiene dos o tres puertas. Una da paso a un precioso y pequeño gabinete que hace pareja con el *boudoir*, la otra a un comedor precedido por un bufé con salida al vestíbulo. El gabinete, destinado a tomar el café, no ha sido menos cuidado que el resto de la casa: los revestimientos están pintados de verde agua, sembrados de pintorescos temas realzados en oro; en ellos hay cantidad de cestas llenas de flores de Italia, y los muebles son de muaré bordado en cadenetas.

Cada vez más entregada, Méliete se había sentado y hacía preguntas; repasaba todo lo que había visto y preguntaba el precio de las cosas, el nombre de los artistas y de los obreros. Trémicour respondía a todas sus preguntas y no parecía molesto al hacerlo; ella le elogiaba, alababa su gusto, su magnificencia, y él se lo agradecía como un hombre con el que no se corre peligro si se le hace justicia. El artificio estaba tan bien disimulado que Méliete, cada vez más conmovida y considerando lo que la impresionaba sólo por el lado del genio y del buen gusto, olvidó realmente que estaba en una *petite maison*, y que estaba allí con un hombre que había apostado seducirla con las mismas cosas que contemplaba con tan poca precaución y que elogiaba con tanta franqueza. Trémicour aprovechó un momento de éxtasis para hacerla salir de aquel gabinete.

—Todo esto es realmente muy bello —le dijo—, lo admito; pero queda algo por mostraros que quizá os sorprenda más.

—Me cuesta creerlo —respondió ella—; aunque, después de las gradaciones²⁷ que he visto, no hay nada imposible, y hay que verlo todo. (Esa seguridad es natural, y sólo ha de sorprender a quienes dudan de todo por ignorancia o por insensibilidad.)

Mélite se levantó y siguió a Trémicour. Era al comedor a donde la conducía. Quedó atónita al encontrar una cena servida, y se detuvo en la puerta.

—¿Qué es esto? —exclamó—. Os he dicho que debía irme...

—No me habéis ordenado recordarlo —respondió él—, y además es muy tarde; debéis de estar cansada, y, dado que tenéis que cenar, me haréis el honor de concederme la preferencia, ahora que veis que podéis hacerlo con tan poco riesgo.

—Pero ¿dónde están los criados? —replicó ella—; ¿por qué este aire de misterio?

—Ese aire no entra nunca aquí —respondió él—, y he pensado que hoy era más prudente todavía alejarlos: son unos charlatanes, os crearían mala reputación, y os respeto demasiado...

—¡Singular respeto! —continuó ella—; no sabía que debiera temer más sus miradas que sus ideas.

Trémicour se dio cuenta de que Mélite no era víctima de la paradoja.

—Razonáis mejor que yo —le dijo—, y me enseñáis que lo mejor es enemigo de lo bueno. Por desgracia, ya los he despedido, y no tiene remedio.

La impostura sucedía a la paradoja, y era visible; pero, cuando la mente está turbada, las cosas sorprendentes son con frecuencia las que menos sorprenden. Mélite no insistió; se sentó muy distraída mientras contemplaba un torno, situado en una de las esquinas redondeadas de la sala y por el que se servía obedeciendo las señas que Trémicour hacía.

Comió poco y sólo quiso beber agua; estaba distraída, pensativa, triste. Ya no era aquel encantamiento, aquellas exclamaciones en las que había empezado a verse su emoción; ahora estaba más ocupada de su estado que de las cosas que lo causaban. Animado por su silencio, Trémicour le decía las cosas más ingeniosas (el ingenio que tenemos con las mujeres está en proporción al que les hacemos perder); ella sonreía sin responder. Él la esperaba a los postres. Cuando llegó el momento, la mesa se precipitó a las cocinas construidas en los subterráneos, y del piso superior vio bajar Mélite otra que colmó súbitamente la abertura instantánea hecha en el primer suelo, y que sin embargo estaba protegida por una balaustrada de hierro dorado²⁸. Este prodigio, increíble para ella, la invitó de manera insensible a considerar la belleza y los adornos del lugar ofrecido a su admiración; vio paredes revestidas de estuco con colores infinitamente variados, que han sido aplicados por el célebre Clerici²⁹. Los compartimentos contienen bajorrelieves del mismo material, esculpidos por el famoso Falconet³⁰, que ha representado en ellos las fiestas de Como y de Baco³¹. Vassé³² hizo los trofeos que adornan las pilastras de la decoración. Esos trofeos designan la caza, la pesca, los placeres de la mesa y los del amor, etcétera. (De cada uno de ellos, en número de doce, salen otros tantos hachones con candelabros de seis brazos que vuelven ese lugar deslumbrante cuando está iluminado.)

Aunque sorprendida, Mélite sólo echaba algunas miradas y enseguida devolvía sus ojos al plato. No había mirado a Trémicour ni dos veces ni había pronunciado más de veinte palabras; pero Trémicour no cesaba de mirarla y leía mucho mejor en su corazón

que en sus ojos. Sus deliciosos pensamientos le causaban una emoción cuyo intérprete era el sonido agitado de su voz. Méliste lo escuchaba, y lo escuchaba más cuanto menos lo miraba. La impresión que causaba sobre sus sentidos aquella voz agitada la invitaba a dirigir los ojos hacia el hombre cuya voz expresaba tanto amor. Era la primera vez que el amor se ofrecía a ella con su carácter propio, no porque nunca hubiera sido atacada (lo había sido cien veces); pero desvelos y complacencias no son Amor cuando el objeto no agrada; además, esos desvelos y esas complacencias marcan los designios, y una mujer sensata se ha acostumbrado desde hora temprana a desconfiar de ellos. Lo que en este caso la seducía era la inacción de Trémicour al expresar tanta ternura. Nada la advertía de que debía defenderse; no la atacaban; la adoraban y callaban. Pensó ella en todo esto, y Trémicour fue mirado. Era tan ingenua la mirada que se convertía en una señal. Él lo aprovechó para pedirle que cantara. Su voz era deliciosa, pero se negó. Él vio que por ahora la seducción era sólo momentánea, y únicamente se quejó con un suspiro. Cantó él mismo; quiso probarle que sus rigores eran leyes y que su gran amor le daba fuerzas para obedecerlas sin rechistar. Parodió estos versos tan conocidos de Quinault, en *Armide*:

Que j' était insensé de croire
Qu' un vain laurier, donné par la victoire,
De tous les biens fût le plus précieux!
Tout l' éclat dont brille la gloire
Vaut-il un regard de vos yeux?³³

No he conseguido las palabras con que suplió éstas, pero encerraban en términos ingeniosos la abjuración de la inconstancia y el juramento de amar siempre. Méliste pareció conmovida, y, sin embargo, hizo una pequeña mueca.

—Seguís teniendo dudas —le dijo él—, y, en efecto, no he merecido persuadiros. Sólo os he atraído aquí por mi atolondramiento; y no habéis venido más que por la confianza del desprecio más justo. Mi reputación se levantaría en armas contra las pruebas, ¡y sólo con juramentos empiezo con vos! Pero es cierto que os adoro. Es una desgracia para mí, pero no acabará nunca.

Méliste no quería responder; pero, sintiendo que era sincero, que le debía algo, y que iba a ser desdichado si no le resarcía, volvió a mirarle con ternura.

—Veo que no queréis creerme —continuó él—; pero al mismo tiempo veo que no podéis dudar del todo. Vuestros ojos son más justos que vos; por lo menos expresan piedad...

—Aunque quisiera —le dijo ella—, ¿podría creerlos? ¿Olvidáis dónde estamos? ¿Pensáis en que esta casa es desde hace mucho el teatro de vuestras engañosas pasiones, y que estos mismos juramentos que me hacéis han servido cien veces para el triunfo de la impostura?

—Sí —respondió él—, pienso todo eso; recuerdo que lo que os digo se lo he dicho a otras, y que siempre lo he dicho con provecho; pero, aunque entonces empleara las mismas expresiones, no empleaba el mismo lenguaje. El lenguaje del amor está en el

tono; el mío siempre declaró contra mis juramentos. Hoy estaría de mi parte si quisierais hacerme justicia.

Mélite se levantó (es la prueba infalible de la persuasión cuando no es falsa). Trémicour corrió hacia ella.

—¿Adónde queréis ir? —le dijo temblando—; Mélite, he merecido que me escuchéis. Pensad en cuánto os he respetado... Sentaos, no temáis nada; mi amor os responde por mí.

—¡No quiero oíros!... —le dijo ella dando algunos pasos—. ¿A qué me llevaría mi complacencia? Sabéis que no quiero amar; he resistido a todo, os haría demasiado infeliz...

Él no la detuvo; vio que, equivocándose de puerta, y fuera ya de sí, ella iba a entrar en un segundo *boudoir*. La dejó avanzar, limitándose a poner el pie sobre su vestido cuando ella llegó al umbral de la puerta para que, al volver la cabeza para liberarse, no viese el lugar donde entraba.

Esta nueva sala, en uno de cuyos lados se ha dispuesto un precioso guardarropa, está tapizada de grueso *gourgouran*³⁴ de seda verde sobre el que están simétricamente colocadas las más bellas estampas del ilustre Cochin³⁵, de Lebas³⁶ y de Cars³⁷. Sólo estaba iluminada lo necesario para permitir ver las obras maestras de estos hábiles artistas. Abundaban las otomanas, las duquesas, las sultanas³⁸. Todo es encantador, pero ya no era eso lo que podía inquietar a Mélite. Se da cuenta de su error y quiere salir. Trémicour ya estaba en la puerta, y le cerró el paso.

—Bien, señor —le dijo ella asustada—, ¿cuál es vuestra intención? ¿Qué pretendéis hacer?

—Adoraros y morir de dolor. Os hablo sin engaños, mi estado es nuevo para mí... Siento que me domina... Mélite, dignaos escucharme...

—No, señor, quiero salir; os escucharé más lejos...

—Quiero que me estiméis —prosiguió él—, que sepáis que mi respeto iguala a mi amor; ¡y no saldréis!

Mélite, temblando de miedo, estaba a punto de desmayarse; casi cayó en una *bergère*. Trémicour se arrojó a sus pies. Allí le habló con esa sencillez elocuente de la pasión; suspiró, derramó lágrimas. Ella le escuchaba y suspiraba con él.

—Mélite, no os engañaré; sabré respetar una felicidad que me habrá enseñado a pensar; siempre encontraréis en mí la misma ternura, la misma vivacidad... ¡Tened piedad de mí!... Veis...

—Veo todo —dijo ella—, y esa confesión encierra todo. No soy tonta, no soy falsa... Pero ¿qué queréis de mí? Trémicour, soy sensata, y vos sois inconstante...

—Sí, lo fui: fue culpa de las mujeres que amé; ellas mismas carecían de amor. ¡Ah!, si Mélite me amase, si su corazón pudiera inflamarse por mí, sólo recordaría mi inconstancia por el exceso de mi ardor. Mélite, me veis, me oís, ¡y aquí tenéis todo mi corazón!

Ella permaneció callada, y él creyó que debía abusar de su silencio. Se atrevió... pero fue detenido con más amor del que se suele tener cuando se cede.

—¡No! —dijo Méliste—; estoy turbada, pero todavía sé lo que hago; no triunfaréis... Ha de bastaros saber que os creo digno; merecedme... ¡Os aborrecería si insistierais!

—¡Si insistiera!... ¡Ay!, Méliste...

—¡Y bien!, señor, ¿qué hacéis?...

—¿Qué hago?

—Trémicour, ¡soltadme!... No quiero...

—¡Cruel!, moriré a vuestros pies si no consigo...

La amenaza era terrible, y la situación más todavía. Méliste tembló, se turbó, suspiró, y perdió la apuesta.

Vivant Denon

Sin mañana

El barón Dominique Vivant De Non, miembro de la pequeña nobleza, adoptó durante la Revolución el apellido por el que se le conoce y que diluye su origen aristócrata. Nacido en 1747, además de unos sólidos estudios humanísticos, poseyó talentos que le permitieron seguir tres carreras, la artística, la diplomática y la literaria. Llegó a París en 1769 para estudiar y trabajar como grabador en el taller del pintor Boucher, y ese mismo año consiguió estrenar en la Comédie Française una obra, *Julie, ou le Bon Père*, que resultó un fracaso. Su amabilidad y su encanto personal, ya que no físico, iban a servirle en el teatro del mundo; las mujeres le abren el camino de Versalles y Luis XIV le confía la dirección del Gabinete de Medallas.

Pero Vivant no se limita a esa tarea: en 1771 inicia misiones diplomáticas que le llevan a San Petersburgo (1771), donde tres años más tarde conocerá a Diderot, invitado por Catalina II; a Estocolmo (1774), a Suiza (1775), donde visita a Voltaire en Ferney y aprovecha para hacerle un dibujo que suscitará curiosidad en París. En 1777, y para colaborar en el *Viaje pintoresco* que prepara el abate de Saint-Non, se dirige a Nápoles, donde visita las excavaciones de Herculano y de Pompeya y las ruinas de Paestum, y donde asiste a una erupción del Vesubio; dos años más tarde será nombrado secretario de embajada en Nápoles, donde se dedica a la pintura, al grabado y al coleccionismo; ya como encargado de negocios permanecerá ahí hasta 1783. A su vuelta a París, es su pasión como anticuario y grabador la que ocupa su tiempo y sus viajes: en 1788 se instala en Venecia, desde donde asiste a la Revolución, y de donde será expulsado por el Consejo de los Diez de la Serenísima República por sus simpatías jacobinas. Su permanencia en el extranjero le lleva a las listas de emigrados, de las que conseguirá ser eliminado gracias a David y tras un encuentro con Robespierre, que le nombra grabador de la República. En el salón de Joséphine de Beauharnais conocerá a Napoleón, que le permite participar en la expedición a Egipto de 1798, durante la que visita las pirámides y dibuja todo lo que ve a su paso; se encargará de dar cuenta de la expedición militar y artística y de grabar las planchas del *Voyage dans la Basse et la Haute Égypte (Viaje al Bajo y al Alto Egipto)*, que consigue un gran éxito y está calificada como la obra fundacional de la egiptología en Francia. Poco más tarde, tras el rechazo de David y de Canova, es nombrado director general de Museos: organiza el Museo Napoleón e inicia

notables trabajos de organización y conservación del Louvre, sin dejar de seguir a las tropas napoleónicas: en 1808-1809, a España, de donde se lleva cuadros representativos de la escuela española para el Museo Napoleón, además de preparar la iconografía de la campaña; y en 1809, a Italia, para visitar las canteras de mármol y elegir los cuadros a requisar por las tropas francesas.

Barón del Imperio, seguirá en sus cargos durante la primera Restauración hasta el momento en que el Congreso de Viena decreta la devolución a los Aliados de las obras de arte incautadas por el ejército napoleónico: medida que suponía el fin de su sueño de un gran museo central de arte europeo. Se refugia entonces en la redacción de una *Historia del arte desde los tiempos más remotos hasta principios del siglo XIX*, y en sus antigüedades, dibujos y colecciones personales que, a su muerte, dispersan sus herederos en distintas subastas.

En 1777 había publicado, firmando con las iniciales M. D. G. O. D. R., *Point de lendemain* dentro de una obra del poeta Claude-Joseph Dorat: *Mélanges littéraires, ou Journal des dames* (*Misceláneas literarias, o Diario de las damas*); de ahí que *Sin mañana* reaparezca en las *Obras* de Dorat publicadas el año de la muerte de éste, 1780, y también que Balzac lo incluya, corregido y edulcorado con eufemismos y a nombre de Dorat, en 1829, en la *Physiologie du mariage* (*Fisiología del matrimonio*); aunque en 1812 ya se había publicado un texto nuevo con numerosas variantes, que la crítica considera como el más cercano a su autor. *Sin mañana* se convirtió pronto en una pequeña joya de la literatura libertina, donde la delicadeza de la acción y el velo con que cubre Vivant Denon la dulce noche de los amantes pinta un placer evocador, y los retratos de una mujer sensual y audaz y de un joven falsamente ingenuo en los que el autor llega a la suprema elegancia sin una palabra de más.

Sin mañana

(Point de lendemain, 1777)

La letra mata, y el espíritu vivifica

E.D.S.P.¹

Estaba yo locamente enamorado de la Condesa de...; tenía veinte años, y era ingenuo; ella me engañó, yo me enfadé, ella me dejó. Era ingenuo, la eché de menos; tenía yo veinte años, ella me perdonó; y como tenía veinte años y era ingenuo, siempre engañado, mas nunca abandonado, me creía el amante mejor amado, por lo tanto el más feliz de los hombres. Ella era amiga de Mme. de T..., que parecía tener algunos planes sobre mi persona, pero sin que su dignidad quedase comprometida. Como se verá, Mme. de T... tenía unos principios de decencia² a los que estaba escrupulosamente unida.

Un día que iba yo a esperar a la condesa en su palco, oigo que me llaman del palco vecino. ¡Pero si era la decente Mme. de T...! «¿Cómo? ¿Ya?», me dicen. «¡Qué ociosidad! ¡Venid pues a mi lado!» Yo estaba lejos de esperarme todo lo que aquel encuentro iba a tener de novelesco y extraordinario. La imaginación de las mujeres trabaja deprisa; y en ese momento la de Mme. de T... estuvo singularmente inspirada. «Tengo que salvaros», me dijo, «del ridículo de una soledad como ésta; ya que estáis aquí, es preciso que... La idea es excelente. Parece que una mano divina os haya conducido aquí. ¿Tenéis por casualidad planes para esta noche? Serían inútiles, os lo advierto; nada de preguntas, nada de resistencia... llamad a mis criados. Sois encantador». Me prosterno... Me instan a bajar, obedezco. «Id a casa del señor», se le dijo a un criado, «avisad que no volverá esta noche»... Luego le hablan al oído, y lo despiden. Quiero aventurar unas palabras, la ópera empieza, me hacen callar; se escucha, o se finge escuchar. Nada más acabar el primer acto, el mismo criado trae un billete a Mme. de T..., en el que se le comunica que todo está preparado. Sonríe, me pide la mano, baja, me hace montar en su carruaje, y heme aquí fuera de la ciudad antes de haber podido informarme de lo que se pretende hacer conmigo.

Cada vez que aventuraba una pregunta se me respondía con una carcajada. Si no hubiera sabido con toda certeza que era mujer de grandes pasiones, y que en aquel preciso instante tenía una inclinación, inclinación de la que no podía ignorar que yo

estuviese al corriente, habría estado tentado a creer en una aventura galante. También ella conocía el estado de mi corazón, pues la condesa de... era, como ya he dicho, amiga íntima de Mme. de T... Me prohibí, pues, cualquier idea presuntuosa, y esperé acontecimientos. Cambiamos de caballos, y proseguimos como el relámpago. El lance empezaba a parecerme más serio. Pregunté con más insistencia hasta dónde me llevaría aquella broma.

—Os llevará a una bellísima morada; pero adivinad dónde; ¡oh!, os apuesto lo que queráis... A casa de mi marido. ¿Le conocéis?

—En absoluto.

—Creo que quedaréis satisfecho: nos reconcilian. Hace seis meses que están en negociaciones, y uno que nos escribimos. En mi opinión, es bastante galante de mi parte ir a su encuentro.

—Sí, pero decidme, por favor, ¿qué voy a hacer allí? ¿Para qué puedo servir?

—Cosas mías. Temo el aburrimiento de un cara a cara; vos sois amable, y yo estoy muy contenta de teneros a mi lado.

—Escoger el día de una reconciliación para presentarme me parece bastante absurdo. Me haréis creer que soy poca cosa. Añadid a eso el apuro que acompaña a una primera entrevista. En verdad, no veo nada divertido para ninguno de los tres en el paso que vais a dar.

—¡Ah!, nada de moral, os lo suplico; olvidáis el objetivo de vuestro papel. Hay que divertirme, distraerme, y no predicarme.

La vi tan decidida que tomé la resolución de estarlo tanto como ella. Me eché a reír de mi personaje, ambos nos pusimos muy contentos.

Habíamos cambiado por segunda vez de caballos. La misteriosa antorcha de la noche iluminaba un cielo puro y difundía una penumbra muy voluptuosa. Nos acercábamos al lugar donde iba a concluir la entrevista. De vez en cuando se me hacía admirar la belleza del paisaje, la calma de la noche, el conmovedor silencio de la naturaleza. Para admirar juntos, como es lógico, nos asomábamos a la misma portezuela; el movimiento del carruaje hacía que la cara de Mme. de T... y la mía se rozasen. En una sacudida imprevista, ella me estrechó la mano; y yo, gracias al mayor azar del mundo, la retuve entre mis brazos. No sé qué esperábamos ver en aquella postura. Lo cierto es que los objetos se nublaban a mis ojos cuando bruscamente se apartó de mí y se lanzó al fondo de la carroza.

—Vuestro propósito —dijo tras una ensoñación bastante profunda—, ¿es convencerme de la imprudencia del paso que voy a dar?

La pregunta me dejó perplejo.

—¿Propósitos... con vos?... ¡Qué locura! Los veríais venir de lejos; pero un azar, una sorpresa... se pueden perdonar.

—Al parecer, habéis contado con ello.

Habíamos llegado casi sin darnos cuenta de que entrábamos en el antepatio³ del

castillo. Todo estaba iluminado, todo anunciaba la alegría, salvo el rostro del señor, que era reacio a expresarla. Sólo un aire lánguido mostraba en él la necesidad de una reconciliación por razones de familia. Las conveniencias llevan, sin embargo, a M. de T... hasta la portezuela. Me presentan, él me tiende la mano, y yo soy, pensando en mi personaje, pasado, presente y futuro. Recorro salones decorados con tanto gusto como magnificencia, pues el dueño de la casa era refinado en todas las búsquedas del lujo. Se esforzaba por reanimar con imágenes voluptuosas los recursos de un físico agotado. Como no sabía qué decir, me salvé con elogios de admiración. La diosa se apresura a hacer los honores del templo, y a recibir los cumplidos.

—Esto no es nada; tengo que llevaros a los aposentos del señor.

—Señora, hace cinco años que los mandé demoler.

—¡Ah!, ¡ah! —dijo ella.

Cenando, no se le ocurrió otra cosa que sugerir al señor vaca de río⁴, y el señor le respondió:

—Señora, hace tres años que estoy a leche.

—¡Ah!, ¡ah! —volvió a decir ella.

¿Cómo describir una conversación entre tres seres tan sorprendidos de encontrarse juntos?

Acaba la cena. Yo imaginaba que nos acostaríamos temprano; mas sólo acerté con el marido. Al entrar en el salón, dijo:

—Os agradezco, señora, la precaución que habéis tenido de traer al caballero. Habéis pensado que no sería yo un gran aliciente para la velada, y habéis pensado bien, pues me retiro.

Luego, volviéndose hacia mí, añadió en tono irónico:

—El señor me perdonará, y se encargará de presentar mis disculpas a la señora.

Y nos dejó.

Nos miramos y, para alejarnos de cualquier reflexión, Mme. de T... me propuso dar una vuelta por la terraza, mientras los criados terminaban de cenar. La noche estaba soberbia; permitía vislumbrar los objetos, y parecía velarlos sólo para dar mayor vuelo a la imaginación. El castillo, así como los jardines apoyados en la ladera de una montaña, descendían en terraza hasta las orillas del Sena; sus multiplicadas sinuosidades formaban pequeñas islas agrestes y pintorescas que daban variedad a los cuadros y aumentaban el encanto de aquel bello lugar.

Fue por la más larga de aquellas terrazas por la que paseamos al principio: estaba cubierta de tupidos árboles. Nos habíamos repuesto de aquella especie de burla que acabábamos de soportar; y, mientras paseábamos, me hizo algunas confidencias. Las confidencias se atraen, yo también las hice, volviéndose cada vez más íntimas y más interesantes. Hacía mucho que caminábamos. Al principio me había dado su brazo, luego ese brazo se había entrelazado, no sé de qué manera, mientras el mío la levantaba y casi le impedía tocar el suelo. La postura era agradable, pero fatigosa a la larga, y aún

teníamos muchas cosas que decirnos. Aparece un banco de césped; nos sentamos sin cambiar de postura. Fue en esa posición cuando empezamos a hacer el elogio de la confidencia, de su encanto, de sus dulzuras.

—¡Eh! —me dijo—, ¿quién puede disfrutar de ella mejor que nosotros, con menos temor? Sé demasiado bien que os debéis a la relación que sé que mantenéis para tener algo que temer a vuestro lado.

Quizá quería que la contradijese, no lo hice. Así pues, nos convencimos mutuamente de que era imposible que pudiéramos ser nunca otra cosa de lo que entonces éramos.

—Lamentaría, sin embargo —le dije—, que la sorpresa de hace un rato hubiera amilanado vuestro espíritu.

—No me alarmo tan fácilmente.

—Temo, sin embargo, que os haya dejado ciertas nubes.

—¿Qué se necesita para tranquilizaros?

—¿No lo adivináis?

—Deseo que me lo aclaréis.

—Tengo que estar seguro de que me perdonáis.

—¿Y para eso haría falta que...?

—Que me concedieseis aquí el beso que el azar...

—Me parece bien; vuestro orgullo crecería si os lo negase. Vuestro amor propio os haría creer que os temo.

La voluntad de prevenir las ilusiones me concedió el beso.

Con los besos ocurre como con las confidencias: se atraen, se aceleran, se enardecen unos con otros. En efecto, en cuanto fue dado el primero, un segundo le siguió; luego, otro: se agolpaban, entrecortaban la conversación, la sustituían; apenas, en fin, dejaban a los suspiros la libertad de escapar. Sobrevino el silencio, lo oímos (pues a veces se oye el silencio): nos asustó. Nos levantamos sin decir nada, y reanudamos el paseo.

—Hay que volver —dijo—, el aire de la noche no nos hace ningún bien.

—Me parece menos peligroso para vos —le respondí.

—Sí, soy menos susceptible que otras; pero no importa, volvamos.

—Por consideración hacia mí, sin duda... queréis protegerme del peligro de las impresiones de un paseo como éste... y de las secuelas que podría tener sólo para mí.

—¡Qué delicadeza atribuíis a mis motivos! Me parece bien de todos modos... Pero volvamos, lo exijo (frases torpes que deben perdonarse en dos seres que se esfuerzan por no pronunciar, mal que bien, lo que tienen que decirse).

Me obligó a tomar el camino de vuelta al castillo.

No sé, no sabía al menos si aquella decisión era una violencia que ella se imponía, si era una resolución firme, o si compartía la pena que yo sentía al ver acabarse de aquella forma una escena que había empezado tan bien; mas, por un instinto mutuo, aminoramos el paso y caminamos entristecidos, descontentos el uno del otro y de nosotros mismos. No sabíamos ni a quién ni a qué echar la culpa. Ninguno de los dos

tenía derecho a exigir nada, a pedir nada: ni siquiera teníamos el recurso de un reproche. ¡Cómo nos habría aliviado una pelea! Pero ¿con qué motivo? Mientras, nos acercábamos, calladamente ocupados en sustraernos al deber que nos habíamos impuesto de manera tan torpe.

Llegábamos a la puerta cuando por fin Mme. de T... habló:

—No estoy muy satisfecha de vos..., tras la confianza que os he mostrado..., está mal..., muy mal que no me concedáis ninguna. Ved si, desde que estamos juntos, me habéis dicho una palabra de la condesa. ¡Es tan dulce, sin embargo, hablar de lo que se ama! Y no podéis dudar de que os hubiera escuchado con interés. Esa complacencia era lo menos que debía hacer por vos después de haber corrido el riesgo de privaros de ella.

—¿No puedo haceros el mismo reproche, y no habríamos adelantado mucho si, en lugar de hacerme confidente de una reconciliación con un marido, me hubierais hablado de una opción más conveniente, de una opción...?

—Os interrumpo... Pensad que basta una mera sospecha para herirnos. A poco que conozcáis a las mujeres, sabréis que hay que esperarlas en las confidencias... Volvamos a vos: ¿a qué punto habéis llegado con mi amiga? ¿Os hace muy feliz? ¡Ah!, me temo lo contrario: y eso me aflige, pues me intereso tan tiernamente por vos... Sí, caballero, me intereso... acaso más de lo que suponéis.

—Entonces, señora, ¿por qué pretender creer con la gente lo que ésta se divierte en exagerar, en señalar todas las circunstancias?

—Ahorraos el disimulo; sé sobre vos todo cuanto se puede saber. La condesa es menos misteriosa que vos. Las mujeres de su especie son pródigas de los secretos de sus adoradores, sobre todo cuando un carácter discreto como el vuestro podría escamotearle sus triunfos. Lejos de mí acusarla de coquetería; pero una mojigata no tiene menos vanidad que una coqueta. Decidme con sinceridad: ¿no sois a menudo víctima de tan extraño carácter? Hablad, hablad.

—Pero, señora, queríais volver a la casa... El aire...

—Ha cambiado.

Había vuelto a cogerme del brazo, y de nuevo empezábamos a caminar sin que yo me diese cuenta de la ruta que tomábamos. Lo que acababa de decirme del amante que yo le conocía, lo que me decía sobre la amante a la que me sabía unido, aquel viaje, la escena del carruaje, la del banco de césped, la hora, todo aquello me turbaba; unas veces me dejaba arrastrar por el amor propio o los deseos, otras me devolvía a la sensatez la reflexión. Estaba por otra parte demasiado emocionado para darme cuenta de lo que sentía. Mientras yo era presa de impulsos tan confusos, ella había seguido hablando, y siempre de la condesa. Mi silencio parecía confirmar todo lo que se complacía en decir. Sin embargo, algunas pullas que se le escaparon me hicieron volver en mí.

—¡Qué fina es! —decía—, ¡cuántas gracias tiene! En su boca, una perfidia parece una agudeza; una infidelidad parece un esfuerzo de la razón, un sacrificio a la decencia. Nunca se entrega; siempre es amable; rara vez tierna, y nunca sincera; galante por

temperamento, mojigata por sistema, vivaracha, prudente, hábil, atolondrada, sensible, sabia, coqueta y filósofa: es un Proteo para las formas, una Gracia en los modales: atrae, se escapa. ¡Cuántos papeles no la he visto representar! Entre nosotros, ¡cuántas víctimas la rodean! ¡Cómo se burló del barón!... ¡Qué malas pasadas le jugó al marqués! Cuando os tomó, fue para distraer a dos rivales demasiado imprudentes que estaban a punto de dar un escándalo. Los había tratado con excesiva consideración, ellos habían tenido tiempo de observarla; habrían terminado por desenmascararla. Pero os sacó a escena, los entretuvo con la solicitud que os prestaba, los condujo a nuevas búsquedas, os desesperó, os compadeció, os consoló; y los cuatro quedasteis contentos. ¡Ah!, qué dominio el que una mujer hábil tiene sobre vos! ¡Y qué feliz es cuando con ese juego finge todo sin arriesgar nada!

Mme. de T... acompañó esta última frase con un suspiro muy significativo. ¡Era el golpe maestro!

Tuve la impresión de que acababan de quitarme una venda de los ojos, y no vi la que me ponían. Mi amante me pareció la más falsa de todas las mujeres, y creí encontrar al ser sensible. También yo suspiré, sin saber a quién dirigía aquel suspiro, sin discernir si lo había provocado el dolor o la esperanza. Pareció contrariada por haberme apenado, y por haberse dejado llevar demasiado lejos en una descripción que, hecha por una mujer, podía parecer sospechosa.

No podía creer lo que estaba oyendo. Nos adentrábamos por la gran ruta del sentimiento, y la retomábamos desde tan alto que era imposible vislumbrar el término del viaje. En mitad de nuestros metafísicos razonamientos, me hizo ver, en el extremo de una terraza, un pabellón que había sido testigo de los más dulces momentos. Me detalló su situación, su mobiliario. ¡Qué lástima no tener la llave! Mientras seguíamos hablando, íbamos acercándonos a él. Estaba abierto; sólo le faltaba la claridad del día. Pero también la oscuridad podía prestarle algunos encantos. Además, ya sabía yo lo encantador que era el objeto que iba a embellecerlo.

Nos estremecimos al entrar. Era un santuario, y era el del amor. Se apoderó de nosotros; nuestras rodillas flaquearon; nuestros lánguidos brazos se enlazaron, y, al no poder sostenernos, fuimos a caer en un canapé que ocupaba una parte del templo. La luna se ponía y el último de sus rayos no tardó en llevarse el velo de un pudor que, a mi parecer, resultaba importuno. Todo se confundió en las tinieblas. La mano que quería rechazarme sentía palpar mi corazón. Ella pretendía huir de mí, volvía a caer más enternecida. Nuestras almas se encontraban, se multiplicaban; nacía una de cada uno de nuestros besos.

Cada vez menos tumultuosa, la embriaguez de nuestros sentidos seguía sin permitirnos el uso de la voz. Conversábamos en silencio con el lenguaje del pensamiento. Mme. de T... se refugiaba en mis brazos, ocultaba su cabeza en mi pecho, suspiraba y se calmaba con mis caricias; se afligía, se consolaba, y pedía amor por todo lo que el amor acababa de quitarle.

Ese amor, que un momento antes la asustaba, la tranquilizaba ahora. Si, de un lado, se quiere dar lo que uno se ha dejado quitar, de otro se quiere recibir lo que fue arrebatado; y ambas partes se apresuran a obtener una segunda victoria para asegurarse la conquista.

Todo aquello había resultado algo atropellado. Sentimos que era culpa nuestra. Recuperamos con mayor detalle lo que se nos había escapado. Cuando el ardor es excesivo, la delicadeza es menor. Corremos tras el goce confundiendo todas las delicias que lo preceden: arrancamos un nudo, desgarramos una gasa; en todas partes la voluptuosidad deja su huella, y no tarda el ídolo en semejarse a la víctima.

Más tranquilos, el aire nos pareció más puro, más fresco. No habíamos oído que el río, cuyas ondas bañan los muros del pabellón, rompía el silencio de la noche con un dulce murmullo que parecía acordar con la palpitación de nuestros corazones. La oscuridad era demasiado densa para permitirnos distinguir ningún objeto; mas, a través del crespón transparente de una bella noche de estío, nuestra imaginación hacía de una isla que estaba delante de nuestro pabellón un lugar encantado. El río nos parecía cubierto de amorcillos que jugueteaban en las ondas. Nunca los bosques de Cnido⁵ estuvieron tan poblados de amantes como nosotros poblábamos con ellos la otra orilla. Para nosotros, en la naturaleza no había más que parejas felices, y ninguna tan feliz como la nuestra. Habríamos desafiado a Psique y al Amor⁶. Yo era tan joven como él; Mme. de T... me parecía tan deliciosa como ella. Más entregada, me pareció más arrebatadora todavía. Cada momento me proporcionaba una belleza. La antorcha del amor me la iluminaba a los ojos del alma, y el más seguro de los sentidos confirmaba mi felicidad. En cuanto desterramos el temor, las caricias buscan las caricias: se llaman con mayor ternura. Sólo queremos que nos roben un favor. Si los diferimos, es refinamiento. El rechazo es tímido, no es otra cosa que un tierno cuidado. Se desea, no se querría: es el homenaje lo que complace... El deseo halaga... El alma se exalta con él... Adoramos... No cederemos... Hemos cedido.

—Ah —me dijo ella con una voz celestial—, salgamos de esta peligrosa morada; aquí los deseos se reproducen sin tregua, y no se tienen fuerzas para resistirse a ellos.

Y tira de mí.

Nos alejábamos con pena; ella volvía a menudo la cabeza; una llama divina parecía brillar en el atrio.

—Lo has consagrado para mí —me decía—. ¿Quién sabría nunca agradar en él como tú? ¡Cómo sabes amar! ¡Qué feliz es ella!

—¿Quién? —exclamé asombrado—. ¡Ah!, si dispenso felicidad, ¿a qué ser de la naturaleza podríais envidiar?

Al pasar delante del banco de césped, nos detuvimos sin querer y con una muda emoción.

—¡Qué espacio inmenso —me dijo— entre este lugar y el pabellón que acabamos de dejar! Tengo tan colmada el alma de mi dicha que apenas recuerdo que haya podido resistirme a vos.

—¡Bueno! —le dije—, ¿veré disiparse aquí el encanto que había colmado allí mi imaginación? ¿Habrá de serme siempre fatal este sitio?

—¿Hay alguno que aún pueda serlo para ti cuando estoy contigo?

—Sí, desde luego, pues aquí soy tan desdichado como feliz era en el que acabo de dejar. El amor exige mil prendas: cree no haber obtenido nada mientras le queda algo que obtener.

—Todavía... No, no puedo permitírmelo... No, nunca... —y tras un largo silencio—: Pero ¡entonces me amas mucho!

Ruego al lector que recuerde que tengo veinte años. Sin embargo, la conversación cambió de asunto; se hizo menos seria. Hasta nos atrevimos a bromear sobre los placeres del amor, a analizarlo, a separarlo de lo moral, a reducirlo a lo simple y a probar que los favores no eran más que placer; que no había más compromisos (filosóficamente hablando) que los que se contraen con la gente al dejarla adivinar nuestros secretos, y cometiendo con ella algunas indiscreciones. «¡Qué noche tan deliciosa acabamos de pasar!», dijo ella, «sólo debida al atractivo de ese placer, nuestro guía y nuestra excusa. Si mañana hubiera razones que nos obligaran a separarnos, nuestra felicidad, ignorada por toda la naturaleza, no nos dejaría, por ejemplo, ningún lazo que desatar... Algunos pesares, cuya compensación sería un recuerdo agradable... Y, además, desde luego, el placer, sin la lentitud, el ajetreo y la tiranía del procedimiento».

Somos *máquinas* hasta tal punto (y me avergüenzo por ello) que, en lugar de toda la delicadeza que me atormentaba antes de la escena que acababa de ocurrir, participaba a medias cuando menos de la audacia de estos principios; me parecían sublimes, y ya sentía en mí una disposición muy cercana al amor por la libertad.

—¡Hermosa noche! —me decía ella—, ¡qué hermosos parajes! Hace ocho años que los abandoné, pero no han perdido nada de su encanto; acaban de recobrar para mí todos los de la novedad; nunca olvidaremos ese gabinete, ¿verdad? El castillo esconde uno más delicioso todavía; mas no se os puede enseñar nada: sois como un niño que quiere tocar todo y rompe cuanto toca.

Un impulso de curiosidad, que me sorprendió a mí mismo, me hizo prometer que sólo sería lo que ella quisiera. Aseguré que me había vuelto muy razonable. Cambió de tema.

—Esta noche —dijo—, me parecería totalmente agradable si no me hiciera yo ningún reproche. Estoy molesta, realmente molesta por lo que os he dicho de la condesa. No es que quiera quejarme de vos. La novedad escuece. Me habéis encontrado amable, y quiero creer que obrabais de buena fe; mas lleva tanto tiempo destruir el imperio de la costumbre que yo misma siento que no poseo lo que se precisa para hacerlo. Además, he agotado todos los recursos que el corazón tiene para encadenar. ¿Qué podríais esperar ahora a mi lado? ¿Qué podríais desear? Y sin deseo ni esperanza ¿qué se vuelve uno junto a una mujer? Os he prodigado todo; acaso os cueste mucho perdonarme un día los placeres que, tras el momento de la embriaguez, os abandonan a la severidad de las reflexiones. A propósito, decidme, ¿qué os ha parecido mi marido? Bastante huraño,

¿verdad? El régimen no es agradable. No creo que os haya visto con sangre fría. Tendrá sospechas de nuestra amistad. No debemos prolongar este primer viaje: se pondrá de mal humor. En cuanto venga gente (y vendrá sin duda)... Además, también vos tenéis precauciones que tomar... ¿Os acordáis del aspecto del señor, ayer al despedirse?... –vio la impresión que me causaban estas últimas palabras y añadió enseguida–: Estaba más alegre cuando hizo arreglar con tanta exquisitez el gabinete del que os hablaba hace un rato. Fue antes de mi matrimonio. Está junto a mis habitaciones. Nunca fue para mí más que un testimonio... de los artificiales recursos que necesitaba M. de T... para fortalecer su sentimiento, y de la escasa energía que yo aportaba a su alma.

Era así, a intervalos, como ella excitaba mi curiosidad sobre aquel gabinete.

–Está junto a vuestras habitaciones –le dije–; ¡qué placer vengar en él vuestros atractivos ofendidos! ¡Restituírles lo que se os ha robado!

Esto le pareció de mejor tono.

–¡Ah! –le dije–, si yo fuera elegido para ser el héroe de esa venganza, si el placer del momento pudiera hacer olvidar y reparar las languideces de la costumbre...

–Si me prometierais ser razonable –dijo ella interrumpiéndome.

Debo confesar que no sentía todo el fervor, toda la devoción que se precisaba para visitar aquel nuevo templo; pero sí mucha curiosidad: ya no era Mme. de T... lo que yo deseaba, era el gabinete.

Habíamos vuelto a la casa. Las lámparas de las escaleras y de los corredores estaban apagadas, vagábamos por un dédalo. Hasta la misma dueña del castillo había olvidado las salidas; por fin llegamos a la puerta de sus habitaciones, de aquellas habitaciones que encerraban tan alabado refugio.

–¿Qué vais a hacer de mí? –le dije–; ¿qué queréis que sea? ¿Me despediréis así, solo, en la oscuridad? ¿Me expondréis a hacer ruido, a descubrirnos, a traicionarnos, a perderos?

No creyó que hubiera réplica para este razonamiento.

–Me prometéis entonces...

–Todo... todo lo que queráis.

Aceptó mi juramento. Abrimos despacio la puerta: hallamos a dos mujeres dormidas; una joven, la otra de mayor edad. Esta última era la de confianza, fue a ella a la que despertamos. Le habló al oído. No tardé en verla salir por una puerta secreta, artísticamente fabricada en un revestimiento de la pared. Me ofrecí a hacer las veces de la mujer que dormía. Fueron aceptados mis servicios. Ella se desembarazó de todo ornamento superfluo. Una simple cinta retenía todos los cabellos, que escapaban en flotantes rizos; sólo les añadió una rosa que yo había cogido en el jardín, y que sin darme cuenta seguía teniendo en la mano: una camisa abierta sustituyó a toda la demás indumentaria. No había un solo nudo en todo aquel aderezo: encontré a Mme. de T... más hermosa que nunca. Un poco de fatiga pesaba sobre sus párpados y daba a su mirada una languidez más interesante, una expresión más dulce. El colorido de sus labios,

más vivo que de costumbre, realzaba el esmalte de sus dientes y volvía más voluptuosa su sonrisa; rubores esparcidos acá y allá destacaban la blancura de su tez y daban testimonio de su finura. Aquellas huellas del placer me recordaban el goce. Me pareció, en fin, más seductora de lo que mi imaginación la había pintado en nuestros momentos más dulces. El revestimiento se abrió de nuevo, y la discreta confidente desapareció.

A punto de entrar, me detuvo: «Recordad», me dijo en tono grave, «que se supone que nunca habéis visto, ni sospechado siquiera, el asilo en el que vais a ser introducido. Nada de torpezas; sobre lo demás, estoy tranquila». La discreción es la primera de las virtudes; a ella se deben muchos instantes de felicidad.

Todo aquello tenía el aire de una iniciación. Se me hizo atravesar, llevado de la mano, un pequeño pasillo oscuro. Mi corazón palpitaba como el de un joven prosélito al que ponen a prueba antes de la celebración de los grandes misterios... «Mas vuestra condesa», me dice ella deteniéndose... Iba yo a replicar; las puertas se abrieron: la admiración interceptó mi respuesta. Quedé asombrado, arrobado, ya no sé lo que fue de mí, y de buena fe empecé a creer en el encantamiento. La puerta volvió a cerrarse, y ya no distinguí por dónde había entrado. Sólo vi un bosquecillo aéreo que, sin salida, parecía no sostenerse sobre nada ni dar a nada; al fin me encontré en una enorme jaula de espejos, en los que estaban artísticamente pintados unos objetos que, repetidos, producían la ilusión de todo lo que representaban. Ninguna luz se veía interiormente; un resplandor dulce y celestial penetraba según la necesidad que cada objeto tenía de ser más o menos visto; unos pebeteros exhalaban deliciosos perfumes; cifras y trofeos ocultaban a los ojos la llama de las lámparas que de una manera mágica iluminaban aquel deleitoso lugar. El lado por donde entramos representaba pórticos encañados y adornados de flores, y cenadores en cada hueco; al otro lado se veía la estatua del Amor distribuyendo coronas; ante esa estatua había un altar, sobre el que brillaba una llama; al pie de ese altar había una copa, coronas y guirnaldas; un templo de una arquitectura ligera terminaba decorando aquella parte; enfrente había una sombría cueva; el dios del misterio velaba en la entrada; el suelo, cubierto por una alfombra de *peluche*⁷, imitaba el césped. En el techo, unos geniecillos colgaban de guirnaldas; y en el lado que correspondía a los pórticos había un dosel bajo el que se acumulaba una gran cantidad de almohadillas⁸ con un baldaquino sostenido por amercillos.

Ahí fue donde la reina de aquel lugar se dejó caer indolentemente. Yo me eché a sus pies; ella se inclinó hacia mí, me tendió los brazos, y al instante, gracias a aquel grupo mil veces repetido en todos sus aspectos, vi aquella isla totalmente poblada de amantes felices.

Los deseos se reproducen por sus imágenes.

—¿Dejaréis —le dije— mi cabeza sin corona? Tan cerca del trono, ¿podré sentir tales rigores? ¿Podríais pronunciar vos un rechazo?

—¿Y vuestros juramentos? —me respondió levantándose.

—Era un mortal cuando los hice, vos me habéis hecho un dios: adoraros, ése es mi

único juramento.

–Venid –me dijo ella–, la sombra del misterio debe ocultar mi debilidad, venid...

Al mismo tiempo se acercó a la gruta. Apenas habíamos franqueado la entrada cuando no sé qué resorte, hábilmente dispuesto, tiró de nosotros. Llevados por el mismo movimiento, caímos blandamente sobre un montón de almohadones. La oscuridad reinaba con el silencio en aquel nuevo santuario. Nuestros suspiros hicieron las veces de lenguaje. Más tiernos, más multiplicados, más ardientes, eran intérpretes de nuestras sensaciones, marcaban su progresión; y el último de todos, aplazado un tiempo, nos advirtió que debíamos dar gracias al Amor. Ella cogió una corona que depositó sobre mi cabeza, y alzando apenas sus bellos ojos húmedos de voluptuosidad, me dijo: «¡Bien! ¿Amaréis nunca a la condesa tanto como a mí?». Iba a responder cuando la confidente, entrando de forma precipitada, me dijo: «Marchaos deprisa, es de día, ya se oyen ruidos en el castillo».

Todo se desvaneció con la misma rapidez con que el despertar destruye un sueño, y me encontré en el corredor antes de haber podido recobrar mis sentidos. Quería volver a mi aposento; mas ¿dónde ir a buscarlo? Toda pregunta me denunciaba, todo error era una indiscreción. La decisión más prudente me pareció bajar al jardín, donde resolví quedarme hasta que pudiera regresar de un paseo matinal con cierta verosimilitud.

El frescor y el aire puro de aquel momento calmaron poco a poco mi imaginación y expulsaron de ella lo maravilloso. En lugar de una naturaleza encantada, no vi más que una naturaleza ingenua. Sentía que la verdad regresaba a mi alma, que mis pensamientos nacían sin confusión y se seguían con orden; por fin respiraba. Lo más urgente que entonces hube de hacer fue preguntarme si era el amante de aquella a la que acababa de dejar, y cuál fue mi sorpresa al no saber qué responderme. ¿Quién me hubiera dicho ayer, en la Ópera, que podría hacerme semejante pregunta? ¡Y yo que creía saber que ella amaba hasta la locura, y desde hacía dos años, al marqués de...! ¡Y yo que me creía tan enamorado de la condesa que debía resultarme imposible serle infiel! ¡Cómo! ¡Ayer! Mme. de T... ¿Es verdad? ¿Habría roto con el marqués? ¿Me ha tomado para sucederle, o sólo para castigarle? ¡Qué aventura! ¡Qué noche! No sabía si aún seguía soñando; dudaba, y luego estaba persuadido, convencido, y luego ya no creía en nada. Mientras flotaba en tales incertidumbres, oí ruido cerca de mí: alcé los ojos, me los froté, no podía creer... era... ¿quién? El marqués.

–No me esperabas tan temprano, ¿verdad? ¡Bien!, ¿qué tal ha ido?

–Entonces ¿sabías que estaba aquí? –le pregunté.

–Sí, claro; me lo hicieron saber ayer en el mismo momento que os ibais. ¿Has interpretado bien tu personaje? ¿Le pareció al marido muy ridícula vuestra llegada? ¿Cuándo te despiden? Me he ocupado de todo; te traigo una buena silla de manos que estará a tu disposición; todo corre de mi cuenta. La señora de T... necesitaba un escudero, tú has desempeñado ese papel, la has entretenido en el camino; es cuanto ella quería; y mi agradecimiento...

—¡Oh!, no, no, os sirvo de forma generosa; y en esta ocasión, Mme. de T... podría decirnos que he puesto en ello un celo que está por encima de los poderes de la gratitud.

Acababa el marqués de esclarecer el misterio de la víspera y de darme la clave del resto. Sentí mi nuevo papel en ese mismo instante. Cada palabra estaba en su sitio.

—¿Por qué venir tan pronto? —dije—. Creo que hubiera sido más prudente...

—Todo estaba previsto; es el azar quien parece traerme aquí: se supone que vuelvo de una casa de campo vecina. ¿No te ha puesto Mme. de T... al corriente? Me parece mal esta falta de confianza, después de lo que hacías por nosotros.

—Sin duda tendría sus razones; además, de habérmelo dicho, quizá no hubiera interpretado tan bien mi personaje.

—¿Así que ha sido muy divertido? Cuéntame los detalles..., cuenta...

—¡Ah!... un momento. No sabía que todo esto fuera una comedia; y, aunque haya intervenido en la obra...

—No era el tuyo el mejor papel.

—¡Bah, bah!, no te preocupes; no hay mal papel para buenos actores.

—Entiendo; has salido bien parado.

—Maravillosamente.

—¿Y Mme. de T...?

—Sublime. Domina todos los géneros.

—¿Puedes creer que alguien haya conseguido dominar a esta mujer? Mi esfuerzo me ha costado; pero he llevado su temperamento hasta un punto en el que quizá sea la mujer de París de cuya fidelidad se puede estar más seguro.

—¡Excelente!

—Ahí radica mi talento: toda su inconstancia no era más que frivolidad, desarreglo de imaginación; había que apoderarse de esa alma.

—Es lo mejor.

—Eso crees, ¿verdad? No tienes idea de su cariño por mí. En realidad, es encantadora; convendrías en ello. Entre nosotros, sólo le conozco un defecto: que la naturaleza, al darle todo, le ha negado esa llama divina que remata todos sus beneficios. Hace nacer todo, sentir todo, pero ella no siente nada: es un mármol.

—Debo creerte, pues yo mismo no puedo... Pero ¿te das cuenta de que conoces a esa mujer como si fueras su marido? De hecho, uno podría llamarse a engaño; y si yo no hubiera cenado ayer con el verdadero...

—A propósito, ¿qué tal se portó?

—Nadie ha sido nunca tan marido como él.

—¡Oh!, estupenda aventura. Pero para mi gusto no te ríes bastante. ¿No te das cuenta de toda la comicidad de tu papel? Admite que el teatro del mundo presenta cosas muy extrañas; que en él ocurren escenas muy divertidas. Volvamos; estoy impaciente por reírme de ellas con Mme. de T... Ya debe de estar levantada. Dije que llegaría temprano.

Aunque hubiera sido más decente empezar por el marido. Vamos a tu habitación, quiero empolvarme un poco. Entonces ¿te han tomado por un amante?

—Podrás juzgar de mis éxitos por la acogida que me hagan. Son las nueve: ya que estamos aquí, vayamos a ver al señor.

Yo quería evitar mi cuarto, y con razón. De camino, el azar me llevó hasta él: la puerta, que había quedado abierta, nos dejó ver a mi ayuda de cámara durmiendo en un sillón; a su lado moría una vela. Al despertarse por el ruido, presentó atolondradamente mi bata al marqués, haciéndole algunos reproches por la hora a que volvía. Yo estaba sobre ascuas; pero el marqués estaba tan predispuesto a engañarse que sólo vio en él a alguien que, aún dormido, le hacía reír. Di a mi criado, que no sabía qué significaba todo aquello, la orden de preparar mi marcha, y continuamos para ver al señor. Es fácil imaginar quién fue bien recibido: desde luego, no fui yo; era lógico. A mi amigo se le hicieron las mayores instancias para que se quedase. Se le quiso llevar ante la señora, con la esperanza de que ella le decidiera. En cuanto a mí, no se atrevían, se me dijo, a hacerme la misma proposición, pues me encontraban demasiado abatido para tener alguna duda de que el aire del país me resultaba realmente funesto. Me aconsejaron por ello que volviera a la ciudad. El marqués me ofreció su silla; la acepté. Todo iba de maravilla, y todos estábamos contentos. Pero yo quería ver una vez más a Mme. de T...: era un goce que no podía negarme a mí mismo. Mi impaciencia era compartida por mi amigo, a quien mi sueño no explicaba nada y que estaba muy lejos de sospechar su causa. Al salir de la habitación de M. de T... me dijo: «¿No es admirable? Si le hubieran escrito sus réplicas, ¿lo habría hecho mejor? A decir verdad, es hombre muy galante; y bien mirado, estoy muy contento con esta reconciliación. Será una gran casa; y convendrás conmigo en que, para hacer los honores, no podía elegir a nadie mejor que a su mujer». Nadie más convencido que yo de esa verdad:

—Por divertido que sea, querido amigo, *motus*; el misterio se vuelve más esencial que nunca. Sabré dar a entender a Mme. de T. que su secreto no podría estar mejor guardado.

—Puedes estar seguro, amigo mío, de que cuenta conmigo; y ya lo ves, su sueño no se ha visto turbado.

—¡Oh!, hay que admitir que no tienes rival para dormir a una mujer.

—Y a un marido, querido; e incluso a un amante si fuera necesario.

Finalmente, nos avisaron que podíamos entrar en los aposentos de Mme. de T...; a ellos nos dirigimos.

—Os anuncio, señora —dijo al entrar nuestro charlatán—, a vuestros dos mejores amigos.

—Me hacía temblar la idea —me dijo Mme. de T...— de que os hubieseis marchado antes de despertarme, y os agradezco que hayáis sentido la pena que me habría dado.

Nos examinaba alternativamente a uno y a otro; pero no tardó en tranquilizarla el aplomo del marqués, que siguió tomándome a broma. Ella se rió conmigo lo suficiente

como para consolarme, y sin rebajarse a mis ojos. Dirigió al otro palabras tiernas, a mí otras honestas y *decentes*; bromeó, pero sin burlarse.

—Señora —dijo el marqués—, ha terminado su papel tan bien como lo empezó.

Ella respondió en tono grave:

—Estaba segura del éxito de todos los que se le confiasen al señor.

Él le contó lo que acababa de pasar con su marido. Ella me miró, dio su aprobación, y no se rió:

—En cuanto a mí —dijo el marqués, que parecía haber jurado no acabar nunca—, estoy encantado con todo esto: es un amigo lo que hemos ganado, señora. Te lo repito una vez más, nuestro agradecimiento...

—¡Eh!, señor —dijo Mme. de T...—, dejémoslo ahí, y estad seguro de que siento todo lo que debo al señor.

Anunciaron a M. de T..., y todos nos hallamos en situación. El señor de T... me había tomado el pelo y me despedía, mi amigo le engañaba y se burlaba de mí; yo le correspondía, sin dejar de admirar a Mme. de T..., que se burlaba de todos nosotros, sin perder nada de la dignidad de su carácter.

Después de disfrutar unos instantes con la escena, comprendí que la hora de mi marcha había llegado. Me retiraba, Mme. de T... me siguió, fingiendo querer hacerme un encargo.

—Adiós, señor; os debo muchos placeres; mas os he pagado con un hermoso sueño. En este momento, vuestro amor os llama: la persona que tiene por objeto es digna de él. Si le he robado algunos transportes, os devuelvo a ella, más tierno, más delicado y más sensible.

»Adiós una vez más. Sois encantador... No me malquistéis con la condesa.

Me estrechó la mano, y me dejó.

Yo subí al coche que me aguardaba. Busqué concienzudamente la moraleja de toda esta aventura, y... no la encontré.

Pidansat de Mairobert

Confesión de una joven

Nacido en Champagne, Mathieu François Pidansat de Mairobert (1727–1779) llegó joven a París, sumándose enseguida como invitado al círculo de Mme. Doublet, que reúne a periodistas, académicos y literatos interesados en la vida política y las bellas artes; de su salón salían las gacetas y noticieros más divertidos, con información sobre libros, teatros, reuniones literarias, vodeviles, canciones, anécdotas de la corte y la ciudad..., en un tono satírico y maledicente que los hacían únicos. Recién llegado de provincias, Mairobert desprecia la toga y las finanzas debido a la atracción que siente por la «noticia». A la muerte de Louis Petit Bachaumont, cofundador de la tertulia y «noticiero», Pidansat reúne todos sus artículos en unas *Mémoires secrets pour servir à l'histoire de la république des lettres en France [...] ou Journal d'un observateur* (*Memorias secretas para servir a la historia de la república de las letras en Francia [...] o Diario de un observador*, 1777) que se harán célebres enseguida.

Pidansat redacta entonces *L'Observateur anglais, une correspondance secrète entre milord All'Eye et milord All'Ear* (*El Observador inglés, una correspondencia secreta entre milord All'Eye y milord All'Ear*), que tendrá su continuación en 1779 en *L'Espion anglais*. Ambas gacetas quieren ser reflejo de la sociedad francesa y abarcar las materias más importantes: religión, finanzas, comercio, filosofía, artes, espectáculos, etcétera; con atención especial a una de las atracciones que más obsesionó a Mairobert: el mundo de las actrices y de las cortesanas. Este periodismo clandestino que propaga una visión de la realidad, basada unas veces en hechos ciertos, otras en rumores, no tardará en ser objeto de la atención de la policía, para quien Mairobert era «la peor lengua de París», según uno de sus inspectores; se le cree autor de versos satíricos contra el rey y Mme. de Pompadour, y de libelos contra el primer ministro Maupeou, contra la principal amante del rey, Mme. du Barry, etcétera. El espíritu crítico de su labor periodística dará con los huesos de Mairobert en la Bastilla durante un año; no sirvió para que abandonase su diagnóstico de la «descomposición de la vieja sociedad francesa» anticipando el «cataclismo final», según Octave Uzanne, que en 1885 reunió una antología de los artículos de *L'Espion anglais* bajo el título de *Les Mœurs secrètes du XVIIIe siècle* (*Las costumbres secretas del siglo XVIII*).

Mairobert ve llegar ese cataclismo, es consciente de que va a producirse, y también del

papel que han de desempeñar el periodismo y la difusión de las noticias en el acontecimiento; su afición por el mundo de las cortesanas le permitió levantar el velo sobre uno de los tabúes de la época: la vida de actrices como Françoise Raucourt y su secta de las anandrinas en la *Confesión de una joven*, o los rumores que circulaban sobre la amante del rey en *Anecdotes sur Mme. la Comtesse du Barry* (*Anécdotas sobre la señora condesa de Barry*), cuya trayectoria de la miseria al lecho real es en cierto modo parecida a la que describe la *Confesión*.

Pero cuando los momentos críticos del Antiguo Régimen van a concretarse en un vuelco histórico, Mairobert, que ya ostentaba cargos como secretario del rey y del duque de Chartres y censor real, se suicida el 30 de marzo de 1779; el Parlamento de París le había implicado en el caso del marqués de Brunoy, entre cuyas relaciones homosexuales habría figurado Mairobert, citado a declarar aparentemente como acreedor.

Confesión de una joven, que se publicó en *L’Espion anglais* (póstuma, Londres, 1784) como correspondencia entre milord All’Eye (Todo ojos) y milord All’Ear (Todo oídos), tiene más de relato, de crónica novelada que de cuento, en su descripción de una realidad oculta bajo muchos velos por la sociedad francesa; crónica literaria y crónica escandalosa, la *Confesión de una joven* pertenece a un género nuevo que tiene sus raíces en una modalidad literaria propia del siglo XVIII, el periodismo, y obliga a la novela a dar un paso: desde la lírica irrealidad de los primeros ilustrados en un Antiguo Régimen encerrado en sí mismo, a la realidad de calles y callejas donde pululan los desposeídos. La oculta realidad de la homosexualidad femenina, que Safo describe de manera científica, queda al descubierto en todo su pormenor, y supone para la protagonista el principal peldaño de su ascenso social desde la nada de su nacimiento, remedo de los nacimientos de la picaresca.

Confesión de una joven

(Confession d'une jeune fille, 1784)

Carta IX

Confesión de una joven

Había helado un poco, Milord, la noche de Navidad, preparando una bella jornada para el día siguiente. Por la mañana el tiempo era suave, el cielo hermoso, el sol caldeaba la atmósfera. A eso de mediodía una gran afluencia de gente se había dirigido a las Tullerías, a la terraza des Feuillants¹, lugar habitual del paseo en esa estación. También es ahí donde el señor conde de Aranda² suele tomar el aire una vez al día por lo menos. Allí me había encontrado con este caballero; y charlaba con él cuando observamos un gran movimiento al pie de esa terraza; los suizos, los guardas del jardín acudían de todas partes seguidos por la multitud; nos acercamos y reconocimos con bastante claridad a *la condesita*. Debo recordaros que así es como en la Corte, donde todo se pinta de color de rosa, se califica a Mme. Gourdan³, esa famosa celestina de la que os he hablado varias veces⁴. La acompañaba una ninfa muy bien vestida, muy bonita y muy joven; todavía era una niña. Llevaba algo desordenadas las ropas y lloraba mucho; en cuanto a la otra, estaba encendida, vomitaba imprecaciones y tenía todas las trazas de una arpía; las precedía un anciano consternado de dolor, de fisonomía bastante noble, pero vestido como un hombre de campo. No tardó en correr el rumor de que, cuando este aldeano buscaba a su hija, que había desaparecido de su pueblo hacía un tiempo, había creído reconocerla a pesar de la elegante indumentaria con la que nunca la había visto; que se había dirigido a la joven, la había tratado con dureza, y había querido apoderarse de ella y recuperarla, a lo que se habían opuesto, por una parte, la madre abadesa, y, por otra, y con más fuerza, la joven, que aparentaba ignorar quién era, lo que él decía o lo que exigía; y que el patán, furioso por verse desconocido de aquel modo y renegado por su propia sangre, le había dado un par de bofetadas, delito que ocasionaba todo aquel tumulto. Los llevaban al castillo para recibir las órdenes del señor gobernador o del oficial al mando⁵.

El caballero español es aficionado al bello sexo; y, como sabéis, yo no lo soy menos; nos interesamos por la suerte de la joven, y quisimos saber lo que se decidiría. En ese instante vi alejarse del paseo y correr a palacio a M. Clos, el teniente general del

prebostazgo de palacio⁶; supuse que iba a cumplir con sus deberes; el azar quería que yo cenase con él ese mismo día, en casa del marqués de Villette⁷, donde se aloja; me felicité por ello y prometí al conde informarle al día siguiente con todo lujo de detalles sobre la aventura en la terraza en la que nos dimos cita.

Mis conjeturas eran acertadas; a su llegada, M. Clos nos confirmó la veracidad de los rumores difundidos entre el público. Nos dijo que no dudaba de que la joven fuese hija del campesino; pero que, como el acto de corrección ejercido con ella por aquel infortunado padre era un delito tanto en sí mismo como en razón de su publicidad, y más todavía debido al lugar regio, no había podido evitar, por justa que en el fondo fuera la reclamación del aldeano, enviarlo a prisión, a la vez que mandaba liberar a las dos mujeres con la obligación de ir a las cinco de la tarde a su palacio para ser interrogadas. Juzgad el enorme ardor de los comensales por conocer el resultado: se preci6 de poder satisfacer nuestra curiosidad y de ir cuando menos a vernos. Le esperamos y, en efecto, a eso de las nueve nos informó de que el problema sólo había sido de conciliación; que lo había arreglado de inmediato; que, por supuesto, el caso había requerido idas y venidas que le habían retenido hasta aquel momento. De acuerdo con su relato, la joven resultaba ser realmente hija del campesino; pero, además de que la inclinación que sentía por el libertinaje no le permitía seguir viviendo ni en un pueblo ni en la casa paterna, estaba embarazada y en estado avanzado, espectáculo bastante escandaloso entre las gentes de condición humilde; en fin, que se había puesto bajo la salvaguarda de la Academia Real de Música haciéndose inscribir como supernumeraria en ese teatro, de manera que su padre y su madre ya no tenían derecho alguno sobre ella⁸. El anciano, hombre de sentido común, se había visto obligado a rendirse ante tales razones y a desistir de una autoridad que en el futuro sólo habría podido ejercer para desgracia de su hija y por consiguiente para la suya propia. El señor Clos, creyendo compensarle, había exigido que Mme. Gourdan le diese la cantidad de veinticinco luises por los gastos de su viaje; pero el aldeano, tras rechazarlos horrorizado, había declarado que no quería nada; que la infamia no se tapaba con dinero; que no le quedaba otra resolución que olvidar que hubiera tenido nunca una hija. Se rindi6 admiración a la energía de carácter del aldeano, a la nobleza de su rechazo; se reflexion6 sobre su mala estrella, que le había hecho salir de su casa para correr tras su hija, que le había permitido encontrarla sin poder recuperarla o detener sus extravíos, y que, como recompensa a tantos cuidados, penas y dolores, había terminado llevándolo a una prisión. No tardaron en dejar paso estas filosóficas reflexiones a un interés más vivo y natural por la joven; creció la curiosidad sobre ella, se acos6 a preguntas a M. Clos, que sonrió y dijo: «Caballeros, os tengo preparada una agradable sorpresa con la que no contáis: he devuelto a Mme. Gourdan a sus funciones y he retenido a Mlle. Safo, pues así se llama la ninfa; si queréis seguirme y subir, cenaréis con ella»⁹.

En casa de M. Clos encontramos a la criatura más encantadora posible; su embarazo aún no se notaba, y en el rostro tenía toda la ingenuidad de la infancia; aún estaba

conmocionada por la escena del día; las lágrimas rodaban de sus ojos, pues a su edad no podía haber perdido todo cariño por su padre, al que acababa de afligir de forma tan cruel. Los cumplidos, las galanterías insulsas y las caricias disiparon fácilmente aquella impresión de tristeza; recuperó su alegría, se formó un círculo alrededor de la lumbre, ella se sentó en el centro y nos contó su historia de la siguiente manera.

Soy del pueblo de Villiers-le-Vel; mi padre es un labrador que vive con cierta holgura pues trabajan él, su mujer y sus hijos; a mí siempre me han repugnado las ocupaciones del campo. Mientras ellos iban a sus faenas, me dejaban en casa para que me ocupase del hogar, y con frecuencia lo hacía muy mal, por lo que me reñían y maltrataban. Mi carácter me impulsa únicamente hacia la coquetería. Desde la infancia sentí un placer muy vivo en mirarme en los arroyos, en las fuentes, en un cubo de agua; cuando iba a casa del señor cura, no podía apartar los ojos del espejo. También era muy limpia por lo que a mí se refería; me lavaba con frecuencia la cara, me quitaba la mugre de las manos; me arreglaba el pelo y mi gorro lo mejor que podía; me encantaba cuando oía que alguien decía alrededor de mí: «Es bonita, será encantadora». Me pasaba el día entero suspirando por el domingo, porque ese día me daban una camisa blanca, una casaquilla¹⁰ parda que me recogía bien el talle y hacía resaltar la blancura de mi piel, zapatos nuevos y un pequeño encaje para mi toca. Cuando podía ponerme la cruz de oro de mamá, su anillo, sus joyas de plata, mi alegría llegaba al colmo. Además, ociosidad completa, el paseo, las compras, el baile. Así había llegado a los quince años; era ya mayor, y todos mis defectos habían crecido con la edad. No tardaron en desarrollarse otros nuevos; me volví singularmente lasciva. Sin saber por qué, ni lo que hacía, ni lo que quería, me desnudaba en cuanto estaba sola; me contemplaba complacida, recorría todas las partes de mi cuerpo, me acariciaba el pecho, las nalgas, el vientre; jugaba con el pelo negro que ya sombreaba el santuario del amor¹¹; cosquilleaba ligeramente su entrada; pero no me atrevía a hacer ninguna intromisión, me parecía tan estrecho, tan pequeño, que temía hacerme daño. Sin embargo, sentía un fuego devorador en esa parte; me deleitaba frotándome contra los cuerpos duros; contra una hermana pequeña que tenía, y que, demasiado joven para trabajar, se quedaba conmigo. Un día que mi madre volvió temprano de los campos, me sorprendió en ese ejercicio; se puso furiosa; me trató como a la última de las desgraciadas; me dijo que yo era una mala persona que nunca serviría para nada; una desvergonzada que deshonoraría a mi familia; una prostituta que había que enviar al convento de la Gourdan. Estos epítetos, cuyo sentido yo no comprendía, sólo me parecieron injuriosos porque iban acompañados de juramentos y de golpes tan violentos que tomé la decisión de abandonar la casa paterna y escaparme.

Madame Gourdan tenía, en efecto, en esa época una casa de campo en Villiers-le-Bel, a donde rara vez iba, pero a donde enviaba a sus muchachas enfermas, en particular a las que tenían que dar a luz, a las que quería ocultar; era, además, una casa adecuada para

toda suerte de usos secretos, para todas las operaciones clandestinas de su oficio. Estaba por lo tanto apartada, aislada, rodeada de bosque, con un acceso difícil; en la puerta sólo se podía hablar a través de una rejilla, y todas estas apariencias, bastante semejantes a las de un monasterio, para mí, ignorante de lo que allí se hacía, armonizaban con la denominación de convento que por burla solían darle los aldeanos; sólo conocía su verdadero empleo de oídas y simplemente como prisiones que me horrorizaban; no ocurría eso con el convento de Mme. Gourdan; veía a las novicias salir muy arregladas, riendo, cantando, bailando, y, sobre todo, sin hacer nada durante todo el día; pues a menudo aparecían por el pueblo; iban a comprar leche, frutas, y pagaban muy caro, lo cual las hacía agradables. Decidí seguir el consejo de mamá e intentarlo; oculté mi plan; me esforcé incluso por volverme más útil, y esperé el día en que supiera que Mme. Gourdan estaba en la casa. Poco después de mi escena con mamá, tuvo ella que hacer algo allí; corrí a su casa a la mañana siguiente y le di cuenta de mi vocación; ella ya me había echado el ojo desde hacía varios meses, según lo que después me dijo; me recibió encantada, me halagó, me dio caramelos, me dijo que yo le convenía mucho; que tenía una figura que haría mi fortuna; pero que no podía aceptarme sin el consentimiento de mis padres. Me eché a llorar y le expuse que nunca me atrevería a hablarles de aquello. Entonces, segura de mi discreción, me dijo: «Bueno, hacéis bien, no les digáis ni palabra; me marcho mañana a las once, adelantaos a mí; encontraos, como por casualidad, en mi ruta, os haré subir a mi carroza y os llevaré a París. Por otro lado, no necesitáis paquete alguno, conmigo no os faltará de nada». Le di las gracias, la abracé de todo corazón y ejecuté punto por punto lo que me había prescrito. Por su parte, ella había adoptado las precauciones necesarias para su seguridad¹²: tras enviar su carroza vacía, había utilizado la de un respetable prelado que había ido a aquel lugar para evitar el escándalo, y había viajado sola; me había depositado en el barrio de Saint-Laurent, en casa de un guardia de corps, amigo suyo, que estaba en Versailles; allí había tomado un coche de punto y había regresado a su casa de tal modo que no dejaba vestigio alguno de mi rapto y se sustraía a cualquier pesquisa. Por eso, por más sospechas que tuviera mi padre, por más diligencia que pusiera en perseguirme, no consiguió descubrir nada, y sólo al azar debió luego lo que no había podido lograr de las protecciones más altas ni de la policía más vigilante; pero aquellas pesquisas alcanzaron a mi conductora, hasta el punto de que estuvo varios días sin atreverse a hacerme ir a su casa, sin venir ni atreverse a enviar a nadie donde yo me encontraba; por fin, vino una noche.

Mientras tanto, yo había quedado en manos del ama de llaves del guardia de corps, dueña segura, que me había cuidado lo mejor que sabía, me había hecho comer y dormir con ella, y me había inspeccionado tan bien al parecer durante mi sueño que, cuando Mme. Gourdan apareció, oí que le decía al oído: «Habéis encontrado un Perú en esta niña; por mi honor que es doncella si no es virgen; pero tiene un clítoris diabólico; será más apropiada para mujeres¹³ que para hombres; nuestras tríbades más famosas han de pagaros esta adquisición a precio de oro».

Tras haber verificado el detalle, Mme. Gourdan escribió inmediatamente a Mme. de Furiel¹⁴, a la que sin duda todos conocéis, al menos por su reputación, para comunicarle su descubrimiento¹⁵. Ésta envió en mi busca con la misma diligencia y me hizo llevar a su *petite maison*. La doncella que había venido a recogerme misteriosamente en carreta, me hizo entrar primero en una especie de choza, de modo que me creí devuelta al pueblo; atravesamos luego un patio donde, aunque hubiera una puerta de carros, cuadras y cocheras, también vi establos, una lechería, gallinas, pavos, palomas, lo cual concordaba bastante con mi idea: por fin me desengañé cuando se hubo abierto una puertecita y vi un magnífico jardín de forma ovalada, rodeado de álamos muy altos que lo ocultaban a la vista de todos los vecinos. En medio había un pabellón también ovalado, rematado por una colosal estatua que, según después he sabido, era la de la diosa Vesta¹⁶. Se llegaba a él subiendo nueve escalones que lo rodeaban por todas partes. Primero encontré un vestíbulo iluminado por cuatro hachones: a ambos lados había dos estanques donde unas náyades suministraban agua a capricho a través de sus tetas; a la izquierda había un billar, y a la derecha un gabinete de baños donde me hicieron detenerme. Se me informó que no vería a la dueña de la casa hasta no haber recibido la preparación necesaria para presentarme ante ella. Empezaron, pues, por bañarme; tomaron las medidas de las primeras ropas que debía llevar. Durante la cena, mi guía me habló únicamente de la dama a la que iba a pertenecer, de sus encantos, de sus gracias, de sus bondades, de la dicha que disfrutaría a su lado, de la absoluta entrega que yo le debía. Estaba tan asombrada, tan aturdida por los objetos nuevos que por todas partes atraían mi atención, que no dormí en toda la noche.

Al día siguiente me llevaron a casa del dentista de Mme. de Furiel, que inspeccionó mi boca, me arregló los dientes, los limpió y me dio un agua capaz de volver dulce y suave el aliento. Cuando regresé, me metieron de nuevo en el baño; tras haberse secado ligeramente, me hicieron las uñas de los pies y las manos; me quitaron los callos, las durezas, los pellejos; me depilaron en los sitios donde unos vellos mal situados podían volver menos uniforme al tacto la piel, me peinaron la mata de pelo, que tenía ya magnífica, para que en los abrazos los mechones demasiado enmarañados no provocasen dolorosos enredos semejantes a los pliegues de rosa que hacían quejarse a los sibaritas¹⁷. Dos muchachas del jardín, acostumbradas a esa función, me limpiaron las aberturas, las orejas, el ano, la vulva; me estrujaron voluptuosamente todas las coyunturas a la manera de los germanos¹⁸ para hacerlas más ágiles. Una vez dispuesto así mi cuerpo, derramaron a oleadas esencias sobre él, luego me hicieron el aseo habitual de todas las mujeres, me peinaron con un moño muy suelto, con rizos que ondulaban sobre mis hombros y mis senos, y algunas flores en el pelo; luego me pusieron una camisa hecha al estilo de las tríades; es decir, abierta por delante y por detrás desde la cintura hasta abajo; pero atada con cordones; me ciñeron el pecho con un corsé suave y ligero; mi *íntima*¹⁹ y la falda del vestido, hechas como la camisa, prestaban la misma soltura. Terminaron por ajustarme una polaca de fino raso color rosa con la que estaba hecha

para pintarme. Dado mi carácter, podéis juzgar cuál fue mi alegría, qué arrobo cuando me vi así; era tres cuartas partes más hermosa; no me reconocía a mí misma; hasta entonces nunca había sentido tanto placer; porque ignoraba la clase de aquel que iba a procurarme Mme. de Furiel. Además, aunque ligeramente vestida y dado que en el mes de marzo aún hace frío, yo no sentía ninguno, creía estar en primavera; nadaba en un aire suave, mantenido continuamente así por unos tubos de calor que reinaban a lo largo de todos los aposentos.

Cuando Mme. de Furiel hubo llegado, me condujeron hasta ella por un corredor que comunica el departamento donde yo estaba con un tocador; ahí fue donde la encontré indolentemente echada en un amplio sofá. Vi una mujer de treinta a treinta y dos años, de piel morena, de subido color, de hermosos ojos, con unas cejas muy negras, el pecho magnífico, entrada en carnes y ofreciendo algo hombruno en toda su persona. En cuanto me anunciaron, lanzó sobre mí apasionadas miradas y exclamó: «No me la habían ponderado bastante: es celestial». Luego, templando la voz: «Acercaos, hija mía, venid a sentaros a mi lado. Bien, ¿qué tal os encontráis aquí? ¿Os gustará? Esta casa, este jardín, estos muebles, estas joyas, todo esto será para vos; estas mujeres serán vuestras sirvientas y yo quiero ser vuestra mamá. A cambio de tantas cosas, de cuidados y de amor, sólo os pido que me queráis un poco. Vamos, decidme, ¿os sentís dispuesta? Venid a besarme...». Sin proferir una sola palabra, y llena de gratitud, me lanzo a su cuello y la abrazo. «¡Oh!, pero pequeña imbécil, no es así como se hace, ved esas palomas que se picotean amorosamente.» Al mismo tiempo me hace levantar la vista hacia la cimbra de la hornacina en que nos hallábamos, adornada con una guirnalda de flores esculpida, y donde estaba suspendida, en efecto, aquella lasciva pareja, símbolo del tribadismo. «Sigamos tan encantador ejemplo.» Y acto seguido me mete su lengua en la boca. Siento una sensación desconocida que me impulsa a hacerle otro tanto; no tarda ella en deslizar su mano entre mis pechos y en exclamar de nuevo: «¡Qué tetitas tan monas!; ¡y qué duras!; son de mármol, se nota que ningún hombre las ha mancillado con sus despreciables tocamientos». Al mismo tiempo cosquillea ligeramente la punta y quiere que yo le devuelva el placer que recibo; luego, mientras suelta mis lazos con la mano izquierda y mis cordones de atrás me dice: «Y este culito ¿ha recibido el látigo a menudo? ¡Apuesto a que no se lo han dado como yo!». Luego me aplica ligeros cachetes en la parte inferior de las nalgas, cerca del centro del placer, que sirven para excitar mi lubricidad; a renglón seguido me vuelve de espaldas y, abriéndose paso hacia delante, queda admirada por tercera vez.

«¡Ah!, ¡qué clitoris tan magnífico! Safo no tuvo uno más bello; tú serás mi Safo.» Lo que vino después no fue más que un furor convulsivo por ambas partes que no podría describir; tras una hora de combates, de goce que excitaba mis deseos sin satisfacerlos, Mme. de Furiel, que quería reservarme para la noche, llamó. Dos doncellas vinieron a lavarnos, a perfumarnos, y cenamos deliciosamente.

Durante la cena me enseñó que aquella *petite maison* que le pertenecía se había vuelto

en cierto modo sagrada por su uso; que la habían convertido en un templo de Vesta, considerada la fundadora de la secta *anandrina*²⁰, o de las tríbades, como vulgarmente se las llama.

«Una tríbade», me dijo, «es una joven doncella que no ha tenido comercio alguno con el hombre, y, convencida de la excelencia de su sexo, encuentra en él la verdadera voluptuosidad, la voluptuosidad pura, se entrega a él por entero y renuncia al otro sexo, tan pérfido como seductor. Hay mujeres de todas las edades que, tras cumplir con la ley de la naturaleza y de su estado para la propagación del género humano, vuelven de su error, detestan, abjuran de los placeres groseros y se dedican a formar alumnas para la diosa.

»Además, en nuestra sociedad no es admitida quien quiere. Como en todas, hay pruebas para las postulantes. Las destinadas a las mujeres, que no puedo revelaros²¹, son especialmente penosas, y de diez apenas hay una que no sucumba a ellas. En cuanto a las jóvenes, son las madres las que juzgan sobre ello en la intimidad de su trato, las que se les unen y responden por ellas. Vos ya me habéis parecido digna de ser iniciada en nuestros misterios; espero que esta noche me confirme la buena opinión que de vos he concebido, y que juntas llevemos mucho tiempo una vida inocente y voluptuosa.

»Nada os faltará: yo me encargaré de que os hagan vestidos, aderezos y sombreros, de que os compren diamantes o joyas; aquí sólo tendréis una privación: y es que no se ven hombres, no pueden entrar; yo no los utilizo para nada, ni siquiera para el jardín; son mujeres robustas a las que he formado en esta cultura, y hasta la altura de los árboles; sólo saldréis conmigo; os haré ver una tras otra las bellezas de París; os llevaré con frecuencia a mis palcos del teatro, a bailes, a paseos.

»Quiero formar vuestra educación, la cual os hará más amable y os salvará del aburrimiento de estar sola a menudo. Haré que os enseñen a leer, a escribir, a danzar, a cantar; tengo maestras para todos esos géneros a mi disposición; también las tengo para los demás, a medida que vuestros talentos se desarrollen.»

Esto fue poco más o menos lo que me dijo Mme. de Furiel, antes de acostarnos; sólo la interrumpí con muestras de gratitud, abrazos y caricias que le encantaron y que preludiaron otras más íntimas.

La noche fue laboriosa, pero tan encantadora para mí que, fatigada, agotada, extenuada, por la mañana aún me apetecía. Madame de Furiel, más sensata, y que me reservaba para el gran día de mi recepción, fue la primera en contenerse. Mandó que me trajeran un consomé y, antes de dejarme, ordenó que me cuidaran con la mayor solicitud. Me envió sucesivamente a su costurera, a su zurcidora, a su prendera de modas, a su proveedora de cosas de tocador, y no tardé en estar provista de cuanto necesitaba para debutar brillantemente en sociedad. Así revestida con los adornos que el lujo y el arte podían añadir a mis atractivos, fui llevada a la Ópera por mi protectora, que recibió de sus compañeras interminables cumplidos. En cuanto a los hombres, yo oía lo que decían en los pasillos cuando pasé para irme: «Madame de Furiel tiene carne fresca;

es realmente nueva; ¡lástima que caiga en tan malas manos!». Ella aparentaba hablarme para que yo no oyese estas exclamaciones y me llevó de prisa a su carroza.

Mi iniciación en los misterios de la secta anandrina se había fijado para el día siguiente, y, en efecto, fui admitida en ella con todos los honores. Esa extraordinaria ceremonia era demasiado impresionante para que no la recuerde en sus menores detalles, y desde luego es el episodio más curioso de mi historia.

En el centro del templo hay un salón oval, figura alegórica que se ve a menudo en esos sitios; se alza hasta la altura del edificio y sólo está iluminado por una acristalamiento superior formado por la cintra y que se extiende alrededor de la estatua a la que domina por el exterior, y de la que ya os he hablado. En las reuniones sacan una estatuilla, siempre representando a Vesta, del tamaño de una mujer normal; se la hace bajar majestuosamente con los pies sobre un globo hasta el centro de la reunión, como para presidirla; a cierta distancia se descuelga de la verga de hierro que la sostiene; de este modo queda suspendida en el aire²², sin que esa maravilla a la que están acostumbradas asuste a nadie.

Alrededor de ese santuario de la diosa hay un estrecho pasillo por donde pasean durante la reunión dos tríades que custodian todas las puertas y avenidas. Sólo se puede entrar por el centro, donde hay una puerta de dos hojas; en el lado opuesto se ve un mármol negro donde están grabados en letras de oro unos versos de los que enseguida os hablaré: en cada uno de los extremos del óvalo hay una especie de altarcito que sirve de estufa, y que encienden y mantienen desde fuera las guardianas. En el altar de la derecha de la entrada está el busto de Safo, como la más antigua y más conocida de las tríades; el altar de la izquierda, vacío hasta entonces, debía recibir el busto de Mlle. de Éon²³, la joven más ilustre entre las modernas, la más digna de figurar en la secta anandrina; pero aún no estaba acabado, y se esperaba que saliese del cincel del voluptuoso Houdon²⁴. Todo alrededor, y de trecho en trecho, hay colocados sobre otros tantos estípites bustos de las bellas muchachas griegas cantadas por Safo como compañeras suyas. Al pie se leen los nombres de Telesile, Amitona, Cidro, Megarra, Pirrina, Andrómeda, Cirina²⁵, etcétera. En medio se alza un lecho en forma de cesto con dos cabeceras, donde reposan la presidenta y su alumna; alrededor del salón hay baldosas a la turca provistas de almohadones, donde se sientan frente a frente y con las piernas entrelazadas cada pareja, formada por una madre y una novicia, o en términos místicos *la incuba* y *la súcuba*. Las paredes están cubiertas de relieves magníficamente trabajados, donde el cincel ha trazado en cien lugares, con precisión única, las diversas partes secretas de la mujer, tal como están descritas en el *Tableau de l'amour conyugal*, en la *Histoire naturelle* de M. de Buffon²⁶ y por los naturalistas más expertos. Ésta es la exacta descripción del santuario, del que creo no haber omitido nada; ahora, la de mi recepción.

Con todas las tríades en su sitio y con sus trajes de ceremonia, es decir, las madres con una levita de color fuego y un cinturón azul, las novicias con levita blanca y un cinturón de color rosa, el resto en túnica o camisa, y las faldas abiertas y recubiertas,

vinieron a avisarnos a Mme. de Furiel y a mí que todo estaba dispuesto para recibirnos; ésa es la función de una de las tríades guardianas. Madame de Furiel ya se había puesto su uniforme; yo, en cambio, estaba muy adornada y llevaba el traje más mundano.

Al entrar vi el fuego sagrado, consistente en una llama viva y fragante que salía de un hornillo de oro, siempre a punto de apagarse y siempre encendido de nuevo por los aromas pulverizados que en el hornillo echa sin cesar la pareja encargada de esa tarea, extremadamente penosa por la continua atención que exige. Una vez que llegó a los pies de la presidenta, que era Mlle. Raucourt²⁷, Mme. de Furiel dijo: «Bella presidenta, y vosotras, queridas compañeras, aquí tenéis a una postulante: en mi opinión la adornan todas las cualidades requeridas. No ha conocido nunca varón, está maravillosamente bien conformada y en las pruebas que le he hecho la he reconocido llena de fervor y pasión: pido que sea admitida entre nosotras con el nombre de Safo». Tras estas palabras nos retiramos para dejar que deliberasen. Al cabo de unos minutos, una de las dos guardianas vino a informarme de que había sido admitida por aclamación a la prueba. Me desvestió, me dejó completamente desnuda, me dio un par de mulas o zapatos planos, me envolvió en una simple bata, y me llevó así a la asamblea, donde la presidenta, que había bajado del cesto con su alumna, me tendió allí y me quitó la bata. Semejante estado, en medio de tantos testigos, me pareció insoportable, y me movía de todas las maneras para sustraerme a las miradas, que es el objetivo de la institución, a fin de que ningún encanto escape al examen; además, uno de nuestros más agradables poetas dice²⁸:

L'embarras de paraître nue fait l'attrait de la nudité²⁹.

Ha llegado el momento de daros a conocer los versos que os he prometido y que a buen seguro esperaréis con impaciencia: contienen una detallada enumeración de todos los encantos que constituyen a una mujer perfectamente bella, y esos encantos se calculan en ellas en treinta. Por otra parte, no se dice el nombre del autor, que desde luego no era del sexo femenino, y mucho menos tríbade. No es más que un filósofo frío, capaz de analizar así la belleza. Por lo demás, esos versos, muy originales en su género, no se me han ido de la cabeza. Son éstos³⁰:

Que celle prétendant à l'honneur d'être belle,
De reproduire en soi le superbe modèle
d'Hélène qui jadis embrassa l'univers,
Étale en sa faveur trente charmes divers!
Que la couvrant trois fois chacun par intervalle
Et le blanc et le noir et le rouge mêlés
Offrent autant de fois aux yeux émerveillés,
D'une même couleur la nuance inégale.
Puis que neuf fois envers ce chef-d'œuvre d'amour
La nature prodigue, avare tour à tour,
Dans l'extrême opposé, d'une main toujours sûre
De ses dimensions lui trace la mesure:

Trois petits riens encore, elle aura dans ses traits,
D'un ensemble divin les contrastes parfaits.
Que ses cheveux soient blonds, ses dents comme l'ivoire,
Que sa peau d'un lys pur surpasse la fraîcheur;
Tel que œil, les sourcils, mais de couleur plus noire,
Que son poil des entours relève la blancheur.
Qu'elle ait l'ongle, la joue et la lèvre vermeils.
La chevelure longue et la taille et la main;
Ses dents, ses pieds soient courts ainsi que son oreille;
Élevé soit son front, étendu soit son sein:
Que la nymphe surtout aux fesses rebondies,
Présente aux amateurs formes bien arrondies:
Qu'à la chute des reins, l'amant sans la blesser,
Puisse de ses deux mains fortement l'enlacer,
Que sa bouche mignone et d'augure infaillible,
Annonce du plaisir l'accès étroit pénible.
Que l'anus, que la vulve et le ventre assortis,
Soient doucement gonflés et jamais aplatis.
Un petit nez plaît fort, une tête petite,
Un tétin repoussant le baiser qu'il invite;
Cheveux fins, lèvre mince, et doigts fort délicats
Complètent ce beau tout qu'on ne recontre pas³¹.

De acuerdo con este cuadro de comparación se procede al examen, pero, como después de Helena no se ha encontrado mujer alguna que haya reunido esos treinta lunares, se ha acordado que bastaría con tener más de la mitad, es decir, dieciséis por lo menos. Cada pareja participa sucesivamente en la discusión y da su voto al oído de la presidenta, que las cuenta y pronuncia sentencia. Todos fueron favorables para mí, y, tras haber recibido uno tras otro el espaldarazo mediante un beso a la florentina³², fui aceptada, y me dieron la indumentaria de novicia con que reaparecí acompañada por Mme. de Furiel. Entonces, postrándome a los pies de la presidenta, presté entre sus manos juramento de renunciar al trato de los hombres y de no revelar nada de los misterios de la asamblea; luego ella separó en dos mitades un anillo de oro, y en cada una Mme. de Furiel y yo escribimos respectivamente nuestro nombre con un punzón; ella reunió las dos partes en señal de la unión que debía reinar entre mi institutriz y yo, y me puso ese anillo en el dedo anular de la mano izquierda. Tras esta ceremonia, fuimos a ocupar nuestro puesto en el almohadón que nos estaba destinado a fin de oír el discurso de investidura que, según costumbre, debía dirigirme la presidenta: suprimo este discurso demasiado largo para seros leído aquí; pero he conservado su copia³³, y puedo mandárselo a quienes deseen conocer esa pieza de elocuencia única.

Tras los discursos, la diosa volvió a subir y desapareció; se retiraron los puestos, las guardianas y las turiferarias³⁴; se dejó apagar el fuego y se pasó al banquete en el vestíbulo. Sin embargo, como las profanas no podían ir a servirnos, pasaban los utensilios de mesa, los platos, los vinos, etcétera, por unos tornos donde las novicias los recogían y colocaban. A los postres se bebieron vinos, los más exquisitos, sobre todo

vinos griegos; se cantaron las más alegres y más voluptuosas canciones; por último, cuando todas las tribades estuvieron de buen humor y ya no pudieron contenerse, volvieron a ocupar sus puestos; se encendió el fuego otra vez, y se pasó al santuario para celebrar los grandes misterios, hacer libaciones a la diosa; es decir, que entonces dio comienzo una verdadera orgía...

Aquí, milord, interrumpo la narración de la historia y tiendo un velo sobre los repugnantes cuadros que nos presentó. Dejo correr vuestra imaginación que a buen seguro os los trazará con un pincel más delicado y más voluptuoso. Me limitaré a añadir que en esa academia de lubricidad también se ha fundado un premio, porque en todas partes se necesitan; que ese premio es una medalla de oro, donde en un lado está representada la diosa Vesta con todos sus atributos; en el otro se graban las efigies y los nombres de las dos heroínas que en esa lucha general han resistido más tiempo los asaltos amorosos; y que fueron Mme. de Furiel y Mlle. Safo las que se llevaron el premio.

Aquí dejó de hablar la hermosa y pidió una tregua. Este relato, que no había parecido largo porque era muy interesante, tal vez la había fatigado más que su sesión con Mme. de Furiel; era tarde, era más que hora de sentarse a la mesa; hubo que interrumpirlo, no sin dejar para otro día la continuación; pero indefinidamente, debido a circunstancias que no permitían a los comensales volver a reunirse tan pronto. Así pues, os dejo en espera de la continuación, como yo mismo estoy, y que verosíblemente será para el año próximo.

París, 28 de diciembre de 1778

Apología de la secta Anandrina,

o Exhortación a una joven tribade por Mademoiselle de Raucourt, pronunciada el 28 de marzo de 1778

«Mujeres, acogedme en vuestro seno, soy digna de vosotras.»

Estas palabras están sacadas de la *Segunda carta a las mujeres* de Mlle. d'Éon.

Así exclamaba no hace mucho esta mujer cuyo busto veis ofrecido a vuestros homenajes por vez primera; esta joven, honor de su sexo, gloria de su siglo y, por la reunión de sus diversos talentos, quizá la más ilustre que nunca haya existido, que jamás existirá; la más digna sobre todo de figurar aquí, de ocupar una preeminencia que yo debo únicamente a la indulgencia de la asamblea. Este tierno desahogo, este rudo arranque, este inflamado ardor, estos impulsos impetuosos que vuelven a Mlle. d'Éon

hacia su sexo, son tanto más honorables para ella cuanto que, travestida de hombre desde la cuna, creída hombre, educada como hombre, tras haber vivido continuamente con hombres, contrajo sus gustos, sus actitudes, sus costumbres; conquistó, por así decir, todos sus talentos, todas sus artes, todas sus virtudes, sin mancharse con ninguno de sus vicios: investida de su corrupción, siempre conservó la pureza de su origen. En el pensionado, en los festines, en las partidas de placer más licenciosas, en la Corte, en el campo, aunque obligada a veces a compartir cama con un sexo extraño, resistió a tantas tentaciones peligrosas; y, hasta que pudo tener una compañera, encontró en sí misma un goce preferible a esos otros cuyo poderoso atractivo la agujoneaba continuamente. ¡Gracias os sean dadas, oh diosa augusta que presidís nuestros misterios! ¡Y ojalá vos, mi querida niña, a quien principalmente va dirigida esta exhortación, podáis aprovechar tan gran ejemplo! Tras escapar desde vuestra tierna juventud a las seducciones de los hombres, saboread la dicha de encontraros reunida en el seno de vuestras iguales, dicha por la que Mlle. d'Éon, impulsada por las circunstancias, en vano suspiró durante tanto tiempo.

Por lo demás, la secta anandrina no es como tantas otras, que sólo están fundadas en la ignorancia, la ceguera y la credulidad; cuanto más se estudian su historia y sus progresos, más aumenta la veneración, el interés y el apego hacia ella. Así pues, primero os mostraré su excelencia; después se practica mal lo que no se conoce bien: *la letra mata y el espíritu vivifica*; quiero aumentar vuestro interés esclareciéndolo, enseñándoos su importancia y la amplitud de vuestros deberes; por último, la recompensa cuando acaba suele ser lo que anima y sostiene al atleta en la carrera; yo os propongo una no como tantas otras, apropiada para satisfacer únicamente el orgullo, la avaricia, la vanidad, sino para colmar todo vuestro corazón: es el placer. Os describiré los que nosotros saboreamos. Tal es la división natural de este discurso.

¡Oh Vesta!, divinidad tutelar de estos lugares, lléname con tu fuego sagrado; haz que mis palabras vayan a grabarse como saetas de fuego en el corazón de la novicia a la que tratamos de iniciar en tu culto; ojalá exclame con tanta sinceridad y ardor como Mlle. d'Éon: «¡Mujeres, acogedme en vuestro seno, soy digna de vosotras!».

Primera parte

La excelencia de una institución viene determinada principalmente por su origen, por su objeto, por sus medios, por sus efectos.

El origen de la secta anandrina es tan antiguo como el mundo; no puede dudarse de su nobleza porque una diosa fue su fundadora, ¡y qué diosa! La más casta, cuyo símbolo es el elemento que purifica todos los demás. Por contraria que esta secta sea a los hombres, autores de las leyes, ¡nunca se han atrevido a proscribirla!; hasta el más sabio, hasta el más severo de los legisladores la autorizó. Licurgo³⁵ había instituido en Lacedemonia una

escuela de tribadismo donde las muchachas se presentaban desnudas, y en esos juegos públicos aprendían las danzas, las actitudes, los acercamientos, los abrazos tiernos y amorosos; los hombres lo bastante temerarios para dirigir hacia ellas las miradas eran castigados con la muerte. Este arte se puede encontrar sistematizado y descrito con energía en las poesías de Safo³⁶, cuyo solo nombre despierta la idea de lo más digno de amor y encantador que Grecia tenía. En Roma, la secta anandrina recibía en la persona de las vestales honores casi divinos. Si creemos a los viajeros, se extendió a los países más lejanos, y las chinas son las tribades más famosas del universo; en fin, esa secta se ha perpetuado sin interrupción hasta nuestros días; no hay ningún Estado donde no sea tolerada, ni religión en la que no exista, salvo en la judía y en la musulmana; entre los hebreos, el celibato era odioso y las mujeres que sufrían esterilidad quedaban deshonradas; mas esa nación, totalmente terrenal y grosera, no tenía otro fin que el de *crecer y multiplicarse*, y los judíos llegaron a ser un pueblo tan infame que Dios se vio obligado a renegar de ellos. En cuanto a la religión musulmana, todavía se pueden ver los serrallos, a los que favorece como un tribadismo mitigado.

Verdad es que, entre los turcos, el objeto de esta institución es menos propagar el culto de nuestra diosa que excitar la brutalidad del amo de tantas hermosas esclavas a las que ha encerrado juntas para sus placeres. Se cuenta que, cuando el gran señor actual quiere proceder a la formación de un heredero del Imperio, manda reunir a todas sus mujeres en un salón enorme del serrallo destinado a tal uso y llamado por esa razón «la estancia de las Torres». Sus paredes están pintadas al fresco, y todas las figuras de mujeres, a tamaño natural, representan las posturas, las actitudes, los apareamientos y los grupos más lascivos. Las sultanas se desnudan totalmente, se mezclan, se abrazan, realizan y diversifican ante los ojos del déspota hastiado esos modelos a los que superan por su agilidad. Cuando, con la imaginación muy encendida por semejante espectáculo, siente reanimarse sus embotados fuegos, pasa a la cama de la favorita preparada para recibirle y hace maravillas. En China los viejos mandarines se sirven del mismo recurso, pero de distinta manera. A las órdenes del esposo, las actrices están acopladas allí en unas hamacas con calados; en ellas, suavemente suspendidas, se balancean y agitan sin soportar la molestia de moverse, y el lascivo de ojos ardientes no pierde nada de esas escenas lúbricas hasta que él mismo entra en acción. En este sentido se introdujo el tribadismo, incluso entre los malditos judíos; de no ser por esta costumbre, ¿qué habría hecho Salomón de sus tres mil concubinas? Y según las anécdotas secretas de algunos sabios más verídicos, el Rey profeta, el santo rey David, sólo se servía de las jóvenes sulamitas que metía en su cama para reanimar su prolífico calor haciéndolas tribadear encima de su cuerpo. Pero hemos de confesar que ese destino, esa mezcla de ejercicios varoniles, profanaban una institución tan bella. Fue en Grecia, en Roma, en Francia, en todos los Estados católicos donde se tomó su objeto en grande y en su verdadero espíritu. En los seminarios de muchachas instituidos por Licurgo, el voto de virginidad no era perpetuo; pero ahí depuraban temprano su corazón y, viviendo únicamente entre sí

hasta casarse, alcanzaban una delicadeza de sensaciones por la que seguían suspirando incluso en brazos de sus esposos; y, sin perjuicio de su papel que las llamaba a la maternidad, siempre volvían a sus primeros ejercicios. Nada tan hermoso, nada tan grande como la institución de las vestales en Roma. Este sacerdocio se mostraba allí con el más augusto de los boatos: guardia del Palladium, depósito y mantenimiento del fuego sagrado, símbolo de la conservación del Imperio: ¡qué magníficas funciones! ¡Qué brillante destino! Nuestros monasterios del sexo en la Europa moderna, emanación del colegio de las vestales, son su sacerdocio perpetuo; pero, por desgracia, no presentan más que una débil imagen debido a la mezcla de prácticas minuciosas y fórmulas pueriles. Por otro lado, en ellos las vírgenes no están sometidas al servil mecanismo del mantenimiento de un fuego material; su papel realmente sublime es levantar sin cesar sus manos puras hacia el cielo para atraer las bendiciones sobre el Imperio. Si su fervor se apaga por una pasión criminal hacia el hombre, cuyas pruebas son las secuelas demasiado palpables de una desfloración evidente, no son castigadas con la muerte, pero sufren penas canónicas más terribles dado su refinamiento y su duración. ¿Cómo entonces, a pesar de los peligros que la rodean, se ha sostenido la institución? Gracias a esos medios sencillos, fáciles, eficaces, atrayentes.

¿Que a una joven novicia la atormenta un prurito libidinoso de la vulva? En su propia organización tiene con qué aplacarlo de inmediato, la naturaleza la conduce maquinalmente a ella lo mismo que a todas las demás partes del cuerpo a las que le hace llevar los dedos, a fin de eliminar o suspender las comezones mediante una irritación saludable. Cuando, debido a ese ejercicio frecuente, los conductos irritados y ensanchados tienen necesidad de socorros más sólidos o más amplios, los encuentra en casi todo lo que la rodea, en los instrumentos de sus labores, en los utensilios de su habitación, en los de su tocador, en sus paseos e incluso en los comestibles. ¿Que, gracias a una afortunada confidencia, no tarda en comunicar sus descubrimientos a una compañera tan ingenua como ella? Las dos se declaran, se ayudan recíprocamente; se vinculan de tal modo que llegan a necesitarse, no pueden pasar la una de la otra; no son más que un alma y un cuerpo. Entonces la vida ascética les parece preferible a todas las vanidades del siglo; las disciplinas, los cilicios, esos instrumentos de penitencia, se convierten en instrumentos de voluptuosidad; los días de disciplina general y pública, tan espantosos para las gentes del mundo, que sólo se interesan en un apellido, se convierten gracias a esos multiplicados apareamientos en orgías tan deliciosas como las nuestras; pues la flagelación es un poderoso vehículo de lubricidad, y es sin duda de los conventos de donde ese ejercicio ha pasado a las escuelas de cortesanas, que los enseñan a sus alumnas como agentes victoriosos adecuados para resucitar el placer en los viejos y en los libertinos extenuados.

Sea lo que fuere, ¡dulce arte del tribadismo!, tus efectos son tales que la monjita abandona por ti bienes, amigos, parientes, padre, madre; olvida las propiedades más ricas, los goces más buscados, los afectos más imperiosos y los más innatos en el

corazón del hombre por los placeres tan alabados del himeneo y encuentra en ti la felicidad suprema. ¡Oh!, ¡qué grandes son tus encantos, qué poderosos tus atractivos!, puesto que disipas los aburrimientos del claustro, vuelves la soledad encantadora, transformas esa prisión odiosa en palacio de Circe y de Armida³⁷.

Esto basta, mi querida niña, para daros a conocer la excelencia de la secta anandrina; no quiero fatigar demasiado vuestra atención; ha llegado el momento de enseñaros sus deberes, el objeto más esencial de este discurso.

Segunda parte

No hay institución humana que no tenga por objeto la utilidad o el agrado; que no procure ventajas o no proporcione goces: las hay que reúnen ambas cosas, y ése es el colmo de la perfección. Tal es, sin duda, la secta anandrina, considerada desde el sublime punto de vista en que os la he presentado en la fundación del colegio de las vestales y de los colegios religiosos femeninos que le han sucedido y se honran hoy con nuestro rito. Hay que confesar, querida hija, que nuestra sociedad, de la que en este momento se trata, no posee ese grado de mérito; sólo tiene por principal y único objetivo el placer; pero, para obtenerlo, hay un camino, medios, obligaciones, o, para decirlo en una palabra, deberes que cumplir; unos tienden a la conservación de la sociedad, pues sin ella faltarían los efectos; otros, a mantener su armonía, pues en la revuelta y el desorden no se goza en absoluto, o se goza mal; los últimos, a extenderla y propagarla; pues nada se hace bien sin ese gusto, sin ese fervor, sin esa pasión que, semejante al elemento cuya imagen tenéis ante vuestros ojos, siempre en actividad, gana y absorbe a cuanto le rodea. Repitamos y desarrollemos estas tres verdades, a fin de inculcároslas bien en la memoria y en el corazón.

Ante todo, homenajeemos a la fundadora de nuestro culto, a Vesta, cuya estatua, siempre presente en nuestras reuniones y suspendida sobre nuestras cabezas, es garante de su protección que siempre subsiste, de la venganza siempre presta a estallar contra las prevaricaciones y las infidelidades. Invoquémosla a menudo, no con vanas plegarias, sino con sacrificios y libaciones. Nada de lengua suelta: prudencia, reserva sobre lo que pasa en nuestras asambleas, discreción, silencio perfecto sobre los misterios de la diosa, para no despertar celos ni envidias; sumisión absoluta a sus leyes, que os serán explicadas, bien por la que ocupa mi lugar en las asambleas, bien por la madre a cuyos cuidados habéis sido confiada y que está encargada de dirigiros en la vida privada; pero, sobre todo, guerra enérgica y declarada, guerra perpetua a los enemigos de nuestro culto, a ese sexo voluble, engañador y pérfido, coaligado contra nosotras, que trabaja sin tregua para destruir nuestra institución, a viva fuerza o sordamente, y cuyos efectos y argucias sólo pueden ser rechazados por el valor más intrépido, por la vigilancia más infatigable.

No basta, por otra parte, que un edificio esté asentado sobre cimientos sólidos y

duraderos, que sea apartado de los elementos destructores y defendido de los peligros que pueden amenazarlo; es preciso, además, que ofrezca a la mirada bellas proporciones, una armonía, un conjunto: el gran mérito de las obras maestras de arquitectura; lo mismo ocurre con nuestro edificio moral. La tranquilidad, la unión, la concordia, la paz deben ser su principal apoyo, su elogio a ojos de los profanos, que no ven en nosotras más que hermanas, o que más bien admiran en nosotras una gran familia donde no hay más jerarquía que la establecida por la naturaleza misma para la conservación, y necesaria para su régimen. El bien obrar hacia todos los desdichados debe ser uno de nuestros caracteres distintivos, una virtud que resulta de nuestras costumbres dulces y sociables, de nuestro corazón amante por esencia; debe desplegarse con nuestras compañeras, con nuestras alumnas. Comunidad entera de bienes, que no se distinga a la pobre de la rica; que ésta, por el contrario, se complazca en hacer olvidar a la que nunca estuvo en la indigencia; cuando la presenten en la vida social, que destaque por el brillo de sus ropas, por la elegancia de sus adornos, por la abundancia de sus diamantes y sus joyas, por la belleza de sus corceles, por la rapidez de su carruaje; que, al verla, se la reconozca, que se exclame: «Es una alumna de la secta anandrina, ¡así es como hay que sacrificar a Vesta!». De este modo, atraeréis a otras, haréis germinar en el corazón de vuestras iguales, que la admirarán, el deseo de imitarla y gozar de su destino.

Este fervor expansivo en la propagación del culto de la diosa debe devorar sobre todo a una verdadera tríbade; debería querer que, a ser posible, todo su sexo participase en la misma felicidad que ella; así son al menos todas las que desde aquí veo y cuya rápida enumeración contribuirá, querida hija mía, a vuestra educación más que cuanto yo pudiera añadir sobre esta materia.

Veis, ante todo, a dos mujeres de calidad, filósofas³⁸, que, alejándose del brillo y los honores de la Corte, de los atractivos más encantadores de las altas ciencias que cultivan con tanto gusto como éxito, vienen a nuestras asambleas a imitar la «sencillez de la paloma», esa ave tan cara a Venus, tan ardiente en sus combates.

A su lado está la mujer de un magistrado, si no célebre, al menos famoso durante muchos años³⁹; despreciando aprovecharse de la reputación de su marido, alejándose de las caricias conyugales, de las delicias de la maternidad, se ha educado por encima de todo respeto humano para entregarse con más recogimiento y sin tregua al culto de nuestra sociedad y sus trabajos.

Su vecina es una adorable marquesa⁴⁰, que rivaliza consigo misma en entusiasmo por la secta anandrina, arrostrando todos los prejuicios, franqueando en los ardientes accesos de su ninfomanía lo que los indevotos de nuestro culto llaman todas las conveniencias, toda honestidad pública, todo pudor; como el amo de los dioses, incluso sufriendo en ocasiones las metamorfosis más oscuras⁴¹ a fin de ganar prosélitos para la diosa.

Ésa cuya frente ciñe una doble corona de mirtos y laureles es la Melpómene moderna, el honor del teatro francés⁴², del que se retiró hace casi tres lustros dejando un vacío aún no llenado y quizá irreparable. En la actualidad, encargada de la educación del hijo de un

soberano⁴³, ve a sus pies a los grandes de esa corte; demasiado instruida por una larga experiencia y por crueles enfermedades del peligro del comercio con los hombres, desdeña tanto sus homenajes como sus suspiros; so pretexto de formar a su pupilo, comparte su tiempo entre la estancia en Germania y en esta capital; viene a descansar de sus importantes ocupaciones en nuestro seno con un fervor siempre renovado.

También contamos con su digna émula, la Melpómene⁴⁴ de la escena lírica⁴⁵, gran actriz; era además cantante deliciosa, nos apasionaba con los acentos de su encantadora voz; espíritu jovial y travieso, esparce con tanta facilidad como gracia las agudezas, las ocurrencias, los sarcasmos. Rodeada de lo más seductor que había en la ciudad y la Corte, también sucumbió: hoy es una oveja descarriada que ha vuelto al rebaño de la diosa; en la edad madura trata de hacer olvidar los extravíos de su juventud.

¿Os pasaré en silencio, ilustre extranjera⁴⁶, y me impediría la amistad que nos une haceros justicia, publicar de qué modo habéis preferido a los beneficios, al amor de un príncipe hermano de un gran rey⁴⁷, los afectos más dulces y más vivos de vuestro sexo? Habéis rechazado sus augustos abrazos por los míos.

No seréis olvidada vos, novicia prematura⁴⁸, que, aprovechando los grandes ejemplos que os ofrecían, habéis caminado con paso de gigante en la carrera y antes de la edad habéis merecido subir al primer grado.

Creo, sin falsa modestia, poder citarme junto a tantas otras, pues ¿no sería agraviar la elección de la asamblea que, nombrada por ella para presidirla, me confesara sin talento ni capacidad? Es conocido el sacrificio que recientemente⁴⁹ he hecho para entregarme por entero a la inclinación que siempre me ha dominado y de la que me enorgullezco.

Tales son, mi querida niña, los grandes modelos que habéis de imitar; os veréis más alentada todavía a imaginarlos cuando os haya descrito los placeres que se disfrutaban en nuestra sociedad.

Tercera parte

Debido a la desdichada condición de la especie humana, nuestros placeres son habitualmente pasajeros y falaces; son, cuando menos, fútiles, vanos y breves. Los perseguimos, a duras penas se consiguen; los gozamos con inquietud, y la mayoría de las veces entrañan funestas secuelas. Por esos caracteres se reconocen principalmente los que se disfrutaban en la unión de los dos sexos. No ocurre lo mismo con los placeres de mujer a mujer; éstos son auténticos, puros, duraderos y sin remordimientos. No se puede negar que una inclinación violenta arrastra un sexo hacia el otro; es necesaria incluso para la reproducción de los dos, y, de no ser por ese fatal instinto, ¿qué mujer podría entregarse con sangre fría a ese placer que comienza con dolor, sangre y carnicería; que no tarda en ser seguido de ansiedades, repugnancias, incomodidades de un embarazo de nueve meses que al fin concluye con un parto laborioso cuya medida y punto de

comparación en materia de sufrimiento son aquellos cuyo exceso no se puede calcular o expresar; que os mantiene durante seis semanas en peligro de muerte y a veces va seguido durante toda una larga vida por males crueles e incurables? ¿Puede llamarse a eso gozar? ¿Es ése un placer verdadero? En la intimidad de mujer a mujer, en cambio, nada de preliminares espantosos y penosos, todo es gozo; cada día, cada hora, cada minuto ese afecto se renueva sin inconvenientes; son oleadas de amor que se suceden como las del mar, sin agitarse nunca, o, si hay que detener ese delicioso ejercicio, porque todo tiene un término y al final lo físico cesa de responder a las expansiones de dos almas tan estrechamente unidas, nos despedimos de mala gana, volvemos a buscarnos; nos encontramos otra vez, recomenzamos con un ardor renovado que, lejos de haberse debilitado, se ha excitado con la inacción.

Los placeres de mujer con mujer son no sólo auténticos, sino además puros y sin mezcla. Con independencia de los males físicos que preceden, acompañan y siguen a los placeres de esa especie entre hombre y mujer, a los que con toda justicia podemos negarles la calificación de verdaderos, hay males que yo llamo morales, porque afectan al alma de manera especial, porque perturban y envenenan esos goces. No hablo de los continuos combates impuestos por nuestras costumbres a una joven para recatar, para disimular su pasión, para rechazar las caricias de un hombre amable que ella provocaría, que ella excitara, y a cuyos brazos se precipitaría si cediese al impulso de su corazón. Supongo, cosa que ocurre con demasiada frecuencia, que ha sucumbido, y ahí la tenemos en los arrebatos, en los éxtasis; no es preciso que se sustraiga a ellos, que emplee estratagemas para evitar el fin mismo de la naturaleza: la concepción. Si se descuida un segundo, es demasiado tarde, lleva en su propio seno el testigo de su falta, un acusador que la confunde. Cuántos cuidados, cuántas inquietudes, cuantos tormentos si trata de ocultar ese fatal misterio, ¡y quiera el cielo que, a fin de evitar la deshonra, no se vea forzada a recurrir al más horrible de los crímenes!

Sé que con el himeneo estos inconvenientes desaparecen; pero entraña otros: el mayor y más inevitable es el hartazgo del marido; la facilidad, la repetición del goce del ser más encantador, sacian al hombre a la larga, y con mayor motivo cuando es marido, es decir, cuando está atado por un vínculo indisoluble y el placer es un deber para él. Es lo que confesaba uno de nuestros agradables⁵⁰ más alabados, que creía burlarse como petimetre y hablaba como filósofo. Poseedor de una mujer, en la primavera de la edad, reuniendo todos los atractivos, todas las gracias, todos los talentos, todas las virtudes, cuando le reprochaban abandonarla por prostitutas, respondía: «Nada más cierto, es mi mujer».

Hay, desde luego, consoladores y consuelos para semejante Ariadna⁵¹; los placeres furtivos y prohibidos son por eso mismo más atractivos, siempre que el marido no sea uno de esos «eunucos en medio del serrallo, que no hace nada y perjudica a quien quiere hacer»⁵², siempre que no se entrometan los celos, porque en caso contrario es un infierno. Esta pasión también puede existir entre trébades, hasta es inseparable del amor; pero ¡qué diferencia!, ya que en nuestro caso no sirve sino para agudizarlo y casi siempre

redunda en provecho del goce. Sí, es ese sentimiento el que da a nuestros placeres una solidez, una duración de la que no son susceptibles los de los hombres.

Imaginemos, en efecto, a la mujer más adorada y mejor festejada por su esposo o más bien por su amante. Cada caricia que recibe, debe temer que sea la última, o al menos un paso hacia esa última caricia. Los besos decoloran el rostro, los tocamientos estropean el pecho, el vientre pierde su elasticidad con los embarazos; los encantos secretos se deterioran con el parto. ¿Con qué aliciente la belleza así degenerada atraerá de nuevo al hombre que la provoca? Me equivoco, él sigue unido a ella; no ha dejado de amarla; el corazón todavía arde por ella; pero la naturaleza se niega, vive en la languidez, en la frialdad, en el embotamiento; el único homenaje que puede rendir a su amada es no serle infiel; es no tratar de recuperar en otra parte sus facultades. ¡Cruel estado para ambos! ¡Perspectiva dolorosa para el amor propio de una mujer! ¡Incluso si yo no conociera los caprichos, la falsedad, las traiciones, las maldades de los hombres, esa perspectiva bastaría para hacerme renunciar por siempre a su trato!

En las tribades no se dan esas contradicciones entre sentimientos y facultades: el alma y el cuerpo van juntos; la primera no se lanza hacia un lado mientras el segundo se dirige a otro. El poder sigue siempre al deseo. Sin profundizar más, ésta es la causa de nuestra constancia: recibiendo y dando siempre placer, ¿por qué cambiar? Pues debo confesarlo y ser justa: la inconstancia deriva de la constitución, de la esencia misma del individuo viril. Tiene a menudo la necesidad de abandonar; la diversidad de las criaturas es para él de un aliciente infinito: dobla, triplica, cuadriplica, decuplica sus fuerzas; hace con diez mujeres lo que le sería imposible hacer con una. Sin embargo, se debilita de manera insensible, la edad lo mina y desgasta: no le ocurre eso a la tribade en quien la ninfomanía aumenta al envejecer: es una furia, pasa entonces de *súcuba* a *incuba*, es decir, de paciente a agente. Ascende al grado de madre y forma a su vez a una alumna. Esta elección ha de hacerse con mucho cuidado: una vez hecha, ha encontrado el objeto que le conviene, esa otra mitad de ella misma a la que no tarda en unirse por simpatía, y ya no la abandona; vela por ella con esos celos dulces e inquietos que da el temor a perder un bien único y precioso, y que tiene más de la ternura materna que de esa pasión desenfrenada de los hombres. Además, en una tribade, ese sentimiento, lejos de distanciar a su alumna, la vincula cada vez más a ella y vuelve su amor imperturbable; placeres continuados así no producen remordimiento alguno, y en ellos estriba el colmo de la felicidad. ¿Cómo serán los nuestros? El placer del tribadismo nos viene inspirado por la naturaleza; no ofende a las leyes; es la salvaguarda de la virtud de las jóvenes y de las viudas; aumenta nuestros encantos, los alimenta, los conserva, prolonga su duración; es el consuelo de nuestra vejez; por último, siembra asimismo rosas sin espinas tanto en el inicio como en el medio y en el final de nuestra carrera. ¿Qué otro placer puede comparársele? Apresuraos, querida hija, a gozarlo; ojalá podáis, tras haberlo recibido mucho tiempo, comunicarlo también mucho tiempo, y repetir siempre con el mismo gusto: «Mujeres, conservadme en vuestro seno, soy digna de vosotras».

Carta XII

Continuación de la confesión de una joven

Por fin, milord, puedo hacer realidad el compromiso contraído y cuyo cumplimiento me exigís. Voy a revelaros la continuación de la confesión de la bonita penitente a la que me parecéis bastante dispuesto a absolver. El señor Clos nos reunió en la novena de Reyes, y Mlle. Safo, que era su objeto, no dejó de acudir. Tras las habituales complicaciones de esa temporada, como cada cual había pagado a la ninfa el tributo exigido por la galantería francesa, prosiguió su relato de este modo:

Hacia unos quince días que vivía yo en la *petite maison* de Mme. de Furiel, donde me mantenían con la pompa del lujo más idóneo para satisfacer la vanidad, mi pasión favorita; nadaba, además, en todas las delicias, en todos los placeres; mi educación estaba muy avanzada, no sólo respecto a los primeros elementos, sino también en las artes del encanto. Ya no hablaba el lenguaje del pueblo; leía, escribía, hacía muy bien las cuentas; cosía, bordaba, hacía ganchillo y tapizaba; bailaba con gracia, cantaba bastante bien; tocaba el arpa; estas ocupaciones diversificadas llenaban mi tiempo y los días pasaban rápidamente. En apariencia no me faltaba nada, me creía la más feliz de las mujeres cuando, de pronto, una extraña aventura me hizo conocer la felicidad suprema y no tardó en sumirme en un abismo de males.

La famosa Bertin⁵³, vendedora de modas de Mme. de Furiel, tenía orden de proporcionarme todos los aderezos de su incumbencia y nuestra correspondencia era frecuente. Una recadera de toda confianza de su tienda iba y venía entre nosotras. Ésta aprovechaba sus salidas para ir a escondidas a casa de su amante, un peluquero llamado Mille, muy guapo y muy joven, de estatura media y a quien por su lozanía, por su colorido bermejo, se habría tomado fácilmente por una chica. En sus visitas, era natural que su amante le hablase de la situación que le procuraba la felicidad de tener con él frecuentes entrevistas; le habló tan a menudo y con tantos elogios de mi cara y mis encantos que encendió su imaginación y Mille se enamoró de mí por su sola descripción. Su pasión se hizo tan fuerte que no pudo seguir resistiendo y decidió juzgar por sí mismo a la que aún sólo conocía de idea. Prepara todo con habilidad; guía su curiosidad menos sobre mí que sobre mi forma de ser y sobre la casa en que yo vivía; propone a la modista que, un día que tenga que llevarme alguna cosa, le deje vestirse con sus ropas y confiársela. Su querida, bien festejada hasta entonces, no sospecha nada y, víctima de esa argucia, consiente. Unos días después, cuando Mlle. Bertin la envía con un sombrero para mí, va en busca de Mille, le arregla su gorro de pliegues, la capa y todos los demás accesorios femeninos necesarios para su disfraz; luego, él coge con las dos manos la enorme sombrerera que contenía el sombrero y se pone en camino mientras la modista se mete en la cama a esperarle; llega, y lo traen a mi presencia; al verle manifiesto mi sorpresa ante una cara nueva; la pretendida modistilla me responde que su compañera

está enferma y que se lo ha encargado su departamento. Además, se felicita por el hecho; ha visto a muchas damas, a muchas damiselas, las ve todos los días, pero nunca ninguna tan encantadora; con toda razón llaman al lugar en que vivo un templo, porque soy una divinidad. La alabanza es el veneno del hombre, con mayor motivo de la mujer, y el mío por encima de todo. Al decir esas palabras en el tono afectuoso de una beata que estuviera al pie del altar, me agradó singularmente; yo estaba tomando chocolate; mandé que trajeran una segunda taza para que desayunase y me puse a hablar con la modista, que me parecía llena de inteligencia y de sensibilidad.

Durante la conversación me habló en estos términos: «Me parece, mademoiselle, que gozáis de la suerte más afortunada, tal como la merecéis; creo, sin embargo que falta una cosa esencial para vuestra felicidad; me molesta veros privada del trato de los hombres. Desde luego, a mí no me gusta ese sexo, nunca he tenido la menor intimidad con ningún varón; no tengo esa tendencia y no creo que la tenga nunca; pero se pueden hacer más cosas que acostarse con ellos. En última instancia, es la mitad del género humano, para la cual estamos hechas. ¿Por qué privaros de tantos homenajes como recibiríais de ellos? ¿No quedaría satisfecho vuestro amor propio viendo a vuestras plantas a todos esos amables burladores que tanto abundan en la Corte y en la ciudad, y vengando con vuestros desdenes a las demás mujeres crédulas a las que engañan cada día?». Y como yo le respondí riendo que no decía la verdad, que me parecía una gran libertina, continuó: «No, os lo juro, os hablo como si estuviera a los pies de mi confesor; no tengo ningún amante; además estoy hecha de manera que apenas puedo disfrutar del trato de los hombres; me enloquecen en cambio las mujeres. Entre nosotras, no tenemos nada oculto: si queréis os mostraré una cosa muy extraordinaria; desearía que me estimaseis digna de unirme a vos, bien como modista, bien como peluquera o como doncella; contad con que nunca habréis sido tan bien servida».

Aquella libertad, aquella espontaneidad de una subalterna a la que veía por primera vez, que acaso me habrían indignado contra otra, me agradaron en ésta, debido sin duda a una simpatía secreta cuyos efectos sentía yo sin conocer la causa, sobre todo cuando, acercándose a mí, cogiéndome las manos, acariciándolas, besándolas, añadió: «Vamos, dejaos tocar; sed mi pequeña amante, mi soberana; recibidme en vuestro servicio». Me sentí devorada por un fuego mucho más violento que todo lo que había sentido hasta entonces; pero con la impresión de estar cediendo sólo a la curiosidad, voy a la puerta, echo el cerrojo y le digo al volver: «Veamos esa maravilla; ¿qué sabéis hacer?». Finge timidez un momento; recuerda la distancia que debe haber entre una modista y yo; ella misma se asombra de su descaro, que sólo hay que atribuir al exceso de pasión que de repente le han inspirado mis encantos; luego no tarda en volverse más audaz, cubre mi pecho de besos, coge mi mano y la lleva suavemente a... «Monstruo», exclamé, «eres un hombre, y estoy perdida». Sin embargo, mi mano, como retenida por una fuerza magnética, no lo soltaba; ni siquiera para detener la suya, que iba avanzando y me devolvía las deliciosas titilaciones que yo procuraba al temerario, de suerte que ambos

consumamos recíprocamente nuestro sacrificio juntos, pero con tal espasmo de mi parte que tuve un síncope. Tras recuperar pronto su vigor primero, él aprovecha mi estado para entrar por la ruta de la verdadera felicidad y asaltarme de un modo tan terrible que el dolor me devuelve a la vida: estaba a punto de gritar justo en el momento en que el placer hizo expirar mi queja en mis labios. Cuando, tras varios éxtasis repetidos uno tras otro, tuve tiempo de recuperarme y hablar, quise saber quién era y cómo había urdido aquella estratagema. Como no se atrevió a confesarme quién era, Mille me contó una historia: declaró ser hijo de Mme. de Furiel; después de haberme visto varias veces en la carroza de su madre por los bulevares y en su palco en el teatro, sintió celos; se enamoró locamente de mí; no sabiendo ni cómo hablarme ni cómo verme, consciente de la imposibilidad de llegar hasta mí bajo su forma habitual, pensó en corromper a alguna de mis vigilantes; como también fracasó, se volvió hacia las modistas a mi servicio, y bendijo al amor por haberle sugerido aquella estratagema que le había procurado un éxito completo. Considera prudente, sin embargo, que la agente de su éxito lo ignore; le dirá que he sido inexorable y que pierde por su parte toda esperanza; por la mía, no debo hacer reproche alguno a la modista y he de guardar el más profundo silencio. Encargará que le hagan vestidos de mujer y a partir de ese momento llegará hasta mí a las horas y de la manera que yo le indique; no puedo sino aprobar estas sensatas resoluciones, y me despido no sin testimoniarme mi deseo de volver a verle pronto.

Mi primer cuidado fue pretextar una indisposición para reservarme unos días de reposo, y con lociones suavemente astringentes ocultar al conocimiento de Mme. de Furiel los vestigios de los daños que el monstruo había provocado en mí. A este cuidado no tardó en sucederle otro no menos esencial: tuve vómitos, malestar, todos los síntomas del embarazo, sobre todo la supresión del período, imposibles de ocultar a mis mujeres, que dieron cuenta de ellos a Mme. de Furiel y la alarmaron sobre mi estado; pero lo más difícil era sostener dos copulaciones, una de las cuales había llegado a ser para mí igual de insípida y fatigosa debido a los esfuerzos de la otra, demasiado atrayente, a la que se entregaban con ardor todas mis facultades. Como supondréis, estos diversos accidentes no podían sino preparar a una mujer tan clarividente para el descubrimiento de un misterio que antes o después había de salir a la luz.

Por su parte, Mille, en apuros a su regreso para testimoniar a su querida su gratitud tal como tenía por costumbre, y tal como ella esperaba, se vio obligado a recurrir a alguna mentira y a dejarla salir de la cama tal como había entrado en ella; la joven se consoló con la esperanza de que otra vez irían mejor las cosas; pero tras una nueva impotencia ya no pudo dudar de su enfriamiento, ni de que ese enfriamiento no derivase de algunas otras andanzas. Intentó descubrirlas: sus sospechas no apuntaban en modo alguno hacia mí, dada mi absoluta reticencia, dado lo que le había dicho su amante, dado el convencimiento en que estaba de que Mille sólo había venido una vez a mi casa, y dada sobre todo la escasa analogía que debía de haber entre un peluquero y una señorita mantenida de forma tan magnífica. Así pues, de no ser por el azar, se habría pasado

mucho tiempo espiando. Un mañana que vino a traerme algunas modas, ve de lejos salir a una joven que se parecía mucho a Mille; pero no podía distinguirla debido a su capucha; decidida a aclararlo, sigue a la joven disfrazada, y su idea se confirma al verla entrar en la calle, en la casa, en la vivienda de Mille. Llama, no le responden; mira por el ojo de la cerradura y le ve ocupado en desvestirse. Llama con más fuerza; le responden que espere un momento; por fin abre: ¡qué sorpresa cuando encuentra a su querida! Se pone colorado, le pide excusas: no sabía quién era, acaba de salir de la cama, ha estado indispuerto toda la noche, sólo ha tenido tiempo de ponerse una bata; la joven ya no es víctima de todas sus mentiras, cuya falsedad conoce; en primer lugar, encuentra sobre él mismo, sobre su camisa, los indicios de su infidelidad; acto seguido se pone a fignonear y encuentra a la vista las ropas que él acaba de quitarse y que le acusan, pero ella sigue fingiendo ignorar de dónde viene; quiere saberlo; sólo le perdonará a ese precio. Todas estas pesquisas iban acompañadas por un torrente de insultos, de invectivas, de amenazas que lo asustaban; para librarse, lo confiesa todo. La joven no tiene nada que aprender, sale con redoblado furor deseándole como último adiós que Mme. de Furiel, informada de su perfidia, le pague lo que se ha ganado y mande que lo maten en brazos de su conquista. No se contenta con ese augurio: tras dejar unos días al infiel para que se arrepienta sin que éste los aproveche, va a casa de Mme. de Furiel y la informa de lo que ocurre. Esta denuncia, unida a lo que ya había ocurrido, ilumina a la que ya no duda de que la engaña; pero quiere obtener la prueba más segura. Se había preocupado por conseguir las señas más exactas de aquel muchacho travestido de mujer; se las da a las vigilantes, cuyo informe también coincide; ordena que la primera vez que esa mujer acuda, la dejen pasar sin ningún problema, pero que inmediatamente le den aviso. No tarda en presentarse la ocasión de obedecer a Mme. de Furiel: corren a informarla; llega. Nosotros estábamos encerrados en mi tocador; manda echar abajo las puertas; nos había dado tiempo de recobrar una apariencia decente, pero nos traicionaban demasiados indicios: nuestro silencio, nuestro estupor sobre todo, no podíamos articular palabra. Se dirige a mí y exclama: «¡Desgraciada!, ¿así es como cumples tus compromisos, tus juramentos? ¡Así agradeces mis cuidados, pagas mis beneficios, me devuelves amor por amor! Ingrata, ¿has podido olvidarlos hasta este punto? ¿Y en qué lugar? ¡En el lugar donde todo habría debido recordarte la gratitud y reprocharte tu crimen, donde no podías dar un paso, dirigir tu mirada, extender tu mano, lejos, cerca, alrededor, sobre ti, sin encontrar muestras de mi debilidad y pruebas de tu perfidia! ¿Cómo no has tenido miedo a que esa misma otomana, teatro infame de tus placeres, no cobrase vida de pronto, no se levantase indignada para arrojar de su seno a quien la mancilla, a quien se echaba sobre ella para cometer una prostitución abominable de la que hasta ahora nunca había sido testigo ni cómplice?... Aunque la culpa es mía; ¿qué podía esperar de una chica nacida en el fango, cuya alma tan baja como su origen debía necesariamente resentirse de ello?». Guardó silencio entonces, oprimida por la viveza de su apóstrofe; derramó lágrimas, no de ternura, sino de desesperación y rabia. Mientras, yo me había recuperado

de mi primer susto y le dije: «Señora, no voy a mentir. No negaré mi falta, demasiado evidente, que vos llamáis crimen; si lo es, es el de la naturaleza, es el vuestro. Sabéis por propia experiencia que una no puede sustraerse a su inclinación, que ni promesas ni juramentos pueden nada contra ella, que antes o después recobra su poder; pero sí me defenderé del crimen más real de ingratitud. Mi corazón carece de ese sentimiento, está lejos de mí; me habéis colmado de bondades; las recordaré toda mi vida; querría pagarlas con mi sangre; y si mis servicios os resultan agradables, consiento en hacerlos hasta mi último suspiro, en ser vuestra esclava; pero es cuanto puedo hacer y renuncio así a todos vuestros beneficios. Es más, podéis ver que no he hecho una elección indigna y de la que podáis sonrojarnos: el destino de mi sangre es inflamarse por vos. He pasado de las brazos de la madre a los del hijo...». «¡Mi hijo!, ¿qué oigo?», responde furiosa Mme. de Furiel, lanzando una mirada terrible sobre Mille. «¿Este malvado ha tenido la imprudencia de inventar semejante fábula? Mi hijo ¿un vil peluquero?...» A estas palabras, Mille, dándose cuenta de que ya no podía retroceder, de que todo el misterio se había desvelado, se arroja, sin responderle, a mis plantas, convicto de su superchería, me pide perdón, la justifica por el temor a desagradarme por su oscuro apellido y la profesión de artesano; busca su excusa en el amor, y se cree perdonado, puesto que me ha complacido. Impresionada por este descubrimiento, yo aún no había abierto la boca, pero mi silencio sólo podía interpretarse de forma favorable. En el colmo de la rabia, Mme. de Furiel continúa y acaba del siguiente modo: «Podría infligiros ahora mismo el castigo que ambos merecéis; pero sois criaturas demasiado despreciables a mis ojos para que me rebaje a la venganza. Que la despojen de todo lo que me pertenece; que le devuelvan sus ropas de aldeana; que la pongan en la puerta con su chulo y que no tarde en ir a otra parte a obtener el castigo reservado a las que son como ella». Ejecutan las órdenes de mi benefactora. Yo no me desconcierto, y con gran sangre fría cojo a Mille del brazo. «Vamos, amigo mío», le digo, «te perdono tu estratagema y la pérdida de mi fortuna, tienes con qué resarcirme; vales más que todo lo que me quitan. Salgamos cuanto antes de esta moderna Sodoma antes de que el rayo del cielo caiga y la aplaste».

El peluquero me lleva a su piso; me acoge en él, se preocupa por mí; durante unos días todo va de maravilla y quizá hubiéramos vivido mucho tiempo felices de no ser por la chica de las modas, su primera querida. Irritada por perder el fruto de su maldad, por ver que se ha vuelto contra sus propios intereses y en lugar de separarnos nos ha unido más estrechamente, aumentan sus celos hasta el punto de venir a menudo a hacernos escenas y algaradas que alarman a los vecinos de Mille; me toman por una furcia callejera, llevan sus quejas ante el comisario, y una buena noche vienen a sacarme de la cama de mi amante para llevarme a Saint-Martin⁵⁴.

No os describiré en detalle esa prisión destinada a las mujeres de mala vida, lugar tan horrible como repugnante. Bastará con hacéroslo ver como la sentina de todos los vicios, el teatro de todas las impudicias, donde se sueltan todas las porquerías, todas las ordinarieces, todos los juramentos, todas las blasfemias de la depravación más crapulosa

y a veces la más enérgica. Por suerte no es más que un depósito, un lugar de paso para ir a lo que llamamos «la gran casa», es decir, el hospital general⁵⁵. Sin duda, no hay ninguno de vosotros que no haya leído el breve y magnífico elogio que de ella hizo Mme. Gourdan en la obra maestra de la elocuencia erótica, considerada digna de ser transmitida a la posteridad⁵⁶; no obstante, hay que rebajar mucho su entusiasmo. Este lugar de corrección, se diga lo que se diga igual de abominable que el primero, no sería menos susceptible de corrupción tanto en lo físico como en lo moral si, de un lado, no fuera mayor y estuviese más aireado, y si, del otro, a un ministro patriota no se le hubiera ocurrido aplicar al trabajo a tantas manos criminales, y, preservando de la ociosidad a esas desdichadas cautivas, hacer que redunde en provecho de todos su castigo. El actual teniente general de policía, no menos hombre de Estado, ha perfeccionado ese plan que M. de Malesherbes⁵⁷ sólo pudo esbozar, y las salas inmensas del hospital, cuyo pestilente aire habría corrompido en el pasado la virtud más pura si hubiera entrado en ellas, se han convertido en laboratorios, si no edificantes, al menos útiles. Por otra parte, como yo estaba embarazada, según declaré, y fue fácil verificar, me instalaron en una zona separada, en la que se me trató con cariño; allí di a luz; me cuidaron muy bien hasta mi total restablecimiento, y me despidieron; de suerte que salí felizmente de esa prisión, casi sin conocerla más que de oídas; pero no tenía un céntimo; tampoco poseía ropas, nada que empeñar para obtener algún dinero, y no sabía hacia dónde mirar, sobre todo cuando, después de haber ido a casa de Mille, supe que, atormentado por su arpía y para librarse de sus persecuciones, se había contratado con un señor extranjero y había partido para Rusia. Había vendido todos sus efectos y los míos, no se había dignado prestarme la menor ayuda, informarse sobre mí, y me había dejado en la indigencia más absoluta. Entonces comprendí, aunque demasiado tarde, la verdad de lo que me había dicho mi benefactora sobre la ligereza, la inconstancia, la perfidia, la maldad de los hombres; decidí no atarme a ninguno en toda mi vida; pero había que vivir, y no vi otro medio que pedir asilo a Mme. Gourdan. Aún no conocía demasiado bien París; no sabía dónde vivía ni la calle de esa mujer célebre; pero imaginaba que todo el mundo debía conocerla y preguntaba a los transeúntes. Unos no me respondían, otros se me reían en las narices; las devotas se santiguaban; una de ellas, tras esa mueca, me mira, me coge de la mano y me dice: «Hija mía, no estáis hecha para ir allá; me compadezco de vuestra ingenuidad; bendecid a la Providencia y poneos en mis manos; yo os colocaré mejor que en un lugar como ése. Venid primero a mi casa y contadme vuestra historia». La seguí hasta la calle du Bac, no lejos de allí, cerca de las Misiones Extranjeras donde tenía su domicilio. Soy, por naturaleza, sincera; además, no tenía tiempo de inventar una historia; la necesidad me abrumaba. Confié en aquella mujer y le conté de cabo a rabo cuanto me había ocurrido, cosas de las que en el fondo no tenía por qué sonrojarme, pues había sido arrastrada a mis diversos desenfrenos por una fatalidad casi inevitable. Por su parte, ella tenía razones para ser indulgente, y no le costaba mucho ver, por todo lo que yo le contaba, que no era sino más adecuada para el destino que quería darme.

Me dijo a su vez que se llamaba Mme. Richard, que era viuda sin hijos, que su esposo había sido alquilador de sillas en la iglesia de las Misiones Extranjeras; gracias a eso, había tenido ocasión de ir a la casa, de trabar conocimiento con aquellos señores; que, para mejor insinuarse con ellos, había tomado la decisión de representar el papel de devota; que había elegido por director espiritual a uno de los clérigos más importantes y hecho penitencia; que, tras intentar en una confesión probar lo que la carne podría sobre él so pretexto de exponerle sus escrúpulos por la forma en que su marido lo hacía con ella, había reconocido con verdadera satisfacción que el hombre no era insensible; lo cual la animó, aunque esa vez el clérigo la hubiera reñido mucho y la hubiera conminado a ser en adelante más reservada y a abreviar tales detalles, a añadir la segunda vez la lascivia en su descripción. En esta ocasión, dio vueltas con más habilidad a una infidelidad hecha a su marido, cediendo por fin a las insistencias de un galán cuyas seducciones la habían hecho sucumbir. Se dio cuenta de que ese pecado no desagradaba tanto al grave personaje en cuyo corazón ya se deslizaba, a pesar suyo, la esperanza de ser también feliz un día; sin embargo, volvió a reprenderla, aunque con menos severidad, llamándola su querida penitente y exhortándola a ir a menudo al tribunal de la penitencia para extirpar aquella desgraciada inclinación que la arrastraba hacia el hombre. Tras haber hecho vacilar con estas felices tentativas la virtud del ministro de Cristo, decidió asestarle el golpe definitivo. Se trata de un sueño voluptuoso. Ya no es una fornicación, un simple adulterio, es un sacrilegio, un incesto espiritual; con un sacerdote, con un religioso, con su..., no se atreve a acabar asustada ante la enormidad de su crimen, aunque no lo haya cometido y sólo se produzca en sueños. De improviso, él olvida su papel, o más bien lo utiliza en toda su extensión, quiere saber con quién, la presiona, le ordena en nombre de Dios, a quien representa, no ocultarle nada. Por fin ella se rinde a la voluntad del cielo... Era con su confesor con quien creía estar acostada, con él... Tal confesión estaba preparada con demasiado artificio para no producir su efecto. Siembra la turbación a la vez en el corazón y en el alma del director de conciencia, que pierde la cabeza, balbuce, no sabe lo que dice ni lo que hace; la carne se rebela con un ímpetu que aún no había sentido nunca, trata de domarla maquinalmente, se agita, se mueve, cae en un frenesí delicioso; su carne calla, pero él se ruboriza por la victoria: no tiene nada más urgente que hacer que librarse de la penitente con una pronta absolución e ir a sepultar su vergüenza en una celda.

A ella no se le había escapado nada de lo que ocurría; piensa que ya sólo se trata de provocar la ocasión de una charla con él para completar la seducción; que debe aprovechar el momento en que su imaginación está exaltada. Pretextu una enfermedad, era la quincena de Pascua: envía a su marido a pedir al confesor que tenga a bien oírla; él llega enseguida; ella estaba en la cama muy aseada; él le pregunta con vivo interés por su estado. No sabe, son vapores, una melancolía profunda, una languidez general, o más bien un fuego secreto y devorador; ya no es un sueño, es una realidad continua, está dominada por una violenta pasión contra la que lucha en vano, y, sin embargo, pasión

tanto más loca cuanto que, incluso en caso de que la gracia la abandone, de que el demonio se la lleve, sería sin esperanza de contrapartida de aquel que es su objeto, personaje grave, eminente en virtud y que no se dignaría poner los ojos sobre ella; al mismo tiempo se vuelve y ofrece a aquel testigo que no se perdía nada un pecho delicioso y que, en efecto, tiene bastante bello; luego, mirándole con ternura, prosigue: «Sí, padre mío, en mí veis a la más culpable de las pecadoras: era en el tribunal mismo de la penitencia, era al declarar mis iniquidades cuando me dominaban otras nuevas para terminar sacando un amor sacrílego, incestuoso. ¡Ay!, ¡y que no pueda yo abandonar las ropas de mi sexo, tomar un hábito religioso, ir a vivir a su lado, servirle, no dejarle nunca y alimentar por lo menos continuamente mis miradas con el placer de contemplar su venerable rostro! Porque tiene un aspecto majestuoso como el vuestro, la mirada bondadosa y dulce, la voz untuosa y emocionante; creo estar viéndole y oyéndole... ¡Desventurada de mí!, ¿qué he dicho! ¡Ay!, es que vos os parecéis mucho a él y seríais inexorable como él...». La declaración de Fedra⁵⁸ no era más directa ni menos acuciante; ésta tuvo mejores secuelas... «¡Tú vences, Mme. Richard», exclama el hombre santo; «tú triunfas de cincuenta años de austeridades y de virtud... Tú me condenas!; pero ¿no siento desde que te conozco males muy por encima de los que se sienten en el infierno? ¿No puedes tú hacerme disfrutar de placeres superiores a las beatitudes del paraíso? Mejor dicho, ¿no es el Ser supremo quien manifiesta aquí su voluntad? ¿No es él quien nos ha dado esa simpatía mutua que nos ha venido sin nosotros, contra la que hemos luchado en vano y que es superior a todos nuestros esfuerzos? No cabe duda de que nos castigará por su propia obra. Es él quien habla: sus caminos son impenetrables; entreguémonos a su inspiración, recíbeme en tus brazos; que yo te devuelva la salud y la vida; utiliza este remedio sin remordimientos. ¡Vamos!, el escándalo es el único mal de este tipo de uniones; que un velo impenetrable oculte el nuestro a los profanos y a los celosos». Tras estas palabras se lanza sobre ella con indecible furia. Ella le hace justicia; cree haber obtenido su virginidad; parecía absolutamente nuevo en el trato de las mujeres y conocer su teoría sólo por lo que había aprendido en confesión o en los casuistas. Se vio obligada a adentrarle por la ruta de la felicidad; y una vez que él estuvo allí, ¡qué éxtasis!, ¡qué arrobo! Tenía cincuenta años menos; repitió varias veces en el mismo día; al siguiente, y dos días más tarde, volvió a confesarla.

El trato ya duraba hacía casi un mes y su poder no decrecía, ella no sabe si tomaba en sus alimentos algo que le fortalecía; era inverosímil. Sea como fuere, aquello no podía durar: una fiebre inflamatoria hizo presa en aquel viejo, que sucumbió en pocos días. Y así se convirtió al mismo tiempo en viuda de dos maneras: su marido, que era borracho, se rompió la cabeza volviendo del merendero, y la liberó de él; pero también se quedó sin el santo varón, que tenía buenos beneficios, de los que ella habría podido sacar partido: no tuvo tiempo. Estaba de nuevo pensando sobre qué otro confesor lanzar su plomo para sustituirlo, cuando la Providencia acudió en su ayuda.

Cierto día ve entrar en su casa a un gran colega del difunto, un gran sombrero⁵⁹, es

decir, un beato en toda la extensión del término, que se encargaba de las conciencias y de las limosnas de la mayoría de los devotos de alto rango del barrio. Lo conocía de vista; hasta había hablado con él ocasionalmente; pero siempre le había desagradado por su aspecto. Era delgado como un espárrago, seco, sin compostura, con una cara lívida, macilenta, penitente, que le repugnaba. Amigo del difunto, había recibido sus últimos suspiros y sus remordimientos en confesión, lo cual le había proporcionado un conocimiento pormenorizado de su intriga amorosa con Mme. Richard, y provocado el deseo de sacarle partido; pero para no comprometerse y sondear antes tranquilamente el terreno, había ideado una estratagema muy honesta. Había inventado para ella una historia como luego confesó: supone que su colega ha hecho un testamento por el que deja toda su hacienda a la casa; pero con la salvedad de algunos legados particulares, entre otros, uno de veinticinco luses en favor de Mme. Richard por el arreglo de sus cuellos y sus sobrepellices; y al mismo tiempo el hipócrita extiende un cartucho de oro sobre la mesa. El espanto que le había inspirado su presencia se calma al ver esto; no tardan en entablar conversaciones, llegan a un acuerdo y el difunto es olvidado. Las limosnas de las duquesas llueven en abundancia en casa de la alquiladora de sillas, que engorda a ojos vistas.

La casa de las Misiones Extranjeras, cuyos jefes, que se reparten entre las casas de los grandes señores del barrio de Saint-Germain, no dejan de tener cierto crédito entre las mujeres puestas bajo su dirección y en su entorno, está sujeta a una continua circulación de predicadores, de escritores eclesiásticos, de jóvenes abates de condición, de grandes beneficiados, de obispos. El hipócrita conoce mucho a estos últimos; es un hábil intrigante que, al no poder jugar en su oscura esfera un papel por sí mismo, tiene el amor propio de volverse necesario al menos a estos señores: les procura en caso necesario sermones, mandamientos, grandes vicarios, beneficios e incluso muchachas, cuando las conoce a fondo y él está bien seguro. Es Mme. Richard la que lleva ese departamento; ella misma me dijo que quizá no tardarían en hacerle el encargo de proveer de una amante en regla a un prelado; que había puesto los ojos en mí, pero que antes quería conocer mis habilidades, o darme instrucciones; que, además, tenía mucho trabajo desde la pérdida de una alumna que le había raptado un joven chocarrero, y que necesitaba que yo la secundase hasta que me colocase mejor. Entrando entonces en una pequeña discusión sobre nuestro estado, cuyos sólidos principios y finos puntos de vista no se me escaparon, me dijo:

—No creáis que debemos ejercer nuestro oficio con los devotos igual que con la gente de mundo. A excepción de los viejos y de los libertinos demasiado extenuados, se necesita infinitamente más arte y talento con los primeros que con éstos, en quienes la pasión o el gusto preceden de ordinario al goce, lo vuelven más delicioso y cargan con casi todo el esfuerzo. No se trata de un hombre gazmoño, de un lascivo vergonzoso que, con cada persona del sexo contrario ofrecida sucesivamente a sus miradas, complazca a una tras otra; porque no hay ninguna que despierte sus sentidos, únicamente la

circunstancia determina su acercamiento; pero sólo cuando se acuesta con él una cortesana experta puede provocarle el deseo de volver a acostarse, de vincularlo a ella, de fijarlo en ella. Durante los breves momentos en que lo posee, tiene que inflamar su imaginación para los largos intervalos de ausencia, y, siempre presente para él por el recuerdo de los placeres que le ha hecho disfrutar, hacer que le apetezcan otros nuevos y desespere de encontrar en otra parte placeres semejantes. En sociedad, en cambio, una mujer que ha enamorado a un caballero, que puede no dejarlo y verlo sin cesar, tiene mil medios para mantener y perpetuar la seducción, bien adoptando un ascendiente imperioso sobre su esclavo que le priva de toda facultad, de toda voluntad; bien apartándolo hábilmente de los lugares o de las personas que podrían hacerle cambiar; bien procurándole unos goces raros que le ocupan y le entretienen hasta que el apetito carnal lo llame realmente a su seno. Observemos además que los devotos, los sacerdotes, los cenobitas, los príncipes de la Iglesia, torturados por el demonio de la carne, envejecen y se agotan antes que la gente de mundo, cosa que se atribuye a sus maceraciones, que son la secuela del frecuente uso del onanismo al que están sujetos por falta de mujeres o por miedo a comprometerse. Por la facilidad de entregarse a él, este ejercicio solitario pronto se convierte en hábito; se vuelve una necesidad, pero con gran detrimento del individuo, puesto que un solo acto le causa más pérdida de sustancia que varios goces compartidos. Por eso el onanista transportado a los brazos de una mujer es muy difícil de divertir: habituado a todas las gradaciones, a todos los matices del placer, que adopta, diversifica, acelera, suspende o precipita a capricho, necesita una sacerdotisa que se olvide de sí misma y se modifique como su víctima; necesita que ella estudie y adivine, por así decir, cada prevención voluptuosa de su alma, que siga la lubricidad de sus movimientos, que finja recibir el éxtasis que le procura y sacrificarse con él.

»Este arte tan refinado entre los antiguos, según he sabido por un sabio erudito, miembro de la Academia de Bellas Letras, con el que tuve que ver, y perdido o al menos degradado durante el tiempo de ignorancia y barbarie, está más de moda que nunca en este siglo de luz y filosofía. No menos de cuarenta mil impuras lo ejercen en la capital; pero entre este número hay pocas que sobresalgan: desde hace medio siglo apenas contamos con cuatro que hayan alcanzado cierta celebridad, la Florence y la Pâris que, muertas hace varios años, aún viven por su fama, y la Gourdan y la Brisson⁶⁰, que hoy profesan este arte con gran esplendor, que ven pasar sucesivamente por su casa a casi todo París, desde el retaco de tienda hasta el príncipe de sangre, y desde el fraile limosnero de los capuchinos hasta la eminencia más circunspecta.

»La *manuelización*⁶¹ ayudada o recíproca la utilizan sobre todo los graves personajes que aquí veréis; obligados a envolver sus debilidades en el más profundo misterio, tendrían miedo a que un niño arrojado por torpeza en el molde, o alguna enfermedad vergonzosa, cuyos síntomas a duras penas pueden esconderse, los descubriera. Esta última consideración les decide a utilizar esa receta tan secular, seguros de que el mal sífilítico sólo se contrae con el contacto venenoso de las partes, órganos de la generación.

»El curso de tribadismo que habéis hecho, mi querida Safo, os habrá capacitado mucho para el otro ejercicio, una vez que hayáis recibido los títulos; porque no podéis haber adquirido muchos con un joven amante fogoso que sólo busca un goce rápido, siempre ardiente en la conclusión ya que siempre estaba preparado para volver a empezar. Aquí tendréis que véroselas con hombres de edad madura, en quienes el ardor del temperamento se halla amortiguado, y la imaginación ha de suplir a las facultades.

»Ante todo habéis de aprender la lengua del oficio, cuyo uso nos es indispensable y de la mayor importancia; el término adecuado colocado en el momento oportuno produce con frecuencia más efecto, impresiona, conmueve y aguijonea más vivamente los sentidos que la imagen galante que una hermosa charlatana sustituye por un largo circunloquio. Enseguida os daré la definición de cada palabra que no entendáis, y os indicaré, por último, la aplicación de diversas prácticas de nuestro oficio.

Aquí, milord, la historiadora nos enumeró un diccionario de palabras absolutamente nuevas para mí; iban acompañadas de comentarios tan obscenos que los suprimo por entero, desesperando de poder hacéroslos soportables; todos estos detalles pueden ser excelentes en el calor de la depravación, pero se vuelven insípidos y repugnantes en la sangre fría de un relato. Paso a la conclusión de la elocuente arenga de Mme. Richard.

—Por lo demás, una ligera práctica no tardará en haceros más hábil que el más largo catecismo. En nuestro oficio ocurre como en ciertos juegos de cartas cuyas reglas generales hay que saber, pero contra las que se va enseguida, en el *reversi*, el *wisk*, el *tresette*; es en el tapete donde se aprende lo que hay que hacer; la forma de jugar del adversario determina la que nosotros debemos utilizar. Lo mismo ocurre con el putaísmo (¿por qué ruborizarse de nombrar una profesión cuya práctica no causa rubor?); es la edad, el carácter, los gustos de un amante los que deben decidir la clase de placer que hemos de procurarle. Hay que ser muy complaciente con ciertos hombres; otros exigen, para entrar en el juego, ímpetu, arrebató, furia; hay algunos con los que se debe aparentar reserva, gazmoñería; y otros que quieren ternura y se complacen en ser sentimentales; y otros a los que les gusta que una puta se muestre tal como es y haga su oficio con franqueza.

El final de este discurso fue considerado como un momento de reposo en el que M. Clos mandó servir la cena; se dejó la conclusión de la historia para cuando la terminásemos; pero la cena fue tan divertida y Mlle. Safo estuvo tan provocativa que a varios comensales les urgía más tener un cara a cara con ella que oír el resto; para satisfacer a todo el mundo, nuestro anfitrión decidió que nos reuniríamos por tercera vez; me alejé, no sin pena, de aquella sociedad de amables libertinos por temor a los contactos venenosos cuya idea había despertado en mí Mlle. Safo, y me fui a la cama, ¡aunque sólo tuviera que sentir la ilusión falaz de un sueño!

Por lo demás, milord, aquí me veis embarcado a pesar mío en una novela que no pensaba que hubiera de ser tan larga de parte de una persona tan joven; por suerte no os desagrada; os interesa por su singularidad, os divierte por sus detalles, y vuestra filosofía misma sabe sacarle partido. Comparad la corrupción de la Babilonia francesa con la de la Babilonia inglesa, y veréis que supera a la nuestra debido a la hipocresía religiosa que aquí exige el celibato a esa multitud de monjes, curas, abates, obispos que no pueden, como nuestro clero, en el seno de un casto himeneo, pagar a la naturaleza el tributo que todo hombre le debe. Haced leer a vuestros conocidos estas aventuras, y que bendigan tanto su destino como el protestantismo.

París, 11 de enero de 1778

Carta XIV

Continuación y fin de la confesión de una joven

Hay que terminar, milord, las aventuras de Mlle. Safo, cuya longitud me asustaba por vos y cuya continuación deseáis por el contrario; llegará, desde luego, pues esa linda persona aún no está en su término; pero con dieciséis años ya es mucho haber proporcionado casi materia para un volumen; si sigue a la misma marcha, las novelas de La Calprenède⁶² no serían nada comparadas con ella. Entra en escena, escuchadla:

Después de su instrucción, Mme. Richard me añadió:

—Lo que debe daros cierta confianza en mis palabras, o más bien convencersos de la excelencia de mis preceptos, es lo que me veis: seguramente no soy joven, mi gordura es lo único que impide que mis arrugas aparezcan y tapa algunas; nunca he sido guapa; tengo la frente marcada por la viruela, no poseo ninguna nobleza en la figura o en el talle, mis piernas son gruesas, los brazos y las manos feos; sólo tres cosas tengo en mi favor: el pecho todavía bastante firme, una boca bastante bien amueblada y unos ojos lujuriosos; no podría competir en absoluto con vos, parecería vuestra madre; y, sin embargo, entre la mayoría de los que aquí vienen, sobre todo gente madura con más necesidad que otros, a lo que parece, de ser excitados por las gracias de la figura y por la lozanía de la juventud, pocos son los que no me prefieran; esta noche, si queréis, podréis ver la experiencia.

En efecto, llaman preguntando por la morena; corro a la puerta, abro, veo a un viejo gazmoño; desconcertado al verme, baja la vista y en tono bondadoso me pregunta si está Mme. Richard; tras mi respuesta, entra y, de acuerdo con la contraseña, habla de sus cuellos, de sus sobrepellices, de sus albas; una vez que Mme. Richard lo tranquiliza, nos sentamos y habla; no tarda en decirle al oído que no le convengo. Ella me hace una seña y salgo, o, mejor dicho, siguiendo nuestro acuerdo, aparento salir y me cuelo en un

pequeño gabinete desde el que podía ver todas sus maniobras y aprender una lección de la que no dan idea siquiera las posturas del Aretino⁶³.

Cuando creyó el pánfilo que me había ido, oigo que confirma a Mme. Richard lo que el gesto de ésta me había indicado: que yo no le inspiraba nada, que la prefiere a todas las bellezas más encantadoras, porque sólo ella tiene el talento de reanimarle, de hacerle sentir su existencia, de volverle hombre todavía. No eran éstos los términos en que se expresaba. ¡Imaginad el lenguaje del libertino cuartelero más decidido! ¡Qué contraste con el aspecto hipócrita con que se había presentado! Mientras tanto, su divinidad, no menos rica en expresiones sonoras que articula en tono firme y vehemente, tras haberse excitado con este preámbulo al que ella mezclaba los primeros abrazos y las caricias preliminares, le ordena desvestirse; ella se desnuda en el acto, luego abre un armario del que saca una doble coraza de crines en cuyo interior había esparcidas una infinidad de puntas de hierro, redondeadas por un extremo; le reviste pecho y espalda con este instrumento de penitencia, convertido en instrumento de lujuria. Ata ambas partes por los costados con cordones del mismo tejido, luego adapta a la que cubre el estómago una cadena de hierro que pasa bajo los testículos, que de este modo quedan sujetos en una especie de bolsa situada en medio de la cadena. Esa bolsa es también de crin, pero calada, de manera que no impida tocamientos de la mano en esas fuentes del placer; en cuanto a la cadena, va a cerrarse en el otro lado; le pone por último en cada muñeca un brazalete del mismo tipo que la coraza. Yo no conocía en absoluto aquel aparato, y nunca habría sospechado su efecto. No tuve dudas cuando vi a aquel cura lascivo así armado entrar en erección, aunque débilmente. Mme. Richard coge entonces unas vergas y, flagelándole con fuerza en los muslos, en las nalgas y en la cintura, le hace dar varias veces la vuelta a la habitación; y a cada paso que da, su sangre, agitada por los roces de la coraza, va a las partes de la generación y lo prepara para la obra de la carne; pero no tiene suficiente, e igual que la hermana Felicidad y la hermana Raquel, esas famosas convulsionarias que, cuando las mataban a palos, nunca recibían demasiados, sigue pidiendo más y palpa entusiasmado, en medio de su lubricidad, todo lo que le presenta la vasta corpulencia de Mme. Richard; ésta, después de haber agujoneado suficientemente con ese enérgico ejercicio la carne del resucitado, que empieza a dar por lo menos señales de vida, se acuesta en la cama con él, le cosquillea ligeramente con la punta de los dedos las tetas, cuyos pezones pasaban por unos agujeros practicados expresamente en la coraza, lleva luego a ellas la punta de la lengua con un prurito infinitamente más voluptuoso. No hay entumecimiento que soporte semejantes caricias, y sin tocar las partes de la generación, cosa que se evita con el mayor cuidado, éstas alcanzan por fin tal vigor, un deseo tan violento del coito, que hay que satisfacerlo o suplirlo provocando a la naturaleza con diferentes frotamientos según el tipo de placer que busque el cliente⁶⁴. A aquél le gustaba el goce total; pero era celoso de la reciprocidad; quería conocer por sí mismo si tenía la dicha de excitar alguna emoción; era preciso que Mme. Richard, acostumbrada a esa fantasía, fingiese, que lanzase suspiros, que lo interpelase con

exclamaciones amorosas, en una palabra, daba la impresión de gustarle con el mismo ardor que a él; era un cuerpo vivo acoplado a un cadáver; sin importarle, fingía de maravilla, y aparentó desahogarse al mismo tiempo con una lujuria increíble y que estaba muy lejos de sentir; nos reímos mucho cuando de nuevo nos encontramos a solas. Además, «a buen entendedor, medias palabras bastan»; esta lección me valió por cien y mi institutriz no tardó en reconocer mi habilidad y en quedar sorprendida. Perfectamente convencida de que no podría sino honrarla, Mme. Richard no vacila en presentarme al prelado al que me destinaba; es más, cosa muy rara en casos semejantes, convencida de que el goce no contribuiría sino a ganarme mejor su grandeza, le propuso una prueba. Quedó él tan contento, tan encantado, que decidió mantenerme; no esperaba encontrar en la misma criatura tanta juventud y tantos encantos (sois vosotros, caballeros, los que con vuestros elogios me autorizáis a alabarme de esta manera a mí misma) unidos a talentos tan consumados en el arte de las voluptuosidades; da una buena gratificación a la alcahueta, se hace cargo de mí y me encierra bajo llave. El término no es demasiado fuerte: era celoso como un tigre. Me alojó en una *petite maison* del barrio de Saint-Marceau que era una miniatura, extraordinariamente bien amueblada, pero totalmente apartada, rodeada tan sólo de jardines y conventos. Cumplía así su doble objetivo: sustraerme al trato y a las miradas, por así decir, de todos los humanos, y procurarse la ocasión de introducirse en mi casa sin escándalo ni ruido, a cualquier hora y como bien le pareciese. No quería, además, que tuviese a mi lado sirvientes, en especial varones: una peinadora que estaba a mis órdenes arreglaba todas las mañanas mis cabellos y me servía de doncella. Una vieja se ocupaba de la casa y de hacer la comida, tras lo cual se iba para volver por la noche, muy tarde, a la hora indicada, cuando monseñor no se acostaba conmigo, porque yo le había declarado que tendría demasiado miedo, que no podía pasar la noche totalmente sola en una casa. Así pues, me encontraba en una cautividad más molesta que la que había soportado en casa de Mme. de Furiel, y dudo que hubiera podido soportar mucho tiempo aquella soledad. Un incidente muy extraordinario, porque nací, a mi parecer, para hechos extravagantes, vino una vez más a frustrar este comienzo de buena fortuna.

Por su hipocresía y su alta cuna, Monseñor, que había llegado precozmente al episcopado, nada más estar en su sitial se había dejado llevar por el ardor de su temperamento. Había elegido por grandes vicarios a jóvenes, festivos como él, de su gusto y menos destinados a secundarle en la regla de su diócesis que en su libertinaje; poco ocupados en convertir, desfloraban doncellas, depravaban mujeres, eran el azote de madres y maridos; difundían el terror por todo el cantón. Esa forma de vida duró todo el tiempo que Monseñor estuvo en aquella sede. Nombrado después para otra prelatura, hastiado de los placeres del amor y gastado por las depravaciones, aprovechó esa circunstancia para cambiar de vida. En él se ha despertado la ambición: en la actualidad pretende las más altas dignidades de su orden, incluso la púrpura. En consecuencia, se ha reformado: hace alarde de regularidad, y no tiene más que una simple amante en secreto

a fin de satisfacer las necesidades de la naturaleza cuando todavía renacen. Os ofrezco su propia confesión: lo que le había impulsado a solicitar la mediación de Mme. Richard y a mantenerme fue lo siguiente.

Cuatro de sus grandes vicarios que estaban en París, confundidos por tal cambio, no podían convencerse; no lo creían verdadero y sospechaban algún misterio. A fin de tener claras las ideas, decidieron espiar a monseñor por separado, cada uno por su lado, seguir sus idas y venidas y descubrir lo que ocurría. Acordaron que el primero que supiera algo informaría a los demás. Uno de ellos conocía a un oficial de policía: con dinero se hace cuanto se quiere; no tardó en tener soplones a sus órdenes que descubrieron mi retiro y le contaron toda mi historia. Entonces reunió a sus colegas, sorprendidos por su inteligencia y por su delicadeza; quedaron encantados ante la verdad de sus conjeturas; pero, para castigar a Monseñor por su disimulo, decidieron que había que birlarle a la querida, o al menos compartir su cama. ¿Quién sería el afortunado mortal? No se puede desear lo que no se conoce; había que empezar por introducirse en casa de la hermosa, por reconocer si merecía los elogios que de ella se hacían, y luego, cada uno, según lo que el corazón le inspirase, lanzaría su incursión.

Estos levitas, desertores a menudo del servicio de los altares por el de las mujeres, acostumbrados a las aventuras galantes, a frecuentar lugares de mala reputación, se respetaban, sin embargo, lo bastante para no comprometer sus vestiduras; se disfrazaban entonces de caballeros; adoptan ese disfraz tanto más necesario en esta ocasión cuanto que, en caso de fracasar, nada tenían que temer de mi indiscreción con su obispo, engañado por semejante traje. Se dirigen en carroza hasta mi puerta un día que sabían a Monseñor en Versalles y estaban completamente seguros de que no volvería enseguida. Me asusto al verles llegar: cuatro *plumeros*⁶⁵, a ninguno de los cuales conocía, me intimidan; temo que quieran armar jaleo, y me veo obligada a recibirles de acuerdo con las conveniencias. Pronto me tranquilizo; pero me inquietan de muy otra manera cuando me informan de toda mi historia y, sobre todo, de quién es el que me mantiene; me quedo estupefacta, estoy confusa. Pronto la conversación adopta un tono alegre y divertido; me proponen sustituir a Monseñor, cuya insuficiencia conocen, y me ofrecen que elija entre ellos. De buena gana les habría tomado la palabra, y a los cuatro a la vez; pero debía contenerme frente a semejantes forasteros. No por eso dejé de satisfacer menos mi fantasía, pero obrando con mayor astucia. Mientras reíamos y retozábamos juntos, los voy llevando sucesivamente aparte y doy a cada uno una cita por separado, rogándoles al mismo tiempo que me guarden el secreto, incluso ante sus compañeros. Yo contaba más con su amor propio que con mi defensa, al menos hasta el momento en que hubieran gozado, y eso me bastaba. En efecto, como cada uno de ellos deseaba rematar su aventura antes de presumir de ella, se ríe interiormente del engaño de los otros y al irse pondera mi honestidad, que no se esperaba; habla de mí como de un dragón de virtud al que resulta imposible acercarse, como un fenómeno único entre las cortesanas.

Para examinar mejor los talentos parecidos y comparados de estos galanes entre los

que se trataba de elegir un coadjutor de monseñor, les había citado para la misma velada, con una hora de diferencia entre ellos. El primero debía venir a las 7, el segundo a las 8, el tercero a las 9, y el último a las 10. El prelado, que habitualmente cenaba en el arzobispado, nunca podía sorprenderme antes de las 11; no sospechaba yo que, al menos por esa vez, no cumpliría con su puntual comparecencia; y estaba totalmente tranquila.

En efecto, cuando dan las 7 llega el primero. Era un pelirrojo de cara preciosa, tono meloso y seductora conversación; era muy cariñoso y se entretenía mucho tiempo en los preliminares, que, al no poder repetir el placer, hacía lo mejor posible. Apenas había terminado cuando llamaron a la puerta: el caso estaba previsto, hasta lo había preferido para evitar el inconveniente mayor: que aquellos amigos se encontrasen y se reconociesen. Escondí al que ya estaba pasaportado en un guardarropa, una de cuyas puertecillas daba a mi antecámara, y le indiqué la forma en que, deslizándose por detrás de un biombo colocado adrede, podía llegar fácilmente a la escalera. Abro a continuación y, haciendo seña al que introduzco de que guarde silencio, lo llevo a mi aposento; allí le explico en voz baja la razón de ese misterio, que cargo a mi miedo a que haya sido visto y seguido en la escalera por algún espía de Monseñor; vuelvo a salir como para verificar esta sospecha; mi motivo era favorecer la evasión del precursor, en caso de que aún no se hubiera ido en ese momento; oigo la puerta, que se cierra; no dudo ya de su marcha y vuelvo a entrar. Pero no eran así las cosas: el curioso impertinente había empujado la puerta, pero desde dentro, y había regresado a su escondite, para observar las maniobras del prelado en ejercicio y divertirse. Su curiosidad aumenta al levantar la punta de la cortina de una puerta vidriera, cuando, en lugar de un obispo, ve a un caballero; no tarda en reconocer la voz de su amigo; y no se le ocurre abandonar en un momento tan hermoso.

Éste era moreno, bastante feo, pero bien formado, muy vigoroso, todo músculos, todo nervios, en la plenitud de la edad y con prisa por ir al grano, porque se sentía en estado de volver a empezar. Dobla, triplica, cuadruplica mi goce, y allí seguiría él aún si yo no hubiera tenido la prudencia de detenerle, no sin prometerle una y otra vez una nueva cita; tenía pensado cumplir la palabra, con tanto o mayor interés que él, si las circunstancias no hubieran alterado nuestra relación y no me hubieran privado de uno de esos héroes raros hoy en día y que ya casi sólo se encuentran en la Iglesia. Sea como fuere, tuvimos que separarnos a la hora señalada, es decir, a las 9, cuando el tercero se presentó; utilicé las mismas precauciones para esconder al segundo galán, sustraerle a las miradas del celoso y prepararle así la manera de irse sin escándalo; con la diferencia de que se quedó muy sorprendido al encontrar en el gabinete a un rival que por suerte le tranquilizó enseguida, se dio a conocer, le hizo saber por qué se encontraba allí, le animó a quedarse y a ver el desenlace de tanto bullicio.

Por el retrato que os he bosquejado de los dos primeros galanes habréis podido juzgar lo mucho que se diferenciaban. El tercero era un original de una especie más peculiar todavía: tenía más amor propio que amor; se jactaba de aumentar la lista de sus

conquistas; la llevaba siempre consigo, me la enseñó; leí en ella nombres de mujeres de calidad, financieras, burguesas; me aseguró que estaba cansado de esa clase de aventuras galantes, que ya no le interesaban las mujeres presuntamente honestas; que la mayoría, sin temperamento, y teniendo un amante sólo por imitación, por moda, por apariencia, eran goces muy insípidos; que había que volver a las putas...; con estas lisonjeras palabras picaba mi emulación; desplegué con él todos los recursos del arte que me había enseñado mi institutriz, y admitió que yo sabía divertir de maravilla, ejercicio bastante desagradable para mí; pero era generoso, y me prometí satisfacerle en caso de que volviese. Maltratado varias veces por mis semejantes por haber sido demasiado leal, este libertino se veía obligado a emplear toda suerte de estratagemas y atenerse a la imagen del placer por miedo a que la realidad siguiese haciéndole recoger sus frutos amargos y humillantes, además de ser un genio cáustico y presuntuoso; el resto de nuestra conversación consistió en divertimos a costa de sus camaradas, a los que creía engañar. Ignoraba que dos le escuchaban y que, cuando se reía a sus expensas, los otros se tomaban la revancha con toda razón. Se sintió muy ridículo cuando la llegada del último me obligó a despedirle de la misma manera que a los otros, con los que se dio de narices. La curiosidad prevaleció sobre el resentimiento, y los tres se agazaparon juntos sospechando que el cuarto era su cofrade.

En disputas metafísicas, morales, e incluso físicas, cada cual tiene su opinión; lo mismo podría decirse del amor: cada atleta tiene su capricho. El último, al que había reservado para el final por ser del que más esperaba, era un provenzal que tenía el gusto de esas tierras, muy desagradable para el sexo femenino; gusto contraído en el colegio, fortalecido en el seminario, y que no había perdido en medio de las orgías con mujeres. Le había juzgado bien: tenía todo el aspecto de un sátiro y era un monstruo en realidad. Esperaba prodigios, y, tras dar muchas vueltas a mi alrededor, me hizo su declaración de una manera realmente galante, y dijo que desde la *Venus de las bellas nalgas*⁶⁶ no había visto nada tan divino. Yo comprendí, y le reproché la depravación de su gusto, que justificó mediante un axioma admitido por regla general en todos los lugares de depravación: que todo es «vaso legítimo» en una mujer⁶⁷. Apoyándose en esta frase de libertinos me aseguró con toda seriedad que podría añadir sentencias de casuistas recomendables⁶⁸. Me pareció divertido que un militar citase semejantes autoridades, y ante una mujer de mi clase. Protesté luego contra la enormidad del objeto a introducir, que me causaría unos dolores espantosos; me tranquilizó con un proverbio provenzal: con saliva y paciencia siempre se llega al final⁶⁹. Entonces me dominó la curiosidad; quise probar si el agente de semejante ejercicio recogía en efecto mucho placer, si refluía a la vecindad y si la paciencia podía gustar a alguien. Se las arregló como hombre espabilado que no hace la prueba por primera vez; nadaba en medio del deleite, estaba encantado; se extasiaba, desfallecía, y yo no sentía más que deseos, irritaciones inútiles; quería librarme de él, pero mis esfuerzos sólo servían para animarle más. Aquel priapo insaciable, pegado encima de mí, no se iba del sitio, repetía sus sacrificios casi uno tras

otro... Al final aproveché un momento de descanso y me lo quité de encima calificándole con el epíteto que le convenía, maldiciendo el abuso que hacía de sus talentos, asegurándole que mi puerta le estaría cerrada para siempre... Aún duraba nuestra pelea cuando llegó Monseñor para cerrar la marcha de aquella jornada. Me vi obligada a tratar a aquel infame con los mismos miramientos que había tenido con el amante más favorecido. Me faltaba tiempo para arreglarme; él me sirve de ayuda de cámara, y cuando el desorden en que me había puesto queda algo reparado, le indico el camino de la salida y corro al encuentro del prelado. Un protector no está hecho para esperar, el mío venía de mal talante; su carácter sombrío se manifiesta con una violenta discusión. Las mujeres, cuando han cometido un error, suelen gritar más alto, fue lo que hice, y con tal energía que le obligo a bajar el tono. Quiere acariciarme, yo le rechazo y me quejo a mi vez de la esclavitud en que me tiene. Le digo que no conoce a las mujeres; que debería saber que los obstáculos sólo sirven para incitarlas y que no hay verja ni cerrojo que resistan a los deseos de una mujer enamorada. Añado: «Aunque me tuvierais con contrato privado, si se me hubiera metido en la cabeza ponerlos los cuernos, seríais cornudo cuatro veces en un día...». Esta ocurrencia, articulada en tono firme, elevado y rabioso, tan adecuada para aquel momento, oída desde el gabinete, les provocó unas ganas de reír tan violentas que no pudieron aguantarse y estallaron. ¡Cuál fue mi asombro, y cuál fue el espanto del prelado! Imagina que es una conspiración contra él, que son matones apostados para robarle; se vuelve loco, quiere escapar. En cuanto a mí, me quedo inmóvil un momento, luego, con una luz en la mano, voy a inspeccionar el gabinete; no veo a nadie; pero por el bastidor que daba a la antecámara sigo las huellas de los pérfidos y me encuentro con un espectáculo que forma la más grotesca de las caricaturas; monseñor y sus grandes vicarios se encuentran justo al mismo tiempo en la puerta; cada vez más convencido de que hay malos designios contra él, de que quieren detenerle, se postra a las plantas de los presuntos asesinos, ofrece su bolsa y pide gracia de la vida. Los otros le levantan riéndose a más no poder; le dicen que son ellos los que deben adoptar esa postura, que son sus servidores más ardientes y más respetuosos; le ruegan que les perdone por esa travesura cuyo ejemplo él mismo les ha dado y cuyo cómplice se ha dignado ser algunas veces; que además es un lance muy afortunado, pues sirve para abrirle los ojos, para descubrirle la falsedad de una mujer a la que colma de bienes, que se burla de él y le engaña de una manera tan infame. En ese momento llego yo, y por su conversación descubro un misterio que no podía sospechar: reconozco todas las máscaras que tan bien me describen. Monseñor, algo recuperado de su terror, con ayuda de la vela, y a pesar de su disfraz, que ya había visto en otras ocasiones, se da cuenta por fin de lo que ocurre; me colma y abruma a reproches, a invectivas, a horrores; los otros los repiten a *chorus*. Cercada por aquella infantería, no sé qué hacer ni qué decir; me doy cuenta de que la puerta esta despejada, me lanzo hacia ella y llego a la calle; corro sin rumbo sin saber adónde voy; monto en el primer fiacre que encuentro y me hago llevar a casa de Mme. Gourdan, pues seguía considerándola como mi refugio

en mi desamparo. Me reconoce, me acoge y me hace contarle mi historia; me dice que no hay que tirar la escoba cuando se acaba de barrer; que al día siguiente debo volver a mi casa. Llego y veo un cartel que dice: «casa en alquiler ahora»; entro, sólo encuentro las cuatro paredes y a mi sirvienta, a la que, según me dice, le han ordenado estar allí todo el día para enseñar la casa; que por la mañana, muy temprano, habían pagado al propietario, y que un tapicero había ido a llevarse los muebles como si le perteneciesen. Vuelvo para informar a mamá de aquella infamia del prelado; me hace escribirle y me dicta una carta de protesta, a la que él, para no comprometerse, no responde; pero me envía a mi antigua ama de llaves para decirme de su parte que, si se me ocurre dar el escándalo con que le amenazo, me hará encerrar en la Salpêtrière. Es entonces cuando Mme. Gourdan, queriendo evitar con su protección cualquier desgracia de esa especie, me hace inscribirme como supernumeraria en la Ópera. Después consiguió que interviniesen unos prelados amigos suyos, que negociaron con el mío; las conversaciones fueron largas; estaba indignado; no quería comprometerse a nada; pero cuando mi embarazo fue seguro, se hizo valer tanto esta circunstancia que me envió cien luises, de los que se apoderó Mme. Gourdan so pretexto de mi mantenimiento, de mi pensión y de mi futuro parto. Por lo demás, somos las mejores amigas del mundo; ella me llama su hija, yo le doy a ganar mucho dinero, del que sólo me entrega una pequeñísima parte; pero me asegura que, cuando me haya liberado de mi fardo, me conseguirá un buen protector y volverá a ponerme por tercera vez en el camino de la fortuna; espero aprovecharlo mejor. ¡Ay de las víctimas que caigan en mis redes!

Con esta ingenuidad terminó Mlle. Safo.

¡Oh, milord!, ¿es posible a esa edad ser tan buena y tan perversa, tan ingenua y tan corrompida, tan adorable y tan mala pécora?

París, 11 de febrero de 1779

Anónimo

La Mesalina francesa
El viaje descubierto

Publicada en 1789, y reeditada dos veces más al año siguiente, *La Mesalina francesa* se quiere un relato de las experiencias de su anónimo autor –amparado en el *Viaje descubierto* bajo el apellido Dendrin–, y se suma al amplio número de panfletos contra la reina María Antonieta, aunque en ninguna de sus líneas se la nombre, y su entorno de favoritas, entre ellas la duquesa Jule de Polignac, reconocida mesalina sexual por los documentos de la época. Al panfleto añade el autor crudas descripciones de actos eróticos que habrían tenido lugar durante las escapadas nocturnas que tanto María Antonieta como Luis XVI y su entorno aristocrático hacían; en el Trianón, en las terrazas de las Tullerías y en el propio París, buscaban un poco de aire fresco mezclándose con la multitud y su alegría exenta de las coacciones protocolarias: «Los grandes, cansados de la representación y de las obligaciones de la jornada, gozaban por la noche de una libertad degenerada en licencia» (S. Flaissier, *Marie-Antoinette en accusation*, «María Antonieta acusada», 1967, pág. 122). Documentos y panfletos hablan de guardias de corps y de funcionarios de palacio, que abordaron a la reina, conociéndola o sin conocerla, en unos jardines que eran lugar de paso, paseo y cita; y un texto como la *Vie privée de Charles-Philippe, ci-devant comte d'Artois, frère du roi* (*Vida privada de Carlos Felipe, antes conde d'Artois, hermano del rey*, 1791), no es complaciente con las costumbres de una reina a la que atribuye distintas relaciones, en su mayoría con atletas sexuales para sus asaltos nocturnos, alguno de los cuales terminaría apareciendo asesinado. Aunque en *El viaje descubierto* se alude al caso del Collar, lo que esta continuación hace es trazar un fresco de las costumbres licenciosas de una corte dedicada al despilfarro –en especial María Antonieta– durante esa segunda mitad del siglo, frenado por la Revolución; y de las traiciones tanto dinásticas –podía engendrar hijos que tal vez no llevaran la sangre de Luis XVI– como políticas.

La Mesalina francesa

(La Mesaline Française, 1789)

La Mesalina francesa

o Las noches de la duq.... de Pol.....
y aventuras misteriosas de la Pr....sa d'Hén... y de la

*Obra muy útil a todos los jóvenes que quieran
hacer un curso de libertinaje*

Por el abate compañero de fuga
de la duq.... de Pol.....

Seguido del

Viaje descubierto

En Tribaldis
De la imprenta de Priapo

1790

Por fin voy a darte a conocer, amigo mío, la fuente de esa rápida y sorprendente fortuna que nunca has podido imaginar. Voy a desvelarte mis enredos con una mujer activa, tan vergonzosamente célebre por sus prostituciones como por sus horribles conspiraciones contra el pueblo francés.

¡Oh Jule!¹, tú, que en el pasado hiciste mi felicidad, y que me has pagado con la más negra ingratitud, no esperes ninguna consideración de mí; las confesiones que voy a hacer han de añadir un florón más a tu corona adúltera.

Amigo mío, no verás aquí sino las escenas más licenciosas, los cuadros del libertinaje más desenfrenado; y mi estilo será el que convenga para pintar a una Mesalina que deja muy atrás a las cortesanas más depravadas.

También te esbozaré algunos cuadros voluptuosos y lascivos de los secretos placeres de otras dos mujeres de la Corte, no menos conocidas que la famosa duq.... de que se trata, y esos cuadros te darán mucha más satisfacción que la que proporcionan las tramas hechas para despertar la atención general. Como a ellas debo mi conocimiento de la Pol....., también por ellas empezaré mi relato.

Cuando llegué a Versalles, traía varias cartas de recomendación para distintas personas, y entre ellas una para el señor pr..... d'Hé...², cap. de los guar. de c. d'A..... Como no conocía a nadie en un país donde todo se hace mediante intrigas y protecciones, sentí la necesidad de verme apoyado por el crédito de alguien que gozase de estima. No podía ir mejor dirigido que al señor pr..... d'Hé...: fui a verle y recibí la acogida más solícita. Me presentó a la pr..... su esposa. «Aquí tenéis», le dijo, «al señor D.³, que me han recomendado de manera especial. Aún parece muy nuevo, pero nosotros lo puliremos. Cenará con nosotros». Iba a darle las gracias, pero ya se había alejado.

No me detendré a describirte los distintos sentimientos que me agitaron cuando me encontré a solas con la pr..... d'Hé.... No había podido ver impunemente la figura más provocativa, el talle más voluptuoso, el aire, en una palabra, más incitante. Cuanto más profunda era la impresión que en mí había producido, más aumentaba mi timidez hacia ella. Por suerte el pr..... volvió y fuimos a sentarnos a la mesa.

Yo estaba enfrente de Mme. d'Hé.... Me di cuenta de que a menudo nuestras miradas se encontraban, y enseguida creí ver que yo no le resultaba indiferente. Para no aburrirte paso en silencio los quince primeros días que le presté atenciones, pero sin atreverme nunca a hablarle de amor. La señora pr..... d'Hé... se dio cuenta de mi excesiva imbecilidad y vio que conmigo tendría que ser ella quien tomara la iniciativa. En vano me había incitado cien veces a declararme; en vano se había dejado ver en varias ocasiones con todo el desorden de su atuendo; el tonto de tu amigo no había querido comprender nada. Así pues, se decidió a una última tentativa. Dominada tanto como yo por sus deseos, un día me dijo que fuera a recogerla después de comer para darle la mano en el

paseo. Muy lejos de pensar en la felicidad que me estaba reservada, se lo prometí. Llego a la hora antes dicha, y me introducen según una orden dada. Penetro hasta su tocador. ¡Oh!, amigo mío, ¡imagina mi sorpresa! ¡Qué encantador espectáculo se ofrece a mis miradas! Mi adorable d'Hé..., durmiendo echada en una tumbona, en la actitud más voluptuosa, con el pecho desnudo, una pierna levantada, la otra colgando hasta el suelo, los más blancos muslos separados, y, por la postura en que se encontraba, absolutamente al descubierto... Yo entreveía el centro de los placeres⁴, sombreado por un espeso musgo cuyo color contrastaba admirablemente con el alabastro de su piel inmóvil. Apenas me atrevo a respirar; torrentes de fuego circulan por mis venas; avanzo sobre la punta de los pies, me coloco a la altura de sus rodillas; admiro todo lo que la naturaleza formó nunca de más bello... Me atrevo a aplicar mis labios..., pero temo despertarla y perder tan bella ocasión. Mi timidez desaparece; me levanto y, ya sobre la tumbona, me afianzo entre sus muslos con la mayor precaución. Aplico mi boca a la suya; penetro en el antro sagrado de la voluptuosidad. Mas no tardo en sentirme arrastrado por el exceso de mis arrebatos. Igual que el río cuyo curso es detenido por un dique, si éste llega a romperse, cobra mayor ímpetu su curso; igual que se ve a un joven novillo salvaje al que se ha irritado, echar hacia atrás la cabeza, pisotear el suelo, cornear todo lo que encuentra, yo rompo y destrozo todo lo que se opone a mi paso. Mi adorable marquesa despierta, se debate, finge querer escabullirse de debajo de mí; la estrecho con más fuerza entre mis brazos; veo humedecerse sus ojos con las lágrimas del placer; sus sacudidas responden ya a las mías; comparte mis transportes... Nadamos al fin en un torrente de delicias.

¡Dioses, qué voluptuosidad, cuando, sobre ella tendido, exprimía el jugo de aquel fruto prohibido!

¿Qué puedo decirte, amigo mío? Seis veces el amor nos cubrió con sus alas, seis veces morimos para resucitar.

Durante dos meses vivimos así, la princesa y yo, en la unión más perfecta; pero al cabo de ese tiempo su esposo tuvo algunas sospechas de nuestra connivencia. Al darnos cuenta de que éramos vigilados tomamos nuestras precauciones para no ser descubiertos. Sin embargo, pese a nuestras medidas, poco faltó para que un día no lo fuéramos y nos cogieran *in flagrante delicto*. Entró el marido en la habitación donde estábamos cuando ella acababa de arreglar, bien que mal, el desorden que habían causado nuestros escarceos amorosos. Para gran vergüenza suya, se cubrió de ridículo haciendo estallar sus celos: llevó incluso su descortesía hasta rogarme que dejara de honrarle con mis visitas. Como ves, ese extravagante no está hecho para vivir en este país. ¿Dónde iríamos a parar si a todos los maridos se les ocurriera vigilar así a sus castas mitades?

Así pues, tuvimos que vernos fuera de su palacete. La marquesa alquiló una *petite maison*⁵ cerca de Versalles, y allí nos dirigíamos con tanta frecuencia como su Argos⁶ nos hacía el placer de ausentarse. También nos citábamos algunas veces en la terraza, en

el parque. Ahí es donde dará comienzo empezar la trama de mis aventuras con la Pol.... y otra persona que no puedo nombrar.

La señora d'Hé... me mandó decir por alguien de confianza que fuera una tarde a la terraza. A una jornada de excesivo calor había sucedido una de esas noches tan frescas que parecen destinadas a los amantes. La luna, algo cubierta, dejaba distinguir débilmente los objetos. Yo estaba esperando desde hacía una hora aproximadamente cuando entreví a dos damas, en ligero *déshabillé*, que venían hacia mí. Pensé que era mi amable princesa con su doncella. Con ese convencimiento las abordé solícito y fue para estrechar en mis brazos a la que tomaba por Mme. d'Hé.... Júzguese mi asombro cuando me sentí rechazado y una argentina voz que no reconocí me dijo: «¿Qué pretendéis, señor? ¿Queríais ofendernos?». ¡Oh, amigo mío! ¡Aquella voz me llegó hasta el corazón! Avergonzado de mi error, balbucí excusas. Iba a retirarme, ellas estaban ya a unos cuantos pasos de mí cuando las oí reírse a carcajadas; y la que me había hablado dijo con toda claridad: «Es muy guapo el hombre; ¿le conoces?».

Te confieso, amigo mío, que tomé a aquellas dos mujeres por aventureras, y eso me incitó a abordarlas:

—Sin duda, señoras, es por gusto por lo que paseáis sin caballero; cuando una es tan adorable, nunca debe faltar, y, si no temiese volverme importuno, os rogaría que me permitierais acompañaros.

Una nueva carcajada fue la respuesta que se me dio. Sin embargo, la que aún no había dicho nada tomó la palabra:

—Os agradecemos, señor, vuestro cortés ofrecimiento; es cierto que paseamos solas por gusto. No toméis nuestras risas por descortesía; su causa era una aventura que acababa de contarme mi hermana cuando nos habéis encontrado. Estamos tanto menos dispuestas a aceptar el ofrecimiento que nos habéis hecho cuanto que, de hacerlo, os haría faltar sin duda a vuestra cita con la persona por la que nos habéis tomado.

—Para probaros, señoras mías, que no me importa, continuaré el paseo con vos si me lo permitís.

Como ves, amigo mío, la infelicidad empieza a deslizarse en mi corazón. Olvido a la princesa para seguir a dos desconocidas, quizá dos cortesanas. Pero una conversación sostenida con ingenio por su parte, modales de gran mundo y tono de la mejor sociedad no tarda en hacerme pensar que se trata de dos mujeres respetables. Una de ellas, aquella cuya voz me había afectado tan vivamente, me agradó más que la otra; era a ella a quien dirigía la mayoría de las veces la palabra, y para ella eran todas mis expresiones lisonjeras y galantes. Las dos horas que pasamos juntos transcurrieron como un sueño. Dan las doce: ellas hablaron de retirarse. Me ofrecí a acompañarlas, cosa que rechazaron formalmente, prohibiéndome incluso seguir las. Las veía marcharse con dolor; sostenía la mano de la que acababa de subyugarme en tan poco tiempo, la estrechaba en la mía, y le apliqué mis labios ardientes de deseos. Arrastrado por un impulso involuntario no tardé en dejar su mano para estrecharla con fuerza entre mis brazos. Mi boca encuentra la

suya. ¡Oh, dioses! Me devuelven mi beso. Siento su lengua introducirse entre mis labios; le meto la mía, ella parece querer aspirarla. Nuestros suspiros se confunden; de repente ella echa a correr con presteza... «Adiós», me dice, «volveremos a vernos», y desaparecen.

Permanecí pasmado un rato: no podía salir del lugar donde estaba. Un lazo invisible parecía retenerme. Creía haber tenido un agradable sueño. Sin embargo, mis ideas fueron calmándose poco a poco a medida que se disipó la violenta borrasca que se había levantado en mis sentidos. Cuando me recuperé, escruté el fondo de mi corazón; me asombró no encontrar ya en él la imagen de la princesa: el de mi desconocida ocupaba su sitio. Comparando los sentimientos que me agitaban, ¿podía decirme incluso que había amado nunca a la primera?... Adiós, volveremos a vernos... Estas palabras seguían resonando en el fondo de mi alma. Pero ¡qué horrible reflexión!... No sabía dónde vivían; y ellas ignoraban dónde vivía yo. ¡Oh!, entonces, ¿cómo podríamos volver a vernos? Volé tras sus huellas intentando reparar mi olvido; pero pronto recordé la prohibición que se me había hecho. El temor a incurrir en la indignación de aquella a la que ya amaba más que a mi vida, fue lo bastante fuerte para detenerme. Horriblemente atormentado de inquietud y de amor, salí del parque y regresé a casa.

No pude pegar ojo en toda la noche. Pensaba en todo lo que me había ocurrido. Apenas me acordaba de la princesa d'Hé..., y si lo hacía era para buscar los medios de eludir las persecuciones que no dejaría de hacerme, de evitar su encuentro. Estaba decidido a no volver a verla; imaginaba sus reproches y no me conmovía demasiado. Pero ¿cómo encontrar a mi desconocida? ¿Volvería a la terraza? Quizá la había visto por última vez. Esta cruel idea me mantenía despierto; finalmente el amanecer me encontró sumido en estas reflexiones.

Devorado de impaciencia, las horas me parecían de una largura insoportable, y no pude aguantar más tiempo en la cama; me levanté y salí sin ningún objetivo determinado; me dirigí a la terraza, y paseé por ella sin ver nada hasta la hora de la comida. De vuelta en casa, encontré una carta de Mme. d'Hé..., citándome en la *petite maison* para aquella tarde. No acudí a la cita; ella se enfadó, y dejó de escribirme: desde entonces no he vuelto a verla.

Fui a la terraza a las seis de la tarde. Miré a todas las mujeres; corriendo tanto a derecha como a izquierda tras las que creía que eran mi amable desconocida. Llegó la noche; me quedo solo, consulto cien veces mi reloj; siempre creo que el timbre hace sonar en mis oídos una hora de retraso por lo menos. Por fin dan las once para anunciarme que era inútil seguir esperando. Volví a casa y me acosté.

¡Oh!, esa vez creí que la había perdido para siempre. Maldecía mi torpeza por no haberme informado de su dirección antes de dejarla, o de no haberle dado la mía. Extenuado de fatiga, no tardó el sueño en dominarme por fin. Si escribiera una novela, te diría, amigo mío, que me vi atormentado por los sueños más desagradables. Sin embargo, no me desperté hasta que mi ayuda de cámara vino a traerme, a las ocho de la

mañana, una carta que acababan de entregarle. La letra me resultaba desconocida. La abro. Juzga mi sorpresa, mi entusiasmo. Era de mi desconocida. Y esto que contenía:

Me siento muy halagada por vuestra impaciencia, caballero. Sé que me buscasteis en la terraza, y que os quedasteis allí hasta muy tarde. A mí me fue imposible ir, pese a lo mucho que lo deseaba. No soy libre, mi querido caballero, y debo tomar las mayores precauciones. Veis, sin embargo, que no os he olvidado, puesto que he tenido que buscaros para entregaros este billete. Venid pasado mañana, a la misma hora y al lugar en que me encontrasteis. Adiós, caballero.

Imagina la desmesura de mi alegría: me llama «Mi querido caballero»... No pudo ir a la terraza a pesar de lo mucho que lo deseaba. Por lo tanto me ama. Pero ¿qué había hecho para descubrir dónde vivía? Me sentía avergonzado por no haber podido hacer lo mismo con ella. ¿No tenía ella derecho a reprocharme que yo había puesto menos pasión que ella en mis búsquedas?

Sin embargo, debían pasar tres largos días antes de que tuviese la dicha de verla. Mi impaciencia me hacía mirarlos como tres siglos. Por fin veo llegar el afortunado momento. Fui a la cita a las ocho de la tarde, como si, encontrándome allí antes, hubiera de adelantar el instante fijado por ella. Nunca me pareció tan largo el tiempo. ¡Con qué frecuencia acusé a las horas de lentitud! Dan por fin las diez. Con el cuello tendido, el oído al acecho, pongo toda mi atención por si oigo caminar a alguien. El menor ruido, la agitación de las hojas, me ponen fuera de mí. Mi corazón palpita con la mayor violencia... Pero oigo algo; es el paso de dos mujeres. Mi amor me dice que es ella; corro, vuelo a su encuentro: era ella con su hermana; no me había engañado. No tardo en estar a sus pies. «Caballero, ¿qué hacéis? Aquí no estamos seguros. Si alguien viniese... Pueden vernos.» Yo tenía cogida su mano, que cubría de encendidos besos. Me obligó a levantarme; la cogí en mis brazos; su seno estaba a medias descubierto, apliqué en él mis labios ardientes de amor... Oímos algún ruido, y nos alejamos de prisa.

«Seguidme, caballero», me dice, «vamos a lugar seguro, donde no hayamos de temer importunos. Mas sed sensato; y no me hagáis arrepentirme del paso que doy viniendo así a vuestro encuentro». Pronto llegamos a un lugar lleno de enramadas. Tras cien vueltas por aquellos bosquecillos accedimos a una especie de glorieta rodeada por todas partes de setos muy espesos, y que no tenían más entrada que el lado que habíamos utilizado nosotros. Alrededor hay bancos de césped expresamente hechos para celebrar allí los tiernos misterios. «Quédate a unos pasos de aquí», le dijo a su hermana, «y avísanos si oyes que viene alguien».

Heme, pues, a solas con mi adorable desconocida. La atraigo a uno de los bancos de césped; me precipito a sus plantas. Mi mano ya iba a extraviarse por la ruta de los placeres cuando ella me habló en estos términos:

—Escuchadme, caballero, y no me interrumpáis. Sentaos, y prestad atención a lo que voy a deciros. Os conozco, y no ignoro vuestra relación con la princesa d'Hé.... Sé que

no la habéis visto desde el momento en que me conocisteis. Exijo de vos la promesa de no volver a verla nunca...

Iba a jurárselo, pero no me dio tiempo; me puso la mano sobre la boca y continuó:

—Pero ignoraréis quién soy hasta que me plazca a mí decíroslo. Por lo tanto os ruego que no deis paso alguno para descubrirlo. No tratéis de penetrar un misterio que sólo quiero revelaros cuando esté perfectamente segura de vuestro amor y de vuestra discreción. Os advierto que vigilaré vuestros pasos; y si alguna vez os dejáis arrastrar por una curiosidad indiscreta, si alguna vez tratáis de levantar el velo con que quiero cubrirme, me perderéis para siempre, y... sabré vengarme. Dejadme el cuidado de vuestra felicidad; os mandaré aviso todas las veces que podáis verme; y creed, caballero, que nunca será con tanta frecuencia como yo desee, porque, os lo repito, no soy libre y estoy rodeada de vigilantes que tengo que burlar. Sé que no sois rico; estad tranquilo, me ocuparé de vuestra fortuna. Amor, fidelidad, discreción, eso es cuanto exijo de vos; pero la facilidad con que acabáis de dejar a la princesa d'Hé... me hace temer que tengáis un carácter voluble...

—¡Ah!, señora —repliqué interrumpiéndola en este punto—, ¿se puede dejar de amaros cuando se os ha visto? Juro a vuestros pies que observaré exactamente todo lo que acabáis de prescribirme. Vuestras órdenes serán sagradas para mí. Siempre seréis adorada. Sólo os amo a vos. ¿Podría no adorar esa cara, asiento de las gracias? ¿Esa boca bermeja que invita a tomar un beso en ella (y lo tomo)? ¿Ese pecho firme, cuya blancura haría avergonzarse al mármol más hermoso?

Llevé hacia él mi mano, que pronto dejó sitio a mi boca; ella sólo se oponía débilmente a mis avances. Yo la cubría con besos de fuego; su respiración se vuelve entrecortada; la titilación de mi lengua en la punta de su seno le procura un movimiento más precipitado; siento que su corazón palpita con fuerza, y, al fin, sucumbe al exceso de sus deseos y me atrae entre sus brazos. Echado sobre ella, se ha levantado ya el celoso velo que parecía oponerse a mi dicha; recorro todas sus bellezas más escondidas; mi dedo llega por fin al trono de la voluptuosidad; y de pronto ella cede a sus transportes. El amor necesita una víctima; el puñal de ese dios estaba dispuesto a golpear; ella lo coge con fuerza, lo hunde con mano valerosa... La sangre más pura corre a grandes oleadas...⁷, víctima y sacrificador caen anonadados bajo el peso del placer; y la espada, toda humeante aún, apenas ha salido de su llaga cuando el amor vuelve a hundirla en ella varias veces.

¡Oh!, amigo mío, no intentaré describirte todos los goces que sentí esa afortunada noche. Al fin hubimos de separarnos; nos juramos fidelidad eterna; nos prometimos volver a vernos al día siguiente a la misma hora. Ella se va, y yo regreso a casa encantado con mi nueva amistad.

Te confieso, sin embargo, que estaba furiosamente intrigado por el misterio que se traía conmigo. ¿Por qué temía tanto que la conociese? ¿Por qué aquellas amenazas de vengarse de mí si hacía algún intento por saber quién era? ¡Cómo me sorprendía el papel que hacía desempeñar a la que llamaba su hermana! ¿Cómo iba a ocuparse de mi

fortuna? Me sentía perdido en todas estas ideas; no sabía qué pensar de la sorprendente aventura. Al final terminé por abandonarme ciegamente a mi destino; me acosté y me dormí, acunado por los sueños más lisonjeros.

Al día siguiente me dirigí a las diez de la noche al teatro de nuestros retozos amorosos; cierto es que me costó mucho encontrarlo, ¡tantas vueltas había que dar para llegar hasta él! En cuanto llegué, oí pasos cerca: era mi adorable desconocida. ¡Santo Dios, qué hermosa! Hacía un calor excesivo; algunas flores sembradas al azar en sus rubios cabellos, que caían en grandes rizos sobre un cuello de marfil, formaban todo su tocado y le hacían parecer la diosa de las flores; los colores bermejos de sus mejillas hacían avergonzarse al ramo de rosas que cubría su pecho desnudo. Sólo llevaba encima una larga túnica⁸ de muselina blanca, atada con una cinta rosa que daba la vuelta a su cintura y destacaba los blandos contornos de su voluptuoso talle. Bastaba su vista, en ese estado, para inflamar todos mis sentidos; me acerco a ella y la abrazo largo rato. Nuestras lenguas, mutuamente lanzadas entre nuestros labios, hacen circular por nuestras venas torrentes de fuego. Nunca beso alguno se prolongó más tiempo. El exceso de nuestro embeleso nos hizo desfallecer a uno en brazos del otro, y no tardamos en caer sobre el césped.

Mientras tanto, su hermana se había retirado al vernos empezar tan bien. Noté incluso que nos había mirado un instante con ojos envidiosos, que indicaban que hubiera querido estar en el lugar de mi desconocida. La continuación de mi historia te demostrará si no tenía yo razón. Mas no nos apartemos de nuestro relato.

En cuanto vi que estábamos solos, desaté el cinturón que impedía abrirse a su túnica. Como ya nada la retiene, cae a sus pies. No encuentro más obstáculo que una camisa tan fina que apenas parecía tenerla; no tarda en quitársela ella misma, y siento desnuda en mis brazos a mi adorable amante.

¿Podré describirte alguna vez la blancura, el satinado de su piel, aquel pecho divino sobre el que estaban colocados dos lindos capullos de rosa, la elegancia, la soltura de su talle, el contorno, la firmeza de dos nalgas cuya parte superior forma la rabadilla más admirable, la redondez de dos muslos que nunca podrá imitar el arte? ¿Podré pintarte aquel vientre liso y pulido sobre el que imprimía un millón de besos?... ¿Podré, sobre todo, darte una idea de ese reducto adorable, la más bella obra de la naturaleza, centro de todos nuestros placeres, lugar delicioso donde el amor ha fijado su morada? ¿Se ha visto alguna vez un monte mejor realzado y adornado con un musgo más lindo?... Mis felices manos recorren poco a poco todas esas bellezas; mi boca se pega a todas las partes de aquel bello cuerpo. Arrastrado por mis arrebatos no tardo en precipitarme sobre ella, entreabro con dedo ligero la morada del poderoso dios que me anima. Introduzco en ella el ardiente dardo con que él me había adornado... Lo hundo con una especie de furia, mis sacudidas se precipitan... Mi amante ya no lanza más que suspiros entrecortados. Sus piernas cruzadas sobre mis riñones me atraen con fuerza hacia ella. Parece temer que me escape. Sus impulsos responden a los míos. Ya se acerca el instante señalado por

la voluptuosidad; instante que, si durase, nos haría superiores a los dioses. Ya brotan las fuentes del placer. «¡Ah... Dios!... ¡Ah... querido... querido amante!... ¡Vamos!... ¡Oh, venga... fuerte!... ¡Qué... placer!... ¡Ah!... ¡ah!.. Me mue... ro...» son los únicos monosílabos que podemos pronunciar. Caemos al fin en una postración de fuerzas de las más completas. Nuestro anonadamiento llega a su colmo... y no renacemos unos instantes después sino para volver a sumirnos en la misma ebriedad voluptuosa. Sólo nuestro excesivo debilitamiento pone fin a nuestros transportes.

Recogimos nuestras ropas. Reparé cuanto me fue posible el desorden de su pelo, y nos despedimos. Antes de irse, me entregó una cartera, que me dijo que no abriese hasta que estuviera solo en mi casa. Te confieso que puse alguna objeción; repugnaba a mi delicadeza recibir presentes de una mujer a la que amaba; ella se dio cuenta. «Caballero», me dijo, «vuestro rechazo me mortificaría; el amor vuelve todo igual y común. Aceptándolo es como me probaréis que me amáis». No pude, pues, rechazarlo, y cogí la cartera besándole la mano, que ella sustituyó al punto por su linda boca. Vi acercarse el instante en que empezaríamos con nuestras agradables locuras otra vez; pero apareció la hermana para decirnos que era tiempo de separarnos. Se fueron.

Cuando estuve en mi cuarto, quise ver lo que contenía la cartera que me había dado. Imagina mi asombro... Estaba enriquecida con diamantes de casi veinte mil libras. El broche que servía para abrirla valía él solo más de ocho mil libras. Contenía treinta billetes de la caja de mil libras cada uno⁹. ¡Qué magnífico presente! No podía dar crédito a mis ojos. ¿Qué fortuna tenía entonces una mujer lo bastante rica para hacer tales sacrificios? Había tomado ya la decisión de devolverle todo cuando en el fondo encontré esta nota:

Acepta, mi querido caballero; cuando es el amor el que da, el amor propio debe callar. Me ofenderías vivamente si rechazases este pequeño presente. Mi amante no debe recatarse en sus recursos. El pequeño palacete de... está en alquiler; tienes que conformarte con él hasta que pueda comprarse. No te asombres ante estos sacrificios, soy bastante rica para hacerlos. Quiero acercarte a mí cuanto pueda. Compra también caballos y una carroza; monta tu casa, no temas gastos. El amor proveerá todo. Adiós, mi amable caballero; te haré saber el día que podamos vernos. Te beso un millón de veces.

P. S.: Seme siempre fiel.

Iba de sorpresa en sorpresa. Yo, que había ido a Versalles para solicitar un puesto que pudiera suplir mi falta de fortuna; yo, que desde hacía poco, por medio de la princesa d'Hé..., había obtenido una que sólo había aceptado porque me permitía pretender otra más considerable, iba a tener mi palacete, mis criados, mi carruaje... ¡Oh!, palabra de honor que creía estar soñando.

Al día siguiente me decidí; cumplí fielmente las órdenes que me daba, en su nota, mi divina desconocida; y, de ignorado que era, pronto me hice notar por los enormes gastos que hacía, por mi orgulloso fasto y la insolencia de mis lacayos. Había tomado el apellido de D. S., nombre de una tierra que antaño había pertenecido a mi familia.

Este trato con mi desconocida duró unos seis meses; durante ese tiempo recibí, en

varias ocasiones, sumas lo bastante considerables para permitirme vivir por siempre de una manera muy acomodada si mi ostentación no me hubiera arrastrado tan lejos. Un día que estábamos juntos, y que a una de nuestras escenas amorosas sucedía otro de esos momentos de calma y de expansión, tan interesante para los corazones tiernos y sensibles como aquellos en que se hierve de efervescencia; en uno de esos instantes, digo, mi desconocida me preguntó por qué había tomado el nombre de D. S. Le dije la razón que te he referido más arriba. Luego me preguntó si sabía a quién pertenecía en la actualidad aquella tierra: «Pasó a la familia del conde de P. S.». Reflexionó unos instantes, luego hablamos de otras cosas.

Aproximadamente un mes después, me entregó un paquete lacrado, en el que encontré el contrato de compra de esa tierra, que vale treinta mil escudos. ¡Qué generosidad! Oh, ¿por qué fui forzado a pagarle con la ingratitud, como verás en la continuación de estas Memorias?

Cada vez que me encontraba con mi benefactora amiga insistía para que por fin se diera a conocer. ¿No debía estar bastante segura de mi amor y de mi discreción? Aquel misterio, le decía yo, era una ofensa para un amante. Ella siempre había eludido mis preguntas. Terminó suplicándome que dejara de atormentarla para saber una cosa que no quería decirme, y me ordenó (éstos son sus términos) que me cuidara mucho, sobre todo, de recabar sobre ella información alguna, o de seguirla, amenazándome, si esto ocurría, con toda su indignación y con un odio igual al amor que me había atestiguado. Me irritó vivamente la forma dura en que se expresó y en ese mismo instante decidí hacer cuanto pudiera para descubrir lo que con tanta ansia deseaba. No dejé que se trasluciera, y nos despedimos tan buenos amigos en apariencia como de costumbre. Al día siguiente recibí esta nota:

Quieres saber por encima de todo quién soy; bien, caballero, serás satisfecho. Mañana por la mañana deberás estar en la entrada de la terraza, hacia las siete; llevarás un ramo de rosas en la mano para hacerte reconocer por la persona que te enviaré, y a la que seguirás sin hacerle ninguna pregunta. Adiós, caballero.

Esta nota me procuró la satisfacción más viva. Esperé el instante prometido con la mayor impaciencia; por la noche ordené que me despertasen al día siguiente a las seis; cosa que hicieron, y me dirigí a la terraza.

Pronto fui abordado por una mujer que me dijo que la siguiese; me hizo entrar y salir muchas veces en el castillo, me hizo ir por diferentes pasajes; por último, tras más de un cuarto de hora de marcha, se detiene ante una puerta y me hace pasar. Atravesé varias estancias suntuosamente amuebladas; por fin, mi guía me introduce en una habitación donde me deja solo, tras haberme anunciado a una persona que estaba acostada. Las celosías bajadas y las cortinas corridas sólo dejaban penetrar en aquella habitación una luz extremadamente débil. «¿Sois vos, caballero?», me dijo una voz tan baja que apenas pude oírla. «Sí», respondo, y acto seguido franqueo el espacio que me separa del lecho; me abalanzo con energía, y no tardo en compartirlo con ella. Era la primera vez que iba a

gozar de sus atractivos a mis anchas. Mantas y sábanas están ya a nuestros pies; mi mano recorre sus encantos, quiere hablar, y le cierro la boca con un beso. Sin embargo, algo me extraña: ella parece escabullirse de mis caricias; la sujeto en mis brazos; mi lengua acaricia voluptuosamente la suya; mi dedo se apodera del asiento del placer; ya siento su clí... hincharse bajo él. Sus precipitadas titilaciones atraen hacia esa parte todos los espíritus libidinosos; hago circular por sus venas el placer en grandes oleadas; sus muslos, que había cerrado, se abren poco a poco, un ligero movimiento de sus nalgas me anuncia que ha llegado el momento de actuar más seriamente; me tiendo sobre ella y penetro con vigor en la plaza. Pero, ¡oh, dioses! ¡qué transportes los de mi amante! Se entrega a mis caricias con furia; chupa, muerde todas las partes de mi cuerpo que su boca puede alcanzar. El exceso de placer la domina... No parece ella. Fuertemente estrechado por sus brazos, con sus piernas entrelazadas sobre mí, nuestros dos cuerpos no forman más que uno. ¡Qué precipitación! ¡Qué agilidad de movimientos!... Pero aún continúan; ya no son más que suspiros entrecortados... Yo mismo siento que las fuentes de la suprema voluptuosidad están a punto de abrirse... ¡Los dos nos unimos en el final! «¡Ah!, querido... ca... ballero... cuánto te amo... mi alma... me matas... sigue... sigue... ¡oh! Es... demasiado... me... muero.» Siento, en efecto, que sus brazos se abren y caen lánguidos, y yo mismo me encontré en ese delicioso éxtasis en que la naturaleza, abrumada de placer, parece confundirse y aniquilarse.

Cuando recobré mis sentidos, mi adorable amante aún no había vuelto en sí. Quise admirarla en el estado de anonadamiento en que se encontraba. Fui a abrir una cortina. Pero ¡oh, Dios!, juzga mi asombro: no reconozco a mi desconocida; es su amiga, la que la acompañaba a nuestras citas en el parque.

Te lo confesaré: sentí renacer en mí nuevos deseos, que tal vez no hubiera sentido tan pronto con mi amante. ¿Podía ver impunemente delante de mí un soberbio cuerpo de mujer desnudo, sin querer devolverle de nuevo el tributo de homenajes que merecía? Admiraba la belleza de sus formas, un pecho divino... Sus muslos separados me dejaban vislumbrar el interior de aquella parte que yo acababa de homenajear con tanto ardor. Su color habría borrado el del más bello carmín. Sus dos labios, adornados de negro pelo, contrastaban admirablemente con la blancura de su piel, se abrían a menudo y parecían lanzarme un desafío. Ya empieza a recobrase; sus ojos se fijan en mí con una especie de vergüenza: ¡pero no tardé en disipársela! Me lanzo a sus brazos y de nuevo nos sumimos en un río de delicias. Sólo cesamos nuestros retozos cuando nuestras fuerzas agotadas pusieron obstáculo a nuestros deseos... Nuestros cuerpos estaban más cansados que saciados. ¡Oh!, ¿por qué nos hizo la naturaleza tan débiles?

Le rogué que me explicara aquella aventura; y cómo, creyendo ir a casa de mi desconocida, me habían llevado a casa de otra tan adorable como ella. Y esto es lo que me respondió:

—Después de lo que acaba de pasar entre nosotros, caballero, puedo confesaros todo sin ruborizarme. Os amé desde el instante en que os vi por vez primera; vi con dolor que

mi amiga os gustaba más que yo; todos vuestros afanes se dirigieron hacia ella; apenas si me prestasteis atención. Vuestra relación se formó tan deprisa que no tuve tiempo de obstaculizarla, como había pensado hacer. Pero, conociendo el carácter inconstante de mi compañera, pensé que pronto dejaríais de amaros. Me equivoqué en mi expectativa: vuestras caricias, vuestros transportes amorosos, de los que con tanta frecuencia he sido testigo, no han hecho sino encender más mi pasión, y a tal punto que decidí satisfacerme al precio que fuera. Todas las notas que habéis recibido de mi amiga han sido escritos por mí. Como quería que no la conocieseis, no quiso siquiera que tuvierais su letra. En vuestra última entrevista observé que no quedabais muy satisfecho el uno del otro, y que entre vosotros había cierto enfriamiento. Pensé sacar partido de la situación para haceros venir a mi casa. Os escribí la nota que habéis recibido; creísteis que era de mi amiga; habéis venido, y... ya conocéis el resto –añadió ella esforzándose por sonrojarse–; ¡ojalá no tenga que arrepentirme de mi imprudente paso! ¡Oh!, no pensaba que debiera haber tales consecuencias. Estaba muy lejos de pensar que también vos seríais tan atrevido. Voy a confiaros además algo que ignoráis, mi querido caballero; envidiosa de la suerte de mi rival, quise compartir con ella el placer de seros útil. Fui yo quien la incitó a hacer a vuestro nombre la adquisición de vuestra tierra; también me tomé incluso la libertad de enviaros algunas cantidades con el nombre de mi compañera; y creed, caballero, que no os hago estas confesiones para disminuir los sentimientos de gratitud y amor que hacia ella tenéis, ni para haceros creer que me debéis a mí algo; no, caballero, conozco el amor, y sé que no se encarga; ¿soy dueña yo de no amaros? No exijo nada de vos; amad a vuestra desconocida, y ojalá seáis pagado con el mismo amor mucho tiempo, si es que es necesario para vuestra felicidad; pero...

Ya ves, amigo mío, con qué astucia esa mujer trata de llevarme a su propósito. Debilita los sentimientos que tengo hacia su amiga, hace todo lo posible para que redunden en su provecho; finge grandeza de alma, generosidad; me hace dudar del amor de mi amante; porque, ¿qué quiere decir ese *pero*?... Se lo pregunté, y me respondió de tal manera que mis dudas aumentaron: que sólo se refería a su inconstancia habitual. En fin, ¿qué puedo decirte? Si en ese momento no consiguió volverme totalmente inconstante, al menos logró que decidiera compartirme entre ella y mi desconocida, como verás si terminas de leer esta historia.

Le hice los ruegos más vivos para que me dijera su nombre y el de su amiga. Se negó largo rato a mis instancias. Insistí, y por fin obtuve lo que deseaba. Empezó por hacerme jurar por mi honor que nunca revelaría lo que iba a decirme. Juré cuanto ella quiso. «Pues bien, vuestra desconocida es la..., y yo soy la duq.... de Pol....., y no soy su hermana.»

Cumplo mi palabra, amigo mío, nunca pronunciaré el nombre de una mujer cuyo recuerdo siempre me será querido. Sólo te hablaré de ella bajo el nombre de desconocida. Observaré al pie de la letra el juramento que se me hizo prestar; además me obliga a ello la gratitud. En cuanto a la duq.... de Pol....., mujer infamada y execrada en

todas partes donde hay gente honesta, no puedo hacerle ningún daño nombrándola. Hace mucho que no tiene ninguna reputación que perder.

Aunque hasta aquí te he hecho pasar revista a escenas muy licenciosas, eso no es nada, sin embargo, comparado con las que me quedan por contarte. Te haré recorrer todos los grados del libertinaje, y no me detendré hasta el *nec plus ultra*¹⁰ de la disolución más desenfrenada.

Antes de dejar a la duq.... de Pol....., me recomendó con ahínco tener cuidado delante de su amiga, pues estaría perdida si no guardaba yo el mayor secreto, por ser su marido celoso y brutal hasta el exceso. Me presionaba para que fuera a su casa dos días más tarde, a medianoche, que ella enviaría a recogerme y que pasaríamos toda la noche juntos. Volví al palacete agotado de cansancio. Me hice servir un caldo, un pollo y una botella de vino de Burdeos; me lo eché todo al colete. Prohibí que me molestasen, y me acosté hasta la noche.

Al despertar me sentí totalmente restaurado, pero aún no estaba en condiciones de repetir los asaltos de la mañana. Mi ayuda de cámara me entregó un billete de mi desconocida, diciéndome que iría por la noche al lugar de nuestras citas a la hora acostumbrada. Habría querido dispensarme de ir, pero ¿cómo hacerlo? No podía avisarla, ni enviar a nadie en mi lugar. Tomé mi decisión. Me hice servir alimentos que restauraran mis fuerzas, y sobre todo conservas excitantes, propias para animar las fuerzas abatidas. Finalmente me encaminé a la cita a la hora indicada, con la peor opinión de mi vigor. Opinión que resultó cierta porque, pese a todas las caricias que se me hicieron, pese a disponer de todas aquellas bellezas que antes me inspiraban tanto valor, fue inútil que ella adoptara las posturas más variadas, inútil que me hiciera todos los arrumacos inimaginables, no pude proporcionar más que una carrera y con la mayor dificultad. Trató de aparentar que no estaba irritada, pero vi que el descontento se traslucía a través del entusiasmo más forzado; y nos separamos mucho antes que de costumbre.

Desde ese instante me di cuenta de que mi desconocida se enfriaba conmigo de día en día. Nuestras citas se hicieron más raras, hasta que al fin cesaron por completo. Me había tomado porque mi físico le había gustado; me había conservado porque estaba satisfecha de mi vigor; y me dejó porque mi debilidad hirió su amor propio y no satisfizo su fogoso temperamento.

Volvamos sin embargo a la duq.... de Pol..... Me introdujo en su casa como me había prometido. La encuentro en el más galante *déshabillé* de noche, con el pecho a medias descubierto. En cuanto me vio entrar, se precipitó en mis brazos.

—Bien, caballero —me dice—, ¿os había engañado al hablaros de la inconstancia de...? Un nuevo amante está preparado para sucederos. Lo sé. Hasta puede que sea una relación acabada. Al parecer, cumplisteis muy mal con vuestro deber en la última entrevista... Una vez es demasiado poco. Pero los trabajos de la víspera debieron de

tener buena parte de culpa en ese accidente. ¡Pobre caballero!, ¿por qué no le respondisteis como Bigorre a Argenie, en *La Comtesse d'Olonne*:

Perdonad, señora, este triste accidente;
ocurre por un exceso de amor...¹¹

Bien, amigo mío, estoy encantada; no te compartiré más; te tendré para mí sola... Me cubrió de besos.

No estaba yo inactivo durante este monólogo. La había hecho sentarse en mis rodillas; tenía una de mis manos sobre uno de sus globos de marfil; agitaba ligeramente con mi dedo uno de los capullos que los corona; aspiraba el otro entre mis labios. El índice de mi mano derecha se había introducido en la ruta de los placeres, y el pulgar se había colocado un poco más arriba, en el clí... Ella no pudo resistir más tiempo aquella cuádruple manera de invocar a la voluptuosidad... Sus lánguidos ojos no tardan en anunciar que se acerca..., se agita con furia..., rompe ella misma los obstáculos que mantienen encerrado el cetro del amor. Lo agarra con fuerza... Es tan fogoso que su mano apenas puede contenerlo; le procura ligeras sacudidas; sus miembros se ponen rígidos; con un esfuerzo termina haciendo en mi mano la libación más copiosa, y cae en un anonadamiento total. ¡Oh!, te confieso, amigo mío, que nunca he visto mujer cuya pasión sea tan enérgica como la de la duquesa... de Pol....

Tuve tiempo de desvestirla y desnudarla antes de que hubiera recobrado los sentidos. La llevé a su cama. La vista de todos sus encantos excitó los más violentos deseos. Me acosté a su lado para satisfacerlos... Pero en cuanto estuve acostado, ella misma se lanza sobre mí, me estrecha con fuerza en sus brazos, me cubre de encendidos besos, se traspasa ella misma con mi dardo y sus sacudidas son tan precipitadas que no tardamos los dos en terminar aquella carrera para volver a empezar otra parecida, con la diferencia de que esta vez yo me puse encima; y ten en cuenta, amigo mío, que en cada carrera ella jugaba conmigo doble contra sencillo. ¡Qué temperamento de fuego! Cinco veces dupliqué sus goces de esa manera, y seis contando con la que hice sobre sus rodillas antes de acostarme.

Acordamos que no volveríamos a vernos hasta dentro de cuatro días. Me dio la llave de una puertecita por la que podría entrar en su aposento a través de una escalera oculta que daba a un guardarropa cercano a su dormitorio. Al tercer día, sintiéndome algo veleidoso, decidí ir a visitarla y adelantar veinticuatro horas el instante que nos habíamos fijado. Salí de casa a medianoche. Llego hasta la escalera sin ser visto; me introduzco en su guardarropa. Algunas palabras pronunciadas en la cámara de la D. me hacen comprender que no está sola. Pego un ojo a la cerradura... y veo a dos mujeres desnudas sobre la cama, la una era la D. y la otra una preciosa morena de dieciocho años, su doncella. Nunca cuerpo más bello salió de manos de la naturaleza. Estaban acostadas una sobre otra y se frotaban mutuamente la parte que nos distingue. Yo tenía por perspectiva

los dos muslos de la joven, que subían y bajaban. Aquellos dos muslos, muy separados, descubrían a mis ojos el centro de los placeres. Sus labios bermejos formaban una especie de rombo que el colorido de Rubens no habría podido imitar. Sus dedos se agitaban con violencia. «Mi buena amiga, dame tu lengua», decían ellas, «dame... ¡Ah!, sigue, más fuerte... ¿Lo hago bien?... ¡Ah!, ¡ah!, no puedo aguantar..., gran Dios..., me muero».

Palabra, amigo mío, que tampoco yo pude seguir aguantando más tiempo. Entré bruscamente en el cuarto, y las sorprendí en el anonadamiento en que acababan de sumirse. Lanzaron un grito de terror, y la doncella quiso escapar corriendo. La retuve, y la obligué a refugiarse en las sábanas de la D. Ésta me reprochó que hubiera ido a sorprenderla de aquella manera. No le hice caso, y me uní a ellas en la cama.

¡Oh, amigo mío, qué noche! Pero escucha. En cuanto me acosté, la joven quiso retirarse. Se lo impedí, y las cubrí alternativamente de besos. La D. tomó su decisión. Su inflamable imaginación no tardó en caldearse. Ordenó a su doncella que se quedase, se colocó entre nosotros dos, con la espalda vuelta hacia mi lado; y presentándome las nalgas, ella misma se la metió por detrás mientras Agathe (ése es su nombre) le cosquilleaba el clít... y le hacía las florentinas¹² más lascivas. La D., por su parte, pasó una de las manos por debajo de Agathe, y le cacheteaba las nalgas mientras con el índice de la mano derecha frotaba con rapidez su linda célula de amor. Por fin los tres alcanzamos ese instante tan temible, y el afortunado momento es anunciado por unos ¡ah! y unos ¡ay! mil veces repetidos.

La duq.... me hizo ponerme en su sitio, y quiso que también yo hiciera mi ofrenda en el altar de Agathe. A la pobre niña le costaba decidirse. Sin embargo, tuvo que pasar por ello. El orgulloso aguijón no tardó en alcanzarla en lo vivo, el fuego del placer brilla en sus ojos; nuestras sacudidas se multiplican... Agathe se menea con una violencia extraordinaria... anuncia al fin el momento supremo con palabras entrecortadas. «¡Ay, señor!...», decía balbuciendo, «¡mi querido señor!..., os..., suplico, ¡sin mir... sin miramientos! ¡Ay!... ¡ay!...». Sus ojos se cierran y yo mismo lanzo, a la vez que ella, la última confesión de mi derrota. Durante esta escena, la lúbrica duq.... se había servido de la mano de nuestra amable Agathe. Repetimos estos ejercicios amorosos hasta el alba. La duq...., en particular, siempre estuvo echada encima de mí o de Agathe. Es infatigable.

Vacilando sobre mis piernas, debilitadas por el exceso al que acababa de entregarme, volví lentamente a mi madriguera; me metí en la cama y no salí de ella hasta el día siguiente. Una succulenta comida y el reposo no tardaron en devolverme las fuerzas que había perdido. Estuve seis días sin volver a casa de mi mesalina¹³. Ella ya se dedicaba a formar la cábala aristocrática, que la hacía apartarse de sus amores.

El séptimo recibí una nota suya en la que me invitaba a ir a su casa a la hora y de la manera acostumbradas. Me reprochaba que hubiera estado tanto tiempo sin verla. Fui a medianoche; ya estaba acostada. Disculpé mi negligencia con una enfermedad (que no había tenido) y me metí en la cama. Pero en cuanto traté de llevar mi mano a... me lo

impidió, y dijo: «No, mi querido caballero, hoy nos es imposible gozar el uno del otro; un obstáculo que no esperaba... una dolencia que comparto con todas las mujeres... Desconocía que estuviera a punto de venir cuando te he escrito..., y a pesar de mis deseos, que en este período son más violentos todavía que en cualquier otro momento, no puedo superar una repugnancia invencible». Mientras, yo avanzaba hacia ella un argumento irresistible; nunca me había visto yo más brillante; cuanto más quería oponerse ella a mis caricias, más las duplicaba yo. «Deja, déjame; por favor, amigo mío; me haces arder. No me atormentes inútilmente, o tendré que hacerte entrar en razón.» Le dije que eso era imposible si se negaba a lo que yo pedía. «¡Ah!», replicó ella, «ya que me desafías, lo veremos». Y se apodera al punto del altivo príapo, y con una muñeca complaciente y ágil trató de amortiguar los deseos que me animaban. Mi dedo oficioso se lo devolvía. Mas de pronto, arrastrada por la pasión, se vuelve, y ella misma se hunde la flecha en la ruta vecina de la canónica, y guía al mismo tiempo mi mano para que continúe su tarea. Este sendero más estrecho aceleró mis placeres, y la duquesa, sintiéndose inundada por las fuerzas de la voluptuosidad que brotan con energía, cae por su parte en el exceso del arrobamiento. Lo hicimos tres veces de esa manera y te confieso que nunca he sentido más placer.

No volví a verla hasta que su dolencia no pasó. No puede llevarse la lubricidad más lejos de lo que la llevamos esa noche. Después de haber probado todas las distintas maneras que habíamos empleado desde que nos conocíamos, mis deseos continuaban sobreviviendo a mis agotadas fuerzas. La duquesa, en un momento apasionado, se dio la vuelta sobre mí, con los pies hacia arriba, de manera que nuestras cabezas se hallaban situadas entre los muslos del otro. Metió entre sus labios el ardiente dardo, que hubiera querido tragarse; su boca es como una bomba de aspiración; mientras tanto, yo aplico mis labios a los que tengo en perspectiva. Extraigo de ellos la quintaesencia de la voluptuosidad; mi lengua vacila sobre su clít..., que abandono sólo un instante para hundirla varias veces en la gruta de la felicidad perfecta, y volver enseguida a él. Nuestras fuerzas nos abandonan pronto y ambos sucumbimos bajo el peso de ese delicioso goce.

Al día siguiente vino Agathe a compartir nuestros placeres; imaginamos otra postura, que es la siguiente: después de habernos desnudado los tres, extendo a Agathe sobre la cama de modo que los muslos descansan en el pie y sus piernas estén sostenidas por dos sillas separadas una de la otra, postura que mantenía los muslos muy abiertos; de esta manera su cabeza no llegaba más que hasta la mitad de la cama; la duq.... ocupaba la otra mitad; sus muslos se apoyaban en la cabeza de Agathe, y su vellón le hacía de corona; también tenía los muslos muy separados; yo me tendí sobre Agathe y, mientras la trabajaba, besaba alternativamente la boca de Agathe y la joya de la duquesa; finalmente mi lengua se centró en esta última, se la metía con rapidez; devoraba, chupaba el interior de sus labios, su clít.... La duquesa no puede soportar mucho rato el exceso de voluptuosidad que mi lengua le procura, y no tarda en sucumbir a sus

transportes... Los depósitos del placer se abren y recibo el licor que de ellos fluye. Licor que aumenta mi energía, que pronto resulta aniquilada al mismo tiempo que Agathe desfallece entre mis brazos.

Ésta ha sido la vida que he llevado durante muchísimo tiempo con la duq.... de Pol.... Un día le pregunté cómo había podido, con un temperamento tan ardiente como el suyo, prestarse a ser la complaciente espectadora de los placeres de su amiga conmigo. «¿Crees», me respondió, «que era lo bastante estúpida para ir a mirar vuestros retozos, y, viéndoos, calentarme en vano la imaginación? ¡No, amigo mío, no! También yo daba mis citas en el mismo lugar, y por mi parte luchaba con un atleta de los más vigorosos mientras vosotros hacíais lo vuestro¹⁴; mi amiga lo sabía, pero yo le había rogado que no te dijera nada. Así que no te asombres de mi complacencia».

Por fin llegó esa época de la famosa Revolución. Sabía que ella había intervenido como parte principal en los planes de la conspiración aristocrática; sabía que se reunía varias veces por semana en asambleas nocturnas; pero desconocía lo que ocurría en ellas. Estaba muy lejos de pensar que aquellos conciliábulos secretos eran protagonizados por malvados que tramaban la ruina del pueblo francés. Ella siempre había actuado conmigo con el mayor misterio. Si hubiera estado enterado, habría considerado como el primer y más sagrado de mis deberes revelar aquellas conspiraciones infernales... De pronto, en Versalles nos enteramos de la insurrección del pueblo de París¹⁵. Ví entonces a muchos traidores palidecer de espanto. La duq.... envió en mi busca mandándome decir que no perdiera un instante. Corrí allí, la encontré en accesos alternativos de espanto, rabia y desesperación: «¿Oh, caballero, ¿qué va a ser de mí? Todos los parisienses han tomado las armas; vendrán aquí; sé que me detestan; me degollarán... ¿Dónde huir... dónde esconderme?... ¡Ah, salvadme!». La tranquilicé y le dije que no creía que los que ella temía pudieran venir, porque la ruta estaba bloqueada por tropas. «Ay, esas tropas son cobardes que nos abandonarán y se pondrán de su lado.» «Bueno», le dije, «enviaré alguien a la ruta para que me tenga informado de cuanto pase. Calmaos y esperad a que vuelva».

Dejé en el camino de París continuamente un hombre al que hacía reemplazar cada doce horas por otro, alternativamente, y eso hasta el día de la famosa toma de la Bastilla. Mi hombre vino a advertirme que se oía un gran ruido de mosquetería y de cañón en París. Se lo dije a la duq...., que, desde ese instante, hizo los preparativos para su marcha. Por fin nos enteramos de la toma de la ciudadela, de la matanza de Launay y Flesselles¹⁶. El terror de la duq.... llegó a su colmo. «¡Oh!, huyamos, caballero... vendrán a hacerme lo mismo... Sed mi salvador... no tengo más que a vos en la tierra que pueda interesarse por mi suerte. ¡Ay!, desdichada, ¿qué va a ser de mí?» Tras estas palabras se precipitó a mis rodillas, bañada en lágrimas, y se desvaneció.

Se necesitó todo lo conmovedor de este cuadro para decidirme a acompañarla en su séquito. La sirena triunfó. Hice recoger de su casa y de la mía lo más precioso que teníamos. Me disfracé de abate y partimos.

Fuimos detenidos en Sens. Nos preguntaron qué había de nuevo en París. Mi presencia de ánimo no me abandonó en circunstancia tan crítica. La duq.... palidecía y estaba a punto de desmayarse. Yo temblaba ante la idea de que terminara haciendo que nos reconociesen. Aparté de ella la atención de aquellos curiosos demasiado indiscretos, diciendo horrores de la misma que tenían en sus manos. «La mejor noticia que puedo daros es que esa bribona de Pol.... y toda su pandilla han huido. Corren tras ellos»... Todos lanzaron un grito de alegría. Por suerte aún no sabían que se detenían todos los coches que no estaban provistos de pasaportes. Nos dejaron seguir nuestro camino colmándonos de bendiciones por la buena nueva que les habíamos anunciado.

Tomamos caminos apartados, dimos mil rodeos para despistarlos en caso de que les entrara la fantasía de correr tras nosotros. Esa precaución nos salvó porque después supimos que, tras haber reflexionado sobre el apuro que había manifestado la duq...., habían decidido seguirnos para hacernos volver.

¿Podré describirte los arrebatos que dominaron a la Pol.... cuando estuvimos fuera de las tierras de Francia? Me manifestó su alegría con todas las caricias imaginables; pero aquello duró muy poco. Su humor se volvió arisco y desabrido; no podía acostumbrarse a su exilio. Tras los días fastuosos que había vivido durante tanto tiempo, la vida privada era para ella de una monotonía insoportable. Se habituó a mirarme como a un marido, y me trató igual. Finalmente trabó una nueva relación amorosa con un barón suizo, que sólo tenía a su favor su alta estatura y sus anchos hombros¹⁷. Quise quejarme, no se me escuchó; pronto ni siquiera se ocultó de mí. Era tanto más desdichado cuanto que seguía amándola. Los celos habían dado nuevas fuerzas a mi amor. No pude soportar por más tiempo la vista de un rival que ella prefería a mí, y me separé de esa mesalina maldiciendo su ingratitud y la gran locura que había cometido al acompañarla. Desde esa época, ella va errante de un sitio a otro. Por el barón, al que encontré, he sabido que lo había abandonado al cabo de ocho días, y que desde entonces le había dado siete sucesores.

Éste es, amigo mío, el pormenor que me pedías; estoy convencido de que te parecerá interesante. Te hará ver cuál es la conducta de esas mujeres de la nobleza cuya opulencia y cuyo orgullo aplastaban y trataban con insolencia a la modesta virtud burguesa, que miraban como muy por debajo de ellas. Mi ejemplo te enseña lo peligroso que es entregarse demasiado a amigos pérfidos, y no poner freno a la fogosidad de las pasiones. (Esta moraleja parecerá sin duda muy singular después de descripciones tan licenciosas.)

Trato incesantemente de volver a Francia. ¿Qué arriesgo¹⁸? Nunca figuré en el número de los proscritos, pues nunca participé en sus execrables conspiraciones.

Adiós, amigo mío, espero no tardar en ir a abrazarte.

Nota del editor

El autor de estas Memorias está en la actualidad de regreso y da aquí pruebas del más firme patriotismo; pero no se sabe que haya tenido nunca relaciones con la Pol.... Con su consentimiento doy a la luz su manuscrito, y espero que el público me lo agradezca. ¿Se puede dar a conocer demasiado a la prostituta de que se trata?

El viaje descubierto

por M. Destrin,
De las Academias de la verdad
y de la franqueza, etc.

Toda Europa ha tenido noticia del proceso de ese famoso Collar¹⁹ que tanto trabajo ha dado a abogados y escritores, y que ha inundado París y el reino con una cantidad indecible de folletos. Por primera vez ofrezco uno de mi cosecha a los ojos del público, un folleto que, haciendo una descripción sucinta del viaje de los Polignac a Inglaterra, puede arrojar nueva luz sobre el caso del Collar. Advierto que mis reflexiones no se extenderán mucho sobre el asunto; después de haber hecho una exposición del viaje, dejo a los penetrantes ojos del público francés que hagan su aplicación.

Que el lector ávido de maldades no compre este folleto, pues no encontrará en él un libelo como podría desear, sino una simple exposición de los hechos que acompañaron el viaje de M. de Polignac, y, según los cálculos de probabilidades, las razones que le obligaron a emprenderlo. No me extenderé en largos discursos preliminares.

¡Alto ahí! No hagamos nuestro folleto más largo de lo que debe ser, y vayamos a los hechos.

Habiéndose refugiado M. de La Motte en Inglaterra, donde las fortalezas no son la recompensa de las plumas verídicas²⁰, donde las palabras no son espiadas por guardias, raza de hombres despreciable, y donde los hombres gozan de todas las ventajas que la naturaleza les ha dado; desde ese país, digo, amenazaba con mandar imprimir un manuscrito titulado *Las mañanas de Antonieta*, cuyo solo título ya anuncia un vasto campo para la pluma de un crítico sin por ello apartarse de la verdad, y, además de ese libro, otros papeles y folletos sacados de documentos auténticos que tenía él en su cartera, con los que se comprometía a desvelar todas las pequeñas intrigas de la reina para perder al cardenal, intrigas nacidas del odio que siente contra ese prelado; mas, pese a esto, indigno en una reina, la tormenta amenazaba estallar cuando a la princesa se le ocurrió alentar a M. de Polignac, hombre adicto a sus intereses y a sus caprichos, a emprender cuanto antes y al precio que fuera el viaje para conseguir el manuscrito y la cartera íntegra de M. de La Motte. El señor de Polignac parte al punto para Inglaterra, pretextando la salud de su mujer; pero, en secreto, trató de inducir a M. de La Motte, a fuerza de dinero, a que le entregara todos aquellos papeles; este último fingió aceptar, con tal de obtener la libertad de su mujer y de que ésta le fuera enviada. Se decidió no

rechazar su petición, y en ese momento se produjo la evasión de la señora de La Motte²¹. Viendo a su esposa libre, M. de La Motte se negaba continuamente a entregar sus papeles; el señor de Polignac, tras hacer varios intentos más, y viendo que no podría conseguirlo por interés, adopta una resolución más enérgica, pero indigna de un hombre de su apellido; conspira para hacer asesinar a M. de La Motte; pero, para no ser considerado autor de ese delito, vuelve a Francia dejando en Londres a uno de sus criados, depositario secreto de sus designios; este hombre traba relación con uno de los criados de M. de La Motte, y a fuerza de dinero consigue ganarlo para que le ayude a enviar a su amo al otro mundo. Estos dos malvados fijan un día para llevar a la práctica su abominable proyecto. Encontrándose el señor de La Motte solo en su casa con ese criado, que había tenido buen cuidado de alejar a cualquier testigo importuno, salvo a su cómplice, apostado en secreto para presentarse a la primera señal que le diesen, aprovechan el momento que les parece favorable y, armados de un puñal, le dan dos puñaladas que le hacen caer como muerto. Entonces, sin perder tiempo, los dos malvados registran el escritorio, se apoderan de la cartera, y el criado de M. de Polignac, tras haberse convertido en su poseedor, parte al punto para regresar a Francia.

Los autores de una trama tan desnaturalizada creyeron con ello haber dado el último golpe a un caso único en su especie. Mas, ¡oh desesperación!, las puñaladas que M. de La Motte había recibido no fueron mortales; sólo sirvieron, por el contrario, para prestarle nuevas fuerzas y reanimar su furia, semejante a un tigre al que sólo se ha herido a medias. Hemos visto los golpes dados, ahora vamos a ver la verdad desvelada pintada vivamente con fuertes colores. Pero ¿qué teméis, reina admirable, de ese manuscrito²²? ¿No estáis convencida de que cualquier persona dirá al terminar de leer: «Eso no es nada nuevo»?

Queda por referir un hecho que puede volver más claro y decisivo el juicio que debe hacerse sobre las cuestiones: si la reina es culpable, o sensible y fácil.

La señora de La Motte tenía una doncella de dieciocho años, que la dejó en el mismo momento en que su ama fue encerrada en la Bastilla; esa joven vivía en París con sus padres. Poco tiempo después de haber dejado a Mme. de La Motte, recibió una carta anónima procedente de Versalles, en la que se le notificaba que una persona que la apreciaba le había encontrado un puesto en casa de una dama de la Corte, donde tendría un sueldo muy ventajoso. Esta criatura, sin inquietarse ni informarse sobre quién podía haberle enviado aquella carta, no imaginando que pudiera existir nadie lo bastante malintencionado para odiarla, menos aún para deshacerse de ella, parte al punto para Versalles; y desde ese instante ha desaparecido, sin que haya podido conseguirse el menor conocimiento de lo que ha ocurrido.

Según el cálculo de tantas probabilidades que pueden aclarar con toda su luz este caso, parece verosímil que, por no estar segura la reina de si esa joven había tenido algún conocimiento de tantas intrigas y se hallase en condiciones de revelarlas, decidió que, para evitar cualquier suceso escandaloso, lo más seguro era deshacerse de ella, sabiendo

por experiencia que en matemáticas, si se añade una «unidad» a un «infinito», la cantidad no aumenta. Por este razonamiento tan simple, dijo: «Si hoy añado un vicio que no se me conoce a una infinidad que se me conocen, mi reputación no será peor por haberla llevado a un punto que ya no es susceptible de aumento»; muchas personas son de su misma opinión en esta materia.

Volvamos, como dice el refrán, a nuestros corderos. Detengámonos, amigos lectores, es hora de suspender mis razonamientos, os dejo que juzguéis sobre lo que hay que pensar sabiendo que, en menos de un mes, M. de La Motte estuvo a punto de ser asesinado, y durante el tiempo que un criado de M. de Polignac estaba en Londres, quien, tan pronto como da el golpe y roba la cartera se pone en camino para volver a Francia, y que una doncella de Mme. de La Motte desapareció; son pruebas bastante notorias con las que podría descubrirse el fondo de un caso que durante largo tiempo ha llamado la atención de toda Europa.

He aquí una más que viene en apoyo de las anteriores. ¿Qué debe pensarse de la princesa de Lambales, que hace poco se ha marchado a Inglaterra? ¡Qué curioso! ¿Desde cuándo a la nación francesa le gusta viajar tanto? Habéis de tener cuidado, señores escritores. Tened cuidado, me da que se trata de algún nuevo cazador enviado tras vosotros. Al menos para advertiros ha llevado consigo la trompeta de la muerte. Empiezo a temer por mí mismo; pues me parece ver algunos de sus intrusos tras mis talones. ¿Qué no harían para poder merecer las miradas de su soberana? A vos, gran reina, me atrevo a suplicar que deis un paso para obtener mi gracia, dada la licencia que me tomo escribiendo sobre un tema conocido por todas las naciones. Os aconsejo que os burléis de lo que diga el público, seguid caminando sobre las huellas de vuestros antepasados, sed orgullosa, altiva, ambiciosa, y decid con monseñor el duque d'Orléans: «Yo no daría un céntimo por la opinión del público».

En cuanto a mí, nacido en una ciudad libre, estoy acostumbrado a hablar y a escribir con libertad; como estoy en Francia en el momento en que escribo, os suplico, queridos lectores, que roguéis para que el autor del *Viaje descubierto* no tenga por alojamiento la tenebrosa e impenetrable Bastilla, ignominiosa recompensa en demasiadas ocasiones para hombres virtuosos y que se atreven a decir la verdad. No aspiro más que al dulce instante de ver de nuevo mi patria, y, desde el momento en que entrego mi *Viaje* al impresor, pongo el pie en el estribo para ponerme a salvo e ir en busca de un viaje más interesante todavía. ¡Oh mi querida patria!, es en tu seno donde voy a buscar la verdad, a la que aspiro; ojalá sea pronto satisfecho y ese día en que te vuelva a ver sea para mí el más bello de mi vida.

Pigault-Lebrun

El hijo del burdel

Herederero de una antigua familia vinculada a la ciudad de Calais, Charles Pigault-Lebrun (1753-1835) no siente ninguna afición por la carrera de las finanzas que le propone su padre; a su vuelta de Londres, a donde ha sido enviado para estudiar prácticas comerciales, su propio padre manda encarcelarlo durante dos años. Tras una breve etapa militar, cuando regresa a Calais se empeña en casarse con Eugénie Salens; el padre, para quien la joven es hija de una aventurera, vuelve a encarcelarlo durante dos años; conseguirá escaparse ayudado por la hija de su carcelero; las andanzas le permitirán conocer de nuevo la milicia, el teatro, en el que trabaja como actor, la enseñanza del inglés en los Países Bajos —adonde había huido mientras su padre, en connivencia con el alcalde de Calais, le daba oficialmente por muerto—, la redacción de una comedia que el obispo de la ciudad prohíbe por considerarla un ataque al clero y a la nobleza, y otra que consigue estrenar en 1786 en Maastricht.

Cuando vuelve a Calais, trata de recuperar su existencia legal, pero pierde el proceso que emprende y es tratado como impostor. Logra que en París se representen algunas de sus obras: el éxito de *Charles et Caroline* (1790), donde en filigrana aparecen las relaciones de hijo y padre, le permite consagrarse sobre todo al teatro en un momento en que los escenarios franceses soportaban las convulsiones de la Revolución. Después de haber sido actor, director de escena y regidor, a partir de 1791 se dedica a la escritura de obras teatrales; interrumpe esa labor para alistarse voluntario en el regimiento del conde Coustine, y ayudar a los estadounidenses que se habían revelado contra Inglaterra. Fue sólo un inciso en su carrera literaria; a su regreso se entrega de lleno a la literatura y al teatro; pero junto a las numerosas comedias empieza a escribir novelas: en 1794, *L'Enfant du carnaval* (*El hijo del carnaval*), cuyo éxito le permite ampliar su horizonte literario; y, en 1800, *L'Enfant du bordel*, cuya paternidad rechazará siempre.

Si su vinculación al espíritu volteriano del siglo le incapacita por decisión de Napoleón para desempeñar ciertos cargos, por ejemplo el de bibliotecario que el hermano del emperador, Jérôme, convertido en rey de Westfalia quería darle, hay uno para el que sí se le considera apto: inspector de salinas, que desempeña hasta 1824, momento en que la Restauración reprime las costumbres y da vara alta a la censura: su viejo libro *L'Enfant du carnaval* será incluido en 1825 en el Índice y condenado, en un proceso posterior

(1827), a la destrucción. No le impedirá seguir escribiendo obras de teatro y novelas, que también adapta para la escena, hasta su muerte en 1835.

En 1800, fecha de aparición de *El hijo del burdel*, la novela francesa ha dado un vuelco; si a lo largo de todo el siglo XVIII había predominado la novela galante y hasta cierto punto lírica y soñadora, a medida que el Antiguo Régimen se deteriora la realidad va imponiéndose en las narraciones, que recogen el realismo de la picaresca española, el impulso hacia la descripción verídica de las relaciones sociales de la novela inglesa, y la virulencia de la mirada sobre el mundo del *Cándido* de Voltaire. El protagonista de la primera novela de Pigault-Lebrun, *El hijo del carnaval*, desciende de una cocinera y de un capuchino; los padres de *El hijo del burdel* serán un conde que a los dieciséis años quiere perder su virginidad y una vendedora de modas que muere al darle a luz; el recién nacido pasa a un burdel, donde será criado por la Madame y las putas de la casa. Más que novela de voluptuosidades y placeres rebuscados, *El hijo del burdel* es la novelación de un París convulso por el cambio de régimen, una crónica que mezcla, en cierto modo, el espíritu de los *fabliaux* medievales y la crítica social de las Luces, sin perder de vista el placer y sus distintas formas, las más audaces, si dejamos a un lado al marqués de Sade, en la afirmación de una igualdad de los sexos ante el placer y el deseo; la aventura lleva a Querubín a distintos escalones sociales en el momento en que se derrumba el Antiguo Régimen, pero también cuando el Terror está en su apogeo. Aunque su crítica resulta furibunda, Pigault-Lebrun es «el más alegre de nuestros novelistas», según Stendhal, que lo define así en *La France en 1821*, cuando un americano le pregunta por los libros que se llevaría en caso de naufragio: «En primer lugar Pigault-Lebrun». Alegría, desenvoltura de espíritu y libertad narrativa para referir las andanzas del protagonista con un ritmo convulso.

El hijo del burdel

(L'Enfant du bordel, 1800)

Tomo primero Capítulo primero

Tanto el hijo del potentado como el del zapatero son obra de un golpe de culo, y alguno que ocupa un trono debe su nacimiento al lacayo que le sirve. Grandes de este mundo, no os jactéis tan alto de vuestro ilustre origen, porque yo que os hablo soy padre de un duque y de dos marqueses; y, sin embargo, ¿quién soy? El hijo del burdel.

Mi creación fue el polvo de un paje de dieciséis años, bello como el amor, y de una pequeña vendedora de modas de quince, tan lozana como la más joven de las Gracias.

El conde de B..., mi padre, estaba desde hacía un mes entre los pajes del rey. Educado en provincias por su padre, jansenista a ultranza, al llegar a Versalles tenía el pudor de una Agnès¹; mas un mes de la vida de paje le hizo perder su preciosa inocencia; sus castos compañeros supieron adoctrinarle tan bien que quince días después de su llegada la teoría del amor ya no le ofrecía novedad alguna. Al cabo de un mes de servicio, tuvo dos días de libertad, y, tomando por compañero de armas a uno de sus camaradas, más instruido que él, fue a París para poner en práctica las preciosas lecciones que le habían grabado en el corazón.

El proyecto de nuestros dos atolondrados era ir, primero, a un burdel situado en la calle Saint-Martin², enfrente de la calle Grenier-Saint-Lazare; llegaron por la calle Michel-le-Comte; ya veían a lo lejos en una de las ventanas del casto convento a una antigua belleza que mostraba a los transeúntes las tres cuartas partes de sus fofas tetas que, replegadas y sostenidas por una ancha cinta, parecían tener una lozanía desmentida por la cara amarilla y flaca de la Venus a veinticuatro *sous* por cabeza. Al verse la enharinada belleza mirada por dos jóvenes, les sonrío; ellos responden; ella les hace una señal con la cabeza y deja la ventana; ellos se abalanzan, van a franquear el umbral de la puerta; de pronto Théodore, ése es el nombre de mi padre, Théodore, digo, frena a su camarada... ¿Quién puede impedirles satisfacer su deseo?... ¿Quién? Una pequeña vendedora de modas que está en el quicio de su tienda.

Imaginaos lo más delicado y seductor que puede formar la naturaleza y tendréis una

idea de la bonita Cécile; quince años, abundante pelo rubio, una de esas caras redondeadas que prolonga la infancia más allá incluso de su término corriente; pequeña pero formada, de blandos contornos, con un pecho naciente que un doble lino velaba lo justo sin ocultar no obstante su forma; eso fue lo que Théodore vio a la primera ojeada y lo que le hizo despreciar la belleza vulgar y sus marchitos encantos.

—¡Ah!, ¿qué encantadora criatura! —exclama Théodore.

—¿Dónde? —le dice su camarada.

—Aquí.

—¿Esa pequeña tendera de modas?

—Sí.

—No está mal, en efecto.

—¡Oh!, qué delicioso debe de ser ver totalmente desnuda a una niña tan amable.

—¡Bah!, muchas veces lo que oculta la tela no merece la pena verlo.

—Estoy seguro de que ésta es perfecta de cualquier manera.

—Pienso que un lindo y pequeño monte muy moreno debe realzar más todavía los encantos de esa linda rubia.

—Yo preferiría que ese encantador monte fuera rubio.

—Estoy seguro de que es moreno.

—Estoy convencido de que es rubio.

—Apostemos.

—Apostemos.

Y ya tenemos a nuestros dos atolondrados apostando un almuerzo a discreción a que los encantos secretos de Cécile estaban recubiertos por una pelambrera rubia; mas ¿cómo dilucidarlo? Tras un instante de incertidumbre el amigo de mi padre le dijo:

—Me fío de ti, y estoy seguro de que tendrás suficiente buena fe para aceptar que has perdido.

—Palabra de honor.

—En tal caso mira.

Entonces, sin preocuparse de las consecuencias, se lanza sobre Cécile, la agarra por un pie, la derriba con la mitad del cuerpo dentro la tienda y la otra mitad en la calle; le levanta enseguida las faldas casi hasta la cara, echa a correr y desaparece.

Mi padre, a quien seguía de cerca su amigo, vio una bellezas que debían causar tanta más impresión sobre sus sentidos y su corazón cuanto que era la primera vez que los encantos secretos de una mujer se ofrecían a sus ojos. Vio también que su amigo había adivinado el color del monte, y que la encantadora rubia, lejos de perder con ello, ganaba por el contrario nuevos encantos.

Una ojeada había bastado a mi padre para hacer su descubrimiento; pero la inmovilidad de Cécile, que seguía expuesta a las miradas de la gente, le alarmó. Ella estaba sin conocimiento, volvió a taparla; la cogió en brazos, la metió en la tienda, cerró

la puerta y echó las cortinas; los curiosos, que creyeron que Théodore era de la casa, desaparecieron poco a poco y dejaron a mi afortunado padre con su linda presa.

El estado de Cécile exigía pronta ayuda; mi padre, queriendo aflojarle la ropa, aparta el velo que cubría su seno. ¡Dioses!, ¡qué espectáculo para él! Un pecho naciente que habría podido disputar en blancura con la nieve, salvo por el ligero tinte sonrosado que corregía lo que los lirios tenían de excesivamente blanco e impedía que se los tomara por dos bloques de mármol. Un pequeño capullo de rosa deshojada lo embellecía aún más.

Olvidando que la joven belleza tenía más necesidad de ayuda que de caricias, Théodore se entretuvo paseando sus manos por el lindo pecho de Cécile. ¡Oh poder de la atracción! Apenas Théodore hubo cosquilleado unos instantes el capullo naciente que tenía ante los ojos, Cécile se estremece, suspira y parece volver en sí; Théodore redobla sus caricias, ella abre sus grandes ojos azules y los clava en mi padre; pero, pronto, al darse cuenta de su desorden, se sonroja, le rechaza dulcemente y se ajusta la ropa.

—¡Cuánto me ha preocupado vuestro estado! —le dice mi padre con voz emocionada y temblorosa.

—Señor...

—Un mal sujeto ha intentado heriros peligrosamente provocando la caída que ha causado el desmayo del que yo he tenido la dicha de sacaros.

—Os quedo muy agradecida, señor, por vuestros atentos cuidados.

—Mas ¿cómo es que estáis sola en esta casa?

—Hoy es domingo, mi madre y mis compañeras han salido y soy la única guardiana de la tienda.

Seguro de que ningún importuno podía interrumpirle, Théodore empieza a contar a Cécile todo lo que la vista de sus encantos le había hecho sentir. La joven Cécile quedó desconcertada ante el ardiente elogio que mi padre le hizo. No pudo, sin embargo, reprimir una sonrisa ante la delicadeza de sus alabanzas; llegó incluso a confesarle que no era insensible a ellas.

Como Cécile parecía sufrir, Théodore se informa con acento interesado por la causa. Tras ser presionada unos instantes, confiesa que creía tener los riñones algo magullados por la caída. Théodore le dijo que, como era cirujano, no le costaría mucho recetarle los remedios necesarios si ella tenía a bien mostrarle el lugar donde le dolía; y, tras las protestas de Cécile, Théodore le asegura haber visto lo suficiente para que sin temor pudiera dejarle ver el resto; lucha de una y otro; finalmente Théodore resulta vencedor.

La bella pasa, ruborizándose, a la trastienda, se coloca en una esquina para no ser vista desde la calle, se arrodilla en el borde de una silla, echa la parte superior del cuerpo hacia delante y entrega el resto al felicísimo Théodore. Sus temblorosas manos levantan dos faldas de una blancura deslumbrante, una camisa más blanca todavía, y descubren el más lindo culito que se pueda imaginar. ¡Oh!, M...³, si este delicioso culo hubiera impresionado una sola vez tus miradas, nada te habría costado renunciar por él a los atractivos masculinos de tus ganímedes⁴. Imaginad una rabadilla deliciosa, unas nalgas

rollizas en las que no se podía posar la mano sin que fuese rechazada por la elasticidad de las carnes; dos muslos moldeados y que iban disminuyendo hasta una rodilla perfectamente modelada, todo ello sostenido por una pierna de admirable perfección; recubrid todos estos atractivos con una piel fresca y aterciopelada como la del melocotón, y tendréis una idea del culo de Cécile.

Extasiado a la vista de tantos encantos, Théodore no sabía dónde fijar los ojos; a un lado el delicioso culo del que acabamos de hablar, y un poco más abajo la linda gruta sombreada por un musgo de ébano que huía entre los muslos de alabastro de la joven belleza.

Théodore admiraba el delicioso espectáculo cuando bruscamente se abre la puerta de la tienda y Cécile reconoce aterrorizada la voz de la vieja Geneviève, criada de la casa. Un movimiento más raudo que el relámpago hace caer las faldas de Cécile sobre la cabeza de Théodore cubriéndola por completo. Geneviève entra, y, como Théodore estaba entre la pared y Cécile, la vieja criada no puede ver el volumen que formaba bajo las faldas de la joven.

La causa del regreso de Geneviève era su perro. Había ladrado en la iglesia durante todo el introito, y en especial durante la bendición del Santo Sacramento. Geneviève volvía con él refunfuñando, por miedo a que lo apaleasen los pertigueros de la parroquia, que tienen vara alta sobre todos los cuadrúpedos que el azar lleva a su iglesia.

Al entrar en la trastienda, Geneviève ve a Cécile arrodillada en la silla, pues no había abandonado esa posición. Y cree que Cécile está recitando sus oraciones.

—¡Ah!, esta querida señorita —farfulla entre dientes—. Es un ángel... Es un ángel... Seguid, hija mía... Seguid. Estáis en el camino de la salvación, tratad de no desviaros nunca de él...

—Sí, querida —responde con acento sincopado la linda Cécile.

—Seguid, hija mía, en la disposición en que estáis; yo vuelvo a la iglesia a terminar mis oraciones; pero, por más que haga, veo en vuestro tono convencido que nunca serán tan fervientes como las vuestras.

Y la vieja Geneviève vuelve renqueando al Dios de misericordia al que había abandonado por su perro.

¿Qué hacía Théodore durante la conversación? Sus labios se habían pegado para empezar a dos nalgas encantadoras. También había querido depositar un beso en la joya rizada de Cécile; ella había apretado el trasero, de manera que, al no poder alcanzarla su boca, su lengua había intentado maquinalmente penetrar en ella; y había encontrado la manera de introducirse. Cécile no se atrevía a rechazar a su agresor por miedo a ser descubierta; y eran las titilaciones de aquella lengua ágil las que habían provocado en los sentidos de Cécile aquel desorden que Geneviève había tomado por un arrebató de devoción.

En cuanto Geneviève estuvo fuera, Cécile se despegó de los amorosos labios que los ardientes deseos soldaban a sus encantos. Fue a dejarse caer en un sillón a unos pasos de

allí, y el felicísimo Théodore pronto estuvo a sus rodillas. Ella se quejó con amargura de la traición que le había hecho. Él se defendió con aquella voluptuosa elocuencia que su emoción volvía más persuasiva aún. No tardó la joven virgen en ser aplacada; perdonó y terminó por admitir todo el placer que había sentido.

En resumen, ambos sintieron la necesidad de volver a verse, y Cécile dejó a Théodore el cuidado de provocar las ocasiones.

Capítulo II

Théodore no pudo reunirse con su amigo hasta la noche, en Versalles. Admitió sinceramente que había perdido la apuesta; pero guardó un profundo silencio sobre las deliciosas secuelas de su aventura.

La noche que siguió a ese venturoso día la empleó toda entera en soñar con los encantos de Cécile. Y como hacía bien que mal coplillas, he aquí las que hizo sobre su aventura; desconozco la melodía, pero pueden cantarse con la deliciosa música que canta Mme. Saint-Aubin en *Le Chapitre second* ⁵:

Si la diosa del amor
quiere tener mi homenaje,
de mi Cécile por siempre
tomaría el semblante;
por más que a sus atractivos,
dé un lápiz perfección,
no puede su culo tan elogiado
ser al lindo de mi Cécile comparado.

Intérprete del sentir
que hay de mi alma en el fondo,
mi boca en el lindo culo
cien ardientes besos puso;
vosotros que la virtud ponderáis,
si vuestra alma está tranquila,
es que no habéis visto nunca
de mi Cécile el gran culo.

Precioso y delicioso objeto,
Cécile, guárdate de creer,
que ese delicioso culo un día
de mi mente ha de borrarse;
mas si debo renunciar
a mi frágil existencia,
¡gran Dios!, quiero expirar besando
de mi Cécile el gran culo.

Pero no todo consistía en cantar a Cécile, había que pensar en volver a verla. Théodore no encontró nada más de su agrado que abrirse a su amigo. Al día siguiente, cuando pagaba el almuerzo de la apuesta, le contó punto por punto lo que había ocurrido la víspera. Éste, que no carecía de malas amistades, dirigió a Théodore a una tal señora Florimond, especie de buscona intrigante que sabía conseguir una pasable renta protegiendo amores ajenos. Provisto de una nota de su amigo, Théodore entró en contacto con la Florimond. Esta mujer se encargó de atraer a Cécile. Cumplió su promesa, y ocho días después de su primera entrevista Théodore se encontró cara a cara con su linda conquista, a quien una hábil mentira dejaba poco más o menos tres o cuatro horas de libertad.

Imaginad cuál debió de ser la ebriedad del feliz Théodore al estrechar entre sus brazos y apretar contra su corazón a la joven e interesante virgen que venía a entregarse a él. Sus labios ardientes se unieron a los de su amada. Su amorosa lengua buscó la de Cécile, quien, con los ojos cargados por una nube de voluptuosidad, se abandonó blandamente en brazos de Théodore. La llevó a una elegante cama, que no era la pieza menos necesaria del aposento. No tardó mucho en vencer la débil resistencia que le oponía el moribundo pudor de Cécile. Le quitó las ropas; todo se lo quitó, hasta la camisa.

Théodore, ardiendo de amor, trabaja por su parte en ponerse el traje de nuestro primer padre. Aprovecharé el tiempo que emplea en desnudarse para trazar rápidamente las bellezas de Cécile.

¡Dios, qué delicioso espectáculo! ¡Qué riqueza y qué pureza de formas! Con los ojos entornados y tapados por su brazo izquierdo, estaba tendida de espaldas; sus lindas tetitas jadeantes de deseos parecían haber adquirido más perfección que la primera vez. El delicioso capullo de rosa que hacía resaltar su extremada blancura parecía esforzarse por salir de su envoltura de nieve e invitar a los amorosos labios de Théodore a aspirar la embriaguez de la voluptuosidad. Un vientre, unas caderas como se le pueden suponer a la joven Hebe⁶; pero lo que sobre todo atraía las miradas era el delicioso vellón cuyo resplandeciente color negro contrastaba de manera tan excitante con el rubio ceniciento de sus hermosos cabellos. Aún no estaba tan tupido como prometía estarlo un día, pero su escaso espesor ofrecía un espectáculo aún más atrayente, un espectáculo hecho para hacer delirar al alma más indiferente a los placeres del amor.

Atravesando ese joven bosquecillo se percibía una raja cuya extremada pequeñez probaba su lozanía y su virginidad. Cécile, que tenía los muslos algo separados por la postura, dejaba vislumbrar el interior del santuario donde brillaba el encarnado más vivo. Un ligero movimiento convulso que agitaba el vientre y los muslos de la linda víctima demostraba sobradamente que gozaba por adelantado de los placeres que estaba a punto de conocer con alguna amplitud mayor.

El embriagador espectáculo de tantos encantos había puesto a Théodore en un estado cercano a la furia. Pero, me dirán mis lectores, ¿cómo Théodore, que aún no conoce a las mujeres, va a arreglárselas para desvirgar a Cécile? Tendríais razón, lector, si llegase

de su provincia; pero pensad, por favor, que hace seis semanas que vive con los pajes del rey; y que en esa casta escuela un neófito no tarda en ser consumado maestro; además, Théodore ya ha tenido ante la vista varios actos de priapismo protagonizados por sus virtuosos camaradas; y, aunque no ha participado en ningún acto de virilidad, sabe de sobra cómo debe arreglárselas. Antes de acudir a la cita, Théodore, que preveía lo que iba a ocurrir, tuvo la precaución de recibir nuevas instrucciones; y si aún no es consumado maestro, tiene todos los conocimientos necesarios para llegar a serlo. Perdón por la digresión, pero la he creído necesaria.

Théodore, ebrio de deseos, se lanza sobre su linda presa, la toma en brazos, la coloca al pie de la cama e intenta hacer penetrar la flecha del amor en el carcaj que la naturaleza le ha destinado. Pero vivos dolores hacen desaparecer la nube de felicidad que rodeaba a Cécile. Los gritos hicieron detenerse a Théodore; a fuerza de caricias consigue animar a Cécile a soportar un intento más. Y, precipitándose con furia en el estrecho del placer, rompió todos los obstáculos a pesar de los gemidos y quejas de su cómplice. Y los gritos no tardaron en volverse menos violentos: Cécile pareció sentir una chispa del placer que devoraba a su amante. Sus ojos se turbaron, y una copiosa eyaculación de una y otra parte consumó el sacrificio.

«¡Ah!, qué cruel sois», dice Cécile al recuperar el sentido, «para hundirme en el precipicio ¿me mostrabais tanto afecto?». Théodore la tranquiliza con esas caricias tan ardientes y persuasivas cuando se ama. Olvidando tanto los dolores pasados como las penas futuras, no tardaron en perder nuevamente uno en brazos del otro la conciencia de estar vivos.

En resumen, después de que Théodore hubiera dado a Cécile media docena de pruebas de su vigor se separaron, no sin haber concertado la manera de volver a verse.

Pasaron cuatro meses. La complaciente Florimond, a la que Théodore pagaba generosamente, siempre prestaba su virtuosa mediación para favorecer las entrevistas de los dos amantes. Sus retozos tuvieron las secuelas habituales; y un día, la desolada Cécile anunció a su amado que tenía la seguridad de estar encinta. Imaginad la insensata alegría de Théodore ante esta noticia. Iba a ser padre, y ¿gracias a quién? Gracias a la única criatura que le era querida, gracias a su linda e interesante Cécile. ¡Ah!, aquello era más que la felicidad.

Théodore, que por un sentimiento de celos había ocultado hasta ese momento su conquista a todos los ojos, convencido de que el respetable estado en que ella se encontraba debía apagar los deseos de cuantos no fueran él, no tuvo ya dificultades para confesarle todo a Saint-Firmin, el amigo que tenía en los pajes y a quien debía el conocimiento de Cécile. Ya no tuvo, he dicho, dificultad alguna para confesárselo todo.

Saint-Firmin prometió ser el padrino del futuro niño y dar por comadre a Cécile la bella hija de un soldado de la guardia con quien estaba en ordenada relación. Quiso ver a la mujercita de su amigo; sin embargo, una cosa con la que Théodore no había contado fue que Saint-Firmin, que tenía principios como todo paje, se enamorase de Cécile.

No encontró medio más cómodo para satisfacerse que interesar a la Florimond en esos amores mediante algunos luses; porque esta mujer, de la familia de los Basilio⁷, no sabía resistir a argumentos de esa especie. La Florimond atrajo a Cécile a su casa so pretexto de una entrevista con Théodore; y en lugar de a su amado encontró al tunante de Saint-Firmin, quien en tono muy honesto le hizo proposiciones muy deshonestas; ella las rechazó indignada. Tras varias tentativas inútiles, Saint-Firmin se arrojó sobre Cécile; y, ayudado por la Florimond, la violó.

¿Qué hacía el pobre Théodore mientras tanto? Retenido por su servicio, estaba lejos de pensar que la amistad le traicionaba de manera tan infame. Repasaba en su imaginación la perfección de los atractivos de su Cécile, la constante fuente de felicidad que Cécile sería para él; y, por último, los placeres siempre nuevos que con ella había conocido, y de los que dos días más tarde esperaba cosechar una amplia provisión.

La víspera del día en que esperaba ver a la preciosa madre de su futura progenitura fue llamado a las siete de la mañana, y un recadero le entregó el siguiente billete:

Amado mío,

Tu amiga ya no existe para ti; ha perdido por siempre la felicidad, y espera perder pronto la vida. ¡Ay!, quién me hubiera dicho que nuestra unión había de tener duración tan breve. ¡Qué bárbaros!... Intenta estar esta tarde, a las 4, en casa de Mme. D.....y⁸, en la calle Neuve-des-PetitsChamps. Esta dama es una parroquiana de mi madre, que ha accedido a facilitar una entrevista... ¡Ay de mí! ¡La última sin duda!

Tu fiel amiga,

Cécile de...

Atónito ante la misiva, Théodore no pudo imaginar otra cosa sino que la madre de Cécile había descubierto su relación con la hija. Se propuso tranquilizar a su joven amiga, e incluso apoderarse totalmente de ella para sustraerla a los malos tratos de su familia. Ya imaginaba una deliciosa escena de la vida patriarcal que ambos llevarían.

No le costó mucho conseguir del preceptor de los pajes permiso para ausentarse hasta el día siguiente, y, montando a caballo, galopó hacia París.

Cuando llegó al lado de Cécile supo horrorizado lo que había ocurrido. Acuciado por la sed de la venganza, abraza tiernamente a Cécile y sale con aparente calma para no asustar a su amada, a la que promete estar pronto de vuelta.

Vuela a casa de la Florimond, la obliga, poniéndole la pistola sobre el pecho, a escribir un billete a Saint-Firmin, que estaba en París por haber conseguido permiso para quedarse ocho días. Saint-Firmin llega dos horas después. Théodore le reprocha furioso su atentado, le hace sacar la espada, le hiere mortalmente, dispara a la Florimond un tiro de pistola, que por desgracia sólo le rompió la muñeca, y se retira dejando a los dos culpables nadando en su propia sangre.

Para terminar, en pocas palabras, esta serie de escenas trágicas, Saint-Firmin murió de su herida; la Florimond salió de la suya con una muñeca lisiada. Théodore se vio obligado a huir a países extranjeros. Cécile no quiso regresar a casa de su madre, y Mme.

D.....y, que no era más que una alcahueta ya bastante famosa, le ofreció asilo, esperando sacar partido de sus encantos en cuanto se hubiera repuesto del parto. Mas esa esperanza resultó frustrada, porque la desdichada Cécile, tras haber languidecido durante cuatro meses, murió al traer al mundo un niño extremadamente delicado... Ese niño soy yo.

Capítulo III

Así pues, ya tenemos al pobre hijo del burdel privado en el instante de su nacimiento de aquella que le dio a luz. Tal vez penséis que, entregado a la indigencia, va a engrosar la lista demasiado numerosa de esos infortunados niños que, tras haber pasado una desdichada juventud en oscuros orfanatos, arrastran una vida lánguida y mueren con frecuencia en la flor de la edad sin haber conocido otra cosa que el infortunio. Desengañaos, el Cielo me destinaba a una carrera más brillante; y, aunque esté sembrada de muchas espinas, de vez en cuando me permite recoger algunas rosas.

Aunque la muerte de mi madre aniquiló las especulaciones que Mme. D..... y había hecho sobre sus encantos, no se le ocurrió abandonarme. Al contrario, atendió todas las necesidades de mi infancia; pero como los catorce primeros años de mi vida no son muy recreativos, me los salto a pies juntillas; sólo diré que recibí una educación pasable y que, vestido con un uniforme de *jockey*⁹ muy bonito, fui útil en la casa de mi bienhechora. En resumen: tengo catorce años, bellos rasgos, cara espabilada, grandes ojos negros que no prometen sino la castidad. Empiezo a sentir que sirvo para algo; las escenas de que he sido testigo hasta ese instante han vuelto precoz mi temperamento. A solas en la cama, no me acuerdo impunemente de los encantos de las sacerdotisas de Venus, a las que tengo la costumbre de obedecer, y mi mano me procura goces que me hacen suspirar por otros más reales.

Por su parte, mi ama ya no parecía verme con la misma indiferencia. Tiene treinta años, es la edad en que se empieza a amar la fruta verde; ella está todavía muy lozana; ve el fuego que la vista de sus encantos provoca en mis ojos; por eso, con mil pretextos, ofrece a mi vista, unas veces unas tetas todavía pasablemente firmes y de extremada blancura; otras, una pierna muy bien dibujada, y la mayor parte de un muslo torneado; en ocasiones se cambia de camisa en mi presencia; se desnuda totalmente y no vuelve a ponerse su blanca camisa sino después de haber regalado a mis ojos el tiempo de recorrerla en todos los sentidos.

Por fin un día decidió satisfacer su capricho; me llama a las siete de la mañana. Aunque estuviéramos en las más hermosas jornadas de verano, toda la casa estaba sepultada en un profundo sueño.

Entro, pues, en el cuarto de Mme. D.....y; estaba en la cama. «Acércate, Querubín», me dice, «ayer me dieron esta canción; cántamela». Como yo tenía una voz muy bonita,

no me hice de rogar. Voy a reproducir esta canción, que podrá cantarse con la melodía *Il faut quitter ce qui j'adore* (del *Jockey*)¹⁰.

Hay mujeres que en este bajo mundo piden
riquezas o grandezas,
mas yo siento que sólo un hombre empalmado
tiene sobre mi corazón derecho alguno;
jodeos, grandes señores de la tierra,
a mis ojos todo hombre es igual;
y el héroe que prefiero
es el que mejor me folla.
Follar es mi dicha suprema,
gozar mi primera ley;
y la polla del hombre que amo
siempre para mí gran cetro fue;
del cielo con grandes alardes
la dicha constante se elogia;
esa dicha no vale, os lo aseguro,
la que yo jodiendo disfruto.

Si del Dios que rige la tierra
tuviera los derechos un momento,
de ellos me serviría para hacerme
una polla en cada uno de mis dedos;
y para satisfacer mis ganas
antes de morir querría,
joder mi sangre, joder mi vida,
y joder mi último suspiro.

Imagínese mi estado mientras cantaba esta canción; estaba colorado, mis arterias palpitaban con violencia. Mme. D.....y, que con el rabillo del ojo calculaba el progreso de mi turbación, ya había puesto al descubierto, so pretexto del calor, aquel par de tetas de cuyo goce tenía yo tantas ganas; la sencilla sábana que cubría la cama también estaba en desorden; a mis ojos se ofrecían su pierna y su muslo. Cuando hube terminado la canción, la dejé sobre su mesilla de noche. «Cantas como un ángel», me dijo ella cogiendo mi cabeza con sus dos manos y apoyando su boca en la mía. Enardecido por aquella muestra de amistad, le devolví los besos que me prodigaba. No tardó su lengua en abrirse paso e ir a unirse a la mía. Imposible describir lo que sentí en ese momento.

Mientras tanto, mis manos, trémulas de deseos, vagaban por el pecho de mi bella dama. Pronto sentí que una de las suyas se deslizaba a lo largo de mi muslo y parecía tratar de descubrir si yo servía para algo; debió de quedar contenta, porque estaba empalmado... empalmado... como cuando a uno se le empalma por primera vez. Me aventuré a llevar yo también las manos hacia el centro de los placeres. Tras haberlas paseado por un vientre firme y liso las guié entre los muslos de mi diosa; encontré allí un espeso vellón en el que se perdieron mis dedos; ella misma cogió mi dedo y lo colocó

sobre una pequeña eminencia carnosa. Aquel dedo, guiado por la naturaleza, empezó a moverse con una agilidad inconcebible; mi institutriz no tarda en voltear los ojos, balbucea algunas palabras ininteligibles, los miembros se le ponen rígidos y suelta la eyaculación más copiosa que nunca se haya emitido en memoria de mujer.

Mientras, su mano había desabotonado mi calzón y no había soltado el dardo del amor cuyas necesidades anunciaba su extrema rigidez. «¡Oh!, mi Querubín», me dice, «ven a mis brazos, ven sobre mi corazón, te haré conocer los placeres con los que acabas de embriagarme».

En unos instantes fui despojado de todas mis ropas, y heme aquí en la cama de Mme. D.....y. Pocos segundos después ella misma se afana en iniciarme en los misterios más secretos del amor. Ella se encargó de colocarme y de introducirme en el templo del placer; la naturaleza hizo el resto, y yo ofrecí mi primer sacrificio a Venus con gran satisfacción de la moderna Mesalina que sirvió de altar.

Cuatro veces renové mi homenaje, y Mme. D.....y no permitió retirarme hasta que vio que yo ya no tenía mucho más que decirle. Casi sin poder sostenerme sobre mis piernas subí a mi cuarto y me dejé caer en la cama, y un sueño reparador derramó a manos llenas sus adormideras sobre mi cabeza.

Dormía desde hacía una hora poco más o menos cuando fui despertado. Era Mme. D.....y, que me traía en persona alimentos de los que sabía que yo debía de tener gran necesidad. Un consomé, una perdiz fría y excelente vino de Pomard. Eso componía mi modesto almuerzo; lo devoré como hombre que se lo había ganado, es decir, como un hambriento.

Mientras comía, Mme. D.....y me prodigó las más dulces palabras y las caricias más seductoras; fue en ese momento cuando me dio a conocer la historia de mi origen, la desaparición de mi padre y el fin de mi infortunada madre. Su recuerdo me hizo soltar algunas lágrimas, y dediqué una dulce sonrisa a mi benefactora. Recibí de ella un tierno beso; ese beso hizo renacer mis fuerzas; Mme. D.....y fue sensible al poder de sus encantos; mas no quiso aprovechar mi buena voluntad, y se retiró invitándome a tomar un reposo que necesitaba.

Durante unos días fui fiel a Mme. D.....y; pero en última instancia mi carácter voluble terminó imponiéndose. Me fijé en lo que me rodeaba; vi unas caras deliciosas que parecían sonreírme. Mi intriga con Mme. D.....y, que yo creía un secreto impenetrable, era conocida por toda la casa; esa intriga parecía valorarme a ojos de las que, hasta ese momento, apenas se habían dignado prestarme atención. Terminé por darme cuenta de que la primera felicidad para una mujer es quitarle un amante a su compañera, y que la desolación de una rival es uno de sus principales goces.

En medio de la multitud de lindas caras que me rodeaban, distinguí de manera particular la de una joven morena de dieciocho años. Nunca ojos más negros y más brillantes adornaron una cabeza tan bonita. En fin, puedo decir sin exagerar que era difícil sostener el brillo de los ojos de Félicité: maciza, rolliza, pero con esa gordura que

no hace sino dar más voluptuosidad al conjunto de su persona; de la cabeza a los pies, Félicité relumbraba de deseo; era la joven Hebe adornada con el cinturón de Venus.

Félicité era una de las que con más ardor me perseguía desde que se había sabido mi relación con Mme. D.....y, y le pareció divertido entregarse a mí delante de su rival sin que ésta sospechara nada. Para conseguirlo se las arregló de la siguiente manera:

Una mañana que estaba yo en la alcoba de D.....y ordenando distintas cosas, y esta señora, todavía en la cama, hablaba de cosas indiferentes, Félicité entró, cerró con cuidado la puerta, y sin que Mme. D.....y se diese cuenta, me hizo una seña de discreción poniéndose el dedo sobre la boca. Fue a la cama de Mme. D.....y, la abrazó diciéndole que tenía algo que confiarle y Mme. D.....y me dijo que saliera. «No», replicó Félicité, «Querubín puede quedarse; os hablaré bajito». Entonces, echando las cortinas del lecho, se colocó de manera que su busto quedaba en la cama, y su grupa se hallaba en mi lado. Gracias a sus cuidados, las cortinas se cruzaban justo en sus riñones; luego, mediante un mecanismo preparado sin duda de antemano, su única falda cayó a sus pies; no tenía camisa. ¡Ah, qué culo!... ¡qué delicioso culo!... El mármol no es más firme... no es más blanco el alabastro.

Frenético ante aquella visión, fui a arrodillarme despacio ante aquel culo divino, le apliqué sin ruido tiernos besos, aparté el magnífico vellón que cubría la gruta del amor; separé los preciosos y bermejos labios, mi libertina lengua penetró en ella y fue a sorber el néctar ardiente de la voluptuosidad.

No tardé en pasar a placeres más sólidos: dirigí mi dardo a aquel antro encantador; penetró sin esfuerzo, gracias a la saliva que en él había depositado mi lengua. No creo haber jodido con tanta delicia en toda mi vida; aquella especie de molestia que estaba obligado a imponerme parecía añadirle un grado más. Sin embargo, fui lo bastante dueño de mí para no traicionarme; pero no ocurrió lo mismo con Félicité; había seguido hablando con Mme. D.....y: en el instante supremo desvarió de forma tan visible que Mme. D.....y le preguntó riendo si estaba loca. Por toda respuesta, Félicité pegó su boca a la de su rival, y empezó a masturbarla para distraer su atención. Esta última, que nunca se rebelaba ante un ataque de esa especie, se entregó a él por completo, y los tres llegamos casi al mismo tiempo al final de la carrera.

En cuanto me recuperé, recogí la falda de Félicité y volví a ponérsela de la forma menos torpe posible. Ella prosiguió su conversación con Mme. D.....y, a quien oí darle fin con estas palabras: «¡Ay!, querida, ¡qué temperamento tienes!». Félicité descorrió las cortinas y salió riendo como una loca del éxito de su extravagante empresa. En cuanto a mí, que farfullaba la letra de una canción, había adoptado un aire calmo y frío que hubiera engañado a los ojos más expertos.

Así pues, compartí mis favores entre Félicité y Mme. D.....y hasta el suceso que nos separó, y fue esa loca de Félicité la que provocó nuestra ruptura.

Mme. D.....y planeaba darme una noche entera, verosímelmente para entregarse sin estorbos a su capricho amoroso. Mas, por una fatalidad inconcebible, la casta Félicité

también había resuelto pasar la noche conmigo. Félicité tenía cabeza, y lo que aquella cabeza había decidido siempre era un decreto irrevocable que debía tener pleno y entero cumplimiento. Por más que le advertí que me era imposible librarme de Mme. D.....y, de quien dependía absolutamente mi existencia, nada pudo hacerla cambiar de resolución.

Frente a la casa de Mme. D.....y había un pagador de rentas, cuyo portero, zapatero de profesión, era poco más o menos de mi estatura, aunque tenía unos cuarenta y cinco años. Aquel señor feo, y además repulsivo, era un verdadero sátiro que perseguía a todas las ninfas hortelanas del barrio.

Fue a ese Adonis de nueva planta a quien la extravagante Félicité destinó los favores de Mme. D.....y. Mis advertencias más vivas no sirvieron de nada. Jacquet, el zapatero, adoctrinado por Félicité, prometió lleno de alegría tratar a Mme. D.....y como a una recién casada. En efecto, desde su primer acto de virilidad, el restaurador de los calzados humanos aún no había disfrutado de un goce tan alto.

A las dos de la mañana, Jacquet, lavado a fondo y con camisa blanca, fue introducido en la cama de Mme. D.....y; ¿por quién?: por la propia Félicité. Quiso incluso ser testigo auricular; porque todo esto se hacía sin candela; quiso, digo, ser testigo de los tiernos retozos de aquella pareja mal emparejada.

Sólo al cabo de una hora y media, y cuando el ilustre Jacquet estaba en su séptimo asalto, fue cuando mi loca compañera volvió para colocarse a mi lado; me parodió las tiernas palabras de la pareja que acababa de dejar con tanto ingenio, con tanta alegría, que me vi obligado a reírme con ella; luego nos entregamos a nuestro amoroso delirio, no sin remordimientos de mi parte, por haber contribuido con mi debilidad a hacerle una jugarreta tan sangrante a una mujer que no sólo me había dado las primeras lecciones amorosas sino a la que debía además las dulzuras que habían rodeado mi existencia desde el primero de mis días.

Llegó la fatal mañana siguiente; el señor Jacquet, a fuerza de dar pruebas de sus prolíficos talentos a su compañera, había caído en un sueño letárgico a su lado; fueron sorprendidos por la aurora. Mme. D.....y, la primera en despertarse, exclama: «Querubín, Querubín». Mientras dice estas palabras, sus ojos se dirigen sobre el malhadado zapatero... Dioses... qué metamorfosis... ya no es el fresco, el vivaracho, el lindo Querubín; es una vil cara negra y picada de viruelas que adornan dos ojos redondos y bordeados de rojo así como una boca amueblada con cinco o seis raigones.

Si el rayo hubiera caído en pedazos sobre la cama de Mme. D.....y la habría aterrorizado menos que aquella extraña aparición. Maese Jacquet por su parte, despertado por los movimientos de Mme. D.....y, se había incorporado y la miraba con todo el tamaño de sus ojillos para tratar de leer en los de la dama el efecto que producía su presencia.

Interrogado por Mme. D.....y acerca de lo que todo aquello significaba, el secuaz de san Crispín¹¹ no creyó que debía tener consideración alguna con su introductora; declaró,

pues, que Mlle. Félicité le había propuesto acostarse con Mme. D.....y, que esa proposición era demasiado honorable para que él se atreviera a rechazarla; que había aceptado; que la misma Mlle. Félicité le había llevado hasta la cama de la señora, y que él había hecho cuanto estaba en su mano para agradecer un favor del que se confesaba indigno.

Júzguese la furia de Mme. D.....y ante el extraño descubrimiento; consiguió, sin embargo, dominarse, ordenó fríamente a maese Jacquet que se vistiera, le puso un luis en la mano y le recomendó silencio so pena de la vida; lo cual prometió Jacquet tanto por temor como por necesidad.

Mme. D.....y subió acto seguido a mi cuarto; al no encontrarme, fue al de Félicité y nos sorprendió uno en brazos del otro; fue entonces cuando estalló su furia, nos inundó con los reproches más ultrajantes, que escuchamos, yo muy desconcertado, Félicité riéndosele en las narices. Nos conminó a salir inmediatamente de su casa, cosa que hicimos tras envolver en un exiguo paquete nuestros comunes efectos.

Félicité se retiró a una habitación amueblada, en la calle d'Argenteuil¹²; me fui a vivir con ella. Heme, pues, convertido con catorce años y medio en el mantenedor jefe de una de las jóvenes más bonitas de París.

Capítulo IV

El propósito de Félicité al instalarse en la calle d'Argenteuil había sido proseguir con su comercio; acostumbrado desde la infancia a la imagen de la prostitución, no me opuse a sus proyectos; pero como no quería que la viesan con un joven cuyo tipo bastaba para espantar a la clientela, Félicité decidió vestirme de mujer y ocultar mi sexo bajo el atuendo femenino. El proyecto me pareció muy divertido, y consentí con alegría en la metamorfosis; supo incluso convencerme tan bien que me decidió a secundarla en un comercio del que ya tenía yo profundo conocimiento.

Heme, pues, con un ajustado vestido de lino rosa, sombrero y zapatos blancos, y tratando con ella bajo las galerías del Palais-Royal. Mi primera prueba fue reclutar a un viejo caballero de Saint-Louis; lo llevamos a nuestra casa; era yo quien más había gustado al hombre; quiso cogerme las tetas y pareció sorprendido al no encontrar nada; Félicité le dijo que yo era demasiado joven para estar formada. El caballero se asombró de aquella falta de formación que contrastaba con mi estatura esbelta y mis miembros fuertemente constituidos; quiso inspeccionar mis atractivos más secretos; pero Félicité, que era precavida, había colocado en esa parte una ancha venda y detuvo al temerario diciéndole que yo no estaba segura de mi salud. Entonces el caballero se apoderó de mi compañera y, a pesar de sus cincuenta años, la explotó vigorosamente con gran dolor de corazón del pobre Querubín, nada satisfecho con un placer en el que no participaba. El

caballero se marchó, prometiendo venir a vernos de nuevo, y dejó dos luises bajo el candelero.

No referiré las distintas aventuras que nos ocurrieron durante los tres meses que ejercimos nuestro casto comercio; se parecen demasiado para que me tome la molestia de relatarlas; sólo citaré tres, contando la que me devolvió a mi estado natural; se salen del marco ordinario de las aventuras, y sólo su originalidad les otorga preferencia.

Un joven muy alto, de unos treinta y dos años, vino un día a casa; cuando inspeccionamos sus piezas, nos sorprendió ver que estaban tan marchitas y tan gastadas como las de un hombre de setenta años. En vano empleamos todo nuestro arte para resucitarlo, pues yo me había vuelto experto en el de procurar goces a otros. Finalmente, nuestro joven inválido nos confesó que el único medio de devolverle una parte de sus fuerzas era instrumentarle con una de esas herramientas de monjas que se llaman consoladores.

Félicité, que no perdía ocasión de divertirse a expensas de los tontos que caían en nuestras redes, le hizo la confidencia de que yo era la que más le convenía, que la naturaleza me había hecho un doble regalo, dándome los dos sexos, en una palabra, que yo era hermafrodita. Ante declaración tan singular quedé petrificado; mas nuestro joven, encantado, saltó a mi cuello diciéndome que yo era la mujer que estaba buscando inútilmente desde hacía mucho tiempo. Me echó sobre la cama, me levantó las faldas, me arrancó la preservadora venda de la que siempre iba provisto y descubrió la herramienta más rígida y mejor acondicionada.

Cayó de rodillas ante aquel magnífico trozo, llevó a él las manos y la boca, y, sin entretenerse en inspeccionar si efectivamente allí había dos sexos, me urgió a servirme en su persona del que tenía ante los ojos.

Quieras que no, hube de contentarle. Se colocó cómodamente y, por primera vez, hice mi entrada triunfante en la ciudad de Sodoma. Mas, ¡oh prodigio!, apenas hube dado tres o cuatro empujones, la clavija de nuestro héroe empezó a tomar consistencia, y bastaron pocos minutos para hacerla llegar al colmo de la gloria. Félicité se colocó a los pies de la cama, mi hombre la ensarta, yo me pongo a instrumentarlo de nuevo, y los tres llegamos, casi al mismo tiempo, al colmo de la felicidad.

La segunda aventura quizá es más original todavía, aunque se haya puesto en juego la misma argucia.

Paseábamos una tarde por el Palais-Royal cuando fuimos abordadas por una joven guapísima, poco más o menos de la edad de Félicité; se alegró mucho al verla, le pidió sus señas y prometió visitarla a la mañana siguiente.

Pregunté a Félicité quién era aquella joven que, por la riqueza de sus ropas, por el brillo de las joyas que la cubrían, y, sobre todo, por su aspecto honesto no parecía una mujer pública. Me informó que la había conocido en casa de Mme. D.....y, adonde iba a menudo, pero con precauciones extremas para no comprometerse, y que debido a esas precauciones yo no la había visto durante mi estancia en la casa, que era tríbade, que,

engañada por un amante al que había adorado, detestaba a los hombres y se entregaba apasionadamente a las mujeres. «Déjame hacer», continuó Félicité; «quiero que mañana te diviertas como aún no te has divertido».

Efectivamente, a la mañana siguiente oímos un carruaje detenerse a la puerta de la casa; pocos instantes después llamaron a la de nuestro cuarto. Félicité aún estaba en la cama, yo estaba levantado, y fui a abrir. Era la desconocida: fue a arrojarse en brazos de Félicité, le dio varios besos en la boca con un ardor que denotaba la fuerza de su pasión y la de su temperamento.

Félicité respondió tiernamente a aquellos vivos abrazos, y yo vi asombrado que le gustaba el juego. No tardó la desconocida en despojarse de todas sus ropas; y allí estaba, desnuda, en brazos de Félicité, a quien arranca corsé y camisa.

—¿Y esa chica alta no viene con nosotras? —dijo la forastera, a quien llamaré Julie.

—Todavía no está iniciada en nuestros misterios —replica Félicité.

—¿Por falta de gusto?

—No, por falta de uso.

—¿Cómo que por falta de uso?

—Sí... No está hecha como nosotras; y, aunque infinitamente más adecuada que yo para esta clase de ejercicio, todavía es inexperta.

—Explicaos con más claridad.

—Tal como la veis, está dotada de un clítoris que avergonzaría a la más bella clavija humana.

—Es sorprendente.

—Imaginaos, querida, el placer que debe saborear una mujer a la que le meten un clítoris de seis pulgadas de largo y de razonable grosor.

—¿Seis pulgadas de largo?...

—Seis pulgadas. Añadid que la extravagante naturaleza se ha complacido en dar a ese clítoris la forma de un miembro viril.

—¿Estáis bromeando?

—No, os digo la pura verdad.

—Eso hay que verificarlo —dice la curiosa Julie.

—Ven aquí —me dice Félicité.

Entonces me acerco con un aire torpe y tímido que hace reír a carcajadas a mis dos locas. Me levantan la falda hasta la cintura; mi pretendido clítoris es besado apasionadamente por la tríbade Julie; se lo mete en la boca y lo cosquillea amorosamente con la lengua. Casi frenético por aquel tipo de caricias que aún no conocía, me arrojé sobre ella, la coloqué a mi gusto y me puse a trabajarla con vigor.

Las dificultades que sentí no hicieron otra cosa que excitarme más; ella lanzó algunos gritos que le arrancó el dolor; pero pronto embriagada ella misma por el placer, no hizo más que secundarme, y unos instantes después, caímos inmóviles uno en brazos del otro.

Félicité, que temía que nuestra artimaña fuera descubierta, me hizo una seña para que

me arreglara la ropa enseguida, mientras Julie aún no había recobrado sus sentidos.

No tardé en estar arreglado, y, por más súplicas que Julie me hizo para conseguir algunas caricias más, resistí y la rechacé absolutamente.

Félicité la convenció, no sin esfuerzo, para dejar la partida para otra jornada. ¡Por desgracia era el siguiente al día en que nos ocurrió la dolorosa catástrofe que me separó de Félicité!

Cruzábamos las dos la calle de Richelieu, a las ocho y media de la noche, para dirigirnos a nuestro domicilio, cuando fuimos abordadas por dos elegantes petimetres que nos hicieron proposiciones muy seductoras, que aceptamos. Nos ofrecieron el brazo; nada más cogerlo, ellos empezaron a toser. En ese mismo instante fuimos rodeadas por varios soplones de la policía, y por dos escuadras de la ronda que se apoderaron de nosotras. Félicité estaba trémula, yo furioso; y en el momento en que los dos malos sujetos que nos habían hecho detenernos se reían de nuestra sorpresa, le pegué a uno de ellos una patada en el vientre que le hizo caer sin conocimiento en mitad de la calle. Dos guardias se lanzaron sobre mis manos; toda la banda deliberó si era necesario ponerme las esposas; sin embargo, por consideración a mi sexo, no se llegó a tal extremo: los dos más fuertes me agarraron, y fuimos conducidas al cuerpo de guardia de la Barrière des Sergents¹³.

Ya ocupaban el cuerpo de guardia una docena de putas que habían sido detenidas como nosotras. Nos llevaron a pie a Saint-Martin¹⁴. El viernes siguiente pasamos a manos de la policía; fuimos condenadas... Ya tenemos al hijo del burdel en el hospital.

A los dos días de estar en esa casa de dolores, se procedió a la inspección de las que estaban enfermas. Ese momento era terrible para mí; podía ser reconocido como hombre, y una detención tan larga como ignominiosa debía ser el fruto de mi travestimiento. Pues bien, fue de nuevo Félicité la que me salvó de ese mal paso. Fue una de las primeras en sufrir el examen, y, haciéndome ocupar su sitio con habilidad, pasó la inspección por segunda vez con mi nombre.

¡Qué singular puta era la tal Félicité! Estaba desesperada, maldecía la luz; sus ojos se volvían hacia mí, olvidaba enseguida su dolor y estallaba en carcajadas como una loca.

Hacía ya ocho días que estaba en esa temible casa cuando en medio de nosotras se presentó un hombre de unos cuarenta años, que parecía ser hombre de calidad. Paseó largo rato sus miradas por mis compañeras, luego las detuvo sobre mí, y, tras haberme mirado fijamente durante unos instantes, dijo a la monja que le acompañaba:

—Ésta es.

—Seguidnos, señorita —dijo la monja—, y agradeced al señor barón las bondades que tiene con vos.

Hice una profunda reverencia al barón, que respondió con una ligera sonrisa. Besé a Félicité, diciéndole al oído: «Si yo consigo la libertad, tú la conseguirás pronto». Seguí a la monja y al barón, y llegamos al cuarto de la superiora.

«Acercaos, señorita», me dijo aquella superiora, «y dad las gracias al señor barón.

Tiene la costumbre de retirar del vicio, para hacer de ellas mujeres honestas, a infortunadas cuya cara promete algo. Dad gracias al Cielo de que su elección haya recaído sobre vos; id en paz y no pequéis más». Tras este elocuente discurso, la grave superiora me hizo ponerme de rodillas, me dio su bendición y me puso en las manos del señor barón, que salió con paso ligero de aquel recinto de dolores y me hizo subir con él en la carroza de *remise* ¹⁵ que lo había traído.

El señor barón de Colincourt gozaba de una fortuna magnífica gracias a un matrimonio de conveniencia que había contraído con la hija de un rico financiero. Hacía ocho años que se había unido con los lazos del matrimonio, y sólo tenía en común con su esposa alojamiento y mesa. Aquella esposa era entonces una mujer de treinta años, bellísima, que había empezado por afligirse de la frialdad de su esposo y había terminado por consolarse de él con amables coadjutores.

No es que el señor barón fuera enemigo del bello sexo, al contrario; pero no podía resignarse de la mala boda que había hecho, y, a pesar de la abundancia de que gozaba, conservaba una frialdad extrema hacia su mujer; simples atenciones suyas era todo lo que ésta conseguía. Sin embargo, el barón tenía necesidades; no quería hacer alarde de las bellezas de moda, su método era diferente; había conseguido del ministro permiso para sacar de las cárceles a jóvenes arrastradas por el vicio en una edad sin experiencia, a fin, decía, de devolverlas a las buenas costumbres y a la honestidad. Utilizaba ese permiso para obtener lindas caras de fantasía, de las que luego se desembarazaba fácilmente.

En cuanto el barón estuvo fuera de la vista del hospital me detalló sus planes sobre mí, y me propuso vivir en su casa en calidad de *jockey*. Le respondí que era una desgraciada a la que la maldad de un tutor había reducido a aquel estado de miseria; que, sin embargo, aceptaba su proposición, convencida de que era demasiado honesto para abusar de la desdichada casualidad que me ponía a su merced.

El barón aparentó que me prometía cuanto le pedí. Me llevó a otra casa, donde quedé confinada hasta el momento en que mi indumentaria estuviese lista, cosa que se me prometió para el día siguiente. Quiso tomarse ciertas libertades, pero supe frenarle, y me entregó una carta que me encargó llevarle en cuanto mi ropa estuviera preparada. Se suponía que esa carta debía ser la recomendación que me colocaba en su casa.

No dejé de ir el día siguiente a presentar mi carta al barón; la abrió muy serio, me dijo que las recomendaciones de las que era portadora le parecían suficientes, y que me admitía a su servicio. Vi una sonrisa diabólica pintarse en la cara de algunos criados que estaban presentes. Me pareció que la gravedad del barón no engañaba a nadie en el asunto del *jockey*, y que todo el mundo estaba más o menos al tanto de la metamorfosis.

Fui presentado a Mme. de Colincourt por el mayordomo. Me recibió con bastante desprecio, me exhortó irónicamente a tener contento a mi amo, y me dio la espalda. Hasta entonces nadie me había acostumbrado a los desdenes de las mujeres, y fui muy sensible al aire despectivo de Mme. de Colincourt.

El mayordomo quiso requebrarme al acompañarme y se permitió distintas pullas sobre mi disfraz; pero lo acogí con tanta aspereza que, temiendo que me quejase a nuestro común dueño, terminó por rogarme que guardase profundo silencio sobre todo aquello, y yo se lo prometí.

Sin embargo, me resultaba más difícil librarme de las persecuciones del barón que de las de su mayordomo. Mi cama estaba en un pequeño gabinete al lado de su dormitorio. Cuando su ayuda de cámara le metió en la cama, yo me retiré a mi gabinete y me acosté. Hacía poco más o menos una hora que dormía con un sueño tranquilo cuando fui despertado por los tocamientos de una mano que se paseaba por mi pecho; la rechacé severamente.

—Pero, hija mía, ni lo sueñes —me dijo M. de Colincourt; pues era él.

—No quiero —le respondí.

—Hermosa mía, sé sensible a mi amor, a las obligaciones que tienes conmigo.

—No mancilléis vuestros favores con una acción a la que nunca consentiré.

—Yo me encargo del cuidado de tu fortuna.

—Yo sólo quiero tranquilidad.

—¡Por favor!

—Soy inflexible —repliqué elevando la voz.

—Silencio —continuó él muy bajo—, el aposento de mi mujer está cerca de aquí.

—Pues bien, retiraos a vuestro cuarto, en caso contrario temed todo de mi resentimiento.

—Pero, amiga mía, no piensas que estás totalmente a mi disposición y que nada puede impedir satisfacerme.

—Eso no ocurrirá.

—Ya lo veremos...

Entonces el barón, mucho más fuerte que yo, se hace con mi persona de tal forma que vi llegado el momento en que mi sexo sería descubierto. Pensando que ya no tenía nada que perder, pedí socorro con todas mis fuerzas. Una puerta situada al fondo de mi gabinete se abre bruscamente y la señora baronesa, con una palmatoria en la mano, se ofrece a nuestras miradas.

—¡Ah!, señora —exclamé al verla—; salvadme de los intentos de vuestro esposo.

—Me parece, señorita —dijo la baronesa—, que sois más honesta de lo que al principio había sospechado. Pasad a mi aposento, os quedaréis allí. Estad segura de que es un asilo que nadie se atreverá a violar.

Mientras, el barón se había quedado estupefacto ante la repentina aparición de su esposa. La baronesa me cogió de la mano, me hizo pasar a su aposento y se encerró allí conmigo antes de que M. de Colincourt hubiera recuperado la suficiente fuerza para cambiar de sitio.

Capítulo V

La baronesa de Colincourt era realmente una mujer magnífica, alta, majestuosa, de trazos regulares, con una piel de satén y unos cabellos de ébano, de brazos y piernas perfectos, y con un pie como podría desearse en China.

—Señorita —me dijo Mme. de Colincourt en cuanto estuvimos en su cuarto—, compartiréis mi cama esta noche, y mañana daré órdenes para que se os aloje con mayor comodidad.

—El honor que me hacéis, señora, y el peligro del que me sacáis, os aseguran durante toda mi vida mi respeto y mi gratitud —y le besé la mano con aire convencido.

—Tenéis sensible el corazón a los favores; tanto mejor, sentiréis con mayor viveza lo que quiero hacer por vos... Pero acostémonos, porque es tarde.

Por orden de la baronesa me metí en la cama, y pocos minutos después ella vino a colocarse a mi lado.

Una lamparilla de noche encendida sobre la mesilla, en la alcoba, difundía una suave claridad; una mujer divina, tallada como la Venus de Médicis, estaba a mi lado; yo veía una parte de sus encantos, tenía ante mis ojos un seno de alabastro; un brazo y una espalda que hubieran servido de modelos a Praxíteles¹⁶ estaban a seis pulgadas de mí; ¿habría podido ser insensible? Un profundo suspiro salió del fondo de mi corazón y fue a morir casi en los labios de la bella Eugénie. (Era el nombre de soltera de la baronesa.)

—¿Qué os pasa, amiga mía? —me dijo.

—¡Ay de mí!

—Confíadme el motivo de vuestras penas; ved en mí una consoladora, una amiga.

—Ay, señora, me resulta imposible confesaros una cosa como ésta.

—¿Por qué, querida?

—Me echaríais inmediatamente de vuestra presencia.

—¿Habéis sucumbido a los ataques del barón? Es una lástima, pero, en fin, no es culpa vuestra.

—El señor barón no tiene nada que ver con mi temor; era imposible que obtuviese nada de mí.

—Explicaos con más claridad.

—Sólo de vos, señora, tengo todo que temer.

—¿De mí?

—No soy lo que parezco.

—¿No sois... y qué sois entonces?

—Un desgraciado joven...

—Un joven... —y la mano de la señora baronesa, más rauda que el relámpago, fue a buscar entre mis piernas la prueba de mi sexo. Por suerte para mí, la principal pieza del proceso se hallaba en un estado que no dejaba ninguna duda sobre la veracidad de mi informe—. Qué audacia —prosiguió la baronesa.

—¡Ay!, señora —le dije alargando una tímida mano que coloqué sobre un globo que hubiera creído de mármol de no ser por el dulce calor que en él reinaba y la intermitente palpitación que lo hacía levantarse—, señora, no perdáis a un desdichado que sólo tiene en su contra la desgracia de haberos desagradado.

Si mi mano no abandonaba el sitio que había usurpado, la suya tampoco había soltado la joya de la que se había apoderado primero; osé acercarme un poco y pasar mis brazos alrededor de su cuello.

—En qué posición crítica me pone —dijo con voz alterada; y me dio un dulce beso en la frente. A esta señal, por la que no podía equivocarme, perdí toda contención; pegué mis labios ardientes a su boca fresca y bermeja, y pronto sentí que la baronesa respondía a mis ataques. Mi lengua se unió a la suya, mis manos recorrieron encantos de una lozanía y una firmeza que serían todo un honor para la casta Diana. ¡Qué elasticidad de carnes! ¡Qué aterciopelado de piel! ¡Qué pureza de formas! Una de mis manos se deslizó suavemente hasta el vientre de mi divinidad. Pronto alcancé el altar del amor; nada tan perfecto como el leve montículo que precede a su entrada; nada tan voluptuoso como el ligero musgo que tapiza sus bordes. Con dedo libertino agité el clítoris de la encantadora baronesa; se apretó contra mí estremeciéndose y, en pocos instantes, llegó al colmo de la voluptuosidad.

Tras esta primera experiencia del temperamento de mi amable baronesa ya no tenía nada que temer de su cólera; además, dejando de lado cualquier contención, se entregó a mí por completo. Esa deliciosa noche nunca se ha borrado de mi memoria: ¡cuántas veces morimos!, ¡cuántas veces resucitamos! Una voluptuosa fatiga nos durmió al fin en brazos uno del otro.

Al día siguiente, el primer cuidado de la baronesa fue preguntarme quién era y qué aventuras me habían llevado hasta su casa. Sobre la marcha inventé para ella la novela más bonita y más interesante. Me hice pasar por hijo de un gentilhomme del Delfinado. Podría divertir a mis lectores dándoles cuenta de esa pequeña obra maestra de la imaginación; pero como el librero quiere que todas mis aventuras sólo ocupen dos volúmenes, me veo obligado a saltar a pies juntillas sobre esos supuestos acontecimientos de mi juventud.

Pasé con mi querida baronesa días tranquilos y noches deliciosas; pero el diablo, que nunca duerme, y que no quería permitir que yo pudiera gozar de algún reposo, hizo que el maldito barón se cruzase en nuestros amores.

Aunque yo estuviera bajo la protección de su esposa, el queridísimo barón no había renunciado por ello a sus pretensiones sobre mí; al contrario, el disgusto que había sentido no había hecho más que aumentar su capricho. Una noche que creyó que dormíamos se sirvió de su llave maestra para entrar en nuestro cuarto. Lo más verosímil es que su propósito fuera saciar sus ojos con mis jóvenes atractivos... ¿Qué vio?, o, mejor, ¿qué no vio? Yo estaba desnudo, mi camisa levantada hasta el cuello, y un sueño que había puesto a la libertina Félicité en mis brazos hacía levantarse recto como una I

un miembro que cada día adquiriría mayor consistencia... ¡Oh, venganza! ¡Oh, furor!... Es un hombre el que se ha escondido con la baronesa, y él mismo lo ha introducido.

Furioso, el barón vuelve a su cuarto para coger armas e inmolar al infame que había osado mancillar su noble cuna; pero olvidó las precauciones que había tomado al entrar, y su brusca marcha expulsó el sueño de nuestros párpados.

Nos dimos cuenta del peligro que nos amenazaba; nuestro primer cuidado fue cerrarnos a cal y canto; volvió el barón, la puerta estaba bien cerrada, podía echarla abajo; mas me parece que el barón tuvo la sensata idea de que, propalando aquel asunto, iba a cubrirse de ridículo y a ser blanco de la comidilla del día. Tras un instante de profundo silencio me dice: «Abrid, el primer impulso de cólera ya ha pasado y siento que en todo esto tengo tanta culpa como vos. Abrid, os doy mi palabra de honor de no dejarme llevar por la violencia». Yo aún dudaba, pero la baronesa me dijo que abriese, que el barón era incapaz de faltar a su palabra.

Abrió pues la puerta, aunque no muy tranquilo; el barón tenía dos pistolas que dejó sobre un mueble; luego, dirigiéndonos la palabra, dijo: «No he dominado un impulso de furia; pero por suerte la reflexión ha venido en mi ayuda; todos tenemos errores que reprocharnos, perdonémonoslos recíprocamente, no hagamos reír a nuestra costa con un escándalo que no serviría de nada. Y vos, señor, aquí tenéis veinticinco luises que os doy para que atendáis a las necesidades del momento. Vestíos, yo mismo os acompañaré hasta la puerta, y, si estáis interesado en conservar la vida, olvidad hasta el nombre del barón de Colincourt».

Mientras me decía estas palabras, el barón me presentó la bolsa que contenía los veinticinco luises; la acepté. En un abrir y cerrar de ojos me puse mi indumentaria de *jockey*. Eché una mirada de pena a la baronesa que, hundida en una tumbona, y con el rostro oculto entre las manos, guardaba un silencio fúnebre. El barón me acompañó sin pronunciar una sola palabra hasta la puerta de la calle y volvió a cerrarla cuando la hube traspasado; heme, pues, sin asilo a las cuatro de la mañana y con un frío muy penetrante; pero la galera boga, soy joven y tengo buena salud; y veinticinco luises en el bolsillo; con estos recursos todavía se puede llegar lejos.

Mi primer afán fue buscar un asilo para el resto de la noche; un honrado fiacre me lo concedió en su carruaje a cambio de un escudo de seis francos, y por esa suma me prometió pasearme hasta que llegara el amanecer.

Por la mañana quise ir al alojamiento que había ocupado con Félicité para ver si seguían allí nuestros efectos; la huéspeda se había apoderado de ellos y negó haberme visto nunca; le repliqué a gritos; el marido quiso entrometerse en la disputa y ponerme en la puerta; le crucé la cara con mi fusta, ellos gritaron que los mataba, llegó la guardia, me detuvo... Heme aquí una vez más en manos de la justicia.

Nos llevaron a presencia del comisario, que me preguntó quién era y por qué había maltratado a los demandantes. Le respondí que había ido a reclamar unos efectos que habían dejado en uno de sus cuartos dos señoras amigas mías.

- ¿Dónde están ellas? –replicó el comisario.
–En una casa de campo, cercana a París.
–Bonita casa –dijo la posadera.
–Silencio –exclamó el pasante.
–¿Cómo os llamáis? –continuó el comisario.
–Querubín.
–¿No tenéis otro?
–Basta con ése.
–¿Qué hacéis?
–Soy *jockey*.
–¿De quién?
–Ahora de nadie; pero ayer aún estaba al servicio del señor barón de Colincourt.
–¿Dónde vive?
–En la calle de Varenne, barrio de Saint-Germain.

El comisario nos hizo sentarnos en el estudio, escribió unas letras al barón, que envió con uno de los escribanos, y volvió a su despacho.

Al cabo de una media hora llegó la respuesta del barón; verosíblemente no era favorable para mí, porque, sin decirme ni una palabra, el comisario ordenó que trajeran un fiacre, escribió una carta, en la que metió la del barón, la entregó a un sargento de la ronda al que dijo unas palabras al oído; el sargento me hace montar en el fiacre, con él y con uno de sus soldados, ordena al cochero ponerse en marcha, y llegamos, ¿adónde? A Saint-Lazare¹⁷.

Nos hacen pasar por varios portillos, atravesar diferentes corredores, y llegamos ante el superior. El sargento le entrega las cartas de que era portador; tras haberlas leído, el superior tiró del cordón de una campanilla que había a su lado, y no tardaron en llegar cuatro corpulentos lazaristas, altos como torres. El superior me soltó un sermón muy patético sobre los peligros del mundo, y sobre la suerte que tenía de estar en una casa donde iban a trabajar eficazmente en la corrección de mis costumbres y la redención de mi alma. Luego me dijo que siguiera a los reverendos hermanos, cosa que hice con simpatía para no ganarme malos tratos.

Me condujeron a una pequeña celda donde por todo mobiliario había un mezquino catre, una silla de madera, un reclinatorio, un crucifijo y una calavera. Dos de ellos se separaron y volvieron al momento con un cántaro de agua, un pan y el uniforme de la casa, que consistía en una camisa de gruesa tela amarilla, un pantalón y una chaqueta de sayal oscuro y unos zuecos. Me obligaron a ponerme todo, y, con gran pena, les vi salir con mis ropas de *jockey*, en las que todavía estaban los veinticinco luises del barón.

Por suerte para mí, estoy dotado de un carácter poco susceptible a dejarse arrastrar por la pena. Inmediatamente traté de encontrar algún medio para salir de mi cárcel. La ventana del cuarto donde me habían encerrado daba al cercado de los lazaristas; pero unos enormes barrotes, con una distancia de cuatro pulgadas entre sí, no me dejaban

esperanza alguna por ese lado; no había chimenea, nada, en fin, de lo que en una novela favorece la fuga de un prisionero. ¿Qué hacer?... no encontré ningún expediente, no había más recurso que intentar cambiar de sitio. La enfermería no debía de estar guardada con tanto rigor, por eso no se me ocurrió nada mejor que estar enfermo. En cuanto tomé esta resolución, me puse a lanzar agudos gritos y a rodar por el suelo de mi cuarto; este violento ejercicio no tardó en poner mi sangre en una agitación que podía pasar por fiebre; en pocos instantes acudieron a mis llamadas; seguí lanzándolas con violencia, fingiendo que no podía responder a las distintas preguntas que me hacían; me limitaba a golpearme en el estómago y en el vientre, como para designar el foco del mal.

Llegaron el superior y el cirujano; este último me tomó el pulso y declaró que me atacaba un violento cólico nervioso, causado sin duda por la revolución que me había producido el traslado a la casa; que mi estado era de los más peligrosos, que necesitaba pronto remedios que sólo podían serme administrados en la enfermería, y, por lo tanto, pidió que fuera trasladado a ella; el superior lo permite. Cuatro de los presentes me cogieron en brazos y me llevaron a aquella enfermería tan deseada. Me desvistieron y me prometieron una cama excelente; al menos era un pequeño alivio a mi suerte.

Me vi obligado a tomar los distintos remedios prescritos por el médico para no despertar sospechas. No tardé en fingir que necesitaba descansar; todo el mundo se retiró, y heme aquí solo... Pero no estaba solo, porque había cuatro enfermos y el enfermero; quiero decir que ya no soy objeto de la atención general.

Apenas estuve seguro de que ya no me observaban, paseé los ojos por la sala; tenía cuatro ventanas que, protegidas por rejas de hierro, daban al cercado. Veinticuatro camas la adornaban, de las que sólo cinco estaban ocupadas; en cada extremo, una amplia chimenea, con un gran fuego en una de ellas .

El enfermero salió un instante, mis cuatro cofrades ocultos por sus cortinas dormían o soñaban con su enfermedad. Aprovecho ese momento de libertad para ir a mirar en la chimenea que estaba apagada... ¡Oh!, sorpresa... ¡Oh!, dicha..., no hay barrotes... Estoy salvado.

La jornada transcurre sin acontecimientos notables, el cirujano, encantado del efecto que sus remedios habían producido en mí, duplicó la dosis para expulsar incluso, decía él, el germen de la maldad.

La noche siguiente fue la que destiné a la recuperación de mi libertad; hacia medianoche, mientras todo el mundo duerme, me levanto muy despacio, retuerzo mis sábanas alrededor de mi cuerpo y, al débil resplandor de una lámpara que ardía en el otro extremo de la sala, me dirijo hacia la compasiva chimenea.

Trepo con facilidad y llego al techo; busco un punto sólido donde poder atar la sábana; encuentro una barra de hierro que, encastrada por un extremo en el techo y por otro en la chimenea, parecía destinada a sostener esta última frente a los esfuerzos del viento. Ato pues las dos sábanas juntas, y el extremo de una de ellas a la barra de hierro. Por desgracia le faltaban unos doce pies. ¿Qué hacer?... La noche era oscurísima y me

resultaba totalmente imposible distinguir lo que había debajo de mí. Estuve sin saber qué hacer unos momentos; pero, colgado de las manos, como me encontraba, no podía seguir sosteniéndome; lo cierto es que, a riesgo de matarme, solté el extremo de la sábana y me abandoné al azar.

Por suerte para mí caí sobre un pequeño tejado de tablas soportado por dos tablones que servían de refugio a un enorme perro, guardián nocturno del cercado de los lazaristas. El desdichado can, en lugar de hacer su ronda, estaba durmiendo tranquilamente en su camastro de paja, de modo que el peso de mi cuerpo aplastó techo y perro; salí del paso con algunas contusiones y unos instantes de aturdimiento, tras los cuales volví a ponerme en pie.

Pero, al aplastarse, la caseta había hecho mucho ruido, el perro, que no estaba muerto del todo, lanzaba unos aullidos espantosos; sentí la necesidad de alejarme cuanto antes y, ligero como el céfiro, empecé a recorrer el recinto para tratar de hallar un modo de salir.

Ya había hecho un largo camino sin haber descubierto otra cosa que grandes muros cuando, a mi derecha, vi una luz que salía de una casa situada sobre el recinto. Me puse a decir en voz bastante alta: «¿Hay alguien en esta casa?». Se abrió la ventana, una voz de mujer preguntó quién había hablado.

—En nombre de la humanidad, señora —le dije—, socorred a un infortunado que no es culpable.

—¿Quién sois? —me dijo.

—Un prisionero que se escapa.

—Y ¿qué puedo hacer por vos?

—Proporcionarme los medios para huir.

—Pero ¿no tendré que arrepentirme de haberos ayudado?

—¡Ah!, no temáis nada, a los quince años y medio se han podido cometer faltas, pero raramente se cometen crímenes.

—Aguardad un instante —y la luz desapareció.

Transcurrieron unos diez minutos que me parecieron diez siglos; mi impaciencia crecía, además, porque a lo lejos oía hablar a gente que los ladridos del perro habían atraído; por fin, en el momento en que empezaba a perder la cabeza, un «chist» sale de la compasiva casa y algo cae a mi lado; era una cuerda de pozo, me aferro a ella y, en un momento, me veo en el patio y fuera de las garras de los lazaristas.

Capítulo VI

La persona que me había socorrido era una preciosa mujer de la que después supe que era bailarina de la Ópera; por orden suya, su criado me había arrojado la cuerda que me había servido para llegar hasta ella. Me hizo pasar a un comedor y pareció quedar satisfecha, al ver mi linda cara, de la ayuda que me había prestado. Sin embargo, mi

apariencia no tenía nada de atractivo: pantalón de buriel, y camisa de tela amarilla, sin chaqueta ni zapatos.

La forma en que me expresé para manifestarle mi agradecimiento pareció agradarle, pues le demostraba que yo no era un patán. Mandó traer agua caliente para lavarme los pies, me dio unas zapatillas, ropa interior fina y una bata; luego me hizo pasar al dormitorio donde había un gran fuego, que me agradó mucho. Como, debido a mi ficticia enfermedad, no había comido nada desde por la mañana, hice un infinito honor a una deliciosa sopa que nos fue servida por orden de Mlle. S... Tras levantar la mesa, ordenó a su criado que me preparara una cama en la habitación contigua. Él se fue para cumplirlo y nos dejó frente a frente.

En cuanto estuvimos solos, Mlle. S... hizo recaer la conversación en los motivos de mi arresto. Le conté la historia de mi vida, cosa que le hizo reír mucho, sobre todo la aventura de la baronesa. Mientras, mi bella anfitriona me miraba con unos ojos que parecían abarcar algo más que la atención de mi relato; cierto amoroso interés reinaba en ellos, y me arriesgué a cogerle la mano, que apreté tiernamente en las mías y llevé a mis labios; Mlle. S... hizo un movimiento para retirarla, yo lo hice para retenerla, y me la dejaron.

¿Qué puedo decir? De uno en otro me apoderé sucesivamente de la boca, de los senos, de la pierna, del muslo y del culo; la recliné sobre su butaca y, colocando sus piernas debajo de mis brazos, la ensarté con todo el ardor de mis recursos de quince años y medio.

¡Oh!, vosotros que habéis follado, vosotros no conocéis el placer si no habéis gozado de Mlle. S...

Era en la cama sobre todo donde Mlle. S... no tenía precio; temperamento fogoso, caricias seductoras, atractivos, una lozanía realmente sorprendente para una bailarina de la Ópera. En esa noche bienaventurada agotamos todo lo que tiene de más voluptuoso y más variado el código libertino.

Sin embargo, mi fuga había hecho ruido, se habían descubierto los medios que había empleado para evadirme y, como no se suponía que, dadas mis notables ropas, hubiera podido ir muy lejos, se ordenó una inspección de las casas que bordean el recinto de los lazaristas; después de haber inspeccionado varias, la jauría de lazaristas llegó a la de Mlle. S... y ordenó abrir la puerta en nombre del rey. ¿Qué hacer? ¿Qué inventar? Era como para perder la cabeza. Mlle. S..., que no la perdía nunca salvo en brazos de su amante, no halló otro medio que meterme de cabeza en la cama y acostarse exactamente sobre mí; mis pies estaban sobre el cabezal, de modo que mi cabeza quedaba precisamente entre sus piernas.

A pesar de que el criado les hubo dicho que su ama estaba enferma, los cancerberos entraron en la habitación de Mlle. S... y se pusieron a fisgonear por todas partes. Mientras, como la posición que el azar me había dado era demasiado apetitosa para no intentar sacarle partido, a pesar del peligro mi lengua trató de introducirse en el reducto

amoroso que acabábamos de festejar con tanto placer. Mlle. S..., que no sabía rechazar un instante de goce, se prestó a pesar del peligro que nos amenazaba a mis deseos, de manera que en el momento en que los secuaces de Saint-Lazare, tras haber inspeccionado todo, le preguntaron si no sabía nada de un prisionero que se había escapado, lo que les respondió tenía tan poca ilusión, tan poco sentido común, que no dudaron de que estaba muy enferma, ni de que su desorden mental fuese una secuela de la fiebre; así pues, se retiraron llevándose la íntima convicción de que yo no estaba en aquella casa.

Llegó el día, y hubo que pensar en la huida; porque, a pesar del placer que habíamos saboreado, Mlle. S... y yo nos dábamos cuenta del peligro que suponía permanecer más tiempo cerca de los lazaristas, donde mil circunstancias imprevistas podían hacer que me descubrieran; por otra parte, ¿cómo recorrer la comarca sin ropa, y sobre todo sin dinero? ¡Ay!, si hubiera tenido los veinticinco luses del barón de Colincourt... Pero la generosa Mlle. S... se encargó de cubrir todas mis necesidades. Por orden suya, su criado salió y, media hora después, volvió trayendo a un ropavejero acompañado de su mozo cargado de trajes, sombreros, botas y, en general, de todo lo que podía formar el atuendo masculino. En pocos instantes quedé vestido de pies a cabeza de una manera tan sólida como agradable y cómoda. Una vez pagados y retirados los proveedores, deliberamos sobre la decisión que iba a tomar. Mlle. S... me preguntó si sabía algún oficio o si sentía en mí disposiciones para el teatro. Le dije que tenía una voz bastante bonita, ella quiso juzgarla y, acto seguido, le canté la siguiente canción:

MÚSICA: *He visto por donde he viajado*

Me preguntas, Justina mía,
dónde debe nuestra alma residir;
en la polla cuando me empalmo,
en el dedo si he de masturbarte.
Para cantar el objeto que me toca,
tengo en mi espíritu el alma;
pero pronto a tu boca pasa
cuando me chupas la polla (*bis*).

El sincero la tiene en sus promesas,
el usurero en su cálculo la tiene,
un latigazo en sus dos nalgas,
un puto en el culo la mantiene,
un borracho en su botella,
un cobarde en el talón,
un buen jodedor en la picha,
y en el coño la que es un putón (*bis*).

De divinas transmigraciones
desvelaré los resortes,

pues, jodiendo, los brahmines
las almas cambian de cuerpo.
Aunque cada una distinta,
a menudo las juntamos;
nuestras dos almas son una
en el instante en que nos corremos.

Mlle. S... se había quedado estupefacta al oír esta canción de granadero; luego saltó a mi cuello dándome mil besos a los que respondí de buena gana; y poco después juntamos nuestras almas a la manera de los brahmines.

Mlle. S..., tras haberse recobrado de su éxtasis amoroso, me hizo cumplidos sobre la belleza de mi voz, asegurándome que se convertiría en un recurso seguro. Me incitó a dirigir mis pasos hacia Lyon, escribió una carta al director del teatro de esa ciudad, y me la entregó declarándome que, con aquella recomendación, el director me admitiría sin dificultad en su compañía y me daría unos honorarios suficientes para sobrevivir.

Hubo que pensar, sin embargo, en la despedida; tras cien besos dados y devueltos, la dejé, crucé todo París y fui a salir por la barrera de los Gobelins, no sin dirigir mil lamentos a esa famosa ciudad, cuna de mis primeros días y de mis primeros placeres, donde dejaba a Mme. D....y, a Félicité, a la baronesa de Colincourt y, sobre todo, a la generosa Mlle. S... No tardó en disiparse esa ligera nube, y el placer de recorrer comarcas nuevas para mí consoló mi alma afligida.

Vestido de azul, chaleco de piqué de Marsella¹⁸, pantalón de terciopelo gris, botinas, sombrero redondo, todo ello cubierto por una inmensa levita de alpaca oscura adornada con terciopelo negro; diez luises en mi bolsillo, un relojito esmaltado de oro, un paquete bajo el brazo con varias camisas de tela de Holanda, pañuelos de la misma tela y corbatas de muselina.

Heme, pues, en pleno campo, con el cierzo en la cara, echando pestes contra el barón de Colincourt, que no quería que un muchacho honrado follase con su esposa y que, como secuela de su mal proceder, me obligaba a viajar con un tiempo tan crudo.

Me hacía estas pesarasas reflexiones cuando un carruaje de cuatro caballos que oía rodar a mi espalda desde hacía unos minutos me adelantó a gran velocidad; estaba envidiando en mi interior la suerte de esos a quienes su fortuna permite procurarse semejantes comodidades cuando la rueda rechina, se rompe, y ya tenemos al carruaje volcado. El postillón hacía mil esfuerzos para frenar a sus caballos y del carruaje salían unos gritos horribles. Corro como el relámpago, me lanzo a la cabeza de los caballos y, ayudado por el postillón, consigo hacer que se detengan; vuelo luego al carruaje: a través de los cristales rotos veo a dos mujeres con el culo desnudo al aire y la cabeza sepultada bajo los cojines del carruaje; intento pasar mis brazos al interior para ayudarlas y una esquirla de cristal que sobresale me corta la mano. Mi sangre corre, pero no me doy cuenta; consigo abrir la portezuela, y ya tenemos a las damas de pie. Su atuendo anunciaba a una señora y su doncella; la señora se había desmayado, pero no tardó en recuperarse al aire libre.

Aquella dama empezaba a darme las gracias por los servicios que le había prestado cuando vio mi mano ensangrentada; lanzó un grito; por más que traté de convencerla de que sólo era una desolladura, tuve que dejarle curar mi mano; la lavó con agua de Colonia y la envolvió en dos pañuelos empapados en ese licor.

Pero aquellas damas no podían estar así; había que remediar el accidente. El postillón desenganchó un caballo y fue a Villejuif en busca de ayuda. Tras un cuarto de hora de ausencia, durante el que la dueña del carruaje me dijo mil cosas razonables, volvió el postillón, no con una rueda, sino con una berlina que había ido a pedir a la posta; le acompañaban unos aldeanos. Los baúles y paquetes del carruaje roto fueron colocados en el que no lo estaba; a los aldeanos se les pagó generosamente y se les encargó llevar el carruaje inválido a Villejuif, donde la dama prometió recogerlo a su vuelta. Luego me invita a subir con ella, al menos hasta la primera posta. No me hago rogar; heme aquí a su lado, y partimos.

La señora de Senneville me preguntó hacia dónde dirigía mis pasos, le dije que iba a Lyon.

—¿Cómo? ¿A pie? —me dijo.

—Sí, señora. Soy filósofo y me gusta observar la naturaleza.

—Ni lo penséis, joven amigo, la naturaleza es muy agradable de observar en el mes de mayo, cuando la tierra está cubierta con sus dones; pero en el mes de diciembre es una locura falta de sentido común.

—¿Creéis, señora, que el invierno no tiene sus encantos igual que la primavera?

—Tenéis razón, se tiene el placer de soplar los dedos... Pero quizá vuestra bolsa está poco provista, podría arreglarse.

Esto fue dicho con un aire tímido. Por toda respuesta me llevé la mano al bolsillo y le enseñé mis diez luises de oro.

—Vamos —continuó ella—, sobre gustos no hay disputa. Espero sin embargo que, pese a vuestra inclinación por los viajes pedestres, tengáis a bien acompañarme hasta Fontainebleau.

Di las gracias a Mme. de Senneville y me felicité para mis adentros por poder pasar un día con ella.

La señora de Senneville tenía unos treinta y dos años, el pelo castaño, la piel extremadamente blanca, poco pecho pero bien puesto; esposa de un presidente de investigaciones¹⁹ que se había casado con ella cuando era una joven de dieciocho años. Aquel hombre, frío como un golilla, sólo había servido para desarrollar el fogoso temperamento de su mujer, que, pronto abandonada por él, se había entregado a todos los extravíos y había cometido todas las locuras sin por ello poner en evidencia a su marido. En una palabra, Mme. de Senneville estaba tan hastiada que sólo podían contentarla las cosas extraordinarias.

Sin embargo, aquella mujer tenía un corazón excelente, el mejor tono, mucha instrucción, una forma de expresarse encantadora; su cuerpo estaba dividido en dos

partes muy distintas: de la cintura para arriba, era el de una de las Musas; y de la cintura para abajo, el de la mesalina más desvergonzada.

Llegamos sin tropiezos a una posta a la hora de la comida. La señora de Senneville encargó una succulenta y delicada cena, a la que hice todos los honores. La bonita doncella estaba sentada con nosotros; yo había rogado a su ama que se lo permitiese. En efecto, Jeannette merecía que se tuvieran atenciones con ella.

Jeannette era una rubia preciosa, hecha como una ninfa y, sin embargo, con un pecho de un volumen sorprendente y de una firmeza más sorprendente todavía. Pero era su piel, sobre todo, lo que sorprendía por esa blancura rosada que constituye el encanto de las rubias; el brazo perfecto, el pie gracioso, la pierna bien torneada. La señora de Senneville era muy adorable, pero perdía mucho comparada con su doncella.

Después de comer subimos de nuevo al carruaje; fue entonces cuando Mme. de Senneville me dijo que iba a pasar unas semanas en una finca que tenía tres leguas más allá de Fontainebleau, y que, si mis asuntos me permitían pasar allí algunos días, haría cuanto estuviera en su mano para hacer agradable mi estancia.

Acepté llevado por la amabilidad del ama y por los encantos de la doncella, de los que me proponía de una manera u otra sacar algún provecho; llegamos a las cuatro de la tarde a un encantador castillo amueblado con elegancia. Como estaban advertidos de la llegada de la dueña, encontramos encendidas las chimeneas en todos los aposentos; pero lo que más me encantó fue un jardín de invierno, de una dimensión muy razonable. Estaba acristalado; reinaba en él un dulce calor gracias a varias estufas que calentaban la atmósfera y que, artísticamente hechas, servían de pedestales a unas estatuas de mármol que decoraban el jardín. Un delicioso aroma embalsamaba el aire que en él se respiraba. Había toda clase de flores, desde la modesta violeta hasta la brillante azucena; desde la sencilla margarita hasta la rosa bermeja; había arbustos olorosos, e incluso un bosquecillo de lilas que parecía ofrecer su sombra a los misterios del amor.

Sentí un escalofrío de placer recorriendo aquel delicioso jardín. La señora de Senneville se dio cuenta de mi emoción, sonrió e interiormente se prometió sacar buen partido de mis sensaciones. Volvimos luego al salón, donde pasamos la velada.

Cenamos; a los postres los criados fueron despedidos, y nosotros nos divertimos descorchando algunas botellas de champán. La señora de Senneville, que se daba cuenta de que yo miraba hacía mucho tiempo a Jeannette, hizo bromas divertidas sobre mi inclinación. Respondí con torpeza, sus carcajadas aumentaron: «Vuestros ojos no pueden apartarse del pecho de Jeannette, sabéis que lo tiene magnífico. Enséñaselo, hija mía». Jeannette y yo nos sonrojamos; ella de vergüenza, yo de deseo. Mientras seguía riéndose, Mme. de Senneville la desabrochó, desanudó los cordoncillos y terminó por quitar la pañoleta de la pobre Jeannette, que trató de esconder con sus dos pequeñas manos, aunque inútilmente, unas tetas soberbias. Juana de Arco no las tenía más firmes; Agnès Sorel no las tenía más blancas.

Imaginad unos pechos como los que a veces ofrece el Franco Condado, en forma de

pera pero puestos casi horizontalmente a ras de los hombros; cada pecho, de extraordinario volumen, se sostenía solo, sin artificio alguno y sin que su peso le hiciese siquiera inclinarse hacia tierra. Añádase el pezón más fresco y más delicioso, añádase la piel, de una blancura resplandeciente, y tendréis una idea del pecho de Jeannette.

Mientras, la visión me había excitado y estaba empalmado. ¡Sí!, estaba empalmado... y eso era lo que quería Mme. de Senneville. «¿Estás empalmado, amigo mío?», me dijo apoyando su boca en la mía e introduciéndome una lengua con la que la mía no tardó en entablar conocimiento. Por toda respuesta cogí su mano, y la apoyé sobre mi polla; me desabotonó los calzones y sacó al aire un miembro de una rigidez que le prometía más de un asalto. «Vamos», exclamó Mme. de Senneville, «a la faena». Las dos mujeres se dedicaron entonces a despojarse de su vestimenta, y me pidieron que hiciera lo mismo. Alimentan el fuego, para que la ausencia de nuestras ropas no permita que nos demos cuenta del rigor de la estación.

Ya estamos desnudos los tres. La señora de Senneville ganaba al ser vista así; y no estaba fuera de lugar comparada con Jeannette, que era de pies a cabeza un compendio de gracias.

Yo creía simplemente que iba a joder a las dos mujeres, una tras otra, o por lo menos a Mme. de Senneville; ¡qué equivocado estaba! La cojo en mis brazos y, tras un voluptuoso beso, meto mi mano entre sus muslos... ¡Oh!, sorpresa..., no es un coñito, ni siquiera un coño, es un abismo en el que creo que habría podido caber entero; y se me habría ablandado totalmente de no ser por la vista de los encantos de Jeannette, que reafirmaron mi coraje.

Pero la frase de Mme. de Senneville, «a la faena», tenía una significación que no me esperaba. Jeannette busca en un armarito cuya llave acaba de darle su ama; saca un consolador, cubierto de terciopelo, que, sin exagerar, tenía seis pulgadas de diámetro por diez de largo; tras atárselo alrededor de los riñones con un cinturón de marroquín, fue a tumbarse en una *chaise-longue* que había en el salón. La señora de Senneville se puso encima de Jeannette, y, con gran asombro de mi parte, se lo metió todo entero en el cuerpo. «Mirad lo que os queda», me dijo; yo sólo veía su culo... y eso era lo que pedía Mme. de Senneville; por ello, sin hacerme rogar me puse a encularla. Era la única forma en que Mme. de Senneville podía alcanzar el placer; y se entregó a ello de tal forma durante dos horas que los goces se multiplicaron. La señora de Senneville atendía a sus intereses permitiendo que Jeannette fuera de la partida; los encantos de aquella fogosa criada reafirmaban maravillosamente mis fuerzas.

También debo confesar una marrullería que me había permitido: había pagado mi tributo al trasero de Mme. de Senneville regándolo una sola vez con una leche ardiente; pero luego me había limitado a contenerme y había reservado para Jeannette unas fuerzas que prefería perder con la criada antes que con el ama. Por fin cesamos nuestros castos entretenimientos y cada cual volvió a ponerse su ropa; no sin que Mme. de

Senneville hubiera dado varios besos a la joya que acababa de trabajarla tan bien por la parte inversa.

La señora de Senneville pasó a un pequeño gabinete para hacer las abluciones necesarias. Aproveché ese momento para preguntar a Jeannette si no podía concederme una hora durante la noche.

—No me atrevo —me dijo—, la señora es celosa; quiere que me vean, pero no que me toquen, todo debe aprovecharlo ella.

—Pero, hermosa mía, ya debe estar saciada.

—¿Saciada?, no la conocéis.

—Pues que le hable quien quiera, yo estoy mudo para ella; pero siento, amiga mía, que aún tendría muchas cosas que decirte a ti.

—En fin...

—En fin, ¿qué?

—Acostaos y estad tranquilo, trataré de ir a veros.

—¿Lo prometes?

—Lo prometo.

—Tu palabra.

—¡Aquí tienes la prenda! —y apoyó su boca bermeja en la mía y me dio un beso que me llegó hasta el corazón.

La señora de Senneville volvió; tomamos algunos licores y, después de habernos prometido renovar con frecuencia la escena que acababa de ocurrir, llamó a un criado que me acompañó al cuarto que me estaba destinado, donde no tardé en encontrar, gracias a un profundo sueño, la reparación de mis fuerzas.

Fin del primer volumen

Tomo II

Capítulo VII

Hacía unas dos horas que estaba sepultado en un sueño letárgico cuando un leve ruido que oí me despertó. Tanteo en la cama, mi mano atrapa una camisa de mujer; subo un poco más arriba y encuentro aquel delicioso pecho que tanto me había hecho empalmarme dos horas antes. ¡Era Jeannette! La atraigo suavemente hacia mí y no tarda en estar a mi lado la lozana criada. ¡Y que no pueda describir los ardientes transportes, las inagotables fuerzas que aquellos encantos perfectos me inspiraron!... ¡Oh, sí, totalmente perfectos! Aquel pecho de alabastro parecía más firme todavía a cada instante; el pezón que lo coronaba cruzaba bajo mis amorosos labios; unos miembros

voluptuosos, que la madre de las Gracias no habría desaprobado, un vientre pulido como el marfil, unos muslos, una pierna...

Pero lo que estaba por encima de cualquier elogio era la gruta de los placeres. Un pelo suave como la seda adornaba su entrada, una fragancia dulce y balsámica emanaba de todo el cuerpo de la adorable Jeannette.

Queriendo compensar su complacencia y las muestras de amistad que me daba rindiéndose a mis deseos, me sentí en el deber de darle pruebas de mi agradecimiento... Era el día de las sorpresas: aquella Jeannette, que era la doncella de Mme. de Senneville, a la que esta mesalina obligaba a prestarse a sus caprichos amorosos, Jeannette, en fin, era virgen... ¡Cuán querida se me hizo al saberlo, cuánto valor dio a los inestimables favores que consentía en prodigarme!

Los suspiros profundos de la joven virgen anuncian tanto sus deseos como sus temores; el aire ya resuena con las quejas de la víctima, que en vano trato de ahogar con mis ardientes besos. No tarda en volar el grito del pudor, el relámpago de la voluptuosidad brilla ante nuestros ojos, y ambos expiramos uno en brazos del otro.

¡Ah!, cómo manifesté mi amor a la hermosa y lozana Jeannette; con cuántas caricias la inundé, con cuántos besos saturé sus encantos; nunca, no, nunca sentí tantas delicias; mis fuerzas, exasperadas por la perfección de unos atractivos que ella entregaba a mis libertinas manos, hicieron de mí un Hércules, y desde ese semidiós de vigoroso recuerdo nunca virginidad fue con tanta acritud festejada.

Tal vez muchos de mis lectores no comprendan cómo es posible que Jeannette hubiera conservado su virginidad en una casa cuya dueña la sometía a sus libertinos caprichos; les debo la explicación de este singular problema.

Jeannette era hija de un granjero de una de las tierras de M. de Senneville, criada por un padre cuyas patriarcales virtudes hacían la felicidad de una familia numerosa y habían mantenido en ella las costumbres de la edad dorada. Jeannette había alcanzado sus dieciocho años sin que nada alterase esa inocencia preciosa. La señora de Senneville la vio en uno de sus viajes, se la pidió al padre. Éste, que no conocía las depravadas costumbres de la mujer de su señor, consintió en dársela, pese a la repugnancia que sentía en alejar a uno de sus hijos del seno paterno. Adoradora de todo lo que podía lisonjear sus extravagantes aficiones, Mme. de Senneville se había vuelto extraordinariamente celosa de Jeannette; durante el año que hacía que estaba a su servicio, la había vigilado estrechamente hasta el momento en que recogí aquella preciosa flor.

Pasé cinco meses en aquella deliciosa morada, que embelleció para nosotros una serie ininterrumpida de placeres. Mis días estaban dedicados al paseo, a la caza, a la pesca; mis veladas a los desenfrenados placeres de Mme. de Senneville; mis noches al goce del alma y de la felicidad en brazos de la celestial Jeannette.

Uno de los primeros días del mes de mayo, Jeannette y yo habíamos pasado una noche deliciosa; contábamos con que para nosotros se sucediera una larga serie de

noches semejante; bajamos a las nueve de la mañana, sorprendidos de que Mme. de Senneville, por lo general muy tempranera, aún no hubiese aparecido; dan las diez, dan las once, y no se levanta; impacientes, inquietos, llamamos, no hay respuesta; por último, ya sin saber qué pensar, los criados me ayudan a echar la puerta abajo. Las cortinas del lecho estaban echadas; las abrimos..., la infortunada Mme. de Senneville estaba muerta...

Desde hacía tiempo sufría violentos ataques de gota. Esa noche fatal la gota había subido hasta su estómago y la había ahogado.

Corramos un velo sobre este funesto cuadro, nuestras sinceras lágrimas la acompañaron a la tumba; nuestra pena sobrevivió a sus despojos mortales, y su recuerdo se grabó en nuestros corazones con imborrables trazos.

En el momento de esta desgracia, mandé un criado a M. de Senneville; llegó éste, y sin parecer sorprendido, sin abandonar su aire de frialdad, ordenó las disposiciones de la casa. En uno de los cajones del escritorio de Mme. de Senneville encontró una especie de testamento, que contenía sus últimas voluntades.

Rogaba a su marido, en caso de que la muerte dispusiera de ella, que asegurase a Jeannette con qué vivir el resto de sus días sin verse obligada a servir a nadie. Le rogaba darme a mí un buen caballo, cincuenta luises, su retrato, que estaba enriquecido con brillantes, y dejarme ir a donde se me antojara; luego hacía algunas donaciones a sus criados.

El señor de Senneville no desmintió su carácter frío e impasible; sin informarse sobre cuál podía ser la clase de mis relaciones con su esposa, qué había podido motivar la larga estancia que había pasado yo en su casa, me dio los cincuenta luises, el retrato de su esposa, me alentó a elegir el mejor caballo de su cuadra y me dejó la libertad de vivir en el castillo o irme.

La muerte de Mme. de Senneville me había afectado demasiado profundamente para consentir en prolongar mi estancia allí; Jeannette, a quien aquella muerte había reducido como a mí a la desesperación, me rogó que la acompañase hasta la casa de su padre, que vivía a seis leguas de allí; y al día siguiente los dos nos alejamos llevando en nuestros corazones el recuerdo de la buena amiga que habíamos perdido.

A medio camino entre el castillo y la granja cruzamos un bosquecillo donde descansamos; hablamos de nuestra bienhechora, nos abrazamos, mezclando nuestras lágrimas; pronto aquellos besos provocaron el nacimiento de otros deseos. El césped florido sobre el que estábamos parecía invitarnos a hollarlo; nuestras bocas se encontraron, se extraviaron nuestras manos y la llama del amor brilló en nuestros ojos; pero la sombra de Mme. de Senneville, que sin duda planeaba sobre nuestras cabezas, no debió de ofenderse por nuestros deseos. En el momento supremo, un mismo sentimiento nos hizo exclamar: «¡Ay! ¡Y que no esté ella con nosotros! ¡Que no pueda seguir gozando de los placeres con que la embriagábamos tan a menudo!». Una prueba es que luego hablamos de ella con el mismo respeto y la misma veneración. No tardé en montar

de nuevo a caballo, y, llevando a Jeannette a la grupa, tras dos horas de marcha llegamos a casa de su padre.

El padre de Jeannette estaba hecho de la mejor pasta humana que pueda existir; me acogió con bondad paternal; me agradeció los cuidados y complacencias que yo había tenido con su hija. Jeannette se unió al autor de sus días para incitarme a pasar algún tiempo en la granja; la bondad del padre y los encantos de la hija era lazos que habría sido demasiado difícil romper; no cedí, y, tras dos días dedicados a su amistad durante los que festejé con el mayor vigor posible los encantos de Jeannette, partí con un buen caballo entre las piernas y cincuenta lises en el bolsillo.

Como aún tenía la carta de Mlle. S..., decidí sacarle provecho y tomé de nuevo la ruta de Lyon pensando que, si cada doce leguas, descansaba seis meses, llegaría a Lyon de viejo.

Estábamos en la más hermosa estación del año, la naturaleza era risueña, los árboles estaban cubiertos de hojas y flores, me rodeaba una atmósfera embalsamada. ¡Ay, cómo sentía la dulzura de mi existencia! Conservé el entusiasmo que me animaba hasta Charité-sur-Loire. Llegado a esta ciudad, caí enfermo. Como no me gusta insistir en las horas de dolor, me limitaré a decir que, bien por la revolución que me había causado la muerte de Mme. de Senneville, bien por cualquier otra causa, estuve enfermo los meses de junio y julio; que, gracias a la caterva médica gasté cuarenta y tres de mis cincuenta lises, que vendí mi caballo por quince y que, hacia mediados de agosto, proseguí mi viaje a pie con veintidós lises por toda fortuna.

Hacía un calor extremo, los campos estaban cubiertos de segadores: fue entonces cuando me sucedió una aventura embriagadora, una aventura cuyo recuerdo aún me hace estremecer de ebriedad y de dicha.

Era mediodía, iba a dejar el dique del Loira, que está entre la Charité y Nevers. Me acerqué despacio a esta última ciudad, admirando la deliciosa perspectiva que tenía ante los ojos, y que es, sin disputa, una de las más hermosas de Francia: divisé en el valle un grupo de árboles que parecía atravesar un riachuelo que veía serpentear a lo lejos y desembocar luego en el Loira.

Me entraron ganas de descansar allí una o dos horas y dejar que pasase el gran calor que hacía. Me encamino pues hacia el bosquecillo, llego; al entrar oigo el ruido que hacían la conversación y las carcajadas de varias muchachas. Curioso por saber cuál era el motivo de aquella conversación, avanzo en silencio, me escondo tras unos matorrales y veo en la orilla del riachuelo, que en ese lugar formaba una especie de estanque, a tres muchachas desnudas, como la palma de la mano, que se disponían a refrescar sus jóvenes atractivos en un baño que la estación volvía tan útil como agradable.

Aparté despacio el ramaje que me ocultaba la vista de las que hablaban: ¡qué delicioso cuadro! Nunca produjo el pincel de Albano²⁰ nada tan voluptuoso. Las tres muchachas podían tener entre diecisiete y diecinueve años; una era rubia y las otras dos morenas. Hablaban de sus encantos; su conversación me pareció lo bastante excitante para

merecer que la traslade a esta verídica obra. Durante la conversación supe que se llamaban Rose, Claire y Sophie.

CLAIRE: Por más que digas, querida Sophie, tus tetas son más perfectas que las mías.

SOPHIE: Te equivocas, Claire; mi pecho no puede compararse con el tuyo; el mío es algo más blanco, cierto, pero no tan firme; el pezón de tu seno es de un rosa mucho más brillante que el mío; además, tengo que confesároslo, mis queridas amigas, vosotras sois vírgenes, y yo ya no lo soy.

ROSE: Tampoco lo soy yo.

CLAIRE: Yo sí, pero os confieso que me gustaría no serlo.

SOPHIE: ¿Qué ha podido darte ese deseo?

CLAIRE: Ése es mi secreto.

ROSE: Anda, dínoslo, mi pequeña Claire.

SOPHIE: Sí, confidencia absoluta entre las tres; para empezar, voy a contarte la historia de la pérdida de mi virginidad.

»Las dos conocéis al señor cura, ¿verdad? Pues bien: fue él quien me la quitó el día de mi primera comunión. Mi madre me había vestido y adornado con mucho cuidado; me dirigí a la iglesia; fue entonces cuando me acordé de uno de los pecadillos de mi infancia, que se me había olvidado. Pasé a la sacristía y pedí que hicieran venir al cura; él mandó a decirme que fuera a su aposento por el jardín: fui allí. Se encerró en su cuarto conmigo. Le confesé el pecado que había vuelto a mi memoria; ese pecado era que, a los dieciséis años, estando un día sola en casa con mi hermano, que entonces tenía once, nos habíamos desnudado por completo para ver la diferencia que había entre nosotros. El señor cura se enfureció contra aquel pecado al que llamaba incesto; me dijo que no había remisión para mí más que bendiciendo todos los lugares que la vista de mi hermano había mancillado, y que, para hacer eso, era preciso que me quitase las ropas; lo hice con total inocencia. Como sabéis, hace cuatro años, aunque solo tenía catorce, casi estaba tan formada como ahora; mientras yo me quitaba la ropa, los ojos del cura se inflamaban al ver mi joven pecho, que entonces tenía yo duro como el mármol. Quise quedarme en camisa, pero hizo que me la quitase; me colocó sobre su cama con los muslos separados, y me dijo que iba a hacer la imposición de manos: las puso primero sobre mis tetas, fingiendo mascullar algunas oraciones; cosquilleó ligeramente los pezones: las rosas surgieron bajo sus dedos. Luego paseó sus bienaventuradas manos sobre mi vientre, sobre mis muslos; las detuvo en mi raja, que empezaba a vestirse de un lindo pelo rubio, y su ágil dedo empezó a meneármelo de una forma deliciosa. Poco acostumbrada a aquel tipo de caricias, no tarde en desmayarme, y por primera vez conocí la felicidad de correrme.

»Fui devuelta a la vida por los vivos dolores que sentí en el lugar mismo que acababa de hacerme sentir tantas delicias.

»El señor cura, aprovechando el momento en que estaba desvanecida, se había

desabotonado los calzones, había sacado un miembro de un tamaño muy razonable, me había colocado a su capricho y se entretenía en desvirgarme para devolverme a la vida. Cuando volví en mí ya tenía la mitad de su herramienta dentro del cuerpo, y, a pesar de mis gemidos, alojó todo el resto.

»Mientras, el tiempo pasaba; el señor cura, después de haber echado dos polvos, me creyó bastante purificada; me hizo vestirme de nuevo, me recomendó silencio, e hice mi primera comunión.

»Volví a ver al señor cura; me instruyó sobre lo que debía saber para no comprometernos. Yo le perdoné todo: él me la metió de nuevo; sentí un gran placer. Mi madre murió hace un año; el señor cura me tomó como su ama de llaves: me acuesto todos los días con él. Ésa es mi historia.

CLAIRE: ¿Y sigue haciendo siempre el mismo daño?

SOPHIE: Sólo sufrí las dos o tres primeras veces; pero luego, no puedo expresar el placer que he disfrutado.

CLAIRE: Y tú, Rose, ¿cómo perdiste la tuya?

ROSE: La pérdida de la mía es bastante singular; me la quitaron a la edad de diez años.

CLAIRE: ¡A los diez años!

ROSE: A los diez años; y fue de la siguiente manera: estaba yo un día en el campo, a la edad en que acabo de deciros, cuando pasó un joven a caballo; el caballo debió de ver algo que le inspiró desconfianza, porque se encabritó y el jinete cayó a tierra. Corrí hacia él, que ya estaba medio levantado; le pregunté si estaba herido, con tanto interés que me cogió en sus brazos y me dio más de cien besos en los ojos y en la boca. Inocente como yo era, le devolví sus caricias; él metió la mano por debajo de mi saya, me dio ligeras palmadas en las nalgas y me acarició el vientre y los muslos.

»Aquellas caricias debieron de hacerle mucho efecto, porque se quitó los calzones y me enseñó su cosa. A mí me pareció muy divertida, y me puse a jugar con ella. Queriendo sin duda que aquel juego tuviera un sesgo más serio, ató su caballo a un árbol, me cogió en brazos y me llevó a la entrada del cobertizo que hay en el campo de Robert. Llegados allí, nos sentamos en la hierba; volvió a desabrocharse los calzones, me hizo empuñar su herramienta, me metió la mano bajo las faldas y cosquilleó mi pequeña raja. Yo sentía placer y se lo dije; olvidando entonces toda contención, echó saliva en su aparato, lo puso en la entrada de mi raja, me colocó sobre el tronco de un árbol caído, y buscó el placer.

»Las piezas eran demasiado desproporcionadas para que la cosa pudiera tener éxito enseguida. Yo gritaba de una manera espantosa; sin preocuparse por mis gritos, que no podían ser oídos, él continuó con sus esfuerzos y, tras diez minutos de inútiles tentativas, la serpiente empezó a penetrar. Yo sufría de una manera tan cruel que me desmayé; no por eso dejó él su tarea.

»Es probable que, cuando su operación terminó, él mismo se asustase de la atrocidad

de su atentado; porque, cuando volví en mí, ya no lo encontré. Salí del cobertizo; aunque mi vista se extendía muy lejos no descubrí hacia dónde había dirigido sus pasos.

»Mas que volver me arrastré hasta casa; le conté todo a mis padres; me inspeccionaron y me encontraron en un estado lamentable; pero guardaron silencio, por prudencia. Estuve entonces mucho tiempo enferma, y sólo me recuperé gracias a los extremados cuidados que tuvieron conmigo.

»Desde entonces me horrorizan los hombres; me procuro el goce yo misma; pero empiezo a sentir su vacío, y creo que no falta mucho para que vuelva a entablar una relación con alguien que me guste.

CLAIRE: ¡Ah!, querida amiga, cuánto lamento lo que has sufrido... Lo que acabas de contar me quita una parte de las ganas que tenía por experimentar por mí misma lo que son los placeres del amor.

SOPHIE: No tienes que temer más que unos instantes de dolor, que serán bien compensados por unos placeres de los que ni siquiera puedo darte una idea.

ROSE: Pero, Claire, nos debes una confidencia; nuestra confianza en ti merece que respondas con la tuya.

CLAIRE: No sé cómo contaros lo que tengo ganas de deciros.

SOPHIE: Nadie nos escucha y tus secretos quedarán sepultados en nuestros corazones.

CLAIRE: En tal caso, prestadme toda vuestra atención; ayer, después de comer, como sentía unas tremendas ganas de dormir y no quería que me interrumpieran, trepé por el heno de nuestro granero, convencida de que allí no irían a buscarme. Empezaba a adormecerme cuando oigo abrir la puerta del granero: reconocí la voz de mi hermano y la de dos de sus amigos. Curiosa por saber qué iban a hacer allí, avancé de tal manera que podía verlos perfectamente sin ser vista.

»Mi hermano sacó de su bolsillo una canción, que cantaron y de la que no comprendí gran cosa; luego se desabotonaron los calzones, y se enseñaron el trozo de carne que les cuelga entre las piernas. Cada uno de ellos se puso a sacudir el suyo, y en pocos instantes se pusieron rígidos como palos. No sabía yo muy bien cómo iba a terminar aquella extraña ceremonia cuando, pocos instantes después, dieron la impresión de desfallecer, y de su aparato cayó un licor blanco y espeso.

»Mientras tanto, no sé lo que me pasaba, pero sentía un fuego interior que me recorría todo el cuerpo; me llevé la mano a la raja; cosquilleé su parte superior y pronto sentí un total desfallecimiento.

»Cuando volví en mí, estaba sola; los tres héroes de la fiesta se habían retirado; la escena que acababa de ocurrir me había quitado las ganas de dormir. Bajé, curiosa por saber qué era la materia líquida que había visto caer de su aparato. Habían tenido la precaución de pisarla, de modo que no pude descubrir qué era; pero, a cambio, encontré un papel; lo abrí; era la canción que habían cantado. Voy a enseñárosla, y ya me diréis si la entendéis mejor que yo.

Tras decir esto, Claire corrió a coger la canción de su bolsillo y se la entregó a Sophie,

que la cantó.

Música: *Es un niño* ²¹

Lucas un día en el prado
donde el rebaño pastaba,
decía a la joven Sylvie:
«¿Sabéis, mi hermosa niña,
lo que una pastora
prefiere en todo tiempo
a la inteligencia, al oro o al dinero?
Una polla así de gorda (*bis*).

A Hélène, vuestra amiga,
le gustan las mujeres; eso está muy mal;
pues, creedme, de una tribade,
antes o después el destino es fatal.
—¡Ah!, responde Sylvie,
lo siento por mi amiga;
pues yo por herramienta prefiero
Una polla así de gorda (*bis*).

Para no ser burlado, Lucas
se pone junto al pimpollo;
enseguida su falda levanta
y le mete la polla en el coño.
La bella se desvanece
y desde el fondo del alma,
dice mientras va corriéndose:
«¡Vivan las pollas bien gordas!» (*bis*).

Después de esta canción, las tres muchachas, a las que esta letra había excitado, empezaron a masturbarse. Mientras, sus relatos y el cuadro que tenía ante mi vista me habían puesto fuera de mí. Sin perder un instante me despojo de todas mis ropas y me quedo desnudo como nuestro primer padre; escondo las ropas en el matorral que me servía de refugio y acto seguido me abalanzo sobre las tres jóvenes bellezas como la ágil pantera se arroja sobre el tímido cervatillo.

Ellas lanzaron un grito de espanto y trataron de escapar, pero yo me había apoderado de la linda Claire. La estreché entre mis amorosos brazos, le robé mil y mil besos de su linda boca; devoré sus deliciosas tetas; iba a ser más emprendedor, pero ella se puso a gritar y me detuve. Sus compañeras, que se habían refugiado a diez pasos de nosotros, esperaban temblando el fin del suceso.

—Hermosas mías —les dije—, no temáis nada; soy un forastero al que el azar ha traído a este lugar; he oído toda vuestra conversación y me han entrado ganas de enseñar a la joven Claire qué son los placeres que se pueden disfrutar con un hombre.

»Y si, haciendo ruido, atraéis hasta aquí a indiscretos, estoy al corriente de vuestras

intimidades; las descubro y os convierto en el hazmerreír de toda vuestra aldea.

Ante esta amenaza, Sophie y Rose se acercaron; yo empecé de nuevo a acariciar a Claire, que ya casi no se atrevió a oponerme resistencia; la tumbé sobre la hierba y, tomando mis precauciones para hacerle el menor daño posible, empecé a metérsela.

Se le escaparon algunos gemidos; pero Sophie, que había pasado su mano por debajo de mi cuerpo, le puso el dedo sobre el clítoris y se entretuvo en meneárselo para hacerla callar.

El remedio fue tan rápido como infalible en cuanto Claire sintió el dedo de su amiga; lejos de seguir quejándose, se puso por el contrario a mover la rabadilla con inconcebible agilidad; pronto sentí que el momento de la dicha no estaba lejos para mí; por su parte, Claire empezaba a desfallecer: redoblé mis esfuerzos y, en pocos instantes, nos quedamos ambos inmóviles.

Durante este tiempo, la casi virgen Rose se meneaba el coño con todas sus fuerzas. «¡Ah!», me dijo cuando estuve algo repuesto, «¿no tenéis algo que decirme a mí también?». Y tras estas palabras, se precipita sobre la clavija que acababa de instrumentar tan bien Claire, y la cubre de besos; no tardó en recobrar toda la firmeza necesaria para un nuevo asalto. Me pongo, pues, junto a la linda y lozana Rose, y empiezo a trabajarla a base de bien.

En verdad, si Rose hubiera sido violada, como decía, a los diez años, bien se había cerrado la herida desde entonces, porque no aparecía: fue más difícil de vencer que la ex virgen Claire; sin embargo, lo conseguí gracias a Sophie, que prestó a Rose el mismo servicio que ésta había prestado a Claire; le hizo una paja, y el resultado fue el mismo. Rose no hizo más que secundarme; nos corrimos los dos y me retiré cubierto con los mirtos sangrantes que al amor le gusta cosechar en las tierras de su hermano.

No queriendo que se dijera que Sophie era la única en no ser follada, también tuvo su oportunidad. No diré nada de las locuras que hicimos antes de volver a vestirnos; por fin, hacia las dos y media, viendo que el juego al que habíamos jugado nos había dado apetito, cada cual se puso sus ropas, no sin que yo hubiera prodigado un millón de besos a todas las partes del cuerpo de mis castas compañeras.

Nos preguntamos adónde íbamos. Mis compañeras eran las tres de un pueblo bastante bueno a medio cuarto de legua del lugar en que nos encontrábamos, y que yo tenía que cruzar para seguir mi camino. Rose era la hija del posadero del lugar; prometí alojarme en su casa durante unos días a fin de dar una última mano a la educación de las preciosas niñas a las que acababa de ofrecer tan instructivas lecciones.

Me adelanté para no dar lugar a sospechas; no tardé en llegar a la posada de las Tres Doncellas, donde encargué una excelente cena, que bien me había ganado.

Poco después llegaron mis tres conquistas; la cereza de mediados de junio no tiene colores más brillantes que los que hermoseaban sus lindas caras; se quejaron del calor y quisieron refrescarse. La señora Coulis, madre de mi Rose, era una buena mujer en toda la extensión del término; compadeció a las muchachas, las riñó por haberse acalorado de

aquel modo; mientras tanto, yo les hacía, con la mayor sangre fría del mundo, unos cumplidos que ellas no podían oír sin reírse a carcajadas, como locas.

Papá Coulis, que estaba ausente durante el día, tenía en su casa un violín desafinado que rascaba despiadadamente todos los domingos por la tarde para gran castigo de las orejas que tenían la desgracia de oírle. Yo lo tocaba bastante bien; cojo el instrumento, lo afino y me ofrezco a las damiselas para hacerles bailar en cuanto la cena acabe; aceptan; cenamos como muertos de hambre; luego avisan a unos cuantos chicos, invitan a algunas chicas, y, en un abrir y cerrar de ojos, el baile empieza. La música del violín atrajo nuevos espectadores, y, una hora después de la primera contradanza, toda la juventud danzante del pueblo saltaba bajo los tilos de M. Coulis, comerciante de vinos que vivía a pie y a caballo.

Entre las bellezas aldeanas que se ofrecieron a mi vista, había caras encantadoras a las que, a solas, les habría hecho bailar otra danza, y a las que bien habría querido tener en el bosquecillo de las aventuras galantes.

Eran las siete de la tarde; se bailaba desde hacía cuatro horas cuando unos campesinos anunciaron al señor del lugar y a su esposa. Veo entrar a un hombre alto y seco, todo cubierto de encajes, dando la mano a una mujer muy bonita. La miro. ¡Oh!, sorpresa..., aquella mujer..., ¡era Félicité!..., la misma Félicité a la que yo había dejado en París en el hospital.

Al verla, el violín se me escapa de las manos, cae al suelo, y yo quedo petrificado como si me hubiera mirado la cabeza de Medusa²².

También me reconoció Félicité; pero, mejor comedianta y más dueña de sí, su cara no se alteró; se comportó con frialdad y calma, como si me viera por primera vez.

Entre tanto, el baile se había interrumpido: los sorprendidos aldeanos abrían los ojos de par en par y no podían concebir la causa de mi estupor. No tardé en darme cuenta de los inconvenientes que podía acarrear mi torpe éxtasis; recogí mi instrumento y me puse a tocar como antes, no sin lanzar sobre mi Félicité unas miradas que parecían preguntarle qué significaba tan extraña metamorfosis.

Félicité se mostró impasible: me miró, pero sin dar la impresión de conocerme. A las nueve, todo el mundo se despidió dándome las gracias por aquel baile improvisado.

En cuanto nos quedamos solos me informé del nombre del señor al que había oído llamar señor vizconde; me dijeron que era el vizconde de Basseroche, cuyo castillo estaba en el otro extremo del pueblo. Me informé luego de si hacía mucho que estaba casado. «Se ha casado este invierno», me dijeron, «en París, con una señorita de alto rango; y desde hace un mes viven en el castillo del que la señora vizcondesa había venido a tomar posesión...».

¡La vizcondesa!... ¿Me habría engañado? ¿Sería otra y no Félicité? Es ella, desde luego..., son sus mismos ojos negros, es esa bonita marca suya que hace resaltar la blancura de la piel de su cuello; es su pecho alto, firme, que sube y baja con la respiración, sobre el que tantas veces he expirado con tanta delicia. Pero ¿cómo se ha

convertido Félicité en alta y poderosa dama?... Esperemos que el tiempo nos descubra la clave del enigma.

El padre de Rose llegó a las nueve y media; se enteró con alegría del baile que había tenido lugar, y, sobre todo, de la cantidad de vino cuya venta había causado. Me senté a la mesa con aquellas honradas gentes, y, tras una buenísima cena durante la que Rose me causó algunas distracciones, fui a buscar, en una excelente cama, un descanso que verdaderamente necesitaba.

Esperaba dormir de un tirón toda la noche; pero Rose había decidido otra cosa: hacia las dos de la mañana entró en mi cuarto y sin ceremonias se metió en mi cama; casi la odié, porque un feliz sueño acababa de poner a Félicité en mis brazos; pero tan pronto como mi mano hubo recorrido aquel pecho elástico, aquellos brazos dulces y torneados, aquellos muslos de una firmeza tan poco frecuente, mi cólera se desvaneció para dejar paso a la gratitud.

Agotamos en esa feliz noche todas las posturas extravagantes o voluptuosas que indica el Aretino²³; nuestros labios, resecaos por la fiebre del placer, no encontraban sino más dulzura al unirse; nuestros cuerpos enlazados no podían separarse uno de otro, e, invadidos por una fatiga deliciosa, nos dormimos uno en brazos del otro.

Nos despertamos bien entrado el día. Rose se levantó despacio y regresó a su cuarto.

Tras la marcha de mi compañera de noche, volví a dormirme con nuevos bríos y no fui despertado sino a las diez por la voz del posadero, avisándome de que uno de los criados del señor vizconde de Basseroche solicitaba hablar conmigo para entregarme una nota de parte de su amo.

No tardo en levantarme, bajo, y un gran tunante de seis pies de alto, vestido con una brillante librea, me entrega la siguiente nota:

Perdón, señor, si ayer no os miré; pero mis ojos no podían detenerse en un ministril de aldea. Mi esposa, que entiende, pretende haber descubierto en vuestro rostro irrefutables señales de una elevada cuna. Si, como ella sospecha, sois un hombre como es debido, os ruego que aceptéis un asilo en mi castillo y creáis que me mostraré solícito para procuraros todas las diversiones que estén en mi mano. En caso de que no fueseis más que un plebeyo, os beso las manos²⁴ y os deseo buen viaje.

Vizconde de Basseroche,
barón des Vieux-Grès, marqués des Carrières,
señor de Chaux-Vive y otros lugares.

Me hizo reír la original carta del señor vizconde; comprendí enseguida que era una argucia de Félicité para tenerme a su lado; por eso, para apoyar la estratagema de mi dulce amiga, di a la galante nota la siguiente respuesta:

Me molesta, señor vizconde, que la sagacidad de vuestra esposa haya desgarrado el velo con que quería cubrirme; sin embargo, como no hay nada más deshonesto que ser tomado por plebeyo, acepto vuestros atentos ofrecimientos, y dentro de pocas horas iré a agradecerélos en persona.

Príncipe Poleski

Entregué esta nota al criado y deslicé en su mano un luis. Estupefacto, da dos o tres veces la vuelta al luis, me mira boquiabierto y se marcha haciéndome profundas reverencias, pero sin haber encontrado fuerzas para darme las gracias.

Heme aquí, pues, príncipe polaco. En la habitación de mamá Coulis, que está en el mismo plano que la cocina, veo una virgen de escayola adornada con un hermoso cinturón de muaré amarillo a rayas. Como en ese momento estoy solo, cojo el cinturón, subo a mi cuarto, me pongo en bandolera la cinta amarilla, por debajo del chaleco, y me visto.

Un cuarto de hora después, un carruaje de cuatro caballos se detiene en la puerta; cuatro criados vienen detrás; en la posada resuena el nombre del príncipe Poleski; me invitan a subir a la carroza, me siento en ella, y ya tenemos al hijo del burdel camino del castillo de Basseroche.

Capítulo VIII

El castillo del vizconde era realmente magnífico; él me esperaba en la escalinata con su esposa y rodeado por sus criados. No hablaré del aburrido y ridículo ceremonial de la recepción, baste saber que se me instaló en el aposento más hermoso del castillo. Al ver mi banda amarilla el vizconde se inclinó con respeto. Está convencido de que soy hijo de uno de los Grandes de Polonia.

Algo que me importaba infinitamente más era saber cómo Félicité se había convertido en dama de parroquia; y no tardé en saberlo. Tras una espléndida cena a la que fueron invitados todos los gentilhombres del vecindario me permitieron retirarme. El vizconde me acompañó en persona a mi aposento, me puso al tanto de todas las comodidades y me dejó deseándome una buena noche.

Me habría gustado conocer a las personas del castillo, habría tratado de deslizarme hasta Félicité; pero no debía cometer ninguna indiscreción, y una tontería podía, no sólo perderme, sino arrastrar a Félicité al precipicio.

Me parecía que Félicité estaba tan impaciente como yo, pues una linda doncellita, confidente sin duda de su ama, entró en mi cuarto y me invitó a seguirla; no me hice rogar, y a los pocos instantes me encontré en la habitación y en los brazos de mi Félicité.

«Por fin», me dijo, «por fin está aquí mi Querubín; puedo estrecharte contra mi corazón, y dime, amado mío, lo que te ha pasado desde que nos separamos». La doncellita se había retirado discretamente a uno de los gabinetes del aposento, donde estaba su cama. En lugar de responder a Félicité, la tomo en mis brazos, le quito una parte de sus vestidos, hago llover besos sobre todos sus encantos, nuestros corazones palpitan, nuestras bocas se juntan, nuestras lenguas se unen, un complaciente sofá nos recibe, no podemos seguir resistiendo a nuestros fogosos deseos, realizamos el acto, el placer brilla y quedamos desfallecidos uno en brazos del otro.

Cuando nos recuperamos, respondí a las primeras preguntas de Félicité contándole cuanto me había ocurrido desde que me había separado de ella. El relato le hizo morirse de risa; luego le pregunté cómo era que una encantadora pícara como ella se hubiera transformado en alta y poderosa dama; en una palabra, qué aventuras habían metamorfoseado a mi Félicité en la señora vizcondesa de Basseroche. Le rogué que diera satisfacción a mi curiosidad, y ella lo hizo en estos términos.

Historia de Félicité

Mi historia es breve, pero bastante original. Soy realmente de alta cuna. Pertenezco a la familia de L. R., en la que hay duques. Nacida de un gentilhomme de ese apellido, pero poco afortunada, me criaron hasta los doce años en una de las provincias remotas de Francia. En esa época empezaba a sentir necesidades cuya existencia había ignorado hasta ese momento. Era alta y ya estaba formada para mi edad, y a los doce años todo el mundo me echaba quince.

Un proceso que tenía mi padre, y de cuyo resultado dependía la mayor parte de sus bienes, nos obligó, a mi madre y a mí, a ir a París para solicitar de nuestros jueces.

Dada la penuria de dinero, nos vimos obligadas a ir en un coche público. Nos metimos, pues, en el carruaje, en el que, además de distintos viajeros de los que no hablaré, había un joven capuchino de unos veintidós o veintitrés años; el azar me colocó a su lado, y por el contento que vi brillar en sus ojos me pareció que le complacía. Por mi parte, aunque muy inocente, admiraba su piel blanca, sus vivos colores, su barba ligera y graciosamente rizada, y sobre todo una mirada expresiva que tan bien pintaba las sensaciones de su alma.

Mi madre, para rejuvenecerse, siempre me trataba delante de gente como a una niña, a pesar de unas tetitas que empezaban a ser ya muy aparentes; dijo a la compañía que sólo tenía diez años; se admiraron de mi precocidad; pero la mirada del joven capuchino me dijo a las claras que no creía nada de la mentira de mi madre.

Después de comer volvimos a subir al coche; era la estación en que las noches son más largas, de manera que a las cinco estábamos en tinieblas. Pronto sentí la mano de mi capuchino buscando la mía; se la entregué porque, hablando con franqueza, me había gustado. Aquella mano indiscreta no tardó en pasearse por mi pecho buscando la abertura de mis ropas; por desgracia... o por suerte, las había aflojado yo después de la comida, de manera que aquella libertina mano no tardó en penetrar hasta mis lindas tetitas; por ellas paseó largo rato con deleite. Uno de los dedos de mi capuchino trató de hacer eclosionar el ligero capullo que ningún cosquilleo amoroso había agitado todavía. ¿Cómo describirte la sensación que experimenté? Fue embriagadora.

Mientras tanto, el seráfico personaje se había apoderado de una de mis manos, que trataba de introducir por la abertura de su ropa; pronto la depositó sobre un grueso trozo

de carne totalmente rígida; porque el reverendo capuchino estaba empalmado como un carmelita.

No sé qué clase de encanto residía en el miembro del hijo de san Francisco; pero en cuanto mi mano empuñó aquel talismán, me fue imposible soltarlo y oponerme a las acciones del reverendo.

En el coche hablaban con bastante vehemencia, de manera que la atención de los viajeros, concentrada en una conversación sin duda interesante, nos dejaba total libertad.

La mano del capuchino, que hasta ese momento se había paseado por mi joven pecho, abandonó ese delicioso sitio; pero fue para apoderarse de otro mucho más agradable; sentí que trataba de introducirse por la raja de mi falda; opuse una débil resistencia que no tardó en vencer; me levantó la camisa, se deslizó por mis muslos y se apoderó de esa preciosa joya que ninguna mano había inspeccionado todavía y que, desde hacía unos meses, se había revestido con un ligero vello que guardaba un gran parecido con la barba del joven monje.

Pronto un ágil dedo se fijó sobre mi joven clítoris y me hizo saborear un placer desconocido para mí hasta ese momento; pero resultó tan vivo que, tras varios suspiros enérgicos, que costó mucho sofocar al capuchino tosiendo con voz estentórea, mi cabeza se apoyó en su hombro y allí permanecí sin conocimiento. Así fue cómo conocí la felicidad y me corrí por primera vez.

Mi mano, sin embargo, no había soltado la firme herramienta de su enclaustrada excelencia; había adquirido una rigidez extrema. No era extremadamente gorda, pero tenía esa honesta carnosidad que tanto convenía a una chica de mi edad. De vez en cuando, su reverencia ayudaba a mi mano a ir y venir para mantener el rito de su asunto: supuse que aquel movimiento le daba placer, y continué el impulso que me había sido dado. Pronto mi capuchino suspiró a su vez, se vio agitado por movimientos convulsos, y yo sentí mis dedos inundados por un cálido y viscoso licor que brotó de aquel miembro sagrado.

Repetimos dos veces el bonito ejercicio; en la segunda, el hermano Ángel, pues así se llamaba, el hermano Ángel, digo, quiso meter su dedo en mi pequeña raja; pero un grito de dolor que contuve le demostró que era virgen, y no siguió adelante en sus pesquisas.

Llegamos a la cena, mi madre quedó sorprendida por mi estado; yo tenía las mejillas púrpura, los ojos abatidos, la respiración entrecortada; una violenta jaqueca que pretexté me sirvió de excusa. Un viejo matasanos de aldea, de esos que se ocupan lo mismo de la salud de los animales que de la gente, me tomó el pulso; decidió que yo tenía una violenta fiebre, que debía meterme en la cama de inmediato, y que el reposo calmaría mi agitación; describió mi enfermedad con estas palabras latinas que recitó con énfasis: *Proxima pubertatis index.*

Me obligan, pues, a acostarme a pesar del devorador apetito que sentía. Mientras tanto, el hermano Ángel rezaba en un rincón su breviario con la tranquilidad de un bienaventurado; se adelantó en el momento en que yo iba a salir, me dirigió con aire

compungido algunas palabras de consuelo sobre mi mala salud y los votos que hacía al cielo por mi pronto restablecimiento. Mi madre, ayudada por la criada, me metió en la cama; pese al devorador apetito que sentía no tardé en quedar sepultada en el más profundo sueño.

Me despertó la criada, que me traía un caldo. Le imploré con tanta insistencia que me trajese algún alimento más sólido que fue a decirle a mi madre que me moría de hambre. El esculapio²⁵ de aldea subió, y, a pesar de su oposición, conseguí que me dejaran comer la mitad de un pichón que mi madre prometió enviarme enseguida.

El pichón fue devorado entero; luego un sueño reparador terminó devolviéndome las fuerzas; y, con gran asombro del médico de aldea y a pesar de sus predicciones, me levanté al día siguiente más lozana y más guapa que nunca.

Durante los cuatro días que duró el viaje, las amables manos del hermano Ángel me hicieron saborear los placeres de los que eran instrumentos y dispensadoras. Debíamos separarnos por la noche, él iba al convento de los capuchinos de Soissons, donde estaba su residencia. A las cinco de la tarde debíamos cruzar un camino transversal que el hermano Ángel había de tomar para dirigirse a su destino.

Teníamos que subir una montaña de media legua, y todo el mundo se había apeado del coche para aligerarlo; yo me había quedado sola dentro con el hermano Ángel: yo porque nuestros ejercicios manuales me habían puesto pálida y cambiada, y porque mi madre, temiendo que la fatiga me hiciese enfermar, había exigido que me quedase; y el reverendo, porque la víspera uno de los caballos de nuestro pesado viaje le había pisado en el pie, y, aunque no muy herido, el hermano Ángel estaba lo bastante para no caminar sino con dificultad.

—Voy a verme obligado a dejaros —me dijo en tono dolorido.

—¡Ay!, estoy tan apenada como vos.

—Amable Félicité, echaré mucho tiempo de menos los dulces momentos que he pasado a vuestro lado.

—Y yo los placeres que me habéis hecho conocer.

—¿Qué va a ser de mí? Pues ya no es hora de disimular, os adoro. El primer latido de mi corazón fue para vos, y para vos será el último; siento que, alejado de vos, una pronta muerte me liberará de la desdicha de no poder consagraros mi existencia.

A estas palabras, algunas lágrimas corrieron de sus ojos:

—No hay ninguna esperanza —continué yo.

—Ninguna.

—No hay modo alguno de que estemos juntos.

—Conozco uno; pero tiene tan pocas probabilidades de que consintáis en utilizarlo que es casi inútil proponérselo.

—¿Cuál es?

—¡Ah!, ¿por qué es preciso que juramentos criminales, arrancados a mi inexperiencia, me cuesten la felicidad?

–Veamos el medio que decís.

–De no ser por esos horribles juramentos, de no ser por esos juramentos que detesto, habría podido consagrarlos cada instante de mi vida.

–Pero, en fin, ¿cuál es vuestro medio para volver a estar juntos?

–Antes de decíroslo, permitidme una pregunta.

–Hablad.

–¿Estáis muy unida a vuestra madre?

–No de forma excesiva; mientras sólo fui una niña siempre me dio muestras de cariño; pero desde que he crecido, es severa conmigo hasta la dureza.

–¿Y vuestro padre?

–¿Mi padre? ¡Ah!... es un buen hombre, eso es todo.

–Y... ¡No me atrevo a decirlo!

–Explicaos, por favor.

–¿Consentiríais en dejarla para seguir al amante más tierno?

–¿Qué me proponéis?...

¿Qué puedo decirte? En fin, el hermano Ángel supo enloquecerme tan bien que me arrancó mi consentimiento, y le prometí no vivir desde entonces más que para él.

Me dio determinadas instrucciones; para evitar toda sospecha, él debía dejarnos donde había anunciado, que era el término de su viaje. Yo debía seguir a mi madre a París, y al día siguiente de mi llegada ir sola, por la mañana, a casa de una tal señora Grosset²⁶, vendedora de tejidos, en la calle Neuve-Saint-Eustache, junto al Petit Carreau²⁷. Esa señora Grosset debía proporcionarme los medios de reunirme con él.

No puedo expresarte su delirio cuando tomamos todas nuestras disposiciones: me prodigó las caricias más ardientes; fue en esa ocasión cuando conocí la dulzura de un beso en la boca y el placer que hace sentir la unión de dos lenguas amorosas.

Al amable hermano Ángel le habría gustado tomar mi virginidad en el acto; pero un vehículo público es un lugar demasiado incómodo para una operación de esa naturaleza.

Se contentó, pues, con hacerme sentir un tipo de goce nuevo para mí; me hizo adelantar el culo en el borde del asiento, me remangó la ropa, me hizo poner los pies en los asientos de las portezuelas, con las rodillas levantadas y los muslos lo más separados posible. Después de haberse recreado unos instantes los ojos con el espectáculo de mis nacientes encantos, se deslizó entre mis piernas, se arrodilló, y su lengua se introdujo en el santuario del amor.

No, es imposible describir el fuego que ese tipo de caricias incendió en todo mi ser. Yo meneaba la rabadilla con tanta agilidad que tenía que sujetarme con fuerza las caderas para impedirme escapar de las caricias de la deliciosa lengua, de la que mi tonsurado amante sabía hacer tan delicioso uso.

Acomodamos luego nuestras ropas y, cuando los viajeros subieron al coche, el hermano Ángel leía en un rincón y yo dormía en el otro. En resumen, el hermano Ángel nos dejó por la tarde, y al día siguiente llegamos a París.

Pasaré por alto las amables o apenadas reflexiones que hice durante todo ese tiempo sobre la próxima reunión con mi capuchino; veinte veces estuve a punto de renunciar; pero el recuerdo de sus embriagadoras caricias era un lazo que me ataba a él y que me resultaba imposible romper; además, sentía que aquellas caricias se habían vuelto, sin que me diera cuenta, una necesidad para mí, y el vacío que dejaba en mi corazón la marcha del hermano Ángel me hacía sentir lo mucho que necesitaba su presencia.

Tomé pues la decisión de cumplir mi promesa, y al día siguiente de mi llegada, mientras mi madre salía para hacer algunas visitas y reanudar relaciones con algunas de sus antiguas amigas, me dirigí a casa de Mme. Grosset. No te haré el retrato de esa mujer, el vicio personificado no es más feo que ella.

Tenía una tienda de reventa; dos o tres chicas bastante amables parecían ocuparse allí de modas; pero su verdadero oficio era dar placer al público a cambio de dinero.

Pregunté tímidamente a aquella mujer si no esperaba a una joven. «Sí», me dijo, «pasad, corazón»; y me hizo penetrar en una trastienda que adornaban dos o tres camas bastante sucias.

—El hermano Ángel me ha informado de todo —me dijo Mme. Grosset en cuanto nos sentamos—; vuestros hábitos están preparados, tenéis que probároslos. Hay una plaza reservada para vos en la diligencia de Soissons, partiréis esta tarde, a las cuatro, con una carta que os daré para el reverendo padre guardián del convento de los capuchinos de esa ciudad.

—Pero —le dije—, señora, ¿qué hábitos vais a darme? ¿Y a título de qué me enviáis a Soissons?

—Como monaguillo, corazón —me dijo la vieja alcahueta; y en ese mismo instante me mostró medias, calzones, una chaqueta morada, levita del mismo color y el resto del atuendo. En un paquete metió dos sotanas, una negra y otra morada, ropa interior, medias, zapatos... Todo me quedaba un poco largo y un poco ancho; pero era de suponer que yo crecería. La señora Grosset también quería cortarme el pelo como los abates; como tenía unos cabellos muy hermosos, me opuse; se vio obligada a elegir para mí una peluca de su tienda; la corta, me la pongo, y heme aquí monaguillo.

Comí con Mme. Grosset, y a las cuatro me embarqué en la diligencia. Sólo había cuatro viajeros: una vendedora de telas, mujer gorda de cuarenta y cinco años, bastante jovial; su hijo, un gran pánfilo de veintidós años, tan nuevo y tan fatuo como si hubiera nacido en una de las tiendas de la calle Saint-Denis; finalmente una alemana, cómica de profesión, llamada Mlle. Claranson, que, a pesar de su acento, iba a cantar con los Dugazon²⁸ en la buena ciudad de Soissons, cuyos habitantes son entendidos como no los hay y tienen un teatro como no se ve en ninguna parte.

Debíamos pasar la noche en la diligencia y llegar al día siguiente, a las once, a nuestro destino. La noche pasó de manera bastante tranquila, a excepción de los diferentes ataques que dirigió Mlle. Claranson contra mi pudor, bien cogiéndome la mano como por casualidad, bien poniendo la suya en mi muslo y paseándola lentamente por él, bien, en

fin, aprovechando un falso sueño para apoyar su cabeza en mi hombro y colocar una boca bastante fresca a dos dedos de la mía; pero resistí a todos sus arrumacos; y José, de casta memoria, no salió más puro de los brazos de Mme. Putifar²⁹ que yo de las trampas de la cómica alemana, que, en lugar de *voulez-vous bien*, decía con mucha galanura *foutez-vous-bien*³⁰.

Un pequeño accidente nos retrasó unas horas; nuestros postillones, que habían bebido más de lo que la ordenanza permitía, lanzaron la diligencia a una cuneta. Las dos mujeres, que se creyeron muertas, gritaron de un modo horroroso, y, mientras, fueron libres para enseñarnos sus culos; el gran pánfilo se rompió la nariz contra el hombro de su mamá; yo salí con una desolladura en la pierna. Los postillones, después de hartarse de soltar juramentos, fueron en busca de ayuda; se levantó el pesado vehículo, que volvió a ponerse en movimiento, y a las tres de la tarde hicimos nuestra triunfal entrada en la ciudad de Soissons.

Capítulo IX

El portero de los capuchinos me admitió sin dificultad; hice llevar mis efectos al convento y me instalaron en el recreativo empleo de servir a misa y ayudar a los reverendos padres a cantar bien que mal sus oficios.

Hasta la noche del día de mi llegada no pude ver al hermano Ángel; estaba revestido con el lucrativo empleo de limosnero; y como tenía el arte de conseguir abundantes limosnas, gozaba en el convento de muy buena reputación.

Nada más acostarme, el hermano Ángel, a quien esa tarde sólo había entrevisto, vino a llamar a la puerta de mi modesto cuarto; le abro, y he nos aquí uno en brazos del otro. La yedra no se une más estrechamente al olmo de lo que me uní al hombre por el que acababa de cometer la más insigne locura. Él hacía llover una granizada de besos sobre todos mis encantos; dándose cuenta de que dentro de poco no sería ya dueño de sus transportes, me invitó a seguirle a su celda, situada en un lugar mucho más aislado que la mía. En efecto, estaba al final de un largo pasillo, uno de cuyos lados estaba ocupado por un guardamuebles y el otro por la sala capitular.

Nada más llegar, el hermano Ángel me tomó en sus brazos y me llevó a la capuchina cama. En pocos instantes estuvo a mi lado, y sentí la piel dulce y fresca de mi amante unirse a la mía, mis manos temblorosas recorrieron todas las partes de su cuerpo. Las suyas se hicieron dueñas del mío; mis pequeñas tetas, mis brazos, mi vientre, mis muslos, todo fue devorado a caricias y a besos. Su lengua, aquella lengua deliciosa, se introdujo en mi gruta y volvió a encender en ella aquellos deseos ardientes que ya me había hecho probar en la diligencia.

No tardamos ambos en sentir la necesidad de unirnos más estrechamente todavía. El hermano Ángel, cuya rígida herramienta no había soltado mi mano, se acostó sobre mí y

se dispuso a metérmela; pero aunque la herramienta del hermano Ángel no fuera de un tamaño gigantesco, yo era tan joven que las partes eran realmente desproporcionadas.

Pero el hermano Ángel no quería llevarse un chasco, y el queridísimo hermano empujaba como un loco furioso; me costó los mayores esfuerzos refrenar los gritos. Mis dientes cortaron el lienzo doblado en cuatro que me había metido en la boca; y, por fin, un último y vigoroso empujón de mi amante remató la tarea y alojó su herramienta entera en mi cuerpo.

Si algo puede repugnar a una mujer de los placeres amorosos es, sin discusión, lo que sufre al perder la virginidad; pero ¡cómo la compensan los innumerables placeres que siguen a unos pocos instantes de dolor! Pasamos el resto de la noche en la misma tarea; yo sufrí mucho menos y por la mañana tuve incluso un relámpago de dicha. Los dos nos habíamos dormido; él se despertó antes que yo y, aprovechando mi profundo sueño, quiso procurarme un momento de goce; me meneó el coño lo bastante fuerte para producir el efecto que esperaba y lo bastante suave para no destruir mi sueño. En ese momento yo estaba bajo el dominio de un sueño feliz, soñaba que estaba en brazos del hermano Ángel, completamente desnudo; pero era todavía más digno de su nombre, pues de sus hombros salían unas brillantes alas. Aquel hermoso ángel me la metía y el placer fue tan vivo que me desperté al correrme.

Mi amante quiso darme una prueba más de su vigor; pero yo estaba tan cansada, tan dolorida que le rechacé de plano y volví a mi cama, donde me disponía a dormir un buen sueño cuando el alba y el primer toque de campana me obligaron a levantarme para empezar las augustas funciones de las que estaba revestida.

Dos meses transcurrieron en medio de una felicidad sin mezcla. En esa época, el guardián recibió una carta de París, tras cuya lectura reunió al capítulo. El hermano Ángel, desde su relación conmigo, tenía cuidado de examinar atentamente cuanto de extraordinario ocurría en el convento; supo enseguida la convocatoria del capítulo, al que él no estaba admitido porque sólo era lego. Se dirigió a su celda que, como he dicho, era contigua a la sala capitular. Hacía tiempo que la curiosidad le había llevado a practicar una abertura imperceptible para cualquiera que no fuera él; se puso a la escucha y oyó con espanto que se hablaba de mí, y que había sido descubierto el secreto de mi sexo.

Parece que Mme. Grosset, la revendedora de ropa de la calle Neuve-Saint-Eustache, no había sido discreta, y que, yéndose de la lengua, había contado nuestra historia a algunas de sus parroquianas, y que a aquellas bromistas de mal gusto les había parecido divertido escribir al padre guardián que el monaguillo conocido con el nombre de Alexis era una chica muy guapa, destinada a los placeres de la comunidad.

El hermano Ángel, tras haber oído la lectura, viendo que no se trataba de él, y que las sospechas de los reverendos tampoco le alcanzaban, se apresuró a buscarme para ponerme al corriente de nuestra desventura.

Yo estaba en la sacristía preparando los ornamentos de la iglesia para las fiestas de Pascua; me lo contó todo de manera precipitada, me entregó algunos luises y una carta

para una dama de Soissons, a la que verosíblemente podía confiar aventuras semejantes, y me incitó a marcharme inmediatamente. Yo sentía el peligro, no me lo hice repetir dos veces; en dos saltos estoy en la calle, y en cuatro, en casa de la dama protectora de los amantes descubiertos.

Tras haber leído la carta, me dijo que estuviera tranquila, que en su casa no me ocurriría nada; que, además, iba a trabajar en mi metamorfosis, según las órdenes que había recibido.

Salió y me dejó sola durante una media hora; volvió con un paquete de ropa de mujer de distintas tallas; me las probé y me quedé con una vestimenta de griseta muy bonita y que me sentaba perfectamente bien.

Como aquella mujer era una de las proveedoras del serrallo de Mme. D.....y, me propuso si quería ir allí. ¿Qué hacer? No podía vivir con mi capuchino, ya no podía volver a casa de mis padres, estaba sin recursos: acepté.

Así pues, fui enviada a Mme. D.....y, en cuya casa estuve hasta el momento en que la locura que pasó por mi cabeza hizo que nos pusieran en la calle, tras lo cual nos metieron a los dos en el hospital.

Ya sabes lo que allí nos pasó, ya sabes de qué manera saliste; pero lo que no sabes es la pena que me causó tu marcha; lo que desconoces son los acontecimientos que me sacaron de aquel lugar de dolores.

Doce días habían transcurrido desde tu marcha, y de mi alma se había apoderado la desesperación más profunda. Mi cabeza sólo pensaba en los medios que debía utilizar para abreviar unos días que eran odiosos para mí cuando un cardenal aliado de mi familia, y que llevaba el mismo apellido que mi padre, vino a inspeccionar la casa. No puedo decirte lo que sentí ante esa noticia, cuando oí que monseñor el cardenal de L. R. debía venir por la mañana.

Era tan desgraciada que no dudé en sincerarme con él. Cuando llegó, me arrojé a sus plantas para pedirle una entrevista en privado, en la que prometí revelarle cosas que le interesaban vivamente. Me la concedió; pasamos a la celda de la superiora: allí le conté todo, ocultándole únicamente el convento donde estaba mi seductor.

Imagina el asombro del buen prelado al encontrar a su prima convertida en una de las prostitutas condenadas a un justo arresto. Sin revelar no obstante lo que acababa de contarle, recomendó a la superiora que tuviera el mayor cuidado de mí hasta el momento en que enviara a recogerme al día siguiente con mi orden de salida.

Tras su marcha, la superiora me interrogó sobre la clase de mis relaciones con el cardenal de L. R. Me negué a satisfacer su curiosidad. Aquella orgullosa mujer habría querido castigarme por mi reserva; pero la especial protección que me había otorgado el cardenal y los cuidados que había recomendado que tuvieran conmigo le infundían respeto.

Al día siguiente llegó un carruaje, y con él una dama de unos cincuenta años, a la que

daba la mano un caballero de Saint-Louis; después supe que este hombre era el caballerizo mayor del cardenal, que gozaba de toda su confianza y era digno de ella.

El cardenal sólo se había confiado a él sobre el deplorable estado en que había encontrado a su pariente. El caballerizo había invitado a la dama con la que iba a ayudarle en una buena obra, sin decirle sin embargo quién era yo. Esta persona, una de las damas de caridad de Saint-Sulpice, había consentido en recogerme en su casa hasta que me hubieran vestido decentemente.

Para no aburrirte, te diré en pocas palabras que me metieron en el convento de Pantemont³¹ con el nombre de Mlle. de L. R.; que, tras una estancia de dos meses, durante los que el cardenal me había hecho frecuentes visitas, me presentó al vizconde de Basseroche como el esposo que me destinaba mi familia. Consentí en casarme con él para ser libre. El propio cardenal bendijo nuestra unión. Encontré en mi esposo, al que una fuerte dote y un gran apellido hacían muy respetuoso conmigo, un extravagante bastante ridículo, pero buen tipo, sin embargo, y del que hago casi todo lo que quiero. Aquí me tienes convertida en gran dama; pero mi corazón me dice que, si mi familia me da fortuna y lustre, sólo Querubín puede darme la felicidad.

Yo sólo podía darle las gracias a Félicité follándola, y por eso la follé con todas mis fuerzas. Mis facultades parecían centuplicarse para darle pruebas de mi ternura, y, nuevo Anteo³², recuperaba mis agotadas fuerzas con sólo tocar aquella tierra de delicias.

Durante el día siguiente y los que luego vinieron me fueron prodigados todos los placeres por el vizconde de Basseroche, que seguía creyéndome el príncipe Poleski. De vez en cuando iba en el carruaje del vizconde a visitar a papá Coulis; y Rose, pese a mi dignidad postiza, siempre me veía con renovado placer. Algunas veces iba ella al bosque con sus dos amigas. Yo también iba allí, y allí pasábamos momentos siempre demasiado breves; las noches estaban consagradas a Félicité, a la que el queridísimo vizconde no importunaba mucho en materia de deberes conyugales.

Un mes transcurrió de este modo, y tal vez aún estaría en el castillo de Basseroche de no ser por un acontecimiento que me obligó a dejarlo de manera algo precipitada.

Una tarde en que la cena se había prolongado hasta bastante entrada la noche, me retiré a mi cuarto aturdido por los vapores del vino de Champagne. Quise ir a reunirme con mi Félicité; el dormitorio del vizconde se hallaba un piso más abajo que el de su esposa, y el interior estaba distribuido de la misma manera. En mi borrachera, tomo una puerta por otra y me encuentro en el dormitorio de M. de Basseroche. Los vapores báquicos me impiden darme cuenta de mi error; me quito la escasa ropa que llevo encima y me meto en la cama del vizconde, a su lado. Le abrazo tiernamente; le llamo mi querida Félicité. Le doy las gracias por los inapreciables placeres con que me había embriagado desde mi estancia en el castillo. Suelto sobre todo amargos sarcasmos sobre el bondadoso marido que acogía con tanta amabilidad, bajo el apellido de un príncipe imaginario, al amante de su mujer.

Al oír esta declaración, el vizconde se libera de mis brazos, salta de la cama y se abalanza sobre sus pistolas; el terror que me causa la inesperada presencia de M. de Basseroche expulsa los vapores del vino que turbaban mi cabeza. Me doy cuenta de la amplitud de los peligros que corro; me lanzo hacia la ventana, que sólo está a seis pies del suelo. La abro, salto, y corro por el jardín a toda la velocidad que me permiten mis piernas. El vizconde dispara dos veces sobre mí y no me da; los perros ladran; la casa está en movimiento; hay que huir o perecer.

Llego al final del jardín; un enrejado me sirve de escala. Aunque en camisa y sin medias ni zapatos, trepo rápidamente; la delantera de mi camisa se engancha; son inútiles mis esfuerzos por soltarla; yo tiro, la tela se desgarrá; la delantera se queda en el enrejado; alcanzo lo alto del muro; detrás hay unos grandes árboles; me agarro a una rama, me dejo caer. La rama me lleva sin peligro hasta el suelo, y sin detenerme empiezo a huir corriendo a campo través.

Tras un cuarto de legua recorrido por tierras labrantías con la rapidez de un hombre que huye de la muerte, me detuve un instante para meditar sobre la decisión que debía tomar; los relojes de los pueblos circundantes daban las dos. Estaba desnudo, y la delantera de mi camisa arrancada hasta la mitad de mi vientre. Sin ropas, sin dinero, la perspectiva no era muy halagüeña.

Decidí proseguir mi camino, dispuesto a declarar en el primer lugar que entrase que había sido robado por los ladrones. No tardé en encontrar un camino transversal, y lo seguí; el día empezó a alborear a las tres y media, y a doscientos pasos vi la puerta de un convento; la campana llamaba a maitines: llamé. Una voz estentórea preguntó:

—¿Quién anda ahí?

—Abrid —dije—, por humanidad.

—¿Quién sois?

—¡Un desdichado al que han robado los ladrones!

La puerta se entreabrió, y un capuchino me hizo pasar.

Avisado, llegó el padre guardián. Oí que le llamaban reverendísimo padre Ángel. «¿No será éste», me pregunté a mí mismo, «el primer amante de mi Félicité?». Le pedí una entrevista en privado. Cuando estuvimos a solas, le dije:

—Mi reverendo padre, ¿no habéis conocido a una persona llamada Félicité de L. R.?...

El padre guardián se puso pálido al oír la pregunta.

—Tranquilizaos —le dije—, soy amigo suyo, y no dependerá de mí que no lo sea vuestro.

—¿Quién os ha dicho?...

—Ella misma. Acabo de dejarla hace unas horas, me ha contado vuestra historia.

—¿La dejáis con esa indumentaria?

—Esto es la consecuencia de un suceso que voy a contaros.

Di cuenta al padre Ángel de los acontecimientos que habían hecho de Félicité la señora vizcondesa de Basseroche, y de la desdichada aventura que me había obligado a escapar del castillo. El prior estaba maravillado por todo aquello, recordaba la perfección de los

encantos que hacía tiempo había palpado, y la esperanza de sacarles todavía partido hacía brillar sus ojos de lujuria.

—No puedo daros las ropas que os faltan —me dijo—, porque nosotros no las utilizamos; no llevamos ni medias, ni zapatos, ni calzones, ni camisa; lo único que puedo hacer es prestaros una capa de capuchino y unas sandalias. Aquí tenéis un luis, es el único dinero de que puedo disponer. En el primer pueblo podréis comprar ropas. Yo me encargo de hacer que os devuelvan cuanto os pertenece por el señor vizconde de Basseroche, a cuya casa iré esta misma mañana; haré llegar vuestros efectos a nuestros hermanos de Moulins. En cuanto lleguéis a esa ciudad, id al convento de los capuchinos, allí recogeréis vuestras cosas y les devolveréis la capa que consiento en confiaros. ¿Os conviene este acuerdo?

Agradecí vivamente al padre Ángel sus bondades conmigo y, después de un almuerzo mejor de lo que es de ordinario la capuchina pitanza, me despedí vestido con la bienaventurada capa, unas seráficas sandalias y un luis en la mano.

Acababan de dar las cinco, a lo lejos veía un pueblo; yo seguía la tapia de un jardín que, verosíblemente, era el de la casa señorial. Seguía esa tapia desde hacía unos diez minutos cuando llegué a un ángulo formado por un elegante pabellón; dispuesto a seguir mi camino, una voz fresca y melodiosa que oigo me hace volver la esquina de la tapia para ver de dónde salía aquella voz.

Veo en una de las ventanas del pabellón a una mujer de unos veinticuatro años, lozana como la rosa y con un desorden en las ropas propio de una persona que sale de la cama; su camisa no abotonada dejaba ver su hombro, la mayor parte del brazo y un par de tetas como hay pocas.

Aquella joven, sorprendida al verme con las piernas desnudas y con capa de capuchino, dio un gritito de espanto.

—Tranquilizaos, señora —le dije—, no soy ningún malvado. Mis enemigos me han reducido a esta situación. Por suerte, un religioso caritativo me ha prestado la capa para cubrir mi desnudez.

—¡Cómo!, ¿estáis desnudo bajo esa capa?

—Ya lo veis, señora.

Abro entonces la capa. Mi herramienta, que a la vista de las tetas de la linda joven se había empalmado, fue lo primero que sorprendió sus miradas.

—¡Ay, pobre desdichado! Tomad, aquí tenéis una llave para abrir la puertecita verde, voy en vuestra ayuda.

Me tira la llave. Abro la puerta, y heme aquí dentro del jardín.

Capítulo X y último

No tardó la joven en estar a mi lado; me guió al pabellón del que salía; se mostraba tan

solícita para cumplir con los deberes de la hospitalidad que aún no había pensado en reparar el desorden de sus ropas.

Por mi parte, bien por distracción, bien por otro motivo, había dejado de mantener los bordes de mi capa cruzados sobre mi pecho; se habían separado, y la parte saliente, que había sorprendido al principio las miradas de mi compañera, adquiría a cada instante más consistencia y más firmeza. Con el rabillo del ojo cada uno de nosotros miraba lo que se ofrecía a sus miradas; suspiros ardientes cuyo nacimiento provocaba el deseo escapaban de nuestros pechos; nuestro paso era incierto. Aquel violento estado no podía durar; y no duró.

Una vez en el pabellón me invitó a meterme en su cama mientras se hacía todo lo posible por conseguirme ropa. No me hice de rogar, y mi introductora vino a sentarse en un sillón a mi lado.

Me preguntó qué aventura me había obligado a pasear de noche con una indumentaria tan grotesca. Le conté cuanto acababa de ocurrirme en el castillo de Basseroche. Mi relato la hizo reír mucho.

Por su parte, me dijo que era la sobrina y heredera de un recaudador general de impuestos, extraordinariamente rico, que en ese momento se encontraba en París; que el recaudador vendría dentro de poco con un hombre de calidad, con el que se proponía casarla; que durante la ausencia de su tío solía acostarse en aquel pabellón porque la vista era infinitamente más agradable que la del castillo; por último, que se felicitaba de su traslado, porque le había servido para ser útil a un joven tan amable como yo parecía ser. Dijo estas palabras con voz temblorosa, sonrojándose y bajando los ojos. Yo le cogí la mano, que llevé a mis labios; ella la retiró; una encantadora sonrisa vino a embellecer su amable rostro.

Mi joven compañera se levantó, me rogó que tuviera paciencia, que volvería en cuanto le fuera posible. Tras decir estas palabras, salió dejándome encerrado con doble vuelta de llave.

Hice no sé cuantas reflexiones sobre la extravagancia de mi estrella, que sólo me colocaba sobre un pináculo para arrojarme de él enseguida; pero, como en todos los sucesos enojosos que habían ocurrido en mi vida, siempre había llegado un momento de felicidad tras el del infortunio, sentía que hacía mal en quejarme, hay tantos seres que valen mucho más que yo y que sólo han conocido la desdicha.

Laure, tal es el nombre de mi protectora, no tardó en volver; traía media botella de licor, galletas y ropas de su tío. Imagínese un traje marrón, adornado con un ancho galón de oro; calzones del mismo color, con las jarreteras también galoneadas de oro; la chaqueta de raso blanco, brocada en oro, lentejuelas y seda; medias de seda blancas, zapatos anchos y redondos; pequeñas hebillas de oro cuadradas; sombrero galoneado. Júzguese la pinta que debía de tener el pobre Querubín con sus dieciséis años y medio bajo semejante atuendo.

Así pues, me vestí mientras la loca de Laure reía como una extravagante ante mi

aspecto de financiero, al que sólo le faltaba la peluca a la *brigadière* ³³ y el bastón con puño de pico de ave. Tomé a Laure en mis brazos y, mientras le expresaba mi gratitud, apliqué un sabroso beso sobre su boca bermeja. Mi mano se atrevió a deslizarse bajo una pañoleta anudada con bastante descuido. Laure me rechazó, pero con cierta blandura que me anunció que no sería mucho tiempo rebelde a mis caricias.

Iba a aventurar alguna cosa decisiva cuando vino a llamar al pabellón un criado, y anunció a Laure que el carruaje de su tío estaba entrando en la avenida; me enojó lo indecible aquel contratiempo, pero ¿qué hacer? Otra vez sería. Laure se dirigió al castillo para recibir al queridísimo tío y, verosímilmente, al ilustre pretendiente. Me quedé dueño del pabellón, donde ella había prometido visitarme en cuanto pudiera disponer de un instante; y de nuevo quedé encerrado.

Bastante inquieto por los medios que utilizaría para ocupar mi tiempo, me entretuve contemplando el jardín a través de los barrotes de una persiana que estaba cerrada; de pronto vi llegar a un pequeño ayudante de jardinero, de más o menos dieciséis años, que traía de la mano a una linda aldeanita de su misma edad. Fueron a sentarse en un banco de piedra al pie de la tapia, frente al pabellón. Una hornacina de follaje en la que estaba colocado impedía que el banco se viera desde el castillo.

—Geneviève —dijo el aldeano—, ven a mi lado.

—¿Qué quieres, Jacquot?

—Decirte muchas cosas, Geneviève.

—¿Y qué más?

—En el castillo todo el mundo está ocupado en recibir a M. Duremont; la señorita está allí con los demás; por lo tanto no hay nadie en ese pabellón; así que nadie nos interrumpirá.

—Bueno, ¿adónde quieres llegar con tus preámbulos?

—A enseñarte algo que te asombrará mucho.

—¿Qué es?

—Antes tienes que enseñarme lo que tienes debajo de tu pañoleta.

—No quiero.

—Entonces no verás lo que quería enseñarte.

—Pero ¿qué te importa lo que tengo debajo de la pañoleta?

—Tengo que verlo antes de enseñarte lo que quiero decir.

—Bueno, mira debajo de la pañoleta.

—¡Oh!, qué bonito..., y qué firme...

—No frotes así la punta, me haces cosquillas.

—¡Qué bonito!

—Bueno, y ahora tienes que mostrarme lo que querías enseñarme.

—Sí.

—¿Te desabrochas los calzones?

—Es necesario... Toma, mira.

–¡Oh!, qué cosa tan divertida.
 –¿Verdad que es divertido, Geneviève?
 –Y... ¿qué son esas cosas que cuelgan debajo?
 –Son los huevecillos.
 –Hay como unas bolitas que están encerradas dentro, y ruedan.
 –¿Sabes para qué sirve este aparato, Geneviève?
 –No, Jacquot.
 –Sirve para meterla en la rajita que tienes entre las piernas.
 –¡Bah!...
 –¿Quieres probar?
 –No, me haría demasiado daño.
 –¡No, que no!
 –Te digo que un día quise meterme la punta de mi dedo pequeño, y me hizo mucho daño.
 –Te digo que será bastante ancha.
 –Te digo que no. Mira y verás.
 –¡Oh!, qué pelo tan bonito! ¡Y qué negro!
 –Aparta el pelo, y verás que no es bastante ancha.
 –Tienes razón, es muy pequeña; sin embargo, tu prima Javotte hizo que se la metiese ayer en la suya, y esto entró solo.
 –¿Mi prima Javotte te ha hecho poner esa cosa en su raja?
 –Sí, en la raja.
 –Me extraña mucho, es más pequeña que yo, tengo un año más.
 –Como ves, si la he metido en la raja de tu prima Javotte, que es más joven que tú, bien puedo meterla en la tuya.
 –Escucha, Jacquot, quiero que pruebes, pero si me hace daño, te lo digo enseguida.

Júzguese mi estado durante este diálogo, y sobre todo la pantomima que lo acompañaba. El señor Jacquot se empeñaba en metérsela a la señorita Geneviève; en materia de placeres amorosos soy bastante egoísta: no quise que el aldeano gozase tranquilamente de su conquista, y en el momento en que ella empezaba a gritar, cogí una naranja y se la tiré con todas mis fuerzas. La naranja, lanzada en serio, golpeó con violencia la espalda del patán. No cierro la persiana con suficiente rapidez, Jacquot se vuelve, me ve, reconoce las ropas y echa a correr gritando: «¡El señor Duremont! Estamos perdidos». Geneviève echa a correr hacia el otro lado, y yo me quedo solo riéndome de su susto.

Pero no iba a tardar en arrepentirme de haber interrumpido los placeres de Jacquot. Corriendo, había ido a parar, tras el recodo de una alameda, en medio del grupo: chocó contra M. Duremont. Al verle, lanzó un grito de terror y a punto estuvo de caer patas arriba. Le preguntaron qué le pasaba; se hizo rogar largo rato, y al fin confesó que su terror venía de que acababa de ver a M. Duremont en el pabellón y que volvía a

encontrarlo en medio de la compañía. Le dijeron que estaba loco, pero afirmó con tal insistencia que en ese mismo momento M. Duremont estaba en el pabellón que el grupo, curioso por descubrir aquel misterio, se encaminó hacia aquel lado.

Laure siguió a todo el mundo, pálida y temblorosa, sin saber qué decidir. Al llegar al pabellón, M. Duremont le pidió la llave, ella dijo que no la tenía. «Algo pasa», dijo el tío mirando a su sobrina con aire severo, «algo que voy a tratar de aclarar; y mientras un criado va al castillo en busca de las herramientas necesarias para echar abajo la puerta, vamos a quedarnos aquí, para que quien esté encerrado dentro no pueda escaparse».

Yo estaba muy inquieto durante ese coloquio, sobre todo porque, además de cuatro o cinco personas, había un coronel de dragones, hombre enorme, de treinta y tres a treinta y cuatro años; y porque aquel oficial había echado mano a la espada para guardar la puerta del pabellón.

Yo no tenía armas. Buscaba por todas partes para ver si encontraba algo que me pudiera servir. En un pequeño guardarropa descubrí una vieja espada de duelo; y decidí arrostrar todo; abrí la ventana.

—¿Qué me queréis? —exclamé.

—¿Qué hacéis en mi casa? —me dijo Duremont.

—Estoy aquí a consecuencia de una aventura que sería demasiado larga de contar; por el momento ha de bastaros saber que la señorita es totalmente inocente de lo que podáis acusarla; que sólo ha escuchado la voz de la humanidad al introducirme en este pabellón. Si esta explicación no os contenta, soy gentilhomme; tengo una espada y ahora mismo bajo.

De dos saltos llegué al pie de la escalera y abrí la puerta. Laure, desmayada, estaba en brazos de un criado.

—A vos, señor conde, toca vengarnos de un embaucador —dijo Duremont dirigiéndose al coronel.

El conde mira hacia mí.

—¡Qué veo!... —exclama poniéndose pálido—. Esos rasgos...

—Os quedáis inmóvil —dice el fogoso Duremont—. Esta conducta es indigna del conde de B.....

—¿El conde de B.....? —exclamé a mi vez—. ¡Ah, mi corazón no me había engañado! ¡Sois mi padre!... —y me lancé a sus brazos.

—Vuestro padre —dice él con voz emocionada y retrocediendo un paso.

—Sí, vos sois mi padre, no arrojéis de vuestro seno al hijo de la infortunada Cécile...

—Cécile —dice con voz moribunda, y sus piernas se doblaron. Corrí hacia él y le sostuve en mis brazos.

Efectivamente, se trataba de mi padre, que venía a casarse con Laure. Tras la pendencia en que había matado a Saint-Firmin, había pasado a Suecia, donde ingresó en la milicia; había mantenido correspondencia con un amigo que le había hecho saber que

Cécile había expirado al dar a luz un niño muerto; que aquella nueva era la razón de que, a su vuelta, no hubiera hecho ninguna pesquisa para encontrarme.

Me preguntaron por qué aventura me encontraba en el castillo. Conté la historia de mi vida entera ocultando los acontecimientos que tenían necesidad de serlo. Se rieron mucho, sobre todo de mi viaje con capa de capuchino, y Laure quedó totalmente justificada.

Por fin, lectores, he encontrado a mi padre; Laure es mi madrastra; el hermano Ángel me ha escrito que, gracias a sus cuidados, Félicité está en perfectas relaciones con su esposo, quien está convencido de la falsedad de sus sospechas, y que él, capuchino indigno, es el amigo de la casa.

Mi padre me ha dado un tenientazgo en su regimiento. Aún no tengo diecisiete años y ya soy oficial de dragones; es un vivero de aventuras. Si me ocurren nuevas, y acogéis favorablemente las que pongo ante vuestros ojos, me apresuraré a comunicároslas. Y con esto, ruego a Dios que os tenga en su santa y digna guarda.

Fin

Nota de los editores

En este momento tenemos entre manos la continuación de las *Aventuras de Querubín*; son infinitamente más variadas, más originales y más picantes que las primeras. Si éstas tienen el éxito que esperamos, nos apresuraremos a entregar las otras a la impresión.

Marqués de Sade

Émilie de Tourville

El apellido del marqués Donatien-Alphonse-François de Sade (1740-1814) sirve desde mediados del siglo XIX, en su derivado «sadismo», para definir determinados comportamientos en los que intervienen la crueldad y el crimen para alcanzar la voluptuosidad; ese empleo estrecho del término ha servido para relegar al olvido un hecho incontestable: el marqués de Sade es el novelista más importante del siglo XVIII, primero por el volumen ingente de páginas que dedicó a la ficción; en segundo lugar, por ser el único en su siglo que «descubrió», describió y organizó narrativamente caracteres y pasiones humanas que, preexistentes desde luego a él, él define, dando pie, con su frenética superabundancia descriptiva, a ciencias todavía por nacer cuando redacta sus novelas encerrado en las distintas fortalezas-prisión donde pasó la mayor parte de su existencia.

Es difícil comprender el personaje del marqués de Sade fuera, en primer lugar, de su familia; en segundo lugar, de su tiempo, el de los estertores de una aristocracia que, después de siglos de poder y tras la cumbre absolutista que supone Luis XIV, iba a terminar poniendo la cabeza bajo el filo de la guillotina. Había tenido la mejor educación: compañero de juegos y de primeros estudios de quien también era su amo, de Louis-Joseph de Bourbon, heredero de los Condé, ambos tuvieron por preceptor al conde de Charolais, príncipe también de sangre, famoso por sus actos de una ferocidad sanguinaria; luego, durante cuatro años, Donatien de Sade se educa en el colegio Louis-le-Grand, en un medio humanístico que, cuando menos, le infunde la pasión más permanente de toda su vida: la del teatro. Alternará hasta 1754 esos estudios con los veranos en el castillo de Longueville, donde una antigua amante de su padre reúne en el periodo veraniego una pequeña corte cultural en la que la lectura de las obras más notables o escandalosas del momento se convierte en uno de los aspectos de la educación galante.

Como cumplía a su apellido, a finales de 1755 se incorpora al ejército recibiendo su bautismo de fuego en la toma de Puerto Mahón (Menorca) en la noche del 27 al 28 de junio del año siguiente, a las órdenes del viejo mariscal de Richelieu; el joven Sade, al frente de cuatro compañías se encarga de tomar el reducto de la Reina bajo un fuego muy vivo. Su padre intenta mover los hilos que tiene en la corte para promocionar la

carrera del hijo; pero ya corren rumores sobre su licenciosa vida en el regimiento y sobre sórdidas aventuras parisinas cuando reside en la ciudad durante sus permisos. En marzo de 1763 Sade abandona el ejército; dos meses más tarde se encuentra casado con una joven de la pequeña nobleza, los Montreuil, pero que provienen de la burguesía adinerada; este dato es el que impulsa al padre a mover los hilos de una boda; antes de que concluya el año, sin embargo, Sade es encarcelado bajo la acusación de costumbres libertinas y crueldad; en 1768 esa misma acusación le lleva a huir a Italia; no por eso dejará de ser condenado por crímenes contra natura y envenenamiento, y quemado en efígie en Aix-en-Provence. Encarcelado a su vuelta en 1772, escapa, huye al castillo familiar de La Coste, en Provenza, donde nuevos escándalos lo llevan a la cárcel de Vincennes y de Aix, de donde escapa; en 1778 será detenido definitivamente gracias a las *lettres de cachet* que su familia política –la condena a muerte por determinados delitos implicaba la confiscación de las propiedades y bienes de los condenados, que iban a parar al tesoro real– obtiene del rey. Tras seis años en Vincennes (1778-1784) es transferido a la Bastilla, de donde no saldrá hasta 1790. Si a principios de la Revolución juega cierto papel político, en 1793 escapa por los pelos a la guillotina; nuevos períodos de cárcel y de libertad concluirán con un internamiento en el hospicio de Charenton, bajo la falsa calificación de loco. De sus setenta y cuatro años de vida, treinta los pasó en prisión.

Es sobre todo en Vincennes y en la Bastilla donde escribe una voluminosa obra teatral y narrativa en la que expone su materialismo integral, y donde las tramas y el análisis de los personajes abren la vía a la psicología sexual moderna. Al lado de cuadros frenéticamente orgiásticos y voluptuosos, Sade anota in extenso teorías ideológicas que pretenden ser la base de la realidad secreta del hombre. De estilo y lengua impecables, y considerado durante mucho tiempo como escritor simplemente pornográfico, desde los años cincuenta del siglo XX ha sido recuperado tanto por los filólogos como por los estudiosos de la psicología y la filosofía.

Émilie de Tourville, o la crueldad fraterna formaba parte, en principio, y según el «Catálogo razonado de las obras del autor en la época del 1 de octubre de 1788» de los *Cuentos y fabliaux del siglo XVIII por un trovador provenzal*. Los cuatro volúmenes que iban a formar el libro entremezclan historias «de manera que una aventura alegre o incluso pícara, aunque siempre contenida en las normas del pudor y la decencia, sigue de forma inmediata a una aventura seria y trágica. Todos los temas son nuevos. Sólo tres han sido sacados de novelas o de la historia». El tiempo modificará este proyecto; cuando sale de la Bastilla publica once de esas *nouvelles* bajo el título de *Los crímenes del amor*, libro que tiene la pretensión de insertar a su autor –que por primera vez inscribe en la portada de uno de sus libros su apellido– en la tradición literaria. Los demás cuentos, entre los que figura *Émilie de Tourville*, serán publicados en 1926 por Maurice Heine, que recoge el resto del proyecto inicial bajo el título de *Historiettes, contes et fabliaux*.

Émilie de Tourville, o La crueldad fraterna

(Émilie de Tourville,
ou la cruauté fraternelle, 1788, 1926)

Nada tan sagrado en una familia como el honor de sus miembros, pero si ese tesoro llega a empañarse, por precioso que pueda ser, quienes están interesados en defenderlo ¿deben hacerlo al precio de cargar ellos mismos con el humillante papel de perseguidor de las desdichadas criaturas que la ofenden? ¿No sería razonable compensar los horrores con que atormentan a su víctima con esa lesión a menudo quimérica que se quejan de haber recibido? ¿Quién es, en fin, más culpable a ojos de la razón, una muchacha débil y engañada, o un pariente cualquiera que, para erigirse en vengador de una familia, se convierte en verdugo de esa infortunada? El suceso que vamos a poner ante los ojos de nuestros lectores tal vez pueda decidir la cuestión.

El conde de Luxeuil, teniente general, hombre de unos cincuenta y seis o cincuenta y siete años, volvía en silla de posta de una de sus tierras de Picardía cuando, al pasar por el bosque de Compiègne, a eso de las seis de la tarde, hacia finales de noviembre, oyó gritos de mujer que le parecieron proceder del recodo de uno de los senderos próximos al camino real que cruzaba; se detiene y ordena a su ayuda de cámara que corría al lado de la silla ir a ver qué ocurre. Se le informa de que es una muchacha de dieciséis a diecisiete años, bañada en sangre, sin que sea posible, no obstante, apreciar dónde están sus heridas, y que suplica que la ayuden; se apea el conde al punto, vuela hacia la infortunada, también le cuesta, debido a la oscuridad, discernir de dónde puede venir la sangre que la mujer pierde, pero por las respuestas que le dan ve finalmente que es de la vena de los brazos, donde se tiene la costumbre de practicar las sangrías.

—Señorita —dijo el conde después de haber cuidado a la criatura en la medida de sus posibilidades—, no me encuentro aquí en situación de preguntaros las causas de vuestras desgracias, y vos apenas estáis en condiciones de explicármelas; os ruego que subáis a mi coche, y que ahora nuestras únicas preocupaciones sean, para vos, tranquilizaros, y, para mí, ayudaros.

Tras decir esto, M. de Luxeuil lleva, asistido por su ayuda de cámara, a la desdichada joven a la silla, y reanudan la marcha.

En cuanto aquella interesante persona se vio a salvo, quiso balbucir algunas palabras

de agradecimiento, pero el conde, suplicándole que no hablase, le dijo:

—Mañana, señorita, mañana espero que me digáis todo lo que os concierne, pero hoy, por la autoridad que sobre vos me dan mi edad y la satisfacción de haberos sido útil, os ruego encarecidamente que no penséis en otra cosa que en calmaros.

Llegan; para evitar el escándalo, el conde manda envolver a su protegida en un abrigo de hombre y hace que su ayuda de cámara la lleve a un cómodo aposento en el extremo de su palacete, donde va a verla nada más recibir los abrazos de su mujer y de su hijo, que estaban esperándole, una y otro, a cenar aquella noche.

Cuando fue a ver a su enferma, el conde llevaba con él a un cirujano; reconoce a la joven, la encuentra sumida en una postración indecible; la palidez de su tez casi parecía anunciar que apenas le quedaban unos instantes de vida, pese a no tener herida alguna; en cuanto a su debilidad, provenía, según dijo ella, de la enorme cantidad de sangre que perdía a diario desde hacía tres meses, y cuando iba a explicarle al conde la sobrenatural causa de aquella prodigiosa pérdida, se desmayó, y el cirujano declaró que había que dejarla tranquila y limitarse a administrarle reconstituyentes y cordiales.

Nuestra infortunada joven pasó una noche bastante buena, pero durante seis días no estuvo en condiciones de informar a su bienhechor de los sucesos que le concernían; por fin el séptimo día por la noche, cuando en casa del conde todos ignoraban aún que estaba escondida allí, y sin saber ella misma, por las precauciones tomadas, dónde se encontraba, suplicó al conde que la oyera y le concediese sobre todo su indulgencia, fueran cuales fuesen las faltas que iba a confesar. El señor de Luxeuil tomó asiento, aseguró a su protegida que nunca perdería el interés que le inspiraba, y nuestra bella aventurera comenzó así el relato de sus desgracias.

Historia de Mademoiselle de Tourville

Soy hija, señor, del presidente de Tourville, demasiado conocido y demasiado distinguido como para que no sepáis quién es. Hace dos años que salí del convento, y desde entonces nunca había dejado la casa de mi padre; tras perder a mi madre muy joven, sólo él se cuidaba personalmente de mi educación, y puedo decir que no descuidó nada para dotarme de todas las gracias y todos los encantos de mi sexo. Esas atenciones, esos proyectos que mi padre anunciaba de casarme de la manera más ventajosa posible, quizás incluso con un poco de predilección, todo eso no tardó en despertar la envidia de mis hermanos; uno de ellos, presidente desde hace tres años, acaba de cumplir veintiséis, y el otro, consejero más reciente, pronto tendrá veinticuatro.

De igual manera que no imaginaba que me odiaran tanto, tampoco hoy tengo la menor duda a ese respecto; como no había hecho nada para merecer tales sentimientos de su parte, vivía con la dulce ilusión de que ambos me devolvían lo que mi corazón sentía por ellos. ¡Oh, justo cielo, cómo me equivocaba! Salvo los momentos dedicados a mi

educación, disfrutaba en casa de mi padre de la mayor libertad; al ser la única responsable de mi conducta, no se me imponía nada a la fuerza, e incluso desde los dieciocho años tenía permiso para pasear por la mañana con mi doncella, bien por la terraza de las Tullerías, bien por la muralla junto a la que vivíamos, y de hacer, siempre con ella, de paseo o en un carruaje de mi padre, alguna visita a casas de amigos o parientes, con tal de que no fuese a horas en que una joven no debe quedarse a solas en medio de un círculo. De esa funesta libertad proviene toda la causa de mis desgracias, por eso os hablo de ella, señor, ¡ojalá no la hubiera tenido nunca!

Hace un año, cuando paseaba como acabo de deciros con mi doncella, que se llama Julie, por una oscura alameda de las Tullerías, en la que me creía más sola que en la terraza y donde me parecía que respiraba un aire más puro, seis atrevidos jóvenes nos abordan, y nos demuestran, por la indecencia de sus palabras, que nos toman a una y a otra por lo que se llama putas. Horriblemente violenta por semejante escena, y sin saber cómo escapar, iba a buscar mi salvación en la huida cuando un joven al que muy a menudo solía ver paseando solo poco más o menos a las mismas horas que yo, y cuyo aspecto no anunciaba más que honestidad, acertó a pasar en el momento en que yo me encontraba en aquella embarazosa situación.

—Señor —grité llamándole en mi ayuda—, no tengo el honor de que me conozcáis, pero nos encontramos aquí casi todas las mañanas; lo que habéis podido ver de mí debe de haberos convencido de no ser, y de ello me enorgullezco, una mujer que busque aventuras; os ruego encarecidamente que me deis vuestro brazo para acompañarme a mi casa y librarme de estos bandidos.

El señor de..., me permitiréis que calle su nombre por ser demasiadas las razones que me obligan a ello, acude al punto, aleja a los granujas que me rodean, los convence de su error con la cortesía y el respeto con que me aborda, me toma del brazo y me saca inmediatamente del jardín.

—Señorita —me dice poco antes de llegar a mi puerta—, creo prudente dejaros aquí; si os acompaño hasta vuestra casa, habrá que explicar el motivo; y quizá os acarree la prohibición de volver a pasear sola; ocultad, pues, lo que acaba de pasar y seguid yendo como hacéis a esa misma alameda, ya que os agrada y os lo permiten vuestros padres. Yo no dejaré de acudir ni un solo día, y siempre me encontraréis dispuesto a perder la vida si es preciso por enfrentarme a cualquier cosa que turbe vuestra tranquilidad.

Tan oportuna advertencia, tan galante ofrecimiento, todo me hizo fijarme en aquel joven con más interés del que había pensado sentir hasta entonces; al darme cuenta de que tenía dos o tres años más que yo y una figura encantadora, me sonrojé al darle las gracias, y los dardos encendidos de ese dios seductor que hoy es la causa de mi desgracia penetraron hasta mi corazón antes de que tuviera tiempo de impedirlo. Nos separamos, pero por la forma en que M. de... se despedía creí ver que yo había causado en él la misma impresión que él acababa de producir en mí. Entré en casa, me guardé mucho de decir nada y al día siguiente volví a la misma alameda, llevada por un sentimiento más

fuerte que yo, que me habría hecho arrostrar todos los peligros que hubieran podido encontrarse... ¿qué digo?, que quizá me hubiera hecho desearlos para tener el placer de ser librada de ellos por el mismo hombre... Tal vez, señor, os esté pintando mi alma con demasiada ingenuidad, mas me habéis prometido indulgencia, y cada nuevo detalle de mi historia os hará ver hasta qué punto la necesito; no es ésta la única imprudencia que me veréis cometer, no será la única vez en que tendré necesidad de vuestra compasión.

El señor de... apareció en la alameda seis minutos después que yo, y, abordándome nada más verme, me dijo:

—¿Puedo atreverme a preguntaros, señorita, si la aventura de ayer ha tenido alguna repercusión, o si os ha causado alguna molestia?

Le aseguré que no, le dije que había aprovechado sus consejos, que le daba por ellos las gracias y que me alegraba de que nada impidiese el placer que sentía yendo a respirar así el aire de la mañana.

—Si en ello encontráis algún aliciente, señorita —prosiguió M. de... con el tono más honesto—, quienes tienen la dicha de encontraros lo sienten sin duda más vivo, y si ayer me tomé la libertad de aconsejaros para no arriesgar nada que pudiera impedir vuestros paseos, realmente no me debéis ningún agradecimiento; me atrevo a aseguraros, señorita, que no lo hice tanto por vos como por mí.

Y mientras decía esto sus miradas se volvían hacia las mías con tal expresividad... Oh, señor, ¡y que a un hombre tan dulce tuviera que deberle un día mi infortunio! Respondí honestamente a sus palabras, nos pusimos a conversar, dimos juntos dos vueltas y M. de... no se despidió sin antes suplicarme que le revelase a quién había sido tan afortunado de haber prestado ayuda la víspera; no creí que debiera ocultárselo, me dijo incluso quién era él y nos separamos. Durante cerca de un mes, señor, no dejamos de vernos así casi todos los días, y ese mes, como fácilmente imagináis, no pasó sin que dejáramos de confesarnos el uno al otro los sentimientos que nos embargaban y sin que nos hubiésemos jurado sentirlos por siempre.

Por último, M. de... me suplicó que le permitiera verme en un lugar menos embarazoso que un jardín público.

—No me atrevo a presentarme en casa de vuestro padre, bella Émilie —me dijo—; como nunca he tenido el honor de conocerle, no tardaría en sospechar el motivo que me lleva a su casa, y ese paso, en lugar de favorecer nuestros proyectos, tal vez los perjudicaría, y mucho; mas, si realmente sois tan bondadosa, tan compasiva como para no querer dejarme morir de pena por no verme otorgado lo que me atrevo a pedir de vos, os indicaré los medios.

Al principio me negué a oírlos, pero no tardé en ser lo bastante débil para preguntarle por ellos. Los medios, señor, eran vernos tres veces por semana en casa de una tal Mme. Berceil, que tenía una tienda de modas en la calle des Arcis, de cuya prudencia y honestidad me respondía M. de... como de su propia madre.

—Puesto que os permiten visitar a vuestra señora tía, que vive, como me habéis dicho,

bastante cerca de allí, habrá que fingir que vais a casa de esa tía, hacerle de hecho breves visitas e ir a pasar el resto del tiempo que le habríais dedicado a casa de la mujer que os digo; si preguntan a vuestra tía, responderá que os recibe efectivamente el día que hayáis dicho que vais a verla, por lo tanto sólo se trata de calcular la duración de las visitas, y podéis estar segura de que, dada la confianza que tienen en vos, nunca se les ocurrirá hacerlo.

No os repetiré, señor, todas las objeciones que hice a M. de... para que desistiera de ese proyecto y se percatara de sus inconvenientes; ¿de qué serviría que os diera cuenta de mi resistencia si terminé sucumbiendo? Prometí a M. de... cuanto quiso, veinte luises que dio a Julie sin que yo me enterara hicieron de esta joven su cómplice perfecta, y no hice más que labrar mi perdición. Para hacerla más completa todavía, para embriagarme por más tiempo y más placenteramente con el dulce veneno que se derramaba sobre mi corazón, hice una falsa confidencia a mi tía, le dije que una joven dama amiga mía (a la que ya había advertido para que respondiese en consecuencia) quería tener conmigo la bondad de llevarme tres veces por semana a su palco del Français, que no me atrevía a decírselo a mi padre por miedo a que se opusiera, sino que continuaría diciendo que iba a su casa, y le suplicaba que así lo confirmara ella; después de insistir un poco, convinimos que Julie iría en mi lugar, y que, al volver del teatro, yo pasaría a recogerla para regresar juntas a casa. Le di mil besos a mi tía: ¡fatal ceguera de las pasiones! ¡Le daba las gracias por contribuir a mi perdición, por abrir la puerta a unos extravíos que iban a ponerme al borde de la tumba!

Por fin empezaron nuestras citas en casa de la Berceil; su casa era muy decente, y ella misma una mujer de unos cuarenta años en la que creí que se podía confiar por completo. Por desgracia me fié demasiado de ella y de mi amante... El muy pérfido, ya es hora de confesároslo, señor de..., a la sexta vez que le vi en aquella fatal casa adquirió tal dominio sobre mí, supo seducirme de tal modo que abusó de mi debilidad y me convertí en sus brazos en ídolo de su pasión y en víctima de la mía. Crueles placeres, ¡cuántas lágrimas me habéis costado ya, y con cuántos remordimientos seguiréis desgarrando mi alma hasta el último instante de mi vida!

Un año transcurrió en esa funesta ilusión, señor; yo acababa de cumplir diecisiete; mi padre me hablaba cada día de la conveniencia de un compromiso, y ya podéis imaginar cómo me hacían temblar estas proposiciones cuando una fatal aventura vino por fin a precipitarme en el abismo eterno en que estoy sumida. Triste designio de la Providencia, sin duda, que quiso que algo en lo que yo no tenía la menor culpa fuese a servir para castigar mis verdaderas faltas, para demostrar que nunca podemos escapar de ella, que sigue a todas partes al que se extravía, y que con el acontecimiento más insospechado provoca insensiblemente el otro que debe servir para su venganza.

El señor de... me había avisado un día que cierto asunto inaplazable le privaría del placer de pasar conmigo las tres horas enteras que solíamos estar juntos, que sin embargo acudiría unos minutos antes del término de nuestra cita, aunque sólo fuera para

no alterar en lo más mínimo nuestras costumbres; que fuese yo a pasar en casa de la Berceil el tiempo que solía estar en ella, que, de hecho, siempre me divertirían más una o dos horas con esa vendedora y sus hijas que estar completamente sola en casa de mi padre; me creía tan segura con aquella mujer que no puse reparo alguno a lo que mi amante me proponía; así pues prometí que iría, suplicándole que no se hiciera esperar demasiado. Me aseguró que procuraría quedar libre cuanto antes, y yo acudí a la casa; ¡oh, día horrendo para mí!

La Berceil me recibió en la entrada de la tienda, sin permitirme subir a su casa como solía hacer.

—Señorita —me dijo en cuanto me vio—, estoy encantada de que M. de... no pueda venir temprano esta tarde, tengo que confiaros algo que no me atrevo a decir, algo que exige salir las dos ahora mismo un instante, cosa que no habríamos podido hacer de estar él aquí.

—¿Y de qué se trata, señora? —dije yo algo asustada por este preámbulo.

—De nada, señorita, de una tontería —continuó la Berceil—; empezad por calmaros, es la cosa más simple del mundo; mi madre se ha enterado de vuestra intriga; es una vieja arpía escrupulosa como un confesor a la que debo tener contenta sólo por sus escudos; no quiere de ninguna manera que os siga recibiendo; no me atrevo a decírselo a M. de..., pero se me ha ocurrido lo siguiente: voy a llevaros ahora mismo a casa de una de mis compañeras, mujer de mi edad y tan de fiar como yo misma, y os la presentaré para que la conozcáis; si os gusta, le contaré a M. de... que yo os he llevado allí y que os parece bien que vuestras citas tengan lugar en su casa; si no os gusta, cosa que estoy muy lejos de temer, como sólo habremos estado un momento no le diréis nada de nuestra gestión; entonces yo me encargaré de decirle que no puedo seguir prestándole mi casa y que de mutuo acuerdo ya pensaríais en buscar algún otro medio para veros.

Lo que aquella mujer me decía era tan sencillo, el aire y el tono que empleaba tan naturales, mi confianza tan entera y mi candor tan absoluto, que no tuve la menor dificultad en concederle lo que pedía; sólo se me ocurrió manifestar mi pesar por la imposibilidad en que se encontraba, según decía, de continuar prestándonos sus servicios, se los agradecí de todo corazón, y salimos a la calle. La casa a la que me llevaba estaba en la misma calle, a sesenta u ochenta pasos de distancia a lo sumo de la de Berceil; nada vi en el exterior que me desagradara, una puerta cochera, hermosos ventanales a la calle, un aire de decencia y de pulcritud en todo; sin embargo, una voz secreta parecía gritar, en el fondo de mi corazón, que algún hecho singular me esperaba en aquella fatal casa; sentía una especie de repugnancia en cada escalón que subía, todo parecía decirme: ¿Adónde vas, desdichada? Aléjate de estos pérfidos lugares... Llegamos no obstante, entramos en una antesala bastante hermosa donde no encontramos a nadie, y de ahí a un salón que se cerró a nuestras espaldas, como si hubiera alguien escondido detrás de la puerta... Me estremecí, aquel salón estaba muy oscuro, apenas se veía para cruzarlo; no habíamos dado tres pasos cuando me sentí agarrada por dos mujeres,

entonces se abrió un gabinete y vi a un hombre de unos cincuenta años en medio de otras dos mujeres que gritaron a las que me habían sujetado: «Desnudadla, desnudadla y no la traigáis hasta que esté completamente desnuda». Recobrada de la confusión en que me hallaba desde que aquellas mujeres me habían puesto las manos encima, viendo que mi salvación dependía más de mis gritos que de mi espanto, grité con todas mis fuerzas. La Berceil hizo cuanto pudo para calmarme.

—Es cosa de un minuto, señorita —decía—, sed más complaciente, os lo ruego, y me habréis hecho ganar cincuenta luses.

—Infame arpía —exclamé—, no creáis que vais a traficar así con mi honor, me tiraré por la ventana si no me dejáis salir de aquí al instante.

—Iríais a parar a un patio nuestro, donde os volverían a coger enseguida, hija mía —dijo una de aquellas malvadas mientras me arrancaba las ropas—. Así que, creedme, lo mejor es que os dejéis hacer...

¡Oh señor!, ahorradme el resto de los horribles detalles. En un instante me desnudaron, acallaron mis gritos con bárbaros procedimientos y fui arrastrada hacia el indigno hombre que, burlándose de mis lágrimas y divirtiéndose con mi resistencia, sólo se preocupaba por tener a su merced a la infortunada víctima cuyo corazón desgarraba; dos mujeres no dejaron ni un momento de sujetarme y de entregarme a aquel monstruo, quien, dueño de hacer cuanto quería, sólo apagó el fuego de su culpable ardor con tocamientos e impuros besos, que me dejaron sin ultrajes...

Enseguida me ayudaron a vestirme y me volvieron a dejar en manos de la Berceil, anonadada, confundida, entregada a una especie de dolor sombrío y amargo que vertía mis lágrimas en el fondo de mi corazón; lancé una mirada furiosa sobre aquella mujer...

—Señorita —me dijo en medio de una horrible turbación, antes de abandonar la antesala de aquella funesta casa—, me doy perfecta cuenta de todo el horror que acabo de cometer, pero os ruego que me perdonéis... y que reflexionéis antes de entregaros a la idea de provocar un escándalo; si le contáis esto a M. de..., por más que digáis que os han arrastrado, es un tipo de falta que nunca os perdonará, y habréis roto para siempre con el hombre que más os importa conservar, pues no tenéis otro medio de reparar el honor que os arrebató que obligándole a casarse con vos. Y podéis estar segura de que nunca lo hará si le decís lo que acaba de ocurrir.

—¡Miserable!, ¿por qué me has precipitado en este abismo, por qué me has puesto en tal situación que tengo que engañar a mi amante, o perderle, y mi honor con él?

—Más despacio, señorita, no hablemos sino de lo que ha pasado, el tiempo apremia, ocupémonos de lo que hay que hacer. Si habláis, estáis perdida; si no decís una palabra, mi casa siempre estará abierta para vos, nunca seréis traicionada por nadie, y seguiréis con vuestro amante; pensad si la pequeña satisfacción de una venganza de la que en el fondo me burlaría, pues, conociendo vuestro secreto, siempre impediría a M. de... hacerme ningún daño, ved, os digo, si el pequeño placer de esa venganza os compensará de todos los males que os ha de acarrear...

Dándome perfecta cuenta entonces de con qué indigna mujer tenía que vérmelas, y convencida de la fuerza de sus razones por más horribles que fuesen, le dije:

—Salgamos, señora, salgamos, no me hagáis seguir más tiempo aquí; no diré una palabra, haced vos lo mismo; me serviré de vos, porque no podré romper sin desvelar infamias que me importa mucho callar, pero en el fondo de mi corazón tendré la satisfacción al menos de odiaros y despreciaros tanto como merecéis.

Volvimos a casa de la Berceil... Santo cielo, qué nueva agitación se apoderó de mí cuando nos dijeron que M. de... había ido, que le habían dicho que la señora había salido por asuntos urgentes y que la señorita aún no había llegado; al mismo tiempo, una de las muchachas de la casa me entregó una nota que él había escrito a toda prisa para mí. Sólo contenía estas palabras: «No os encuentro, imagino que no habéis podido venir a la hora acostumbrada, no podré veros está tarde, me es imposible esperar, hasta pasado mañana sin falta».

Aquella nota no me calmó en absoluto, la frialdad que contenía me parecía de mal augurio...; no esperarme, tan poca paciencia...; todo aquello me agitaba hasta un punto que me resulta imposible describiros; ¿no podía habernos visto salir, habernos seguido, y, si lo había hecho, no estaba yo perdida? La Berceil, tan inquieta como yo, preguntó a todo el mundo, le dijeron que M. de... había llegado tres minutos después de que hubiéramos salido, que había dado la impresión de estar muy inquieto, que se había retirado inmediatamente y que había vuelto quizá media hora más tarde para escribir aquella nota. Más preocupada todavía, mandé en busca de un coche..., pero ¿podéis creer, señor, hasta qué extremo de desvergüenza osó aquella indigna mujer llevar la depravación?

—Señorita —me dijo al ver que me iba—, no digáis nunca una palabra de todo esto, no ceso de aconsejároslo, pero si por desgracia llegáis a romper con M. de..., hacedme caso, aprovechad vuestra libertad para pasarlo bien, eso vale mucho más que un amante; sé que sois una señorita respetable, pero sois joven, y seguramente os dan muy poco dinero, y siendo tan bonita como sois os haré ganar cuanto queráis... Vamos, vamos, no sois la única, hay muchas muy encopetadas que se casan con condes o marqueses, como vos podréis hacer un día, y que, bien por sí mismas, bien por mediación de su gobernanta, han pasado por nuestras manos lo mismo que vos; tenemos personas apropiadas para esa clase de pequeñas muñecas como vos, ya lo habéis visto, se sirven de ellas como de una rosa, las huelen y no las marchitan; adiós, querida, y no nos enfademos, ya veis que aún puedo seros útil.

Lancé una mirada de espanto sobre aquella criatura y salí a toda prisa sin responderle; recogí a Julie en casa de mi tía, como solía hacer, y volví a casa.

No tenía ningún medio de decirle nada a M. de..., como nos veíamos tres veces a la semana no solíamos escribirnos, por lo que había que esperar hasta el momento de la cita... ¿Qué iba él a decirme..., qué le respondería yo? Si le ocultaba lo que había ocurrido, ¿no corría el mayor de los peligros en caso de que llegara a descubrirse?, ¿no

era mucho más prudente confesarle todo? Todas estas diferentes combinaciones me mantenían en un estado de indecible inquietud. Por fin me decidí a seguir el consejo de la Berceil, y, totalmente segura de que aquella mujer era la primera interesada en el secreto, me resolví a imitarla y a no decir nada... Ah, justo cielo, ¡de qué me servían todas estas elucubraciones si ya no debía volver a ver a mi amante y si el rayo que iba a estallar sobre mi cabeza centelleaba ya por todas partes!

Mi hermano mayor me preguntó, al día siguiente de todo aquello, por qué me tomaba la libertad de salir completamente sola tan gran número de veces a la semana y a tales horas.

—Voy a pasar la tarde a casa de mi tía —le dije.

—Eso es falso, Émilie, hace un mes que no habéis puesto allí los pies.

—Bueno, querido hermano —respondí temblando—, voy a confesároslo todo: una de mis amigas, a la que conocéis bien, Mme. de Saint-Clair, tiene la amabilidad de llevarme tres veces por semana a su palco del Français; no me he atrevido a decir nada por miedo a que mi padre lo desaprobase, pero mi tía lo sabe perfectamente.

—¿Vais entonces al teatro? —me dijo mi hermano—; habríais podido decírmelo, os habría acompañado, todo hubiera sido más sencillo... Pero sola, con una mujer a la que ningún parentesco os une y que es casi tan joven como vos...

—Vamos, vamos, amigo mío —dijo mi otro hermano, que se había acercado mientras hablábamos—, la señorita tiene sus placeres, no hay que estorbárselos... Busca marido probablemente, y con esa conducta tendrá una infinidad de partidos...

Y los dos me volvieron la espalda con sequedad. Esa conversación me asustó; sin embargo, me pareció que mi hermano mayor había quedado bastante convencido de la historia del palco, creí que había conseguido engañarle y que no seguiría adelante; por otra parte, a menos que uno y otro me hubieran dicho más, a menos que me hubieran encerrado, nada en el mundo habría sido suficientemente violento para impedirme acudir a la siguiente cita; era demasiado importante para mí tener una explicación con mi amante para que nada en el mundo pudiera impedirme ir a verle.

En cuanto a mi padre, seguía siendo el de siempre, y, como me idolatraba, no sospechaba ninguna de mis faltas ni me molestaba nunca sobre nada. ¡Qué crueldad tener que engañar a unos padres así, y cómo los remordimientos que nacen de ese engaño siembran espinas en los placeres que se compran a expensas de traiciones de esta clase! Funesto ejemplo, cruel pasión: ¡ojalá podáis librar de mis errores a quienes se encuentren en el mismo caso que yo, y ojalá las penas que me han costado mis criminales placeres las detengan al menos al borde del abismo, si alguna vez oyen mi deplorable historia!

Por fin llega el fatal día, salgo con Julie y me escabullo como de costumbre, la dejo en casa de mi tía y enseguida llego en mi carruaje a casa de la Berceil. Me apeo... El silencio y la oscuridad que reinan en aquella casa me alarman y asombran en el primer momento... No encuentro ninguna cara conocida, sólo aparece una vieja a la que nunca

había visto y a la que iba a ver demasiado para mi desgracia, que me dice que me quede en la sala donde estoy, que M. de..., y me lo nombra, vendrá a reunirse conmigo enseguida. Un frío universal se apodera de mis sentidos y me derrumbo en un sillón sin fuerzas para decir una sola palabra; nada más hacerlo, mis dos hermanos aparecen ante mí, pistola en mano.

—¡Miserable! —grita el mayor—, así es cómo nos engañas; si opones la menor resistencia, si das un solo grito, te matamos. Síguenos, vamos a enseñarte a traicionar al mismo tiempo a la familia que deshonoras y al amante al que te entregabas.

Tras estas últimas palabras me abandonó por entero el conocimiento, y cuando recobré mis sentidos me encontré en el fondo de una carroza que me pareció ir a gran velocidad, entre mis dos hermanos y la vieja de la que acabo de hablar, con las piernas atadas y las dos manos sujetas por un pañuelo; las lágrimas, contenidas hasta entonces por el exceso de dolor, se abrieron paso en abundancia y durante una hora permanecí en un estado que, por culpable que yo pudiera ser, habría conmovido a cualquier otro excepto a los dos verdugos de los que dependía. No me hablaron durante el trayecto, yo imité su silencio y me abismé en mi dolor; por fin, al día siguiente, a las once de la mañana, llegamos a un castillo situado entre Coucy y Noyon, en el fondo de un bosque, que pertenecía a mi hermano mayor; el carruaje entró en el patio, me ordenaron quedarme allí hasta que caballos y sirvientes fueran alejados; entonces mi hermano mayor vino a buscarme. «Seguidme», me dijo brutalmente tras haberme desatado. Obedezco temblando... ¡Dios, qué espanto al ver el lugar de horror que iba a servirme de encierro! Era una habitación baja, sombría, húmeda y oscura, con barrotes por todas partes y donde un poco de luz penetraba por una ventana que daba a un enorme foso lleno de agua.

—Aquí tenéis vuestra habitación, señorita —me dijeron mis hermanos—, una hija que deshonra a su familia sólo puede estar bien aquí... Vuestra comida será proporcionada al resto del tratamiento; esto es lo que se os dará —continuaron mostrándome un trozo de pan como el que se da a los animales—, y como no queremos haceros sufrir mucho tiempo, y como por otro lado pretendemos privaros de cualquier medio de salir de aquí, estas dos mujeres —dijeron señalándome a la vieja y a otra más o menos parecida que habíamos encontrado en el castillo—, estas dos mujeres están encargadas de sangraros los dos brazos tantas veces por semana como os reunáis con M. de... en casa de la Berceil; insensiblemente, eso esperamos al menos, este régimen os llevará a la tumba y nosotros sólo nos quedaremos realmente tranquilos cuando sepamos que la familia se ha librado de un monstruo como vos.

Tras estas palabras ordenan a las mujeres agarrarme, y delante de ellos, los muy malvados, perdonadme, señor, esta expresión, delante de ellos..., los muy crueles me hicieron sangrar de los dos brazos a la vez y sólo ordenaron detener aquel cruel tratamiento cuando me vieron desmayada... Vuelta en mí, los encontré aplaudiéndose por su barbarie, como si hubieran querido que todos los golpes cayeran sobre mí a la vez,

como si se hubieran complacido desgarrando mi corazón en el mismo instante que derramaban mi sangre; el mayor sacó una carta de su bolsillo y presentándola me dijo:

—Leed, señorita, leed, y sabréis a quién debéis vuestras desgracias...

La abro temblando, mis ojos apenas tienen fuerza para reconocer aquellos funestos caracteres: ¡oh, gran Dios!..., era mi propio amante, era él quien me traicionaba; esto era lo que contenía aquella carta cruel, sus palabras siguen impresas en mi corazón con trazos de sangre:

He cometido la locura de amar a vuestra hermana, señor, y la imprudencia de deshonrarla; estaba dispuesto a reparar todo; devorado por mis remordimientos, iba a caer a los pies de vuestro padre, a confesarme culpable y a pedirle a su hija; habría estado seguro del consentimiento del mío y estaba decidido a pertenecerlos; en el momento en que se formaban estas resoluciones..., mis ojos, mis propios ojos me convencen de que tengo enfrente a una ramera que, a la sombra de las citas que dirigía un sentimiento honesto y puro, osaba ir a saciar los infames deseos del más crapuloso de los hombres. No esperéis, pues, ninguna reparación de mí, señor, no os la debo, a vos sólo os debo el abandono, y a ella el odio más inviolable y el desprecio más resuelto. Os envío las señas de la casa adonde vuestra hermana iba a corromperse, señor, para que podáis verificar si os engaño.

Nada más leer estas funestas palabras volví a quedar postrada en el estado más horrible... No, me decía a mí misma mesándome los cabellos, no, cruel, nunca me has amado; si el más ligero sentimiento hubiera encendido tu corazón, ¿me habrías condenado sin oírme, me habrías supuesto culpable de semejante crimen cuando eras tú a quien yo adoraba?... ¡Pérfido!, y es tu mano la que me entrega, es ella la que me precipita en brazos de los verdugos que van a hacerme morir lentamente un día..., y morir sin que tú me justifiques..., morir despreciada por todo lo que adoro, cuando nunca le he ofendido voluntariamente, cuando nunca he sido más que la víctima y la engañada, ¡oh, no, no, esta situación es demasiado cruel, soportarla está por encima de mis fuerzas! Y postrándome llorando a los pies de mis hermanos, les supliqué que me escucharan o que acabaran de verter mi sangre gota a gota y me hicieran morir al instante.

Consintieron en escucharme; les conté mi historia, pero deseaban mi perdición y no me creyeron: me trataron todavía peor; después de haberme abrumado a insultos, después de haber encomendado a las dos mujeres que ejecutaran punto por punto su orden so pena de la vida, me dejaron, asegurándome fríamente que esperaban no volver a verme jamás.

En cuanto se hubieron marchado, mis dos guardianas me dejaron pan, agua, y me encerraron, pero por lo menos estaba sola y podía entregarme al arrebató de mi desesperación, y me sentía menos desdichada. Los primeros impulsos de mi desesperación me llevaron a quitarme las vendas de los brazos y a dejarme morir permitiendo que mi sangre siguiera fluyendo. Mas la horrible idea de dejar de vivir sin haberme justificado ante mi amante me desgarraba con tal violencia que nunca pude decidirme por esa solución; un poco de calma devuelve la esperanza..., la esperanza, ese sentimiento consolador que siempre nace en medio de las penas, divino presente que la

naturaleza nos ofrece para compensarlas o suavizarlas... No, me dije, no moriré sin verle, eso es lo que debo intentar, ésa debe ser mi única preocupación; si persiste en creermelo culpable, entonces habrá llegado el momento de morir y al menos lo haré sin lamentarlo, porque es imposible que la vida pueda tener encanto alguno para mí cuando haya perdido su amor.

Una vez tomada esta resolución, decidí no descuidar ninguno de los medios que pudieran librarme de aquella odiosa morada. Hacía cuatro días que venía consolándome con este pensamiento cuando mis dos carceleras reaparecieron para renovar mis provisiones y hacerme perder a un tiempo las pocas fuerzas que ellas mismas me daban; volvieron a sangrarme en ambos brazos, y me dejaron tendida en el camastro sin fuerzas para moverme; reaparecieron al octavo día, y como me postré a sus plantas pidiéndoles compasión, sólo me sangraron en un brazo. En fin, así transcurrieron dos meses durante los que me sangraron sin cesar alternativamente en uno y otro brazo, cada cuatro días. La fuerza de mi temperamento me sostuvo, mi edad, el desmesurado deseo que tenía de escapar de aquella horrible situación, la cantidad de pan que comía a fin de reparar mi agotamiento y de poder llevar a cabo mis propósitos, todo me ayudó, y, desde el principio del tercer mes, bastante afortunada para haber agujereado uno de los muros, para haberme introducido, por el boquete practicado, en una estancia vecina que no cerraba ningún barrote y haberme evadido por fin del castillo, trataba de ganar a pie como podía la carretera de París cuando mis fuerzas me abandonaron por completo en el lugar en que me encontrasteis, y recibí de vos, señor, la generosa ayuda que mi sincero reconocimiento os agradece tanto como le es posible, y que me atrevo a suplicaros que no cese hasta que me entreguéis a mi padre a quien sin duda han engañado y que nunca será tan bárbaro como para condenarme sin permitirme demostrarle mi inocencia. Reconoceré que he sido débil, pero enseguida verá que no soy tan culpable como las apariencias parecen demostrar, y con vuestra ayuda, señor, no sólo habréis devuelto la vida a una desdichada criatura que no cesará de agradeceroslo, sino que además habréis devuelto el honor a una familia que cree haberlo perdido injustamente.

—Señorita —dijo el conde de Luxeuil después de haber prestado toda la atención posible al relato de Émilie—, es difícil veros y oíros sin sentir por vos el más vivo interés; sin duda no habéis sido tan culpable como pudiera creerse, pero vuestra conducta revela cierta imprudencia que debe resultaros difícil disimular.

—¡Oh, señor!

—Escuchadme, señorita, os lo suplico, escuchad al hombre que más deseos tiene de servirlos. La conducta de vuestro amante es espantosa, y no sólo injusta, pues debía informarse mejor y veros, sino además cruel; si alguien está prevenido hasta el punto de no querer volver con una mujer, en ese caso se la abandona, pero no se la denuncia a su familia, no se la deshonra, no se la entrega indignamente a quienes han de condenarla, no se les incita a vengarse... Así pues, repruebo infinitamente la conducta de aquel al que amabais..., pero la de vuestros hermanos es mucho más indigna todavía, es atroz desde

todos los puntos de vista. Faltas de esta clase no merecen castigos semejantes; las cadenas nunca han servido de nada; en casos tales, uno guarda silencio y no se priva de la sangre ni de la libertad a los culpables; esos odiosos medios deshonran más a quienes los utilizan que a sus víctimas, se han ganado su odio, han provocado un escándalo y no han resuelto nada. Por preciosa que para nosotros sea la virtud de una hermana, su vida debe tener a nuestros ojos un valor mucho mayor, el honor se puede devolver, pero no la sangre una vez derramada; esa conducta es tan horrible que con toda seguridad sería castigada si fuera denunciada ante el gobierno, pero empleando tales medios no haríais más que imitar los de vuestros perseguidores, no haríais más que hacer público lo que se debe acallar, no son éstos los medios a los que debemos recurrir. Por lo tanto, actuaré de forma completamente distinta para ayudaros, señorita, pero os advierto que sólo puedo hacerlo con las siguientes condiciones: primero, que habéis de darme por escrito la dirección de vuestro padre, de vuestra tía, de la Berceil, y del hombre al que os llevó la Berceil; y segundo, señorita, que me digáis el nombre, sin poner traba alguna, de la persona a la que amáis. Es tan esencial esta cláusula que no os oculto que me será totalmente imposible prestaros mi ayuda en nada si continuáis ocultándome el nombre que exijo.

Émilie, confusa, empieza por cumplir con todo detalle la primera condición, y tras haber dado esas direcciones al conde, dice ruborizándose:

—Entonces, señor, exigís que os diga el nombre de mi seductor.

—Desde luego, señorita, no puedo hacer nada sin eso.

—Bien, señor... es el marqués de Luxeuil...

—El marqués de Luxeuil —exclamó el conde sin poder ocultar la emoción en que le sumía el nombre de su hijo; ha sido capaz de algo semejante, él...?

Y, recuperándose, prosiguió:

—Lo reparará, señorita..., lo reparará y seréis vengada... Tenéis mi palabra, adiós.

La asombrosa agitación en que la última confidencia de Émilie acababa de sumir al conde de Luxeuil, sorprendió notablemente a aquella desdichada, temió haber cometido una indiscreción; sin embargo, las palabras pronunciadas por el conde al salir la tranquilizaron, y sin comprender en absoluto la relación de todos aquellos hechos, que no podía discernir por no saber dónde se encontraba, decidió esperar con paciencia el resultado de las gestiones de su benefactor, y los cuidados que no cesaba de recibir mientras aquéllas se hacían acabaron por calmarla y por convencerla de que estaban ocupándose de su felicidad.

Y de todo ello quedó plenamente convencida cuando cuatro días después de las explicaciones que había dado, vio entrar al conde en su habitación trayendo consigo de la mano al marqués de Luxeuil.

—Señorita —le dijo el conde—, aquí tenéis al mismo tiempo al autor de vuestros infortunios y a quien viene a repararlos suplicándoos de rodillas que no le neguéis vuestra mano.

Tras estas palabras, el marqués se arroja a los pies de aquella a la que adora, mas la sorpresa había sido demasiado viva para Émilie; sin excesivas fuerzas todavía para sostenerse, se había desmayado en brazos de la mujer que la servía; gracias a los cuidados, no tardó, sin embargo, en recobrar el uso de sus sentidos y, al encontrarse en brazos de su amante, le dijo derramando un torrente de lágrimas:

—¡Hombre cruel, qué sufrimientos habéis causado a la que amabais! ¿Podéis creerla capaz de la infamia que llegasteis a sospechar? Amándoos, Émilie podía ser víctima de su debilidad y de los engaños de los demás, pero nunca podía ser infiel.

—Tú, a quien adoro —exclamó el marqués—, perdona un horrible arrebato de celos fundado en apariencias engañosas; ahora todos estamos completamente seguros, pero esas funestas apariencias, ¿no estaban por desgracia contra ti?

—Si de verdad me hubierais querido, Luxeuil, no me habríais creído capaz de engañaros, teníais que prestar menos oídos a vuestra desesperación que a los sentimientos que yo me hacía la ilusión de haberos inspirado. Que este ejemplo enseñe a mi sexo que es casi siempre por un amor excesivo..., que es casi siempre por ceder demasiado pronto por lo que perdemos la estima de nuestros amantes... Oh Luxeuil, si me hubierais amado más, si yo os hubiera amado menos deprisa... me habéis castigado por mi debilidad, y lo que debía reafirmar vuestro amor es lo que os hizo sospechar del mío.

—Que una y otra parte olviden todo —interrumpió el conde—; Luxeuil, vuestra conducta es censurable y si no os hubierais ofrecido a repararla al instante, si no hubiera comprobado yo esa voluntad en vuestro corazón, no habría vuelto a veros en toda mi vida. *Cuando se ama de verdad, decían nuestros antiguos trovadores, si se ha oído, si se ha visto algo en contra de la amada, no se debe creer ni a los oídos ni a los ojos, sólo hay que escuchar al corazón*¹. Espero vuestro restablecimiento con impaciencia, señorita —prosiguió el conde dirigiéndose a Émilie—, sólo quiero devolveros a casa de vuestros padres en calidad de esposa de mi hijo, y me precio de que no rehusarán unirse a mí para reparar vuestras desgracias; si no lo hacen, os ofrezco mi casa, señorita; vuestro matrimonio se celebrará aquí, y hasta mi último suspiro no dejaré de ver en vos una querida nuera, de la que siempre me sentiré honrado, se apruebe o no se apruebe su himeneo.

Luxeuil se arrojó en brazos de su padre, Mlle. de Tourville se deshacía en lágrimas estrechando las manos de su benefactor, y la dejaron sola varias horas para que se recobrara de una escena cuya excesiva duración hubiera perjudicado un restablecimiento que ambas partes deseaban con tanto ardor.

Por fin, quince días después de su regreso a París, Mlle. de Tourville se encontró en condiciones de levantarse y montar en coche; el conde mandó que le pusieran un vestido blanco análogo a la inocencia de su corazón, no se regateó nada para realzar el esplendor de sus encantos, que un resto de palidez y de debilidad volvía más interesantes aún; el conde, ella y Luxeuil se trasladaron a casa del presidente de Tourville, que no había sido

advertido de nada y cuya sorpresa fue enorme al ver entrar a su hija. Estaba en compañía de sus dos hijos, cuyas frentes se fruncieron de cólera y de rabia ante aquella inesperada aparición; sabían que su hermana se había evadido, pero la creían muerta en algún rincón del bosque y se consolaban, como puede verse, con la mayor facilidad del mundo.

—Señor —dijo el conde presentando a Émilie a su padre—, aquí tenéis a la inocencia misma, que devuelvo a vuestras plantas —y Émilie se precipitó a sus pies—... Imploro su perdón, señor —prosiguió el conde—, y no sería yo quien os lo pidiese si no estuviera seguro de que lo merece; además, señor —continuó rápidamente—, la mejor prueba que puedo daros de la profunda estima que siento por vuestra hija, es que os la pido para mi hijo. Nuestros rangos están hechos para unirse, señor, y si hubiera alguna desproporción por mi parte en cuanto a los bienes, vendería cuanto tengo para dotar a mi hijo con una fortuna digna de ser ofrecida a vuestra hija. Decidid, señor, y permitidme que no me despida antes de obtener vuestra palabra.

El viejo presidente de Tourville, que siempre había adorado a su querida Émilie, que en el fondo era la bondad personificada y que, incluso por la excelencia de su carácter, ya no ejercía su cargo desde hacía más de veinte años, el viejo presidente, repito, bañando de lágrimas el seno de aquella querida hija, respondió al conde que se consideraba plenamente satisfecho por aquella elección, que lo único que le afligía era que su querida Émilie no fuese digna de ella; y el marqués de Luxeuil, postrándose entonces a las plantas del presidente, le suplicó que le perdonara sus faltas y le permitiera repararlas. Todo fue prometido, todo se arregló, todo se calmó por ambas partes, sólo los hermanos de nuestra interesante heroína se negaron a compartir la alegría general, y la rechazaron cuando ella avanzó hacia ellos para abrazarlos; el conde, enfurecido por semejante proceder, quiso detener a uno de ellos que trataba de salir de la estancia. El señor de Tourville gritó al conde:

—Dejadles, señor, dejadles, me engañaron de una forma horrible; si esta querida niña hubiera sido tan culpable como ellos me dijeron, ¿consentiríais acaso en darla a vuestro hijo? Han turbado la felicidad de mis días privándome de mi Émilie... Dejadles...

Y aquellos miserables salieron llenos de rabia. Entonces el conde informó a M. de Tourville de todos los horrores de sus hijos y de las verdaderas faltas de su hija; el presidente, viendo la escasa proporción que había entre las faltas y la indignidad del castigo, juró que nunca más volvería a ver a sus hijos; el conde le calmó y le hizo prometer que borraría aquella conducta de su memoria. Ocho días después se celebró el matrimonio, sin que los hermanos se dignasen hacer acto de presencia; pero prescindieron de ellos, no se les echó en falta; el señor de Tourville se contentó con recomendarles el mayor silencio so pena de mandar encerrarlos, y callaron, pero no lo suficiente, sin embargo, como para no jactarse ellos mismos de su infame proceder condenando la indulgencia de su padre, y quienes tuvieron noticia de esta desdichada aventura exclamaron, horrorizados ante los atroces detalles que la caracterizan:

—¡Oh justo cielo!, ¡he ahí los horrores que tácitamente se permiten quienes se dedican a castigar las faltas ajenas! ¡Cuánta razón tienen los que dicen que tales infamias están reservadas a esos frenéticos e ineptos acólitos de la ciega Temis², que, educados en un imbécil rigorismo, insensibles desde su infancia a los gritos del infortunio, manchados de sangre desde la cuna, censurándolo todo y entregándose a todos, imaginan que la única forma de cubrir sus secretas bajezas y sus públicas prevaricaciones es la de exhibir una actitud de rigidez que, asimilándolos por fuera a las ocas y a los tigres por dentro, no tiene, sin embargo, otro objeto, al mancillarlos de crímenes, que infundir respeto a los necios y hacer que el hombre sensato deteste tanto sus odiosos principios como sus sanguinarias leyes y a sus despreciables individuos!

¹ Las Biblias del siglo xx en castellano consultadas (Cantera-Iglesias, Biblia de Jerusalén, etc.) escriben «libertos»; sin embargo, la traducción que en 1569 publica el sevillano Casiodoro de Reina, conocida como *La Biblia del Oso* (Alfaguara, 1987), dice «libertinos» (t. iv, pág. 315), igual que hacen las traducciones francesas del período, «liberticiens» y «libertins».

2 Es inútil recurrir al *Diccionario de la Real Academia Española* para ver el recorrido significativo de los términos *liberto*, *libertino* y *libertinaje* en español; al hilo de las ediciones se añaden, se reescriben o se retiran, para volver a incluirlas en otras posteriores, acepciones que, sin la meticulosidad de los matices ofrecidos por los diccionarios franceses, van y vienen como reflejos del francés, como admite Corominas. El *Diccionario de Autoridades* ya recoge en 1734 la acepción de «hijo del esclavo», pero nada dice sobre la depravación; sólo en la definición de *libertad* encontramos algo relacionado: «Se toma muchas veces por licencia exorbitante, desenvoltura, desvergüenza de los que abusan de la verdadera libertad». Hasta la edición de 1803 no aparece como «adjetivo que se aplica a la persona que tiene libertinaje. *Dissolutus*», mientras define libertinaje como: «Desenfreno en las obras o en las palabras. *Nimia licencia.*// La falta de respeto a la religión. *Impietas*». Las ediciones posteriores, hasta la más reciente, no ahondan en ese significado, dándose el caso de que hay algunas en las que desaparece la referencia al adjetivo «que se aplica a la persona que tiene libertinaje» (ediciones de 1837, 1843, 1852, etcétera), mientras que, a partir de 1884 –y siguientes, hasta la edición de 1984 (1.a)–, desaparece en *libertino* la referencia al significado de «falta de respeto a la religión. *Impietas*». Las ediciones de 1984 (2.a) y 1989 añaden un nuevo punto de vista: «*Fil.* Dícese de la persona que adopta una postura crítica y libre frente a los dogmas religiosos, filosóficos y morales»; pero durará poco en el *Diccionario de la Real Academia*, que elimina esa acepción en 1992.

Todas las referencias de este prólogo se remiten al mundo francés; en España, el dogmatismo del Concilio de Trento se impuso mediante el brazo armado de la Inquisición para impedir cualquier disidencia, entre ellas la de los libertinos, pese a algunos intentos tímidos, dadas las circunstancias y las amenazas, de la Ilustración española.

3 «Le vi en la carreta, camino del suplicio; se burlaba de un franciscano que le habían dado para su consuelo y hacerle renunciar a su obstinación... [...] A punto de morir presentaba una apariencia horrible y completamente feroz. [...] Antes de que prendieran fuego a la hoguera se le ordenó sacar la lengua para cortársela. Se negó, y el verdugo sólo pudo cogerla con unas tenazas, que utilizó para mantenerla y cortarla. Nunca se oyó grito más terrible; se habría dicho el mugido de un buey. El resto de su cuerpo fue consumido por el fuego, y se dispersaron sus cenizas al viento. [...] Ese aullido de bestia que lanzó antes de morir muestra de sobra su falta de perseverancia» (Gabriel-Barthélemy de Gramond, *Historiæ Galliæ ab excessu Henrici IV*, 1643).

⁴ Seguidor de Vanini, Théophile de Viau (1590-1626) fue desterrado en 1620; denunciado al año siguiente por los jesuitas, condenado a muerte –fue quemado en efigie– y encarcelado luego durante casi dos años, terminó siendo desterrado a perpetuidad; cuando, con la protección del duque de Montmorency, salió de la cárcel, ésta había minado sus fuerzas y sólo sobrevivió unos meses.

5 «El libertinaje es la consecuencia inmediata de una quiebra de los modelos: el modelo de explicación del mundo por la ciencia, por tanto, el modelo de discurso teológico; el modelo de práctica cristiana; el modelo político y civil que conduce a la instalación de una monarquía absoluta; el modelo social donde se produce el conflicto entre los privilegios de nacimiento y el mérito personal; el modelo de literatura y de escritura. Francia vive un momento peligroso donde deben ser redefinidas las relaciones con Dios, con el mundo, consigo mismo y con los demás» (Jacques Prévot, en su introducción a *Libertins du XVII^e siècle*, Gallimard, Bibl. de la Pléiade, 1998, tomo I, pág. XX).

⁶ Véase Benedetta Craveri, *Amantes y reinas. El poder de las mujeres*, Siruela, Madrid 2003, págs. 316-320.

⁷ H. Coulet, *Le roman jusqu'à la Révolution*, 1967 (citado por Raymond Trousson, *Romans libertins du XVIII e siècle*, Robert Laffont, 1993).

⁸ Todas ellas son novelas que sobrepasan los límites del relato, tanto por contenido como por extensión.

⁹ Así lo define la Durand en la *Histoire de Juliette* (en *Œuvres complètes du marquis de Sade*, Cercle du Livre précieux, tomo IX, pág. 511).

¹⁰ J.-M. Goulemont, *Ces livres qu'on ne lit que d'une main*, 1991, págs. 62-63.

- ¹¹ Raymond Trousson, «Préface» a *Romans libertins du XVIIIe siècle*, ed. cit., págs. X-XI.

¹² Véase, más abajo, Guillard de Servigné, *Las campanillas*, pág. 282.

13 Se publicó anónima en 1655; su autor, o por lo menos quien fue sentenciado como supuesto autor a ser colgado, estrangulado y quemado, un tal Michel Millot, se libró de los efectos de esa pena a cambio de cuatro meses de cárcel gracias a sus relaciones con el poder, en concreto con Foucquet, el entonces poderoso superintendente de Finanzas.

[14](#) Jacques Prévot, introducción citada, pág. XVI.

¹⁵ Pierre Louÿs, *Diálogos de cortesanas. – Manual de urbanidad para jovencitas*, trad. de Elena Fernández, Valdemar, 2005.

16 Boyer d'Argens, *Teresa filósofa*, trad. de M. Armiño, con reproducción de los grabados de Borel de la edición original junto con su réplica actual de Ricardo Zamorano, Valdemar, 1999, pág. 119. Posturas y situaciones se reflejan además en los grabados que acompañan a las ediciones de esta y otras obras.

17 Los nombres utilizados en *El príncipe Apprio* pueden servir de ejemplo, empezando por el del príncipe: Apprio – Priapo; Cadhubée – Debauchée (depravación); ebugors – bougres (maricones); Medoso – Sodoma (Sodoma), etcétera.

¹⁸ Véase, más abajo, Pidansat de Mairobert, *Confesión de una joven*, pág. 549.

¹⁹ Jacques Rustin, «Définition et explicitation du roman libertin au siècle des Lumières», en *Travaux de linguistique et de littérature*, xvi, 2, 1978, págs. 30-31 (citado por R. Trousson, ed. cit., págs. xxi y ss.).

[20](#) Sobre el mundo precioso y la reacción de Molière puede verse mi prólogo a *Las preciosas ridículas – Las mujeres sabias*, Cátedra, 1995.

[21](#) De Raucourt, *Encyclopédie*, artículo «Roman».

²² Abbé Jacquin, *Entretiens sur les romans, ouvrage moral et critique, dans port à l'esprit, que par rapport au cœur*, 1775, pág. 357 (citado por Patrick Wald Lasowski, en el prefacio a *Romanciers libertins du XVIII e siècle*, Gallimard, Bibl. la Pléiade, págs. xxx-xxxI).

²³ Sade antepone a las novelas recogidas bajo el título *Los crímenes del amor* un texto, «Idea sobre las novelas», que hace la historia del género desde su nacimiento en Grecia hasta sus contemporáneos. Véase Marqués de Sade, *Los crímenes del amor*, trad. de M. Armiño, Valdemar, 2008, págs. 35-53.

[24](#) Marqués de Sade, *Los crímenes del amor*, ed. cit., págs. 43-44.

25 La mundanidad, por supuesto, abarca exclusivamente la fracción social de Versalles y la Corte.

²⁶ J.- J. Rousseau, *La Nouvelle Héloïse*, en *Œuvres complètes*, Gallimard, Pléiade, 1959-1995, tomo II, pág. 252.

²⁷ H. Taine, *Les Origines de la France contemporaine. L'Ancien Régime*, París 1909, tomo I, págs. 313-314 (citado por Raymond Trousson en su introducción a *Romans libertins du XVIIIe siècle*, ed. cit., pág. XXX).

[28](#) Véase la biografía de su hijo, Stanislas de Boufflers, autor de *La reina de Golconda*, en las págs. 433-436.

[29](#) Véase, más abajo, Godard d'Aucour, *Temidoro*, pág. 165.

³⁰ Patrick Wald Lasowski, introducción a *Romanciers libertins du XVIII e siècle*, ed. cit., pág. XVII.

31 *Chronique de la Régence du règne de Louis XV*, febrero de 1721, París 1885.

[32](#) Véase mi prólogo a Marqués de Sade, *La nueva Justine*, Valdemar, 2003, págs. XVIII-XIX.

33 Empezando por el abate Dubois (1656-1723), preceptor del joven príncipe, a quien enseñó «los bellos principios de los libertinos cultos», según Saint-Simon; nombrado cardenal (1721) y primer ministro de Estado (1722), al abate Dubois no se le cae la palabra «follar» de la boca, según textos coetáneos, y con sus habilidades prepara para el Regente orgías en las que no duda en participar vestido con los ropajes de su dignidad eclesiástica.

³⁴ Boyer d'Argens, *Teresa filósofa*, ed. cit., págs. 20-21.

³⁵ Véase un ejemplo en esta antología, en la portada de *La Mesalina francesa* (pág. 565).

³⁶ El detalle biográfico de estos autores puede verse en las páginas 101, 499 y 57.

³⁷ Sobre la manipulación del marqués, véase el prólogo a mi edición citada de *Los crímenes del amor*, en la que he restituido en nota la parte más significativa de los fragmentos eliminados.

Notas

Voltaire

El mozo de cuerda tuerto

Escrito en la juventud de Voltaire, entre 1714 y 1716, *El mozo de cuerda tuerto* fue resultado de una «obligación»: en la corte de la duquesa du Maine sus invitados llevaban una existencia entre libertina y culta en la que había ciertas obligaciones galantes: «Fue escrito en la sociedad de una princesa que reunía en su casa a los talentos que protegía. En esa sociedad, toda falta debía ser reparada por un cuento hecho inmediatamente: era una especie de *pensum*», advierte el *Journal des Dames* al publicarlo en marzo de 1774. «La señora duquesa du Maine había inventado una lotería de títulos de diferentes géneros de obras en verso y prosa; cada una de las personas que sacaba esos billetes estaba obligada a escribir la obra indicada en ellos. Cuando Madame de Montauban sacó en su lote un cuento, rogó al señor de Voltaire hacer uno por ella, y él le dio [este] cuento...».

En el texto del *Journal des Dames* intervino una mano que retocó y expurgó la felicidad alcanzada por el mozo de cuerda, eliminando así la elevada carga de erotismo.

¹ Nombre utilizado en *Las mil y una noches* de la traducción de Galland (1704-1717); Mesrur era el jefe de los eunucos negros de Harum al Raschid.

² *Crocheteur* tiene varios significados, y todos pueden aplicarse al término a lo largo del cuento: «Que fuerza o abre puertas o cerraduras; mozo de cuerda que utiliza *crochets* [aparato de madera en forma de escalerilla “que servía a los mozos de cuerda para llevar más cómodamente sus fardos y muebles”]; y, por extensión, gente de baja condición que hace cosas indignas de las gentes honestas. Sólo es propio de los *crocheteurs* pegar a sus mujeres» (Furetière).

³ Véase la nota anterior, y el significado por extensión de *crocheteur*.

⁴ En el plano onírico del cuento, Voltaire entroniza ahora las alusiones a la corte de Sceaux y a su anfitriona, la duquesa du Maine, con la que coinciden tanto la descripción física –su baja estatura («la de un niño de diez años», según la princesa Palatina; véase la nota 27 a *Temidoro*, en las págs. 729-730), su pelo rubio, sus pequeñas manos, el peinado, la carroza e incluso su perro Jonquille–, como las ceremonias de la vida del castillo con sus invitados; el radical latino de Melinade, *mellin*, significa «del color de la miel»; y la duquesa presidía la «Orden de la Mosca en la Miel»; algunas de sus fiestas se celebraban en el pabellón de la Aurora; en la ceremonia de su admisión en la orden de la Mouche à Miel los caballeros prestaban de rodillas un juramento y se les entregaba una medalla con la efigie de la duquesa.

⁵ Títono es un héroe mítico del ciclo troyano, hijo de Laomedonte, de gran belleza. La Aurora, enamorada de él, lo raptó, llegando a pedir a Zeus la inmortalidad para su amado; terminaría transformándolo en cigarra, porque Títono envejecía mientras ella gozaba de la juventud eterna.

6 Voltaire aprovecha el nivel metafórico del anillo –un *topos* literario casi tan antiguo como la literatura– para incrustar este elemento que puede proceder tanto de *Las mil y una noches* (las leyendas del Islam y una nota de Galland a su traducción aseguran que el rey Salomón era dueño de un anillo mágico con el que podía dominar a ángeles y demonios), como del Ariosto (el que posee Angélica, y que da la felicidad y la omnipotencia); es fácil suponer el significado erótico de ese anillo.

Godard de Beauchamps

Historia del príncipe Apprio

1 La aparición de *Las mil y una noches* había puesto de moda el mundo oriental, y persa en concreto, a partir de las *Cartas persas* que Montesquieu publicó siete años antes, en 1721.

2 Monilna sería anagrama de *le minon*, sinónimo de *minou*, que designa el sexo femenino.

3 Símbolo sagrado.

4 Las alusiones de este pequeño ensayo de «antropología histórica», según J. P. Dubost (*Romanciers libertins du XVIIIe siècle*, tomo I, págs. 1054-1055), son una parodia «de la definición platónica del eros» que ofrecen los personajes del *Banquete* y apuntan más a Eros que a Príapo. La «rama dorada» remite al cruel mito analizado por Frazer en *La rama dorada* y que se relaciona más con Diana que con Príapo; y el término «monstruo» alude a los mitos que muestran a la madre de Príapo, Afrodita, quien, «asustada ante la fealdad del hijo que acaba de dar a luz, quiere desprenderse de él». Por otro lado, pepita de uva alude a las miserables ofrendas que los horticultores hacían a Príapo, dios de los Jardines.

5 Heracles (Hércules), relacionado con los mitos de Príapo y de Dioniso, ya era en el siglo XVIII uno de los modelos más vigorosos de la virilidad.

6 «Esperar siempre, no gozar nunca.»

7 *Menins* en la primera edición, que en posteriores se corrige como *gimnon*, anagrama de *mignon* (querido, favorito).

8 Elemento clave de la representación libertina, el *detalle* –lo mismo que la *bagatela*: «Poca cosa, o cosa frívola, a la que los petimetres y la gente ociosa dan un valor infinito» (*Dictionnaire critique, pittoresque et sentencieux*, de Antoine de Caraccioli, Lyon 1768)– es de la mayor importancia; ambos términos alcanzan su mejor expresión y el mayor rendimiento erótico en el marqués de Sade.

9 El emperador romano Tito (39-81) consiguió borrar, cuando sucedió a su padre Vespasiano, la mala impresión dejada durante su cargo de prefecto del pretorio, y con autodisciplina, mansedumbre y una generosidad sin límites se ganó a la aristocracia senatorial; la destrucción de Herculano y Pompeya por la erupción del Vesubio (79) y el gran incendio de Roma, al que sucedió una epidemia de peste (80), le dieron ocasión para acrecentar su popularidad por su generosa ayuda a las reconstrucciones.

10 Región de la antigua Itálica que corresponde más o menos a la Basilicata. Sus habitantes pasaban por ladrones y saqueadores.

11 El empleo del término *érases* ha planteado problemas de interpretación desde la primera edición, en la que una nota manuscrita lo hace sinónimo de *arcées* o *érections*; el vocablo sería anagrama de *arsée*, derivado del verbo *arder*, con interferencia de *se raser*, término cinegético para designar a la caza que se echa a ras del suelo para no ser vista (Dubost, ob. cit., págs. 1055-1056).

12 *Cistones* es un vocablo relacionado con la serie *connant*, *con*, *connil*, *conniche*, y demás variantes que designan el sexo femenino en francés.

13 Según apuntan «claves de las palabras» de este relato y las anotaciones manuscritas, *Frigalia* traduce el «dedo que se masturba» de la mujer. En la Edad Media el verbo *galler* equivale a «gozar». El anagrama de Litocris es más evidente: «clítoris».

14 *Bratides* en la primera edición; la de 1730 da *Bratildes*, anagrama evidente de «tribaldes», con clara alusión al tribadismo.

15 Las Danaides son, en la mitología griega, las cincuenta hijas de Dánao, rey de Libia y hermano de Egipto. Aunque había heredado el reino, por temor a su hermano, casado con Europa, Dánao abandonó su patria con las cincuenta hijas que había tenido de distintas mujeres y se estableció en Argos; hasta allí llegó la embajada de los cincuenta hijos de Egipto que, desposando a sus cincuenta primas, trataban de poner fin a la vieja rivalidad. Pero, instigadas por su padre, las cincuenta Danaides mataron a sus esposos –salvo Hipermestra, que perdonó la vida al suyo, Linceo– la noche de bodas. Luego, tras la celebración de una carrera, Dánao casó a sus cincuenta hijas.

Linceo terminaría apoderándose de Argos y, según unas versiones, vengó a sus hermanos matando a Dánao y a sus hijas. Según otras, Linceo recibió el reino de Dánao después de una reconciliación.

16 Tántalo había sido condenado, según la mitología griega, a tener cerca de sí agua y árboles frutales que se retiraban cuando intentaba beber o comer; los dioses le habían infligido este castigo porque, tras haberlos invitado a comer, les sirvió porciones del cuerpo de su propio hijo, al que había matado.

17 Dubost relaciona esta escena con el episodio de Lugana (págs. 8283): «Así como Apprio debe a la aparición de Lugana el conocimiento de Monilne, Monilne es apartada de su inconstancia y empujada hacia Apprio por Momelis (*sommeil*, sueño)» (Dubost, ob. cit., pág. 1056).

Godard de Beauchamps

El silfo

¹ El contrasentido etimológico entre «jóvenes» y «senadores» es irónico y designa a los petimetres y jóvenes señores que, hijos de la nobleza de toga, llevaban una existencia disoluta. Su lenguaje, inspirado en el preciosismo del siglo XVIII, abusa de hipérboles y expresiones hechas, a veces contra la gramática. El preciosismo había sido recuperado, después de la burla a que fueron sometidos tanto los tipos como el lenguaje, sobre todo por Molière (véase, por ejemplo, nuestro prólogo a *Las preciosas ridículas – Las mujeres sabias*, Cátedra, 1995, y el texto de *El misántropo – Los enredos de Scapin*, Espasa, 1999).

² Moral en su sentido etimológico, *mores* > *moralis*: costumbres. La galantería tiene el respeto a las conveniencias por uno de sus puntos claves.

³ *Le comte de Gabalis, ou Entretiens sur les Sciences secrètes*, publicado con gran éxito en 1670, era obra del abate Montfaucon de Villars (1635-1673), aunque vio la luz con un riguroso anonimato.

⁴ «Espíritus habitantes de la tierra, guardianes de los tesoros.» (*N. del A.*)

Godard d'Aucour

Temidoro

1 Ataque a la obra del abate Duclos, *Les Confessions du comte de **** (1741), cuyo protagonista hace un retrato de sí mismo como joven noble y hombre a la moda que ha ido de conquista en conquista; en muchos puntos, su itinerario es el mismo que siguen las aventuras de Temidoro. *Las confesiones* fueron consideradas durante cincuenta años una de las obras maestras de la novela francesa. Charles Pinot, abate Duclos (1704-1772), amigo de los filósofos sin entrar en su partido, también escribió dos análisis (*Consideraciones* y *Memoria*) sobre las costumbres del siglo que, además de su valor como documento histórico, valen por su agudeza psicológica.

2 «A los ciudadanos romanos convienen las justas amorosas en los blancos prados»; la cita no se encuentra en Ovidio.

3 Durante la guerra de Sucesión de Austria, Menin se rindió el 4 de junio de 1744 a las tropas de Luis XV, e Ypres el 25 del mismo mes. La campaña militar era seguida muy de cerca en París; Godard celebrará esas dos victorias en un poema titulado precisamente con el nombre del rey (1744).

4 El Palais-Royal, residencia del Regente, contaba con amplias alamedas flanqueadas por jardines e hileras de tilos y castaños. Paseo de moda para petimetres que buscaban en él relaciones con jóvenes de su misma o inferior clase, a finales de siglo se había convertido en uno de los lugares parisinos más frecuentados a causa de la prostitución.

5 Presidente del Parlamento, en el que Temidoro es consejero.

6 En la alameda del Meridiano existía un reloj de sol sobre el frontis de una casa de la calle des Bons-Enfants; solía visitarse a mediodía.

7 Traduzco por *noticieros* lo que el texto denomina *nouvellistes de bouche*, aunque hubiera podido servir *novelero*, ya definido como «derramador de fama de cosas nuevas» a finales del siglo XV por Alonso Fernández de Palencia. Los *noticieros* del XVIII daban cuenta de hechos internacionales, nacionales y parisinos: novedades políticas y militares (la marcha de las campañas de guerra), burlas, duelos, intrigas amorosas, etcétera. Eran perseguidos por el poder, que los consideraba peligrosos.

8 Julien Le Roy (1686-1759), relojero del rey (1739), fue uno de los grandes maestros de un siglo que convirtió el reloj en objeto de moda.

9 Los relojes de repetición repiten «la hora que ha sonado la última vez cuando [...] se pulsa un pequeño resorte» (*Dict. Acad.*).

10 Recibía ese nombre un tabaco en polvo, procedente de La Habana, que se hacía mediante la pulverización de las hojas.

11 *Remise*: coche de alquiler, no numerado, que no estacionaba en la vía pública sino bajo una *remise* (cobertizo). Más discreto que el que se cogía en plazas o calles, podía alquilarse por largos espacios de tiempo, desde media jornada a un mes o un año.

12 El siglo XVIII utilizará el término para designar a las mujeres del mundo (véase, más abajo, nota 39, pág. 731), mujeres galantes y prostitutas.

13 El Café de la Régence, fundado en 1681 y situado en la plaza del Palais-Royal, toma en 1718 ese nombre. Célebre café de conversación, era frecuentado por artistas, escritores, filósofos e incluso famosos jugadores de ajedrez: Diderot, Grimm, Voltaire, Rousseau, Philidor, además de soplones y agentes de policía. Lo dirigieron, entre otras, Mme. Lefèvre y Mme. Leclerc, la «diosa del café», cuyas intrigas amorosas la obligaron a irse a Londres.

14 «Se llama Mme. Morin.» (*N. del A.*)

Situado en la plaza del Palais-Royal, el Café des Arts era frecuentado por los artistas de la Ópera. Mme. Morin fue objeto de canciones burlescas y lascivas.

15 El término *petit-maitre*, que a mediados del siglo XVIII designa a jóvenes desenvueltos, despectivos, frívolos y ocupados casi exclusivamente en la vida galante, había aparecido en el siglo XVI para designar a los jóvenes de la alta nobleza, elegantes y refinados, que formaban el entorno de los príncipes de Condé y de Conti

una vez pasada la rebelión de la Fronda. «Hay cierto número de jóvenes magistrados a los que su gran hacienda y placeres han asociado a algunos de esos que en la Corte se llaman *petit-maîtres*; los imitan, se sienten muy por encima de la gravedad de la toga, y se creen dispensados por su edad y fortuna de ser sensatos y moderados» (La Bruyère, *Les Caractères*, «De la ville», 7). Décadas más tarde, Duclos precisa la evolución de ese grupo social: «Este título se dio primero a jóvenes de alta cuna, de alto rango, de figura amable, de imaginación brillante, de valor sutil, y llenos de simpatía y defectos. [...] Pocos se ven que sean dignos de sostenerlo, de manera que hoy está relegado a las clases subalternas o a provincias; se da por abuso o por burla a individuos sin relieve alguno que no están hechos para las ridiculeces de esa distinción» (*Mémoires pour servir à l'histoire des mœurs du XVIIIe siècle*, 1751).

16 *Vis-à-vis*, vehículo ligero de cuatro ruedas, con un asiento para el cochero y dos de una sola plaza para los viajeros, situados uno frente a otro.

17 *Hacer nudos* se convirtió en el siglo en la ocupación de moda para las clases nobles, que consideraban «antiguos» el bordado, la tapicería o la costura. Mediante una lanzadera se hacían nudos de cintas para la ropa. Tanto en la tarea como en el lenguaje, *hacer nudos* contiene alusiones eróticas, desde el significado del término *nœud* (nudo), que en francés designa también el *glande*, hasta el vaivén de la *navette* o lanzadera.

18 Faetonte (Faetón), hijo del Sol, rogó a su padre, cuando en la adolescencia su madre le reveló su origen, que le dejara conducir su carro; concedido el deseo, las quejas que los astros hicieron al Sol por la mala conducción del joven obligaron a su divino padre a fulminarlo, precipitándolo al río Erídano. «Faetón» sirve para designar al cochero que guía un faetón, coche alto y descubierto con dos asientos paralelos en los que caben dos personas en cada uno.

19 La belleza de Adonis enamoró tanto a Afrodita como a Perséfone. Dioniso-Baco, lo mismo que Eros-Amor, son, aunque opuestos, los dioses libertinos por excelencia.

20 «Comerciante joyero, en la calle Saint-Honoré, frente al GrandConseil.» (*N. del A.*)

Célebre joyero, Hébert también se distinguía por los elevados precios de sus piezas, aquí consideradas como bagatelas. Véase nota 8 de la *Historia del príncipe Apprio*, pág. 725.

21 Barrio en el que se hallaban los estanques del río Bièvre, que, en invierno, al helarse se convertían en pistas de patinaje. Por otro lado, el hielo se conservaba para el verano en cavidades naturales, pozos de mampostería recubiertos de tierra.

22 Dios del fuego, hijo de Zeus y de Hera, asimilado al dios griego Hefesto.

23 En calles apartadas de París o en los alrededores de la capital, la *petite maison* cumple una función de vital importancia para la galantería y la vida de sociedad. Casas con decoración y mobiliario magníficos, lugar de encuentros galantes, que grandes señores y financieros pagaban y convertían en su «otra casa». De moda a lo largo del XVIII, sirvieron para amores discretos y para grandes orgías: el duque de Richelieu, por ejemplo, daba en una que poseía en la calle de Cliché cenas «adánicas» en las que era de rigor la desnudez total de los invitados. Véase su descripción más adelante, en el relato *La Petite Maison*, de Jean-François de Bastide.

24 Obra de Rameau con libreto de La Bruère, *Dardanus*, tragedia lírica en cinco actos y prólogo, se estrenó el 19 de noviembre de 1739.

25 «Famoso cocinero.» (*N. del A.*)

Godard se refiere a François Massialot, autor de dos libros de «nueva cocina», reeditados con frecuencia durante el siglo XVIII: *Le Cuisinier royal et bourgeois* (1691) y *Nouvelle instruction pour les confitures, les liqueurs et les fruits, avec la manière de bien ordonner un dessert* (1692).

26 Tela pintada o impresa, lujosa y muy de moda, que se importaba de la India aunque se creía originaria de Persia.

27 Recibe este nombre de la princesa Palatina, que inventó y puso de moda esa «piel que las mujeres se ponen en el cuello en invierno» (Trévoux). Charlotte-Élisabeth de Baviera (1652-1722), hija del elector palatino del Rin, se convirtió en segunda esposa de Felipe I, duque de Orléans, hermano de Luis XIV, y por tanto recibía el título de «Madame»; fue madre de Felipe II el Regente; de su carácter masculino, en fuerte contraste con el afeminamiento de su marido, quedan pruebas en sus cartas, que describen con crudo realismo las costumbres y los vicios de la corte del Rey Sol; sus despiadadas observaciones sobre el reinado de su cuñado y los personajes de la corte no fueron traducidas en su totalidad al francés hasta 1863: *Correspondance complète de Madame, duchesse d'Orléans née princesse Palatine*.

28 «Vendedora de modas frente a la Ópera.» (*N. del A.*)

El nombre de la Duchapt, o Duchap, reaparece una y otra vez en los textos del XVIII (desde Voltaire hasta Rousseau); ejerció un papel clave en el mundo de la galantería, seduciendo a las mujeres con sus tocados, vestidos y adornos. La primera edición de una novela libertina, *La Tourière des carmélites*, de Meusnier de Querlon (1745), anuncia en apéndice una «Historia de la Duchapt, célèbre vendedora de modas» que, sin embargo, no aparecerá hasta 1830; es un relato en clave de falsa autobiografía de su itinerario social desde una orfandad a los doce años hasta el éxito, la celebridad, la cárcel y su liberación; el texto puede verse en el tomo I de la citada edición de *Romans libertins du XVIII e siècle*.

29 «Reyes, 3.» (N. del A.)

Durante la guerra contra los filisteos, Jonatán –Jonatás en la Vulgata–, hijo primogénito del rey hebreo Saúl, encuentra al cruzar un bosque un panal de miel en el hueco de un árbol; lo prueba con la punta de su bastón y toda su extenuación desaparece, y «sus ojos fueron iluminados».

30 La *duchesse* es una especie de «cama de reposo que tiene un respaldo como un sillón, en el que se sientan las damas indispuestas o que se recuperan de enfermedad» (Trévoux).

31 Término de pantomima; se emplea para designar el tipo de danza de los demonios.

32 Luis de Bourbon, príncipe de Condé (1621-1686), conocido como el Gran Condé, fue uno de los cabecillas de la Fronda contra Luis XIV; refugiado en España, no volvió del exilio hasta la firma del tratado de los Pirineos (1659). Según la *Correspondance* de la princesa Palatina, «fue al ejército y se habituó a los jóvenes caballeros; cuando volvió, no podía soportar a las damas» (carta del 5 de junio de 1716, ob. cit., en la nota 27).

33 Población del Languedoc, a orillas del lago Maguelone, famosa por su vino moscatel.

34 «Todo el mundo sabe que la novela es de M. Duclos, de la Academia de Inscripciones.» (N. del A.)

El pintor Boucher, que había ilustrado un cuento de hadas del conde de Tessin, embajador de Suecia en Francia, enseñó sus ilustraciones a una sociedad literaria de la que formaban parte Caylus, Duclos y Voisenon, quienes se comprometieron a escribir un cuento cada uno. El de Duclos, *Acajou et Zirphile* (1744), fue considerado el mejor. Sobre Duclos, véase más arriba la nota 1, pág. 727.

35 Ingresó en esa institución el 22 de septiembre de 1746.

36 El *panier* es una armadura ligera cosida por debajo a una tela, incómoda de llevar, que no dejó de impresionar la imaginación libertina con el espacio que dejaba en su amplitud.

37 La Fontaine, *Fables*, IX, 9, «L'huître et les plaideurs» («La ostra y los litigantes»): dos peregrinos encuentran en una playa una ostra y se la disputan esgrimiendo cada uno su derecho a comérsela; recurren a un tercero que pasa por allí, el cual termina comiéndose la ostra y dando una concha a cada uno de los litigantes.

38 «Las señoras de *** hicieron estas extravagancias durante su estancia en La Rapée en el mes de julio.» (N. del A.)

Hay constancia de damas de la alta sociedad y de los «ambientes filosóficos» cometiendo locuras y embriagadas en los lugares de moda. Desde Mme. de Boufflers a Mme. du Châtelet, la marquesa du Deffand.

39 *Filles du monde* y *femmes du monde* son expresiones que mantenidas y cortesanas utilizaban entre sí y que pasaron a ser comunes; más adelante, en *Margot la remendona* puede verse su generalización: es en calidad de tal como la protagonista y narradora se dirige al lector.

40 El *abate comendatario* es un «eclesiástico seglar, nombrado por el rey y provisto por el papa de una abadía, o de un priorato, con permiso para disponer en provecho propio de los frutos durante su vida».

41 Véase la nota 5 a *El mozo de cuerda tuerto*, pág. 724.

42 «Es de sobra conocida la fábula de Títono y de la Aurora, y nadie ignora la forma galante en que M. de Moncrif la ha tratado en su *Rajéunissement inutile*.» (N. del A.)

François Agustin Paradis de Moncrif (1687-1770), autor de *Poésies fugitives* y de *Poésies chrétiennes* (1747), publicó además dos novelas, comedias, *ballets*, pastorales, una ópera, etcétera. Protegido por altos personajes como el conde de Maurepas y el conde d'Argenson, amplía en esa obra la fábula e imagina a Aurora implorando a Zeus la juventud para su amado. Zeus lo devuelve entonces a la edad de quince años, pero Títono envejecerá un lustro cada vez que se entregue a su amante.

43 En el siglo XVIII francés, los juegos de cartas, con apuestas de dinero, se imponen con fuerza en los salones aristocráticos, pese a la condena de los moralistas y a las medidas policiales que tratan de prohibirlos o encauzarlos. Este juego, el *médiateur*, tolerado por las autoridades, y con nuevas reglas, recibía burlonamente su nombre «de que el cardenal [de Fleury] pretende ser el mediador universal de Europa», según el marqués d'Argenson.

44 Néstor, rey de Pilos, gozó de la longevidad, viviendo más de tres generaciones por gracia del dios Apolo. En la *Iliada* y la *Odisea* es el jefe griego de mayor edad, prototipo del anciano prudente y valeroso.

45 Alusión a la prostitución sagrada que practicaba, según las *Memorias turcas*, la secta de Jatab, falso discípulo de Mahoma. Godard la traslada al campo de lo profano y apunta a las costumbres de la sociedad parisina del momento.

46 Gran mansión rodeada de jardines, a finales del XVI era propiedad de los duques de Piney-Luxembourg, que la ampliaron y edificaron un palacio; en 1612 pasa a ser de la reina María de Médicis, que volvió a aumentar considerablemente su espacio y construyó, a imitación del palacio Pitti, una residencia palaciega; albergó en ella pinturas de Rubens y abrió los jardines al público. En el siglo XVIII lo habitaron las hijas del Regente y el conde de Provence.

47 *Désespoir* (desesperación) era el nombre de una cinta «que las damas llevan en la cabeza cuando están peinadas en *négligé*. [...] forma un rizo en lo alto de la cabeza. Desciende por los dos lados por la parte de atrás de la cabeza, se cruza y vuelve hacia la parte delantera donde se anuda de manera descuidada, y las dos puntas llegan a colgar hasta la cintura. Se llevan *désespoirs* de todos los colores» (Trévoux).

48 «Famoso maestro de armas, en la calle de la Comédie.» (*N. del A.*)

Dumouchel, o Dumonchelle, fue para algunos el mayor maestro de armas del siglo.

49 «Antoine Coypel, famoso pintor.» (*N. del A.*)

Antoine Coypel (1661-1722), pintor francés, primer pintor del rey en 1716, estudió con su padre Noël-Nicolas y viajó joven a Roma, donde se impregnó de la pintura italiana, que marcó toda su obra; su barroquismo puede apreciarse en su obra mayor, la bóveda de la capilla de Versalles (1702); decoró también el Palais-Royal (1702), pero este trabajo se perdió; sus temas mitológicos, escenas de género y frescos para techos, mezcla de barroquismo y clasicismo, hacen de él un artista menor del período.

50 «Cubrios ese seno que no podría ver» (Molière, *Tartufo*, III, ii); hacia 1630 se ponen de moda en Francia los grandes escotes en la indumentaria femenina. Los moralistas quedaron turbados por ellos, y desde los púlpitos se abogó por negar la absolución a quienes frecuentaran bailes y comedias, y «a las mujeres y jóvenes que llevan el seno descubierto, cuando han sido suficientemente avisadas del mal que hay en esa inmodesta forma de vestirse». El verso no tarda en ser célebre para denunciar la hipocresía de la intención, y aparece citado o refundido en muchos escritores del siglo XVIII; en el marqués de Sade, por ejemplo, donde un personaje que trata de seducir a la protagonista dice, devolviéndole su pañuelo: «Tomad, ocultadme esos encantos que me embriagan, no necesito aumentar con nada el delirio en que tantos atractivos acaban de sumirme» (*Los crímenes del amor*, «Miss Henriette Stralson»).

51 Véase más arriba la nota 17 de este mismo relato.

52 El palacio de las Tullerías fue encargado por Catalina de Médicis en 1564, cerca del palacio del Louvre, sobre el solar de un antiguo tejatillo que Francisco I ya había convertido en casa de campo; fue terminado por Luis XIV y en él residió Luis XV de 1715 a 1722, antes de trasladarse a Versalles. Sirvió de alojamiento a los comediantes de la Ópera y de la Comédie Française: «De esa época datan las apelaciones *côté cour* y *côté jardin* que utiliza el medio teatral [francés] para indicar los dos lados de la escena; a la izquierda, mirando al público, el *côté cour* (del Carroussel); a la derecha, el *côté jardin* (de las Tullerías)». Sus jardines, diseñados por Le Nôtre, se abrieron al público a instancias del célebre autor de cuentos Charles Perrault.

53 El fiacre fue el primer carruaje de alquiler que apareció en París; la leyenda sobre su nombre habla de un cochero de ese apellido, de la calle dedicada a Saint-Fiacre o incluso de la imagen de ese santo, que colgaba de un local de la calle Saint-Antoine, donde estacionaba esa clase de coches. Llevaban un número, una letra del alfabeto y una doble P sobre un círculo blanco. Sus tarifas se establecían por horas: veinticinco sueldos para la primera hora, y veinte para las siguientes, siempre dentro de la ciudad.

En cuanto al santo, un anacoreta irlandés muerto hacia el 670, vivió su dedicación a la plegaria en un bosque francés de la Brie; además de patrón de los jardineros, presidía la generación; equiparado con Priapo, las mujeres estériles se sentaban sobre una piedra de la iglesia del pueblo de Saint-Fiacre rezando al santo para poder tener hijos.

54 Véase la nota 16 a *Historia del príncipe Apprio*, pág. 726.

55 Cayo Petronio Arbitor, Petronio (¿-65 de nuestra era), «árbitro de la elegancia» para los romanos, es el satírico latino más importante; se le debe la novela el *Satiricón*, que narra las andanzas libertinas, y sobre todo

homosexuales, de dos jóvenes: Encolpio —el narrador— y su amigo Ascito, a quienes se suma un muchacho, Gitón, que los enfrenta entre sí. La noche a la que alude el texto es el festín en casa de Trimalción.

56 Las alabanzas al rey y elogios como éste al teniente general de policía de 1740 a 1747, Feydeau Marville, no le servirán de mucho a Godard, que vio perseguida esta novela y detenido a Mérigot, el librero que la editó.

57 Los lazos de amor, muy de moda en la época, son hilos trenzados, «cordones pasados unos en otros de cierta manera» (*Dict. Acad.*).

58 París tenía como servicios de guardia y seguridad una milicia (*le guet*) dividida en una sección de a pie y otra de a caballo.

59 «Escudero del rey, cerca de Saint-Sulpice.» (*N. del A.*)

M. de Vaneuil dirigía la Academia real de doma y equitación, situada en la calle des Canettes, esquina a la plaza de Saint-Sulpice.

60 La leprosería de Saint-Germain fue creada en 1497 en la calle de Sèvres para tratar epidemias de sífilis. El edificio, abandonado en 1544, pasó en 1657 a convertirse en un hospital, *Les Petites-Maisons*, «destinado a los pobres inválidos, a los niños enfermos de tiña, a las mujeres sujetas al mal caduco, a locos y a insensatos», según el *Dictionnaire historique de la ville de Paris*.

61 El café Procope, en la calle de la Comédie, fue fundado por un siciliano que había trabajado en la Foire de Saint-Germain: Francesco Procopio dei Coltelli; introdujo en París el gusto y la moda del café. Su establecimiento fue centro de reunión de literatos, filósofos y, sobre todo, gentes de teatro.

62 Además de los *nouvellistes de bouche* (véase, más arriba, la nota 7), París contaba con otros noticieros que sacaban su información de porteros, soldados, cocheros..., e imprimían para sus abonados unas hojas volanderas perseguidas por la policía, las *Nouvelles à la main*, que informaban de las anécdotas de la Corte y de París, y de las noticias de actualidad.

63 Henri de La Tour d'Auvergne, vizconde de Turenne, se puso de parte Luis XIV durante la rebelión de la Fronda y dirigió como mariscal general las tropas francesas durante la guerra contra los españoles en los Países Bajos. Murió en la batalla de Sasbach. La Tour d'Auvergne es uno de los apellidos más antiguos de Francia, datado por algunos en el siglo X; originario de Latour (Puy-de-Dôme), dio, entre sus ramas más ilustres, los apellidos de Bouillon y Turenne.

64 La isla griega de Citera fue consagrada a Afrodita por los griegos.

65 «D., autor de la tragedia *Pantapouff*.» (*N. del A.*)

No se ha encontrado esa tragedia. «Vérosimilmente se trata de una parodia del teatro de la Feria, de una pieza burlesca no impresa. Asimismo podría tratarse de la obra en verso dedicada a la muerte del mono llamado Pantapouff del subarrendador evocado en el texto» (J.-P. Dubost, ob. cit., págs. 1160-1161).

66 La *Ferme générale* se encargaba de recaudar las tasas del reino; tras la reorganización de 1726, fueron cuarenta los arrendadores generales de impuestos, que dejaban parte de su cobro en manos de subarrendadores o subrecaudadores.

67 El barrio de la Villette se construyó a partir de una dependencia del hospital de Saint-Lazare, fundado en el siglo XII. Tres centurias más tarde, junto a sus tierras de labor fueron asentándose casas de recreo. La Maison de Saint-Lazare, en la calle del faubourg Saint-Denis, estaba regentada por la congregación de sacerdotes de la Misión, o lazaristas; en determinados periodos fue al mismo tiempo convento, hospital, seminario, lugar de retiro, prisión y reformatorio para niños difíciles.

68 Una ciudad húngara, Pandur, dio su nombre a un cuerpo de soldados, célebres por su crueldad y barbarie en el combate, que participó en la guerra de Sucesión.

69 Los cocheros de alquiler no gozaban de buena fama en la época: la literatura los describe como borrachos, estafadores si podían, violentos y malos conductores.

70 En 1563 se creó para París un regimiento de guardias que durante el siglo XVIII cumplió funciones de ayuda a la policía de la ciudad.

71 Estos pensionados, regentados por un maestro titulado por la Universidad, acogían alumnos externos e internos a los que se enseñaba historia, geografía, matemáticas, griego y latín.

72 La fortaleza de Bicêtre (Bicerta) fue convertida por Luis XIII en hospital para militares heridos en los campos de batalla. Con Luis XIV se convierte además en hospicio, acogiendo a mendigos y a inválidos; a finales del siglo XVIII recibe además libertinos y sujetos de mala conducta, enviados tanto por la policía como a petición

de las mejores familias que temen la deshonra y la pérdida del patrimonio por los delitos de sus hijos –caso del marqués de Sade–; a Bicêtre iban a parar además los encarcelados afectados por enfermedades venéreas.

73 El convento de Sainte-Pélagie, en la calle du Puits-de-l'Ermite, era mitad convento, mitad cárcel; a él iban a parar mujeres que, arrepentidas de su vida depravada, buscaban un lugar de retiro; y también, siempre apartadas de las primeras, prostitutas que la policía encerraba.

74 Los *noticieros* parisinos solían reunirse en los jardines del PalaisRoyal, en el banco de Mantua y alrededor de un castaño llamado *El árbol de Cracovia*: «El nombre podría proceder de la ciudad de Cracovia, remitiendo a una época en que la guerra de Polonia era objeto de intensas discusiones, o, más seguramente, de *craque*, *craquerie*, que expresa familiarmente la idea de mentira, de noticia falsa (como todavía hoy)» (J. P. Dubost, ob. cit., pág. 1161).

75 Luis XIV unió al Hospital General de Sainte Pélagie las edificaciones que su padre Luis XIII había construido sobre tierras de las que se extraía salitre; este elemento fue el que les dio su nombre de la Salpêtrière. Sirvió también para recluir a mujeres de vida libertina.

76 Aunque el *improptu* sea una obra hecha en el momento en que se impone «la vivacidad del ingenio [...]», hay gentes que hacen pasar por *improptus* obras meditadas, y por eso se dice en son de burla un *improptu* hecho con toda tranquilidad».

77 La moda de los «almanaques» con visos científicos (*Almanaque del Diablo*, *Almanaque de los locos*, del abate Quesnel y de L. Coquelet, respectivamente, que fueron encarcelados) recorrió el siglo XVIII. En su *Almanach supputé sur le méridien de Liège* (1635), Mathieu Lansberg, que habría sido canónigo de Saint-Barthélémy de Lieja, hacía pronósticos y predicciones sobre el buen y mal tiempo atmosférico.

78 Pierre Nicole (1625-1695), representante del jansenismo, publicó en colaboración con el gran Arnauld (1612-1694) una *Logique, ou l'Art de penser*, causa del exilio de ambos autores a los Países Bajos. Nicole fue el primero en formular que «un poeta dramático es un envenenador público, no de los cuerpos, sino de las almas», frase que provocó el distanciamiento de Racine, que se sintió aludido, de Port Royal.

El filósofo y matemático Jean-Pierre de Crouzas escribió una *Logique, ou Système de réflexions qui peuvent conduire à l'étendue de nos connaissances* (1712).

79 Tarquino el Soberbio (534-510 antes de nuestra era) fue el séptimo y último rey semilegendario de Roma: su orgullo y tiranía motivaron su expulsión a raíz de la violación de Lucrecia por su hijo Sexto, que había amenazado con matarla si se resistía. Tras referir a su padre y a su marido los hechos, Lucrecia se apuñaló en su presencia; el episodio dio pie a la literatura libertina, como aquí, para una interpretación distinta de la habitual. Su nombre estaba lexicalizado por la literatura culta para designar a la mujer casta y virtuosa.

80 El término *conocer* en su sentido de trato carnal con una mujer proviene de la Biblia, o, más exactamente, de su traducción latina, conocida como la Vulgata, que la Iglesia decretó texto oficial.

81 Aníbal, general cartaginés (247-183 antes de nuestra era) que, tras varias expediciones en Hispania, atravesó los Alpes y arrolló a los ejércitos romanos en Tesino, Trebia, Trasimeno y Canas; no se decidió a atacar la ciudad de Roma y se retiró a Capua. Tras regresar a Cartago, que había sido atacada por Escipión, fue derrotado en la batalla de Zama; refugiado en Bitinia, terminó envenenándose para no caer en manos de los romanos.

82 La teoría de los temperamentos y los humores adjudicaba a devotos y eclesiásticos una afición desmedida por golosinas, mermeladas, etcétera.

83 Libros y novelas venían siendo prohibidos y mirados con recelo por la Iglesia y los moralistas desde la Edad Media; el siglo XVIII ve un recrudecimiento de la condena: si a principios de la centuria los jesuitas la convirtieron en caballo de batalla de su adoctrinamiento, a partir de 1740 fueron los jansenistas quienes los relevaban en ese papel.

84 Recibían el nombre de *constitutionnaires* debido a la *Constitution Unigenitus* del papa Clemente XI, que condenaba las ciento una proposiciones expuestas por el jansenista Quesnel en sus *Réflexions morales sur le Nouveau Testament* (1671); frente a los *constitucionarios*, seguidores de la autoridad de Roma, los *apelantes* se oponían a éstos y cuestionaban el poder del rey.

85 Horacio, *Sátiras*, II, vi, v. 96: «Por lo tanto, amigo mío, mientras puedas, vive feliz en medio de las delicias, sin olvidar la brevedad del tiempo de tu existencia».

86 La monja encargada del torno en los conventos era la única que, en principio, mantenía relaciones con el exterior. Una de las novelas libertinas más conocidas de la época tiene por eje esa tarea de religiosa: *La Tourière des carmélites* (*La tornera de las carmelitas*), de Meusnier de Querlon.

87 Fueron los romanos los que construyeron el Petit Châtelet, torre fortificada a orillas del Sena, para defender uno de los lados de París. Reedificado en 1369 como fortaleza, fue prisión hasta 1782, en que fue demolido.

88 Durante casi todo el siglo, las *Nouvelles ecclésiastiques, ou Mémoires pour servir à l'histoire de la Constitution Unigenitus* (Noticias eclesiásticas, o Memorias para servir a la historia de la Constitución Unigenitus) se enfrentaron a los poderes real y eclesiástico. Órgano del jansenismo, empezó a publicarse en 1721. Daba cuenta de todos los milagros hechos por los convulsionarios (véase, más abajo, la nota 90), horrorizando a los ilustrados por la intromisión que suponía de las gentes de Iglesia en la vida literaria y por sus privilegios; cuando tuvo que editarse de manera clandestina siguió gozando de impunidad, y los jesuitas, expulsados de Francia, continuaban escribiendo mientras varios obispos y arzobispos seguían decretando pastorales contra los filósofos y de manera concreta contra Voltaire.

89 La *Opéra*, o Academia Real de Música, fue, durante buena parte del siglo XVIII, refugio de la galantería. Los padres perdían su poder sobre las hijas desde el momento en que éstas eran acogidas por esa institución, a la que acudían aristócratas, financieros, etcétera, para «apadrinar y mantener» a bailarinas y cantantes. (Véase la nota 8 de Pidansat a su texto *La confesión de una joven*, en la pág. 764). Voltaire califica de «garito lúbrico» a la Academia Real de Música, a la que se llegaba desde el Palais-Royal por el callejón Cour Orry; de ahí que se la llamase «la Academia Real de *cul-de-sac*», callejón sin salida en su sentido recto, pero con la burla de *cul*, «culo».

90 Las tensiones e incluso batallas que produjo la bula *Unigenitus* (1713) del papa Clemente XI tuvieron su episodio más notable en los convulsionarios, ocurrido entre 1729 y 1732 en el cementerio de Saint-Médard, sobre la tumba del diácono François de Pâris, que había sido en vida la cabeza visible de la resistencia jansenista; el cementerio se convirtió en lugar de devoción y escenario donde se producían delirios de éxtasis, espasmos, manifestaciones histéricas y convulsiones —de ahí su nombre— que en algún momento alcanzaron incluso inicios de crucifixión; no tardó en hablarse de milagros, curaciones, etcétera, que habrían empezado a producirse en 1728. Pâris era hermano de un consejero del Parlamento, lo cual le garantizó amplias simpatías en los ambientes políticos de esa institución; sus partidarios aseguraban recibir manifestaciones divinas y curaciones milagrosas. Voltaire, que tuvo entre las filas de convulsionarios a su hermano Armand Arouet y a uno de sus primos, escandalizado de que una institución del Estado estuviera relacionada con aquella secta fanática, fue a verlos con sus propios ojos. Cuando la policía cerró el cementerio el 27 de enero de 1732 impidiendo la concentración de curiosos y convulsionarios junto a la tumba de Pâris, el movimiento pasó a la clandestinidad y organizó sus rituales en casas aristocráticas o burguesas, e incluso en graneros: la revista *Nouvelles ecclésiastiques*, perseguida por las autoridades, daba cuenta de milagros cuya recopilación llevó ante el rey un miembro del Parlamento, Carré de Montgeron, quien, junto a Chameux, recibió por ello ataques de rara violencia por parte de Voltaire (véase «El pobre diablo» en nuestra edición: Voltaire, *Cuentos completos*, Siruela, 2006). Se trataba de un renuevo jansenista, popular y femenino sobre todo, que contó con varias figuras estelares; una de las más célebres fue Madeleine Durand, que cortaba con unas tijeras las excrecencias de su cáncer y detenía luego la hemorragia con agua del pozo del diácono Pâris; sus carnes mutiladas eran recogidas como reliquias. Voltaire arremete contra esta «canalla convulsionaria», denunciando su barbarie y fanatismo en varios escritos, sobre todo en los artículos «Convulsiones» y «Fanatismo» del *Diccionario filosófico*; en *Le Précis du siècle de Louis XV* llega a insinuar que fueron los parlamentarios jansenistas los que armaron el brazo del regicida Damiens.

91 Ópera ballet, estrenada en junio de 1744, con música de Niel y libreto de Louis Fuzelier (1672-1752).

92 Célebre escenario de una importante victoria de Felipe Augusto (2 de julio 1214) sobre los aliados de Juan sin Tierra, que pretendía la corona francesa.

93 *Vair vert*, *Ververt* o *Ver-Vert*, cuento en verso de Jean-Baptiste Grosset (1709-1777), que, editado en 1734, se mantuvo en la memoria colectiva y gozó de una posteridad importante que llega hasta el loro de Félicité, la protagonista de «Un corazón simple» de Flaubert; su título exacto es *Vaivert, ou les Voyages du perroquet de la Visitation de Nevers, poème héroï-comique* (*Vaivert, o los viajes del loro de la Visitación de Nevers, poema heroico-cómico*); tiene por protagonista al loro Ver-Vert, cuya historia se narra en cuatro cantos en decasílabos.

94 Cinta ancha y azul para la cruz de la orden del Saint-Esprit, fundada por Enrique III; distinguía a caballeros de la mayor importancia en el reino.

95 «Bebida hecha con aguardiente, en la que se dejan en infusión bien cerezas, bien albaricoques, bien melocotones, etcétera, con azúcar y canela» (*Dict. Acad.*).

96 Su elocuencia en la predicación y sus dotes para la controversia dieron su apellido a san Juan Crisóstomo (Boca de oro), reformador de la Iglesia católica, nacido en Antioquía hacia el año 354.

97 «Constantino, llamado Coprónimo porque cuando lo bautizaban manchó las aguas en las que según la costumbre fue sumergido.» (*N. del A.*)

Constantino V, emperador de Bizancio de 741 a 775, se enfrentó en su lucha iconoclasta con el poder eclesiástico y confiscó los bienes de los conventos expulsando a los monjes; entre los ataques e insultos que la Iglesia prodigó contra él figura su apodo, término que procede del griego *koprós*, excremento.

98 Tras ser expulsado por Heracles de su tierra, el centauro Neso se convirtió en barquero del río Eveno. Cuando Heracles quiso pasarlo, mientras él hacía la travesía a nado confió a su esposa Deyanira a Neso, que trató de violarla durante el trayecto; una flecha de Heracles acabó con su vida. Para vengarse, Neso dio a Deyanira mientras agonizaba un líquido –mezcla de su propia sangre y del semen derramado en el intento de violación–, para que si flaqueaba el amor de su esposo impregnase con él alguna de sus prendas. En vez de devolverle la fidelidad de su marido, la túnica se pegó al cuerpo de Heracles, y, cuando trataba de arrancarla, con la piel se iban trozos de carne; Heracles, en su dolor, se quemó vivo.

99 La silla curul era en el mundo romano símbolo de autoridad y sólo podían ocuparla los personajes más altos del Estado: cónsules, pretores, censores, etcétera. En el año 390 antes de nuestra era los galos saquearon Roma.

100 Dafne, ninfa hija de la Tierra y del río Ladón, estaba a punto de ser alcanzada por el dios Apolo, enamorado de ella; cuando, en su carrera, Dafne se precipitó en un charco de agua cenagosa, suplicó a su padre que la transformase; se convirtió en laurel, significado en griego del término Dafne.

101 Jacques Callot (1592-1635), célebre grabador francés al servicio de los Médicis de Florencia, autor entre otras de una famosa serie titulada *Caprichos*.

102 Alberto Magno (adjetivo que traduce su apellido, Groot) (1205-1280), monje dominico, participó como teólogo en el Concilio de Lyon. Tuvo por alumno en su cátedra de París a Tomás de Aquino. Sus textos, en los que se mezclan teología, filosofía y alquimia, así como un grimorio que se le atribuyó (*Les Secrets du grand Albert*), le dieron fama de mago y brujo.

103 Cuatro obispos franceses y el arzobispo de París se opusieron a la bula *Unigenitus* de Clemente XI que convertía en absoluto el poder de los reyes. Llamados con el calificativo de *apellants*, se enfrentaron a los *constitucionarios* (véase, más arriba, nota 84).

104 Paul Lucas (1664-1737) recibió de Luis XIV el título de anticuario por la gran cantidad de documentos arqueológicos e históricos que llevó a Francia de los viajes que realizó por Constantinopla, Siria, Egipto, etcétera, en calidad de joyero y de los que dejó constancia en varios libros. Con ese título oficial trabajó en Francia y también para el monarca español Felipe V, que en 1736 le encargó de su gabinete de medallas.

105 «Ya he hablado de ella en la página 162 de la primera parte; era una de las que me habían ofendido en mi desgracia.» (*N. del A.*)

106 El padre Regnault, o Renaud, de la Congregación del Oratorio, gozó de gran celebridad como orador, hasta el punto de que no cabía todo el público que quería oírle en la catedral parisina de Notre-Dame.

107 La Iglesia católica prescribía desde el siglo IX las preces que debían rezar los sacerdotes; el día estaba dividido en períodos de oración: maitines, vísperas, laudas o completas; junto a éstas figuran las *horas pequeñas* en las que se rezaba a prima, tercia, sexta y nona.

108 Juego de palabras sobre la homonimia de *se sauver*, que significa tanto *salvar* como *huir*, *escapar*.

109 Mediante las obras satisfactorias, o de penitencia, los fieles de la Iglesia católica podían reparar sus pecados; para Lutero y Calvino, sin embargo, sólo la pasión de Cristo puede redimir los pecados de los hombres.

110 Eran mujeres, sobre todo, quienes se encargaban de organizar la banca y los juegos; en especial, las mujeres casadas con militares; conocedoras de los juegos de guarnición, con el marido lejos por las campañas de guerra, recurrían a esa forma de ganarse la vida, llevando «una vida mundana con rentas muy modestas, gravadas a menudo por las deudas del marido» (J.-P. Dubost, ob. cit., pág. 1166).

111 Personaje de la *commedia dell'arte*, que encarna al criado pícaro que resuelve con sus argucias la torpeza de su amo.

112 El *petit collet* caracterizaba a alguien «que ha entrado en la reforma, en la devoción, porque las gentes de Iglesia llevan por modestia *petits collets*, mientras que las gentes de mundo los llevan grandes, adornados con puntillas y encajes. Y a veces se dice a mala parte de los hipócritas, que afectan modales modestos, y sobre todo por llevar un *petit collet*» (Furétière). Las órdenes menores, si las tomaba, lo volvían apto para recibir un «beneficio eclesiástico», aunque no por eso estaba obligado a seguir la carrera del sacerdocio. Estos beneficiados de *petit collet*, a medio camino entre el seglar y el hombre de Iglesia, tendrán en el *Tartufo* de Molière su más

aguda y crítica encarnación, con todas sus estratagemas para penetrar, so capa de religión, en las familias y apoderarse de sus bienes.

113 *Doux*, dulce.

114 En la primera parte, el cochero vive en la Villette (véase nota 67); Dubost supone una errata o un despiste del autor, que ahora lo traslada a Villeneuve, barrio cercano al faubourg Saint-Denis, en el que se instalaron los artesanos durante el reinado de Luis XIII, monarca que fomentó ese traslado.

115 Como más arriba (nota 108), el autor juega con el doble significado de *se sauver*: *salvar* y *escapar*.

116 Véase, más arriba, la nota 39 en la pág. 731.

117 Además de designar la secta herética del siglo XIV de los *beguinos*, el término se usaba de forma general para designar a «toda religiosa o hija de comunidad, de cualquier orden o congregación que sea»; tiene además cierto sentido despectivo porque familiarmente también designa durante el siglo XVIII a una mujer tonta, pueril o gazmoña.

118 Juego de cartas, introducido en Francia en el siglo XV por los lansquenets, mercenarios alemanes. En este juego, la carta de *réjouissance* es aquella en la que «todos los que cortan la baraja y los otros pueden poner dinero».

119 La Opéra Comique se creó en 1724, fruto de los avatares que sufrió la escena francesa desde que Luis XIV expulsó a los Comédiens Italiens tras las quejas de Mme. de Maintenon, que se sintió agraviada por una obra. Entre obstáculos que le planteaban tanto el poder como los demás teatros que disponían de privilegio real para su actuación, empezando por la Comédie Française, la Opéra Comique teatralizó en la Feria vodeviles, pantomimas, pequeñas piezas de burla y alegría que mantuvieron vivo el teatro; fue refugio, además, de mujeres de vida no demasiado encorsetada en las costumbres (véase sobre la evolución del teatro de la Feria nuestra introducción a Marivaux, *El juego del amor y del azar – El triunfo del amor*, Espasa, 2001).

120 Marie-Jeanne Le Maignen o Lemaigen, conocida como *la Brillant*, era hija de un techador de París. «A la edad de catorce años fue corrompida por un albañil, luego cayó en manos del *sieur* Beaulieu de Roblastre, que encontró el secreto de hacerla entrar en la Opéra Comique en 1741». Tras múltiples aventuras, fue admitida en el Théâtre Français, para dar la réplica a Mlle. Clairon, una de las grandes figuras escénicas de la época (1723-1803).

121 El *vaudeville*, término que se emplea por *vauderie*, es en este pasaje una canción satírica y libertina, así llamada por el río Vire, en Baja Normandía; en el pueblo de ese nombre, atravesado por el río, trabajaba como batanero Olivier Basselin, considerado el inventor de este tipo de canciones.

122 Proteo es en la mitología griega la divinidad marina que mora en la isla de Faros, en la desembocadura del Nilo, como pastor de los rebaños de focas de Posidón. Tenía el poder de metamorfosearse y adoptar diversas formas; debido a ello, su hija Idotea, que quería ayudar a Menelao, retenido por una calma chicha en la isla, a regresar a Grecia tras la guerra de Troya, aconsejó al jefe griego cogerlo por sorpresa: Menelao y algunos de sus compañeros se disfrazaron de focas; después de apoderarse de él, y a pesar de que el dios se convirtió sucesivamente en león, serpiente, pantera, agua y árbol, Proteo les indicó la forma de conjurar los vientos (*Odisea*, IV, vv. 349 y ss.).

Voisenon

El sultán Misapuf y la princesa Grisemina

1 Títulos que recogen obras de diversos autores, entre los que figuraban Voisenon, Moncrif, Crébillon, Caylus, etcétera: *Les Écosseuses, ou les Œufs de Pâques* (1739), *Les Étrennes de la Saint-Jean* (1742).

2 La *Enciclopedia* define a los bonzos como «filósofos y ministros de la religión entre los japoneses [...] y, de creer a un jesuita autor de la historia de la Iglesia en Japón, disputaron con tanta fuerza como sutileza contra nuestros más sabios misioneros. [...] unos nos los pintan como cínicos entregados a los desórdenes más infames; otros por el contrario aseguran que guardan la conveniencias, viven en común, y que hay conventos de mujeres de su orden».

3 *Ragoût* tiene un significado más amplio que *salsa* o *guiso*; designa también las «cosas que renuevan otros deseos además del apetito». Según Furetière «una mujer joven es un *ragoût* que renueva el vigor de un viejo».

4 El conejo de Inglaterra es el cerdo de la India, y el conejo de Caboue la cobaya. El conejo de Garenne es el de la carne más exquisita. Por otra parte, tanto la serie francesa *conneau*, *conil*, como la española de *conejo*, derivan del latín *cuniculus*; aunque se asocia a este animal con el sexo y la fecundidad, tales términos no tienen relación con *cunnius*, de donde procede *coño*.

5 Secta religiosa asentada en Siam, parte de Japón y el Tonquín, que recibe su nombre de Chacabut, eremita que enseñó a sus discípulos una especie de cristianismo desfigurado, según el *Dictionnaire* de Trévoux.

6 La transmigración de cuerpos y de almas, la metempsícosis, etcétera, son recursos habituales de la novela libertina; por ejemplo, ésta misma de Voisenon, más adelante *El canapé color de fuego*, de Foucheret de Monbron, y otras.

7 Los capuchinos, monjes de la orden de san Francisco, o franciscanos, recibieron ese nombre por la capucha que remataba su capa; además de ese manto, vestían un sayal basto, se cortaban el pelo en forma de corona y llevaban barba y sandalias aunque a menudo caminaban descalzos. La literatura de la época los pintó depravados, groseros, faltos de delicadeza o de cualquier elegancia.

8 Lân-na fue un antiguo reino thai, en el norte de la actual Tailandia; creado a finales del siglo XIII, pervivió hasta la invasión de los birmanos en 1578.

9 Para el Diccionario de Trévoux, el reino de Laos está en la India, al otro lado del Ganges, sus súbditos son paganos y creen en la transmigración de las almas; Tonquín es otro reino de la India al otro lado del Ganges; el de Ganam, o Anam (*Annam regnum*), ocupa la parte oriental de la península de la India. Desde la recepción de las embajadas orientales en la corte de Luis XIV, se puso de moda todo lo que tenía que ver con el mundo oriental: personajes novelescos, tejidos, figuras de porcelana, monos, pájaros de la India, etcétera.

10 El *onyxy* es un fruto chino de forma singular y sensible al tacto; Godard d'Aucour lo presenta en *La Gaudriole* creciendo bajo los dedos de la princesa, que lo coge para terminar de reconstruir el cuerpo desmembrado de su amante.

11 Las órdenes mendicantes, y en particular los carmelitas, eran, según la fama de la época, libertinos de excepcional vigor sexual, hasta el punto de dejar una expresión frecuente en el siglo XVII: «Empalmarse como un carmelita». Esa fama continúa en el tiempo la vieja tradición antirreligiosa de la Edad Media.

12 Era muy famosa la manufactura de Saint-Cloud; en el faubourg Saint-Antoine se concentraba la mayor parte de las fábricas que existían en París.

13 *Velau* es un «término de caza que se utiliza para excitar a los perros cuando se ve la liebre. *Vide, vide illum*» (Trévoux).

14 Véase la nota 99 a *Temidoro* en la pág. 739.

15 «Tuvo antaño sus reyes particulares, ahora tiene título de ducado y depende de la corona de Suecia desde 1834, cuando Eric, rey de Suecia, la sometió» (Trévoux). Con capital en Abo, Finlandia simboliza para el siglo XVIII francés el exotismo del Norte, y dio lugar a varios libros de viajes, siendo el más famoso, que Voisenon utiliza, el *Voyage de Suède, voyage de Laponia*, de Regnard, aventurero que, tras volver de su cautiverio en

Argelia, viajó al Norte y en Estocolmo embarcó en 1681 rumbo al mar Glacial; llegó hasta la cima de la montaña Metavara.

16 Con este término comenzaban en la Edad Media la retahíla de una oración que se decía ante personas que con su estornudo anunciaban ciertas enfermedades de las que ese signo era un síntoma.

17 En la época, *imán* es un «ministro de la religión mahometana que responde a un párroco entre nosotros» (Trévoux). Y en términos absolutos designa al verdadero sucesor de Mahoma.

Guillard de Servigné

Las campanillas

¹ A finales del reinado de Luis XIV se puso de moda el empleo de campanillas, que se desarrolló mucho durante el siglo. Según cuenta Louis Sébastien Mercier en su *Tableau de Paris*, «un tal Ledru hizo su fortuna con la inscripción de su muestra, que llevaba: *Ledru pone campanillas en el cul de sac* (callejón). El escribano, inclinado sobre su alto lienzo, había puesto un grueso punto tras la palabra *cul*, y había pasado *de sac* a la otra línea, cosa que pareció divertida; y todo el mundo quiso emplear al señor Ledru, que *ponía campanillas en el culo*». A este Ledru dedica Guillard de Servigné la novela.

² Batalla de la guerra de Sucesión de Austria, dada en Fontenoy (Bélgica), en la que las tropas francesas se enfrentaron a las inglesas y holandesas. Ganada por los franceses, que así abrían la puerta para la conquista de Flandes, fue precedida de un sorprendente intercambio de cortesías, en el que, por ejemplo, el conde d'Auteroche dijo dirigiéndose a los ingleses: «Señores, nosotros nunca matamos los primeros; disparad vos mismo».

³ En sentido religioso de espiritualidad: soledad, retiro para el recogimiento, la meditación o la contemplación.

⁴ Joseph Pitton de Tournefort (1650-1708), botánico real, creador de nuevos sistemas de clasificación del reino vegetal.

René Antoine Ferchault de Réaumur (1683-1757), uno de los naturalistas más ilustres de la época, trabajó en distintas materias: las conchas, la porcelana, la seda de las telarañas, la suspensión de los carruajes, la conversión del hierro forjado en acero, etcétera. Estableció una graduación termométrica distinta de la de Fahrenheit.

Noël-Antoine Pluche (1688-1761), abate que se opuso a la bula *Unigenitus*; fue célebre sobre todo por su libro *Spectacle de la nature, ou Entretiens sur l'histoire naturelle et les sciences* (*Espectáculo de la naturaleza, o Conversaciones sobre la historia natural y las ciencias*, 1732).

⁵ Cortesana de Colofón, amante de Platón durante su estancia en esa ciudad; un epigrama de Asclepiades, poeta griego de la *Antología Palatina*, alaba a Arqueanasa por su belleza madura, capaz de enamorar al joven filósofo.

⁶ Hijas de la Noche y de Zeus (o de Atlas), las Hespérides, o ninfas del crepúsculo, se encargaban de vigilar las manzanas de oro que la Tierra había regalado a Hera y que se guardaban en el jardín de los dioses; las ayudaba en su tarea el dragón Ladón.

⁷ *Objets*, en francés. Durante el siglo XVIII, el término *objets* designa no sólo lo que se recibe del exterior, las miradas, sino también los pensamientos e imágenes que se presentan a la mente: la mujer deseada, las partes deseables de su cuerpo, etcétera.

⁸ Atis, dios frigio, fue asociado por la diosa Cibeles, que se había enamorado de él, a su culto, imponiéndole la castidad. Cuando Atis cedió a su amor por la ninfa Sangaritis, Cibeles hizo morir a ésta, provocando la locura de Atis, que se castró; y cuando Atis quiso suicidarse, lo transformó en pino.

⁹ El príncipe Carlos Alejandro de Lorena (1712-1780) luchó, al frente de las tropas de la emperatriz María Teresa, contra los turcos y los franceses. Con posterioridad a esas campañas fue gobernador de los Países Bajos.

¹⁰ Sobre Marie-Claude Nicole Cartou, aquí aludida, véase la nota 57 de *Margot la remendona*, en la pág. 752.

¹¹ No se refiere aquí Servigné a la célebre Marie-Anne de Châteauneuf, llamada la Duclos, actriz que entró en el Théâtre Français en 1693 y se retiró en 1736 tras cuarenta años de éxitos continuados, sino a una mujer de ese apellido que regentaba prostíbulos de muchachas en la calle Nonaindières y en la calle Richelieu.

¹² Sobre los específicos apropiados para el caso, véase la nota 19 de *Margot la remendona*, en la pág. 748.

¹³ El aludido es Louis François Armand de Vignerón du Plessis, duque de Richelieu (1696-1788), sobrino del cardenal, de gran peso en el ánimo del rey, diplomático y militar; de cualquier modo, logró su mayor fama como duelista y seductor que ofreció continuados escándalos a la comidilla de más de medio siglo de la aristocracia francesa; señalado por Chamfort como emblema de la corrupción de costumbres del Antiguo Régimen, apoyó a los filósofos, en especial a Voltaire. Un ejemplar anotado de *Las campanillas* identifica el personaje aludido como el duque de Gesvres, François Joachim Bernard Potier, a quien su esposa había llevado a juicio acusándole de impotencia.

14 El abate de Montempuis, canónigo de Notre-Dame, profesor de filosofía y rector de la Universidad fue en cierta ocasión a la Ópera disfrazado de mujer; detenido por la policía, su conducta fue objeto de letrillas y canciones satíricas.

15 Alusión al sacerdote jesuita Girard, acusado de haber seducido a su penitente; es el protagonista de la novela libertina más famosa (junto con *El portero de los cartujos*) del período: *Teresa filósofa* de Boyer d'Argens.

16 «Yo mismo me busco y ya no me encuentro» (Hípólito, en *Phèdre*). (N. del A.)

La réplica completa dice: «Todo a porfía os entrega al rebelde Hípólito. / Yo mismo por todo fruto de mis superfluos desvelos, / ahora me busco, y ya no me encuentro» (Racine, *Fedra* II, II, vv. 546-548).

17 El célebre Ménage –de quien Molière se burlará en *Las mujeres sabias*– habla en sus *Origines de la langue française* (1650) del *fil d'archal*, recientemente conseguido: «De *filum* y de *auricalchum* que se dice en lugar de *oricalchum* (debido a un vicio de pronunciación en los latinos por atracción de *aurum*, "oro", cuando en realidad se trata del griego *oreichalkos*, "latón")».

18 Referencia a Marie Bigot de Graveron, propietaria de importantes colecciones de arte e historia natural, segunda esposa de Pierre-François Doublet de Bandeville, presidente de la Tercera Cámara en 1741.

19 «Patrantes oculos» (Petronio). (N. del A.)

El verbo latino *patrare* indica realización, cumplimiento, consumación de una obra, en sentido directo o figurado; se asocia a menudo a Príapo y a la sexualidad.

20 El *bailío* fue en principio «un oficial real de espada» con derecho a mandar sobre la nobleza de su distrito; no tardó en perder poder, hasta convertirse en un oficial de toga «que hace justicia en nombre de su señor».

21 «Vára en la que se arroscan dos serpientes, que los poetas atribuyen a Mercurio. [...] Se llama caduceo al bastón cubierto de terciopelo y de flores de lis de oro que llevan el rey de armas y los heraldos de armas en las grandes ceremonias» (*Dict. Académie*). Las serpientes representan la prudencia, y las alas que tiene en sus extremos la actividad. Es símbolo del comercio y de la medicina.

22 Véase la nota 48 de *Margot la remendona*, en las págs. 750-751.

23 Juego de naipes parecido al bacarrá, muy de moda en la segunda mitad del siglo XVIII, así llamado porque en las antiguas barajas se representaba la figura de un faraón. El juego lo dirige un banquero que lleva la banca y gana lo que los jugadores pierden. Los *pontes* (puntos) son jugadores que, asociados contra el banquero, ponen dinero sobre las cartas.

24 «Ser acogido en los Inválidos», hospital creado por Luis XIV para soldados heridos en campaña.

Fougeret de Monbron

El canapé color de fuego

- 1 Derecho convencional o consuetudinario de la esposa sobre los bienes de su marido difunto.
- 2 Poltronina traduce *Crapaudine*, que remata con terminación de nombre propio femenino el término *crapaud* (poltrona).
- 3 Llagas de origen tuberculoso o sífilítico.
- 4 Aberturas practicadas con forma de losange en ciertas partes de un vestido para que por ella se vea el forro, de distinto color.
- 5 «Un cuarterón de peras está formado por veintiséis, a saber, veinticinco, que es la cuarta parte de cien, y una que se da de propina. Medio cuarterón son trece, contando la decimotercera como propina» (Furetière).
- 6 Se trata de peras crujientes, muy estimadas para compotas, que reciben ese nombre por madurar por San Martín (11 de noviembre).
- 7 Hija de un porteador de silla, la Fillon fue una de las celestinas más famosas del siglo, cuya especialidad era procurar muchachas a los jóvenes. Muy ligada al abate Dubois, avisó a éste de la conspiración urdida por el embajador español, Antonio Cellamare (1657-1733), para derrocar al duque de Orleáns, regente de Francia; los documentos descubiertos indujeron al Felipe d'Orleáns a declarar en 1719 la guerra a España. Cellamare llamaba a la Fillon su «buena amiga».
- 8 *Prelatura*: distinción honorífica concedida por la Iglesia vaticana.
- 9 *Passe-volant*: soldado imaginario que un capitán hacía figurar en su compañía sólo durante una revista, y de cuyo sueldo se apropiaba.
- 10 Véase la nota 67 de *Temidoro*, pág. 734.
- 11 Pensionado para hijas de la nobleza, ubicado en el actual n.º 8 de la calle des Feuillantines.
- 12 La intención es sarcástica, porque si *fond* significa *fondo*, *asiento*, etcétera, en lenguaje popular también significa *culo*.
- 13 Véase la nota 14 de *Margot la remendona*, pág. 748.
- 14 Véase la nota 90 de *Temidoro*, págs. 737-738.
- 15 De Trivelín, criado intrigante de la comedia italiana, más grosero y deshonesto que Arlequín.
- 16 Véase la nota 77 de *Temidoro*, pág. 735.
- 17 Elixir a base de canela, nuez moscada y azafrán, el *garus* se empleaba para ciertas dolencias del estómago.
- 18 Peinado que se ensancha en forma de alas.
- 19 Sobre *miriñaque*, véase la nota 36 a *Temidoro*, pág. 731.

Margot la remendona

- 1 «El teniente de la policía.» (*N. del A.*)
El general de la *pousse* era en ese momento el teniente general de policía Nicolas René Berryer de Ravenoville (1703-1762).
- 2 «La mayoría de las zurcidoras de medias en París están en toneles.» (*N. del A.*)
- 3 Parte superior de una carroza; también se aplicaba a la parte superior de las camas.
- 4 En Lampsaco, antigua ciudad del Asia Menor célebre por su depravación, situaba la mitología griega el nacimiento de Priapo; fueron varios los libros de la época que se decían impresos en esa ciudad-símbolo.
- 5 Véase Cíterea en la nota 64 de *Temidoro* en la pág. 734.
- 6 Situado en el faubourg Saint-Antoine, el muelle de La Rapée empezaba en el puente de Bercy, y por él entraban los cargamentos de vino de Borgoña. Era famoso por sus numerosas tabernas, frecuentadas por la nobleza y los literatos.
- 7 «Figonero del Ayuntamiento de París.» (*N. del A.*)

El estatuto social de los figoneros es superior al de los taberneros, comerciantes de vino, etcétera, y en la época forma parte de la corporación de los cocineros.

8 Uno de los apelativos de Priapo. Véase la nota 4 de *Historia del príncipe Apprio*, págs. 724-725.

9 La terraza de las Tullerías fue dividida por Colbert en dos: a una se accedía por la calle Saint-Honoré, la otra daba al Sena. La primera recibe su nombre del convento de los *feuillants* que había en la calle Saint-Honoré. Esta congregación cisterciense reformada, fundada en el monasterio Feuillant (Haute-Garonne) por Jean de la Barrière (1544-1600), pretendía hacer revivir en su orden la regla de san Bernardo con toda la rigidez primitiva. Sus monjes –en castellano fuldenses y también bernardos– fueron dispersados en 1791; tuvo una rama femenina, las feuillantinas. Jean de la Barrière consiguió que Sixto V confirmase la nueva orden; más tarde, denunciado al papa como hereje, fue desposeído de su abadía de Feuillant e internado en Roma. Terminaría siendo absuelto durante el pontificado de Clemente VIII.

10 Saint-Cloud, en las cercanías del París de la época, estaba muy poblado; los parisinos acudían allí por esparcimiento las fiestas y los domingos.

11 «Dueña del café de las Tullerías.» (*N. del A.*)

A lo largo del siglo fueron varios los nombres de este café, situado en la terraza des Feuillants, donde almuerzan Margot y la Florence.

12 En origen, camino que llevaba de París a la abadía de Montmartre. La avenida arrancaba en el extremo de Saint-Eustache para terminar en la esquina de las calles Neuve-Saint-Eustache y des Fossés-Montmartre.

13 El término se empleó en principio para designar a las mujeres que llevaban un vestido de tela gris (*grisette*) de poco valor; y se aplicó, por tanto, a mujeres de baja condición social.

14 «Se llama también *grison* a un hombre de librea al que hacen vestirse de gris para emplearlo en comisiones secretas» (*Dict. Acad.*).

15 Véanse dos notas más adelante y la nota 39 de *Temidoro* en la pág. 731; para Fougeret de Monbron esta expresión (*filles o femmes du monde*) es sinónimo de *ramera*.

16 Madame Florence figura en la lista de celestinas célebres de la época, a la altura de la Fillon, la Gourdan, la Lacroix, etcétera.

17 «Es el término lenitivo para significar *ramera*.» (*N. del A.*)

18 *Petit chat*: «Expresión cariñosa consagrada para la gente menuda». (*N. del A.*)

19 Era frecuente el empleo de pomadas y otros productos con fines de alcahuetería y engaño, desde el «agua de mirto» del que habla Diderot en *Las joyas indiscretas* hasta el «agua de doncella» de otro escritor, Guilvert de Préval.

20 *Pinchbeck* es una aleación de zinc y cobre que imita el oro; recibe su nombre del inventor inglés que la consiguió.

21 Expresión para designar –igual que *superiora del convento*– a celestinas y alcahuetas; desde la Edad Media, la tradición relaciona prostitutas de burdel y monjas de convento.

22 Las minas de oro de Perú hicieron soñar a toda Europa, y la expresión «ser o valer un Perú» no es exclusiva de España, país que por conquista se apropió de la mayor parte de los tesoros americanos.

23 Adjetivo que designaba, de manera despectiva, a los varones jóvenes que se ataviaban con plumas.

24 Fueron cuatro los hermanos Martin, famosos laquistas y barnizadores que difundieron el estilo Luis XV en muebles de gran refinamiento y lujo relacionados con la galantería.

25 El niño de pecho de Sileno es el dios del vino, Dioniso, o Baco. En la mitología griega el sátiro Sileno pasaba por haber criado y educado a Dioniso; se le representaba cabalgando un asno en el que apenas podía sostenerse por estar borracho.

26 Calle del barrio del Palais-Royal, aunque también recibía ese nombre la calle des Porcherons, en Montmartre, por conducir a esa villa.

27 Sobre Bicêtre, véase la nota 72 a *Temidoro* en la pág. 735.

28 San Cosme es el patrón de los cirujanos; las expresiones los *carabins de Saint-Côme* y los *messieurs de Saint-Côme* que utiliza el autor se aplicaban a cirujanos y estudiantes de la Academia Real de Cirugía.

29 Pomada mercurial que se utilizaba en Bicêtre en enfermedades venéreas.

30 Además de designar el agua cristalina y pura, también se utiliza para «un humor acuoso de la sangre que se parece a la clara de huevo, y puede coagularse», según los diccionarios médicos de la época.

31 Piscina o estanque donde se introducían los enfermos de sífilis; en el agua se disolvía el tratamiento

mercurial.

32 El mejor pintor de la Antigüedad, Apeles, nació en Jonia en la primera mitad del siglo IV antes de nuestra era; trabajó en Corinto, en Atenas y en la corte de Macedonia, donde Alejandro Magno le hizo su pintor favorito. Sólo nos quedan referencias de sus obras; los antiguos destacaban su finura, su gracia y la facilidad de la realización; de sus retratos, el más famoso fue el que hizo de Afrodita Anadiomena (*Afrodita emergiendo del mar*), escurriéndose el agua del pelo, que el emperador Augusto compró por cien talentos. Alejandro Magno, admirado por la belleza del retrato que había hecho de su amante, a cambio de la obra dejó la mujer al pintor que se había enamorado de la modelo.

33 Mientras Magdalena encarna en el Nuevo Testamento a la mujer arrepentida, Pasífae, esposa de Minos, rey de Creta, es el símbolo de la mujer insatisfecha; enamorada de forma irreprímible de un toro que Minos había solicitado de Posidón, y que salió del mar, logró copular con él gracias a Dédalo, que fabricó para ella una ternera tan perfecta que engañó a la bestia: Pasífae, oculta en el interior del simulacro, pudo conseguir la cópula, de la que nació un ser medio hombre y medio toro, el Minotauro.

34 En la Biblia (Libro de Daniel), Susana es acusada por dos ancianos, que habían tratado de seducirla en vano, de haber cometido adulterio con un desconocido; condenada a muerte, su inocencia fue reconocida gracias al joven Daniel, que interrogó por separado a cada uno de los denunciantes. El adjetivo que desde entonces la caracteriza es el de *casta*.

35 Los carmelitas reformados y la congregación de los Hermanos de la Caridad de Nuestra Señora, llamada de los *billettes*, llegaron a un acuerdo por el que estos últimos cedían a los carmelitas el priorato, el convento y la iglesia; el apelativo también puede proceder «de un trocito de tela largo y cuadrado [...] del que los religiosos de la orden de los Carmelitas se servían entonces en forma de escapulario».

36 Las compañías de mosqueteros se distinguían por el color de sus caballos, grises o negros.

37 La calle du Chantre se encuentra en el barrio del Louvre; en ella vivió Fougeret de Monbron en 1748.

38 En la colegiata de Saint-Nicolas-du-Louvre, cerca de la iglesia parroquial de Saint-Thomas-du-Louvre; ambos capítulos fueron unidos en 1740 tras el derrumbamiento del coro de Saint-Thomas el 15 de diciembre de 1739, que sepultó a seis canónigos entre sus ruinas, matando también, literariamente, al protector de Margot.

39 Sobre la ratafia, véase la nota 95 de *Temidoro* en la pág. 738.

40 Éaco, hijo de Zeus y de la ninfa Egina, fue víctima de la venganza contra su madre de Hera, que lo convirtió en habitante único de la isla Enopia (luego Egina, en honor de su madre); Zeus le concedió el poder de repoblarla convirtiendo en hombres a las hormigas; de ahí su nombre griego de mirmidones. Participó con sus hermanos en la construcción de las murallas de Troya y, después de su muerte, junto con Minos y Radamantis, fue nombrado juez de los infiernos.

41 «Pintor muy célebre en el pasado en París por las obscenidades.» (*N. del A.*)

Los *Ragionamenti* y los *Soneti lussuriosi* del Aretino eran la biblia de la literatura libertina. Otra referencia para entretenimiento de la galantería fueron las pinturas de Charles Gustave Klingstedt, o Clinchetet, nacido en Riga (1657-1734); tras dejar la milicia se dedicó a la pintura de asuntos galantes, que le ganaron el título del «Rafael de las tabaqueras».

42 *Testigo* se emplea a veces en tono burlón para indicar el significado del término latino del que proviene: *testiculus*, testículo.

43 «Collarín.» (*N. del A.*)

Párolí indica en un juego doblar la primera apuesta: el canónigo duplica los elementos de la indumentaria eclesiástica de Margot.

44 Oriundos de Hibernia, antiguo nombre de Irlanda; llegaron a París muchos irlandeses con su oficio de eclesiásticos por «único ganapán».

45 Calle del barrio del Louvre que daba a las calles Saint-Honoré y de Beauvais. Fue una de las que se asignó en la Edad Media a las prostitutas.

46 El autor utiliza *préciput*, término del latín jurídico, que designa «el derecho a tomar [...] de la masa común, antes del reparto de ésta, ciertos bienes determinados o una suma de dinero».

47 «Esta desgracia ocurrió hace quince o dieciséis años. Varios canónigos corrieron la misma suerte.» (*N. del A.*)

Véase, más arriba, la nota 38.

48 En la mitología griega, Argo, o Argos, tenía a Zeus y a Níobe entre sus ascendientes; dotado de portentosa

fuerza física, liberó la Arcadia de sátiros y animales monstruosos, como Equidna. Por encargo de una celosa Hera, vigiló a la vaca Ío, amante de Zeus; pese a que Argos vigilaba con sus múltiples ojos –los autores griegos no se ponen de acuerdo en su número exacto, de uno a cuatro, o a una infinidad de órganos visuales distribuidos por todo su cuerpo–, Hermes consiguió liberarla por orden de Zeus, y matar a Argos; Hera trasladó sus ojos al plumaje del pavo real, que es su atributo. Su nombre se emplea como sinónimo de vigilante, de marido celoso y desconfiado que no permite a su mujer la menor amistad, salida, relación, etcétera.

49 «Tierra de Bretaña cuyos asnos tienen fama de ser los mejores.» (*N. del A.*)

50 Varios podrían ser los personajes que Fougeret de Monbron oculta bajo esas iniciales, en especial Maximilien Gruet, propietario del derecho exclusivo de la Ópera en 1730; al año siguiente se lo quitaron, pero su depravación durante ese lapso de tiempo se conservó en la memoria parisina. Le sucedió Thuret, de 1733 a 1744, que es el director de la institución en el momento en que Margot entra en la Ópera.

51 Cuando el marqués de Sade emplea este término en *La nueva Justine* se siente obligado a poner en nota su definición: «Todos los libertinos saben que se denomina así la acción de meter uno o varios dedos en el agujero del culo del paciente. Este episodio, uno de los más esenciales en lubricidad, conviene sobre todo a los viejos o a las personas gastadas; determina rápidamente la erección, y resulta de una voluptuosidad increíble en el momento de la eyaculación» (Marqués de Sade, *La Nueva Justina*, ed. de M. Armiño, Valdemar, pág. 28).

52 «La Ópera.» (*N. del A.*)

Desde el momento en que una joven era inscrita en los registros de la Ópera, padres, tutores o maridos perdían todos sus derechos sobre ella; también se sustraían a cualquier responsabilidad policial que tuvieran; de hecho, «la condición de bailarina asegura una carrera rápida en el mundo de la galantería» (J.-P. Dubost, ob. cit., pág. 1273).

53 Véase, más arriba, la nota 50.

54 «Casa donde se guardan la tramoya y los decorados, y donde se instruye a las supernumerarias.» (*N. del A.*)

En 1712, se construyó en la calle Sainte-Nicasie un almacén de la Ópera, donde, además de guardar tramoya y decorados, se hallaba la escuela de danza, considerada realmente como una «escuela de galantería».

55 Eran tres los Malterre, o Malter, que trabajaban en la Ópera: el mayor, que entró a formar parte del elenco en 1714, era apodado el Diablo por su buena interpretación en papeles de demonios; el menor, que ingresó en 1722, se apodaba el Pájaro, por su ligereza; el tercero, apodado el Inglés, entró en 1734. El primero de estos Malterre sucedió a Dupré como maestro de danza en 1743.

56 Las anécdotas y episodios que ocurrían en el Almacén de la Ópera eran la comidilla de París y daban motivos de queja a personas como la Pâris, famosa alcahueta, que pedía castigo para los desórdenes de las muchachas de la Ópera. Fougeret de Monbron se inspira para este pasaje en Marie-Antoinette Petit, cogida en flagrante delito de amor en el teatro, del que fue expulsada en 1740.

57 Según el reglamento establecido para la Ópera, el señor La Chamarée era, además de «sustituto encargado por comisión del ceremonial de la Ópera», miembro del tribunal que juzgaba la conducta. Marie-Claude Nicole Cartou, cantante de coro, era famosa tanto por sus frases llenas de ingenio como por sus amantes, entre los que figuró el mariscal de Saxe, quien también lo fue de la Desaignes; Fanchon Chopine, apodo de una señorita apellidada Antier, fue calificada de «auténtica borracha». Jeanne Lefebure, llamada la Desaignes, era cantante de los coros. La madre Carville, Marie-Émilie Duneboc, de ojos azules y rubia según los informes policiales, nada más entrar en la Ópera fue amante de Dupré, maestro de danza, luego de un guardia del Tesoro que se arruinó por ella; la madre Carville, a la que Fougeret conocía personalmente, terminó retirándose tras amasar una gran fortuna a costa de sus amantes.

58 «Musa que preside la danza.» (*N. del A.*)

Terpsícore es una de las nueve musas, hija de Zeus y de Mnemósine; pasa por ser madre de las sirenas, y, en origen, no tenía una atribución específica, igual que ocurría con sus hermanas.

59 A lo largo del siglo XVIII, en la calle Sainte-Anne, en el barrio del Palais-Royal, las mejores familias se construyeron palacetes particulares, además de alguna figura de la galantería, como Mme. Gourdan.

60 «Mantenida en otro tiempo de Milord Weymouth.» (*N. del A.*)

Marie Durocher sólo desempeñó en la Ópera papeles de figurante. En cuanto a Milord Weymouth, parece tratarse de Thomas Thynne (1710-1751).

61 «Barrio de los comerciantes.» (*N. del A.*)

62 «Recuérdese que Margot, como discípula del público, debe saber toda clase de lenguas.» (*N. del A.*)

«Temo a los dánaos incluso cuando portan ofrendas» (Virgilio, *La Eneida*, II, v. 49). La sífilis, importada de América por los españoles y conocida durante mucho tiempo como «el mal napolitano», era calificada por la literatura burlesca como el «pequeño regalo» de la galantería.

63 «Alcahueta tan célebre como la Florence y la Pâris.» (*N. del A.*)

Esta última, apellidada en realidad Bienfait (1705-c.1755), se casó con un violín de la Comedia Italiana, y, tras una vida disoluta, abrió un prostíbulo en la calle de Bagneux y luego el Hôtel du Roule (1751), donde la visitó Casanova, que anota las tarifas de los servicios y el número «de doce a catorce chicas selectas» que la Pâris regentaba (Casanova, *Histoire de ma vie*, t. I, págs. 582-584, ed. Francis Lacassin, Robert Laffont, 1993). En cuanto a la Lacroix, regentaba un «almacén de muchachas» en el barrio des Porcherons, en la calle de Cliché.

64 *Jephté*, ópera en cinco actos de Pellegrin (1663-1745) y Pignolet de Montéclair (1667-1737), se estrenó en 1732 y gozó de numerosas representaciones a lo largo del siglo.

65 «Por esta distinción se reconoce a las que son mantenidas.» (*N. del A.*)

66 Sobre los nudos y el reloj de repetición, véanse las notas 17 y 9, respectivamente, de *Temidoro* (págs. 728 y 727).

67 El chocolate, que causó sensación en Europa cuando lo trajeron de América los españoles, era símbolo del lujo; su presencia era una obligación social tanto en las casas de las beatas, que invitaban a su mesa a los abates mundanos, como en las de la galantería.

68 Este célebre joyero aparece también en *Las joyas indiscretas* de Diderot con el nombre de Frénicol.

69 «Las señoritas de la Ópera se dan entre sí el título de señora para evitar los equívocos.» (*N. del A.*)

70 Durante el siglo, la burguesía en ascenso formada por recaudadores, financieros, tesoreros del rey, etcétera, construyó elegantes palacetes en la Place Vendôme.

71 Jean Maubois, célebre tornero de metales de finales del siglo XVII; su hija enseñó el arte del torno a Luis XV y al conde de Clermont.

72 «Agua compuesta de varias plantas vulnerarias destiladas con vino blanco, que se usa contra los disparos» de arcabuz (Trévoux). En realidad se empleaba para cualquier herida por arma de fuego.

73 «Ni una palabra»; latinización, que el Diccionario Larousse adjetiva como *divertida*, del término francés *mot*.

74 «Quisieron arrojarla al estanque por haber tenido la desvergüenza de hacer ostentación de su lujo ante una princesa de sangre.» (*N. del A.*)

75 Véase la nota 4 de *Temidoro* (pág. 727).

76 Dios romano, identificado con el Hermes griego, Mercurio es el protector de viajeros y comerciantes. Al helenizarse se le representó como mensajero de Júpiter, e incluso como servidor de las aventuras amorosas del padre de los dioses; su nombre quedó como sinónimo de mensajero de amor entre amantes.

77 «El teniente de policía.» (*N. del A.*)

78 Véase la nota 21 de *Temidoro* (pág. 729).

79 La dolencia es una sífilis. Sobre los *messieurs de Saint-Côme*, véase más arriba la nota 28, en la pág. 749.

80 *L'Astrée*, de Honoré d'Urfé (1568-1625), se convirtió en el modelo de novela pastoril que analiza sutilmente el amor, hasta el punto de fijar el ideal moral del mundano siglo XVII francés. Sus cinco mil páginas, que expresaban el ideal platónico del amor, no le impidieron conseguir un éxito inmenso durante más de cien años; luego fue ridiculizada y su preciosismo condenado en nombre de los Modernos y del nuevo gusto.

81 En Roma, los publicanos se encargaban de recoger los impuestos; en el siglo XVIII recibían ese nombre «los tratantes y gentes de negocios, pero siempre a mala parte» (*Dict. Acad.*).

82 Marie Péliissier (1707-1749) fue rival de Nicole Le Maure sobre los escenarios. Alcanzó gran prestigio y muchos éxitos entre 1726 y 1741, fecha en que se retiró. De ella se enamoró un judío holandés, François Lope Dulis (Ulises es resultado de un juego de palabras con este apellido), que firmó un contrato con pago en diamantes por sus servicios. Cuando éste se enteró de que lo engañaba con el violinista François Francœur, encargó a su lacayo dar una paliza al músico; pero descubierto el complot, amo y criado fueron condenados al suplicio de la rueda en la plaza de Grève.

83 Licaón fue, en la mitología griega, un héroe arcadio que tuvo cincuenta hijos; éstos, para saber si los forasteros que se presentaban en casa de su padre eran divinidades, mataron a un niño y mezclaron la carne con la de la víctima; los dioses, irritados, habrían aniquilado a sus autores; otras versiones de la leyenda presentan a Zeus pidiendo hospitalidad a Licaón, rey de Arcadia con fama de impío, que le sirvió la carne de un niño, en algún

texto uno de sus propios hijos, en otros un nieto del mismo Zeus, que terminó fulminando a Licaón y a todos sus descendientes, excepto a uno, salvado por Gea. A Licaón lo transformó en lobo.

84 La expresión significa tomar una cosa por otra, equivocarse.

85 Véase la nota 8 de *Temidoro* en la pág. 727.

86 *Memento*: término latino: *acuérdate*.

87 Es antiguo en francés el juego de palabras entre *milord* y *milourd* para burlarse de los ingleses: *lourd* significa *pesado*.

88 Céladon encarna en *La Astrea* (véase, más arriba, nota 80) al amante sentimental que expresa su pasión en lenguaje precioso; es sinónimo de hombre simple y de buenos sentimientos en galantería.

89 «Especie de bebida compuesta de limón, aguardiente, azúcar y agua.» (*N. del A.*)

90 Jorge II de Inglaterra (1683-1760) subió al trono en 1727. El príncipe Eduardo (1720-1788), de la rama de los Estuardos, le disputó la corona y trató de reconquistar el trono de su familia. Ayudado por Francia, en 1745 consiguió algunas victorias en Escocia, pero hubo de retirarse y regresar en octubre del año siguiente a Francia.

91 «Medusa.» (*N. del A.*)

Esteno, Euríale y Medusa fueron las tres Gorgonas, hijas de dos divinidades marinas. De ellas sólo la última, Medusa, a la que generalmente se da el nombre de Gorgona, era mortal. Su cabeza estaba rodeada de serpientes, tenía manos de bronce y alas de oro, además de grandes colmillos, sus ojos echaban chispas y su mirada petrificaba a quien la veía. Perseo consiguió cortarle la cabeza, utilizando como espejo su pulimentado escudo que desviaba la mirada de Medusa. Atenea utilizaría esa cabeza en su escudo

92 Véase, sobre Faetonte, la nota 18 de *Temidoro* en las págs. 728-729.

93 El nombre del criado remite al color de la librea de su amo, como en el *Don Juan* de Molière; el teatro de éste y de su época los denomina también por su provincia de origen, por un detalle rural (*La Verdure*, *La Fleur*), como puede verse en varias de las novelas de este mismo volumen.

94 «El autor emplea esta expresión irónica porque los arrendatarios generales son cuarenta, como los académicos franceses.» (*N. del A.*)

95 Claudine Alexandrine Guérin, marquesa de Tencin (1682-1749), profesó como religiosa a pesar suyo; tras romper sus votos y salir del convento, dio a luz un niño que abandonó en los escalones de una iglesia: el niño terminaría siendo d'Alembert, uno de los ilustrados más importantes, director de la *Enciclopedia*. La marquesa tuvo uno de los salones más brillantes del París ilustrado, al que acudían Crébillon, Marivaux, Montesquieu, etcétera. Fue además autora de varias novelas.

96 «Las *Lettres persanes* de M. de Montesquieu.» (*N. del A.*)

Montesquieu (1689-1755), jurista y moralista, se interesó sobre todo en sus *Cartas persas* (1721) por la filosofía política partiendo de la historia; en ella hacía la sátira de las costumbres, la religión, la literatura y la política de la Francia de su tiempo, reflejando las observaciones de dos «persas» que pasan por Europa y sobre todo por París; los corresponsales evocan, además, las costumbres del serrallo, que revelan el lado sensual de la imaginación de su autor. Se le debe una obra mayor del pensamiento político, *El espíritu de las leyes* (1748), en la que realiza un análisis profundo de los elementos constitutivos de las instituciones, que le lleva a exponer la teoría de la separación de poderes en la organización del Estado. También alcanzó gran éxito *Le Temple de Gnide* (1725).

97 Simon Joseph Pellegrin (1663-1745), sacerdote de Cluny secularizado, escribió tragedias, libretos de ópera, madrigales y epigramas. Ante la disyuntiva que le ofrecía el arzobispo de París entre la misa y la Ópera, Pellegrin se decidió por el teatro, firmando con el nombre de su hermano Joseph algunas obras.

98 J.-B. de Boyer, marqués d'Argens (1704-1771), amigo de Voltaire, fue uno de los mayores propagandistas del partido de los Filósofos; entre sus muchas obras –además de unas *Memorias* de su aventurera vida, y de las *Lettres juives* aquí citadas–, destaca la novela galante por antonomasia, junto con *Histoire de Dom B***, portier des chartreux*, de la narrativa erótica del siglo XVIII: *Teresa filósofa* (1748), basada en un escándalo en cuyo proceso intervino, como procurador, su padre: es la «autobiografía» de una joven que recorre desde su adolescencia el camino de la sexualidad; en la descripción de las escenas licenciosas, d'Argens introduce con verba volteriana una defensa del ateísmo, el derecho al placer y los métodos anticonceptivos; su protagonista es un claro antecedente de la *Justine* del marqués de Sade, que llega a dar a Teresa el nombre de la heroína de d'Argens. (Véase nuestra edición: Boyer d'Argens, *Teresa filósofa*, Valdemar, 1999.)

Pierre Bayle se convirtió en precedente de la Ilustración con sus *Pensées diverses sur la Comète* (1682), y el

Dictionnaire historique et critique (1697).

Jean Leclerc (1657-1736), filósofo, historiador y viajero, fue célebre por sus publicaciones periódicas: *Bibliothèque universelle et historique* (1686-1693), *Bibliothèque universelle et moderne* (1714-1727), etcétera.

L'Espion du Grand-Seigneur (1684), de Jean-Paul Marana (1642-1692), influyó poderosamente en la moda de las novelas epistolares; la visita a Francia de un espía sirve para criticar las costumbres francesas, igual que hacen las *Cartas persas* de Montesquieu.

99 El *Dictionnaire néologique à l'usage des beaux esprits du siècle* (1726), del abate Desfontaines (1685-1745), fue una de las armas contra los ilustrados y los modernos, cuyos abusos en materia de autoridad de los clásicos trata de denunciar.

100 Véase la nota 61 de *Temidoro* en la pág. 734.

101 «Orden religiosa que sigue la regla de san Agustín y se consagran al servicio de la Virgen» (Trévoux).

102 «Lugar destinado a fumar tabaco» (*Dict. Acad.*), aunque en él también podía consumirse aguardiente. Gozaron de gran boga en el siglo XVIII.

103 La dos *Foires* (Ferias) de París, espacio de libertad para cómicos y dramaturgos, lo era también para los habitantes de la capital. Sus alrededores tenían mala reputación. (Véase nuestro prólogo a Marivaux, *El juego del amor y del azar – El triunfo del amor*, Espasa, Austral, 2001.)

104 «La Academia francesa.» (*N. del A.*)

105 Personaje de farsa, heredado de la *Commedia dell'arte*, víctima constante de las burlas de todos; llevaba un sayal de paja.

106 Véase la nota 94 de *Temidoro*, pág. 738.

107 La emperatriz romana Valeria Mesalina (15-48), esposa del emperador Claudio y madre de Británico, pasó a la posteridad como símbolo de la depravación y de la crueldad femenina.

108 Alusión a Jacob, héroe de la novela de Marivaux (1688-1763) *Le paysan parvenu* (1735-1736), encarnación del ascenso social.

109 «El alimento y el vestido.»

110 «Líquido lechoso resultante de la transformación en el intestino de los alimentos mezclados a los jugos digestivos y absorbido por los vasos linfáticos» (*Dict. Acad.*).

111 Orígenes (185-254), apologista griego cristiano, nacido en Alejandría; como escritor hizo textos teológicos, exegéticos y apologéticos; aunque de amplia cultura, fue un escritor mediocre. Mientras que él se castró por voluntad propia, el filósofo y teólogo francés Abelardo (1079-1142) lo hizo obligado por el canónigo Fulbert, tío de su amada Héloïse.

112 Tras la elección de la legendaria papisa Juana, los ritos de consagración del papa de la Iglesia católica obligaban a verificar la virilidad del pontífice recién elegido: «Duas et bene pendentes [habet]» («[Tiene] dos y cuelgan bien»).

113 Esculapio, nombre latino de Asclepios, dios griego de la medicina; era hijo de Apolo, que lo arrancó del seno de su madre cuando ésta era colocada en la pira para ser quemada; aprendió sus saberes del centauro Quirón y llegó a descubrir la forma de resucitar a los muertos: Atenea le había dado la sangre que brotó de la cabeza de la Gorgona Medusa cuando la degolló Perseo, y que estaba dotada de propiedades mágicas: mientras la que había brotado de la vena izquierda era un veneno mortal, la sangre del lado derecho era salutífera y con ella Asclepios descubrió el medio de resucitar a los muertos; devolvió la vida, entre otros, a Licurgo, Glauco e Hipólito, el hijo de Teseo. Zeus, temiendo que estas resurrecciones desbaratasen el orden del mundo, lo mató de un rayo.

114 *Miraojos* forma parte de la tradición burlesca del teatro y la farsa de la Feria.

115 Véase, sobre Salpêtrière, la nota 75 de *Temidoro* en la pág. 735.

116 «Se llama así, por irrisión, al verdugo.» (*N. del A.*)

117 Protagonista de una de las farsas más importantes del teatro medieval europeo: *Farce de Maître Pathelin*; son 1.669 versos de autor desconocido, escritos hacia 1464, que tienen por protagonista a Pathelin, encarnación del abogado bribón y pícaro; el resto de los personajes son retratos del natural: la taimada mujer del abogado, el pastor que sabe volver la bribonada contra el leguleyo, el mercader; los tipos siguen siendo populares. Tuvo numerosas adaptaciones hasta finales del siglo XV, y en el XVIII el abate Brueys había sacado de ella una comedia, *L'Avocat Pathelin* (1706).

Boufflers

La reina de Golconda

1 Tras la publicación con gran éxito de la traducción por Antoine Galland de *Las mil y una noches* (1704-1717), fueron varias las continuaciones o imitaciones, entre ellas dos cuentos de Antoine Hamilton, escritor francés de origen irlandés (1648-1720); aquí se alude a *Historia de Flor de espina* (1719), en el que Dinarzade sustituye a su hermana Scherezade en su tarea de contar al sultán, que la noche anterior había estado a punto de dormirse, una historia la milésima noche; de su cuento *Bélier (Ariete)* sale el gigante Molinos.

2 Boufflers juega con el texto de Hamilton: el gigante Molinos le dice a su Bélier narrador: «Bélier, amigo mío... no comprendo nada de todo esto. Si quisieras empezar por el principio, me complacerías; pues todos los relatos que empiezan por el medio no hacen más que embrollar la imaginación».

3 Varios investigadores habían prestado a esta alusión un sentido que no convence a Jean-Pierre Dubost: Arlequín reconocería simplemente las virtudes soporíferas de las *Meditaciones* de Marco Aurelio; para Dubost es más probable que Boufflers aluda a una obra de actualidad del teatro italiano, desconocida hasta la fecha (véase J.-P. Dubost, *Romanciers libertins du XVIIIe siècle*, ob. cit., t. II, pág. 1402).

4 Georgia fue un antiguo reino con capital en Tiflis incorporado a Rusia en 1802, al sur de la cordillera del Cáucaso, entre Armenia, el mar Negro y el Azerbaiján. Circasia es una comarca de Rusia, entre el mar Negro y el Caspio.

5 El cántaro roto se utiliza desde la época clásica como símbolo de pérdida de la virginidad femenina, tanto en literatura como en pintura (*El cántaro roto*, de Greuze).

6 Los catorce o los quince años es la edad que la literatura de la época da para el inicio amoroso de las muchachas.

7 Como el cántaro roto, el anillo es otro símbolo sexual: «Es a un tiempo objeto de valor absoluto y símbolo del reconocimiento, en el sentido más propio del término, puesto que el *symbolon* era esa pieza rota cuyos dos extremos unidos eran la prueba de una relación contraída con anterioridad» (véase J.-P. Dubost, *Romanciers libertins du XVIIIe siècle*, ob. cit., t. II, págs. 1402-1403).

8 Fundada en el siglo XV, Golconda se convirtió en capital de los reyes Qutah Shahi; dos siglos más tarde, las minas de diamante encontradas le daban un esplendor que dejó un aura mítica después de que fuera saqueada por Aurengzeb en 1687.

9 Según la tradición astrológica, gracias a los poderes de ese anillo Salomón habría podido contemplar todo lo que deseaba saber. Véase la nota 6 de *El mozo de cuerda tuerto*, pág. 724.

Jean-François de Bastide

La petite maison

1 «En las grandes casas y palacios se necesitan por lo menos tres patios, el que sirve de entrada, y que se llama por excelencia el “gran patio”, el de cocinas y del común, y el de los carruajes. El gran patio siempre debe ocupar el medio, y tener una extensión proporcionada a la grandeza del edificio. Es preciso que tenga más profundidad que anchura, que comunique por un lado con el patio de cocinas y del común, y por el otro con el de las cuerdas y carruajes, y que estos dos últimos tengan sus salidas particulares para que el estiércol y otras suciedades no pasen ante los ojos del amo» (*Observations sur l'architecture*, 1765).

2 La posesión y mantenimiento de fieras fue en el siglo una de las exhibiciones del lujo, muy criticadas por la *Enciclopedia*: «Hay que destruir las casas de fieras cuando los pueblos carecen de pan; sería vergonzoso alimentar animales con gran gasto cuando alrededor de uno hay hombres que se mueren de hambre».

3 Para diferenciar los caballos de tiro de los de monta.

4 Forman el «común» una o varias estancias donde comen los encargados del servicio de mesa y los criados.

5 «Uno de nuestros pintores franceses que, después de Boucher, es el más destacado en los temas de la Fábula.» (*N. del A.*)

El trabajo de Noël Hallé (1711-1781) carecía, según Diderot, de sutileza, de ideas, de movimiento, pero imitaba bien el colorido de Boucher. Véase, más adelante, la nota 17.

6 «Uno de los arquitectos del rey que mejor entiende la decoración de interiores. El pequeño castillo de M. de La Boissière y la casa de M. Bouret demuestran su talento y su buen gusto.» (*N. del A.*)

Mathieu Le Carpentier (1709-1773) era arquitecto del príncipe de Condé y de recaudadores generales como Gaillard de La Boissière y Bouret, del duque de Choiseul, etcétera.

7 «Escultor célebre por los adornos, al que pertenece la mayoría de las esculturas de los salones de nuestros palacios.» (*N. del A.*)

Dominique Pineau (1718-1786) sucedió a su padre, Nicolas Pineau (1684-1754), en el oficio de escultor ornamentista. Nicolas fue uno de los maestros del decorado grutesco; había vivido en San Petersburgo once años (1716-1727).

8 «Pintor que ha encontrado el secreto de pintar los revestimientos sin olor, y de aplicar el oro sobre la escultura sin blanco de apresto.» (*N. del A.*)

Pierre Bertrand Dandrillon, pintor decorador a quien se debe la «revolución olfativa» que se produjo a partir de mediados del siglo XVIII. Sobre sus hallazgos e inventos técnicos habla Bastide dos páginas más adelante. (Véase más abajo la nota 11.)

9 «Uno de nuestros célebres pintores que, por la fuerza de su colorido, ha merecido un rango distinguido en la escuela francesa.» (*N. del A.*)

Jean-Baptiste Pierre (1713-1789), pintor del rey, sobre el que recayeron honores y distinciones; Diderot, sin embargo, no le aprecia, según su *Salon de 1763*: «A su regreso de Italia, Pierre expuso algunos fragmentos bien dibujados, bien coloreados, audaces incluso y de buenas maneras. [...] Desde hace una docena de años siempre ha ido degenerando, y su altivez ha ido aumentando a medida que su talento se perdía».

10 Morfeo, que tiene por atributo una flor de adormidera y está provisto de alas, personifica en la mitología griega, más que el sueño en sí (que es su padre Hipno), las diversas formas que aparecen en él.

11 «También se debe a este artista el descubrimiento no sólo de haber eliminado el mal olor de la impresión que antes se aplicaba a los artesonados, sino de haber hallado el secreto de mezclar en sus ingredientes el olor que se considere oportuno, olor que subsiste varios años después, como ya han comprobado varias personas.» (*N. del A.*)

12 «Artista experto en el género del que hablamos, y que pintó en Choisy las cosas más hermosas en ese gusto.» (*N. del A.*)

Alexis Peyrotte (1699-1769), colaborador de Boucher, decoró el castillo de Choisy.

13 «El mayor dibujante de su tiempo en arabescos, flores, frutos y animales, y que superó en este género a

Perin, Audran, etcétera» (N. del A.)

Claude Gillot (1673-1722), pintor y dibujante, se encargó de la decoración de la Ópera.

14 «Fundidor y cincelador estimado por los bronce con que están adornados todos los pisos de nuestras casas bellas de París y alrededores.» (N. del A.)

Philippe Caffieri (1714-1774), cincelador, continuó la obra de su padre, Jacques Caffieri (1678-1755), autor del reloj astronómico en el Gabinete de relojes de Versalles.

15 «Se llama también *pagodas* a pequeñas figuras, por lo general de porcelana, que a menudo tienen la cabeza móvil» (Dict. Trévoux).

16 «Otro pintor célebre de arabescos, y de modo particular para los animales.» (N. del A.)

Christophe Huet, pintor y decorador, murió en 1759.

17 «El pintor de las Gracias y el artista más inteligente de nuestro siglo.» (N. del A.)

Protegido por Mme. de Pompadour, François Boucher (1703-1770) es el gran pintor y decorador de su época; Diderot aprecia en él su dominio de la luz y de las sombras, su elegancia, «su galantería novelesca, su coquetería, su gusto, su facilidad, su variedad, su brillo, [...] que deben cautivar a los petimetres, a las petimetras, a los jóvenes, a las gentes de mundo, a la multitud de los que son ajenos al verdadero buen gusto, a la verdad, a las ideas justas, a la severidad del arte».

18 «Orfebre famoso, hijo del mayor pintor que Europa haya tenido en este género.» (N. del A.)

François Thomas Germain (1726-1791), orfebre y cincelador, sucedió a su padre como proveedor de mesas palaciegas.

19 «Por esta palabra se entiende una composición de cristal de color amarillento o rosáceo, salpicada de puntos brillantes de color oro» (Enciclopedia).

20 «Célebre barnizador conocido por todo el mundo.» (N. del A.)

Los Martin fueron dos hermanos, inventores de un barniz que llevó su nombre. Se dedicaron a la decoración de interiores e incluso de carruajes, en el ambiente de lujo en que se movieron, y que el autor de *Margot la remendona* reprueba, calificando ese gusto por la decoración de las carrozas como «perverso y crapuloso».

21 «Uno de los pintores más excelentes de nuestros días en este género, que ha abandonado hace poco para convertirse en rival de Desportes y de Oudry, y quizá superarlos.» (N. del A.)

Jean-Jacques Bachelier (1724-1806), especialista en la pintura de flores y animales, intentó la pintura histórica. El juicio de Diderot en sus «Salons» es negativo.

Nicolas Desportes (1718-1787), sobrino de Alexandre-François Desportes, y Jacques-Charles Oudry (1720-1778) también fueron pintores mundanos, especializados en temas de caza y de sus naturalezas muertas.

22 Esa válvula, de reciente invención, se encargaba de obstruir el agujero de los aparatos de deposición para evitar el rechazo de los olores; lujo nuevo, «es uno de los mecanismos del confort que caracterizan a la nueva higiene. Es completada por la circulación de agua, que permite limpiar la cubeta. La *chaise percée* [el sillón o silla empleados para las deposiciones], con una abertura en su asiento, y que podía desplazarse de una estancia a otra fue sustituida por un lugar fijo y cerrado, dedicado a ese uso» (Georges Vigarello, *Le Propre et le Sale. L'Hygiène du corps depuis le Moyen Âge*, 1985).

23 «Antiguo decorador de la Ópera y de los pequeños aposentos de Versalles.» (N. del A.)

Pierre Robert Tremblin, decorador de la Ópera y director de las obras de China en los Gobelinos.

24 Obra pastoril de Destouches, con libreto de Houdar de La Motte, estrenada en 1697 con motivo de las bodas del duque de Bourgogne.

25 El *bouligrin*, inventado en Inglaterra (*boule*, redondo; *green*, prado verde, césped), era un tipo de arriate formado «con piezas de césped recortado, con rebordes de vertiente para la caída de las aguas y árboles verdes en las esquinas y otros lugares. Se siega cuatro veces al año el césped para hacerlo más aterciopelado» (Enciclopedia).

26 «Artificiero italiano de mucho talento, empleado con frecuencia por la Corte y los príncipes.» (N. del A.)

27 Uno de los libros de poemas de Bastide lleva por título *Les Gradations de l'amour*, asunto al que también dedica un artículo en su *Dictionnaire des mœurs*: «Método necesario para prevenir la envidia y para perfeccionar el amor. Llegando gradualmente hasta el trono de la fortuna y el término de los placeres, uno se prepara una posesión más tranquila y un goce más dulce; ésa es la ciencia del corazón y del espíritu».

28 El mecánico Guérin había instalado para el rey en el castillo de Choisy una mesa volante parecida a la aquí descrita.

29 «Estucador milanés que alcanzó una gran reputación cuando hizo el salón de Neuilly para el señor conde d'Argenson, y, en último lugar, el de Saint-Hubert para su Majestad.» (*N. del A.*)

Antonio Clerici siguió la técnica descrita en la *Enciclopedia* para los estucos o «mármoles ficticios»: «La dureza que se sabe darles, los diferentes colores que se mezclan en ellos, y el pulido de que son susceptibles los vuelven idóneos para representar casi al natural los mármoles más preciosos».

El castillo de Saint-Hubert, construido en 1755 por Gabriel, fue lugar de citas de caza de Luis XV; fue destruido durante la Revolución.

30 «Escultor del rey, célebre por siempre por sus excelentes obras, muchas de las cuales han sido expuestas recientemente en el Salón.» (*N. del A.*)

Étienne Maurice Falconet (1716-1791) fue uno de los mayores escultores de la época; invitado por Catalina II, viajó a Rusia para trabajar a las órdenes de la zarina.

31 Como es una divinidad menor de la mitología griega, aparece tardíamente y personifica el espíritu del banquete; suele representarse acompañado por un cortejo de bebedores, con su dios Baco (Dioniso) al frente.

32 «Otro escultor del rey, a quien la ligereza del cincel y sus seductoras gracias han otorgado tanta fama.» (*N. del A.*)

Louis Claude Vassé (1716-1772), gran escultor de su época admirado por Rousseau; se le debe *La mujer acostada sobre un zócalo*, llorando sobre una urna funeraria (1763).

33 «¡Qué insensato era yo al creer / que un vano laurel, por la victoria dado, / fuese de todos los bienes el máspreciado! / Todo el brillo con que reluce la gloria / ¿vale una mirada de vuestros ojos?», *Armide*, tragedia con música de Lulli y libreto de Quinault, estrenada en 1686. Su fuente es *La Jerusalén libertada* del Tasso.

34 «Tela de seda sin torcer, pero tal como está se devana desde la parte superior los capullos; se hace a la manera del *gros* de Tours. Procede de la India» (*Dict. Trévoux*).

35 «Dibujante y grabador de primer mérito, que sucedió con tanto lustre al célebre Callot, a Labelle y a Le Clerc.» (*N. del A.*)

Charles Nicolas Cochin (1715-1790), grabador e ilustrador, a quien se debe el frontispicio de la *Enciclopedia*. Los otros dos artistas citados, Stefano della Belle (1610-1664) y Sebastián Leclerc (1637-1714) fueron continuadores de Callot.

36 «Grabador del Gabinete del rey, a quien debemos la bella colección de las obras de Teniers, grabadas con tanto arte por este célebre artista.» (*N. del A.*)

Jean Philippe Lebas (1707-1783), grabador de obras de pintores holandeses, en particular de Teniers.

37 «Otro grabador, que en sus obras expresa con tanto arte el talento de los autores que transmite a la posteridad.» (*N. del A.*)

Laurent Cars (1699-1771) grabó obras de Greuze, Boucher y Watteau.

38 Sobre la *duchesse*, único término de los aquí citados que aparece en el *Dictionnaire* de Trévoux, véase la nota 30 a *Temidoro*, en la pág. 730; el término *ottomane* aparece en la lengua francesa en 1729, en un inventario del mobiliario de la Corona; *sultana*, sin embargo, no aparece hasta finales del siglo XVIII; líneas más abajo se habla de la *bergère*, una especie de sillón alargado.

Vivant Denon

Sin mañana

1 Epístola de san Pablo a los Corintios (II, 3, 6).

2 Para Bastide, la decencia es «un deber más indispensable que la virtud [...] un velo mejor tejido que la hipocresía» (*Dictionnaire des mœurs*, 1773). No se trata de un valor moral, sino de una convención social que en ocasiones linda con la coquetería, como en La Morlière, autor de una novela libertina, *Angola* (1746), en la que la protagonista, vistiendo un transparente *déshabillé* «por decencia, hacía nudos».

3 Según la *Enciclopedia*, un antepatio de un palacio o de un castillo en el campo es «un patio que precede al principal; como el patio de los ministros en Versalles, y el primer patio del Palais-Royal en París. Esta clase de antepatio sirve a veces para comunicar en los corrales con las cocinas y cuadras que muy a menudo están a ambos lados». (Véase la nota 1 de *La Petite Maison*, en la pág. 758.)

4 «Las vacas de río son vacas muy gordas, que vienen de los alrededores de Ruán, donde hay buenos pastos» (*Dict. Trévoux*).

5 En Cnido, ciudad de Asia Menor, se rendía culto a Venus durante las fiestas consagradas a Apolo y Neptuno; en ella se encontraba una estatua de la diosa hecha por Praxíteles. En la cultura del siglo XVIII, Cnido se convirtió en el espacio donde se desarrollaban la delicadeza y los amores pastoriles. Vivian Denon recuerda aquí un poema de Montesquieu, *Le Temple de Gnide* (1725), que fue dado a las prensas como traducción de un manuscrito griego; los voluptuosos cuadros que ofrecía le ganaron un éxito indiscutible en la época.

6 En la mitología griega, Amor, enamorado de Psique, la lleva a un palacio encantado, prometiéndole dicha eterna siempre que no tratase de ver nunca el rostro de su amante. Una noche, Psique contempla dormido a Cupido, quien despierta por una gota de aceite que cae de la lámpara de la joven: el hechizo se rompe, los encantamientos desaparecen.

7 La cursiva del original indica que el término es técnico, definido por Trévoux como «tela toda de seda [...] a la que se ha dejado el pelo largo. [...] Se dice también de las telas que son aterciopeladas».

8 Cojines que se utilizaban para «ponerse de rodillas más cómodamente en la iglesia, [...] o en las habitaciones para sentarse o acodarse» (*Dict. Trévoux*).

Pidansat de Mairobot

Confesión de una joven

1 Véase la nota 9 de *Margot la remendona*, pág. 747.

2 Pedro Pablo Abarca de Bolea, conde de Aranda (1719-1798), se inició en la milicia; herido en 1743 durante la guerra que España libraba contra Austria en suelo italiano, viajó por distintos países europeos que le dieron una formación intelectual poco frecuente en España; en París entró en contacto con los hombres y la ideología del enciclopedismo. La llegada de Carlos III al trono (1759) supuso un cambio radical para Aranda, que, sin dejar de ostentar los cargos más altos de la milicia, va a inspirar las medidas reformistas de ese rey en un intento frustrado por modernizar la vida social española; despedido de la organización del Estado (1773), fue enviado como embajador a París; veinte años más tarde Carlos IV le ofrecerá la cartera de Estado, pero sus diferencias con el favorito Godoy –Aranda abogaba por la neutralidad frente a la Francia revolucionaria; Godoy creía que España debía convertirse en abanderada de los principios monárquicos y de la religión católica, hasta el punto de organizar una extravagante expedición militar que tuvo que volverse en Perpiñán– jugaron en su contra; detenido tras un enfrentamiento entre ambos en una sesión del Consejo de Castilla (14 de marzo de 1794), fue desterrado a Jaén; al año siguiente, indultado, se retiraba a Épila (Zaragoza).

3 Madame Gourdan fue una de las principales regentes de prostíbulos del París de la época; las notas con que Pidansat salpica su texto dejan claras sus andanzas.

4 «Ved mis cartas anteriores del 11 de septiembre de 1755 y del 16 de febrero, etcétera. Por lo demás, milord, no he podido daros cuenta de las secuelas de su proceso, de cuyo juicio no he sabido nada, si es que lo hubo; pero parece que, gracias a sus altas protecciones, ha salido victoriosa o, cuando menos, impune, puesto que ha reanudado su comercio con más esplendor que nunca.» (*N. del A.*)

5 «Siempre hay en el castillo una guardia de inválidos mandada por un oficial del palacio.» (*N. del A.*)

6 «Los oficiales del prebostazgo de palacio son los únicos que tienen derecho de jurisdicción y de actuación en las casas y dependencias reales; juzgan los delitos y la apelación de su juicio va al Gran Consejo.» (*N. del A.*)

7 Charles Michel (1736-1793), marqués de Villette, llevó una vida de escándalos con actrices de moda y se hizo famoso por sus «vicios contra natura».

8 «Me hice explicar qué era ese reglamento, que al principio me pareció bárbaro e infame, y cuyo espíritu, gracias a su desarrollo, deriva, si no de una legislación austera, al menos de una política bien entendida. En efecto, en primer lugar esa sustracción a la autoridad paterna nunca puede producirse en caso de obsesión o de seducción; tiene que ser voluntaria y meditada. Pero ¿de qué serviría hacer pasar bajo el yugo del honor a una joven que ya se ha liberado de ese yugo una vez? Sólo podría servir para exponerla al maltrato de sus padres, cuya severidad toda no le haría recuperar la sensatez.» (*N. del A.*)

9 «Quizá os ponga en un aprieto, milord, el papel que Mme. Villette desempeñaba en esa época; no estaba allí, había ido a pasar el día a casa de Mme. Denis.» (*N. del A.*)

10 «Término [*juste*] popular en Francia, que equivale al de [*casquin*] casaquín.» (*N. del A.*)

11 «Como podéis suponer, milord, no es ésa la palabra empleada por Mlle. Safo; pero he creído que debía sustituir esa imagen por el término de la depravación que utilizó ella, y lo mismo haré con otras muchas expresiones demasiado groseras.» (*N. del A.*)

12 «Madame Gourdan estaba tanto más interesada en que no se la involucrara en esta circunstancia cuanto que los magistrados, quizá por primera vez, habían distinguido en su caso dos especies de alcahuetas. Sus partidarios en la Tournell querían que el castigo de ser paseada en un burro con la cara vuelta hacia la cola sólo se infligiera a las primeras; o, mejor dicho, la ley no reconoció realmente alcahuetas más que a éstas. Gracias a ese sutil giro, Mme. Gourdan se libró del castigo. Esto es lo que he sabido una vez comenzada esta carta.» (*N. del A.*)

13 «Madame Gourdan hace a carne y a pescado. Proporciona chicas a los hombres y hombres a las mujeres; al parecer también presenta *súcubas* a las tribades. Se llama así a las pacientes en los combates amorosos de mujer a mujer.» (*N. del A.*)

14 Anagrama de Mme. de Fleury, Élisabeth Dubois de Courval, esposa del abogado del Parlamento Joly de

Fleury, relacionada según la crónica de la época con los ambientes lésbicos de París, y en especial con Mlle. Raucourt, cuyas deudas pagó. Murió en la guillotina durante el Terror.

15 «Mademoiselle Safo había conservado copia de este billete, y quizá os encante, milord, conocer el estilo de Mme. Gourdan.

“Madame,

”He descubierto para vos un bocado de rey, o mejor dicho de reina, si hubiera alguien que tuviese vuestro depravado gusto; porque no puedo calificar de otro modo una pasión tan contraria a mis intereses; pero conozco vuestra generosidad, que me obliga a dejar a un lado el rigor que debería tener con vos. Os aviso que tengo a vuestro servicio el más hermoso clítoris de Francia, además de una verdadera doncella de quince años a lo sumo; probadla, me remito a vos, y estoy convencida de que nunca podréis agradecerme bastante. Por lo demás, como no le habréis hecho gran daño, si no os conviene, devolvédmela, que todavía será una virginidad excelente para los más entendidos.

”Toda vuestra con mis mejores... etcétera.”

»Después he sabido que Mme. de Furiel había enviado a Mme. Gourdan, como arras, un cartucho de veinticinco luises y además el resto de mi tarifa fijada en total en cien luises.» (N. del A.)

16 Diosa del fuego y el hogar, Vesta fue identificada por los romanos con la Hestia de los griegos. Pertenece al grupo de las doce grandes divinidades y su culto depende de manera directa del Sumo Pontífice, ayudado por sus sacerdotisas, las vestales, que se encargaban de la protección de la ciudad y tenían que ser vírgenes.

17 «Esta forma de expresarse, milord, quizá os parezca poco natural de parte de Mlle. Safo; pero más adelante veréis que había recibido una gran educación de Mme. de Furiel; que había leído sobre todo muchas novelas, y que, si a su lado había echado a perder su corazón, su mente se había formado bien.» (N. del A.)

18 «Charlatanes aquí de moda un tiempo, y que pretendían curar las enfermedades estrujando los miembros.» (N. del A.)

19 «Falda hecha de dos muselinas, llamada *intime* porque se pega exactamente al cuerpo.» (N. del A.)

20 «Mademoiselle Safo no pudo darme razón de la etimología de esta palabra, que viene en mi opinión del griego, y que en francés quiere decir *antihombre*.» (N. del A.)

21 «Mademoiselle Safo nos dijo que más tarde supo en qué consistía esta clase de pruebas y nos las refirió.

»Se encierra a la postulante en un tocador donde hay una estatua de Príapo en toda su plenitud; se ven en él, además, varios grupos de acoplamientos de hombres y mujeres ofreciendo las actitudes más variadas y más lujuriosas. Las paredes pintadas al fresco sólo presentan imágenes del mismo tipo, miembros viriles por todas partes; sobre una mesa hay libros, carpetas y estampas análogas.

»Al pie de la estatua hay un hornillo, cuyos fuego y llama mantienen materias tan ligeras y tan combustibles que, a poco que la postulante se distraiga un minuto, corre el riesgo de dejar apagarse el fuego, que luego no puede volver a encender; de modo que, cuando van a buscarla, se ve si ha sufrido alguna emoción fuerte que siga indicando que se siente inclinada a la fornicación, a la que debe renunciar.

»Por lo demás, estas pruebas duran tres días seguidos durante tres horas.» (N. del A.)

22 «Da la impresión, milord, de que esa estatua y el globo están vacíos y llenos de un aire más ligero que el de la atmósfera del salón, de manera que se hallan en perfecto equilibrio. Así explicaron este prodigio, que tiene mucho de novela, expertos físicos presentes en este relato. Citan incluso la obra de un tal padre Joseph Galien, dominico, antiguo profesor de filosofía y de teología en la Universidad de Aviñón, quien en 1755 publicó *L'Art de naviguer dans les airs* (*El arte de navegar en los aires*), establecido sobre principios de física y de geometría.» (N. del A.)

23 Charles de Beaumont, caballero d'Éon (1728-1810), formó parte del servicio de información de Luis XV; desempeñó su cargo en la corte de la emperatriz rusa Isabel, disfrazado de mujer según la leyenda que él mismo forjó. Secretario de embajada en Londres a partir de 1762, negoció, una vez descubierto su sexo, su regreso a Francia en 1775, ya bajo Luis XVI, exigiendo que el rey firmase un decreto en que se le reconociese como mujer. Diez años más tarde regresaba a Londres, donde murió en la pobreza. La autopsia reveló que tenía unos órganos masculinos perfectamente formados. Se convirtió en la primera mujer que disputó la carrera política y militar a los hombres, y defendió la superioridad de la mujer.

24 Jean Antoine Houdon (1741-1828), uno de los escultores más importantes del siglo XVIII, fue autor de retratos célebres, entre ellos de los personajes más relevantes de la Ilustración: Voltaire, Rousseau, Diderot, Buffon, Mirabeau, etcétera.

25 Poetisas griegas pertenecientes al círculo de Safo, de quien figuran como compañeras.

26 Georges-Louis Leclerc, conde de Buffon (1707-1788), hizo estudios de medicina, botánica e historia natural. Director del Jardin du Roi desde 1739 hasta su muerte, escribió una *Histoire naturelle* –44 volúmenes, de 1749 a 1804– cuyo valor científico parece débil desde los actuales puntos de vista, pero a la que supo impregnar de intuiciones fecundas; además, se convirtió con su *Discours sur le Style* en el modelo más perfecto del ideal clásico del estilo, que considera reflejo directo del pensamiento mismo del escritor. Redactó para la *Encyclopédie* el artículo «Nature» (Naturaleza), pero no tomó partido en la lucha de los Filósofos contra la Iglesia.

27 «Célebre actriz de la Comédie Française.» (N. del A.)

Marie Antoinette Saucerotte (1756-1815) era hija de un cómico del Théâtre Français, donde ella misma debutó en 1772; su fama, sin embargo, tuvo su origen en su relación escandalosa con la baronesa Souque de La Salle. A su muerte, el párroco de Saint-Roch se negó a celebrar sus funerales, y, ante las exigencias de la multitud, para que tuvieran lugar se necesitó una orden del rey conminando al cura a dar honras fúnebres a la actriz.

28 «El cardenal de Bernis en sus cuatro estaciones o cuatro partes del día.» (N. del A.)

François Joachim de Pierres (1715-1794), cardenal de Bernis pese a su falta de vocación religiosa, participó durante su juventud en los ambientes elegantes y de costumbres libres de París; tras los versos galantes que escribió en esa época, sus *Poésies diverses* (1744) le ganaron el favor de Mme. de Pompadour. Hábil diplomático, después de perder el favor de su protectora retornó a la vida eclesiástica para terminar instalándose en Roma, donde vivió como gran señor. Poeta gracioso, ingenioso, galante y menor, entre sus obras literarias figuran *Quatre Saisons* (1763), a la que alude la nota de Pindasat, *Les Saisons et les Jours* (1764) y unas *Mémoires* (hasta 1758, y publicadas en 1878) de importante documentación histórica.

29 «El apuro de aparecer desnuda es el atractivo de la desnudez.»

30 «Creo, milord, que estos versos están imitados o parafraseados de un poeta latino llamado Juan de Nevizan, que vivía en el siglo XVI y escribió un poema titulado *Sylva nuptialis*. Éste es el fragmento original, que sin duda os encantará comparar.

*Triginta hæc habeat quæ vult formosa vocari
Femina: sic Helenam fama fuisse refert
Alba tria et totidem nigra et tria rubra puella,
Tres habeat longas res, totidemque breves,
Tres crassas, totidem graciles, tria stricta, tot ampla;
Sint ibidem huic formæ, sint quoque parva tria,
Alba cutis, nivei dentes, albique capilli,
Nigri oculi, cunnus, nigra supercilia.
Labra, genæ atque ungues rubri. Sit corpore longa,
Et longi crines, sit quoque longa manus,
Sintque breves dentes, auris, pes; pectora, lata,
Et clunes, distent ipsa supercilia.
Cunnus et os strictum; stringunt ubi singula stricta,
Sint venter, cullus, vulvaque turgidula,
Subtiles digiti, crines et labra puellis,
Parvus sit nasus, parva mamilla caput.
Cum nulli aut raræ sint hæc, formosa vocari,
Rara puella potest, nulla puella potest.» (N. del A.)*

31 «Que pretendiendo el honor de ser bella, / de reproducir en sí el soberbio modelo / que de Helena antaño abrasó el universo, / exhibe en su favor treinta encantos diversos. / Que cubriéndola cada uno tres veces a intervalos, / el blanco y el negro y el rojo mezclados / ofrecen otras tantas veces a los ojos maravillados / de un mismo color el desigual matiz. / Después que nueve veces hacia esta obra maestra de amor / la naturaleza, pródiga y avara sucesivamente, / en el extremo opuesto, con siempre segura mano, / de sus dimensiones le trace la medida: / Tres fruslerías más, y tendrá ella en sus rasgos / de un conjunto divino los contrastes perfectos. / Que sus cabellos sean blancos, sus dientes como el marfil, / que su piel supere de la azucena el frescor; / que

como el ojo, las cejas, aunque de color más negro, / su pelo del entorno la blancura revelen. / Que uñas, mejillas y labios bermejos tenga. / Largas la cabellera, la estatura y la mano; / sus dientes y sus pies cortos sean, así como su oreja; / elevada la frente, amplio el seno; / que sobre todo la ninfa de rollizas nalgas / a los expertos presente formas bien redondeadas; / que las caderas, el amante, sin hacerle daño, / pueda con sus dos manos fuertemente abrazar, / que su graciosa boca, de infalible augurio, / anuncie del placer el estrecho y penoso acceso. / Que el ano, la vulva y el vientre adecuados / dulcemente hinchados estén, nunca planos. / Una nariz pequeña mucho agrada, y una cabeza pequeña, / un pezón que rechace el beso al que invita; / finos cabellos, delgados labios y dedos muy delicados / completan esta total belleza inencontrable».

32 Véase sobre el beso a la florentina la nota 12 de *La Mesalina francesa*, pág. 773.

33 «No dejé de pedir a Mlle. Safo esa copia para juzgar si merecía la pena enviársela; pero no ha podido encontrarla; para compensarme, me ha procurado otro discurso pronunciado en las mismas circunstancias por el mismo orador para Mlle. Aurora, nueva adquisición que hizo ese año Mme. de Furiel.» (N. del A.)

34 «Palabra tomada de la liturgia sagrada: se llama así a los monaguillos que llevan el incienso.» (N. del A.)

35 Se da el nombre de Licurgo al legendario legislador de Esparta, del que ni siquiera se sabe la época en que vivió. Se le atribuye la constitución espartana y su organización militar y civil, aunque las tradiciones espartanas de la época histórica parecen haber derivado de prácticas antiguas, modificadas lentamente a lo largo de los siglos; se supone que, entre los años 800 y 600 antes de nuestra era, un solo legislador –Licurgo– se encargó de recoger y fijar las instituciones espartanas.

36 Safo, la poeta lírica griega por excelencia, nació en la primera mitad del siglo VI antes de nuestra era en la isla de Mileto. De los nueve libros que escribió, sólo se han conservado un puñado de fragmentos. La inspiración de sus poemas está estrechamente ligada al ambiente de jóvenes poetas, músicas y artistas entre las que vivía, y hacia las que su poesía expresa con todos los matices del amor, la intensidad de su pasión, en versos cincelados con hábil armonía.

37 Circe, hija de Helios, es la maga más célebre de la mitología griega, con poderes para convertir a los hombres en animales. En cuanto a Armida, es la maga de *La Jerusalén libertada*, del Tasso.

38 «La señora duquesa d'Urbsrex y la señora marquesa de Terracenès.» (N. del A.)

Con el primer nombre, Pidansat alude a la duquesa de Villeroy, una de las lesbianas más conocidas de París; mantuvo relaciones amorosas con la marquesa de Sénecierre, apellido que en la nota de Pidansat se transforma en «Terracenès».

39 «El señor de Furiel fue procurador general durante toda la duración del parlamento Maupeou, y es fácil recordar lo mucho que hizo hablar de él.» (N. del A.)

40 «La señora marquesa de Téchul.» (N. del A.)

El apellido alude, en anagrama, a Suzanne Delon, esposa del marqués de Luchet, y amante de Françoise Raucourt.

41 «A veces se ha visto a Mme. de Téchul disfrazarse de doncella huesuda, de cocinera, para acercarse a los objetos de su pasión.» (N. del A.)

42 «Mademoiselle Clairon.» (N. del A.)

Claire Josephine Léiris (1723-1803), conocida en el teatro como Mlle. Clairon, y también como Frétillon («que no cesa de agitarse»), insulto que escribió contra ella Gaillard de la Bataille en su *Histoire de la vie et mœurs de Mlle. Crosnel, dite Frétillon (Historia de la vida y costumbres de Mlle. Crosnel, llamada Frétillon)*. En 1743 debutó en la Comédie Française con un éxito que la puso al nivel de Mlle. Dumesnil. Inspirada en parte por los filósofos, reformó el sistema de la declamación clásica en 1755, haciéndola más sencilla. Se enfrentó a los poderes públicos luchando por la rehabilitación de los comediantes y llevó a cabo una huelga de la Comédie Française en 1765, por lo que hubo de pasar varios días en prisión. A su salida, abandonó el teatro para siempre, a los cuarenta y tres años. Encarnó con gran éxito el papel protagonista de la obra *Tancrède*. Dejó unas *Mémoires* (1798) en las que aboga por un trabajo intelectual por parte del actor en la preparación de los papeles y en el detalle de la interpretación. Precursora de la puesta en escena y de la interpretación naturalista, fue muy estimada por Voltaire y Diderot.

43 «Un principito de Alemania, un margrave.» (N. del A.)

44 Melpómene es la musa del canto y de la música en la mitología griega.

45 «Mademoiselle Arnould.» (N. del A.)

Sophie Arnould (1740-1802), actriz de la Ópera, debía su prestigio a su canto y a su voz. Alimentó la crónica

escandalosa de la época con el elevado número de amantes que tuvo.

46 «Mademoiselle Souck, alemana.» (N. del A.).

Mademoiselle Souck, o Souques, compañera de Mlle. Raucourt, se relacionó amorosamente con varios hombres célebres. Obligada por la bancarrota de su economía, huyó a Alemania, donde logró seducir al hermano del rey de Prusia. Tanto ella como Mlle. Raucourt terminaron siendo expulsadas de Alemania por estafa.

47 «Mademoiselle Souck era mantenida por un hermano del rey de Prusia.» (N. del A.)

48 «Mademoiselle Julie, joven tríbade, formada por Mlle. Arnould y Mlle. Raucourt.» (N. del A.)

49 «Mademoiselle Raucourt acababa de dejar al señor marqués de Bièvre, no sin haberlo desplumado considerablemente; él le había asegurado una renta vitalicia de doce mil libras, por lo que ese caballero aficionado a los retruécanos la llamaba *l'ingrate Amaranthe* [la ingrata a mi renta].» (N. del A.)

50 «M. de Monville.» (N. del A.)

Jacques Marie Boutet de Montvel, actor y dramaturgo, hubo de exiliarse a Suecia en 1781, perseguido por su homosexualidad; estuvo casado y mantuvo relaciones e hijos con distintas mujeres.

Un «agradable» es, según el Littré, «un hombre, una mujer que trata de agradar con una elegancia de modales afectados y un lenguaje de galantería».

51 Hija de Minos y de Pasífae, Ariadna se enamoró de Teseo cuando éste llegó a Creta para combatir al Minotauro, y le ayudó mediante un ovillo que permitió al héroe salir del Laberinto. Huyó luego con él, pero Teseo la abandonó antes de llegar a Atenas, en la isla de Naxos; ahí la encontró el dios Dioniso, que se casó con ella y la llevó al Olimpo.

52 «C'est un eunuque au milieu du sérail

Qui n'y fait rien et nuit à qui veut faire.»

Todo el mundo conoce el epigrama de Piron que termina así.» (N. del A.).

Alexis Piron (1689-1773), poeta y comediógrafo francés, célebre por su espíritu cáustico; una de sus primeras composiciones, la «Oda a Priapo», fue causa de constantes problemas para este poeta que, siempre pobre, viajó de una parte a otra hasta que una comedia en tres actos, *Arlequin-Deucalion* (1722), le hizo célebre y le permitió vivir de las comedias que representaba el Teatro de la Feria; su comedia *La Métromanie* (1738) le convirtió en el primer autor cómico de su tiempo. De todos modos, la posteridad sólo ha retenido de Piron al hombre ingenioso de réplicas maliciosas y epigramas malvados, en su mayoría contra sus compañeros de letras, que salían de la mesa que ocupaba en el Café Procope. Muy religioso al final de su vida, dedicó su escaso talento poético a la redacción de obras de esa temática.

53 Marie-Jeanne, llamada Rose Bertin, fue la modista más importante del período; a ella recurren la Corte, empezando por María Antonieta, los comediantes y las figuras más notorias de la ciudad.

54 La abadía de Saint-Martin se convirtió en prisión para mujeres; constaba de seis edificaciones y dos cuadras.

55 El hospital de la Salpêtrière contaba con tres divisiones: la Gran Fuerza, para los condenados a cadena perpetua; la Prisión, para condenados a una pena con límite temporal; y el Común, donde iban a parar las prostitutas o las mujeres que, tras denuncia de los maridos, eran condenadas por libertinaje.

56 *Oraison funèbre de Mme. Justine Pâris, grande prêtresse de Cythère*, que pronunció Mme. Gourdan el 14 de noviembre de 1773. En él se describe al hospital de la Salpêtrière como un «edificio soberbio que la magnificencia de nuestros reyes mandó construir para retiro de mujeres inválidas».

57 Chrétien Guillaume de Lamoignon de Malesherbes (1721-1794), primer presidente del tribunal des Aides (Asistencia pública) en 1750, y director general de la Librería, departamento encargado de la censura de libros, que Malesherbes ejerció con gran prudencia.

58 Alusión a la escena más célebre de la *Fedra* de Racine, en la que la protagonista declara su amor por su hijastro Hipólito (II, V).

59 Es decir, un cardenal.

60 Las cuatro regentaban los prostíbulos más famosos del siglo en París.

61 Sinónimo de masturbación, a partir del latín *manu* (mano), como el argótico «manuela».

62 «Autor muerto en 1663 y que había puesto de moda en Francia las novelas largas.» (N. del A.).

Gautier de Coste, señor de La Calprenède (1610-1663), figura clave del preciosismo y autor de largas novelas de gran éxito en ese ambiente, como *Cassandre* (10 vols., 1642-1650), *Cléopâtre* (12 vols., 1647-1658) y

Faramond (inacabada, 12 vols., 1661-1670); son narraciones de marco pseudohistórico y moral corneliana; antes había intentado sin éxito los escenarios con tragedias y tragicomedias.

63 Sobre el Aretino, véase la nota 41 de *Margot la remendona*, pág. 750.

64 «He conservado, milord, este término de Mlle. Safo, por su energía, difícil o más bien imposible de explicar de otra manera. Expresa de la forma más despectiva la vileza del papel que desempeña en los sitios malfamados un hombre que en ellos sólo recibe placer en proporción al dinero que da. Las chicas llaman buen cliente al que paga bien, mal cliente al que paga mal, cliente necio al que no posee el tono o la elegancia requeridos para el lugar en que se encuentra.» (N. del A.)

65 Con el nombre de *plumet* se conoce al joven «que lleva un plumero; y ordinariamente no se dice en este sentido más que por burla o por desprecio» (*Dict. Académie*, 1762).

66 «Famosa estatua que todo el mundo conoce.» (N. del A.)

67 «Este apotegma dice en su verdadera energía: *todo es c. en una mujer.*» (N. del A.)

68 «Entre otros del jesuita Sánchez, *De matrimonio.*» (N. del A.)

De sancto matrimonio (1602), del jesuita español Tomás Sánchez (1550-1610); sus ideas, muy en boga en los países que, como España, siguieron las directrices del Concilio de Trento, eran motivo de burla para el resto de Europa.

69 «Este proverbio al natural dice que “con la saliva o la paciencia un provenzal en... a una mosca”.» (N. del A.)

Anónimo

La Mesalina francesa

1 Jule de Polignac.

2 El príncipe de Hénin (1744-1794), capitán de los guardias del conde d'Artois, llevó una vida libertina entre cortesanías, cantantes y actrices; casado en 1766 con Adélaïde Felicité Étienne de Monconseil, su matrimonio duró poco; íntimo del conde d'Artois, emigró con él al producirse la Revolución francesa (1789); de regreso a Francia cinco años más tarde, murió en la guillotina.

3 D es la inicial del autor del *Viaje descubierto*, firmado por M. Destrin.

4 Expresión tópica que aparece en toda la narrativa libertina, empezando por *Teresa filósofa* (ob. cit., pág. 22, aunque en este caso para desdeñarlo y preferir las nalgas de la protagonista) y siguiendo por la *Historia de Dom B****, *portero de los cartujos*.

5 La *petite maison* se destinaba, según las *Confesiones del conde de **** «a los amantes que estaban obligados a guardar las apariencias y a observar el misterio para verse».

6 Véase la nota 48 a *Margot la remendona*, págs. 750-751. Y sobre la terraza, véase la nota 9 de esa misma novela, en la pág. 747.

7 La virginidad de María Antonieta fue un tópico de los círculos aristocráticos; tenía su fundamento en la impotencia de Luis XVI durante los primeros años de matrimonio; una operación de fimosis solucionó los problemas sexuales del monarca.

8 El término *gaule*, que traduzco por *túnica*, identifica un ropaje de una longitud aproximada de 1,30 metros.

9 Los distintos regalos suponen 58.000 libras, a las que hay que sumar el valor de la tierra, 38.000 escudos (90.000 libras); sólo la primera cantidad equivalía a la renta anual de una familia aristocrática.

10 En esa etapa, la fórmula latina *nec plus ultra* sucede a la antigua *non plus ultra*, pero con un sentido negativo; en Sade, por ejemplo, Dios, «a quien los tontos miran como autor y fabricante único de todo lo que vemos, no es más que el *nec plus ultra* de la razón humana, el fantasma creado en el instante en que esa razón ya no ve nada más, a fin de ayudar a sus operaciones» (*La filosofía en el tocador*, ob. cit., pág. 52).

11 En la escena III de *La Contesse d'Olonne* (1738), comedia en un acto en verso de Grandval padre.

12 El beso a la florentina queda definido en una novela anónima del siglo anterior, *Vénus dans le cloître, ou la Religieuse en chemise*: «Ésta es la forma en que las personas enamoradas que se aman de verdad se besan, lanzando amorosamente la lengua entre los labios de la persona que se quiere. Por lo que a mí respecta, creo que no hay nada más dulce ni más delicioso cuando se hace bien, y nunca la pongo en práctica sin resultar arrobado en éxtasis ni sentir por todo mi cuerpo un cosquilleo extraordinario y un cierto no sé qué que sólo puedo expresarte diciéndote que es un placer que se extiende de modo universal por todas las partes secretas de mí mismo, que penetra en lo más profundo de mi corazón y que tengo derecho a llamar *un compendio de la soberana voluptuosidad*».

13 El nombre de la emperatriz romana estaba lexicalizado con el significado de mujer depravada y lúbrica. Véase nota 107 de *Margot la remendona*, pág. 756.

14 «Luego he sabido que era uno de sus lacayos.» (*N. del A.*)

Las acusaciones de inmoralidad contra María Antonieta fueron el punto más socorrido de los panfletos de la época; inmoralidad que va más allá de la simple depravación; cuestionaban, sobre todo, la sucesión monárquica, que sería ilegítima dado que se acostaba con múltiples hombres; María Antonieta había sobrepasado, además, todo límite al cargar su conciencia con crímenes espantosos, si no era ya horrenda su dilapidación de los bienes públicos.

15 Los motines comenzaron el 30 de junio de 1789 con la invasión, por parte del pueblo, de la cárcel de la Abbaye, y arreciaron el 11 de julio a raíz del despido del ministro de Economía, Necker, para desembocar en la toma de la Bastilla el 14 de ese mismo mes.

16 El marqués de Launay (1740-1789), alcalde de la Bastilla, y Jacques de Flesselles (1721-1789), preboste de

los comerciantes de París, resultaron muertos durante los motines del 14 de julio de 1789. Es en ese momento de inseguridad cuando la aristocracia francesa empieza a emigrar al extranjero.

17 En el siglo XVIII, los suizos tienen reputación de gran potencia sexual: «Los suizos gozan desde hace mucho tiempo de una gran reputación en materia de galantería; ese país, famoso por su intrepidez y la firmeza heroica con la que supo resistirse a los desmanes de sus tiranos, también lo es por el vigor que distingue a sus habitantes; su nombre es casi sinónimo de Hércules, y no hay mujer que pueda pronunciarlo sin un sentimiento de placer» (Charles Ferdinand Fevaxali, *Le Faublas moderne, ou les Aventures d'un Suisse*, 1801).

18 En diciembre de 1790 se decretó la incautación de las pensiones y ganancias de los emigrados; en agosto de 1791, con Luis XVI ya en prisión, la emigración es un delito según las nuevas leyes.

19 Fue quizá el caso más escandaloso de corrupción de la época: el cardenal de Rohan, para congraciarse con María Antonieta, compró a los joyeros de París un valiosísimo collar para regalárselo. El complot estaba organizado por los condes de La Motte; la condesa se encargó de convencer al cardenal para que lo comprara; en 1785 el escándalo sale a la luz pública, el cardenal es arrestado y los La Motte condenados por haber tramado la operación y haberse quedado con el dinero; el conde había huido a Inglaterra y la condesa consiguió evadirse de la cárcel y reunirse con su marido; contaron los detalles de su estratagema en un manuscrito que aterrorizó a la aristocracia.

20 La frase alude a los encarcelamientos en la Bastilla.

21 «He ahí las verdaderas razones de la detención de Mme. de La Motte.» (N. del A.)

22 «El manuscrito fue copiado por el príncipe de Gales y por Lord Gordon.» (N. del A.)

Lord Gordon (1751-1793), autor de un panfleto contra María Antonieta y Catalina II de Rusia (1787).

Pigault-Lebrun

El hijo del burdel

1 Agnès protagoniza *L'École des femmes* de Molière, y encarna un nuevo tipo de mujer en la sociedad del siglo XVII: su pretendiente, Arnolphe, la educa en la estupidez para evitar ser cornudo; será el amor el que despierte la inteligencia de Agnès, descarada e inocente en sus estratagemas para burlar las precauciones de Arnolphe y conseguir ganarse a Horace, al que ama.

2 El prostíbulo del Café d'Apollon al que se alude era regentado por una *madame* famosa del siglo, Mme. Duval.

3 Alusión probable a Jacques Marie Boutet de Monvel, autor dramático y cómico. Véase la nota 3 a la *Confesión de una joven*, en la pág. 764.

4 Perteneciente a la estirpe real de Troya y descendiente de Dárdano, el adolescente Ganimedes guardaba los rebaños de su padre en las montañas que rodean esa ciudad cuando fue raptado por Zeus, encarnado en un águila, y llevado al Olimpo, donde «el más hermoso de los mortales» escanciaba el néctar y la ambrosía, que impedían el envejecimiento, en la copa de los dioses. El águila que sirvió para su rapto fue transformada en constelación.

5 Madame Saint-Aubin (Jeanne Charlotte Schröder, 1764-1850) debutó en 1786 en la Ópera, pero pronto pasó a la Opéra Comique, donde triunfó hasta 1808. *Le Chapitre second* (*El capítulo segundo*), estrenada en 1799, se debía a uno de los autores más importantes de ópera bufa del período, Charles Mercier Dupaty (1775-1851), que la escribió en colaboración con Jean Pierre Solié (1755-1812).

6 Hija de Zeus y de Hera, Hebe personifica la juventud en la mitología griega; hasta la llegada de Ganimedes a la morada de los dioses, se encargaba de servir en sus copas el néctar y la ambrosía; también cumplía otras funciones propias de una diosa menor, como enganchar los caballos de Hera, bañar y vestir a Ares, su hermano pequeño, etcétera. Se la asignaron por esposa a Heracles cuando éste fue recibido en el Olimpo.

7 Beaumarchais creó en *Le Barbier de Séville, ou la Précaution inutile* (*El Barbero de Sevilla, o la precaución inútil*), estrenada en 1775, un personaje, Basilio, que encarna al criado codicioso e hipócrita.

8 El personaje aludido es Mme. Delaunay, que regentaba el llamado «burdel de los provincianos», en la calle Croix-des-Petits-Champs, a donde los parroquianos, recién llegados a París, acudían con sus trajes típicos.

9 Este término inglés, que a su vez derivaba del francés «Jacquet», sirvió en la época para designar a criados adolescentes, de trece a quince años, que acompañaban a su amo como postillones o a su lado en el caballo. De moda en la segunda mitad del siglo XVIII, el término permitió el paso al sentido actual de jinete de carreras.

10 Los teatros recogieron la moda del *jockey* convirtiendo al personaje en protagonista de varias comedias; la melodía aquí aludida es la de *Le Jockey*, comedia de Hoffmann y Solié estrenada el 6 de enero de 1796, de gran éxito; sus estribillos se canturreaban por las calles.

11 San Crispín y san Crispiniano, zapateros romanos del siglo III, regalaban calzado a los pobres. Evangelizaron la región de Soissons, donde al parecer murieron martirizados el año 285 o 286 bajo el emperador Diocleciano. En el santoral de la Iglesia católica figuran como patronos de los zapateros y los oficios del cuero.

12 Calle del barrio del Palais-Royal; daba a la Neuve-Saint-Roch, por un lado, y, por el otro, a la calle des Frondeurs.

13 Puesto de policía de la calle Saint-Honoré.

14 Prisión para mujeres de mala vida en espera de sentencia; en caso de condena por escándalo público, eran llevadas en una carreta descubierta a la Salpêtrière para purgar la pena impuesta. Véase la nota 54 de *Confesión de una joven*, en la pág. 771.

15 Sobre el coche de *remise* véase la nota 11 de *Temidoro*, en las págs. 727-728.

16 Praxíteles, nacido en Atenas hacia el año 390 antes de nuestra era, es el escultor griego más famoso de la Antigüedad; en 1877 se descubrió en el Hereo de Olimpia una estatua casi intacta, que es uno de sus trabajos originales, aunque hay quien argumenta que se trata de una copia helenística: representa al dios Hermes llevando en el brazo al dios Dioniso niño. Gracias a las copias se conocen obras suyas como la Afrodita de Cnido, un

Apolo Sauróctono –de adolescente, intentando matar un sapo–, un sátiro –de la que han sobrevivido más copias que de ninguna otra de la antigua Grecia–, y un Eros; frente a los escultores del siglo IV, solemnes y vigorosos, Praxíteles impone matices más suaves que tratan de expresar el sentimiento en sus figuras.

17 Sobre Saint-Lazare y sus distintas utilidades a través del tiempo, véase la nota 67 a *Temidoro*, en la pág. 734.

18 El piqué de Marsella fue uno de los tejidos en que se especializó esa ciudad marítima, gracias al privilegio que Colbert le había otorgado para la fabricación de distintos tipos de paños.

19 Eran tres las cámaras en que estaba dividido el parlamento de París: la Gran Cámara, la Cámara de Investigación, ante la que se presentan las pruebas escritas de los procesos, y la Cámara des Requêtes, o Tribunal Supremo.

20 Francesco Albani (1578-1660), pintor boloñés de la escuela lombarda, que utilizó a su esposa, de gran belleza, como modelo de su obra.

21 Canción de la escena octava y última de la ópera *Le Devin du village* (*El adivino de aldea*), de Jean-Jacques Rousseau, estrenada en 1752.

22 Véase la nota 91 de *Margot la remendona*, en la pág. 754.

23 Sobre el Aretino, véase la nota 41 de *Margot la remendona*, pág. 750.

24 La expresión «os beso las manos» se empleaba ya irónicamente en el teatro del siglo XVII, por Molière sobre todo.

25 Sobre Esculapio, véase la nota 113 de *Margot la remendona*, págs. 756-757.

26 Madame Grosset figura en *Les Bordels de Paris* como «antigua» regente de un burdel de grisetas que había pasado a dirigir Mlle. André; la nueva dirección de Mme. Grosset la sitúa en el Circo Nacional, fundado en 1780 en el barrio del Temple.

27 La calle Neuve-Saint-Eustache iba de la calle Montmartre a la des Petits-Carreaux (o Petit-Carreau), en el barrio de Saint-Denis.

28 Hay varios cómicos con el apellido de Cléranson o Clairançon; de un director de compañía apellidado Clairançon, pseudónimo de Marimorin, que trabajó en Lieja de 1784 a 1786, podría ser hija la Claranson, cuya madre era Elizabeth Scholtz, oriunda de Viena.

Entre los miembros de la familia Dugazon (Jean-Baptiste Henri Gourgau, conocido como Dugazon) destacó sobre todo la esposa de éste, Louise Rosalie Lefèvre (1755-1821), que sobresalió en los papeles de enamorada y de madre en la Comedia Italiana.

29 Putifar era eunuco del faraón de Egipto y capitán de su guardia cuando compró a una caravana de madianitas un muchacho, José, undécimo hijo del patriarca Jacob y primero de Raquel, su segunda esposa (Génesis 30, 23-24). Se ganó la confianza de su amo, pero provocó una pasión desenfrenada en su esposa, a la que rechazó; ante su impotencia para satisfacer sus deseos, la mujer le acusó de violación, y José fue encarcelado (Génesis 39, 13-15).

30 Juego de palabras basado en el tópico de la pronunciación del francés por los alemanes: *voulez* (del verbo *vouloir*: querer) y *foutez* (de su equivalente verbal, que significa *joder*).

31 En la abadía de Pantemont (o Pantemont) recibían esmerada educación damas y señoritas de las mejores familias; también se refugiaban en ella mujeres con problemas conyugales o en circunstancias difíciles; éstas tenían libertad para salir según su voluntad. Félicité utiliza uno de los apellidos más ilustres de la historia francesa, La Rochefoucault.

32 El gigante Anteo, hijo de Gea (la Tierra), recuperaba sus fuerzas en cuanto tocaba tierra durante su combate con Hércules, quien, para vencerlo, tuvo que asfixiarle manteniéndolo en el aire.

33 Especie de peluca, que «llevan casi exclusivamente antiguos militares».

Marqués de Sade

Émilie de Tourville

¹ «Son los trovadores provenzales los que decían eso, no los picardos.» (*N. del A.*)

² Hija de Urano y d Gea, Temis pertenece a la raza de los Titanes; es una de las esposas divinas de Zeus, con quien engendró las tres Horas, las tres Parcas, la virgen Astrea y las ninfas de Eridano. Una tradición la hace madre de Prometeo. Personificación de la Justicia, en algunas versiones se le atribuye la idea inicial de la guerra de Troya para remediar la excesiva población de la Tierra. Enseñó a Apolo los secretos del arte adivinatorio.

Edición en formato digital: abril de 2011

© De su prólogo, Andrés Barba, 2008

© De la edición, su prólogo y la traducción, Mauro Armiño, 2008

© Ediciones Siruela, S. A., 2008, 2011

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

28010 Madrid.

Diseño de la cubierta: Ediciones Siruela

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-9841-771-5

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.

www.siruela.com

Índice

Portadilla	3
Filosofar bajo la manta	5
Estudio preliminar	8
Prólogo	10
Bibliografía	28
Nota sobre la edición	30
CUENTOS Y RELATOS LIBERTINOS	31
Voltaire. El mozo de cuerda tuerto	33
Godard de Beauchamps Historia del príncipe Apprio	39
Claude de Crébillon. El silfo	67
Godard d'Aucour. Temidoro	80
Voisenon. El sultán Misapuf y la princesa Grisemina	142
Guillard de Servigné. Las campanillas	176
Fougeret de Monbron El canapé color de fuego	214
Boufflers. La reina de Golconda	281
Jean-François de Bastide. La petite maison	293
Vivant Denon. Sin mañana	308
Pidansat de Mairobert. Confesión de una joven	324
Anónimo. La Mesalina francesa	364
Pigault-Lebrun. El hijo del burdel	386
Marqués de Sade. Émilie de Tourville	447
Notas	466
Créditos	546